

Quando el amor
se convierte en leyenda...

EN TIEMPOS DE
DRUIDAS

KELLY DREAMS



DEDICATORIA

Para las amigas de verdad, las que nunca fallan, las que sin importar el tiempo que pase están ahí para ti y escuchan sin juzgar.

A **Brianne Miller**, quién ha llegado a mi vida sin esperarlo y se ha convertido en una amiga con todas las de la ley.

Eres grande, no solo como persona sino también como escritora.

A mi **Vero**, por todo el cariño, por estos pocos años de amistad que espero se conviertan en muchos más. No cambies nunca.

A **Elena Sánchez**, mi brujis, una amiga en la distancia y siempre presente en el corazón.

A **Elizabeth Bowman**, por existir, por estar ahí y convertirte en un pedacito de mi alma.

A mis **Facebookeras**, mi tropa de élite, mis amigas virtuales, personas únicas, con corazones inmensos y apoyo incondicional: **María Rendón Flores, Zuly Rico, Beatrice Pinto, Monic Flores, Melinka Ramos, María Ivette Flores, Heyleen Cabarcas, Lili López, Chelo Aisa Lozano, Loren Beatrice Lpz, Encarna Prieto, María Rivera Ruiz, Arancha Eseverri, Ana García Jiménez, Patricia Etchen, María José González Otero, Isabel Mera García, Alba Jiménez, Eva Álvarez, Carolina Castillo Ruiz, Mónica Díaz Almenara, Eli Martínez, Mirta Sherryl Pitre, Silvana Alayon, Fina Andrés García, María Garabaya Budis, Maryajo AL, Pam Hernandez Meneses, Cristina Gervas, Candy (Alea Jacta Est), Arman Lourenço, Saray Jacue, María Acosta García , etc.**

Sin vosotras, este mundo de locos sería de lo más estresante y aburrido. Gracias por existir.

Y por supuesto, gracias de todo corazón a ti, **lector**, por disfrutar con las palabras que encuentras en estas páginas.

GLOSARIO

Aceim: Esposo, en gaélico.

Aisling: Conocido también como «el sueño del vidente», es el don que tienen algunos druidas para vislumbrar el futuro.

Ard Draoi: Alto Druida, en gaélico.

Ard Tiarna: Título de nobleza y respeto de los antiguos reyes. Se puede traducir como Gran Señor.

Asarlaí: Hechicero ritual en las tribus cruithne. Chamán.

Banfhilid: Druidesa, en gaélico.

Bardo: Persona que se encargaba de transmitir las historias y leyendas de manera oral, a menudo a través de canciones.

Bráthair: Hermano, en gaélico.

Breogán: Rey celta del territorio que hoy se conoce como Galicia, que construyó en la ciudad de Brigantia una torre, de gran altura, desde la cual se podían divisar las costas de Irlanda, distantes a más de 900 kilómetros. Se cree que la ciudad de Brigantia, de la cual se desconoce su ubicación, podría tratarse de Brigantium (A Coruña) y su torre identificarse con el faro romano de la Torre de Hércules, sito en la misma ciudad.

Càrn an t-Sbhail: Una de las colinas más altas de las tierras de Dalriada. En su interior se encuentran las termas a las que sólo tienen acceso los druidas.

Cean Loch Gilb: Una de las principales regiones de Dalriada, en la que se ubica Kilmartin Glen. Se la considera el mismo corazón de Escocia.

Cenel: Cada uno de los señoríos en los que se dividió el Reino de Dalriada, siendo un total de cuatro: nGabráin, Loairne, Óengusa y Comgall.

Cruithne: También conocidos como pictos, fueron una de las primeras

tribus celtas que se asentaron en las islas británicas.

Draoi: Druida, en gaélico.

Dunnad: Capital de Dalriada, cuna de los primeros reyes escoceses.

Elegida: También conocida como la Prometida de Dalriada.

Laird: Cabeza o jefe de un clan.

Levantar el Velo: Rito por el que los druidas de Dalriada podían abrir una brecha en la trama del tiempo, permitiéndoles hacer «el viaje». Éste sólo se puede llevar a cabo en unas condiciones y lugares específicos.

Liths: Piedras megalíticas en posición vertical que se utilizan como «portales de viaje». Contienen un gran poder místico.

Loairne: Uno de los cuatro señoríos de Dalriada. Está dirigido por el clan McNeil.

Plaid: Pieza de tela de grandes dimensiones, parecida a una manta, que se enrolla en pliegues en torno al cuerpo y, en ocasiones, se ciñe a la cintura por un cinturón. Una parte de la manta cae hasta las rodillas, mientras que el resto del material cubre la parte superior, cruzando el pecho, hasta caer sobre un hombro, donde se sujeta con un broche o alfiler. Está confeccionada con el diseño del tartán.

Piedras de viaje (Liths): Piedras megalíticas en posición vertical que se utilizan como *portales*. Contienen un gran poder místico.

Portal: Abertura astral a través de la cual los druidas realizan los viajes entre dos épocas.

Prometida de Dalriada: Doncella elegida que regresaría a Dalriada para liberar a los escotos del yugo northumbriano y devolver la paz al reino.

Pueblo escoto: Una de las primeras tribus celtas que pobló Escocia, estableciéndose principalmente en el Reino de Dalriada.

McEochaid: Alpin McEochaid, rey de Dalriada.

Mnatha: Esposa, en gaélico.

Mo graidh: Mi amor, en gaélico.

Mo Ríoghain: Mi Reina, en gaélico.

Neblina del Sueño: Encantamiento druídico que crea una fina niebla que induce al sueño.

nGabráin: Uno de los cuatro señoríos en los que se divide el Reino de Dalriada.

Ocupa la región de Kyntire, sede del clan McTavish.

Reino de Dalriada: Reino escoto, existente en la costa oeste de Escocia desde finales del siglo V hasta mediados del siglo IX.

Reunión de los Clanes: Asamblea en la que se dan cita los jefes de cada clan para discutir los asuntos más importantes de la región y/o del reino.

Rosa de los Vientos (Stella Maris): Uno de los portales de viaje. Es el mosaico situado en el parque de la Torre de Hércules, obra de Correa Corredoira (1994), que representa, por un lado a los Pueblos Celtas y por el otro a Tarsis, la patria del gigante Gerión.

Scail: Sombra, en gaélico. Es el nombre que la madre biológica de Shadow escogió para ella.

Scáthach: Druidesa guerrera de un clan.

Stane Alane: Monolito situado a dos kilómetros de Cean Loch Gilb, conocido comúnmente como Menhir. Marca el punto de encuentro de la Reunión de los Clanes.

Unión de Manos: Ceremonia matrimonial por la que los contrayentes aceptaban unir sus vidas durante un año y un día.

Velo de los Recuerdos: Poder druídico que reprime y oculta algún fragmento o serie de recuerdos de su portador, haciendo que se desvanezcan y no se tenga conciencia de ellos.

Wiccanos: Practicantes de la Wicca, una religión neopagana desarrollada en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XX. Están en contacto con la Naturaleza y aprenden a curar mediante el manejo de las energías.

PRÓLOGO

Año 815 d.C.

Castillo de Duntrune, Crinan

El diablo había abandonado su hogar para penetrar en el castillo con toda su fuerza y crueldad. Las piedras centenarias estaban siendo testigos de la codicia de los hombres y desgarradores gritos se elevaban entre el humo y el fuego. Ecos de dolor dejaban su huella en las gruesas paredes, mientras Carolan se movía entre los cadáveres y los moribundos. Su señor había sido traicionado por aquellos a los que había invitado a su mesa. El ataque llegó de improviso, poniendo en peligro todo lo que amaba; la tierra de sus ancestros, su propio hogar.

¿Cómo no lo había visto venir? ¿Por qué los dioses habían decidido permanecer silenciosos ante aquella desagradable matanza? Ella era la Alta Druidesa de Dalriada, la guía espiritual del pueblo. Sus visiones habían evitado anteriormente muertes innecesarias. Ahora, sin embargo, todo lo que veía en su mente era oscuridad. Los susurros que oía en su alma se habían callado, dejándola indefensa ante los ardides de los hombres de Northumbria; los asesinos de su gente.

Robertson quería el trono de Dalriada y estaba dispuesto a conseguirlo, así tuviese que matar a sangre y fuego a cada uno de los habitantes del castillo.

Nuevos gritos le helaron la sangre. A través de una de las ventanas, observó con horror la carnicería que se producía en el exterior; aquello era más de lo que ella podía soportar. Esos salvajes con el cuerpo pintado se habían aliado con sus enemigos, engrosando sus filas, pertrechando toda clase de crímenes, trayendo a estas tierras la muerte.

Con el corazón encogido, atravesó rápidamente los oscuros corredores. Hacía rato que el ruedo de su falda se había empapado con la suciedad del suelo y la sangre de los caídos. Su piel blanca se había vuelto cetrina y a duras penas conseguía mantener la frugal cena en su convulsionado estómago. Los gemidos de los moribundos la hicieron vacilar, pero no había nada que pudiese hacer por ellos, debía cumplir con la palabra dada a su Señor y poner a salvo a los niños. Ellos eran el futuro, la única esperanza que le quedaba a un reino que se teñía de sangre.

Recogiéndose las faldas apresuró el paso, sus pequeños pies no hacían ruido alguno sobre los suelos de piedra mientras la conducían hacia su meta.

Rogaba a los dioses —que ese día parecían haberla abandonado—, que el pasadizo no hubiese sido encontrado y que los niños la esperaran en su escondite, sanos y salvos. Runa, la mujer sabia de uno de los clanes aliados, estaba con ellos y protegería a los jóvenes príncipes con su vida. Tenía que confiar en ello.

—Mami... —escuchó una suave e infantil voz, procedente de algún lugar al final del corredor—. Mami, despierta...

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza dejándola paralizada. Había algo en aquella voz... Sacudiéndose el momentáneo estupor, aceleró el paso. Sus ojos marrones buscaron frenéticamente en la dirección de la que procedía aquel melodioso sonido. Unos pasos más allá, tras el umbral de una puerta abierta a la derecha, se encontró mirando cara a cara a la muerte.

Un hombre yacía en el suelo, boca abajo, en un gran charco de sangre. A juzgar por sus ropas se trataba de uno de los soldados de Northumbria. Su cabeza había sido golpeada con algo contundente, pero era el atizador clavado en su espalda el que la sorprendió.

Dirigió la mirada más allá del cadáver, dónde yacía una mujer y una niña pequeña abrazada a ella. Dado el estado de sus ropas y la sangre que le cubría las manos y piernas, había presentado una dura batalla antes de dar muerte a aquel bastardo.

—Mami... —volvió a escuchar la voz de la niña que se apretaba contra la mujer y que ahora la miraba a ella con verdadero terror en sus inocentes ojos—. Mi mami no despierta...

Las palabras de la niña volvieron a tocar algo en su interior y sus ojos se encontraron brevemente con los de la pequeña; un momento de conexión que la hizo ponerse rápidamente en movimiento. En dos zancadas atravesó el cuarto, sorteando el cadáver del suelo, para arrodillarse al lado de la mujer cuya vida se extinguía con rapidez.

—Mi mami no abre los ojos —insistió una vez más el susurro infantil.

Forzando una dulce sonrisa en el rostro, extendió una mano hacia la ovalada carita de la niña para borrar así sus temores, pero no llegó a tocarla. Los débiles dedos que se posaron sobre su mano atrajeron de inmediato su atención hacia la agonizante mujer.

Ésta había abierto sus apagados ojos y se esforzaba por decir algo a través de sus temblorosos labios.

—¡Mami! —exclamó la niña al ver el gesto de su madre La mujer intentó

apretar los dedos en torno a su mano. Su mirada era implorante mientras la sangre resbalaba de sus labios.

—Ella... Pro... protégela...

Sabía que la mujer estaba a las puertas de la muerte, a punto de cruzar el umbral, y se aferraba con fuerza a unos últimos hilos de vida para asegurarse de que su hija permanecería a salvo.

—La... la ma... matarán...

Ella se inclinó sobre la madre, acariciándole la frente, para transmitirle paz y tranquilidad. Lo único que podía hacer por aquella mujer era permitir que partiese en paz.

—*Shh*. Ella estará bien —le aseguró.

La mujer no parecía convencida, pues sus labios seguían moviéndose a pesar de que de ellos ya solo salía un débil rumor. Frunciendo el ceño, se inclinó sobre ella ladeando la cabeza para tratar de escuchar las últimas palabras de la moribunda; unas palabras que la dejaron sin aliento.

Finalmente la mujer exhaló su último suspiro, dejando sola a la pequeña que se aferraba a ella en un mundo en guerra.

Murmurando una rápida plegaria por su alma y descanso, sus ojos marrones se volvieron hacia la niña antes de extender los brazos en una muda invitación.

—Ven conmigo, pequeña —murmuró con dulzura—. Ella ya ha partido.

La niña parpadeó. Sus enormes ojos viajaban de la desconocida a su madre.

—Quiero a mi mami.

Asintiendo, tomó en brazos a la niña y, con el primer contacto, regresaron las visiones que le habían sido negadas anteriormente. La dimensión de lo que vio la dejó tambaleante y sin fuerzas. Con la mirada clavada en aquellos inocentes ojos verdes, se perdió en las imágenes que los dioses le enviaban una vez más a través del *aisling*; el sueño de los videntes.

—¿Por qué no abre los ojos?

Parpadeando para alejar las lágrimas que habían empezado a empañarle la vista, abrazó a la niña, miró una última vez a la mujer y recogió el pequeño fragmento de madera tallada que pendía de un cordón que la dama aferraba en la mano. Grabado en su interior había un nombre. Rápidamente se lo colocó a la niña en torno al cuello, entregándole el único recuerdo que tendría de su madre y que se convertiría en el instrumento que un día la devolvería a su

hogar.

Los dioses eran sin duda caprichosos, pero le habían concedido aquello que, llegado el momento, su pueblo necesitaría.

Quitándose su propio *plaid*, envolvió a la niña y se incorporó. Era hora de ponerse en marcha, debía reunirse con Runa y los niños y abandonar el castillo antes de que los primeros rayos del alba tiñeran la tierra.

—Ahora, tienes que quedarte muy callada. Muy quieta —susurró a la niña, echando su peso sobre la cadera.

—Quiero ir con mamá —musitó ésta, intentando liberarse de la manta para regresar con su madre.

A ella se le encogió el corazón. ¿Cómo explicar a esa pequeña criatura que su madre jamás volvería? Sacudiendo la cabeza, la arropó de nuevo y la apretó contra su cuerpo, saliendo a los oscuros corredores que poco a poco se iban llenando de humo.

Para entonces el castillo era un caos. El aire se hacía cada vez más irrespirable, lo que la obligó a cubrirse la boca y la nariz con la manga de su vestido para atravesar rápidamente el corredor.

Su meta estaba oculta bajo uno de los pocos tapices intactos que colgaban de la pared. Haciéndolo a un lado, tomó una de las antorchas que todavía ardía en su soporte y penetró en la húmeda y resbaladiza oscuridad del túnel que se abría a partir de ese punto. Éste se extendía a lo largo de un angosto pasaje hasta la rocosa playa que bordeaba el castillo de Duntrune, lugar desde el que podrían acceder a las pedregosas colinas y amplias praderas del Moine Mhor, la Gran Alfombra de Musgo.

Eclos de murmullos llegaron después de un asfixiante y agotador descenso. La tenue luz, procedente de alguna antorcha, señalaba el camino hasta la sala de piedra en la que encontró a los niños aferrados a las faldas de las muchachas de más edad y escudados por Runa, una mujer de apenas pasada la treintena, pero que no dudaba en alzar un palo a modo de defensa para proteger a aquellas criaturas de cualquier amenaza.

—¡Por amor de la Diosa, Carolan! —exclamó, bajando el arma con un audible resuello—. Pensé que no lo conseguiríais.

Ella le sonrió cálidamente en respuesta y acomodó su pequeña carga, sosteniéndola todavía contra su cuerpo. La niña había permanecido en completo silencio desde el momento en el que habían abandonado la habitación, durmiéndose en sus brazos.

—¿Otro niño? —preguntó Runa con obvio alivio. Eran conscientes de que el asalto no estaba dejando a nadie con vida.

Asintió y le tendió a la pequeña. Sus ojos buscaban ya entre el grupo de niños a aquellos a los que era primordial poner a salvo.

—¿Son ellos los únicos? ¿Y Alana?

La mirada en los ojos de Runa, que ya acunaba a la dormida niña en sus brazos, se oscureció. En ellos se reflejó la pena y el dolor, dando respuesta a su propia pregunta sin necesidad de palabras.

—Kenneth está con los niños, Carolan —aceptó por fin, volviéndose para que ella pudiese ir a su encuentro—. El otro muchacho permanece a buen recaudo. La niña, en cambio... —Su voz se perdió dando un claro significado.

Una punzada de dolor llenó su pecho, pero se obligó a hacerlo a un lado. Ya llegaría el momento de llorar a aquellos que ya no estaban. Ahora su prioridad era poner a salvo al heredero y al resto de los niños.

—El McEochaid ha ordenado ocultarlos entre los clanes aliados. Nadie debe saber su procedencia o sus antiguos nombres —declaró finalmente, observando uno a uno a los pequeños y a las jóvenes que habían logrado escapar de la masacre que estaba teniendo lugar en el castillo—. Mantendremos a los hermanos juntos, siempre y cuando eso sea posible.

—¿El Rey...? —la pregunta de Runa era clara.

Ella negó con la cabeza. Su mirada se encontró finalmente con la del heredero.

Aquel muchacho de ocho años había heredado los rasgos de su madre y, aun así, el porte y la orgullosa barbilla, aún infantil, eran un vivo recordatorio de su ascendencia y del valeroso guerrero que lo había engendrado.

—Padre no va a venir, ¿verdad, Mi Señora? —murmuró el joven Kenneth en respuesta.

Ella se lamió los labios y caminó hacia el muchacho, acuclillándose frente a él.

—Vuestro padre es un gran guerrero, joven Kenneth —respondió tomando sus manos entre las suyas—. Y como tal, permanecerá al lado de sus hombres hasta el final. Vos debéis ser fuerte y honrar su nombre. Un día, lo que hoy os es arrebatado os será devuelto. Hasta entonces, debéis permanecer oculto, a salvo y preparándoos para el futuro.

El niño alzó orgulloso su rostro infantil.

—Un príncipe de Dalriada no se oculta, lucha hasta el final —arguyó,

como quien repite algo que se le ha dicho muchas veces.

Sonriendo, le acarició la mejilla y finalmente se levantó, dándole la espalda para dirigirse ahora a Runa, que sostenía aún la preciosa carga en brazos.

—Runa, debes conducirlos hacia las montañas —resolvió, sorprendiéndola con sus palabras—. Os ocultareis en el bosque hasta que sea seguro retomar la marcha.

Los ojos marrones de la sabia del clan de Kyntire se entrecerraron con obvia sospecha y aprensión.

—Tienes que ir con ellos —insistió ella, recuperando el dormido bulto de sus brazos—. Mi misión y destino han cambiado, ahora lo sé. Tengo que llegar a Kilmartin antes del solsticio. Debo poner a salvo a esta criatura, cueste lo que cueste; ella es la única esperanza para esta tierra.

Ella se encontró con la mirada de Runa, que se la sostuvo durante unos instantes. A pesar de que la sabia aún era joven, había demostrado con creces su valía y entendía mejor que nadie las maneras de los druidas. No hubo vacilación ni preguntas y, haciendo a un lado la manta a cuadros, sacó del morral atado a su cintura un pedazo de tela y un cuchillo. Sin pensárselo dos veces, se hizo un pequeño corte en la palma de la mano y manchó la tela con su sangre antes de entregársela.

—Carolan, esto os ayudará si pretendéis utilizar los *liths* para abrir el *portal* —le dijo, devolviendo el cuchillo a su lugar. Después miró a la niña—. Esperaré su regreso.

Ella, aun siendo la Alta Druidesa de Dalriada, inclinó la cabeza respetuosamente antes de sujetar mejor su carga y mirar al joven príncipe una vez más.

—Protégelo —murmuró, volviendo a mirar a Runa—. Tiene un camino muy largo por delante.

La sabia asintió. En sus ojos se veía una silenciosa promesa.

—Me ocuparé de que no se vuelva tan arrogante y terco como su padre —aceptó con sencillez—. Viajad a salvo, Carolan, y cumplid con vuestro destino.

Con una última inclinación de cabeza, ella arrojó contra su cuerpo su preciado peso y se perdió por el último tramo de pasadizo que conducía a la playa, dispuesta a llevar a cabo la tarea que le habían encomendado los dioses.

La oscuridad y el aroma a salitre las recibieron nada más abandonar la relativa seguridad de su escondite. Las llamas iluminaban las piedras, convirtiendo la silueta del castillo en un espectro infernal que actuaba como el perfecto escenario en aquella siniestra noche. Las estrellas en el cielo parecían haberse apagado, o huido, y la luna se había negado a brillar, sumiéndolo todo en una mortecina oscuridad que ocultaría sus pasos.

Por delante le esperaban largas jornadas de viaje, no podía demorarse más. Sabía que por encima de cualquier otra cosa, la buscarían. El northumbriano no descansaría hasta ver sometida a la Alta Druidesa de Dalriada arrodillada ante su nuevo señor, o muerta, si ése era su deseo.

Y ella sabía que jamás se arrodillaría ante el usurpador. Solo había un rey para Dalriada y rogaba a sus volubles dioses que permitiesen que el elegido ocupase un día ese lugar.

La lluvia eligió su segunda noche de viaje para regar los campos y complicar su avance. No era fácil para una mujer atravesar sola aquellos inhóspitos parajes, mucho menos si llevaba consigo a una pobre criatura hambrienta y agotada, que retrasaba su marcha. La jornada anterior había confirmado su temor de que estuviese siendo perseguida, vio a los hombres en lo alto de las colinas estableciendo su campamento.

No sabía si habría más buscándola, pero no podía darse el lujo de averiguarlo.

Un ensordecedor grito atravesó entonces la amplia llanura, deslizándose por su espalda como un mortal aviso de que el tiempo se agotaba. El miedo y la urgencia dieron alas a sus pies, lanzándola a una carrera desesperada. No se atrevía a mirar atrás por temor a ver qué era lo que las perseguía. Aquel alarido volvió a repetirse, en esta ocasión desde algún punto hacia el sur, siendo contestado por otro desde el oeste.

Sonaban cerca, demasiado cerca.

La falta de aire le quemaba los pulmones. Sus brazos rodeaban con fuerza el menudo cuerpo mientras volaba sobre la amplia planicie de pastos en dirección a un viejo cúmulo de piedras.

—Tienes que ser fuerte, mi estrella —jadeó, apretando su preciada carga mientras reunía todo su poder y concentración para la tarea que aguardaba ante ella—. Tu destino no ha hecho más que comenzar. Cuando llegue el momento, él irá a por ti. Él guiará tus pasos de nuevo al hogar y tú guiarás los suyos.

Demasiado pronto, el inconfundible sonido de los cascos resonó en el aire

uniéndose a los gritos y alaridos de sus jinetes. Estaban ya a pocos metros de las piedras. No podía rendirse ahora, no cuando estaba tan cerca.

Dejando a la criatura en el suelo, giró sobre sus pies. Varios guerreros saltaban ya de sus caballos mientras otros ya corrían hacia ellas con sus rostros y piel pintados de negro y blanco, blandiendo en alto sus afiladas y mortales armas.

—No la tocaréis —musitó con los dientes apretados antes de comenzar a caminar hacia la linde del círculo.

—¡Caro! —oyó que la llamaba la niña.

—Permanece quieta, mi estrella —insistió, deteniéndose de espaldas a la pequeña, fuera del círculo—. Todo irá bien, no permitiré que nadie te alcance. Cuando llegue el momento, estos hombres pagarán por la sangre que han derramado sobre la tierra de los druidas. Para los vengadores, tú serás su bandera, su estandarte y su clan. Solo tú les conducirás a la verdad, al hogar, y devolverás la paz que hoy nos ha sido arrebatada. Los dioses te han elegido, mi pequeña princesa. En ti deposito mi fe, mi esperanza y mi promesa, Prometida de Dalriada.

Los hombres estaban cada vez más cerca, acortando rápidamente la distancia, dispuestos a dar muerte a ambas.

Sin perder un segundo, alcanzó el trozo de tela manchado con la sangre de la sabia del clan, extrajo un pequeño cuchillo y se hizo un rápido corte en la palma, imprimiendo también su huella mientras rogaba a los dioses que aquello fuese suficiente para abrir el *portal*.

El cielo fue atravesado por un cegador rayo al que siguió un fuerte estruendo, como si éste estuviese dando su beneplácito para llevar a cabo el ritual. El viento se levantó, azotando todo a su alrededor, tironeando de su falda con fiereza y moviéndole el pelo. La tierra bajo sus pies empezó a vibrar cuando un nuevo rayo atravesó las nubes, seguido de un estremecedor estruendo, y las primeras gotas de lluvia se convirtieron en miles.

Toda la Naturaleza acudía a su llamada, brindándole el poder necesario para cumplir con su cometido.

—Levanta el *Velo* para mí. —Su voz sonó clara, profunda, coreada por mil voces.

Poder en estado puro—. Álzalo y divídelo. Muéstrame el pasaje. Hoy te hago entrega de aquella que te ha sido prometida. Tomo la sangre que tiñe tu suelo y la mezclo con la mía. Soy tu sierva, tu súbdita y tu más fiera aliada.

Suplico que acojas en tu seno a la protectora. Ella será el estandarte de tus tierras, la vida de tus ríos, tu más fiel Prometida. Que su luz ilumine a los verdaderos reyes de Dalriada hasta el final del camino.

Un nuevo rayo iluminó el cielo y golpeó la tierra con furia.

—Guíala y protégela. Ábrele las puertas y condúcela en su viaje. Acógela en tu sabiduría y fuerza; acúnala en tu luz y amoroso calor, y libérala de la oscuridad hasta su regreso a estas tierras. —Tomando una profunda bocanada de aire—. ¡Qué se *Alce el Velo!*

Otro relámpago iluminó la llanura y el rostro de los demonios que se abalanzaban hacia ella, con la muerte grabada en sus rostros, impactó con fuerza a su alrededor estremeciendo el cúmulo de rocas y rompiéndose en un rápido fogonazo que trajo consigo el más sepulcral de los silencios.

Ahora el círculo de piedras estaba vacío, la visión se había cumplido y ella se volvió hacia aquellos monstruos que habían llegado para darle caza. No bajaría los brazos; sus fuerzas se habían agotado, pero presentaría batalla hasta el final.

—Regresará... —susurró, volviéndose para encarar la muerte—. Y entonces, todos pagaréis por vuestros pecados.

CAPÍTULO 1

En la Actualidad.

Paseo de los Menhires, A Coruña.

El graznido de las gaviotas que volaban por encima de su cabeza hizo sonreír a Shadow. Si miraba hacia abajo, podía ver cómo las olas rompían a los pies de la pequeña ensenada. La bajamar había dejado al descubierto los cantos rodados de color blanco que el agua no tardaría en cubrir. La naturaleza salvaje y agreste de aquel paraje siempre le llamaba la atención. Había perdido la cuenta de las veces que había ido allí a tomar fotografías del paisaje y de la Torre de Hércules, el faro romano en funcionamiento más antiguo del mundo, que esa mañana se recortaba contra el horizonte cubierto por un halo de niebla; algo tan habitual como el viento que ahora mismo tironeaba de la falda de su vestido y enmarañaba su pelo.

Respiró hondo, empapándose en el olor a salitre y sonriendo con el rostro alzado hacia el sol. En aquel hermoso lugar siempre encontraba paz. Sus ojos verdes vagaron por el parque, absorbiendo cada pequeño detalle de su alrededor, y le sorprendió encontrarse con tanta gente. Cuando dejó el coche en el aparcamiento de la Torre y recogió su inseparable cámara de fotos del maletero, ya había reparado en los dos autobuses aparcados al final del *parking*. El acento del grupo de personas con las que se cruzó a la altura de la escultura dedicada a Breogán, que presidía el camino empedrado que ascendía hacia la Torre, tenía matices inconfundibles; debía de tratarse de alguna excursión procedente del sur, el deje de los andaluces era inconfundible, como también lo eran la vitalidad y el desparpajo que mostraban a una hora tan temprana.

La mañana se había presentado soleada y el viento frío que se alzaba desde el mar evitaba que el ambiente resultase sofocante. No era común que a finales del mes de mayo se produjesen temperaturas tan elevadas. Al contrario, el clima propio de la zona tendía a la humedad y las lluvias incluso en pleno julio.

Haciendo a un lado sus pensamientos, continuó su camino cuando un juguetón perro dorado pasó corriendo a su lado con una pelota en la boca y el pelaje ondeando al viento. Un par de ciclistas paseaban por los empinados y tortuosos senderos que recorrían todo el parque de la Torre. No lejos de ella, una mujer mayor, sentada en uno de los bancos de respaldo curvo, perfecto

para ver el cielo estrellado por la noche, sonreía mientras extraía migas de pan de una bolsa blanca y las esparcía entre el grupo de palomas y alguna que otra gaviota que habían acudido para darse un banquete a sus pies.

Ella se agachó cuando un par de aves bajaron planearon sobre su cabeza para ir a posarse con gracia a los pies de la mujer, picoteando con gula el inesperado regalo. La imagen hizo que encendiese la cámara para dirigirla hacia la anciana y las palomas.

Ésta giró en ese instante el rostro hacia ella; una cara de facciones dulces y ojos amables que le daban una apariencia mucho más joven de la que ella le había supuesto en un principio. Apartando el dedo del disparador, bajó la cámara con un ligero rubor cubriendo sus mejillas.

—Lo siento —se disculpó, caminando hacia la mujer al tiempo que señalaba a los animales—. Me ha llamado la atención la manera en que las palomas y las gaviotas se arremolinan a sus pies, no era mi intención molestarla.

La mujer se limitó a sonreírle con calidez mientras metía la mano en la bolsa y sacaba otro puñado de migas que lanzó a sus pies, como si su presencia solo hubiese sido una momentánea intrusión.

Ella la contempló con cierta vacilación antes de enfocar al suelo y hacer un par de rápidas fotos. Algunas de las palomas alzaron el vuelo haciendo que se girase para captar en una instantánea la inesperada escena. Como era habitual, el rumor del mar y la brisa del viento acariciaban y mecían las plantas y flores que se aferraban con insistencia a los bordes de la costa, llamando su atención. Se entretuvo durante un buen rato inmortalizando repetidamente aquel panorama; una de tantas escenas que se clonaba sin descanso en aquel trozo de tierra.

Satisfecha con el resultado, se dio la vuelta con intención de murmurar una educada despedida, pero todo lo que encontró fue un asiento vacío. Las palomas y las gaviotas seguían comiendo el pan en el suelo, algunas incluso habían subido al banco de madera para comer del interior de la bolsa blanca; pero no había ni rastro de la mujer.

Frunciendo el ceño, pasó la mirada por las inmediaciones intentando localizarla.

Por uno de los senderos, paralelo a las pistas deportivas, paseaba una pareja y uno de los ciclistas con los que se había cruzado antes hacía el camino de regreso, pero la mujer que había estado alimentando a las palomas

no estaba por ninguna parte.

Un inesperado escalofrío le bajó por la espalda. De manera inconsciente, sus dedos se cerraron alrededor del viejo colgante que llevaba en torno al cuello y comenzó a acariciarlo.

—Vaya, esto sí que ha sido raro —murmuró, notando bajo los dedos el relieve de las líneas grabadas en él.

Tras unos breves instantes, sacudió la cabeza haciendo a un lado la alocada idea que una y otra vez aparecía en su mente y dirigió de nuevo el objetivo de su cámara hacia el banco en el que había estado sentada la mujer. Sacó una última foto y continuó por el sendero que conducía al enorme cuerno de metal oxidado que presidía uno de los salientes, unos cuantos metros más abajo de su posición. Por fortuna el mar estaba en calma, ya que de lo contrario acabaría recibiendo una rociada de agua fría y salada muy refrescante.

Mientras Shadow se alejaba hacia el nuevo objeto de su interés, una de las palomas que había estado picoteando el pan del suelo levantó el vuelo, solo para volver a posarse unos metros más allá; a los pies de la misteriosa mujer, que observaba la partida de la chica.

Su mirada sagaz seguía cada uno de los movimientos de Shadow. Estiró sus carnosos labios en una suave sonrisa que consiguió iluminar su rostro de piel clara, surcado con alguna pequeña arruga que no le restaba atractivo.

—Se acerca el momento de regresar, mi estrella —habló en un idioma que no se había escuchado antes en aquellas tierras que compartían sus mismas raíces celtas.

Su gaélico era antiguo, con un profundo acento procedente de un reino cuya memoria se había perdido con el transcurrir de los siglos; un lugar que aguardaba oculto en los pliegues del tiempo, corriendo paralelo al mundo actual, esperando la llegada de la Prometida de Dalriada.

—El momento está cerca.

El corredor del área de embarque del aeropuerto de Alvedro, en la ciudad de A Coruña, era un pasillo que ya había recorrido con anterioridad. La única diferencia radicaba en el motivo de su visita. En esta ocasión, los asuntos que traían a Kieran Dominic McTavish a visitar la pintoresca ciudad gallega distaban mucho de ser apetecibles. Si cabe, eran más bien todo lo contrario, pues se presentaban ante él como el mayor de los desafíos posibles.

—No dejan de asombrarme estos cacharros —comentó el hombre de profunda voz masculina que lo acompañaba. Su acento no parecía tan evidente cuando hablaba en su idioma natal—. En un par de horas son capaces de trasladarte de un país a otro, atravesando montañas y océanos. Aunque son un poco pequeños para mi gusto, prefiero poder moverme a mis anchas.

Él echó un fugaz vistazo a su compañero e ignoró el incesante parloteo. No tenía tiempo para pensar en Aedan y sus descubrimientos sobre esta nueva época tan ajena a la de ellos. Al menos su amigo había dejado de desmenuzar y estudiar todo aquello que se movía o emitía alguna clase de sonido extraño, para continuar con la fase de asombro e inmediato interés que lo mantenía en un eterno estado de excitación y hambre de conocimiento.

Asegurando la mochila al hombro, siguió al resto de los pasajeros con los que ellos habían compartido el vuelo, pasando a través de las puertas de seguridad hacia la zona de recepción de equipajes. La gente se reunía alrededor de las cintas esperando para recoger las maletas, mientras otros ya llevaban el equipaje consigo camino de la salida.

—¿Cuánto tiempo tendremos que pasar aquí exactamente? —insistió Aedan, posando la mano sobre su hombro para captar su atención—. Empiezo a acostumbrarme a esta época, pero no puedo dejar de pensar que nos necesitan en...

La frase de su amigo quedó interrumpida, sustituida por el incomprensible exabrupto que surgió de su boca al tiempo que daba un pequeño salto hacia atrás.

Aquella mujer parecía tener la suficiente prisa como para pasarle las ruedas del carro de las maletas por encima los pies y no darse cuenta hasta un par de pasos más allá.

—Oh, Dios, cuanto lo siento, yo... —empezó a excusarse la joven, volviendo sobre sus pasos para comprobar el daño que había provocado. Los compungidos ojos marrones vagaron del hombre que parecía estar mascullando alguna cosa en un idioma que no conocía a su acompañante, pero la disculpa que estaba a punto de abandonar sus labios quedó ahogada bajo la repentina sorpresa—. ¿Dominic? ¿Dominic McTavish?

Al escuchar su nombre, él alzó la mirada confirmando la sospecha que le asedió al reconocer aquella voz femenina. Se quitó las gafas oscuras que hasta el momento habían cubierto sus intensos ojos color miel y la saludó.

—Anna Foreman —declaró, confirmando la identidad de la mujer. Alta y

esbelta, vestida con un femenino traje de chaqueta y pantalón, lo miraba como si no pudiese dar crédito a su presencia—. Ha pasado mucho tiempo...

Se dirigió a la mujer en inglés, haciendo que su voz sonase mucho más suave, matizada por el pesado acento que le otorgaba su propio idioma.

Ella asintió, bastante sorprendida, al encontrárselo de nuevo en aquella ciudad.

—¿Cómo tú por aquí? —Su pregunta fue directa, sin subterfugios. La censura en su voz, más que obvia—. ¿Asuntos de trabajo?

Él esbozó una irónica sonrisa, pero decidió contenerse. Ella no necesitaba saber los motivos de su presencia en la ciudad. De todos modos, tampoco era algo que pudiese compartir.

—Algo así —contestó en cambio, y señaló las puertas con un movimiento de la barbilla—. No quisiera retrasarte, es obvio que llevas prisa.

Ella se sonrojó. La indirecta en su voz era clara y definitiva. Anna se giró entonces hacia Aedan, que observaba el intercambio entre los dos con curiosidad.

—Lamento el accidente, espero que esté usted bien —se disculpó ella, antes de dirigirse de nuevo a él—. Me gustaría decir que ha sido un placer volver a verte, Dominic.

A él no se le escapó la ironía de aquel comentario.

—Y a mí poder creerlo —agregó con la misma ironía. Con una rápida mirada a Aedan, se volvió hacia la mujer y le dedicó una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida—. Anna...

Sin decir una palabra más, Aedan y él cruzaron las puertas que comunicaban con el área de recepción del aeropuerto y de ahí llegaron al exterior, donde los recibió el sonido de las interminables obras y el calor de una mañana soleada. Tras sortear los intrincados pasadizos que separaban la entrada principal del pequeño aeródromo del tramo de obras, se unieron al resto de pasajeros para tomar un taxi que les llevara hasta el hotel. Una vez allí podrían ocuparse del asunto que había conducido a dos de los druidas de Dalriada hasta aquella época.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Aedan, dejando caer al suelo la bolsa que había estado sujetando sobre su hombro—. Le ha faltado sacar un cuchillo y degollarte.

¿Ella también es así?

Él se limitó a ponerse de nuevo las gafas antes de mirar al hombre que

permanecía a su lado, con una amplia y estúpida sonrisa en la cara. Los ojos castaños de Aedan chispeaban de diversión mientras se acariciaba la barba de dos días que le cubría el mentón. Vestido con unos vaqueros y una camisa blanca que contrastaba con su bronceada piel y negro pelo, ahora corto, aquel hombre distaba mucho de parecerse en algo al primogénito del laird McNeil. El joven, además de ser su mejor amigo, era el druida de su clan.

—No tiene la menor idea de la que se le viene encima, ¿no es así? — continuó Aedan, sin prestar atención al su sombrío humor. Al parecer, los dioses tienen sus propios planes y nosotros no somos más que peones en su enorme tablero de ajedrez.

Él no podía estar más de acuerdo; ellos eran, sin duda, la prueba evidente. Tanto él como Aedan habían sido criados en las artes drúidicas, se les inculcó el respeto por la Naturaleza, por los dones que esta ofrece; se los adiestró como guerreros, dignos sucesores para sus respectivos clanes; amaban su tierra y a sus gentes, y deseaban, al igual que todos los clanes de Dalriada, que un día la oscuridad que había caído sobre ellos veinticinco años atrás se desvaneciese.

Desde la primera vez que había escuchado hablar de la Profecía de la Alta Druidesa y su sacrificio, se había sentido atraído por aquella leyenda. Los más ancianos del clan solían relatarla al calor de la hoguera; hablaba de una mujer única, la doncella que había logrado escapar al asalto del castillo de Duntrune, que regresaría para tomar posesión de su legado devolviendo a Dalriada el lugar y la gloria que había conocido antes de que los northumbrianos hubiesen ascendido al poder.

Unos decían que la muchacha era la hija del fallecido rey Alpin McEochaid, la única heredera que habría logrado huir de la masacre; otros creían que se trataba de una *banfhilid*, una poderosa druidesa, que desencadenaría el poder de aquella tierra manchada con la sangre de tantos inocentes y derrocaría al usurpador, pero lo único que se sabía a ciencia cierta era que, en el momento en que el rey cayó y con él su Alta Sacerdotisa, nació una profecía que tiñó con sangre las paredes del castillo de Dunnad; la cuna de los reyes.

La Profecía que vinculaba a los druidas de los cuatro principales señoríos de Dalriada al destino de su Prometida, y que los había conducido a él, Kieran Dominic McTavish, y a su compañero a través de las *liths* —las antiguas piedras de viaje— para recuperar a la única mujer que podría cumplir con

ésta: la Prometida de Dalriada.

Él se volvió por fin hacia su amigo para confirmar sus sospechas.

—No, Aedan, ella no tiene la menor idea de lo que se le viene encima.

Luego abrió la puerta del taxi que se había detenido ante ellos y entró en él.

—Pues parece que pronto va a descubrirlo —murmuró Aedan, subiendo al vehículo tras él, deseando poder terminar cuanto antes con lo que les había llevado a aquella extraña época. Quizá entonces su amigo podría empezar a relajarse.

Shadow cerró a su espalda la puerta del apartamento con un golpe de talón, mientras maniobraba con las bolsas de la compra y el bolso de camino a la cocina. Había tenido que hacer una parada obligada en el supermercado para llenar la nevera, comprar algunos artículos de limpieza y detergente para la lavadora. La última colada se había lavado con un programa *económico*: ni detergente ni agua; con las prisas se había olvidado de encender el electrodoméstico para que hiciera su trabajo.

Dejando las bolsas sobre la mesa, empezó a abrir y cerrar puertas, colocando la compra y rellenando de nuevo el frigorífico. No era sorprendente que su hermano pensase que la mayoría de los días vivía del aire; cada vez que venía de improviso, encontraba la nevera vacía y sin una triste cerveza o refresco que llevarse a la boca.

Guardando las bolsas en uno de los cajones de la mesa para reutilizarlas en la próxima ocasión, cogió la caja de comida para gatos y la agitó de camino al salón.

Había alquilado un pequeño piso en la avenida de Joaquín Planells, paralela a la estación de trenes; uno de los pocos lugares en los que le habían permitido tener animales, si podía catalogarse de esa forma al vago y perezoso gato callejero que había rescatado su ex novio hacía ya algo más de dos años.

Maurice llegó maullando desde el salón, restregando su fornido cuerpo contra sus pies en busca de su ración de croquetas. El gato era tan sibarita que solo aceptaba una marca de pienso, que, si bien era de las más baratas, no resultaba demasiado fácil de encontrar. El minino era enorme, de color blanco y con el rabo cercenado, quizá durante alguna pelea. Tenía parte de la peluda cara negra y una enorme mancha del mismo tono decoraba su pelaje. Sus ojos dorados parecían estar siempre suplicando mimos y alimento.

—Hola *Maurice*. Sí, sí, ya te he escuchado —canturreó de camino al salón—.

Aquí está tu comida... Más vale que te la zampes toda, o estarás a dieta toda la semana. Aunque, bien mirado, no te vendría nada mal.

Como si entendiese lo que decía su ama, el gato lanzó un sonoro maullido de protesta que fue interrumpido por el timbre del teléfono.

Ella saltó por encima del animal, dejó el recipiente de comida a un lado de la puerta, junto al bebedero, y cruzó la habitación para contestar a la llamada.

—Shadow al habla —respondió tras haber visto el número en la pantalla del teléfono, mientras se dejaba caer en el sofá sin mucha ceremonia—. En este momento no te puedo atender... Si me debes dinero, vuelve a llamarme y te daré mi número de cuenta...

Un resoplido atravesó la línea, seguido de la voz ronca, matizada con acento irlandés, de su hermano Ramsey.

—Si mal no recuerdo, eres tú la que me debe dinero, Shad —le respondió en castellano. Si escucharle hablar en inglés con ese acento era divertido, en castellano...

Bueno, todavía se preguntaba cómo la empresa de software en la que había estado trabajando en Londres le había ofrecido un nuevo puesto, con mayor sueldo, por su dominio del idioma. Había llegado a plantearse si el director de la empresa estaba sordo. Ella no era muy ducha en los idiomas, pero había aprendido lo suficiente como para no ofender a nadie y que se la entendiese cuanto pronunciaba, a pesar de su acento.

—Te dije que te lo devolvería... Es solo que aún no me han pagado en la academia —respondió, colocando un brazo por detrás de la cabeza—. Me acercaré esta tarde, de camino al laboratorio fotográfico.

Un nuevo suspiro.

—¿Es eso lo que has estado haciendo toda la mañana? ¿Qué has hecho con el teléfono móvil que te regalé? Se supone que tienes que llevarlo en el bolso, no dejarlo en casa —le recordó con resignación y un tinte de sarcasmo—. Y necesita ser enchufado a la corriente eléctrica para recargarse, guapa, que no funcionaba con energía solar.

Ella compuso una mueca y echó un vistazo al cable del teléfono, que colgaba de la estantería al otro lado del salón.

—Lo estoy cargando —murmuró, poniendo los ojos en blanco.

—¿El teléfono? ¿O solo el pobre cable, el cual vive permanentemente

conectado a la toma de corriente?

El tono irónico en la voz de Ramsey hizo que se levantase del sofá, refunfuñando, y fuese en busca del maldito teléfono para conectarlo al adaptador.

—Ya está.

—Gracias, amorcito. —La satisfacción que oía al otro lado de la línea la hizo sonreír a pesar de todo.

Ellos no eran hermanos de sangre. En realidad, ella ni siquiera recordaba a sus padres biológicos. Todo lo que sabía de sí misma era que, siendo apenas una niña, había sido encontrada vagando sola en el parque de la Torre de Hércules. Ramsey fue quien la encontró, después de haber escapado de la vigilancia de sus padres. El matrimonio Avery estaba de viaje en Galicia, lo que posiblemente la salvó de acabar en un sistema de acogida.

Ella no recordaba gran cosa de aquel entonces, solo que la policía había sido incapaz de descubrir su identidad y, tal y como sus padres adoptivos le explicaron tiempo después, el primer año que siguió a su aparición lo había pasado en un mutismo absoluto; hasta el punto de hacerles pensar a todos que era autista.

Pero, cuando un buen día la encontraron parlotando sin cesar ante un asombrado Ramsey, al cual había empezado a seguir a todas partes, lo ocurrido hasta entonces dejó de tener importancia y su vida comenzó a ser como la de cualquier niña de cinco años.

Con el tiempo, su hermano se convirtió también en su única familia, tras un desafortunado accidente ferroviario en el que sus padres adoptivos perdieron la vida, lo que convirtió a Ramsey en su tutor legal. Aquel fue un duro golpe para él, que le obligó a abandonar la universidad y a ponerse a trabajar para poder salir adelante y cuidar de ella.

Sonrió ante el recuerdo.

—Si llamas a todas las mujeres de la misma manera, Anna se buscará a otro.

Escuchó un ligero suspiro al otro lado de la línea.

—Por fortuna, Anna es una mujer sensata y con una paciencia infinita —aseguró su hermano, con un obvio tono meloso.

Ramsey llevaba viviendo con Anna desde hacía cinco años y, teniendo en cuenta que la muchacha había dejado su trabajo en Londres para venirse a España cuando a él le asignaron el nuevo trabajo, decía mucho a favor del

amor que se profesaban.

—¿Ya ha vuelto de...? ¿Adónde iba? —preguntó, tratando de recordar el lugar al que su cuñada había ido a presentar el proyecto de su propia empresa.

—Milán —oyó la respuesta de su hermano—. Y sí, ha llegado esta misma mañana... —Hubo un repentino silencio, seguido de un profundo bufido de fastidio antes de continuar hablando—. Y se ha encontrado con alguien en el aeropuerto.

Ella frunció el ceño ante el tono en la voz de Ramsey.

—¿Con quién?

Hubo un momento de silencio, tan largo que llegó a pensar que la línea se había cortado. Finalmente escuchó la respuesta.

—Dominic McTavish.

Ella se quedó muda durante un instante, mientras su mente trabajaba componiendo una imagen de ese hombre. Una cálida mirada color miel en un rostro muy masculino; unos labios generosos y suaves, de los que no había escuchado otra cosa que mentiras; un sedoso pelo negro que se ondulaba sobre las orejas y en la base de su cuello... Ése era Dominic... Nick... El mismo hombre que la había abandonado dos años atrás sin más explicación que una austera nota.

Todavía con el auricular pegado a la oreja, intentó concentrarse en las palabras de su hermano.

—¿Se ha puesto en contacto contigo? —escuchó la pregunta a través de la línea.

Ella sacudió la cabeza, pero al darse cuenta de que Ramsey no podía ver el gesto, respondió.

—No —murmuró en voz baja, todavía sorprendida por la noticia.

Escuchó cómo su hermano resoplaba y mascullaba unas palabras antes de seguir hablando.

—No debí de habértelo dicho. Lo que ese tío te hizo...

Negándose a entrar de nuevo en esa discusión, optó por cambiar de conversación.

—Sabes, creo que voy a volver a pedirte dinero —le atajó, con intención de distraerle y hacerle cambiar de tema—. Acabo de hacer la compra y no sé si me quedará suficiente para acabar el mes. También necesito llenar el depósito de gasolina y, si no me reciben hoy en la academia para pagarme lo que me deben...

—Deberías denunciarles —resopló Ramsey, aceptando el giro de la conversación—. No es normal que tarden cuatro meses en pagarte una nómina.

—Teniendo en cuenta cómo están las cosas aquí, tengo suerte de que siquiera me paguen, Ram —masculló—. En fin... Acabo de llegar, como puedes ver estoy bien y, si no estalla el bol de macarrones que pienso meter en el microondas, seguiré estupendamente durante las próximas horas.

Ramsey farfulló algo sobre los macarrones y la salsa picante que a ella tanto le gustaba.

—¿Por qué no vienes a comer a casa? Incluso podrías quedarte unos días, Anna está deseando verte —aseguró, poniendo la misma excusa de siempre.

Pero ella se había marchado del piso que había comprado Ramsey precisamente por eso. Amaba a su hermano y adoraba a Anna, pero no se sentía cómoda viviendo con la pareja. Después de lo de Dominic, buscar un apartamento para ella sola había sido lo mejor para todos. No quería que la viesen llorar, odiaba que alguien fuera testigo de ello.

—¿Y ver cómo os metéis mano? —dramatizó—. No gracias. Prefiero mis macarrones con salsa picante.

Ramsey sabía que, llegados a ese punto, nada de lo que dijera o hiciera iba a hacerla cambiar de opinión, así que no lo intentó.

—De acuerdo, te llamaré esta noche para ver si todavía no te has tirado por la ventana —le dijo, fingiéndose herido.

Ella se rio.

—No sé, Ram. Suicidarse desde un primero podría marcar la diferencia —aseguró, lamiéndose los labios antes de dar por concluida la llamada—. Dale saludos a Anna de mi parte.

—Lo haré —aceptó su despedida—. Cuídate, hermanita.

—Tú también.

No esperó más. Apretó el botón de colgar y apoyó el teléfono contra su estómago.

Su mente no hacía más que dar vueltas a las palabras de Ramsey; Dominic había vuelto.

«Maldición, Shady, prometiste no volver a pensar en ese hijo de puta», se recordó mientras se cubría los ojos con el antebrazo.

Dominic McTavish; Nick, como él prefería que le llamase. Él había entrado en su vida de la misma manera tan intempestiva como se había

marchado. Si lo pensaba con frialdad, ni siquiera estaba segura de haber llegado a conocerlo alguna vez.

Su encuentro sucedió de manera fortuita. Ella había estado fotografiando el antiguo faro romano desde varias perspectivas y se dirigía a la Rosa de los Vientos, un enorme mosaico que domina gran parte del terreno, a los pies de la Torre de Hércules, en el que están inscritos los nombres de las Naciones Celtas.

El objetivo de la cámara lo había capturado incluso antes de que ella misma lo viese. La gabardina que le resguardaba del frío aquel día ondeaba al viento, al igual que la bufanda a cuadros que llevaba alrededor del cuello. Llevaba el pelo largo, atado con una simple tira de cuero en la nuca y más tarde se daría cuenta de que sentía predilección por vestir de negro o con tonos oscuros, que no hacían sino darle una apariencia peligrosa, misteriosa y sexy.

Se giró, alzando la mirada cuando la sorprendió enfocándole con la cámara, y arqueó una de aquellas delgadas cejas que enfatizaban sus expresivos ojos color miel al tiempo que una limpia sonrisa daba vida a su rostro.

—¿Afición o trabajo? —preguntó con una voz profunda y sensual mientras caminaba hacia ella.

En esos momentos fue consciente de su altura, que podría superar con facilidad el metro ochenta y cinco, y que sus ojos eran incluso más dorados de lo que había pensado al principio, bordeados con un reflejo verdoso; una mirada que no tenía ningún reparo en recorrer su figura haciendo que se ruborizara.

Él le sonrió y esa sonrisa, más que ninguna otra cosa, se había grabado en su mente mientras le veía inclinarse hacia delante, buscando sus ojos, con las manos todavía hundidas en los bolsillos de la gabardina.

—¿Te ha comido la lengua el gato, diablillo?

«Diablillo». Así fue como la llamó entonces, con una cadencia sensual que imprimía un extraño acento en su voz. Ella había supuesto que no era español y él lo había corroborado diciéndole que su hogar estaba bastante lejos de allí y que, en cierto modo, podría decirse que era escocés. Y durante un estúpido momento, había llegado incluso a imaginárselo como uno de los habitantes de las Tierras Altas de Escocia; con su estatura y complexión física habría podido pasar con facilidad por uno de ellos.

Durante doce maravillosos meses, Dominic había estado con ella, conquistándola y seduciéndola, y estúpidamente había llegado a pensar que incluso la había amado — aunque fuese solo un poquito—, hasta que una mañana encontró sobre su almohada una nota con dos miserables palabras: «Adiós, Shadow».

Aquél día se marchó, llevándose consigo todo su rastro. El piso que él había alquilado durante aquel año había quedado abandonado y vacío. Nadie sabía de él o de su paradero.

Como una estúpida, se había enamorado del hombre equivocado. Su corazón había quedado tan herido que incluso ahora, dos años después, no encontraba en él otra cosa que una profunda amargura y tristeza por su propia estupidez.

Dejando el teléfono sobre la base, se dirigió a la cocina dispuesta a ponerse con la comida del día. Necesitaba estar ocupada, hacer algo que no le permitiese pensar.

—¿Por qué tienes que reaparecer justo ahora, Nick? —musitó con un profundo suspiro mientras abandonaba el salón—. ¿Por qué, justo ahora?

CAPÍTULO 2

La ciudad no había cambiado. Los mismos paisajes, la misma gente caminando por las calles o recostándose en sus toallas en la breve línea de arena blanca de la playa que se extendía a lo largo del paseo marítimo.

A Dominic siempre le había llamado la atención el que los gallegos aprovecharan el más mínimo rayo de sol para ponerse a tostar, aunque teniendo en cuenta la inestable climatología que padecen no era un acto tan descabellado. Aquella era una zona que conocía a la perfección; la textura de la arena, la temperatura del agua, las rocas que quedaban al descubierto cuando bajaba la marea; todo estaba grabado a fuego en su memoria, junto con la mujer que había compartido esos momentos.

Mirase donde mirase, aquella ciudad le recordaría siempre a ella; su pequeño diablillo. Lo único que le había importado en aquellos días. La misma mujer por cuya existencia ahora se veía obligado a volver a posar los pies en aquella localidad que abandonó dos años atrás.

Los nudillos le comenzaron a blanquear ante la presión con la que aferraba el borde de la ventana. Mantenía la cabeza gacha, para que el desordenado y húmedo pelo negro ocultara el remolino de emociones que le surcaba el rostro. No le gustaban las coincidencias. Como druida había aprendido que todo existía y sucedía por algún motivo, que el Universo tenía su propia manera de ordenar las cosas, pero era incapaz de comprender que la presencia de una joven pudiera alterar toda su vida de la forma en que lo hacía Shadow. Se resistía a admitir que ella fuese la mujer de la que hablaba la Profecía, a pesar de que haberle sido revelado mediante el *aisling*.

—Kieran, no estoy seguro de que el dinero que has pagado por esta habitación incluya los daños que puedas infligir a la ventana.

La voz de Aedan sonó a su espalda con tono aburrido. Le había observado guardar silencio durante un buen rato, mientras él permanecía en continua tensión. Estaba así desde el momento en que atravesaron *el portal* con la misión de encontrar a la Elegida y llevarla de regreso.

—Por otro lado, cuanto antes terminemos con lo que nos ha traído hasta aquí, antes podremos regresar a nuestra época —insistió su amigo.

Con un bajo siseo, se apartó de la ventana y cruzó la habitación doble hacia la puerta como si lo persiguiese el diablo. El sonido de ésta al cerrarse reverberó en el dormitorio y puso de manifiesto su humor.

—Y luego dicen que yo soy el que no escucha —farfulló Aedan, poniendo

los ojos en blanco, al tiempo que recogía la chaqueta que había dejado sobre una de las camas antes de salir tras él.

El semáforo acababa de cambiar a verde cuando se unió a la fila de personas que se apresuraban a cruzar la calzada. Vestido con pantalones vaqueros, botas y suéter, podía pasar desapercibido entre la gente. Por desgracia, el sombrío humor que lo envolvía y la forma de caminar, como si quisiese dejar su huella sobre el asfalto, no contribuían demasiado a ello. Sin embargo, las mujeres con las que se cruzaba lo miraban sin disimulo, algunas incluso dedicándole una descarada y sensual sonrisa, lo cual solo lograba hacerlo enfurecerse todavía más y fruncir continuamente el ceño.

No era ajeno a las costumbres de esta época, aunque había existido un tiempo en el que se había sentido azorado, incómodo incluso, pero su madre se había encargado de hacerle ver que no era solo hijo de su padre.

Helena pertenecía a este mundo. Para él todavía ahora seguía siendo un misterio la razón por la que su padre, el *laird* del clan McTavish, había terminado con una mujer como ella, o por qué su madre había accedido a quedarse en la época de los clanes.

Cada vez que lo había preguntado solo había obtenido un intercambio de miradas de la pareja, demasiado íntimo como para querer saber más.

Las mujeres de esta época se habían convertido en depredadoras de una jungla de asfalto, dispuestas a devorar al primer incauto que cayese en sus redes solo para hacerlo después a un lado y seguir de caza. Habiendo crecido en una comunidad en la que las mujeres podían ser tanto fieras como tiernas esposas o hijas, pero respetuosas de sus votos y su hogar, encontrarse con estas nuevas hembras, independientes y volubles, tendía a sorprenderle y enfurecerle a partes iguales.

Pero Shadow no era así. Ella poseía el encanto de sus dos mundos y solo ahora encontraba sentido a tal dualidad.

Su mente regresó al momento de su encuentro, dos años atrás, en un lugar nada lejano al que se encontraba ahora. Cuando la preciosa e inocente muchacha lo había mirado, con unos profundos ojos verdes, a través del objetivo de una moderna cámara fotográfica.

Él había sido el primero en sorprenderse. Llegó a aquella tierra acompañando a Helena, su madre, que se había trasladado desde su casa en Roma para visitar a una vieja amiga a la que habían diagnosticado cáncer un par de meses antes. Ella había insistido en que la acompañase, ya que no

quería perderse ni un solo día de la visita de su hijo, y como sabía lo que ella lo añoraba, había aceptado. Su madre llevaba muy mal su separación, casi tanto como extrañaba al hombre que lo había significado todo para ella; su marido. A pesar de ello, siempre había sido consciente de que el lugar de su hijo estaba en Kyntire, como heredero de su padre.

Pero la visión que se había manifestado en él poco después de que alcanzase la pubertad, señalándolo como druida, regresó aquella noche de hacía poco más de dos años con renovado furor.

Con las imágenes todavía frescas en su mente y el temor echando raíces en su alma, había abandonado el calor de la cama compartida para volver al hogar, dónde acompañó a su padre, Sean McTavish, jefe del clan McTavish, en su lecho de muerte.

Su madre regresó a aquel tiempo después del funeral, pero él recordaría siempre el dolor que vio entonces en sus ojos. Aquel día por fin comprendió el sufrimiento de su madre en toda su magnitud, él mismo acababa de dejar en otra época aquello que le era máspreciado.

Durante los dos años siguientes tuvo que hacer frente a las necesidades de su gente como nuevo laird del clan McTavish, pero todo su mundo había cambiado en el espacio de un parpadeo y la adaptación no fue fácil.

Y ahora estaba de nuevo en el punto de partida, en la ciudad que lo había acogido durante doce meses, para recuperar a la misma mujer a la que había abandonado dos años atrás y destruir todo su mundo con una sola frase.

«Hola cariño. ¿Sabes qué? Eres la Prometida de Dalriada y he venido a buscarte para llevarte a casa. Por cierto, has nacido en el siglo nueve después de Cristo».

Sí, ya podía escuchar las sirenas de la ambulancia del psiquiátrico que vendrían a buscarlo para encerrarlo y tirar la llave.

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes? ¿Qué ni siquiera lo sospechase? ¿Por qué sus dones drúidicos no le habían advertido de quién era ella?

Él había estado con aquella mujer en todos los sentidos. La había hecho suya y la había amado, solo para tener que olvidarla y regresar a su época para extrañarla.

La revelación había acudido a él mediante el *aisling*. Durante el sueño escuchó una voz femenina recitando el antiguo cántico destinado a accionar los *portales*. En sus palabras había un inmenso poder, toda la Naturaleza acudía a

su convocatoria para prestarle su fuerza, y podía recordar el rostro de la niña de corta edad que había permanecido acurrucada en el centro de las *liths*. Su cara ovalada mostraba la ingenuidad propia de los infantes, el terror a lo desconocido y, algo más; lágrimas deslizándose por las regordetas mejillas y unos ojos tan verdes como la tierra que la había visto nacer.

La había reconocido al instante. Aquella mirada, la redondez de su cara... Era ella, su pequeño diablillo.

Él había asistido al momento en el que nació la leyenda. Había sido el designado para atestiguar que aquella niña elegida, la que muy bien podía ser la última descendiente de Alpin Eochaid y Prometida de Dalriada, era real y no solo un mito nacido veinticinco años atrás.

Él había disfrutado de un precioso año de su vida con ella y le había dado todo lo que un hombre podía dar a una mujer. Había compartido todo con ella. Todo... excepto su verdadera identidad.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea —masculló en gaélico, apretando los dientes ante el dolor y la rabia que le corroía las entrañas. No quería que fuese ella. No quería conducir a Shadow hacia un destino que solo podría acarrearle la muerte—.

¿Por qué ella? ¿Por qué, precisamente, ella?

Sacudiendo la cabeza, evitó a la gente que paseaba por la ancha acera del paseo marítimo y cruzó el paso de peatones que lo alejaba de las playas y lo llevaba al interior de la ciudad. Había averiguado su dirección actual gracias a los contactos que todavía tenía en la zona. Nunca pensó que Shadow se quedaría con aquel gato que habían rescatado de la calle, pero que lo hubiese hecho le había simplificado las cosas, ya que eso le había obligado a vivir en un pequeño piso alquilado en la zona de la estación de ferrocarril, hacia donde se dirigiría en esos momentos.

Tenía que encontrarla. Había mucho que explicar y, a juzgar por la mirada que vio en los ojos de Anna, estaba seguro que a estas alturas Shadow ya sabría que él estaba en la ciudad.

El tiempo jugaba en su contra, lo sabía. Debía recuperar a la Prometida de Dalriada y conducirla a la Reunión de los Clanes, la cual se llevaría a cabo en algo menos de un mes. El momento de recuperar el reino de Dalriada de manos enemigas había llegado; era hora de que su legítimo Señor, o Señora, ocupase el lugar que le correspondía.

Shadow abandonó la academia en la que impartía clases de inglés con la sensación de que le habían tomado una vez más el pelo. En la mano llevaba el sobre con la nómina, pero la cifra no coincidía con lo que tendrían que haberle pagado.

Echando un último vistazo a la puerta que acababa de cerrarse a sus espaldas, enfiló la calle hacia la tienda de revelado en la que más temprano había dejado la tarjeta de memoria de la cámara para que le imprimiesen algunas copias en papel. En otras circunstancias, habría estado más que dispuesta a reclamar su sueldo, pero teniendo en cuenta que todo lo que quería era marcharse de allí, aceptaría incluso unos cuantos euros menos si con ello no volvía a ver en mucho tiempo el rostro a sus jefes.

Había empezado a trabajar como profesora de inglés algunos meses antes de dejar el piso de su hermano. Al haberse criado en Londres con Ramsey, su dicción y dominio del idioma era bueno y había superado la prueba de acceso sin mayor dificultad, consiguiendo un puesto de docente durante un par de horas, tres días a la semana. Pero las cosas dejaron muy pronto de parecer tan idílicas. Los pagos empezaron a retrasarse, los alumnos disminuyeron y, al final, si los rumores que había escuchado contenían algo de verdad, también había alguna denuncia por medio.

Suspirando por su mala suerte, dobló a la derecha al final de la calle y entró en la tienda, sonriendo al empleado.

—Enseguida estoy contigo, Shadow —la saludó él.

—No te preocupes, Marcos, no tengo prisa —aceptó ella, echando un vistazo a los posters y cuadros con fotografías que colgaban de las paredes y a algunos de los marcos de la exposición.

—¿Has conseguido arreglar ese asuntillo con tu empresa? —le preguntó el dependiente, mientras terminaba de colocar algunas fotos—. Esta misma mañana, un cliente estuvo hablando sobre ella y me acordé de ti. Parece ser que, hace un par de meses, uno de sus nietos estuvo yendo allí a estudiar, hasta que les llegó una factura astronómica. Según contaba el hombre, la academia tenía no sé qué problemas con la delegación provincial y los permisos.

Shadow suspiró.

—Me alegra poder decir que ya no pertenezco a su plantilla —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Acaban de darme la liquidación.

—Bueno, una preocupación menos para ti —comentó el muchacho antes de desaparecer por la puerta que daba al almacén, para salir a continuación con

un sobre de fotografías y la tarjeta de memoria de su cámara—. Se han impreso todas las que has marcado y aquí está la ampliación que solicitaste. Comprueba que están bien.

Ella se acercó al mostrador y ojeó las fotos para, finalmente, comprobar la ampliación con gesto satisfecho.

Pagó el importe del ticket que el chico le tendió y, tras asegurarse de que el bolso estaba bien cerrado, echó mano al bolsillo trasero de su falda vaquera para sacar el teléfono móvil y comprobar la hora y que no la hubiesen llamado. La mayoría de las veces ni siquiera oía el teléfono y terminaba encontrándose con varias llamadas perdidas.

Satisfecha, salió a la calle para decidir su próxima ruta antes de volcar toda su atención en el sobre con las fotos. Algunas habían sido hechas hacía una semana, otras dos días atrás, pero era en las de la tarde anterior en las que tenía más interés. Quería ver las imágenes de la anciana, rodeada de palomas y gaviotas, mientras les daba de comer.

—Que raro... —murmuró, alzando una de las fotografías y acercándosela a los ojos—. ¿Y esto?

Frunció el ceño mientras comprobaba cada una de las fotos que había realizado en el antiguo faro romano y que reproducían el mosaico de la Rosa de los Vientos.

«¿Será un efecto del sol?», pensó mientras trataba de adivinar qué podría ser el halo de luz que partía en todas ellas desde el centro del mosaico. Una tras otra, comprobó las fotos que había hecho en la zona, apartando aquellas que presentaban el extraño efecto.

Golpeando la foto con los dedos, echó un vistazo al reloj de uno de los termómetros de la calle que marcaba la temperatura y la hora. Haciendo un cálculo rápido, se precipitó a la parada del autobús para abordar el primero que la llevase lo más cerca posible de su destino. Estaba decidida a volver al lugar en el que había hecho las fotos y ver qué podría haber ocasionado aquel extraño fenómeno.

Dominic ni siquiera sabía qué estaba haciendo allí. El poder que envolvía el lugar era inmenso, podía sentir cómo su magia druida crepitaba alimentada por ello. Apenas había llegado a dar un par de pasos cuando algo lo hizo volverse. Sin pararse a pensar en ello, acostumbrado como estaba a seguir sus instintos, optó por dejarse llevar y, tras una larga caminata, sus pasos lo

llevaron a la entrada del parque de la Torre. El faro romano que recientemente había sido favorecido por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad se alzaba como un gigante, recortándose contra el despejado cielo azul.

Una curiosa leyenda sobre el héroe que daba nombre a la Torre y el titán Gerión hacía las delicias de los visitantes, que parecían haber aprovechado el buen tiempo para hacer una escapada y subir hasta allí arriba.

El viento soplaba con fuerza —como siempre ocurría en aquella punta coronada por el mar—, acariciándole el pelo y tironeando de los bajos de la chaqueta. Unos metros por debajo de su posición, descendiendo por un pequeño sendero de tierra y arena entre la hierba, se extendía el enorme mosaico de colores que componía el dibujo de La Rosa de los Vientos, más conocida por los navegantes como la *Stella Maris*.

Él podía sentir la llamada, la inexplicable atracción del pasaje. Como druida estaba íntimamente conectado con todo lo místico, las fuerzas de la Naturaleza y del Cielo, pero entre sus dones además estaba la extraña habilidad de sentir los *Portales de Viaje*; emplazamientos que, si sabían utilizarse en un momento preciso y bajo las condiciones adecuadas, permitían atravesar el *Velo* que separaba los mundos.

Y aquel *Portal* estaba llamándolo. Reclamándolo para que volviese a casa.

Cuadró los hombros y pasó por la abertura que delimitaba el pequeño muro que rodeaba el faro para bajar por el sendero que accedía al mosaico multicolor. No dejaba de resultar irónico que mientras él podía sentir la presencia del *Portal*, los turistas se entretuviesen posando y sacando fotos sobre éste. Por otro lado, aquello estaba bien. Si cualquiera fuese capaz de sentir los *Portales* o, los dioses no lo permitieran, abrirlos, el mundo sería un lugar muy distinto. La ignorancia era, sin duda, uno de los dones que la humanidad había recibido.

Junto al enorme mosaico circular, el poder que éste emanaba era todavía más intenso. Podía sentir cómo lo reconocía como uno de los viajeros que lo hubiese utilizado en algún momento. Sin embargo, él no había llegado a esa época por aquel *Portal*, sino por uno situado en Escocia. ¿Cuántos puntos como éste habría repartidos por el mundo, olvidados, en una época en la que la magia era un cuento de hadas?

El sordo murmullo que manaba de su centro le puso nervioso. Si no supiese que era imposible, diría que se estaba preparando para abrirse. De

hecho, si entornaba los ojos casi podía ver el haz de luz que se alzaba como un hilo, desde el punto central hacia el cielo, como si se tratara de un faro mágico.

Respirando profundamente, se obligó a ignorar la llamada y, con cuidado de no pisar el diseño de colores, fue rodeándolo hasta que pudo alejarse unos pasos. Caminó hacia el banco que servía de mirador a un salvaje y agreste paraje marino, donde se alzaba con más fuerza el viento que aprovechaban las gaviotas para dejarse llevar.

Allí se respiraba paz, pensó. Una paz que no había conocido su pueblo desde hacía largo tiempo.

Permitiendo que sus pensamientos se elevasen con el viento durante un breve instante de libertad, dejó escapar un fuerte suspiro. Tenía que empezar a centrarse y ponerse en marcha para lo que había venido a hacer. Con aquello en mente dio media vuelta, solo para encontrarse cara a cara con su destino. Vestida con una falda vaquera, una ajustada camiseta negra con motivos florales moldeando sus pechos, chaqueta y botas altas por debajo de las rodillas, le parecía mucho más hermosa y sexy de lo que recordaba.

Shadow descendía por el sendero de tierra y arena. Todo su cuerpo vibraba con el nerviosismo propio de la impaciencia. Desde el momento en que había subido al autobús, no había podido dejar de mirar las fotos, estudiándolas, con una extraña y repentina necesidad de ir allí; de pisar aquel mosaico. Pero lo último que había esperado encontrar era al hombre que ahora la miraba con una expresión que, podría apostar, era idéntica a la suya.

—Nick —murmuró, dejando que el viento se llevara su nombre.

Dominic no apartó ni un solo instante la mirada de ella. Sus ojos dorados la observaban con tanta sorpresa como la que sentía ella misma. Su rostro, la nariz, los labios; todo era igual a como lo recordaba. El cabello negro quizá lo llevase un poco más corto, pero seguía resultando encantador.

—Hola diablillo —saludó, sin apartar la mirada.

Ella era incapaz de respirar. Nada podría haberla preparado para ese momento.

Saber que él estaba en la ciudad no hacía menos dolorosa la casualidad. Era él. Más allá de cualquier cosa, era él y no podía enfrentarle. Ni siquiera estaba segura de poder dar un paso en cualquier dirección.

—¿Qué haces aquí?

Bien, por fin una frase y había surgido sin vacilación. Un buen comienzo,

sin duda, pensó mientras no dejaba de temblar por dentro.

—¿La verdad? He venido a por ti.

Parpadeó varias veces, golpeada por la fría respuesta.

—Bueno, creo que esto llega... ¿dos años tarde? —sugirió con ironía.

Dominic no apartó la mirada. En realidad, su expresión nunca cambió. ¿Dónde estaba la dulzura que ella recordaba? ¿Habría sido solo un invento más de su mente para justificar su ausencia?

El hombre que ahora permanecía ante ella no era quien recordaba. Compartía su físico, su postura, su tono de voz, pero éste era duro. La risa juvenil que había brillado en sus ojos se había esfumado y había sido reemplazada por una templanza de hierro.

—Si tenías más cosas que decirme, podrías haberlas escrito en tu carta de despedida —continuó ella con acidez—. En el papel quedaba espacio.

Lo vio tensarse durante un breve instante, como si sus palabras lo hubiesen golpeado. Bien, lástima que no le hubiesen abierto un agujero en el corazón como le ocurrió a ella con las de él.

Sacudió la cabeza y le miró una última vez.

—Vete por dónde has venido y olvídate de mí —insistió, adelantándose, mientras sus pies entraban en contacto con el mosaico del suelo—. Lo has estado haciendo durante los últimos años, así que no te costará trabajo repetirlo.

Apenas había dado un paso cuando notó la mano masculina en torno a su antebrazo.

—Espera...

Dominic detuvo sus palabras cuando un pequeño temblor empezó a sacudir el suelo bajo sus pies. El poder que había estado crepitando se disparó y el débil haz de luz que había visto cobró vida, destellando en un fogonazo que cegó a ambos momentáneamente.

Un temor reverencial se instaló en su interior. El *Portal* se estaba abriendo solo, alimentándose de su poder... y del de Shadow. Atónito, alzó la mirada hacia la mujer que todavía sujetaba para ver la sorpresa y la incomprensión pintada en su cara.

—¿Dominic? —El temor y la incertidumbre se abrieron paso haciendo a un lado la ironía de la que había estado haciendo gala.

Él palideció. La soltó y retrocedió para abandonar el mosaico.

—¡Kieran, qué mierda estás haciendo!

La voz de Aedan penetró en su mente como un fogonazo, sacudiéndolo y devolviéndolo a la realidad.

—No soy yo —musitó. Intentó dar un nuevo paso hacia delante solo para que Aedan lo detuviese.

—¡Para! —Le obligó a retroceder tirando de él.

Alzó la mirada con impotencia hacia la mujer que permanecía sola, envuelta por la luz. El miedo oscurecía su mirada verde. Parecía incapaz de moverse, como si su mente rememorara de forma inconsciente alguna vivencia.

—¿Nick? —El pavor en su voz lo rasgó por dentro—. ¡Dominic!

El grito desgarrador de la muchacha hizo eco en el capullo de luz que se había formado en torno al mosaico del suelo. Era incapaz de ver nada. Incapaz de alcanzarla.

—¡Levanta el maldito *Velo* para ella! —La voz de Aedan lo traspasó una vez más.

Como druida del clan McNeil, él también era capaz de ver y traspasar aquel extraño haz de luz que se había ido encogiendo hasta rodear a Shadow—. ¡Hazlo! Maldita sea, Kieran, ahora no puedes hacer nada por ella. Hazlo o la perderemos.

Apretó los dientes ante su propia estupidez. ¿Cómo no había previsto aquello?

Había sido la presencia de la Prometida de Dalriada lo que había despertado al *Portal*. Si no *levantaba el Velo* para ella estaría condenándola a la muerte, pero hacerlo significaba enviarla sola a su época. Rogando a todos los dioses que conocía que protegiesen a la mujer, se dispuso a hacer lo único que podía permitirse.

— *Levanta el Velo* para mí —murmuró al tiempo que llevaba la mano a la boca y mordía con fuerza la base del pulgar hasta hacerlo sangrar—. Alzalo y divídelo, muéstrame el pasaje. Soy tu siervo, tu súbdito y aliado. Que tu luz ilumine mis pasos hasta el final del camino —clamó, apretando la herida lo suficiente para verter un par de gotas de sangre que cayeron sobre el mosaico, reclamando una reacción mayor del poder que lo dominaba; provocando una nueva explosión que sofocó su propio reclamo—. ¡Qué se *levante el Velo*!

Ante la voz y el poder esgrimido, el haz de luz se hizo más intenso durante un instante, solo para estallar dejando tras de sí los rescoldos del poder y a él jadeando de rodillas.

—Muy bien, chico —añadió Aedan, palmeando la espalda de su amigo—.

Casi nos matas a todos, pero muy bien.

Él agachó la cabeza y golpeó con fuerza el puño contra el mosaico del suelo.

—¡Maldición! Esto no tenía que ocurrir así —gritó con desesperación—. ¡No tenía que suceder esto!

Aedan echó un rápido vistazo a su alrededor, agradeciendo a los dioses y a la Divina Providencia el hecho de que la gente fuese ignorante del poder que se había desatado.

—Arriba, McTavish. —Le obligó a moverse—. Ahora es nuestro turno.

Apretó los dientes, tragándose una abrupta respuesta. Se levantó y, dirigiendo una mortal mirada a su compañero y amigo, caminó de nuevo hacia el centro del mosaico.

—Ábrelo —le dijo Aedan, colocándose junto a él, posando la mano derecha sobre su hombro—. Y esta vez procura que caigamos de pie.

Con un seco gruñido, apretó la herida sangrante contra el suelo, todavía vibrante de poder, y volvió a recitar la invocación. Tras un fogonazo de luz, ambos desaparecieron ante la atónita mirada del tipo que estaba enfocando a su compañera con la cámara.

—María, no vas a creer lo que acabo de ver.

CAPÍTULO 3

Dominic temblaba por dentro, con una mezcla de rabia y desesperación, en el momento en que abandonó el haz de luz y se abrió paso más allá de las piedras de viaje, adentrándose en la amplia llanura que se extendía frente a ellos. El sol ya se estaba poniendo a este lado del *Portal* y los últimos rayos coloreaban el cielo de un tono rosado con briznas naranjas que anunciaba el final del día.

Quería gritar, patear algo, hacer cualquier cosa que le quitase de encima la enorme sensación de angustia que corría por sus venas mezclándose con su malhumor.

Sabía que el viaje no sería sencillo; no se trataba de un reencuentro ni tampoco de la búsqueda de una mujer cualquiera. El motivo de su regreso no era un nombre o un ser anónimo, sino la mujer con quien había compartido la intimidad. Pero también era todo aquello por lo que había luchado desde la muerte de su padre; la única salvación para su pueblo...

Y acababa de perderla.

Haciendo a un lado aquellos aciagos pensamientos, giró la cabeza para echar un rápido vistazo al extenso páramo. Las antiguas y enormes piedras, dispuestas en un amplio círculo a su alrededor, lo saludaron como viejas amigas. Pero fue la maldición que resonó en el silencioso paraje, procedente de su compañero de viaje, la que hizo que su enfado se incrementase varios grados.

—Bueno, al menos no nos has dejado caer en territorio cruithne. —El tono irónico de Aedan no hizo más que echar leña al fuego.

Dejó escapar una maldición al reparar en los veintidós *liths* de unos doce metros de diámetro que componían el *Portal de Viaje* ubicado en el bosque de Temple, cerca de la aldea de Kilmartin; uno de los puntos más antiguos, así como también de los más vigilados. Ellos habían viajado al otro mundo desde el enclave localizado al norte.

Mucho más pequeño, apenas compuesto por cuatro *liths* en el anillo exterior y otros cuatro en el interior, se encontraba en un territorio más seguro que en el que ellos estaban en ese instante.

—Diría que te has pasado de parada —insistió su amigo, hundiendo los pies en las piedras de río que cubrían el círculo interior del *portal*—. Y no has sido el único.

Respondiendo con un gruñido, echó un último vistazo al *Portal*. Entonces

entrecerró los ojos, oteando primero el cielo y finalmente el horizonte, para girar sobre sus talones y dirigirse hacia el norte.

—Ella no ha cruzado por aquí —insistió Aedan, emprendiendo la marcha tras él—. Pensaba que si regresaba sola lo haría por el mismo *Portal* por el que cruzó la primera vez.

—En primer lugar, ella no tendría que haber cruzado siquiera —respondió él con un bajo siseo. Sus ojos escaneaban continuamente el entorno—. No sola. Nunca sola.

El peligro seguía estando presente en cada recodo del camino. En los últimos años los clanes se habían agitado, indignados ante el cada vez más descarado y despótico rey. El usurpador había manejado a los clanes con mano de hierro, su ley se había impuesto incluso sobre cada uno de los cuatro señoríos en los que se dividía el reino de Dalriada. Y, además, mantenía a su lado a esa panda de salvajes como perros guardianes.

Veinticinco años atrás, Haldane Robertson, señor de Northumbría, se había alzado en armas contra Dalriada derrocando y asesinando al entonces rey. El usurpador había contado con el apoyo de Eógan, rey de la tribu cruithne, cuyo ejército de salvajes le había dado la victoria.

Desde ese momento, el yugo de Robertson cayó como un manto oscuro sobre el reino y los clanes que habitaban en él, pero la semilla de la rebelión había sido sembrada y no tardó mucho en germinar. Alimentada por los cánticos de los bardos y por la Profecía escrita con sangre en las piedras de Dunnad, nació la esperanza de que un día, no muy lejano, la verdadera heredera regresaría para ocupar su lugar y liberar una tierra subyugada.

Los clanes estaban dispuestos a levantarse en armas y, desde el momento en que la visión le mostró quién era ella, todo se había puesto en marcha. Los jefes de los principales señoríos de Dalriada habían sido convocados a una reunión secreta en Stane Alane, cerca de Loch Gilb Head, que debería llevarse a cabo en la próxima luna llena. Su misión era recuperar a la Prometida y llevarla ante ellos, dónde podría ser protegida y custodiada.

Soltando un nuevo exabrupto, paseó la clara mirada sobre el terreno, permitiéndose conectar con la Naturaleza e ir más allá. Escuchó el murmullo de los árboles, el viento sobre la hierba y obtuvo así la respuesta que solo los druidas sabían cómo interpretar.

Él se había criado en las costumbres de los McTavish, entre las que primaba la de que el primogénito del jefe del clan debía iniciarse en las artes

druídicas, sin embargo, él no era el primogénito. No, si se tenía en cuenta al hijo bastardo de su padre, Cahir, dos años mayor y al que él siempre había considerado un hermano.

Debía de haber sido él quien heredara tanto el honor de ser instruido como druida como el de ser el sucesor del clan McTavish. Su padre nunca había hecho distinciones entre ellos dos e incluso Helena, su madre, había aceptado que su marido tuviera un hijo anterior a su matrimonio, por lo que le había abierto los brazos y su hogar.

Pero su hermano era un hombre difícil y, cuando murió su abuelo materno y él resultó ser el único nieto del viejo jefe de los Campbell, aceptó la propuesta de los ancianos del clan de heredar su bastón de mando, convirtiéndose así en el laird del clan Campbell.

Un agudo aullido resonó en los páramos atrayendo la atención de ambos hombres.

Se giró hacia Aedan, que había contestado al sonido con un fuerte silbido que atravesó la distancia como un rayo. Casi de inmediato un nuevo aullido contestó a su llamada.

—Ya tenemos escolta —comentó su amigo, volviéndose hacia él—. Aunque, para más seguridad, preferiría tener a mano mi espada y vestir algo que no diga «soy gilipollas, venid a matarme». No me gusta estar en terreno descubierto sin protección de ninguna clase.

Asintió. En la abierta extensión del páramo eran presa fácil para cualquiera y todo lo que tenían para defenderse eran sus dones druídicos, pero sin la ventaja de una espada que ayudase, no tenían demasiadas ganas de tener que ponerlos a prueba.

—Tenemos que volver al punto de encuentro —continuó Aedan—. Quizá la Prometida haya llegado a través de ese *Portal*.

Así lo esperaba él, pero algo le decía que las cosas no iban a ser tan fáciles.

Había abierto el *Portal* en el momento justo para evitar que el poder que se había desatado la matase, pero no estaba seguro del punto exacto al que fue transportada.

Ahora mismo podría estar a cientos de kilómetros de distancia y la idea lo enfermaba.

Shadow estaría sola ahí fuera, a merced de un mundo que no se parecía en nada al suyo.

Rogaba a los dioses que le permitiesen encontrarla a tiempo.

—Espero que tengas razón —murmuró a modo de respuesta. Tomó una profunda bocanada de aire y continuó la marcha.

Ambos apresuraron el paso, cruzando la vasta extensión de tierra a la carrera la mayor parte del tiempo. En un momento dado, fueron interceptados por un enorme lobo negro y gris que emparejó su carrera a la de ellos, ganando terreno al lado de Aedan, como un perro que recibía con alegría a su amo.

El sol empezaba a ocultarse tras la línea del horizonte cuando divisaron la primera de las piedras que marcaba unos metros más allá otro de los *Portales de Viaje*.

El resplandor del fuego de una hoguera creaba sombras sobre ellas, soltando algún chisporroteo cuando la mujer que la atendía revolvía las ascuas con un palo. El relincho de un caballo hizo que otra silueta emergiese de las sombras mostrando a otra mujer, la cual parecía haber estado cuidando de las monturas y el carro, resguardados en la linde de un pequeño bosque, a su espalda. Su largo pelo castaño se movió, mecido por una suave brisa que se llevaba consigo las cenizas del fuego. Al contrario que la mujer que atendía el fuego, ésta vestía unos suaves pantalones de cuero y no dudó en sacar una de las flechas que contenía el carcaj atado en su montura y tensarla en el arco que ya sujetaba en sus manos.

—Baja el arco, Ciara. —La profunda y áspera voz de la mujer sentada en un tocón ante la hoguera la detuvo—. El que estos dos se hayan llevado el premio al bardo del pueblo no es suficiente motivo para dispararles... todavía.

La joven mantuvo el arco tensado hasta que ambos individuos se acercaron lo suficiente como para poder distinguirlos.

—Las cosas se complicaron un poco más de lo esperado, *baisleac* Runa —rompió el silencio Aedan, echando una furtiva mirada a la arquera y al arma que había bajado ahora hacia el suelo.

La mirada de la mujer mayor estaba sin embargo fija en Dominic, que se acercó al fuego para permitir que su luz le iluminase las sombrías facciones.

—Estoy pensando seriamente si darte una patada en el culo o ponerte sobre mis rodillas y zurrarte como no lo hice cuando eras un joven imberbe, McTavish — proclamó la mujer, sentada sobre un tocón frente al fuego. Sus ojos marrones se alzaron hacia él, que no emitió ni un sonido en respuesta

mientras entraba en el círculo de piedra—. ¿Tienes siquiera conciencia de lo que has hecho, Kieran?

Él apretó los labios y pasó más allá de la mujer, hacia los caballos que alzaron sus cabezas al escuchar y oler a los recién llegados.

—Interpreto entonces que ella no ha llegado por aquí —intervino Aedan, acercándose a la mujer.

—Interpretas bien —respondió ella—. La Prometida no ha atravesado este *Portal*...

Él farfulló algo en voz baja al tiempo que acariciaba el cuello de un ruano y le daba unas palmaditas en la grupa, como muestra de aprecio.

—Iré a por ella —murmuró más para sí que para sus acompañantes. Su mirada voló entonces hacia la mujer, que le daba la espalda todavía sentada ante la fogata—.

Ella fue quien abrió el *portal, bailsleac* —añadió, como si esperase que tuviese la respuesta a ese misterio—. ¿Cómo es eso posible? Se supone que solo los Altos Druidas de los señoríos tenemos la capacidad para abrirlos y ella ni siquiera es una druidesa.

Ella chasqueó la lengua y empezó a levantarse. Casi de inmediato, la joven arquera acudió en su ayuda, tomando su mano. Si bien no era una anciana, la sabia del clan McTavish debía rondar con facilidad los cincuenta o cincuenta y cinco años, una edad más que entrada en años para la época. Sus ojos se clavaron en los de él, como tantas veces antes. Ella había estado a su lado desde que podía recordar; fue su mentora, la mujer que le había enseñado a escuchar a la Naturaleza y a aceptar sus dones como druida. Había permanecido a su lado aconsejándolo cuando el peso de la jefatura del clan cayó sobre sus hombros y como una de las supervivientes de la masacre ocurrida veinticinco años atrás, su sabiduría iba pareja a su experiencia.

—Estás olvidando quién es ella, joven druida —respondió con rotundidad—. Su poder quizá no sea el de una druidesa, pero fue enviada a ese mundo por una que ostentaba un gran poder.

Aedan decidió intervenir para dar su apreciación de los hechos.

—Yo vi como el pórtico reaccionó cuando la Prometida puso un pie en el interior del círculo. Si Kieran no la hubiese enviado a través del *Portal*, aquello la habría matado.

La anciana chasqueó la lengua.

—Era su momento de regresar, Kieran. Los *portales* lo sabían —explicó

sin apartar la mirada de él—. Tu cometido, *laird* McTavish, era guiarla hasta aquí, y con «aquí» me refiero a donde estoy parada; a este círculo de piedras. Creo que puedes entender el concepto, ¿verdad muchacho?

Él apretó los dientes aún más, haciendo que rechinaran.

—Reserva tu furia para aquellos que realmente están necesitados de ella —añadió la sabia—. Tu misión no ha terminado. La has enviado de vuelta y la has perdido en el proceso... No sé qué me causa más estupefacción, si tus ropas o tu inteligencia.

Aedan ahogó una risa tras un oportuno acceso de tos y la arquera se volvió hacia él para fulminarle con la mirada. Mirada que él ignoró y retribuyó con un gesto de estudiada satisfacción masculina.

—Y tú empieza a actuar de acuerdo a la edad que tienes, Aedan, y no como un niño de siete años —replicó la *baisleac*, que parecía tener para repartir con todos—.

Ciara tendrá más trabajo contigo que con todo el ejército northumbriano.

—Eso si él vive lo suficiente para hacer honor a la palabra dada por su *laird* —respondió la aludida entre dientes.

—Muérdete la lengua, guerrera druida.

La paciencia de él se iba agotando a pasos agigantados. La urgencia por encontrar a Shadow pesaba más en su ánimo que cualquier otra cosa.

—¡Suficiente! —clamó exasperado.

Las miradas de los tres se volvieron hacia él, pero su atención estaba centrada en la anciana.

—Necesito encontrarla, Runa —gruñó, prescindiendo del título de la sabia.

Ella asintió lentamente.

—Sí, necesitas encontrarla y lo harás —aseguró, dejando a la pareja para dirigirse hacia él—. Pero vas a tener que hacer un largo camino para dar con ella, y mayor será todavía el camino que la lleve a su destino.

Runa miró por encima del hombro a sus dos compañeros, que ya habían dejado de discutir y caminaban hacia ellos.

—Vosotros seréis la escolta de la Prometida, tal y como se profetizó —asintió la mujer, mirándolos a los tres con confiada satisfacción, antes de centrarse en él—. La Reunión de los Clanes se llevará a cabo dentro de veinte noches en el lugar acordado.

Tienes que llevarla allí.

Él asintió con lentitud, empezando a calmarse.

—Nuestra mejor oportunidad será buscarla hacia el noroeste, hacia Moireabh — intervino Ciara. Los ojos de la druidesa cayeron sobre su cara—. Cuando abriste el *Portal* de Kilmartin, sentí una ruptura muy intensa hacia el noroeste.

Él asintió en agradecimiento, girando sobre sus pies, dispuesto a coger las mantas y aparejos de su montura para ponérselos y partir cuanto antes.

—Ése es territorio cruithne —les recordó Aedan con mayor seriedad.

—Bajaré al mismísimo infierno de ser preciso, con tal de recuperarla — murmuró él con crudeza, sin dejar de trabajar en lo que estaba haciendo.

Aedan se encogió de hombros y suspiró.

—Bien, allí es precisamente adonde nos dirigiremos —aseguró—. Pero antes quiero recuperar mi ropa. Y tú deberías de pensar también en ello.

Sin embargo, lo que él realmente quería era protestar. Todo lo que deseaba era montar en el caballo y marcharse en busca de Shadow. El pensamiento de que estuviese herida o perdida en una época que le sería del todo desconocida le estaba haciendo pedazos por dentro, pero sabía que Aedan tenía razón. Iban a viajar una larga distancia y no podían hacerlo como estaban. No, si querían pasar lo más desapercibidos posible.

—¿Puedo suponer que habéis conservado nuestra ropa, *baisleac*? — preguntó mirando a Runa.

Ella posó la mano sobre su brazo y señaló unos fardos ocultos tras la maleza, junto a unas rocas.

—Tuvisteis suerte de aparecer cuando lo hicisteis —les aseguró con desenfado—.

Una noche más y habrían alimentado mi fuego para darme calor.

Él hizo una mueca y respondió con ironía.

—Qué suerte entonces que no haya sido así.

Shadow se consideraba una persona de mente abierta. No fantasiosa, pero sí con un cierto grado de curiosidad por lo desconocido, por las cosas inexplicables, aunque nunca pensó en participar en ellas.

Aun así, «inexplicable» era el adjetivo que le venía ahora mismo como anillo al dedo, ya que no encontraba explicación alguna para la enorme extensión verde que se abría ante sus ojos, limitada apenas por las filas de árboles que formaban un espeso bosque a un lado y unas altas montañas o

colinas al otro, cuya silueta estaba bañada por la luz anaranjada del atardecer. Frente a ella y a su alrededor, se alzaban unas cuantas piedras de su tamaño, o incluso más altas, colocadas en forma vertical como monolitos.

—¿Nick? —Su voz sonó como un susurro. Aún tenía la mano derecha extendida hacia el lugar que hacía escasos segundos había ocupado él...

O no. Aquellos parajes no tenían nada que ver con el parque de la Torre de Hércules, ni siquiera con la parte de las Adormideras, donde los menhires de piedra se alzaban muy por encima de su cabeza.

—¿Dominic? —llamó de nuevo, llevando ahora su mano contra el pecho y temblando ante la ráfaga de viento que peinó la hierba y la hizo estremecer. Estaba helado, pero no era húmedo—. El mar... ¿Dónde...?

El agitado y bravío océano que bañaba la costa había desaparecido, o quizá nunca había existido a juzgar por la orografía de aquel terreno...

«¿Pero qué diablos estaba diciendo?»

Girando sobre sí misma, contempló las altas piedras que se alzaban frente a ella.

De algún modo parecía que estuviesen vibrando todavía, aunque ella se inclinaba más a pensar que fuese el resultado de un efecto óptico o del repentino dolor de cabeza que estaba empezando a instalarse en sus sienas.

—Esto es absurdo —jadeó, negando con la cabeza, incapaz de encontrar una explicación a lo que estaba ocurriendo.

Apretó los ojos con fuerza durante varios segundos antes de volver a abrirlos, esperando que todo fuese producto de su imaginación. Quizá le hubiese dado demasiado el sol, aunque ahora mismo el astro rey parecía dispuesto a marcharse, dejando un helador frío peinando la extensa pradera y su propia piel. Volvió a estremecerse.

—¿Dominic? —preguntó de nuevo, esta vez alzando la voz. Pero tampoco hubo respuesta.

Todo el paraje se mantenía en perfecto silencio, haciendo mella en sus nervios.

—¡Nick! —gritó, provocando la primera reacción en el páramo. Todos los pájaros que habían estado ocultos alzaron el vuelo ante el repentino chillido, provocando un nuevo grito de ella ante la inesperada estampida. No eran más que media docena de aves, pero en la soledad del lugar sus nervios podían con ella—. ¡Dominic! Si esto es alguna clase de broma de mal gusto...

Nada. Ni un solo gorjeo volvió en respuesta.

—Esto no puede estar pasando. Otra vez no —murmuró, pasándose una mano con desesperación por el pelo y rastrillando su melena hacia atrás—. ¿Dónde diablos estoy?

El temor empezaba a filtrarse a través del estado de shock. El recuerdo de un par de situaciones parecidas volvió a su mente; episodios que ni siquiera los médicos habían sabido cómo catalogarlos, diagnosticándolos como «pérdida de memoria selectiva».

Ya había pasado dos veces por esas *pérdidas selectivas de memoria*.

La primera vez había sido muy extraña. En realidad, gracias a ello había descubierto el parque de la Torre y el enorme faro romano símbolo de la ciudad a la que había llegado apenas un par de semanas antes. Todavía no dominaba bien el idioma, pero había estado interesada en ver la ciudad y sus alrededores. Recordaba vagamente haber estado admirando los restos de un castro celta ubicado a las afueras.

Era consciente de haber estado observando la cúpula de paja y, en el siguiente parpadeo, su mirada estaba observando el cielo azul contra el que se recortaba la torre de piedra arenisca más impresionante que había visto nunca. El viento alborotaba su pelo mientras el rugido del mar sonaba a sus espaldas y, bajo sus pies, había encontrado el enorme mosaico que formaba la Rosa de los Vientos.

El segundo episodio se presentó en Londres, poco después de la partida de Nick.

Ella necesitaba distraerse, dejar de pensar en el hombre que se esfumó de su vida sin explicaciones, así que la ciudad en la que pasó gran parte de su infancia era tan buen lugar como cualquier otro.

Durante la primera semana de su estancia se dedicó a visitar museos y exposiciones, siendo precisamente en una de las celebradas al aire libre donde sucedió de nuevo. En un momento admiraba unas piezas que acababan de ser rescatadas de una excavación a las afueras de Gales, y al siguiente fue consciente de estar en la calle, ante un gran roble ubicado a unas dos horas y media en coche del lugar en el que estaba viendo los objetos en exposición. Aún hoy era incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí. ¿Habría tomado un autobús de línea, inmersa en algún tipo de estado catatónico?

Pero ahora las cosas eran distintas. Ahora conocía al dedillo la ciudad en la que residía, y también sus alrededores y los pueblos costeros, sin embargo, aquel páramo no se parecía a nada que hubiese visto con anterioridad en A

Coruña o Londres.

—¿Dominic? ¿Hola? —llamó, alzando la voz una vez más. Sus palabras resonaron en el aire, perdiéndose en la lejanía.

Al igual que la vez anterior, los únicos que parecieron percibir su presencia fueron los pájaros que alzaron el vuelo, molestos por aquella inoportuna interrupción.

Soltando una nueva maldición en inglés, el idioma con el que se sentía más cómoda, se dio un manotazo en la pierna para alejar el repentino cosquilleo que le provocó una brizna de hierba, antes de dar media vuelta y rodear una vez más aquel montón de piedras desperdigadas, unas caídas y otras en pie.

Apenas había alcanzado una de las más grandes que había tumbadas en el suelo cuando vio una pequeña lagartija escabulléndose con rapidez. Si bien no le molestaban los bichos, tampoco apreciaba el hecho de hacer una excursión por el campo vestida con una minifalda vaquera que le llegaba un par de dedos por encima de la rodilla y unas botas. Por suerte, había decidido ponerse una chaqueta por encima de la camiseta, pues sabía que antes o después en el parque de la Torre el viento sería frío.

—Esto es todo culpa tuya, Nick —masculló para sí misma, encaramándose a la piedra tumbada en el suelo y cruzando los brazos sobre el pecho, en un intento de alejar el ligero temblor que empezaba a recorrerla—. ¡Maldito seas y malditos estos episodios de memoria selectiva!

La rabia y el cabreo inicial habían desaparecido, dando lugar al miedo a lo desconocido. El tiempo iba pasando y nada ni nadie había respondido a sus gritos, a sus insultos. Si no pensase que realmente era imposible, juraría que estaba sola.

Llevándose las manos a las sienes, empezó a masajearlas con suavidad, tratando de calmar su creciente nerviosismo y la sensación de temor que empezaba a instalarse en la boca de su estómago.

Un repentino gritito a su derecha la hizo saltar. Sus ojos se movieron rápidamente en aquella dirección, buscando desesperada entre la alta hierba sin ver nada.

—¿Hola? —Alzó la voz con la esperanza de que, si era algún bichejo indeseable, se asustara ante la perspectiva de encontrarse con un humano—. ¿Hola?

No hubo respuesta, lo que solo contribuyó a ponerla más nerviosa. En un intento por tranquilizarse y tratar de recordar cómo había llegado a aquel

desconocido lugar, empezó a repasar cada una de las acciones que había llevado a cabo en las últimas veinticuatro horas: su sesión de fotos, la llamada a su hermano Ramsey, el cheque de la academia...

—Las fotos —murmuró en voz alta, consciente por primera vez de lo que la había llevado de nuevo al escenario en el que las había sacado. Parpadeó varias veces al tiempo que bajaba la mirada a la correa del bolso que cruzaba su pecho desde el hombro hasta la cadera. Había vuelto allí por las fotos, por aquel haz de luz que había aparecido en cada fotograma en el que aparecía la Rosa de los Vientos—. ¿Dónde están mis fotos?

El bolso estaba vacío a excepción del monedero, un paquete de clínex, unos caramelos de cereza que había comprado aquella misma mañana y su teléfono móvil.

Aliviada, cogió el teléfono solo para descubrir que no había cobertura.

—Esto no puede estar pasando. ¿Por qué a mí? —gimoteó, moviendo el aparato de un lado a otro, mientras trataba de orientarlo hacia algún lugar en busca de las preciadas rayitas. Pero no obtuvo resultados—. ¡Mierda!

Frustrada, volvió a meter el teléfono en el bolso y se obligó a respirar profundamente.

—De acuerdo, no pasa nada. Yo estoy bien y de alguna manera he tenido que llegar hasta aquí —murmuró para sí misma, echando un vistazo alrededor—. Y si tengo suerte, habré dejado marcada la palma de mi mano en el rostro de ese maldito idiota.

Frunció el ceño ante eso. Él había estado allí. De verdad había sido él. Antes incluso de que se volviera, supo que era él. Una mezcla de emociones se había dado cita entonces en su interior, pasando de la alegría a la tristeza en una décima de segundo. Recordó cada una de las palabras escritas en aquella escueta nota que le había dejado y entonces...

—Levanté la mano para pegarle y... Y... —Su mente estaba en blanco. De alguna manera creía haberle oído gritar su nombre, pero todo lo demás era una nebulosa—.

¡Mierda! Más vale que le haya dejado mis cinco dedos dibujados en su cara. Es lo mínimo que se merece.

Con un nuevo bufido, se bajó de la piedra de un salto y empezó a caminar hacia la línea del bosque. Con un poco de suerte encontraría alguna zona en la que hubiese cobertura para el móvil y podría consultar el GPS online para saber con exactitud adónde había ido a parar en esta ocasión.

—Y si vuelvo a verlo o tenerlo delante, me aseguraré de cruzarle la cara de una bofetada —masculló con absoluta convicción—. Eso haré, sí señor.

Aedan miró una vez más al hombre que paseaba de un lado a otro del improvisado campamento que levantaron cuando la noche se hizo tan oscura que era imposible avanzar por territorio desconocido sin saber con qué podrían encontrarse. Mantenían la lumbre al mínimo, esperando que la zona rocosa en la que se habían refugiado evitara que la luz de la hoguera se viese desde cualquier otro punto. Era peligroso encender fuego en aquel lugar, pero la brusca caída de las temperaturas durante la noche obligaba a aquel tipo de protección.

Un soez juramento resonó en el silencioso grupo que le hizo poner los ojos en blanco. Dominic se había estado paseando como un león enjaulado, preso del temor y la impotencia que los había conducido a aquella tarea de búsqueda.

—Kieran, si sigues haciendo eso acabarás por abrir un surco en el suelo —llamó su atención mientras acariciaba la cabeza del lobo con una hipnótica cadencia—. Si Ciara no se ha equivocado y la Prometida ha atravesado el *Portal* en la región de Moireabh...

—No me he equivocado —añadió la aludida con una mirada al hombre que la había cuestionado que decía claramente que le gustaría tener su piel... como abrigo—.

Ella ha cruzado el *Portal* y la Profecía se ha puesto en marcha.

—Valiente Profecía... —farfulló él por lo bajo, mientras dedicaba a la mujer una mirada satisfecha. Le gustaba discutir con ella.

La druidesa se incorporó, dejando que el *plaid* con el que se había estado cubriendo resbalase sobre sus pechos hasta remolinarse en su regazo. Aquella prenda, a cuadros verdes, azules y negros con líneas amarillas, la identificaba como un miembro del clan McInnes, originario de las regiones de Yura e Islay. El broche que llevaba prendido en una esquina de la tela y que la sujetaba a su hombro izquierdo era idéntico al que portaban ellos dos y la identificaban como druida de su clan.

Tenía que admitir que era atractiva; alta y delgada, con un cuerpo fibroso y un rostro de pómulos altos. Poseía el porte de una reina amazona, pero era su afilada lengua la que acababa sacándolo de quicio; algo en lo que jamás había reparado hasta que a la edad de dieciséis años los prometieron en matrimonio

como forma de estrechar los lazos entre ambos clanes. Y en pocas lunas, si sobrevivían a ello, Ciara McInnes pasaría a llamarse Ciara McNeil.

El mero hecho de imaginárselo hizo que le volvieran a arder las entrañas. No deseaba a esa mujer como esposa. En realidad, ni a ella ni a ninguna otra. Amaba su soltería por encima de todas las cosas, pero su padre no hacía más que recordarle que ya tenía edad suficiente para contraer matrimonio y continuar su estirpe.

La siempre suave voz de la mujer lo sacó de su ensoñación, abandonando sus pensamientos para volver a centrarse en el aquí y el ahora.

—El que estemos aquí los tres druidas de los señoríos de Dalriada, mientras nuestra gente se prepara para la Reunión de los Clanes, ¿no te parece una señal suficiente? —respondió ella, mirándole para luego volverse hacia Dominic—. Estamos dando vida a la primera parte de la Profecía. —Ciara se aclaró la garganta y recitó de memoria el poema que todos conocían—. «Y entonces ella llegará, escoltada por los druidas de Dalriada, en la noche más oscura de todas. Las almas de los muertos la guiarán y el salvaje comerá de su mano, cuando el peligro se atraviere en su camino».

—La mujer se lamió los labios antes de mirarlos—. La Profecía ha comenzado a cumplirse...

—¿Y dónde dice esa Profecía tuya que ella iniciaría la apertura del *Portal*? —replicó Dominic entre dientes, con los puños apretados a ambos lados de las caderas—. ¿Dónde dice que sus custodios estarían a punto de matarla enviándola sola a un mundo que desconoce? ¿Dónde dice que la enviaría directa a los brazos de esos salvajes? —Poco a poco, Dominic había ido levantando la voz—. Dime, Ciara, ¿en qué lugar dice todas esas cosas?

Ciara se tomó un momento para contemplar al hombre que se erguía ante ella. Sus ojos dorados brillaban con rabia, dolor y una profunda impotencia. Había dejado de lado la extraña ropa que habían vestido tanto él como Aedan, cambiándola por un pantalón de suave piel color tierra, una camisa de lino de color oscuro y botas de suave cuero, así como por el tartán de su clan, que envolvía su cintura cayendo en perfectos pliegues sobre sus muslos, y le cruzaba el pecho con una franja de tela hasta el hombro, donde lo había asegurado con un broche en forma de corona de roble, idéntico al de ella. Pero él, además, también llevaba otro broche que cerraba el cinturón. Era del tamaño de un pequeño disco y en el centro estaba dibujada la cabeza de un jabalí con el lema *Non Oblitus*. «No olvidéis».

El fuego creaba reflejos sobre su pelo negro, que llevaba más corto de lo acostumbrado, y una simple cinta de cuero circundaba su frente, atada por detrás de la cabeza para apartar de su rostro los mechones molestos.

Kieran era un guerrero, líder de su clan y druida; una combinación que lo convertía en un hombre sabio, aunque no paciente.

El hombre estaba enfadado consigo mismo —desesperado en realidad—, pero no por el recordatorio de la Profecía, que ella sabía conocía mejor que nadie, sino por haber fallado a aquella mujer. Ella empezaba a pensar, a juzgar por la actitud de su amigo, que aquella mujer era para él mucho más que la Prometida de Dalriada.

—¡Está ahí fuera y sola, Ciara! —gritó, extendiendo un brazo hacia la oscuridad—. Ella nada sabe de profecías, ni de Dalriada... ¡Maldita sea, ni siquiera sabe quién soy yo realmente! Ni de dónde viene. Para Shadow nada de esto existe y siempre debió de haber sido así.

Soltando una nueva maldición, pateó el suelo con el pie, lanzando algo de tierra hacia la pequeña fogata. Entonces se inclinó sobre uno de los montículos en los que había dejado apiladas sus pertenencias para tomar su espada, su arco, las alforjas con provisiones y la manta antes de dirigirse hacia su caballo. El animal resopló y coceó el suelo como si pudiese sentir la tormenta que había en el interior de su amo.

—¿A dónde vas? —preguntó Aedan sin moverse ni un solo milímetro de su postura distendida.

—A buscarla —masculló Dominic, colocando la alforja sobre la grupa del caballo y guardando la espada en su funda de cuero, antes de sujetar un puñado de crin junto con las riendas y subir sin esfuerzo a su montura—. Es culpa mía que haya terminado aquí de esta manera.

Aedan chasqueó la lengua y se recostó, entrelazando ambas manos detrás de la cabeza.

—Llévate a *Riska* —dijo bostezando—. Él será tus ojos durante la noche.

—No puedes ir solo —negó ella, caminando tras él—. Esto es una locura, Kieran.

Espera hasta el amanecer. Es imposible ver nada en esta noche y se hará aún peor; en unas horas la niebla empezará a cubrirlo todo.

—El amanecer puede llegar demasiado tarde, Ciara —respondió, haciendo bailar a su caballo sobre el terrero, ansioso por continuar. Luego se giró hacia Aedan, que parecía engañosamente relajado—. Nos veremos en

Loairne. Si no hemos regresado en dos días, seguid camino hacia Cean Loch Gilb.

Aedan chasqueó la lengua una vez más y se limitó a volver el rostro hacia su amigo.

—Tienes hasta mañana por la noche. Si al amanecer no os hemos vislumbrado desde la frontera, iremos a buscaros —le informó Aedan, recordándole que su cabezonería podía ser igual o mayor que la de él.

Asintiendo, se giró hacia el lobo con un agudo silbido que hizo que el animal mirase a su compañero y trotase a continuación hacia Dominic, sobrepasándolo con un sonoro aullido y adentrándose en el páramo.

—Ve con cuidado —pidió ella, sabiendo que nada de lo que dijera iba a disuadirle.

—Vosotros también —asintió, volviendo grupas para instar a su montura a seguir al lobo.

Ella se quedó mirando la silueta que formaban hombre y caballo hasta que la espesa oscuridad los tragó, dejando tras ellos el eco del aullido del lobo.

—Si intentásemos detenerle, la situación solo iría a peor —le sorprendió la voz de Aedan a su espalda.

El hombre se había levantado y se encontraba de pie tras ella, con las piernas separadas. Una impresionante montaña que, a pesar de su altura y su preparación, la hacía sentirse débil, pequeña y femenina.

Su cálido aliento le acarició el dorso del rostro, haciéndola cada vez más consciente de su proximidad; del poder que tenía sobre ella... Un poder que no podía darse el lujo de que él conociera.

—Saldremos con la primera luz de la mañana hacia la frontera. Si a mediodía no ha aparecido, iremos a por él —aseguró Aedan.

Ella se separó un par de pasos, endureció sus facciones y lo miró con la misma indiferencia que siempre mostraba en su rostro.

—Creí haber oído que le dabas tiempo hasta la noche.

Se giró y la estudió de los pies a la cabeza con una mirada profundamente sensual, antes de entrecerrar sus enormes ojos y darle la espalda, alejándose de nuevo hacia la fogata.

—Mentí.

CAPÍTULO 4

Shadow no daba crédito a lo que veía ante sus ojos, pero todo aquello solo podía tratarse de algún tipo de representación teatral. Los hombres iban vestidos con algo similar a piel de animal o cuero, llevaban el rostro pintado y proferían gritos mientras luchaban entre sí a orillas del claro del bosque que se extendía por debajo de dónde ella se encontraba.

Se había topado con ellos, o para ser más exactos, habían sido los terribles gritos y alaridos que proferían los que condujeron sus pasos hasta aquel lugar. Llevaba caminando durante las últimas cuatro horas, mientras contaba cada uno de los minutos que se reflejaban en la pantalla de su teléfono móvil y observaba, casi cercana a la obsesión, la inexistencia de rayas que marcaran la cobertura. La luz del sol había disminuido, pasando del atardecer a las primeras sombras de la noche. Solo la linterna del aparato le había permitido ver por donde caminaba.

Había vagado paralela a la linde del interminable bosque, pero finalmente se internó en él siguiendo lo que esperaba que fuese alguna senda. Poco a poco la espesura fue mermando y los árboles empezaron a ser más escasos, hasta abrirse en un pequeño claro, dónde encontró otro grupo de piedras.

El cansancio y la irritación terminaron por superarla poco después de la puesta de sol. Todo lo que la rodeaba le era extraño y seguía sin encontrar signo alguno de civilización. Hasta que apareció ante sus ojos aquel estrambótico grupo.

—¡Maldita sea! ¿Pero a dónde demonios he venido a parar ahora? — masculló, enfadada consigo misma.

Aquello empezaba a ser preocupante y su mente seguía en blanco; una laguna imposible de rellenar. El transcurrir de las horas sin encontrar un solo punto desde el que poder orientarse y la falta de cobertura del teléfono, unidos a la cada vez más densa oscuridad, mermaban sus fuerzas y decisión.

A juzgar por lo que había podido ver mientras disponía de luz solar, y más tarde bajo la mortecina iluminación del teléfono, el paisaje era similar a la orografía gallega, lo que al menos le daba cierto consuelo. Su «fuga» no era tan grave como si hubiera cambiado de comunidad o, peor aún, de país.

Un ligero escalofrío la recorrió de pies a cabeza. La temperatura había bajado considerablemente, por lo que la falta de ropa de abrigo y el frío suelo sobre el que permanecía agazapada no contribuían demasiado a aislar su cuerpo de la humedad.

Hacía rato que la niebla había descendido sobre el bosque. Al principio había sido una ligera llovizna que más tarde terminó convirtiéndose en una capa tan densa que necesitaría de un cuchillo para abrirse paso.

Su mirada voló una vez más sobre el grupo de seis hombres, pintados y vestidos como miembros de alguna tribu salvaje, que habían acampado a unos metros de su posición. El fuego crepitaba e iluminaba la ahora animada camaradería, elevándose desde una hoguera encendida en el círculo interior de las piedras y creaba fantasmagóricas sombras sobre éstas. Las risas parecían llenar el ambiente, junto con exclamaciones y frases de las que apenas conseguía oír algún retazo. Varios caballos pastaban y descansaban junto a la linde de bosque, lo suficiente cerca como para que las llamas de la hoguera los alumbrara.

Cuanto más los miraba, más se convencía de que tenía que tratarse de alguna clase de ritual pagano o iniciación sectaria. No era la primera vez que se encontraba con evidencias de que en el parque de la Torre de Hércules se llevaban a cabo toda clase de ritos litúrgicos. Aquél parecía ser el lugar predilecto tanto por los practicantes de la magia negra, como de los respetuosos *wiccanos*, que llevaban a cabo sus ceremonias sin molestar a nadie.

Pero aun así, aquél era el primero al que asistía en vivo y en directo y no estaba muy segura de que le entusiasmase tal honor.

Un nuevo escalofrío le recorrió el cuerpo. Tenía frío y la humedad del suelo sobre el que permanecía acostada no ayudaba en absoluto a que se sintiese mejor. La visión de la lumbre se le antojaba una opción atractiva, pero no se atrevía a salir a campo abierto. No, después del irracional temor que había sentido en el instante en el que había divisado a aquellos hombres.

Un fuerte estruendo inundó el bosque, los cascotes de los caballos resonaron como cañonazos en la silenciosa noche, complementándose con los gritos que proferían los jinetes. Con el corazón bombeando con rapidez, reaccionó por instinto. La incertidumbre y la sorpresa dieron paso al miedo, y éste a la necesidad de escapar.

Apenas había tenido tiempo suficiente para girar y lanzarse en una desesperada carrera hacia el bosque, ignorando ramas, hojas, arañazos y cortes, hasta que los pies le resbalaron y terminó agazapada contra el suelo en el lugar en el que se encontraba en ese mismo instante.

—Con lo bien que estaría yo en casita —musitó, dejando caer el rostro

sobre los brazos con un angustiado gemido.

Ni siquiera en sus anteriores episodios de pérdidas de memoria había tenido que enfrentarse a algo como aquello. Todo había sido cuestión de minutos, una o dos horas a lo sumo, antes de que supiese donde estaba y se las ingeniara para conseguir un autobús o taxi que la llevase a casa.

Cerró los ojos con fuerza y se esforzó por evocar la imagen de Dominic, tal y como la había visto esa misma tarde. Él seguía siendo tan atractivo como recordaba, más aún si consideraba el aire de madurez que marcaba ahora su rostro.

Tan rápido como creó esa imagen se apresuró a borrarla. Ese hombre era el único culpable de que hubiese terminado allí. De algún modo, volver a verle debía de haber provocado que reprimiese sus recuerdos; un shock, quizá. Cualquier cosa que explicase de manera coherente sus *fugas*.

—¿Lo ves? Él es malo para tu salud mental. Ya no digamos para que conserves la línea; helado de chocolate contra Nick... Mala combinación, muy mala.

Empezó a incorporarse despacio hasta quedarse de rodillas. Su mirada seguía fija en la hoguera y en los hombres que continuaban con su particular festejo. Tenía miedo de moverse, de llamar su atención y que no fuesen, precisamente, gente amistosa.

La niebla se espesaba en el interior del bosque y su mente batallaba entre seguir sus instintos o hacer un movimiento estúpido. Uno que, a pesar de ser el menos recomendable, prometía ser una de sus mejores opciones para evitar a aquel grupo.

Sabía que no debía moverse, que lo mejor sería esperar al menos hasta que amaneciese para seguir caminando, pero era incapaz de permanecer quieta ni un segundo más. Algo en aquellos hombres le daba mala espina y, si de algo estaba orgullosa, era que sus corazonadas pocas veces se equivocaban.

Poniéndose en pie empezó a retroceder mientras vigilaba al grupo, avanzando despacio sin apartar ni un solo instante la mirada de ellos. Todo su cuerpo estaba en tensión, listo para saltar y echar a correr al más mínimo movimiento por parte de ellos.

Un par de pasos más y ya no estarían en su ángulo de visión. Solo un poco más... y acabó en el suelo.

El dolor atravesó su tobillo derecho como una aguja afilada, sus rodillas se doblaron y cayó. Una vieja raíz había detenido su avance.

—Joder... Mierda... ¡Oh, mierda! —masculló, apretando los dientes ante el dolor.

Ya podía sentir cómo el tobillo se hinchaba, oprimido en el confinamiento de la bota.

No, no puede ser ¿verdad? Ahora no... puede pasarme esto. ¡Mierda! ¡Oh, joder!

Se tomó unos minutos para recuperar el aliento y prepararse mentalmente para su próximo movimiento. Echó mano al bolso y extrajo de nuevo el teléfono móvil. La batería se estaba agotando con rapidez.

—De acuerdo... —Respiró profundamente intentando calmar los nervios. Hablar en voz alta siempre la había tranquilizado—. Sí, vayamos al bosque con botas de vestir y falda e instauraremos un nuevo deporte: senderismo para idiotas.

Dejó escapar un profundo suspiro mientras se las arreglaba para arrastrarse por el suelo hasta un delgado tronco. Las maniobras que llevó a cabo para ponerse de nuevo en pie las recordaría durante toda su vida por el dolor que aparejaron, pero no iba a quedarse allí.

—Sí, señor, senderismo para idiotas por Shadow Avery —continuó farfullando entre dientes. Apenas era un siseo, pero hacía que se sintiese mejor—. Con ese título podría escribirse un libro o imprimir camisetas.

Sacudiendo la cabeza, se obligó a dejar la ironía a un lado y probó a dar sus primeros pasos.

—Ésta va a ser una caminata infernal —susurró entre dientes al tiempo que examinaba al detalle su entorno en busca de algo que la ayudase a sostenerse y avanzar.

Encontró soporte en un improvisado bastón de rama de árbol y se puso de nuevo en marcha. El haz de luz que emitía el teléfono poco podía hacer contra la espesa niebla, mientras los sonidos propios de la noche en el bosque llegaban a sus oídos, aumentados por el temor y la oscuridad.

—Es inútil, no puedo seguir. Ni siquiera veo mi propia nariz —gimoteó, apoyándose en la rama que sostenía buena parte de su peso—. Maldita sea, ¿dónde estoy?

Bufando, se movió con intención de buscar algún lugar en el que poder sentarse, pero la tierra cedió bajo sus pies y, antes de que supiese lo que ocurría, su cuerpo cayó hacia atrás, precipitándose en una frenética caída que terminó abruptamente, acompañada de un agujonazo de dolor contra el

costado. Las lágrimas inundaron sus ojos sin que pudiese evitarlo cuando un escozor a la altura de la cadera le arrancó el aire de los pulmones. Todo lo que pudo hacer en ese instante fue encogerse en un ovillo, apretando los dientes mientras dejaba que resbalaran por sus mejillas. Un silencioso llanto se abrió paso a través del nudo de su garganta; un lamento que daba rienda suelta a todo el miedo y la angustia a la que se había visto sometida durante las últimas horas.

La niebla empezaba a levantarse empujada por los primeros rayos de sol del amanecer.

El caballo de Dominic había aminorado el paso para acompañarlo al del lobo. Los animales acusaban el cansancio y la tensión a los que habían sido sometidos durante toda la noche.

Él arrastró el dorso de la mano por la frente perlada de sudor. El esfuerzo que suponía dominar las fuerzas de la Naturaleza a través de su don le estaba pasando factura. Su poder sobre la niebla había provisto a los tres de un cómodo escudo durante el viaje a través de aquel peligroso territorio.

A las pocas horas de iniciar la marcha se había topado con un pequeño grupo de northumbrianos escoltados por tres guerreros *cruithne*. Portaban antorchas y, a juzgar por la manera en que espoleaban sus casi reventadas monturas, llevaban prisa.

Encontrarse con una patrulla como aquella viajando durante la noche despertó sus sospechas.

La Reunión de los Clanes había sido convocada en el más estricto de los secretos.

Tras la visión que le había revelado la identidad de la Prometida, la *baisleac* lo había interpretado como el inicio de la Profecía que anunciaba la llegada de la Elegida y que pondría fin al yugo del usurpador sobre Dalriada.

Al principio los clanes se habían revuelto, unos a favor y otros en contra. Incluso había quien pensaba que aquello era solo un cuento de viejas y que enfrentarse con el actual rey solo pondría en peligro al pueblo escoto, que seguía resistiendo a duras penas los ataques de los *cruithne*.

Pero después de las reticencias iniciales, se tomó la decisión de llevar a cabo una reunión general, esperando poder organizarse y unir a todos los clanes bajo una única bandera. No era posible que los northumbrianos hubiesen descubierto lo que tramaban los cuatro señoríos que formaban el

reino de Dalriada.

No, aquello debía de tratarse de otra cosa.

Su mirada color miel recorrió parte del estuario que se extendía ante él, acariciado por uno de tantos ríos que recorrían la región. A un par de kilómetros de distancia comenzaba la región boscosa que se abría hacia el noroeste. Los *cruithne* dominaban gran parte de la vasta extensión de aquel país, y su poder aumentaba día a día gracias a las alianzas políticas... o al simple y llano asesinato. Eran un pueblo orgulloso, guerrero, que había echado raíces en aquellas tierras y nada ni nadie los haría marcharse. Él era consciente de ello y sabía que, si algún día llegaban a entenderse, no sería por el idioma de la espada.

El caballo sacudió la cabeza agitando las crines al tiempo que lanzaba un pequeño relincho en dirección al agua, que había olfateado. Palmeando el cuello del animal, desmontó y se giró para conducirlo hasta la orilla para que pudiera abreviar.

—Lo siento, compañero, sé que estás cansado —dijo mientras soltaba riendas para dejarlo beber—, pero necesito encontrarla. Si algo llega a sucederle por mi culpa...

Como si percibiese la angustia de su amo, el caballo sacudió la enorme cabeza oscura y le propinó un pequeño topetazo en el pecho antes de volver a prestar atención al agua. Él sonrió acariciándole el flanco.

Su lustrosa piel negra estaba húmeda por el sudor y la niebla, pero seguía siendo el caballo más magnífico que hubiera visto en mucho tiempo; un poderoso animal que había llegado a él siendo apenas un potrillo, como botín de una escaramuza contra un clan vecino. Todavía podía recordar la mirada de su padre cuando lo vio rodeando el cuello del animal y las palabras que siguieron a aquel gesto: «Solo una mano noble podrá templar a esa bestia, hijo. Utiliza la astucia antes que la fuerza».

—Vamos, *Scail*, debemos continuar —murmuró, haciendo una mueca ante la ironía que traía consigo el nombre del caballo. *Scail*, significaba «sombra» en gaélico; lo mismo que el nombre de ella: Shadow.

Girándose, buscó al enorme lobo gris que lo había acompañado hasta allí. *Riska* era la mascota de Aedan y, desde que lo conocía, jamás había visto que el guerrero tratara a nadie con tanta delicadeza y ternura como lo hacía con el lobo, a pesar de que su encuentro había sido menos que afortunado. El can estaba atrapado en un cepo cuando lo encontró y el animal no dudó en

desnudar sus dientes, gruñendo de modo amenazador, para morderle después cuando intentó liberarle. Pero aquello no lo había detenido. Mientras él había sido partidario de dispararle con el arco, Aedan se había interpuesto entre los dos, salvando la vida del lobo y ganándose poco a poco la lealtad de la bestia. Su amigo llevaba todavía el recuerdo de aquel encuentro marcado en su mano izquierda.

Aunque el lobo solía acompañarlo también a él, su vínculo con Aedan era algo que el druida no había visto antes y que hablaba del don que tenía el joven McNeil para con los animales.

Un sonoro aullido atrajo su atención. El lobo apareció al poco tiempo, corriendo como alma que llevaba el diablo. Usaba sus poderosas patas para ganar terreno y su lengua ondeaba por un lado de la boca a medida que se acercaba. A su espalda, *Scail* emitió un nuevo relincho que hizo que el druida que habitaba en su interior se pusiera alerta.

Con un limpio aterrizaje, el lobo se detuvo a escasos metros de él, se lamió el hocico y lo miró. Los ojos dorados se clavaron en los de él como si quisiera comunicarle un mensaje, uno que él no tuvo problemas para descifrar.

—Shadow...

Sin perder un instante, saltó sobre el lomo de *Scail*, volvió grupas y lo espoleó para conducirlo en la dirección por la que había venido el lobo, quien ya se lanzaba de nuevo a la carrera, tomando la delantera, guiándole a su destino.

La oscuridad de la noche había desaparecido dando paso al amanecer. Shadow se incorporó, temiendo moverse demasiado rápido por si la caída había tenido más repercusiones, aparte de los arañazos y el dolor que la atravesaba como un relámpago a la altura de la cadera. Sentía el cuerpo pesado, el tobillo hinchado dentro de la bota y una sensación de mareo le inundó la boca del estómago cuando intentó incorporarse lo suficiente para sentarse. No creía haberse roto nada, lo que era un milagro a juzgar por el desnivel que observó al levantar la mirada y ver por dónde había resbalado la noche anterior.

Tomó aire profundamente y se preparó para soportar el sufrimiento mientras se arrastraba hasta apoyar la espalda en la loma, llena de tierra y hojas secas. Era curioso cómo, en momentos como aquél, dejaba de tener importancia que hubiese alguna araña o bichejo desagradable entre la maleza,

sobre todo dado el asco que les tenía.

—No es momento de pensar en eso, Shadow —se recordó en voz alta, en un intento de mantener el ánimo a flote. Intentó moverse lo menos posible para reducir la sensación de malestar y palpó con ligereza la cadera en busca del bolso, que había conservado milagrosamente gracias a la correa. Sin embargo, estaba vacío—.

¡Estupendo!

Su mirada recorrió con rapidez la larga franja de tierra por la que había caído. Un objeto de color rosa llamó su atención a poco más de un metro por encima de su cabeza; su teléfono.

Con intención de recuperar la única posibilidad de contacto con la ayuda, se incorporó. El movimiento provocó una furiosa punzada que le atravesó el costado y el tobillo, teniendo que apretar los dientes para no dejar escapar una maldición. Estiró el brazo y apoyó todo su peso contra la pared, mientras luchaba por alzarse lo suficiente como para que sus dedos tocasen el anhelado objeto. Todo su cuerpo parecía estar sometido a una indecible agonía; cada vez que se rozaba contra el suelo o se movía, el dolor en la cadera solo era superado por el del tobillo.

—Oh, vamos, por favor —gimió, estirándose con un quejido, solo para quedarse petrificada en el acto. Una enorme cabeza peluda, con brillantes ojos dorados y una más que impresionante fila de dientes, de la que caía una rosada legua, se había asomado desde el borde superior.

—¡Joder! —El repentino movimiento hizo que le fallase el pie lastimado, enviándola de nuevo al suelo.

Un calambre le arrebató el aire de los pulmones y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras observaba estupefacta al animal, que parecía estar olfateando el aire.

Tan repentinamente como había aparecido, desapareció dejando un sonoro aullido tras de sí.

—Un... lobo... —Consiguió encontrar la voz entre dos accesos de dolor. Una histérica risa amenazó con surgir de su pecho—. Un jodido lobo, Señor. ¿Qué más puede pasarme ya?

Era incapaz de apartar la mirada del punto en el que lo había visto. El corazón le latía a tal velocidad que sentía el pulso contra las sienes.

Los minutos parecían pasar con demasiada lentitud mientras vigilaba la cima del talud. Un bajo murmullo, similar al que había escuchado la noche

anterior, llegó hasta ella. Palabras, supuso; frases cuya cadencia le resultaba familiar a pesar de que no podía entender ni una sola de ellas.

—¿Shadow?

El sonido de su nombre penetró en su confundida mente, haciéndole dudar si lo había escuchado en realidad.

Cuando la cabeza del lobo volvió a asomarse desde el borde, seguido del resto del cuerpo cubierto por un pelaje gris oscuro y negro para deslizarse con gracia por el mismo terraplén por el que ella había caído, gritó.

—¡No! No, vete, vete... —Intentó rechazarlo con la mera impresión de la mirada, pero él se limitó a lamerse el hocico en cuanto llegó a su altura y levantar la enorme cabeza peluda arriba, para observar al hombre que apareció allí, bloqueando la luz del sol que se filtraba entre las ramas de los árboles.

—Gracias a los dioses —murmuró Dominic nada más verla, deslizándose a continuación por el talud de tierra con facilidad para llegar a su altura.

Ella abrió los ojos desmesuradamente sin dar crédito a lo que veía.

—¿Nick? —susurró con voz rota. Le miró fijamente, grabándose su imagen como si esperase que de un momento a otro fuese a desvanecerse.

Antes de que pudiese decir una palabra más, él estuvo a su lado recorriéndola con la mirada y las manos, palpando su cuerpo y su cabeza hasta que ella lo alejó.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás herida? —No dejó de dispararle preguntas mientras la examinaba sin disimular su ansiedad.

Ella lo apartó una vez más, quejándose cuando le rozó el pie lastimado.

—No. No estoy bien —clamó con exasperación. El miedo siempre la ponía a la defensiva—. Me he torcido el tobillo y, por si eso no fuese suficiente, me he caído desde ahí arriba y me siento como si me hubiese pasado un camión por encima. Tengo un terrible dolor de cadera y, no he querido ni mirar, pero estoy segura que tendré un hematoma de tamaño olímpico. Además... ¿Pero qué demonios llevas puesto? Espera.

¿Tienes algo que ver con esos locos de las pieles y los gritos? ¿Dónde demonios estamos? ¿O, mejor aún, dónde diablos te has metido durante estos dos últimos años?

¿Crees que puedes reaparecer así, como si nada? Eres un...

No llegó a terminar la frase. La boca masculina se cerró sobre la suya, impidiéndole seguir con su diatriba. La calidez de su beso, su sabor, la suave

caricia de sus lenguas al encontrarse... Aquello fue más de lo que podía soportar.

En un solo segundo revivió toda la ternura que había conocido en sus brazos, pero también trajo consigo la amargura posterior.

—Dos años, Nick —masculló, apartándose de él y rompiendo el beso—. No puedes desaparecer durante dos años y regresar de esta manera... ¡No puedes!

Él no respondió. Estaba demasiado agradecido a los dioses por haberla encontrado, como para iniciar ahora mismo una discusión. Su mirada bajó en cambio por el cuerpo de ella, comprobando a simple vista el alcance de los daños. Toda la piel que quedaba expuesta estaba arañada y sucia, la ropa tenía pequeños desgarros y, a juzgar por la tensión de su cuerpo y la postura que adoptaba, era obvio que sentía dolor.

—¿Puedes ponerte en pie? —preguntó, bajando las manos ahora sobre el pie lastimado. La hinchazón era palpable—. Esto no tiene buen aspecto.

Ella se tensó cuando deslizó las manos sobre la bota.

—No lo hagas. Si me quito la bota no podré volver a calzarla —advirtió, con un bajo siseo de dolor—. Por no hablar de que te cogeré la mano y te morderé hasta hacerte sangre, y lo achacaré todo al dolor.

No pudo evitar esbozar una sonrisa ante su respuesta, sorprendido y aliviado de que mantuviese el humor a pesar de todo lo ocurrido. Sin responder a su amenaza, examinó los alrededores buscando la manera de sacarla de allí sin tener que volver a subir por donde habían descendido. El lobo, que se había mantenido a distancia como si comprendiese el temor de la mujer, olfateaba el suelo y el aire.

—Es posible que unos metros más adelante podamos subir sin tener que trepar por este terraplén —comentó, volviéndose de nuevo hacia ella—. Ven, te ayudaré.

Shadow negó con la cabeza. El dolor la obligó a apretar los dientes en su intento de ponerse de pie por sus propios medios. A punto estuvo de volver a dar con sus huesos en el suelo de no ser por la rápida reacción de él.

Un involuntario gemido abandonó sus labios cuando la mano de Dominic le rozó el costado.

—Maldita sea —lo oyó mascullar. Sus ojos se oscurecieron y su rostro adquirió una expresión sombría—. Las cosas no deberían haber ocurrido de esta manera, diablillo. Lo siento.

Ella frunció el ceño ante sus palabras, permitiendo que la sostuviese.

—Lo último que quiero oír ahora mismo de ti, es que has tenido algo que ver con... *es t o* —dijo, encontrándose con su mirada. Una silenciosa petición anidaba oculta tras sus palabras—. Porque habría sido ir demasiado lejos incluso para ti.

Él se limitó a deslizar los brazos por su espalda para alzarla en brazos sin dificultad.

—Tenemos que irnos. —Ignoró su velada reclamación, acomodando su peso para caminar en la misma dirección por la que ya trotaba el lobo—. No es seguro estar aquí.

Ella pasó el brazo alrededor de su cuello para sujetarse. El estómago se le había encogido al captar el conocido aroma de él y todo su cuerpo empezó a relajarse, a pesar del dolor, ante aquel calor y la fortaleza que conocía tan íntimamente, rescatando momentos de un tiempo que se había esforzado por olvidar.

—¿Y dónde es exactamente *aquí*, Nick? —Las palabras abandonaron sus labios antes de que pudiera ponerles freno.

Una vez más él no respondió, limitándose a seguir tras el lobo, que caminaba delante de ellos como una mascota cualquiera.

—¿Es tuyo?

Los ojos color miel bajaron entonces sobre los suyos. Ella indicó al lobo con un gesto de la barbilla, antes de tensarse. Incluso los pequeños movimientos le causaban dolor.

— *Riska* no pertenece a nadie más que a sí mismo... y en ocasiones a Aedan — respondió, abriéndose paso sin dificultad por la zanja que iba perdiendo pendiente a medida que avanzaban.

A ella le hubiese gustado preguntar quién era Aedan, pero lo más seguro es que ignorase su pregunta, al igual que había hecho con la anterior.

—No has respondido a mi primera pregunta —insistió en voz baja, cansada.

—No es el momento para hacerlo —aseguró en el mismo tono—. Los hombres que mencionaste antes... ¿Cuándo y dónde los viste?

Ella se pensó durante unos segundos si darle una respuesta o guardar silencio, igual que había hecho él.

—En un pequeño claro cerca de aquí —le informó por fin. Después frunció el ceño—. Bueno, supongo que estaba cerca. En la oscuridad y con la

niebla es un poco difícil calcular las distancias, aunque imagino que conocerás la zona. Había unas cuantas piedras de gran tamaño, ya sabes, a modo de columnas.

Ahora fue su turno para fruncir el ceño.

—Demasiado cerca —murmuró para sus adentros.

Los próximos minutos pasaron en completo silencio. Dominic la llevó en brazos durante todo el trayecto, deteniéndose solo cuando llegaron a la linde del bosque, en una zona que ella no había visto el día anterior.

Un enorme caballo de piel oscura que había estado pastando tranquilamente hasta que los vio llegar, sacudió la cabeza y piafó al verlos.

—Vaya, es impresionante, tenemos hasta el atrezo —comentó ella con obvia ironía acariciando su voz—. ¿Cuánto te ha costado montar todo esto?

Escuchó que Dominic dejaba escapar un profundo suspiro, antes de dejarla con cuidado en el suelo y darle la espalda para atender al caballo. El animal bajó la cabeza, permitiendo que él le rascase la testuz, mientras sus ojos avellana parecían mirarle con adoración antes de que se trasladase hacia la grupa para asegurar las cintas de las alforjas. Luego recolocó el equipaje y desenrolló lo que parecía una manta a cuadros rojos y azules, con el mismo patrón de la que vestía él al puro estilo de los habitantes de las Tierras Altas de Escocia.

—La tienda en la que has adquirido el disfraz debe de ser buenísima. El acabado es impresionante, pero el caballo, el perro y... esa cosa... ¿No te parece que te has excedido un poquito?

Él ignoró sus palabras y abrió la manta para envolverla en ella, cubriéndole la cabeza. Aquel acto mitigó su voz, de la que solo se escuchó un siseo cuando él se agachó lo suficiente para alzarla y echársela al hombro. Su respuesta no se hizo esperar, a modo de chillido y coloridos insultos, a lo que él reaccionó con una contundente palmada en su trasero.

—O dejas de gritar en este mismo instante y guardas silencio, o juro por los dioses que te amordazaré —declaró el, caminando con ella hacia el caballo—. Esto no es un juego ni un teatro, Shadow.

Pero ella no escuchaba. Su mente se había quedado clavada en el momento en que él había dejado caer la mano abierta contra su trasero.

—¿No...? ¿No acabas de hacer lo que creo que has hecho? —cuestionó con incredulidad. Ni siquiera le había dolido, pero el mero hecho que se hubiese atrevido a tratarla como a una niña la enfurecía—. No, no lo has

hecho... No puedes haberlo hecho... ¡Dominic, estás empezando a cavar tu propia tumba!

Él dejó caer una vez más la mano abierta contra sus nalgas haciendo que se sobresaltara, aunque al instante sintió que le masajeara la zona. Supo que su rostro acababa de adquirir un tono tan rojo que hacía juego con los cuadros de la manta en la que estaba envuelta.

—No te lo diré otra vez —repuso. Su voz era mucho más dura y fría que antes—.

O guardas silencio o te amordazo. Si no abandonamos cuanto antes estos parajes... Si nos encuentran o, los dioses no lo permitan, descubren quién eres, una palmada en el trasero será el menor de tus problemas.

Ella se quedó quieta durante un breve instante.

—¿De qué diablos estás hablando? —Intentó moverse para evitar que aquel malnacido siguiese magreándole el culo, pero cada zarandeo le provocaba más dolor aún, con el cuerpo tan magullado como lo tenía—. ¡Mierda! ¡Quítame las manos de encima! Me estás haciendo daño, Nick; me duele todo el cuerpo.

—Pues deja de moverte —siseó él, aunque su agarre sobre ella se hizo más suave.

Sin darle oportunidad a seguir protestando, la levantó sobre la grupa del caballo, sentándola de lado. Luego contempló sus enormes ojos verdes abriéndose con sorpresa y una pizca de temor, pero sobre todo incertidumbre. Sus pequeñas manos buscaron asidero en las crines del animal, que resopló moviéndose inquieto ante el desconocido peso que su jinete había colocado sobre su lomo.

—Calma, *Scail*. Ella no siempre arma tanto escándalo —murmuró al caballo en gaélico, acariciándole el cuello antes de tomar las riendas y montar tras Shadow, a quien atrajo a su regazo, asegurándola entre sus brazos—. Relájate, irás más cómoda.

No voy a dejarte caer.

—¿Apostamos algo? —masculló.

Él la sintió temblar. Notó el frío y la humedad que manaba a través del *plaid* de lana con el que la había envuelto y, con suavidad, tiró de ella hacia su cuerpo para permitir que su calor la alcanzase.

—Segundo aviso. No habrá un tercero —le recordó su intención de amordazarla.

Ella entrecerró los ojos, se giró hacia él y sonrió.

—Que te jodan, Dominic McTavish.

Resoplando, tiró del pañuelo que llevaba atado al cinturón y cumplió su amenaza.

CAPÍTULO 5

Aedan acarició la testuz del caballo mientras observaba, oculto tras unos peñascos, al pequeño grupo de soldados northumbrianos que cruzaban al galope la pradera.

Flanqueándolos y cubriendo la retaguardia, montaban tres *cruithne* que, con la cara y brazos pintados, suponían un fuerte contraste con el polvoriento atuendo de los soldados; hombres que él reconocía de Dalriada.

—Son la guardia de Dunnad —murmuró en voz baja.

Su mirada se desvió entonces hacia uno de los tres hombres que montaban entre los soldados. El vistoso atuendo que portaba incluso bajo la tosca tela a cuadros, lo señalaba como un *Ard Draoi* el Alto Druida que sirvió a la casa de Dalriada después de que los norteños usurparan el trono.

—Esto no puede significar nada bueno —masculló, volviéndose hacia su compañera—. Tenemos que dar con Kieran y la Prometida y partir inmediatamente.

Ciara, que estaba observando el desfile, se giró hacia él.

—¿Ya se habrán enterado de su llegada?

Negó con la cabeza.

—No estoy seguro —dudó, al ver el grupo que se alejaba rápidamente—, pero el hecho de que lleven al Alto Druida con ellos no me inspira precisamente tranquilidad.

Ella echó un vistazo a la amplia pradera que se extendía ante ellos, al tiempo que recogía las riendas de su caballo y montaba con un grácil salto.

—Habrà que llevarla a un lugar seguro antes de que ese malnacido de Robertson sepa que ha llegado y envíe a sus perros tras ella —musitó entre dientes.

Odiaba a ese hombre con cada fibra de su ser. Su codicia y sed de poder lo llevaron a matar al verdadero rey y ocupar un trono manchado de sangre, sin dudar en pasar a cuchillo a todo aquél que se rebelaba en contra de sus deseos. No era más que un sádico bastardo con una panda de hombres a su mando que solo sabían violar, matar y beber hasta caer borrachos.

—Si los northumbrianos dan con ella, la matarán —añadió él, montando de un salto para hacer dar la vuelta a su caballo y abrir la marcha—. No se arriesgarán a que la Profecía se haga realidad. Esa muchacha, es la única esperanza que tenemos... Si la perdemos, se habrá acabado todo.

Ella se giró hacia él. Su rostro reflejaba la incertidumbre de sus palabras.

—¿Crees que será capaz de hacer frente a lo que se avecina?

Aquella era una pregunta para la que no tenía respuesta.

—Solo puedo desear que sea así —susurró, echando un vistazo a su espalda hacia el grupo que ya era simplemente un punto en el horizonte—, pero algo me dice que mis deseos no van a hacerse realidad... demasiado pronto.

Shadow hervía a fuego lento. La boca se le reseca y el amargo sabor del pañuelo con el que él la había amordazado empezaba a hacerle daño en la comisura de los labios, al tiempo que propiciaba las arcadas que acudían a ella con el traqueteo del camino.

Su mente fue recopilando todas y cada una de las posibles torturas a las que podría ser sometido un hombre, en un intento de batallar contra el agónico dolor de su cuerpo.

Le dolía la mandíbula de apretar los dientes para evitar gemir o, Dios no lo permitiese, gritar por el dolor que sentía en el costado.

A pesar de sus deseos de arrancar la piel a tiras al hombre que la sostenía sobre su regazo a lomos del caballo, se vio obligada a ceder, acomodándose de manera que el lado magullado no entrase en contacto con nada que la pudiese lastimar aún más.

El frío de la noche remitía y la niebla se levantó, permitiendo el paso de la luz de un nuevo día, pero ella era incapaz de ver más allá de sus propios pensamientos. El hombre que la custodiaba ahora estaba a años luz del que ella conoció y amó; había cambiado tanto... Y no solo físicamente, todo en él parecía haberse endurecido, recrudecido. ¡Ese mal nacido no vaciló en cumplir su amenaza y amordazarla!

Un nuevo acceso de náuseas la obligó a cerrar los ojos y respirar varias veces de forma profunda, por la nariz, hasta que el malestar remitió. Abrió una vez más los ojos, intentando ver algo más allá de la maldita manta a cuadros con la que la había arropado aprisionándole incluso los brazos.

La luz del sol acariciaba la campiña que se extendía ante ellos, los últimos girones de niebla quedaron atrás una vez dejaron el bosque y, durante todo el viaje, lo que más la sorprendió era no encontrar ni rastro de civilización. No tenía la menor idea de dónde estaban, del lugar al que ese maldito la arrastraba en su locura. La orografía era muy similar a la de los pueblos de las montañas lucenses que había visitado el año anterior, pero al contrario que en

aquel lugar, allí no existía ni una sola casa o cabeza de ganado.

El irregular paso del caballo la estaba llevando al límite, los continuos saltos y baches del suelo sacudían su cuerpo como una maraca aumentando su malestar.

Deseaba llorar, ponerse a gritar y patalear como una niña pequeña; dar rienda suelta a la mayor rabieta de su vida, pero era una mujer adulta de treinta años. Además de que se negaba a dar a ese neandertal la satisfacción de verla llorar.

El tobillo lastimado palpitaba constantemente, la hinchazón empezaba a entumecerle incluso los dedos de los pies, pero era la cadera la que se llevaba la peor parte a pesar de sus esfuerzos por encontrar una postura cómoda que aliviase el dolor.

Se movió una vez más sobre su regazo, no sin advertir que, a pesar de la tensión que mantenía su cuerpo, rígido sobre la montura, una más que animada erección respondía a sus movimientos endureciéndose, haciéndolo gruñir de cuando en cuando, hasta que terminó por sujetarla para que dejara de frotarse contra él.

—Maldita sea, Shadow, para quieta —le siseó al oído.

Con una de sus manos la apretó contra su estómago para estabilizarla. Luego la hizo volar a su rostro, enganchando con un dedo la tela que la mantenía callada para arrastrarla hacia abajo, liberándola.

—Y por todo lo sagrado, mantén la boca cerrada. En cuanto atravesemos el claro y crucemos al otro lado, podrás despotricar hasta cansarte.

Ella abrió la boca para decirle lo que opinaba de sus métodos, pero volvió a cerrarla. Le dolían las comisuras de los labios por el efecto del roce de la tela y tenía la boca tan seca como una lija. Las ganas de escupir peleaban con sus buenos modales, pues no era el suelo precisamente lo que tenía en mente como destinatario.

Con ánimo batallador se removió de nuevo en su regazo, con la única intención de molestarlo, pero fue ella la que acabó con un pequeño gemido de dolor antes de quedarse totalmente inmóvil al rozarse la dolorida cadera con el brazo de Nick.

—Si salimos de ésta, juro por los dioses que te haré pagar cada uno de estos malditos movimientos, diablillo. —Lo oyó sisear entre dientes antes de que la aferrara con fuerza—. Si quieres que salgamos de una pieza de este territorio, permanece quieta y callada. No estoy bromeando, Shadow.

No, no lo estaba. La urgencia en su tono de voz era palpable, la tensión con la que se mantenía sobre el caballo y la fijeza con la que escudriñaba su entorno hablaban por sí solas, pero ella era incapaz de comprender cuál era el motivo de su inquietud. Allí afuera no había nada.

—Creo que exageras. —Su voz sonó raspada, apenas un susurro.

Dominic dejó resbalar el brazo que la sujetaba hasta la cintura mientras movía las riendas del caballo con la otra mano, guiándolo hacia la derecha antes de obligarlo a emprender un suave trote con tan solo un chasquido de la lengua y un golpe de talones.

—*Shh*. —La calidez de su aliento le acarició la oreja un instante antes de detener su montura y, sin pronunciar una palabra, la empujó hasta el suelo, haciéndola escurrir sobre el lomo del animal.

Ella se sintió como un paquete de regalo que es desenrollado mientras caía del caballo al suelo sin demasiada elegancia. Dominic saltó tras ella, su mano cerniéndose en torno a su brazo, al tiempo que la arrastraba hacia una de las elevaciones de piedras que poblaban el suelo. El sonido del acero al ser desenvainado atrajo su mirada hacia la enorme espada de aspecto mortal que él sacó de la funda anclada en las alforjas y que esgrimió con brutal facilidad.

Sus ojos fueron del arma al hombre. Aquello sí que empezaba a ser preocupante, además de raro.

—¿Ahora también coleccionamos espadas? —sugirió con tono irónico, aunque todo su interior temblaba—. ¿Sabes? Creo que estaba aventura tuya empieza a resultar cada vez más bizarra.

Sin responder, la empujó hasta el montículo de piedras, apretándola contra él para finalmente clavar su mirada en la de ella con fijeza.

—Pase lo que pase, no salgas de la niebla, ¿entendido? —Su voz sonó fuerte, oscura.

Shadow miró a su alrededor, sorprendida y preocupada al mismo tiempo.

—¿Niebla?

Antes de que pudiese pedir una explicación, le vio dar media vuelta. La fuerte y ronca voz masculina empezó a elevarse en torno a ella con una musical cadencia, pronunciando palabras que no había escuchado antes, aunque no era la primera vez que oía aquella cadencia en su voz. Fuese lo que fuese lo que murmuraba, se trataba del idioma natal de Dominic; el gaélico.

—Nick, no hay ni un solo retazo de... niebla.

Pero se quedó sin palabras cuando una densa capa de nubes empezó a

manar del suelo, arremolinándose a los pies de él solo para empezar a expandirse y alcanzarla a ella también.

Asistió a aquel inexplicable suceso sin poder creérselo del todo. La suave manta blanca se extendía más y más. Empezó a crecer, elevándose hasta que llegó un momento en que le fue difícil distinguir algo más allá de su nariz. Unos instantes antes de que la niebla la rodease y perdiese contacto visual con él, escuchó un ensordecedor grito al cual siguieron tres figuras que esgrimían algo en sus manos mientras corrían hacia ellos.

—¿Dominic! —Su grito se convirtió en el pistoletazo de salida para que diese comienzo aquella horrible lucha arcaica.

El sonido de acero contra acero, unido a salvajes gritos, inundaron sus oídos. Para entonces la niebla se hizo tan espesa a su alrededor que era cada vez más difícil poder otear algo a través de ella. El relincho del caballo fue devuelto enseguida por otros dos relinchos más lejanos y por el aullido del lobo, al que había perdido de vista durante su viaje. El tronar de los cascos sobre el suelo anunciaba la llegada de alguien más.

—¿Nick? —susurró esta vez, aferrándose a la manta que la envolvía. El agujonazo de dolor que le atravesó el pie fue un duro recordatorio de la imposibilidad que la aquejaba.

Se dejó caer contra el grupo de piedras a su espalda, sentándose, mientras sus ojos verdes escudriñaban la espesa blancura en busca de respuestas.

«¿Qué ocurría? ¿Adónde la llevaba Nick? ¿Quiénes era aquellos hombres?». La idea de que todo fuese un montaje, un truco, una puesta en escena empezaba a perder consistencia, pero la alternativa era demasiado rocambolesca para creer en ella.

«¿Qué demonios está ocurriendo?».

Los sonidos, antes claros, llegaban ahora de forma ahogada aumentando su nerviosismo. La niebla seguía cubriéndolo todo, creando fantasmales figuras que se abrían paso hacia ella.

—¿Dominic? —insistió, aguzando la mirada sobre el punto en el que la cortina blanquecina empezó a dibujar un cuerpo—. ¿Nick, eres tú?

La figura que surgió de entre la blanca espesura —vestido con pieles, las piernas desnudas y el cuerpo y el rostro pintados de negro y blanco—, parecía salido de una de sus peores pesadillas. Tan grande como una montaña, el hombre esbozó una sonrisa de dientes oscuros al tiempo que pronunciaba unas palabras que era incapaz de comprender.

El horror se abrió paso a través de su alma. Había algo en aquellos ojos, en la mirada salvaje que posaba en ella, que la dejó congelada. Todo lo que podía hacer era observar como aquel ser, salido de la película *Centurión*, alzaba una enorme hacha por encima de su cabeza dispuesto a dejarla caer.

—Oh, Dios mío —musitó. Un débil gemido escapó de su garganta mientras sus ojos se ampliaban al ver llegar a la muerte.

Un repentino estertor brotó entonces de la boca del hombre. Ella trasladó la mirada a su rostro y vio la incertidumbre y la negación antes de que el salvaje bajase la vista hacia la enorme hoja ensangrentada que empezaba a retirarse lentamente de su vientre, dejando un reguero de sangre a su paso. Sus ojos siguieron los pasos del salvaje, que trastabillaba hacia atrás y perdía la sujeción sobre su hacha, que cayó al suelo, haciendo que hombre y arma se abalanzaran hacia ella.

De pie tras él, con la espada ensangrentada firmemente sujeta en una mano y un cuchillo en la otra y la respiración acelerada por el esfuerzo, se alzaba otro hombre. Él no llevaba el rostro pintado y, al igual que Dominic, iba vestido con las prendas y la manta de cuadros atravesándole el pecho hasta anudarse en el hombro. Los ojos marrones del desconocido se clavaron en los suyos mientras daba un paso adelante y farfullaba en un idioma que era incapaz de comprender.

Ella no podía articular palabra. El cuerpo le temblaba de forma descontrolada.

Sus ojos iban a parar repetidamente sobre el hombre caído en el suelo y la enorme mancha roja que cubría la suciedad de su espalda, derramándose sobre el suelo.

No se movía.

La incredulidad blanqueaba su rostro cuando alzó de nuevo sus pupilas verdes hacia el recién llegado. Él tenía la mano extendida hacia ella, a punto de tocarle el brazo, mientras seguía hablando en gaélico. Si bien el tono de su voz bajó una octava, ver su mano ensangrentada hizo que se apartase instintivamente. El pie lastimado le falló, enviándola al suelo, demasiado cerca de aquel cadáver.

—No, esto no es real —musitó, sacudiendo la cabeza con los ojos abiertos desmesuradamente, contemplando la muerte. El peso de los acontecimientos cayó sobre ella con toda su fuerza, mostrándole algo que era imposible que fuese realidad.

Coincidiendo con el último movimiento de su espada, Dominic cercenó de un limpio movimiento el cuello de su oponente al tiempo que escuchaba un desgarrador grito que abandonaba la garganta de Shadow.

Musitó una antigua letanía para deshacer la niebla a la vez que gritaba el nombre de su compañero en voz alta.

—¡Aedan!

Lo llamó al ver que el salvaje abandonaba la contienda y se dirigía a los peñascos donde había dejado a Shadow. El alarido de la muchacha, unido a su desesperación, le partió el alma dejándosela en carne viva. El aire se le congeló en los pulmones mientras corría hacia ella.

Ciara, que terminaba con su oponente casi al mismo tiempo, salió corriendo tras él. Al llegar se encontraron con una mujer joven que gritaba a pleno pulmón, con el rostro desencajado por el horror, rechazando las palabras y cualquier acercamiento por parte de Aedan.

Él derrapó sobre el suelo, dejando caer la espada para cogerla entre los brazos y girarla de espaldas al horror que presenciaba mientras gritaba y luchaba por alejarse de él.

— *Shh*, ya ha pasado todo, diablillo —le susurró al oído, intentando hacerla reaccionar; arrancarla de la febril y desesperada histeria de la que era presa—. Estoy aquí, estoy aquí.

La sintió aferrarse a él, dejando de gritar solo para romper a llorar mientras su cuerpo convulsionaba con desgarradores sollozos. Sin perder un segundo, la levantó en brazos, echando un vistazo al campo cubierto con la sangre de sus atacantes, para finalmente darles la espalda y volver con sus compañeros. La mirada que cruzó con Aedan hizo que el joven druida se pusiese nervioso; no quería esa clase de agradecimiento.

—Tenemos que salir de aquí —informó su amigo, flanqueándoles por la derecha mientras Ciara se les unía por la izquierda—. No estoy seguro de que fuese un grupo nómada.

—¿Exploradores? —sugirió Ciara tras escudriñar el lugar con la mirada.

—No lo sé —negó Aedan con el ceño fruncido por la inquietud—. Pero no quiero quedarme para averiguarlo.

Ciara asintió y se dirigió hacia ellos. Él abrazaba a la muchacha como si temiese que fuesen a arrebatársela de un momento a otro. Con cuidado, se quitó su propio *plaid* y lo extendió sobre la muchacha, que se aferraba con desesperación a él.

—¿Adónde ahora? —le preguntó Aedan, mirando a la mujer que llevaba en sus brazos.

No respondió enseguida, no estaba seguro de que la voz no le temblara. Apretando suavemente su preciada carga, miró a Ciara y finalmente se giró hacia Aedan.

—Iremos al oeste, a Loairne —anunció estrechando a Shadow.

Aedan asintió sin necesidad de más palabras.

—El clan la recibirá encantado —aseguró él

—Sí. Además, necesito que alguien la examine en cuanto lleguemos —comentó, volviéndose ahora hacia la guerrera druida—. No creo que tenga nada roto, pero está lastimada.

Ella confirmó con un movimiento de cabeza y miró a Aedan, que repitió el gesto.

—Nos encargaremos de ello tan pronto lleguemos a Loairne —respondió él.

—Me adelantaré para avisar de vuestra llegada —anunció la druidesa—.

Kieran...

—Ya. Es mejor así —respondió, acunando a Shadow al notar que acababa de desmayarse.

Con una última inclinación de cabeza a modo de saludo, la muchacha se despidió de ellos y corrió hacia su propio caballo, montando para partir al galope.

La Prometida de Dalriada iba a necesitar ahora más que nunca el apoyo de los clanes.

CAPÍTULO 6

Dominic se quedó mirando durante largo rato la figura durmiente de la mujer que lo había significado todo en su vida y que, ahora se daba cuenta, aún seguía significándolo. En sus oídos resonaba todavía el eco de sus desgarradores alaridos, del llanto inconsolable y el febril estado que había padecido durante últimos días, con todas sus noches.

Perdió la cuenta de las veces que ella se despertó gritando presa de las pesadillas, con sus ojos verdes desenfocados, hundidos todavía en los horribles sueños. Los episodios se repetían tan a menudo que no les quedó otro remedio que obligarla a dormir mediante hierbas y brebajes naturales que la *baisleac* preparaba.

Aquella era la tercera noche que pasaban al amparo del clan McNeil. Tras el inesperado encuentro con los *cruithne*, se habían dirigido a Loairne. La luna los había acompañado, iluminando su camino y permitiéndoles avanzar hasta tierras aliadas, atravesando las amplias llanuras y colinas sin mayor dilación. Además, Ciara había dado aviso de su llegada, haciendo que el laird del clan enviase a algunos de sus hombres a buscarles para proporcionarles escolta, mientras las mujeres, dirigidas por la *baisleac*, se preparaban para recibirles.

Sus recuerdos le llevaron al momento en que Shadow, que había sucumbido al dolor de sus heridas y magulladuras cayendo en la inconsciencia durante buena parte del trayecto, despertó en un estado de confusión e irrealidad en el momento en que él cedió su peso a Aedan para poder descender del caballo. Y la reacción fue tan pavorosa que, de no ser por los rápidos reflejos de ambos, habría terminado en el suelo.

—Está bien, está bien, soy yo. —Había intentado tranquilizarla, tomándola de nuevo en sus brazos y permitiendo que sus asustados ojos verdes le recorrieran el rostro. El desasosiego que vio en ellos lo hizo morir un poco más; unas solitarias lágrimas los perlaban, resistiéndose a caer.

—Nick... —susurró su nombre como si tuviese miedo de que fuese a desvanecerse en cualquier momento, al tiempo que deslizaba su mano por la barbuda mejilla.

Él había ladeado la cabeza, aceptando su caricia durante un brevísimo instante, para al fin echar un vistazo a su alrededor.

Las gentes del clan McNeil no habían tardado en salir de sus casas para recibirles.

—Ya estás a salvo —le dijo en voz baja, apretándola con suavidad contra

su cuerpo—. Ahora podrás lavarte y descansar en una cama tibia.

—Me duele todo —farfullaba mientras se acurrucaba con un quejido, solo para tensarse a continuación.

Ella paseaba su mirada entre las personas que los rodeaban con sonrisas y saludos, sin entender los murmullos y frases que estaban destinados a darle la bienvenida.

La gente empezó a hacerse a un lado dejando paso a la potente voz del corpulento laird, que venía acompañado por una satisfecha *baisleac* y una aliviada Ciara.

—Benditos sean los dioses —clamó entonces el *laird*, acortando la distancia en un par de zancadas—. Habéis llegado.

—¡Ya era hora! —argumentó la sabia, dejando las ceremonias para los hombres—. Ciara ha dicho que está herida.

Él acarició su hombro con los dedos cuando la sintió tensarse una vez más.

—Una torcedura de tobillo y unos cuantos moretones. —Había tenido que informarla a pesar de que se daba perfecta cuenta de que ella lo miraba con desconfianza—. Es... mi médico —le explicó—. Se encargará de ver que no tienes nada roto y te dará algo que calme el dolor.

Shadow había fruncido el ceño ante su respuesta, y eso que había tenido la consideración de hablarle en inglés.

—Tu médico... —murmuró antes de mirar una vez más a la mujer y al hombre que permanecían de pie ante ellos.

Él sabía que su mente era un completo galimatías: los sucesos acontecidos, el hombre armado, la sangre... La vio cerrar los ojos con fuerza y sacudir la cabeza.

—Todo esto es una locura —continuó quejándose Shadow—. No... No entiendo nada de lo que ocurre. Me... Me estás volviendo loca. Esto... Nada de esto tiene sentido.

—Pronto encontraréis respuesta a aquello que no la tiene.

La mujer, se había dirigido a ella en un tosco y burdo inglés.

—Ahora, debemos ocuparnos de esas heridas —siguió hablando ella con voz suave, calmante, antes de girarse hacia el laird McNeil—. Si ya habéis acabado de mirarla con la boca abierta, podría serme de utilidad esa habitación que habéis mandado preparar.

El hombre aceptó la reprimenda con brusquedad, acostumbrado a la franqueza de la sabia, e impartió un par de rápidas órdenes a dos de las

mujeres que había entre el gentío.

—A partir de ahora tendrás que doblar la guardia y mantener los ojos bien abiertos, McNeil —informó entonces él al laird, que le dedicó un firme asentimiento a modo de acuerdo.

Aedan también mostró su conformidad.

—Esos malditos salvajes estaban demasiado cerca de la frontera —masculló, entregando las riendas de los caballos a uno de los muchachos que se haría cargo de ellos.

El *laird* McNeil se giró hacia su hijo. Aedan y él compartían el mismo color de pelo castaño y el fuerte mentón elevado, pero mientras que los ojos del druida eran de un suave tono marrón, los de su progenitor tendían a un verde dorado. Por lo demás, Liam McNeil era sin duda un buen ejemplo de cómo sería su amigo cuando éste alcanzase su edad.

—¿*Cruithnes* tan lejos de su territorio? —Se extrañó.

—No creo que se trate de una simple coincidencia, padre —aseguró Aedan.

Él corroboró sus palabras haciendo que el *laird* mascullase una maldición.

—¿Cómo han podido enterarse tan deprisa de su llegada? —había preguntado el laird, empezando a lanzar órdenes a diestro y siniestro mientras acompañaba a sus invitados por el camino hacia la entrada de piedra de su hogar, la construcción más grande de todo el poblado.

—Cuando salimos al encuentro de Kieran y la Prometida, nos cruzamos con un pequeño contingente de soldados northumbrianos. El *Ard Draoi* de Dalriada iba con ellos.

—¡Bastardo! —maldijo soltando un bramido que hizo que Shadow diese un respingo en sus brazos—. Tenía que haberlo despellejado cuando tuve ocasión.

—Si nosotros sabemos de la llegada de la Prometida, no hay quien diga que él no pueda hacerlo también —le había asegurado Aedan.

Pero el suave susurro que emitió Shadow en esos momentos captó la atención de todos, aunque sus palabras estaban dirigidas a un único hombre.

—Nick, quiero irme a casa —le suplicó, posando una delicada mano en su pecho—. Por favor, llévame a casa.

Él emitió un profundo suspiro al tiempo que contemplaba sus ojos y murmuraba una respuesta en gaélico que ella no logró entender.

—Eso es lo que estoy haciendo —tradujo. Y sin dejarle ni un segundo para

preguntar, había hecho un gesto de cabeza a la mujer mayor, parada frente a él, y la siguió al interior de la casa del jefe del clan.

Por fortuna, las heridas de Shadow no habían resultado ser tan graves como molestas, pero el sabio cuidado de la *baisleac* logró bajarle la inflamación del tobillo e hizo que los moretones que cubrían su cuerpo desaparecieran paulatinamente. Sin embargo, nada había podido hacer para evitar las continuas preguntas de la muchacha o alejar las pesadillas que poblaban sus sueños; la mayoría de ellos, un morbosos recordatorio de la muerte que había presenciado.

—¿Todavía aquí, McTavish? —le sobresaltó la suave voz de Runa desde la puerta—. Creí haberte enviado a dormir hace varias horas y ya está saliendo el sol, *mi laird*.

La inesperada voz penetró en su mente, trayéndolo de regreso de sus recuerdos.

Girándose hacia la puerta, vio a una mujer vestida con una simple falda y blusa de tosca tela marrón y que envolvía su grácil figura en un *plaid* con los colores de los McTavish. En torno a uno de sus brazos colgaba su inseparable bolsa de arpillera, la cual contenía todos sus remedios y ungüentos.

Runa llevaba en su clan desde antes incluso de que pudiese recordar. No sabía de ningún momento de su vida en el que esa menuda mujer no estuviera al lado de su padre o al suyo propio. Ella fue su mentora, quien le enseñó a aceptar sus dones como druida, a escuchar a la Naturaleza; la única que se atrevió a alzarle la voz y hacerle ver sus propios errores cuando no le quedó más opción que aceptar el cargo de jefe de clan, mostrándose juiciosa y compasiva.

Pero ella era una de las pocas personas que gozaba de absoluta libertad para ir de un clan a otro, siendo respetada por hombres y mujeres de edad incluso mayor que la suya, y no es que fuese una jovencita a sus cincuenta y seis años.

Aunque el tiempo la había tratado con benevolencia, su rostro empezaba a mostrar las arrugas típicas de la edad y el clima, recordándole la dura vida que había tenido; como todas las que se daban en aquellas tierras. Sus cabellos oscuros empezaban a salpicarse de canas, pero sus ojos seguían brillando con inteligencia e interés, como en aquel mismo momento.

Era la *baisleac*. Sus conocimientos y sabiduría eran reconocidos por todos los clanes de Dalriada y sus consejos, apreciados.

—¿Por qué será que cada vez que estáis a punto de echarme un sermón, recordáis oportunamente que soy *vuestro laird* ? —comentó él, dejando constancia de que conocía el juego de la mujer.

Ella compuso una divertida mueca y entró en el cuarto.

—No te has separado de la muchacha en las últimas tres noches y raro es el momento del día que no tenga que sacarte de aquí a patadas —declaró, caminando hacia la cama—. Ni siquiera tú eres de piedra, druida. Hasta el roble más fuerte cae al final.

Él sonrió ante sus palabras y abandonó el costado de la cama en dónde estaba sentado.

La mujer empezó a retirar la manta que la cubría dejando a la vista el camisón de lana que una de las mujeres del clan había traído para ella. El contraste de su piel con el oscuro tono de la lana le resultaba tan extraño... Ver a Shadow allí, tendida en aquel viejo catre, en un ambiente que no era el suyo, le hizo desear algo que sabía que no estaba a su alcance.

Su tiempo juntos había terminado igual que empezó; de forma abrupta y sin posibilidad de recuperación.

—Empiezas a recordarme a un lobo famélico que ve por primera vez a una oveja gorda y jugosa —murmuró ella, sacándolo de su ensimismamiento.

Para regocijo de la sabia, él se sonrojó.

—Deja ya de preocuparte, sus heridas están sanando bien y con rapidez —aseguró, arrojando de nuevo a la chica para luego enderezarse.

Él negó con la cabeza. Aquellas no eran las heridas que más le preocupaban. Unas contusiones y una torcedura de tobillo no eran nada comparadas con la agonía que veía en sus ojos cuando despertaba gritando. Aquellas eran las verdaderas lesiones, las que temía que nadie fuese capaz de curar, ni siquiera él.

—Ella... no deja de gritar, *baisleac*. —Su mirada cayó de nuevo sobre la cama, admirando a la mujer dormida—. Tengo sus gritos grabados en mi mente. La mirada de sus ojos... No estoy seguro de que pueda resistir el peso de lo que vendrá.

La sabia se alejó de la muchacha y caminó hacia él, consciente de que el niño que fue una vez se había convertido en hombre.

—Lo hará —aseguró sin dejar lugar a las dudas—. Ella es una con esta tierra, Kieran. Antes o después tendrá que aceptarlo. Si hay alguien que puede hacer que lo entienda, ése eres tú. No hay nadie que conozca mejor el

significado de pertenecer a dos mundos.

Él sacudió la cabeza, volviéndose hacia ella.

—Es distinto.

Un conocido arqueo de cejas se alzó en el rostro de la sabia.

—¿Distinto?

Él asintió.

—Yo pertenezco a este mundo, a este tiempo —aseguró, apretando los puños sin ser consciente de hacerlo—. Aquí están mis raíces, mi gente, mi hogar... Conozco el *otro mundo*, mi madre me ha enseñado a apreciarlo, pero ella... Ella no...

Runa chasqueó la lengua.

—La Prometida nació en este mundo. Es aquí adónde pertenece; dónde, llegado el momento, tendría que regresar —declaró con absoluta convicción—. Su destino era regresar y el tuyo guiarla, cosa que has hecho... No de la forma que nos hubiese gustado, pero, ¿quién soy yo para quejarme de los designios de los dioses?

Una sonora risa llegó a oídos de ambos desde la puerta, seguida de una voz profunda.

—No digáis eso en voz alta, *baisleac*, quien os escuche pensará que os ha poseído algún demonio. —Aedan se asomaba por la puerta.

El druida había desaparecido poco después de su llegada para reunirse con su padre y algunos otros miembros del clan, a fin de discutir sobre la necesidad de llevar a la Prometida a la Reunión que se celebraría durante la próxima luna. Él había asistido también, como cabeza del clan McTavish y uno de los druidas designado. Era su deber.

—Además de tarugo, insolente —murmuró la mujer en respuesta—. Esperaba haberte enseñado mejor, pero está claro que todas mis enseñanzas han caído en saco roto contigo, joven McNeil. Ciara va a tener las manos llenas contigo.

La sola mención del nombre de la druidesa ensombreció el humor de Aedan.

—Ignora al muchacho, McTavish —añadió la sabia, que regresó al lado de la cama para continuar con su tarea—. Está así desde que le han recordado sus deberes para con el clan... y con su prometida.

Él lo miró con una ceja arqueada y Aedan se limitó a responder.

—Mi padre se ha vuelto completamente loco. Está decidido a celebrar la

boda ahora que la Prometida de Dalriada está aquí —explicó de malhumor—. Dice que no hay mayor honor. Mira, en cuanto ella se despierte y esté repuesta lo suficiente como para continuar, partiremos para Stane Alane a la Reunión de los Clanes. Prefiero enfrentarme a una horda *cruithne* por el camino que a esa maldita ceremonia de unión.

—Antes o después tendrás que casarte —le recordó la mujer, mirando al hombre de reojo.

—Mejor después que antes —aseguró con un ligero estremecimiento—.

Matrimonio... Y con esa mujer...

Él miró a su amigo con escepticismo. Le había visto en más de una ocasión contemplar a la guerrera druida cuando ésta no se daba cuenta.

—Sí, ya puedo ver que será una enorme penitencia para ti —le aseguró, palmeándole el brazo al tiempo que se acercaba a la cama por última vez, besaba a Shadow en la frente y miraba a la *baisleac*, que se limitó a poner los ojos en blanco.

—Vete y descansa un poco, laird —respondió, indicándole la puerta con un gesto de la barbilla—. Me quedaré para atenderla y velar su sueño. Te avisaré si despierta.

Con un movimiento de cabeza afirmativo, posó una vez más la mano en el hombro de su amigo y abandonó la habitación con paso lento.

El viento frío de la mañana recibió a Dominic en una de las almenas tironeando de su *plaid*. Unos pasos más allá, el movimiento de otra tela escocesa llamó su atención.

—¿También sentías la necesidad de aclarar tus ideas?

Ciara pareció sobresaltarse ante su inesperada voz. Inclino la cabeza a modo de saludo y se giró hacia él.

Tenía que admitir que la druidesa era una mujer hermosa; con el largo cabello castaño trenzado y unos vibrantes ojos marrones, poseía una altura mayor a la media que no le restaba atractivo. Él la conocía desde que eran niños; en realidad, asistieron a las mismas lecciones bajo la tutela de la *baisleac* y con el tiempo había llegado a quererla igual que a una hermana. Sus tersas mejillas lucían brillantes a causa de las lágrimas que, estaba claro, había estado derramando antes de su llegada.

—¿Ha podido descansar algo? —preguntó en cambio ella, refiriéndose a Shadow e ignorando su pregunta.

Él asintió despacio.

—Ha pasado una noche bastante tranquila —confirmó con una mueca—. La primera en los últimos días, diría yo.

—¿Y tú? ¿Has descansado algo?

Esbozó una irónica sonrisa y sacudió la cabeza. Mujeres, siempre con las mismas preguntas.

—Estoy bien —tranquilizó a la muchacha, apoyándose en el borde del muro que servía de parapeto en la casa de dos alturas—. Mucho mejor que ella, en cualquier caso.

La druidesa se limitó a asentir mientras el silencio se extendía entre ellos como un incómodo amigo. Ambos parecían haberse quedado sin palabras; sin saber a ciencia cierta qué decir para romper la incómoda tensión. Por fin, él alzó la voz en la solitaria mañana.

—He oído que pronto habrá una boda en el clan McNeil —murmuró, ladeando el rostro para ver su reacción.

Sabía que su amistad se había enfriado en los últimos años debido a la distancia y al peso de las responsabilidades. Mientras que él y Aedan se mantuvieron en contacto, estrechando vínculos con los clanes, Ciara se mantuvo al margen y solo se encontraron en reuniones o en alguna celebración a la que fueran invitados. Pero él seguía guardándole cariño. En cierto modo, Ciara había sido la única que supo cómo tratarlo cuando era un niño dividido entre dos mundos. Fueron las palabras de una niña las que se filtraron en su mente, permitiéndole abrazar las enseñanzas de su madre y el mundo que se abrió ante él: *«Tú al menos tienes mamá, Kieran. Si yo tuviese a la mía, haría todo lo que fuese necesario con tal de verla sonreír»*. La sabiduría de una criatura que se convertiría con el tiempo en una poderosa druida.

—Aedan es un buen hombre...

Ella sacudió la cabeza y se giró hacia él con un ligero encogimiento de hombros.

—Sé lo que es Aedan, Kieran —le aseguró con un suspiro—. Estuve presente la primera vez que el *laird* McNeil anunció nuestro compromiso y vi con mis propios ojos lo poco que eso significa para él. Sé que cumplirá con su palabra, es un hombre de honor, pero ambos sabemos que esto no es lo que desea.

Arqueó una ceja y se animó a preguntar.

—¿Y tú?

Ciara dejó escapar un suspiro, mitad bufido, mitad sonrisa.

—Yo solo soy la *scáthach* de mi clan, una druidesa guerrera. Mi padre está más que satisfecho con la petición de McNeil, incluso el viejo McInnes ha dado su aprobación —respondió con voz plana; sin inflexiones.

Él esbozó una tenue sonrisa.

—No fue eso lo que pregunté.

Ciara lo miró y curvó los labios a su vez, pero aquel gesto no llegaba a iluminar sus ojos.

—Lo sé.

La muchacha volvió la mirada hacia el horizonte, apoyándose sobre el borde del muro con aire soñador.

—¿El mundo de donde ha llegado la Prometida es cómo este? —preguntó, cambiando de tema—. Ella parece tan frágil en algunos momentos y tan fuerte en otros... Y su forma de hablar es, cuando menos, peculiar... —Se volvió hacia él—.

Nuestras mujeres no tienen tanto poder y voluntad como la que ella demuestra contigo.

Por no hablar de la permisividad que tú le otorgas.

—Es la Prometida de Dalriada —respondió, no deseando tener que dar explicaciones sobre la relación que hubo entre los dos—. Merece toda mi consideración o permisividad.

Ciara negó con la cabeza.

—He visto cómo tratas a las mujeres de tu clan, o de los clanes vecinos —comentó ella con ligereza—, y desde que ocupaste el puesto de *laird* no has mostrado interés en ninguna para que ocupe el lugar de tu esposa y te dé un heredero... La gente murmura, Kieran.

Sí, la gente murmuraba. Llevaba haciéndolo desde el mismo momento en que viajó por primera vez a la época de su madre y no dejó de hacerlo cuando se vio obligado a aceptar la jefatura del clan. Pero como *laird* del clan McTavish había tenido que enfrentarse a infinidad de conflictos, administrar las tierras, asistir a reuniones, encontrar soluciones que hicieran que los vecinos de toda la vida dejaran de pelear...

No tenía tiempo para mujeres y ninguna de ellas podía compararse con aquella que se había apropiado de su alma, quedándose con un pedazo de su corazón en el momento en que la abandonó.

Toda su vida había sido una lucha constante, al nacer y crecer en un mundo

en el que un niño se convertía en hombre a una edad muy temprana; donde el respeto de la gente se ganaba a golpe de espada y las mujeres, aunque fuertes y valerosas, no ocupaban más que el lugar de amantes, esposas y madres. Por encima de todo, Kieran McTavish se debía a su clan, a su gente, a todos aquellos que dependían de él.

Pero cuando la encontró a ella descubrió esa otra parte de él. Descubrió a Dominic McTavish, un hombre que disfrutaba de la vida, ajeno a las enfermedades que mataban pueblos enteros, a las batallas que dejaban a familias sin hogar o un mendrugo de pan que llevar a la mesa.

Ella le había enseñado lo que su propia madre intentó inculcarle durante todo el tiempo que estuvo a su lado, lo diferente que eran sus dos mundos y que debía extraer lo mejor de ambos para conciliarse consigo mismo y con aquello que estaba destinado a ser.

A veces se sentía así, dividido, aunque fuese una única persona, Kieran Dominic McTavish.

—Hablar es el único pasatiempo que tienen los hombres en tiempos oscuros, Ciara —respondió él con un profundo suspiro—, así que, dejémoslos que se diviertan.

La mirada escéptica en los ojos marrones hablaba por sí sola.

—Llegará un momento en que te verás obligado a ello, Kieran. Y no quiero verte atado a alguien que te haga infeliz —aseguró ella, sorprendiéndolo con su franqueza—.

He visto la manera en que tratas a la Prometida y tus atenciones para con ella no son las de un druida al servicio de su señora.

Su mirada se endureció, el brillo dorado de sus ojos presagiaba tormenta.

—No te estoy censurando, Kieran —se apresuró en comentar al ver su cambio de humor—. Solo te digo que, si yo lo he visto, alguien más lo hará también. Pero no estamos hablando de una mujer cualquiera...

Él todavía mantenía los ojos clavados en ella.

—No, no lo es —dijo con suavidad.

Ciara asintió, dando por zanjada aquella conversación.

—Me habría gustado poder acompañaros a Aedan y a ti a buscarla —confesó—, y poder ver tu otro mundo.

«*Mi otro mundo*», pensó Dominic con ironía. Sí, aquella era una descripción acertada.

—Algún día puede que lo veas por ti misma —le respondió tras un

momento de silencio—. Entonces, es posible que entiendas mis motivos. O quizá eso lo descubras antes de lo que piensas. Solo, no claves a tu prometido un cuchillo en su ego antes de que todo esto termine; os necesitamos a ambos.

Ciara esbozó una irónica sonrisa. Luego suspiró.

—Si nadie lo evita, dejará de ser mi prometido... muy pronto.

Él iba a responder a eso, pero la voz de Aedan surgió tras ellos, adelantándose a los acontecimientos.

—Siempre supe que había algo oscuro en ti y no precisamente el color de tu tartán —respondió Aedan con fingida jocosidad—. ¿Piensas liquidarme incluso antes de la boda, querida?

—Dudo que tenga la suerte de que decidas lanzarte desde el tejado y ahorrarme el trabajo, ¿verdad? —replicó ella mordaz.

Él aprovechó aquel momento para alzar las manos a modo de rendición y dar media vuelta.

—Y con esta agradable muestra de pasión desenfrenada, me marchó — interrumpió la discusión dedicando un guiño a Ciara antes de volverse y palmear el brazo a su amigo—. Procura que el ardor que sientes ante tu inminente matrimonio no quemé a la novia.

—Deberías de estar en mi pellejo —masculló Aedan en voz baja.

Él miró a su compañero y luego a Ciara, quien les dio una vez más la espalda.

—Hay cosas mucho peores que el matrimonio con una hermosa mujer, *bráthair* — le aseguró en voz baja, antes de dar media vuelta y desaparecer por donde vino, dejando tras de sí una frase que no pronunció, pero que estaba ahí: «*perderla antes de poder desposarla*».

Aedan dejó escapar un exabrupto ante la estupidez de su comentario, el cual le recordaba el destino aciago que le esperaba a lo largo del camino. Luego, mientras se alejaba, le vio girarse hacia la mujer que, si nadie lo remediaba, se convertiría en su esposa antes de la próxima luna.

—Mi padre ya ha enviado aviso al laird McInnes sobre su deseo de celebrar la boda ahora que la Prometida está aquí —comentó Aedan, intentando cortar el tenso silencio que siempre parecía instalarse entre ellos—. Le advertí que en cuanto la muchacha esté lo suficiente repuesta para viajar, nos iremos.

Ciara no contestó, lo que hizo aflorar su incomodidad y, por consiguiente, su ironía.

—Veo que te entusiasma la idea tanto como a mí —siguió hablando él, sin esperar su respuesta—. Sin duda será una fiesta digna de recordar.

Ella se volvió entonces hacia él.

—¿Has terminado? Si es así, tengo mejores cosas que hacer que escuchar tus quejas. —Intentó mostrar indiferencia—. Guárdalas para cuando estemos casados, al menos tendré algo en lo que entretenerme.

Él arqueó una dorada ceja ante la inesperada respuesta de la muchacha.

—No te preocupes por eso, *Mi Señora*, te daré entretenimiento durante el resto de nuestra maldita vida en común —respondió con cierta diversión.

Sin decir una sola palabra más, ella dio media vuelta y se dispuso a abandonar la terraza, pero él la retuvo cogiéndola por el brazo cuando pasó a su altura. Su mirada se encontró con la vidriosa de Ciara; unos ojos brillantes que prometían lágrimas, unas lágrimas que ella nunca se permitía mostrar ante nadie.

— *Tsh, tsh, tsh* —chasqueó la lengua, antes de inclinarse sobre ella para susurrar a puertas de su boca—. No es bueno guardarse todo eso ahí dentro, querida. Antes o después acabará explotando... y es posible que el resultado no sea bueno.

Ella dio un tirón de su brazo para soltarse.

—No es asunto tuyo.

Él la dejó ir, aunque su mirada seguía puesta sobre ella.

—Aún no... pero lo será.

Ella apretó los labios, pero no dijo una sola palabra más. En cambio, compuso su imagen de fuerte guerrera y volvió al interior de la casa.

Con un suspiro, Aedan se quedó mirando el horizonte, dejando que sus demonios interiores salieran a jugar ahora que estaba a solas.

CAPÍTULO 7

Los jinetes pasaron cabalgando a través de los muros que daban la bienvenida a la fortificación de Dunnad, el viejo castillo que fue morada del último rey de los escotos y ahora daba cobijo al nuevo rey de Dalriada, Haldane Robertson; el hombre que recuperó aquellas inhóspitas tierras para los northumbrianos.

Los soldados aminoraron el paso, dejando que sus exhaustas monturas descansaran después de una ardua cabalgata de varios días atravesando territorio *cruithne*, para traer la noticia que durante años temió escuchar.

—Almohazadlos y lavadlos, estos animales han tenido una larga jornada.

Aquella fue la orden del Alto Druida nada más bajar de su caballo mientras sus ojos recorrían, con un rápido vistazo, a sus tres compañeros de viaje; salvajes en lo que a él concernía. Los *cruithne* no eran sino los perros de Robertson, sujetos por una correa tan liviana que a menudo tenía que recordar a su señor que debía estrechar sus lazos con los salvajes, quizá uniendo a su hija mayor en matrimonio con Eógan, el cabecilla de aquellas bestias.

No confiaba en aquellos salvajes, y después de la visión que llegó a él mediante el *aisling* su inquietud creció en gran medida. El sueño no fue demasiado claro, pero en su interpretación anunciaba la llegada de la Prometida de Dalriada. Lo que una vez creyó solo una leyenda, se había convertido en realidad; una que haría que la sangre volviese a teñir las tierras de Dunnad como ya ocurriera veinticinco años atrás.

—Dad algo de comer a éstos —añadió, mirando a sus compañeros de viaje—. Y

dejadles que se ocupen ellos mismos de sus caballos.

Dándoles la espalda, hizo su capa de pieles a un lado dejando ver el *plaid* del clan Robertson y el emblema sobre su hombro izquierdo que lo proclamaba como el Alto Druida de Dalriada, un cargo que recayó sobre sus hombros a muy temprana edad, después de que los salvajes arrasasen su poblado y el recién instituido rey lo acogiese en su hogar para ocupar el puesto de su predecesora. No contaba entonces con más de quince años.

Recorrió todo el camino entre la primera empalizada y la segunda. La gente seguía atendiendo sus quehaceres, ignorantes del cambio que estaba a punto de producirse en sus vidas. Desconocedores de la Profecía que surgiera de la piedra del gran salón del trono el mismo día en que la muerte se apoderó

de aquellas tierras y que, en breve, caería con toda su furia sobre los habitantes del reino.

Apresurando el paso, atravesó las puertas del castillo deshaciéndose de la capa y lanzándola sobre alguno de los muchachos que correteaban por los pasillos, prestos a cumplir con las órdenes de su monarca y de los hijos que éste engendró con su segunda esposa, tras la trágica muerte de la primera. Como Alto Druida de Dalriada su deber estaba para con su Rey. Cualquier amenaza contra el soberano se traducía en una amenaza para todo el país. Las conspiraciones estaban a la orden del día y su papel consistía en desenmascararlas o evitar que llegasen a fraguarse.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando giró en la primera intersección a la izquierda. Nunca antes sintió el poder tan claramente como lo había hecho días atrás.

Cada uno de los druidas de los cuatro señoríos de Dalriada tenían el poder de sentir la vibración en las piedras y sospechaba, aunque no había podido confirmarlo, que estos eran capaces de utilizar los *liths* de la forma en que una vez lo hizo su predecesora para enviar a la que se creía la última descendiente de McAlpin a la seguridad. La explosión de poder que había notado entonces podía muy bien corresponderse con lo que los más ancianos recordaban del día de la caída del viejo rey escoto; cuando la tierra tembló y gritó al ser cubierta de sangre.

En su precipitación, había estado a punto de derribar a uno de los sirvientes que se retiraba con una bandeja al entrar en la sala del trono, donde el monarca permanecía en pie observando la antigua pared de piedra en la que antaño surgieran las palabras de la Profecía, grabándose con la sangre de los caídos.

—Majestad... —Se inclinó, esperando que el rey advirtiese su presencia.

—La pared ha vuelto a sangrar, Brannagh. —La voz del monarca sonó clara, profunda, con la cadencia que hacía que sus súbditos se lo pensarán dos veces antes de comparecer ante él y que ponía en guardia a sus enemigos—. ¿Tienes alguna explicación que pueda complacerme, druida?

Él fijó la mirada en la pared, cuyas palabras ahora parecían gotear.

—Temo que no hay más explicación que la misma Profecía, mi Señor —respondió, todavía con la cabeza gacha. Era lo bastante inteligente como para no desafiar a su rey y permanecer inclinado de manera servil.

Haldane Robertson, señor de Dalriada, volvió su mirada azul hacia el

hombre que había entrado en el salón del trono. De estatura baja, envuelto en pieles y con el ancho pecho cruzado con la tela de tartán del clan al que servía, el Alto Druida parecía un hombre inofensivo, anodino, temeroso de su señor. El desaliño de su pelo castaño, con unas pequeñas trenzas en las sienes y una recortada barba que cubría su mentón, no hacía más que corroborar esa impresión, pero él sabía bien que incluso pareciendo servil y respetuoso con su soberano, no era más que una rastrera comadreja que atendía a sus propios intereses.

—¿Y bien? —insistió, dándole permiso para alzarse y explicarse.

Brannagh alzó sus ojos claros hacia el monarca, se enderezó, cruzó las manos delante del vientre y avanzó lentamente hacia el estrado.

—Vos mismo habéis visto sangrar las palabras de la Profecía, Majestad —respondió con voz modulada, emitida de tal manera que llegaba a todos los recovecos de la vacía sala—. Sabéis lo que significa sin necesidad de que yo os lo diga.

El monarca llevó la mirada de nuevo hacia la pared y sacudió la cabeza.

—Solo son palabras. Algún estúpido truco de magia, quizá de esos malditos salvajes con los que comerciamos —respondió el rey.

Él esbozó una ahogada sonrisa. Su señor no era muy aficionado a los dones drúidicos, pero tampoco era tan tonto como para negar lo evidente.

—Vos lo sabéis mejor, Mi Señor —continuó sin apartar la mirada del regio rostro—. Sabéis lo que esa señal que habéis visto con vuestros propios ojos significa.

El Rey pareció tensarse, molesto con la osadía de su druida, y le taladró con sus profundos ojos azules, pero él pudo ver en ellos el temor y la incertidumbre del señor de Dalriada.

—Ha comenzado. —Fue una aseveración.

Él inclinó profundamente la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Sí, Mi Señor —confirmó—. La heredera ha vuelto. La mujer por cuyas venas corre la sangre del último rey de Dalriada ha regresado, tal y como ha sido profetizado.

—Se hizo un momento de silencio, mientras dejaba que la información profundizase entre ellos—. La Prometida de Dalriada ha regresado y vuestro reinado llegará a su fin.

Los ojos azules del rey brillaron con desafío y determinación.

—No lo hará —respondió con el odio y la fiereza goteando en su tono—.

No, si yo la mato primero.

Sus pasos resonaron con fuerza sobre el suelo de piedra mientras atravesaba la sala con paso decidido y la abandonaba. Él volvió entonces la mirada hacia las palabras sangrantes escritas en la piedra y se preguntó, no por primera vez, si aquello sería el fin o tan solo el comienzo.

CAPÍTULO 8

El eco de los desesperados gritos penetró en la quietud de la mañana. En su prisa por regresar al cuarto que había abandonado momentos atrás, Dominic casi se llevó por delante a dos mujeres. Sus pies hicieron desaparecer con rapidez la distancia.

Entró en la habitación y vio a Shadow en el centro del camastro, incorporada y con las manos hundidas en el pelo, apretándose la cabeza como si le doliese tanto que estuviese a punto de estallar. Los sollozos brotaban mezclados con una letanía ininteligible. Runa permanecía a su lado, hablándole con voz suave mientras le frotaba la espalda, pero ella no parecía reaccionar.

—Shadow... —Pronunció su nombre, al tiempo que atravesaba el cuarto hasta la cama, sin que ella diera indicio alguno de haberle escuchado—. ¿Qué le ocurre?

¿Baisleac?

La mujer se apartó, dejándole el lugar, para ir en busca de su bolsa.

—Está perdida en sus pesadillas, no responde a mi voz —aseguró la sabia—.

Tienes que llamarla, arrancarla de sus sueños.

Él se sentó al lado de la muchacha, tomándola en sus brazos a pesar de las protestas y del repentino forcejeo que ejerció.

—*Shh*, ya tesoro, soy yo. Estoy aquí —le susurró al tiempo que intentaba buscar su rostro y le apartaba las manos que aferraban con furia su pelo—. Déjalo ir, Shady, vuelve conmigo.

Pero ella no le escuchaba. Sus labios seguían canturreando una letanía de la que solo pudo captar algunas palabras.

—No es real... No es real... Él no era real... No está muerto... No es real... —repetía, apretándose ahora contra Dominic—. Mamá no despierta... No es real... No es real...

Aquel galimatías no tenía sentido para él. Buscó a la sabia con la mirada, que en esos momentos volvía a su lado con un pequeño frasco en las manos.

—¿Qué es? —preguntó con recelo.

Ella respondió quitándole la tapa, haciendo que se sobresaltara y casi contuviese la respiración ante el horrible olor.

—¡Jesús! ¿De dónde diablos sacáis los brebajes? Esa cosa sería capaz de levantar a los muertos de sus tumbas.

Haciendo caso omiso de su queja, la *baisleac* untó el dedo en el potingue y lo movió cerca del rostro de la muchacha.

—Precisamente es a los muertos a los que hay que ahuyentar —masculló, observando a la muchacha que seguía murmurando.

Él arrugó la nariz ante el acre olor, pero Shadow no parecía muy consciente del tufo, sumida como estaba en sus propias pesadillas.

—Llámalas —le ordenó la sabia, limpiando el dedo en el borde del tarro antes de cerrarlo—. No podemos permitirnos perderla ahora.

Estaba muy preocupado. Shadow seguía murmurando en voz baja.

—No se despierta... Ella no despierta... El hombre... Él no se mueve... No es real, no es real...

—Solo es una pesadilla, tesoro —insistió él, acariciándole el rostro e intentando traerla de vuelta—. Aquí estás a salvo, nadie te hará daño, Shadow. Escucha mi voz, vuelve conmigo, ven...

Al parecer la prometida sintió su voz compulsiva y la necesidad que emergía de su mandato para arrancarla de la pesadilla y se relajó en sus brazos. El reconocimiento volvió a sus vidriados ojos mientras que con una de sus manos le alcanzaba la barbuda mejilla, acariciándosela con suavidad.

—Dominic.

—Te tengo, diablillo, te tengo. —Él asintió e inclinó el rostro sobre su mano, permitiéndose sentir su calor.

Sus ojos verdes seguían contemplándole como si temiese que al apartar la vista desapareciese.

—Nick —murmuró su nombre al tiempo que se abrazaba a él como si fuese su tabla de salvación—. Llévame a casa... por favor. Quiero irme a casa.

La súplica que él escuchó en la voz de Shadow lo atravesó como un candente cuchillo. Las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas y podía sentir el cuerpo tembloroso entre sus brazos, así como el esfuerzo que ella hacía por ahogar sus sollozos apretando el rostro contra la tela de tartán que le cruzaba el pecho por encima de la camisa.

Runa, que les había estado observando en silencio, chasqueó la lengua.

—Parece que la vuelta al hogar ha traído consigo viejos recuerdos —comentó—.

Imágenes que es incapaz de comprender y la acechan en sus pesadillas.

Él deslizó la mano, frotando con suavidad el rígido cuerpo de Shadow.

Aquella tensión aumentó su propio desasosiego.

—¿Qué fue lo que ocurrió realmente en esa emboscada?

La sola mención de aquellos salvajes hizo que él apretase los dientes.

—Nos estaban esperando... De alguna manera sabían que ella estaba conmigo y no vacilaron en atacarla —masculló, tensándose incluso más ante lo que sabía que había hecho; algo que a la muchacha podía haberle costado la vida—. La dejé sola...

Llamé a la niebla esperando que eso la mantuviese al margen... Pero de no haber sido por Aedan...

Chasqueando la lengua una vez más, la sabia negó con la cabeza.

—No ha sido culpa tuya, McTavish —murmuró apenada, mientras deslizaba la mirada sobre la muchacha—. La muerte la persigue, vaga a su lado como una silenciosa compañera de viaje...

Él empezó a relajarse al sentir cómo Shadow también lo hacía. Su calor lo calmaba, tranquilizándolo, obteniendo el mismo efecto que siempre había tenido sobre él. Como un espejo invisible, todo su ser reaccionaba a ella, acompañándose a sus movimientos, su humor o deseo.

Alejando aquel peregrino pensamiento de su mente, deslizó una vez más la mano sobre la delicada espalda, agradeciendo a Aedan y a los dioses poder sostenerla todavía de aquella manera. Si algo le hubiese ocurrido...

—¿Qué os hace pensar tal cosa? —preguntó en cambio. Necesitaba concentrarse de nuevo.

La *baisleac* se acercó a la única ventana del cuarto y apartó la piel que la cubría para dejar entrar la luz de la mañana.

—Tu Prometida, está incompleta —musitó, girándose hacia él. Los primeros rayos del sol penetraron por la ventana, iluminándola, dotándola de una belleza sobrenatural incluso a su edad—. Sus recuerdos están encerrados tras un muro de vibrante poder, una pared que ha empezado a resquebrajarse dejando que estos se filtren en su sueño como monstruos de pesadilla.

La sabia lo miró a los ojos.

—Tiendes a olvidar quién es ella, Kieran —aseguró con rotundidad—, y quién eres tú.

Él le sostuvo la mirada. Su mentora estaba en lo cierto.

—Ella tiene un camino que seguir —continuó—. Está destinada a grandes cosas y te necesitará tanto como a los otros tres druidas de los señoríos para poder alcanzar su meta. No puedes reclamarla, querido muchacho. —Las

palabras se clavaron en su corazón haciéndolo sangrar—. La Prometida pertenece a Dalriada y no podemos darnos el lujo de perderla cuando acabamos de recuperarla.

Él apretó los dientes. Aquél era el puñal que llevaba clavado desde que todo había comenzado. Creía haberlo comprendido, haberse convencido de cuál era su papel en aquella trama, pero al verla, al escuchar su voz, su mente se había obnubilado atraída por los ecos del pasado.

—Soy perfectamente consciente de quién es ella, *baisleac*.

La sabia insistió un poco más.

—¿Lo eres, laird McTavish?

Un incómodo silencio calló entre ellos, diciendo más que las palabras. Por fin, la sabia indicó con un gesto de la barbilla a la Prometida.

—Estás obligado por juramento a servirle —le informó—. Y ello incluye *Levantar el Velo* que cubre sus recuerdos. Su mente ya ha empezado a quebrarse, los recuerdos se abren paso hacia el exterior filtrándose poco a poco y el resultado... ya lo has visto. Las pesadillas la están enfermado, enloqueciendo. Llegará un momento en el que no será capaz de discernir entre la realidad y los sueños. ¿La condenarías a una vida así?

Él apretó de manera inconsciente el cuerpo durmiente en sus brazos.

—La necesitamos, Kieran. Dalriada la necesita ahora más que nunca —le recordó con suavidad—. Es la hora...

La Prometida había nacido para ese momento. Aquello era lo que le habían inculcado durante toda la vida al ser él uno de sus guardianes; el druida del *cenel* nGrabráin. Su deber era para con ella; la elegida por los dioses. Aquélla que traería la paz a una tierra infestada de odio y dolor; aquélla a la que debía proteger y a la que serviría con su propia vida.

—¿Me estáis pidiendo que alce el *Velo de los Recuerdos*, *baisleac*? —preguntó con voz profunda—. Es un acto prohibido. Solo el *Ard Draoi* tiene poder para llevar a cabo algo así.

La mujer arqueó una delgada ceja oscura en respuesta.

—Cómo si fuese ésta la primera vez que haces algo que no debes —respondió, indicando con una clara mirada a la mujer que él abrazaba estrechamente.

Comprendiendo la indirecta, puso los ojos en blanco.

—No es como si lo hubiese hecho a sabiendas...

Chasqueando la lengua, la sabia señaló la cama.

—Deja de refunfuñar y, por una vez en tu vida, *laird* McTavish, haz lo que te pido y no lo que te dé la gana.

Había momentos, como aquel, en los que se preguntaba si aquella mujer sentiría verdadero respeto por algo o por alguien. Él empezaba a dudarlo.

Dejando escapar un pequeño suspiro, dejó a la muchacha sobre la cama, arropándola. El colgante que lucía en torno al cuello atrajo su atención. Era una sencilla pieza de madera tallada de la que jamás se había separado, si mal no recordaba. Shadow le había dicho en alguna ocasión que aquello era todo lo que conservaba de quienquiera que fuese quien la había abandonado.

—¿Cómo puedes saber que lo que estás haciendo es lo correcto?

La mujer lo miró con escepticismo y respondió.

—Lo sabes cuando el resultado hace que no acabes muerto —aseguró sin más rodeos.

Aquello era indiscutible, pensó mientras ella cruzaba el cuarto de camino hacia la puerta.

—Traeré a ese par de tórtolas... si es que no han acabado estampadas contra el suelo con los preparativos de boda.

La sabia abandonó el cuarto, farfullando, y una vez más la voz de Shadow murmuró en su agitado sueño.

—No es real... Ella... ella no va a volver... Mamá... ella no se despierta... El hombre no se despierta... Quiero ir a casa... Solo... quiero ir a casa.

Una nueva lágrima se escurrió por su mejilla, perdiéndose más allá de su rostro.

—Te llevaré a casa, Mi Prometida —murmuró, acariciándole el rostro con los nudillos—. Al lugar que te corresponde por derecho.

Había dejado a un lado sus deberes durante demasiado tiempo, pero ya no podía seguir haciéndolo. Era hora de centrarse y llevar a cabo la misión para la que había nacido.

Él era Kieran McTavish, druida del *cenel* nGabráin, al servicio y guardia de la Prometida de Dalriada.

Shadow era la legítima heredera al trono de Dunnad, Señora de Dalriada, y él haría todo lo que estuviese en su mano para devolverle aquello que le fue arrebatado veinticinco años atrás.

Apartando la tela del *plaid* a un lado, cogió el cuchillo de mango corto que

llevaba en la funda del cinturón y se hizo un pequeño corte en la mano, suficiente para hacer brotar la sangre cuyas gotas dejó caer sobre la cama.

—Como druida del *cenel* nGabráin, te juro aquí y ahora que te devolveré al lugar que te corresponde, Prometida de Dalriada —murmuró cerrando el puño y tomando al fin la única decisión posible—. Mi vida y mis dones son tuyos.

El sonido del metal deslizándose en el cuero atrajo su atención hacia los recién llegados. Aedan y Ciara habían desenvainado sus propios cuchillos e imitaban el gesto de su compañero, mientras flanqueaban la cama sobre la que dormitaba su Prometida.

—El *cenel* Loairne te jura protección y lealtad, Señora —murmuró Aedan dejando caer unas gotas de su sangre sobre la cama—. Mi vida y mis dones son tuyos.

Ciara hizo lo propio, repitiendo el juramento ya iniciado por sus dos compañeros.

—El *cenel* Óengusa te jura protección y lealtad, Prometida. —Las gotas de sangre de la herida que se infringió en la mano cayeron a los pies de la cama—. Mi vida y mis dones son tuyos.

La sabia, que hasta el momento había permanecido a un lado, contemplando el ritual de vinculación y lealtad con una satisfecha sonrisa, se adelantó. Su mirada fue de uno a otro de los druidas hasta terminar en él, que asintió con un firme gesto de cabeza.

—¿Entonces, iba en serio? —comentó Aedan.

—Eso parece —respondió Ciara con un profundo suspiro—. Aunque tengo que reconocer que no me hace especial ilusión.

Él tomó una profunda respiración y, tras dejar escapar el aire, declaró: —Alcemos el *Velo de los Recuerdos* y traigamos a la Prometida de Dalriada definitivamente al hogar.

Shadow empezaba a tener problemas para distinguir la realidad de los sueños. Su mente era un galimatías sin sentido, las imágenes iban y venían sin dejarla descansar.

El dolor de la caída había quedado atrás para dar paso a otro tipo de malestar, uno que la hacía gritar sin emitir ni un solo sonido. Los momentos de lucidez se mezclaban con las pesadillas y ya no estaba segura de cuándo estaba despierta o cuándo dormida. En un momento estaba en brazos de

Dominic, sintiéndose segura y a salvo, y al siguiente volvía a ver, como si se tratase de una película a cámara lenta, aquella espada ensangrentada deslizándose fuera de la carne y el cuerpo del hombre tendido sobre el suelo, sin vida.

La palabra demonio acudía a su mente cada vez que lo visionaba, arrastrándola hacia otras imágenes que no recordaba y le hacían sentir un miedo que no había experimentado nunca antes.

«Despierta la conciencia, conduce al naufrago a buen puerto y alza el *velo* que mantiene oculta la realidad. Deja que tu dique se desborde, deja que los recuerdos fluyan como el agua, vertiéndose en su alma. Muéstrale la verdad».

Aquel coro de voces penetró en su mente, envolviéndola, calmándola; meciéndola en un suave y cálido capullo mientras arrastraban consigo los rescoldos de las pesadillas y enviándola al único lugar dónde siempre se había sentido en paz.

Volvía a estar en el parque de la Torre de Hércules. El viento le agitaba el pelo y la envolvía en el conocido aroma a sal. Las gaviotas gritaban en el cielo, dejándose llevar por las corrientes como si fuesen cometas sin nadie que manejase el hilo.

El lugar estaba vacío, a excepción de las aves en el cielo y la mujer sentada en el banco. La recordaba, había algo en ella que le resultaba familiar... Era la mujer de las palomas. ¿Por qué estaba ella allí?

—Ha llegado el momento, mi pequeña estrella. Es hora de que recuerdes quién eres.

La suave voz de la mujer cayó sobre ella como una lluvia fina inundándola, filtrándose a través de cada poro de su piel, y con ésta llegó también el crudo agujonazo de dolor que le atravesó la cabeza. Apenas tuvo tiempo de tocarse las sienes cuando algo se rompió en su interior, como una presa que se agrieta y comienza a fluir el agua. En su caso, los recuerdos.

—Caro... —susurró, poniendo al fin nombre al rostro de la extraña mujer.

Su imagen empezó a diluirse, y con ella todo el paisaje, hasta convertirse en una tela oscura que lo fue inundando todo, tragándosela a ella también, solo para mostrarle aquello que había olvidado.

La noche había caído sobre el pequeño cuarto que compartía con su madre. La luz del hogar se había consumido dejando solo brasas, hacía frío y era incapaz de volver a dormirse. Quería volver a casa, a su cama, con sus juguetes de madera. La hermosa dama a la que servía su madre le había

regalado un precioso peine, pero no le habían permitido traerlo consigo.

Al frío que se colaba en el diminuto cuarto de la servidumbre debía unirle el hambre siempre viva en su pequeño estómago.

No sabía qué era lo que la había despertado, si el frío, el hambre, las dos cosas, o los extraños sonidos que procedían de la puerta cerrada. Algunos parecían voces que gritaban, pero no conseguía entender las palabras.

Aferrando con fuerza la tosca manta que había sobre la cama, empezó a tirar de ella para taparse cuando el sonido de la madera chocando contra la pared de piedra le hizo dar un respingo en el lecho. En el umbral de la puerta apareció una figura conocida que ahuyentó como por arte de magia su miedo.

— Mamá.

Se encontró pensando. La certeza de aquella información se asentó despacio en su lugar.

— Mami, tengo hambre.

Siempre estaba hambrienta, no podía recordar un día en el que no tuviese hambre.

Pero ella no solo no respondió, sino que cerró la puerta tras de sí con rapidez, para luego empezar a recoger con prisa las ropas que había dejado la noche antes sobre la caja que les servía de mesa.

Su madre recogió entonces el vestido y los gastados zapatos que había usado el día anterior. Odiaba esos zapatos porque le lastimaban los pies.

— Tenemos que irnos, mi niña.

Sus palabras resonaban lejanas en su memoria.

Recordaba que, en su ingenuidad infantil, había alzado los brazos esperando que ella la desnudase y le pusiese el vestido como tantas otras veces había hecho. No había sido consciente del nerviosismo que la aquejaba ni de sus continuas miradas a la puerta mientras le ponía el vestido encima de la prenda de dormir y le enfundaba los zapatos.

— ¿A dónde vamos?

Podía sentir sus propias manos acariciando el rostro de la mujer, maravillándose de lo hermosa que le había parecido; la mujer más guapa de todas. La respuesta de su madre había llegado con urgencia, arrastrándola ya fuera de la habitación.

— Iremos a un lugar bonito, princesa. Un lugar dónde estarás a salvo,

serás amada y mimada, podrás tener todos los juguetes que tanto te gustan y el más hermoso de los caballos. Aprenderás a montar y serás la mejor de las Amazonas. Él te enseñará, sé que lo hará y te amará con todo su corazón. Serás su pequeña sombra.

Con aquella promesa salieron del cuarto. Durante un rato jugaron a un juego y le prometió un dulce para acallar su famélico estómago si lo ganaba.

— Tienes que permanecer muy callada, mi Scail. Tan calladita como un ratón. Si no haces, podrás comerte un dulce.

Y estuvo callada. Deseaba la golosina por encima de todas las cosas. El juego le parecía tan fácil que secretamente podía saborear ya el premio.

Pero entonces llegó el miedo...

Los gritos de su madre le helaban la sangre. El monstruo había salido de entre las sombras, abalanzándose sobre ellas y empujándolas hacia un pequeño cuarto, mientras que la gente corría por el pasillo como si los persiguiese el demonio.

—Corre, escóndete.

Su madre peleaba contra el monstruo, pero él era más grande y más fuerte. Ella lloraba. Su madre también lloraba mientras él se reía. El monstruo lastimaba a mamá... pero ella no podía hacer nada más que esconderse tras un cajón, apretando con fuerza los ojos mientras se cubría la cabecita con las manos y ahogaba los gritos al cubrirse los oídos.

—¿Mamá? ¿Mami, despierta?

Ella le sonrió, acariciándole la cara, solo para cerrar los ojos y quedarse dormida. Lejos de ellas, el monstruo yacía sobre el suelo con algo clavado en su espalda.

Se acurrucó a su lado, al amparo de su cuerpo, llamándola; rogándole que despertase.

—Ven conmigo, pequeña. Ella ya ha partido.

Allí estaba aquella mujer, Caro. Recordaba su nombre con cristalina claridad.

Ella fue quien la había apartado del cuerpo sin vida de su madre, llevándosela lejos de aquella noche de muerte y horror.

Durante días fue su única compañía. Caro respondía con paciencia a sus preguntas, le explicaba que su madre había partido a un largo viaje, le narraba hermosos cuentos de hadas que hablaban de princesas montadas en

caballos blancos con un gran ejército que cumpliría sus órdenes.

La arropaba, calentándola en las noches más frías mientras atravesaban bosques y montañas, y la protegía cuando aquellos demonios empezaron a perseguirlas.

—Tienes que ser fuerte, mi estrella. Tu destino no ha hecho más que comenzar.

Cuando llegue el momento, él irá a por ti. Él guiará tus pasos de nuevo al hogar y tú guiarás los suyos.

Caro la dejó en el centro de aquellas piedras. Los monstruos se acercaron a Caro con hachas y espadas, pero ella no retrocedió, sino que les plantó cara.

Recordó por fin cómo la luz lo envolvió todo, cegándola. El miedo instalándose en su mente, en su garganta; ahogando su voz; sepultando aquellos recuerdos en lo más profundo de su mente infantil y permitiéndole vivir sin temor.

Cuando volvió a abrir los ojos, el fulgor había desaparecido llevándose consigo a aquellos horribles monstruos y a Caro.

Frente a ella, los últimos rayos del sol iluminaban un paraje que nunca antes había visto. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí, tenía miedo, solo quería llorar... Hasta que él le secó la cara con la manga de su camiseta y le sonrió.

Ramsey la había encontrado aquella tarde, hacía veinticinco años. Su hermano la había rescatado de la locura que su mente infantil era incapaz de procesar, del miedo que durante más de un año se instaló en su inconsciente, sumiéndola en un absoluto silencio.

¿Cómo podía haber olvidado todo aquello? Sus recuerdos... Todo había ocurrido de verdad, pero... No, no podía ser real... Ella no podía ser aquella niña.

Con un agudo jadeo, abrió los ojos sintiéndose desorientada durante unos instantes. Una fuerte y oscura mano le acarició el brazo, acompañado de su nombre.

—¿Shadow?

Ella parpadeó varias veces, contemplando al hombre que tenía frente a ella; aquél al que había amado con todo el corazón; el único que la había abandonado, solo para regresar a por ella y arrastrarla a través de toda aquella locura.

—No es por nada, pero parece estar incluso más ida que antes —murmuró Aedan, inclinándose hacia ella, solo para verla dar un respingo.

—Shadow —insistió Dominic, acercándose a ella para tomar su mano—. Pequeña, háblame.

¿Hablar? Su mente intentaba procesar la información. Los rostros y los nombres iban ocupando su lugar poco a poco, hundiéndose sin misericordia en su interior, empujándola a una realidad a la que no quería enfrentarse; con la que no podía hacerlo.

—No... No es real —se encontró murmurando. Su voz sonaba ajena, incluso para sí misma—. Yo no... No... No es real.

Tenía que tratarse de un truco, otra pesadilla. Aquellas imágenes, los recuerdos, las sensaciones... Su madre... No podía ser real.

—Shady... —Dominic se sentó ahora en el borde del camastro para tomar sus manos.

Ella no pudo responder. La sangre que manchaba la mano masculina no dejaba de acecharla como un fantasma, trayendo de nuevo los crueles recuerdos a la vida. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas y, de manera inconsciente, sus dedos buscaron sobre las mantas con una imperiosa necesidad de cubrir aquella herida.

—No... No... Ella no está muerta... —gimió, aferrando con desesperación la tela de su propio camisón para apretar la mano lastimada de Dominic con ella—. Nada de aquello es real... Caro me lo prometió; no más monstruos... Mamá... Oh, Dios...

Nada de esto puede ser verdad.

El peso de los acontecimientos cedió por fin, haciendo que ella rompiera a llorar con todo su cuerpo estremeciéndose por desgarradores sollozos, balbuceando inteligibles palabras.

—Shadow... —Se inclinó sobre ella, queriendo darle consuelo, pero ella no se lo permitió.

—¡No me toques! ¡No te acerques a mí! —Lloraba al tiempo que le golpeaba con los puños—. Mi mamá... Caro... Ellas... Oh, Dios... Quiero irme a casa, quiero volver a mi casa.

—Ya estás en casa, Prometida —murmuró Aedan, sin estar muy seguro de qué hacer o decir en aquellos momentos.

—¡Esta no es mi casa! —gimió con desesperación.

—Sí, Shadow, lo es.

—¡No! —gritó una vez más, a pleno pulmón—. ¡No lo es! ¡Nada de esto es real!

¡No lo es! ¡No puede serlo!

—Sois la Prometida de Dalriada —insistió Aedan—. Habéis abierto uno de los portales sola. De no ser por *er...* Dominic, quién sabe si estaríamos teniendo esta conversación ahora mismo.

—¡Fuera! ¡Marchaos! ¡Fuera! —volvió a gritar. La desesperación reflejándose en su rostro, sus ojos adquiriendo un brillo febril—. ¡Alejaos de mí! ¡Sois igual que ellos!

¡Unos monstruos! ¡Dejadme en paz!

La desesperación en sus palabras, así como el sonrojo del rostro de la Prometida fueron suficiente para que Ciara rodease la cama y, tomándolos a todos por sorpresa, se abrazó a la histérica muchacha. La Prometida no solo se lo permitió, sino que se aferró a ella. Sus desgarradores sollozos disuadieron a los dos druidas de decir una palabra o hacer algo más.

Ella posó su mirada sobre Dominic con lástima, mientras sus propias lágrimas se deslizaban por las mejillas, afectada por el desgarrador dolor que soportaba la Prometida de Dalriada.

Sin mediar palabra, Kieran se apartó de la cama, giró sobre sus talones y abandonó el pequeño cuarto en absoluto silencio.

Aedan se volvió con intención de seguirlo, pero la pequeña mano de la sabia lo detuvo.

—Déjale ir —le pidió con un profundo suspiro—. Él también necesita tiempo para enfrentarse a la realidad. —Su mirada voló entonces sobre ella y le dedicó un gesto de agradecimiento con la cabeza antes de volverse a Aedan—. Ven, hay mucho que hacer ahora que ella por fin ha despertado.

CAPÍTULO 9

A través de la puerta abierta Shadow vio que el suelo estaba salpicado de charcos.

Podía oler todavía la humedad en el aire. Sus ojos verdes se alzaron al cielo. Nubes negras cubrían el sol de una nueva mañana en aquel extraño lugar.

Se arrebujó en la manta que había arrancado de la cama; una de aquellas telas escocesas. Estaba cansada de la inactividad y permanecer acostada sin nada en lo que entretenerse lograba que su mente vagase y reprodujese una y otra vez los sucesos acontecidos.

Recuerdos; una palabra tan pequeña y que encerraba un significado tan grande.

Aceptar quién era y que dejasen de molestarla no fue tan difícil como convencerse a sí misma de que aquello era verdad. Pero cuando se podía ver y tocar, cuando se sentía bajo los pies desnudos el frío suelo y se escuchaban alrededor murmullos en un idioma que había escuchado únicamente en boca de Dominic alguna que otra vez durante los días en los que estuvieron juntos, la irrealidad empezaba a dejar de ser algo intangible y se hacía peligrosamente real.

Aquellas gentes esperaban encontrar en ella a una heroína; una salvadora. Alguien que los liberase de los problemas que les acuciaban. Pero ella sabía que no era más que una mujer; una muy asustada, cuyos pensamientos campaban a su antojo por una mente convulsionada con recuerdos de una época tan lejana que ni siquiera podía reconocer a la niña que era entonces.

Durante los últimos tres días se había limitado a permanecer en aquel pequeño cuarto. Perdió la cuenta de los litros de lágrimas que había derramado, suficientes para llenar un pequeño lago, imaginaba. Sus visitas se redujeron a las de Runa, la mujer a la que todo el mundo llamaba *baisleac* y su acompañante.

Dominic parecía haber desaparecido de la faz de la tierra, aunque sabía por la joven druidesa, Ciara, que solía compartir las tardes con ella, que él pasaba su tiempo con los hombres del laird McNeil y el hijo de éste, Aedan; el mismo que, supo entonces, había atravesado a aquel salvaje con el filo de su espada.

Todavía se estremecía al recordar aquella escena. El miedo surgía sin invitación atraído por las imágenes que se colaban en su subconsciente: la

sangre, el cuerpo caído en el suelo... Era algo que estaba decidida a olvidar.

Salió al umbral y se apoyó contra la puerta principal de la casa, lo que le facilitaba la vista de buena parte del muro de piedra que, sabía, bordeaba la aldea.

Desde la ventana del cuarto había podido contar más de doce techos de paja y madera encerrados en aquella protección. Se trataba de una nada despreciable extensión de terreno con calles de tierra y barro, siempre rebosantes de actividad. Solo la construcción de piedra que acababa de abandonar y sobre la que apoyaba su espalda, el hogar del laird, poseía una estructura mucho más sólida, dividida en dos plantas.

La lluvia caída durante la noche había regado el suelo, haciendo las delicias de los niños que jugaban hundiendo los pies en las pozas antes de ser regañados por sus madres o salir corriendo para evitar el seguro castigo.

Le hubiese gustado saber qué hora era, pero su móvil había pasado a mejor vida en los últimos días y la idea de encontrar una sola toma de corriente... Era preferible no pensar siquiera en ello. Nunca se le había dado bien calcular el tiempo por la posición del sol. Dominic intentó enseñarle cuando salían juntos, pero en esos momentos estaba más interesada en lo bien que le sentaban los vaqueros que en sus explicaciones.

Sacudiendo la cabeza para hacer a un lado aquel estúpido recuerdo, volvió a prestar atención a la gente que entraba y salía de la vivienda. Algunos le dedicaban sonrisas, otros, breves palabras que era incapaz de comprender y, tras responder incómoda con una sonrisa a una muchacha que pasaba por su lado, llevó la mirada hacia una de las viviendas. Por los trozos de hierro y cuero que colgaban de la entrada abierta, en la que ardía una pequeña fragua, supuso que se trataba de la herrería.

Y como si lo hubiese conjurado, allí estaba él.

Ajeno a su presencia, charlaba con uno de los aldeanos mientras sus manos retorcían una tintineante cadena que atrapó los rayos del sol lanzando pequeños destellos dorados. No dejaba de sorprenderle su altura y complexión, que parecía haberse desarrollado aún más durante el tiempo que había permanecido lejos de ella.

La camisa negra remangada dejaba a la vista unos fuertes antebrazos y una especie de abrazadera de cuero cubría su mano derecha desde la muñeca hasta mitad del brazo, haciendo que la cadena dorada brillase con más fuerza contra la oscura piel.

El contraste entre los dos hombres era palpable. Ella casi esperaba ver aparecer de un momento a otro a alguien con una plaqueta de rodaje para dar por terminada la toma de una elaborada escena que bien podría haber formado parte de *Braveheart*.

Mientras el hombre que le daba la espalda llevaba botas revestidas de piel, una camisa marrón y el *plaid* enrollado en torno al cuerpo, cayendo como una falda hasta las rodillas y dejando a la vista unas piernas que harían que una cuchilla de afeitar diese un grito de socorro, Dominic completaba su indumentaria con un chaleco de curtido cuero y suaves pantalones que se ceñían a sus largas y musculosas piernas como una segunda piel. Pero el pelo negro, alborotado por el viento, y las armas colgadas en el cinturón le aportaban una imagen que distaba mucho del hombre civilizado y encantador del que estúpidamente se había enamorado.

La familiaridad con la que se trataban sugería un contacto constante, algo que tenía sentido a juzgar por la explicación que le había dado Runa; Dominic y Aedan habían crecido prácticamente juntos, sus clanes eran aliados.

Estaba a punto de dar media vuelta y volver a entrar cuando se encontró con la mujer que la cuidaba desde el momento en que él la trajo al pueblo. A juzgar por su postura, con las manos apoyadas en las caderas, y el gesto adusto de su rostro, no parecía muy feliz de verla fuera del lecho.

—En mi defensa puedo alegar que necesitaba dejar esa cama —dijo antes de que la regañara—. En comparación, la de los *Picapiedra* es de suave plumón.

Con un chasquido de la lengua, Runa caminó hacia ella.

—Ignoro quién es la familia o clan que lleva ese nombre tan estúpido, Prometida —la atajó la *baisleac*—, pero es mejor una cama dura, que el suelo.

Aquello no era algo que ella pudiese refutar. No después de haberlo comprobado por sí misma.

—Estoy cansada de estar confinada y postrada en una cama —resopló antes de llevarse el brazo a la nariz—, y no he podido bañarme de verdad en varios días. Es un milagro que todavía huela bien.

Su cuidadora arqueó una delgada ceja en respuesta.

—Si deseabais bañaros solo teníais que haber pedido que os trajesen unos cubos de agua.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Cubos de agua... —repitió como si no comprendiese el significado de la frase.

—Aunque es posible que las termas de Càrn an t-Sbhail os fuesen de mayor utilidad —continuó como si no hubiese sido interrumpida—; aliviarían los dolores que os esforzáis en esconder. Vuestra druida, Ciara, irá a las termas a limpiar su cuerpo y purificarse de cara a su ceremonia de unión. Tener compañía podría veniros bien a ambas en estos momentos.

Ella frunció el ceño.

—Cuando dice termas, ¿se refiere a estanques de agua caliente?

Ella asintió.

—La Ceremonia de Unión de Manos se celebrará al atardecer. Vuestro druida McTavish ha accedido a celebrarla, honrando así a los clanes McNeil y McInnes.

Ella refunfuñó.

—Él no es mi druida. No es nada para mí.

El bufido de la mujer le indicó lo que opinaba de su respuesta.

—Lo es, Prometida, al igual que lo son Aedan y Ciara —le recordó con paciencia.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? ¿Me ha tocado la lotería o es que les sobran druidas para regalármelos? —sugirió.

—Ignoro qué es eso de «la lotería», pero cada *draoi* de los *cenel* de Dalriada han nacido para estar a vuestro lado y protegeros. Así se les ha educado... aunque a alguno se le olvidaran sus deberes en el proceso.

A ella empezaba a palparle la cabeza.

—¿Qué es un... *cenel*? —preguntó sin demasiado interés.

—Los *cenel* son cada uno de los señoríos en los que está dividido el Reino de Dalriada. El *cenel* nGrabráin, en Kyntire, pertenece al clan McTavish; el *cenel* de Loairne, como ya habéis comprobado, es la sede del clan McNeil; en Islay y Jura, el clan McInnes gobierna el *cenel* de Óengusa, y en la región de Cowal, el clan Campbell sostiene el *cenel* de Comgall.

Ella hizo un rápido recuento.

—Eso hace un total de cuatro. Así pues, ¿quién es el último druida?

La sabia sonrió.

—Lo conoceréis en la Reunión de los Clanes —se limitó a decir—. De vos depende que se una a vuestra causa, Prometida.

Shadow suspiró.

—Preferiría que dejara de llamarme Prometida —murmuró ella con un suspiro—.

Entre que no entiendo ni una sola palabra de lo que escucho a mi alrededor y que aquellas que entiendo no tienen ningún sentido para mí, concederme un título va a hacer que me ponga a gritar. En fin, ¿cómo doy con esas benditas termas? Supongo que no estarán lejos...

La sabia negó con la cabeza.

—Solo los druidas pueden acceder a ellas —le aseguró al tiempo que le indicaba con el brazo hacia el lugar en el que Dominic había estado hablando con el hombre—.

Deberéis solicitar a uno que os acompañe.

Ella apretó los dientes ante tal encerrona.

—Qué bien —murmuró—, justo lo que más me apetece en estos momentos.

Una vez más, sus pensamientos parecieron conjurarle, pues Dominic se volvió en su dirección. Sus miradas se encontraron durante un breve instante antes de que él comenzase a caminar hacia ellas.

—La Prometida desea que la acompañes a las termas, McTavish.

Él arqueó una ceja ante la declaración de la sabia y posó su mirada sobre ella.

—¿Lo desea?

Los ojos de ambos coincidieron durante un largo instante, en el que cada uno parecía estar midiendo al otro. Fueron las palabras de la *baisleac* las que rompieron la tensión.

—Ciara ha ido a prepararse para la ceremonia, le hará bien tener compañía femenina —remarcó, con una obvia advertencia al druida. Sin darle tiempo a protestar, se volvió hacia la ella y, con una profunda inclinación de cabeza, se excusó—. No os agotéis, no hay necesidad de empezar a correr antes de tiempo.

Ella contempló cómo la mujer se marchaba a paso lento y se perdía en el interior de la vivienda. La idea de seguir sus pasos y alejarse de él la sedujo.

—Si piensas huir, será mejor que empieces a correr, Prometida —la sorprendió él.

Estuvo tentada de hacerlo, aunque solo fuese para averiguar si realmente pensaba correr tras ella. En vez de eso, se mantuvo inmóvil, arrebujándose en la manta al tiempo que cambiaba su peso de un pie al otro mientras observaba

al hombre con el que Dominic había estado hablando. Él seguía mirándoles con cierta curiosidad.

—¿Se os acabó la tela después de confeccionar un par de pantalones? — sugirió, señalando al hombre con un gesto de la barbilla.

Él siguió su mirada y no pudo evitar soltar un ligero resoplido que, a su juicio, sonó demasiado divertido.

—Olvídalo —continuó ella, suspirando, para finalmente dar media vuelta, dispuesta a entrar de nuevo en la casa—. En realidad, no quiero saber la respuesta.

—No te consideraba una cobarde.

Las palabras dichas en voz baja hicieron que sus labios se curvaran en una mueca.

No podía dejar de encontrarlas irónicas, sobre todo después de los últimos acontecimientos.

—Llámame gallina y deja que cacaree —declaró, dándole la espalda—. Lo que sea si con ello puedo marcharme de aquí. ¿Hay alguna posibilidad de que me devuelvan mi ropa? He buscado por todo el cuarto y no la he encontrado.

Dominic dudaba que ella pudiese recuperar nada. Conociendo a los suyos, habrían conservado las prendas como si se tratase de la mayor de las reliquias.

—Las mujeres del clan prepararán algo para ti —fue su respuesta.

La vio entrecerrar los ojos. Al parecer, su tono de voz le resultaba sospechoso.

—Define «preparar algo» —pidió Shadow, moviéndose incómoda—. Lo que quiera que sea, ¿incluye ropa interior?

Él se quedó mudo durante un instante. Entonces sus labios empezaron a estirarse en una perezosa y secreta sonrisa.

—Por supuesto —confirmó con tal convicción que hizo que ella volviera a sospechar.

—Nick. Conozco esa sonrisa y ese brillo travieso en tus ojos, ¿me estás tomando el pelo! ¿A qué clase de *ropa interior* nos estamos refiriendo?

Él se hizo el inocente.

—Pediré que te preparen una muda completa. Te estará esperando en tu cuarto después del baño.

Él estiró la mano con intención de tomarla del brazo, pero ella se alejó

dando rápidamente un paso hacia atrás, dejando claro que nada había cambiado. A juzgar por la repentina rigidez de su cuerpo, podía asegurar que seguía molesta. Sus ojos no se detenían en un punto fijo, surcaban su entorno como si esperase encontrar algo fuera de lugar; un indicio que pudiese echar por tierra una escena de teatro bien montada.

Dejando escapar un profundo suspiro, adelantó una vez más la mano, en esta ocasión invitándola a regresar a la casa. La necesidad de envolverla con su propio *plaid* de la cabeza a los pies hervía en su sangre. Se la veía tan frágil, vestida con aquel camisón casi de aspecto virginal... Su primer instinto, nada más verla, fue acortar la distancia entre ambos, echársela al hombro y meterla dentro. La deseaba, ésa era la maldita verdad. La necesitaba desde el mismo instante en que volvió a tenerla en los brazos.

El trayecto a caballo no fue más que una tortura, con el trasero de ella frotándose contra su dolorosa erección. Y ahí estaba ahora, con un niveo camisón, protegiéndose del frío matutino con una tosca manta de tartán con los colores de los McNeil y a la vista de todos.

«*Ella es la Elegida*», se recordó. Las gentes del clan tenían derecho a saber que ella estaba bien; necesitaban la esperanza que les otorgaba su presencia, aunque ésta fuese con menos ropa de la que a él le gustaría.

—Si deseas darte un baño, te guiaré a las termas —declaró, esperando que ella iniciase la marcha.

Tras una ligera vacilación, Shadow volvió a entrar en la casa.

—¿Están muy lejos? No estoy segura de poder soportar otro paseíto más a caballo —murmuró, girándose ahora hacia él.

Él se limitó a mirarla fugazmente antes de tomar la delantera para conducirla a través de la planta baja de la casa.

Al comprender que no iba a obtener ninguna respuesta más, Shadow apretó los labios y permaneció en silencio.

La vivienda bullía ya de actividad a aquella temprana hora. Las mujeres iban y venían con cestas de flores, paños y viandas, mientras los hombres cargaban con las piezas de caza más grandes y gruesos tablones de madera. Las sonrisas y los saludos no dejaban de prodigarse, uno tras otro. Su guía respondía la mayoría de ellos, al parecer tan decidido a deshacerse de ella como ella de él.

Ella empezaba a notar el cansancio. Las molestias en el tobillo y especialmente en la magullada cadera se hacían por momentos más intensas.

Su mirada siguió durante unos instantes al hombre que caminaba delante de ella; anchos hombros, delgada cintura y largas piernas, pelo negro alborotado... Todo en él gritaba oscura masculinidad y fuerza en cada uno de sus movimientos rebosantes de poder, pero ella echaba en falta la tranquila calma que solía transmitirle antaño. Aquel nuevo Dominic la intimidaba y excitaba a partes iguales.

—Decididamente, Shadow, has perdido la cabeza —murmuró para sí misma, dejando escapar un cansado suspiro.

A punto estuvo de chocar con su espalda cuando él se detuvo abruptamente. Sus miradas se encontraron; la de él, burlona; la de ella, rabiosa por aquel brillo de diversión.

—Relájate, Prometida. Empiezo a ver salir humo de tus orejas —le aseguró con tono mordaz.

Ella se tensó todavía más, amenazando con hacer realidad su comentario. No es que necesitase mucho combustible para arder ahora mismo.

Ignorándola una vez más, él posó la mano sobre la pared de piedra y, al sonido de su voz, una profunda grieta empezó a descender por la pared resquebrajando la tierra y ampliándose más y más. El sonido parecía reverberar en toda la vivienda como un interminable eco y, a pesar de ello, sus habitantes no parecían darse cuenta; nadie acudió a ver qué ocurría. Ante sus atónitos ojos, la pared se dividió revelando un largo corredor de suelos y techos de piedra, con una larga fila de antorchas a derecha e izquierda del pasillo iluminando el lugar.

—¿Cómo has...?

Él se hizo a un lado, permitiéndole pasar.

—Solo los druidas de Dalriada podemos acceder a los manantiales de agua caliente de Càrn an t-Sbhail —respondió con sencillez—. Es nuestra prerrogativa. ¿Y

qué mayor privilegio que compartirlo con nuestra Prometida?

La ironía goteaba de su voz como ácido corrosivo.

—Ahórrate el sarcasmo, Nick —declaró ella—. No estoy aquí por decisión propia; tú me trajiste en contra de mi voluntad.

Dominic la miró directamente a los ojos.

—En realidad, lo que hice fue evitar que te matases tú misma abriendo el maldito *Portal* —replicó, conteniéndose. Al parecer su presencia lo enfurecía, pero no sabía si se debía a que tenía razón o a la negación constante que ella

hacía de sí misma y sus deberes—. Entra, Prometida, al final del corredor se encuentran las termas naturales del Càrn an t-Sbhail.

—Quizá debieses ir tú, parece que necesitas un baño mucho más que yo —le soltó—. Tal vez el agua consiga arrastrar toda esa amargura.

Ella penetró en el corredor de piedra, iluminado durante todo el camino por antorchas clavadas en la pared. El frío del exterior se había convertido en un tibio y húmedo calor que le humedecía la ropa pegándosela al cuerpo. La manta se hizo innecesaria, pero se obligó a mantenerla sobre sí, arrebujiándose incluso más en ella para escudar su irritación contra Nick.

El silencio que les envolvía hizo que el latido de su corazón fuese incluso audible en sus propios oídos. El sudor ya había empezado a perlar su piel, pero se negaba a dejar caer la manta. Sus pies tropezaron con el desigual suelo de piedra, lanzándola hacia delante y a lo que habría sido una caída segura si el fuerte brazo que la rodeó por la cintura no la hubiese sujetado.

—Cuidado. —Escuchó su voz más ronca de lo que lo había estado antes. Su espalda presionada contra el duro y sólido cuerpo.

Los dos permanecieron en esa relativa intimidad durante un instante, incapaces de romperla, absorbiendo el momento con la misma necesidad de niños hambrientos.

—Llévame a casa —susurró ella. Sus palabras resonaron como un interminable eco en el húmedo corredor.

—Estás en casa —le respondió en tono grave.

Ella se estremeció en sus brazos. Sentía su dura erección presionándole el trasero y sus fuertes muslos acoplados contra la parte de atrás de los de ella, envolviéndola en un capullo de fortaleza y calidez.

—No, Nick —negó, apretando los ojos, negándose a aceptar lo que todos insistían en ver como realidad—. Puede que éste sea tu hogar, pero está lejos de ser el mío.

Veinticinco años lejos...

Una callosa mano se deslizó por la piel desnuda de sus brazos que había dejado al descubierto la manta y la voz de Dominic se hizo más profunda y sedosa.

—Esperaba que hubieses tenido tiempo de reflexionar, pero una vez más tu terquedad se impone a la razón.

Ella contuvo el aliento. La agradable y familiar caricia sobre su piel la sacudió.

—Nick, por favor...

Dominic se estremeció ante el recuerdo que evocaba esa súplica. Ella había pronunciado aquellas mismas palabras tan solo unas horas antes de que dejase su cama y la abandonara.

—No puedo... —le susurró al oído, dando la misma respuesta a las dos preguntas; la formulada y la que ninguno de los dos se atrevía a poner en palabras—. Sin ti, mi pueblo... nuestro pueblo... perecerá. Te necesitan, Prometida.

¡Yo te necesito!, quiso gritarle. Pero no era el momento. No era su momento, era el de su gente.

Soltándola lentamente, dio un par de pasos hacia atrás poniendo distancia entre ambos para finalmente mirarla a la cara. Los ojos de Shadow brillaban con una mezcla de anhelo y desesperación.

—Nada bueno puede salir de esto, Nick —insistió ella—. Yo no puedo hacer milagros, no soy quien buscáis. No puedo serlo.

Él la contempló a la luz de las antorchas. Toda ella era un milagro.

—Lo serás —aseguró, con una convicción tan absoluta que resultaba imposible refutarla—. Cuando llegue el momento, serás eso y mucho más, Prometida.

Shadow apartó la mirada. Sabía cuándo una batalla estaba perdida y aquélla la había perdido incluso antes de comenzar.

—Ciara te abrirá el camino cuando quieras regresar —le dijo, dejando claro que no iba a pasar de aquel punto—. La encontrarás al final del pasillo.

Sin una palabra más, le dedicó una profunda inclinación de cabeza y dio media vuelta, desapareciendo de su vista más allá de la última antorcha encendida.

Dominic salió al húmedo paisaje matutino irrumpiendo a través de la puerta principal mientras apretaba las manos en sendos puños, intentando que dejaran de temblarle.

Todo él tiritaba a causa de la rabia y la desesperación que luchaban a muerte en su interior.

Malditos fueran los dioses por traerla de nuevo a su vida, por ponerle al alcance de la mano aquello que anhelaba con todo su ser; el tacto de su piel, el calor que irradiaba su cuerpo, su perfume de mujer... Todo aquello que llevaba grabado a fuego en su alma y que había hecho a un lado por la necesidad de

enfrentarse a un mundo en el que la ley que primaba era la del más fuerte; donde las debilidades te dejaban de rodillas, cara a cara con la muerte.

Y ella era su debilidad.

Lo sabía con tanta certeza como la necesidad que lo llevaba a inundar sus pulmones de aire para poder respirar.

No se arriesgó a volver la mirada atrás. Le dolían las manos por la necesidad de tocarla, todo su cuerpo enfebrecido por su cercanía, dolorosamente consciente de quién había sido para él; de lo que todavía era y de lo que ya no podría ser. Ella pertenecía al Reino de Dalriada, era su Prometida, su heredera, la única. Y su deber era protegerla, velar por su seguridad y conseguir que alcanzara el destino que le correspondía.

Nunca podría volver a ser suya.

La necesidad de gritar crecía con fuerza en su pecho, la garganta le ardía por dejar escapar la rabia y el dolor que lo laceraba por dentro. Tenía que alejarse, poner distancia entre ellos, recuperar la cordura y la calma que lo hacían un buen líder para su clan...

—¿A quién pretendo engañar? —susurró para sí.

Alejarse de ella no serviría de nada. Dos años no consiguieron desdibujar su rostro, borrar el timbre de su risa, la ternura de su tacto... «Solo la muerte podría», pensó sombrío, pero ni siquiera la muerte parecía una elección cuando se trataba de pasar la vida y la eternidad lejos de la mujer que se había apropiado de su alma.

Decidido a dejar todo atrás y liberarse de sus pensamientos durante al menos un rato, se dirigió a zancadas hacia la herrería.

Ni siquiera había cruzado el umbral cuando divisó a Aedan llegando desde la zona norte del poblado en dirección a los establos. *Riska*, el lobo gris y negro le pisaba los talones, saltando de un lado a otro para evitar las largas zancadas del druida que devoraban el camino.

Él conocía bien a su amigo e intuía, por la impetuosa manera de caminar, que estaba dispuesto a llevar a cabo alguna estupidez; algo en lo que él parecía ser experto.

Haciendo a un lado sus propios problemas, anduvo tras el joven druida hasta los establos, dónde lo vio comprobar las cinchas de su montura y asegurar el carcaj con el arco en su soporte.

—No intentes detenerme —pidió Aedan, antes de darle la oportunidad de hacerle notar su presencia.

Él se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho mientras se apoyaba contra uno de los puntales que sostenía el techo.

—¿Te vas de caza? —sugirió sin perder detalle de los movimientos de su amigo.

—Necesito alejarme de toda esta locura —confirmó Aedan, mientras tiraba con fuerza del cuero de las cinchas—. Poner tanta distancia entre esa maldita boda y yo como sea posible.

Y ahí estaba el problema, pensó, al tiempo que arqueaba una ceja en modo irónico. Conocía lo suficientemente bien a su amigo como para saber que no era de los que huía de sus responsabilidades.

—¿Así que abandonas a la novia?

Aedan se volvió hacia él. El reproche estaba claro en sus ojos.

—No es el momento de celebrar esta maldita ceremonia —masculló—. Ya tendríamos que estar de camino a la Reunión de los Clanes, pero en su lugar te has ofrecido a officiar esta... estupidez.

Él ignoró la queja del druida y su mirada recayó una vez más sobre el caballo y la falta de elementos que indicaran realmente una deserción por parte de un novio psicótico en los momentos previos de su enlace. Aedan solo llevaba lo necesario para pasar un día de caza.

—¿Realmente crees que marcharte durante algunas horas marcará la diferencia?

—le preguntó con un suspiro—. No es algo de lo que puedes huir sin más; cuando regreses, tus preocupaciones seguirán estando ahí... y la habrás herido.

Aedan volvió el rostro por encima del caballo con cierta ironía.

—¿Estás hablando de mí o de ti mismo, *bráthair*? —El significado de sus palabras no podía ser más claro.

Tenía que admitir que tenía razón en cierto modo. Por lo demás, las cosas eran muy diferentes para ambos. Al contrario que él, Aedan tenía la felicidad al alcance de la mano y esperaba que no fuese tan ciego y arrogante como para dejar que se deslizase entre sus dedos como agua.

—Ciara es una mujer honrada, valiente y hermosa —le recordó—, no es como si tuvieses que desposar a una bruja.

Aedan resopló.

—Yo no cantaré victoria tan rápido. Esa mujer puede muy bien atravesarte con un cuchillo mientras duermes por el simple hecho de haberte

acostado en el lado de la cama equivocado —respondió, rodeando al caballo y volviendo a comprobar los atalajes. Entonces resopló y se volvió hacia Dominic—. Eso para mí es una bruja.

Además, tendríamos que estar ya camino de Cean Loch Gilb. Esta maldita boda bien podía esperar hasta después de la Reunión de los Clanes... O no llegar a celebrarse nunca.

Él lo miró con extrañeza. Reconocía el temor de su amigo al matrimonio, su inseguridad, pero nunca lo había visto tan molesto con sus próximas nupcias. Por otro lado, no era cierto que Ciara no le interesase en absoluto, las chispas crepitaban entre ellos cuando estaban cerca el uno del otro.

—¿Ha ocurrido alguna otra cosa que te tenga de tan buen humor?

Aedan negó con la cabeza y tomó las riendas del caballo en las manos, mientras se preparaba para colocar un pie en el estribo.

—Nada que una buena mañana de caza no pueda solucionar —respondió antes de subir a su montura y chasquear la lengua para ponerse en movimiento—. Si los dioses son piadosos, me encontraré a alguna bestia salvaje por el camino y me ahorrará todo esto. De lo contrario, volveré a tiempo para la ceremonia y, a juzgar por el humor de los dioses, traeré alguna maldita pieza con que agasajar a mi novia.

Sin decir una palabra más, el joven druida clavó los talones en los flancos del caballo y salió trotando del establo acompañado de inmediato por el lobo.

—Hay cosas de las que no se puede huir, *bráthair*, y desear a una mujer es una de ellas —murmuró él tras ver marchar a su amigo para enseguida volver la mirada hacia la construcción de piedra entre cuyos muros estaba la mujer a la que él deseaba más que a nada en el mundo.

CAPÍTULO 10

Si un mes atrás alguien le hubiera dicho que se encontraría en una época arcaica dónde la magia parecía ser el denominador común y los hombres se mataban entre sí sin más provocación que una mirada equivocada, Shadow se habría reído a carcajadas hasta que le doliese el estómago.

Ahora, sin embargo, no podía encontrar ni un solo motivo por el que reírse. En realidad, estaba demasiado atónita como para hacer algo que no fuese quedarse con la boca abierta.

Frente a ella se extendía un suelo empedrado, brillante por la humedad y el vapor que emergía de las tres piscinas naturales con agua caliente dispersas en el suelo. Las paredes de oscura piedra se elevaban hacia un techo en forma de cúpula, en el cual destacaban algunos grabados con símbolos celtas que ella reconocía al verlos en infinidad de placas y piedras, o con más asiduidad en los puestos de ferias medievales.

La sala de piedra estaba iluminada por cuatro grandes pebeteros, en los que ardía un líquido ambarino, y el aroma que impregnaba el aire contenía alguna esencia floral, llevada por la suave brisa que, suponía, procedía de grietas en la piedra.

El lugar era inmenso, cálido y extrañamente relajante, pero no podía ignorar el hecho de que había llegado hasta allí de la mano de un druida.

Dominic un druida, ¿había algo más sorprendente que aquello?

Sí, pensó entonces; algo tan extraño e inexplicable como que se resquebrajase una sólida pared dando lugar a un oculto pasadizo.

Su mente seguía esforzándose por encontrar una explicación racional; elucubrando sobre ocultos mecanismos de apertura accionados por una orden de voz que diese como resultado lo que vio o, si tenía que ir más allá, pasadizos secretos que muy bien podían ser originales de aquella casa de piedra. Una vía de escape en tiempos de necesidad; una ruta que discurría directamente hasta aquel recodo de termas naturales.

¿A quién pretendía engañar? Ella misma había visto la distribución del pueblo; esas toscas casas demasiado cercanas unas de las otras, era imposible que en el siglo XXI existiese algo como aquello.

El recuerdo de otros pasadizos se coló en su mente, junto con el olor a humo y el apremio de la mujer que la había llevado en brazos siendo ella todavía una niña.

—Son aguas medicinales. —La inesperada voz llamó su atención hacia

uno de los estanques más alejados, al pie del cual se encontraba Ciara—. Nacen en la profundidad de la Madre Tierra y discurren a lo largo de los arroyos que abastecen toda Dalriada hasta emerger en forma de lagunas de agua caliente en los interiores del Càrn an t-Sbhail, uno de los puntos más altos de estas tierras, que están en la actualidad parcialmente en manos de los *cruithne*.

Tras la explicación, la druidesa inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto y saludó

—Bienvenida, Prometida.

Ella, que había fruncido el ceño al oír la última parte de su discurso, ignoró el saludo de la muchacha.

—¿*Cruithne*? —repitió—. ¿Quiere eso decir que esto... pertenece a esos salvajes?

Ciara negó con la cabeza.

—Este lugar es sagrado. Los druidas de Dalriada son los únicos que tienen acceso a él. Solo nosotros conocemos su ubicación —aseguró con convencimiento.

Ella miró a su alrededor una vez más; al invitante calor que manaba de una de las charcas más cercana a ella. El suelo estaba formado de piedra pulida, brillante por la humedad natural que bordeaba el estanque y la suave luz que emitían los pebeteros en los que ardía el fuego era suficiente para iluminar la inmensa sala.

—Imagino que eso debería tranquilizarme, pero, ¿sabes qué? No lo hace ni siquiera un poquito —murmuró, girando sobre sí misma y examinándolo todo con ojo crítico—. Creo que noto aire fresco, pero ya no sé si es mi imaginación o la necesidad de escapar de esta sensación claustrofóbica.

—Hay conductos de ventilación por los que circula el aire y mantiene las termas a la temperatura apropiada —le informó Ciara al escuchar la inquietud en su voz—. No tenéis nada que temer, aquí estáis totalmente a salvo, Prometida.

Con un cansado suspiro, se volvió hacia la druidesa. Sus ojos verdes se encontraron con los de ella.

—Si vuelves a llamarme una vez más de esa forma, me pondré a gritar y montaré tal escándalo que todo... ¿Dalriada...? se esterará del cabreo que tengo —aseguró ella con deliberada lentitud—. ¿*Capisci*?

Ciara frunció el ceño.

—¿Qué es «*capisci*»?

Ella puso los ojos en blanco.

—Pregúntaselo a Dominic. Si algo de lo que dijo de sí mismo hace dos años es verdad, tendría que saberlo —respondió con un resoplido—. Es igual, no es nada importante. Simplemente llámame Shadow y problema resuelto.

Ella esbozó una suave sonrisa.

—Habláis de una forma muy extraña, Prome... Shadow —rectificó a tiempo.

Ella no pudo más que sonreír ante la ironía de su acusación.

—¿Yo hablo raro? —Sacudió la cabeza—. Prueba a estar en mi pellejo, entonces sabrás lo que es realmente que la gente a tu alrededor hable de forma extraña y no entiendas ni media palabra de lo que dicen.

Suspirando, por fin dejó caer la manta; el calor y la humedad comenzaban a perlar su piel.

—Qué calor hace aquí —murmuró, plegando la misma—. Demonios, dije que quería bañarme, no acabar en una sauna o como una verdura hervida.

Era obvio que la druidesa no acaba de entender del todo la jerga que utilizaba, puesto que se limitó a extender la mano a modo de invitación, indicándole la laguna más alejada, situada al otro lado de la rocosa estancia.

—El agua es tibia, pero no tanto como para escaldarte la piel o provocar dolor en las heridas —le explicó—. Al contrario, ayudará a que disminuya el dolor.

Siguiendo la indicación de la druidesa, recorrió la estancia y finalmente se giró hacia ella.

—¿Estaremos solo nosotras? —preguntó con una mezcla de desconfianza y sonrojo—. Temo que nadie me dijo que metiese en la maleta el traje de baño.

—¿Traje de baño? —La confusión en su voz era casi tan palpable como la curiosidad—. Allí dónde has morado hasta ahora, ¿teníais ropa especial para el baño?

Ella abrió la boca para responder, pero se quedó sin palabras. Parecía que con cada paso que avanzaba, con cada palabra que pronunciaba, la irrealdad en la que se había visto sumergida iba transformándose en una cruda e irrevocable certeza. Después de todo, nadie puede actuar toda la vida, ¿no es así?

—No importa —negó con un profundo suspiro—. Todavía estoy intentando que no me estalle la cabeza con toda esta locura.

—Entiendo que puede resultar difícil entender que procedes de una época completamente ajena a aquella en la que has vivido, que la cultura o aquello que para nosotros es algo cotidiano, te resulte extraño —aceptó Ciara, deteniéndose al borde de una piscina de menor tamaño—. Kieran y Aedan han viajado a través de las Piedras; sin duda ellos podrán darte las respuestas que buscas mejor que yo.

Ella miró a la mujer, que sin pensárselo dos veces se quitó la húmeda camisa de lino por la cabeza y la dejó caer a un lado antes de sumergirse, totalmente desnuda, en el agua. Al ver que ella no la seguía, se preocupó.

—¿Necesitas ayuda para quitarte el camisón? —le preguntó, girándose dentro del agua.

Sus turgentes pechos se alzaban orgullosos mientras el agua acariciaba el vientre liso y la estrecha cintura. Ciara no solo era hermosa, tenía además un cuerpo firme, con curvas bien definidas y sin un maldito gramo de grasa. ¿Cómo lo hacía?

Negando con la cabeza, hizo a un lado sus pensamientos, se descalzó y dejó las zapatillas junto con la manta de cuadros sobre el saliente de piedra en el que la druidesa tenía sus pertenencias. Deshacerse del camisón le llevó más tiempo, no solo por las heridas, sino por la vergüenza. Era consciente de que su figura estaba a años luz de parecerse lo más mínimo a la de Ciara. A pesar de medir su buen metro setenta, no era delgada; sus piernas eran largas y bien formadas, pero mucho más anchas y llenas; su cintura superaba con mucho los sesenta centímetros, y su tripa tendía a una eterna redondez que ni todo el ejercicio y las dietas del mundo podían hacer desaparecer. Sus pechos, generosos, acusaban la fuerza de la gravedad y, si bien no eran balones de fútbol, tampoco eran material de revistas de moda.

A pesar de todo, ella se sentía a gusto consigo misma y con su figura la mayor parte del tiempo; el restante lo dedicaba a resoplar y preguntarse por qué no existiría una barita mágica que le hiciese perder unos kilos.

Tomando una profunda respiración, aferró los costados del camisón y se lo quitó por la cabeza. Había cosas que era preferible hacerlas sin pensar más en ello.

El agua resultó estar más caliente de lo que había pensado en un principio. Un leve jadeo escapó de sus labios cuando sintió como ésta lamía su magullado cuerpo, aumentando su rigidez.

—Mierda... Está... caliente —jadeó, intentando dejar que su cuerpo se

fuese aclimatando poco a poco a la temperatura del agua.

—Relájate. Puedes sentarte en uno de los salientes del borde si estás demasiado cansada —le recomendó Ciara mientras atravesaba la pequeña piscina para sacar de un hueco en la pared del otro lado un saco de arpillera, del que extrajo varias vasijas de pequeño tamaño.

Ella encontró un saliente lo bastante ancho como para poder encaramarse a él y sentarse. El calor del agua pronto empezó a hacer efecto en su cuerpo, dejándolo en un agradable estado de languidez.

—Creo que me gustaría quedarme aquí para siempre —murmuró agradecida por la tibieza del agua.

—No podría estar más de acuerdo.

El tono de tristeza en la voz de Ciara llamó su atención. La druidesa había vaciado ya el contenido de la bolsa y estaba oliendo los distintos frascos. Su rostro y su cuerpo parecían estar tensos.

—Esa mujer, Runa, la *baisleac* como vosotros la llamáis, dijo algo de una ceremonia de Unión de Manos —comentó ella—. Hasta dónde entiendo, eso es una boda escocesa.

—Es una ceremonia de matrimonio —respondió Ciara con tono llano, desprovisto de emoción alguna—. La mía.

El silencio se instaló entre ellas durante un buen rato. Ella no podía dejar de dar vueltas a la carencia de emoción o alegría que escuchó en el tono de la muchacha.

—De acuerdo, yo no soy precisamente ducha en la materia, pero... ¿No deberías estar un poquito feliz ante la perspectiva de tu propia boda?

Ciara se giró hacia ella unos momentos después, con un par de pequeñas vasijas que depositó en el borde del estanque a su lado.

—Me prometieron con el hijo del laird McNeil cuando era una niña. Siempre he sabido que antes o después nos desposaríamos —contestó con voz monótona—. Es una buena alianza para nuestros clanes. Con nuestra unión se fortalecerán los lazos entre las dos familias y para mí es un honor convertirme en esposa del druida del *cenel* Loairne.

Ella pestañeó varias veces, intentando comprender las implicaciones de lo que Ciara le decía; el concepto de los matrimonios de conveniencia era algo ajeno a ella.

En una época en la que las parejas se casan hoy y se divorcian mañana, el que todavía se celebrasen esa clase de uniones quedaba más bien relegada a

culturas en las que el machismo todavía existía como la única ley.

—Un matrimonio concertado —repitió pensativa con la mirada perdida en los movimientos de la druidesa, que seguía destapando vasijas—. Eso es algo arcaico...

Bueno, quizá aquí no, pero...

Sus palabras se perdieron. ¿Qué derecho tenía a inmiscuirse en los asuntos de esa mujer? Por más que intentase negar la realidad, la tenía ahí, al alcance de la mano.

Asistía, en primera persona, al desarrollo de acontecimientos que solo podría seguir a través de los libros de historia.

«Ojalá me hubiese interesado más por la historia, quizá entonces comprendiese mejor lo que está ocurriendo», pensó. Y acto seguido se sorprendió por ello, por la forma inadvertida en la que poco a poco estaba aceptando algo que, desde el mismo comienzo, no había creído posible.

—No soy quién para inmiscuirme en la vida de los demás y menos en estas circunstancias, ya que yo misma estoy intentando no volverme loca del todo, pero... — resopló—. Señor, si no lo digo reviento. Mira, nadie te puede obligar a casarte con alguien por el simple hecho de que eso hará más fuertes a dos familias. Eso es...

arcaico. Tú pareces una mujer inteligente, culta y, bueno, eres druidesa... Si no quieres casarte, no tienes que hacerlo, no pueden obligarte...

Ciara la contempló con absoluta sorpresa, como si alguien se hubiese atrevido por primera vez a decir algo que no debía en voz alta. Entonces su expresión se suavizó y la respuesta que argumentó podría muy bien ser la que se le da a una niña pequeña que dice alguna tontería por que no entiende cómo actúan sus mayores.

—Debes recordar dónde estás ahora, Prometida —le dijo con calidez—. Supongo, por tus palabras, que esto debe ser algo ajeno allí donde has vivido, pero para mí, para nosotros, las alianzas entre clanes a través del matrimonio es algo que se ha hecho desde siempre. Nos debemos al honor y a la felicidad de nuestro pueblo.

Ella frunció el ceño, la diferencia cultural era obvia.

—Sigue pareciéndome arcaico.

Por otro lado, eso era precisamente lo que era aquel pueblo. Solo tenía que mirar el lugar en el que estaba; las antorchas y los pebeteros que ardían para emitir luz; el cuarto; el jergón en el que había dormido; la vestimenta; la

forma de hablar de aquella gente; sus costumbres... Era como haber viajado en el tiempo a un lugar en el que la humanidad todavía encendía el fuego entrechocando las piedras.

—Para mí no lo es —aseguró Ciara, acercándole uno de los recipientes al tiempo que ponía fin a aquella conversación—. Es lo que se espera de mí.

A ella le hubiese gustado decir algo más, pero entendía que aquella era su vida. Y

si la druidesa estaba de acuerdo en ello, no era quién para entrometerse. Después de todo, su meta era volver a casa, no resolver los problemas de aquellas gentes.

—Ten, huélelo —le tendió el recipiente—. Es jabón de flores silvestres. Lo hace una mujer de mi clan.

Ella tomó la vasija que le tendía y lo acercó a la nariz, oliendo el suave aroma floral.

—Huele muy bien —aceptó, realmente sorprendida con la suave mezcla.

Ciara asintió con una sonrisa y señaló su pelo.

—Te ayudaré a lavártelo.

Ella se llevó una mano al pelo, que tenía el tacto de un viejo estropajo. Las vivencias de los últimos días lo habían dejado en un estado que no creía haber lucido en toda su vida.

—Empiezo a dudar que podamos devolverle su aspecto natural —respondió, haciendo una mueca. Entonces negó con la cabeza y le devolvió el jabón a la druidesa —. Pero eso puede esperar. Si estás decidida a seguir adelante con tus esponsales...

será tu pelo el que tendremos que preparar primero.

Ciara se la quedó mirando con tanta intensidad que ella empezó a sonrojarse y a removerse inquieta. Rápidamente argumentó una defensa.

—Sé que has estado a mi lado estos últimos días. Puede que haya estado medio grogui con esos hierbajos que me hace beber Runa, pero... bueno... — Las palabras empezaron a enredarse en su lengua—. Gracias por hacerme compañía.

La druidesa le sonrió entonces con una ternura que hizo que se sonrojase aún más.

—Empiezo a ver por qué Kieran está dispuesto a arriesgarlo todo por ti.

Las palabras de la druidesa se hundieron en su corazón como un amargo recordatorio.

—Supongo que por Kieran te refieres a Dominic, ¿verdad?

La druidesa afirmó con un movimiento de cabeza.

—Pues no, Ciara. Él está dispuesto a arriesgarlo todo por su pueblo, no por mí — murmuró en voz baja. Entonces sacudió la cabeza y le tendió la mano—. Dame ese jabón y veamos qué podemos hacer. Si estás dispuesta a seguir adelante con esto, tiene que haber una poderosa razón para ello.

Ciara pareció dudar, pero finalmente le entregó la vasija.

—Me debo a mi honor —murmuró con, apenas, un hilo de voz.

Ella alzó sus ojos verdes hasta que se encontraron con los de la mujer, y estos le hablaban de mucho más que del honor. Asintió con un suspiro.

—No es de extrañar que los hombres no nos entiendan, especialmente cuando no somos capaces de entendernos ni a nosotras mismas —musitó ella—. El amor es un asco... Pero a pesar de todo, seguimos enamorándonos sin remedio.

Ciaraladeó el rostro. Su nariz arrugada y salpicada de pecas imitaba el gesto de su ceño.

—No tengo la menor idea de lo que acabas de decir, Shadow —aseguró, pronunciando libremente su nombre—, pero me alegra que estés por fin aquí. Llevamos demasiado tiempo sin esperanza, quizá ahora nuestra gente empiece a recuperarla y podamos enfrentarnos a aquellos que nos han subyugado durante más de veinte años.

Ella suspiró profundamente y negó con la cabeza.

—No soy un milagro, Ciara. Recuérdalo cuando no pueda hacer lo que todos esperáis de mí. Solo recuérdalo —repitió.

Ciara no dijo nada. Sabía que la presencia de la Prometida lo iniciaría todo, que daría comienzo al cambio. Milagro o no, su presencia entre ellos había impulsado el movimiento que era necesario.

Sumergiéndose bajo el agua, se empapó el pelo para luego emerger y permitir que la Prometida de Dalriada cumpliera con la primera parte de su profecía.

Y ella asistirá a la druidesa prometida.

Será doncella en vez de reina.

Purificará su cuerpo y su alma en las aguas del Cárn an t-Sbhail y su voz unirá a los clanes en vísperas de la Luna Llena Dos almas separadas emprenderán el mismo camino y se convertirán en uno

*La Prometida de Dalriada volará sin alas
y Alba empezará a despertar.*

Shadow había perdido el sentido del tiempo. El agua cálida le relajó lo suficiente como para sentirse medianamente entera por primera vez en los últimos días. Su mente seguía siendo un caos de pensamientos y recuerdos, algunos de los cuales no estaba segura de si procedían del pasado o de su intento por encontrar sentido a la situación en la que estaba inmersa.

Los recuerdos que tenía de Caro eran confusos. En un momento creía reconocer su voz, la mirada amable en su rostro o la melódica cadencia con la que le hablaba, y al siguiente era su familia, aquella que la había criado, la que penetraba en su memoria; si cerraba los ojos podía escuchar claramente la voz de su madre cantándole, o la de su padre felicitándola por un nuevo logro. No se había percatado hasta entonces de lo mucho que los echaba de menos desde que se habían ido.

Ramsey hacía todo lo posible por suplir su falta; su hermano se había convertido en padre y madre, en su mayor apoyo... ¿Cómo se encontraría? ¿Se habría percatado ya de su desaparición? ¿La estaría buscando? Necesitaba hacerle saber que estaba bien.

No deseaba hacerle sufrir; no quería causar más sufrimiento a nadie.

Una suave mano se deslizó por su costado. El calor empezó a hacerse más intenso en el punto en el que los dedos se detuvieron y con él, el sordo dolor que todavía permanecía ahí, se fue diluyendo.

—¿Mejor? —La voz de Ciara la sacó de su ensoñación. Se había quedado prácticamente dormida, tendida cuan larga era sobre las suaves y lisas piedras del suelo al lado de una de los estanques. El calor y la humedad del agua se filtraban a través de ellas, convirtiéndose en un cómodo espacio sobre el que descansar.

Girando la cabeza, se volvió lo suficiente para ver que el hematoma que le cubría la cadera se iba desvaneciendo bajo la mano de la druidesa cómo si ésta lo absorbiese.

—¿Qué...? —No encontraba palabras para explicar lo que estaba viendo.

Ciara, que se había vestido con una suave túnica color malva, permanecía arrodillada a su lado con la mano derecha todavía sobre su piel.

—Cada uno de los druidas tenemos una fuerte conexión con el entorno — empezó a explicar—. El aire, la tierra, el agua, los animales, la niebla... Son

dones que la Gran Madre tiene a bien compartir con nosotros. Ya has visto el don que tiene Kieran sobre la niebla...

Ella tragó. Era incapaz de apartar la mirada del cada vez más pálido moretón.

—Mi don tiene poco que ver con lo que soy y mucho con lo que se espera de mí —continuó Ciara sin vacilar—. Desde que puedo recordar siempre me gustó recolectar flores, frutos, hierbas... Fue la *baisleac* quien se dio cuenta de que mi interés por las plantas iba mucho más allá del juego de una niña y empezó a enseñarme el arte de la curación con plantas y raíces. Ella no se equivocó, sus enseñanzas pronto dieron fruto y antes de que me diese cuenta de lo que ocurría, fui más allá.

»Había un chiquillo en mi clan que solo pretendía jugar y divertirse, pero el juego terminó convirtiéndose en alaridos de dolor cuando su pierna derecha quedó encajada entre dos piedras; se había quebrado el hueso y a medida que pasaban los días su herida en vez de mejorar empeoraba. Una noche escuché al jefe McInnes decir que el muchacho no pasaría de aquella... Yo no tenía más de catorce años en aquel entonces, pero mi don despertó por completo permitiéndome curarle la pierna. Hoy, el niño se ha convertido en uno de los hombres de confianza de mi laird; un fiero guerrero, padre de familia y amante esposo.

Sus ojos se encontraron finalmente con los de ella.

—Mi pueblo me respeta y teme en igual medida —continuó en voz baja—. Quizá es por ello que en cierto modo acepté de buena gana este enlace. Más allá del honor y el deber, él es una de las pocas personas que me mira como a una amiga... Como a una mujer más... y no como una druidesa.

—Los hombres son unos gilipollas —murmuró ella—. No ven lo que tienen delante hasta que ya es demasiado tarde y les pasa de largo... o lo pierden.

Girándose, se envolvió en el lienzo que la druidesa le había dejado para secarse y se sentó, contemplando con una sonrisa el desaparecido hematoma de su cadera.

—¿Por qué no hiciste esto desde el principio? —preguntó curiosa—. Me habría ahorrado un montón de días en esa dura cama.

La druidesa se encogió de hombros.

— *Baileac* me lo prohibió —respondió—. En tu estado no estábamos seguras de si mi don haría bien o mal.

Ella abrió la boca para preguntar, pero finalmente volvió a cerrarla.

—La ignorancia sigue siendo la mayor de las bendiciones —declaró, inclinando la cabeza para comprobar una vez más la curación de su magulladura—. Gracias, empezaba a resultar una tortura el simple hecho de sentarse.

Ciara se limitó a asentir con la cabeza.

—Señor... Estoy agotada. Siento que podría dormir toda una semana y no resultar suficiente —bostezó, tumbándose de nuevo sobre el suelo, disfrutando del calor de la piedra bajo su vientre.

—Descansa —la oyó susurrar—. Él te abrirá el camino cuando quieras regresar.

El sueño la había empezado a arrastrar poco a poco, sumiéndola en un plácido descanso, por lo que las últimas palabras de la druidesa quedaron como girones de niebla sostenidos en el aire.

Verla plácidamente dormida trajo una punzada de dolor al pecho de Dominic. Más que ninguna otra cosa, deseaba poder hacer perdurar esa tranquilidad; permitirle tener de nuevo su sosegada existencia, una en la que él nunca hubiese irrumpido.

Shadow descansaba a escasos pasos, envuelta únicamente con una fina tela de lino que se pegaba a su cuerpo como un velo. Conocía íntimamente aquellas curvas; recordaba las veces que sus manos las habían acariciado, los momentos en los que ella se había entregado confiada a sus besos, a su abrazo y a su pasión.

Pero ya no era la frágil y tierna criatura que conoció años atrás. Su fuerza y la valentía con la que le enfrentaba seguían ahí, pero ahora también existía algo más...

Algo con lo que él mismo había convivido toda su vida y que le llevó a viajar entre dos épocas sin saber a cuál pertenecía realmente.

Shadow, además, tenía un largo camino por delante; uno que la llevaría a descubrirse a sí misma y aquello para lo que nació.

Dejando escapar un profundo suspiro, se permitió marcar los pasos con suficiente fuerza como para que se percatase de su presencia. Finalmente, dejó caer un hatillo con ropa a su lado.

Ella se sobresaltó. Aquel pequeño ruido hizo que se incorporase hasta quedar de rodillas, con la somnolienta mirada cayendo sobre él con repentino

temor, hasta que la lucidez penetró en su obnubilada mente.

—Señor... Qué susto me has dado —murmuró, llevándose una mano al pecho, dónde su corazón latía con fuerza—. ¿Qué haces aquí? ¿Se te ha olvidado decirme alguna cosa o es que al fin has recapacitado y vas a llevarme de vuelta a casa?

Su mirada recorrió entonces toda la sala de piedra, echando en falta la presencia de Ciara.

—¿Y Ciara?

Él se tomó su tiempo antes de contestar a la batería de preguntas con absoluta calma.

—He venido a traerte ropa limpia —le dijo con voz suave, tranquila—. Y en realidad sí, aunque más que un olvido ha sido una decisión de última hora. Ciara está con la *baisleac*, que está ayudándola a prepararse para la ceremonia del atardecer.

Ella lo miró durante un instante antes de girarse hacia el montón de ropa que él había dejado caer a su lado.

—No has respondido a la pregunta más importante —murmuró, separando las capas de tela para ver el contenido—. ¿Me devolverás a mi hogar?

Un cansado suspiro emergió de sus labios.

—Éste es tu hogar. ¿Cuántas veces tengo que...?

Shadow se volvió hacia él.

—No, no lo es —declaró con firmeza—. Mi hogar está junto a mi hermano, con mi cuñada, con la gente que me quiere... Lejos de toda esta locura colectiva en la que me has sumergido.

Él negó con la cabeza. Ella podía ser testaruda al extremo.

—No deseo discutir, Shadow —respondió, pronunciando su nombre con suavidad—. De nada sirve ignorar la verdad, porque ésta nos golpea con más fuerza si cabe y cuando menos lo esperemos.

Una vez más, ella guardó silencio. Sus dedos buceaban a través de la ropa, separándola y observando algunas prendas con el ceño fruncido, para finalmente ponerse en pie y enfrentarle con las manos en las caderas.

—¿Dónde diablos está lo que falta?

Él se permitió contemplarla, admirando cómo la delgada tela se pegaba a sus curvas marcando su contorno. Sus oscuros pezones empujaban contra ella por debajo del límite superior de la tela, que dejaba una buena porción del generoso pecho a la vista. Tragó saliva, su sexo se endureció inmediatamente

mientras continuaba con la inspección de la adorable fémica que se enfrentaba a él en toda su, casi, desnuda gloria. El triángulo oscuro, en la uve de sus muslos, lo hizo contener el aliento. La boca se le secó ante el pensamiento de su sabor; uno que había degustado en otro tiempo, entre suaves y eróticos gemidos.

Ella cruzó entonces sus desnudos brazos para cubrir los pechos llenos, al tiempo que apretaba los muslos adelantando una pierna sobre la otra y sus ojos verdes destellaban con un brillo de vergüenza e incomodidad.

—Si ya has terminado con tu inspección, McTavish, quizá puedas responder a mi pregunta.

¿Su pregunta? ¿Qué demonios era lo que le había preguntado?

Ella pareció leerle la mente porque apretó un poco más los labios y sus ojos adquirieron un brillo mortal.

—Mis malditas bragas, Nick. ¿Dónde están mis malditas bragas?

Con un ligero encogimiento de hombros se limitó a señalar el hatillo del que le había hecho entrega.

—Ahí tienes todo lo que necesitas —le respondió con la misma tranquila indiferencia—. Si necesitas ayuda...

Ella alzó las manos al cielo con obvia exasperación.

—¡Por amor de Dios, Nick, esto no tiene ninguna gracia!

En realidad, sí la tenía, pero era posible que él fuese el único que encontrara graciosas las palabras y su indignación, dadas las circunstancias.

—No pretendo resultar gracioso —aclaró, siempre con esa tranquilidad que, sabía, empezaba a crisparla—. Ahora, si haces el favor de vestirte, abriré el camino para ti y podremos regresar. Tenemos cosas que hacer. Debo enseñarte los pasos de la ceremonia de esta tarde.

Ella lo miró como si acabasen de salirle dos cabezas. Su incertidumbre y las continuas sorpresas la estaban descolocando por completo.

—El laird McNeil me ha pedido que lleve a cabo la ceremonia de Unión de Manos de su hijo y ha sugerido, puesto que la Prometida de Dalriada está entre nosotros, que sería la oportunidad perfecta para presentarte oficialmente ante el clan —explicó con tranquilidad—. Tu presencia y la bendición que otorgarás a la ceremonia, será un aliciente más para todos. Nuestra gente necesita esperanza en estos tiempos tan aciagos y tú eres ese símbolo para ellos.

Ella negó con la cabeza, con la incredulidad y el miedo tiñendo sus ojos

verdes.

—Me estás suponiendo un poder que no tengo, Dominic —aseguró con tono desesperado—. Quieres de mí algo que jamás podré dar a nadie. Yo no soy un ídolo al que se pueda adorar y rogar que todo vaya bien, solo soy una mujer; alguien de carne y hueso, que sangra si la pinchan. Acaba ya con toda esta locura, te lo ruego.

Tomando una profunda respiración, se acercó a ella, quedando cara a cara.

—Eres la Prometida de Dalriada. La única superviviente y candidata al trono de Dunnad —insistió él, intentando hacerla comprender—. Escucha... El difundo rey escoto tenía dos hijos: su primogénito y una niña; una criatura de unos tres o cuatro años. Siempre se pensó que ambos fueron masacrados la misma noche que le arrebataron el trono, pero hay una pequeña posibilidad de que tú fueras esa niña y que la Alta Druidesa te pusiera a salvo para que pudieses volver y recuperar el lugar que te corresponde por derecho.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, eso es imposible —negó ella—. Mi madre... Ella era... una criada...

Shadow se congeló al darse cuenta de lo que acababa de admitir en voz alta.

Negándose a seguir adelante, recogió la ropa y caminó hacia el lugar por el que horas antes la había conducido el mismo hombre que ahora la acompañaba.

—Quiero volver. Abre la pared o lo que sea que tengas que hacer.

Ella lo sintió a su espalda.

—De nada sirve escapar de quienes somos, diablillo.

Apretando con fuerza los ojos, se negó a enfrentarlo. No podía, no ahora, si lo hacía... Señor, ¿por qué tenía que haber regresado a su vida justo ahora?

—Éste es tu deber, tu destino. Todo lo demás... son cosas que han de ser sacrificadas.

Ella se puso rígida al escuchar sus palabras.

—¿Sacrificadas? —repitió con dolorosa conciencia—. ¿Ése fue el motivo por el que te marchaste, sin esperar siquiera a que se hubiesen enfriado las sábanas? ¿Eso fue lo que hiciste conmigo? ¿Sacrificarme?

Lentamente se giró hacia él, con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas.

—Dos años, Dominic. Dos largos años sin dar señales de vida. Solo un

maldito trozo de papel con dos palabras: «adiós, Shadow» —murmuró ella, luchando porque la voz saliese a través de la cada vez más tensa mandíbula—. Sí, claro, un sencillo sacrificio... ¿Qué importaba yo? Era fácil dejar tirada a la ingenua y estúpida chica que se creyó todas tus mentiras. A la pobre idiota que pensó que alguien como tú podía quererla...

Ella sacudió la cabeza, recordando el frío que sintió mientras leía la nota; el dolor agonizante que se instaló en su pecho cuando fue al dormitorio donde ambos durmieron tantas veces y otras tantas permanecieron en vela haciendo el amor. Allí no había quedado nada, ni sus pertenencias ni el aroma que siempre lo perseguía y que reconocía como parte de ella.

—Pues tengo una noticia para ti, McTavish —aseguró con dolorosa ironía—, los sacrificios solo funcionan una vez. Si tienes la fortuna de seguir viva después de que te claven el puñal, aprendes la lección y no vuelves a ser tan estúpida como para prestarte nuevamente a un juego similar. Tus derechos sobre mí hace tiempo que se terminaron, si es que realmente existieron alguna vez.

Ella se vio obligada a hacer un alto para respirar, en un intento por alejar las lágrimas que le atenazaban la garganta.

—Insistes en hacer que entienda; que comprenda algo que para mí no tiene sentido; que me sienta unida a un lugar del que no guardo apenas recuerdos y los pocos que conservo no sé si son producto de mi enfebrecida imaginación o de una realidad que nunca debió existir... —concluyó con toda la entereza de la que fue capaz—. Yo no soy tu milagro, Dominic McTavish, y juro por Dios que tampoco seré tu juguete.

Dominic posó sus ojos dorados sobre ella, admirando la valentía y el orgullo que la envolvía como una coraza. Su mirada brillaba por el desafío y las lágrimas que no estaba dispuesta a derramar. Hubo una vez en la que pensó que conocía a la mujer que tenía ahora frente a él, pero ahora sabía que no era así. La chica que se erguía ante él, provocadora y orgullosa, representaba un misterio, un reto como ningún otro.

¿Dónde estaba la dulzura de sus labios? ¿Dónde había quedado la mirada amorosa que convirtió su partida en la decisión más difícil de tomar de toda su vida? ¿Había sido tan grande el daño que le causó con su abandono, como para borrar todo aquello para siempre?

No, esa mujer tenía que estar todavía allí, en algún lugar, oculta bajo aquella nueva coraza de determinación.

—No pediré perdón por aquello que debía ser hecho —respondió sin pararse a elegir las palabras. Sin pensar si eran las justas o adecuadas en aquel momento—. Soy lo que soy. Nunca he renegado de mis raíces y nunca lo haré, pero sí puedo decirte que no sabía quién eras la primera vez que nos vimos. Jamás, ni en mis más salvajes pesadillas, pude imaginarme que *ella* eras tú. En realidad, ni siquiera estaba seguro que *ella* fuese real... hasta ahora.

Shadow no respondió. Nada de lo que dijese ahora podría mitigar el dolor y la soledad que le había causado su partida.

—Tengo un deber para con mi pueblo; con mi clan —continuó al ver que no decía una sola palabra—. Fue ese mismo deber el que me llevó a marcharme. No excuso mi comportamiento, pero en aquel momento fue todo lo que pude hacer. Y, por lo más sagrado, jamás pensé en ti como un sacrificio de ningún tipo.

Ella tragó lentamente, tratando de mantener la fachada de entereza que sabía que por dentro empezaba a desmoronarse.

—No necesito explicaciones —murmuró, enderezándose, digna como una reina ante él—. Llegarían dos años tarde y no evitarían nada de lo que pasó. Es el aquí y el ahora lo que debería de importar, pero ya ni siquiera puedo conciliarme con ello; no cuando ni yo misma estoy segura ya de quien soy.

Ella sacudió la cabeza con los brazos en torno a su cuerpo, como si buscase consolarse a sí misma.

—Todo lo que deseo es volver a casa, recuperar mi vida, a mi hermano... —Su verde mirada se alzó hacia él con absoluta franqueza y determinación—. Y olvidarme de una vez por todas de ti, de este mundo y de lo que una vez fui.

Sus palabras hicieron que él negara con la cabeza. Sus ojos, se posaron con determinación en su rostro, prólogo de las palabras que estaban a punto de salir de su boca.

—Eso es algo que no puedo permitir —respondió con voz firme, acercándose a ella—. Hay demasiado en juego, mucho más que...

Negando con la cabeza, dejó que sus palabras murieran. No era el momento, debía pensar en su pueblo; en lo que había sido del reino desde la ocupación northumbriana.

La mujer que ahora lo enfrentaba, que lo tentaba como una sirena, era la única que tenía la clave para acabar con los años de oscuridad y muerte.

—Has nacido para esto, Shadow. Tu llegada a este mundo es una muesca

más en el sendero que has de recorrer, pero no lo harás sola, no dejaré que lo hagas sola.

Ella inspiró profundamente, pero las lágrimas traidoras amenazaban con dejarla sin respiración.

—No deseo oír más promesas vanas —respondió, luchando por contener el llanto.

Él acarició su mejilla, borrando una solitaria lágrima que le escurría por el rostro.

—Mi vida, mi espíritu y mi clan —le dijo sin apartar su mirada de la de ella—, estarán siempre dedicados a tu protección, Prometida.

Shadow abrió la boca para decir algo, pero él no le dejó. Le posó los dedos sobre los temblorosos labios durante un instante, antes de que su aliento los acariciara.

—Es mi corazón el que todavía sigue náufrago de la voluntad de una única mujer.

—Sus palabras eran un mero susurro próximo a sus labios—. Y de ella depende que capee la tormenta o se hunda definitivamente en la yerma oscuridad.

Una segunda lágrima se unió a la primera. Y una tercera...

—Esa mujer hace tiempo que naufragó en esa misma tormenta, Dominic —murmuró ella, alejándose de su contacto—. Ni siquiera estoy segura de que supiera nadar.

Antes de que él pudiese tocarla, o hacer cualquier cosa que rompiera la presa de lágrimas y dolor que le atenazaba el corazón, le dio la espalda.

—Por favor, déjame al menos regresar a mi habitación —pidió. Su voz temblaba por momentos.

Con el corazón sangrando por ella y por él mismo, abrió una vez más el camino para ella.

—Como desees, Mi Prometida.

CAPÍTULO 11

Shadow contempló el elaborado vestido que habían dejado para ella sobre la cama, junto a una especie de combinación y una manta de tartán con los colores del clan McNeil.

Los bordados que decoraban la falda y parte del corpiño eran nudos celtas en tonos dorados que resaltaban sobre el fondo verde de la tela; una creación hermosa, confeccionada a mano. Unas delicadas zapatillas del mismo color completaban el conjunto.

Resistiendo la tentación de acariciar la atractiva tela, se apartó de la cama, volviéndose hacia Dominic, que permanecía apoyado en la pared.

Después de volver con ella de las termas, se estaba tomando el tiempo necesario para explicarle la ceremonia que se llevaría a cabo aquella misma tarde y en la que ella participaría activamente.

—Solo tienes que repetir lo que acabo de enseñarte como réplica a lo que yo diga —resumió, con un ligero encogimiento de hombros.

—Es una ceremonia extraña para una boda —murmuró ella, sentándose en la orilla de la cama, con cuidado de no tocar el vestido extendido encima—. ¿No sería más sencillo traer un sacerdote? Ya sabes, intercambio de anillos, un sí quiero y el yo os declaro marido y mujer.

—Tú tienes tu Dios y nosotros los nuestros —le dijo él con desinterés—. Considéralo una ceremonia celta.

Ella lo miró.

—Así que además de arcaicos, sois paganos. Mira qué bien —murmuró con ironía—. ¿Qué será lo próximo? ¿Reducción de cabezas?

Él ignoró su réplica. Su mirada decía claramente que no iba a entrar en aquel juego.

—Has mencionado una boda celta, pero este traje parece sacado de la corte del Rey Arturo. —Sus dedos acariciaron los bordados.

Él se encogió de hombros.

—No te hacía creyente de las Leyendas Artúricas —comentó con desinterés—. Si deseas datos sobre la moda femenina, tendrás que preguntar a Ciara o a alguna de las mujeres, temo que no es mi fuerte.

Ella arqueó una ceja con sarcasmo.

—¿Qué esperas que diga? Las Leyendas Artúricas me parecen un paseo por el campo al lado de todo esto. No es como si todos los días viniese tu ex novio, el cual ha resultado ser un druida, y te arrastrase con él en un viaje

vacacional al siglo... ¿Qué?

¿Nueve? Y te digan que naciste hace tropecientos mil años, cuando aún no se había inventado la rueda...

Dominic resopló, empezaban a terminársele los argumentos y las explicaciones, puesto que cada una de ellas era inmediatamente desechada por ella.

—Sé que no es algo fácil de comprender. —Lo intentó una vez más—. Pero tú, al menos tienes conciencia del pasado; lo has leído en los libros de historia, conoces los hechos, porque han sido escritos...

—Nunca he sido muy buena en historia, pero de algo sí me acuerdo, Nick, y es que los druidas no figuraban precisamente como tíos que hiciesen viajes en el tiempo; por no hablar de las túnicas blancas y la larga barba al estilo Merlín, de la que por cierto careces —le aseguró ella.

Él sacudió la cabeza y dejó su lugar en la puerta para ir hacia ella.

—De acuerdo, piensa tan solo por un momento en lo contrario; en alguien que se ha criado en este tiempo, en una pequeña aldea como ésta: gente sencilla, sin pretensiones, amantes de la libertad, guardianes de la naturaleza y sus dones... Imagina por un momento lo que sería para alguien de mi tiempo enfrentarse al tuyo —sugirió.

Ella frunció el ceño al empezar a comprender por dónde iba él.

—¿Es eso lo que te ha ocurrido a ti?

Asintiendo lentamente, continuó:

—Mi padre fue el druida del *cenel* nGabráin antes que yo, un hombre con poder sobre ciertos aspectos de la Naturaleza y un don único que le permitía utilizar las Piedras de Viaje —explicó lentamente—. Mi madre, Helena, pertenece a tu época.

Shadow parpadeó sorprendida.

—¿Ella también fue enviada...?

Él negó con la cabeza.

—No. Ella nació y creció en Italia, en el siglo veinte —aseguró con un leve encogimiento de hombros—. Mi padre la conoció en tu mundo, se enamoraron y ella decidió dejarlo todo para venirse con él. Poco después me tuvieron a mí. Me he criado entre dos mundos, Shadow, si bien he pasado mi infancia y buena parte de mi vida adulta en Kyntire, dónde tengo mi hogar, mis raíces... Pero también he formado parte de tu mundo. Si para ti todo esto resulta extraño y aterrador, imagínate lo que sería para un niño de doce años,

acostumbrado a jugar con espadas de madera, correr por los montes o cabalgar, encontrarse de pronto en una gran urbe, varios siglos por delante de su tiempo, con unas costumbres totalmente distintas y adelantos tecnológicos de los que solo escuchó hablar en ocasiones a su madre.

—El motivo por el que estaba en tu época cuando nos conocimos fue acompañar a mi madre. Mi padre siempre supo que ella, a pesar de ser feliz a su lado, necesitaba su propio mundo. La amaba más que nada, así que cuando le pidió regresar, él no solo no se lo impidió, sino que me envió a mí con ella. Habría venido él mismo si no hubiera sido por los levantamientos que se produjeron en aquel momento y de los cuales tuvo que encargarse.

Él sabía que su madre se arrepentía con toda el alma por dejarle en aquel momento, pero nadie podía saber que el destino se ensañaría de aquella manera con ellos.

Shadow entendía adónde quería llegar Dominic, pero no era lo mismo; él había sido preparado para ese cambio, ella no.

—Tú te criaste sabiendo que existían ambas... épocas, Nick —respondió ella, sin saber cómo catalogarlo—. Sabiendo que se podía viajar entre ellas... Pero en mi época... todo esto... Señor... Todo esto es material de novela fantástica o de una película de ciencia ficción. Los libros de historia no hablan de druidas con poderes mágicos ni de viajes en el tiempo... Eso... bueno, diría que no es real, pero entonces tendría que ir directamente a un hospital psiquiátrico y pedir que me pongan la camisa de fuerza, me encierren y tiren la llave.

Él se tomó un momento para reflexionar.

—No sabría explicar por qué los hechos de la caída de Dalriada a manos de los northumbrianos no se reflejan en tus libros de historia. En realidad, todo lo que se ha escrito sobre el reino es confuso, como si los escribas no fuesen capaces de ponerse de acuerdo... o no quisieran dejar recogido lo que ocurrió realmente —aceptó al tiempo que resoplaba—. Intenté encontrar algo en vuestros libros que me diese alguna pista de lo que ocurriría para así poder evitarlo, para que nuestro pueblo pudiese liberarse de una vez por todas del hombre que había caído como una plaga sobre nosotros, pero todo lo que encontraba era confuso o no coincidía con mi época. De hecho, había un periodo de tiempo que en la mayoría de los libros aparecía en blanco. No encontré ni una sola referencia a la Profecía... o a ti.

Ella alzó la mirada hasta encontrarse con la de él.

—¿Qué dice exactamente esa profecía? ¿Por qué pensáis todos que habla de mí?

Él se volvió entonces hacia ella y recitó un fragmento.

—«Oculta estará a ojos de los hombres, dormida en un mar de oscura negrura.

Aguardando el momento en que será reclamada y ensalzada a lo que nunca debió dejar de ser. Ella es Tierra de Ard, Tierra de Pictia y se convertirá en Tierra de Alba. Su llegada pondrá fin a las guerras y su voluntad unirá los pueblos en una sola nación».

Ella negó con la cabeza.

—Todo esto es una locura de proporciones épicas, Nick —aseguró ella al tiempo que emitía un bufido—. Demasiado surrealista incluso para que tú lo creas.

Él se encogió de hombros y la indicó con un gesto de la barbilla.

—Estás aquí, Shadow —respondió con suavidad—, y no puedo atribuirme toda la culpa...

Con un último suspiro, miró a su alrededor y finalmente a ella.

—Tengo asuntos de los que ocuparme. Pediré a alguna de las mujeres del clan que te ayude a vestirte para la ceremonia —concluyó a modo de despedida—. Por respeto y deferencia hacia el clan que nos acoge, hoy llevarás sus colores, pero son los de Dalriada los que te corresponden por derecho.

Ella resopló y lo miró con resignación.

—Empiezo a pensar que los libros de historia sí tenían razón en algo.

Él arqueó una oscura ceja.

—¿En qué?

—En la terquedad de los hombres de la época.

Él sonrió para sí y le dedicó una breve reverencia antes de volver hacia la puerta.

—No puedo ser yo, Dominic —insistió ella, deteniéndolo en el último momento —, no puedo.

Él se limitó a llevar una mano a su hombro, con el puño cerrado, e inclinarse ante ella con respetuosa ceremonia.

—Lo serás, Prometida —respondió con voz potente, firme, sin vacilación alguna —. Siempre lo has sido.

Shadow volvió la mirada hacia el vestido para acariciar la tela una vez

más mientras luchaba con todas sus fuerzas por dar con la respuesta correcta. Todo su mundo se estaba yendo al infierno. Su pasado y la vida que conocía batallaban en su interior buscando un nexo común, una pista que le indicase cuál era el camino que debía seguir.

—Oh, Ram, ojalá estuvieses ahora conmigo —murmuró, pensando en su hermano.

Él, de todos los hombres, había sido el único que nunca la había fallado—. No sé qué hacer, juro que ya no sé qué hacer.

Dejándose caer de espaldas, contempló el techo de madera mientras una solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla.

Dominic siempre creyó que una boda era motivo de alegría para el clan. Los festejos y la algarabía era una buena forma de alejar los malos augurios y traer la felicidad y la dicha a los nuevos esposos que unirían sus vidas bajo la bendición de los dioses. Los nervios solían atacar incluso a la más serena de las novias, convirtiéndola en un torbellino de histeria mezclada con felicidad, pero aquella era la primera vez que veía a una marchar como si fuese directa al patíbulo.

El novio, que había estado desaparecido todo el día, tampoco presentaba un mejor estado a juzgar por el aspecto que ahora traía. Aedan caminaba arrastrando la rienda de su caballo, con sus ropas manchadas de la sangre de las piezas de caza que traía con él. Dos conejos muertos colgaban de su cinturón, mientras dos aves con las alas abiertas se balanceaban a su lado. El pelo revuelto y un fuerte olor a licor completaron el cuadro cuando pasó frente a él.

—Dame una buena razón para no quitarte a golpes la cogorza de encima en este preciso instante —le increpó, uniéndosele de camino al establo.

—Me caso hoy... En muy poco tiempo, puedo suponer... —respondió, mirando a su alrededor al tiempo que reparaba en la algarabía que se formaba y en los rostros sorprendidos de aquellos que reconocieron al novio en aquel hombre zarrapastroso.

Él gruñó.

—¿Qué diablos pretendes con todo esto? Tu padre está como loco y el McInnes no es que esté mucho más contento. ¿Te has parado a pensar siquiera un momento en Ciara?

Aedan desprendió las piezas de caza que llevaba atadas al cinturón y las

alzó.

—No podía presentarme ante mi propia novia sin un regalo apropiado, ¿no? —replicó con sarcasmo, al tiempo que balanceaba los conejos—. Así que, aquí están: dos conejos bien gordos. Seguro que a Catriona se le ocurre algo que hacer con ellos.

Siseando entre dientes, le arrebató ambas piezas de caza y se las entregó al primer muchacho que tuvo la mala fortuna de salir en ese momento de los establos.

—Lleva esto a la cocina y encárgate del caballo —ordenó.

—Sí, *laird* McTavish —respondió el chiquillo de inmediato, haciéndose cargo de todo.

Y agarrando a Aedan por la tela de su tartán, tiró de él en dirección al abrevadero.

El deseo de hundir la cabeza de su amigo allí le parecía cada vez más atractivo.

—¡Por todos los condenados del infierno! ¿Dónde demonios te habías metido? ¿Te das cuenta de la ofensa que esto supone, Aedan?

Ambos hombres se vieron interceptados por la aparición del *laird* McNeil, que cargaba como un toro bravo contra su hijo.

—Todo está preparado para la ceremonia y tu novia ya está lista.

Aedan chasqueó la lengua. Sus piernas se torcieron un instante antes de enderezarse de nuevo.

—En ese caso, no los hagamos esperar más —dijo, con tal acidez que les sorprendió—. Estoy seguro que le dará lo mismo casarse conmigo si voy cubierto de sangre o si estoy tan limpio como el agua del lago.

—Maldito mocososo estúpido —masculló el *laird*, dispuesto a lanzarse al pescuezo de su primogénito—. No permitiré una burla semejante hacia este clan, ni hacia tu futura esposa.

—Liam —lo detuvo él, sujetando con fuerza el brazo del hombre—. Dejádmelo a mí, vuestro hijo cumplirá con su deber y hará honor a su clan.

El hombre pareció dudar durante unos instantes, pero finalmente asintió y se soltó de su agarre.

—Si no está allí antes de la puesta de sol, lo arrastraré yo mismo —clamó al tiempo que entrecerraba la mirada sobre su hijo—. Por una vez, compórtate como lo que eres, Aedan McNeil.

Sin una palabra más, giró sobre sus talones y se marchó mascullando por

lo bajo.

—Debiste dejar que me diese una paliza —masculló Aedan.

—Prefiero dártela yo. Y quizá lo haga... mañana —le aseguró, antes de darle una palmada en la espalda y empujarlo en dirección a sus habitaciones —. Hoy tienes a una novia esperándote en el altar.

—Que el infierno te lleve, McTavish. Ojalá te toque una mujer que haga tu vida tan miserable como ella hará la mía.

Él se limitó a poner los ojos en blanco.

—Deberías dar las gracias a la Madre Tierra por poder desposar a una mujer como ella, *brathair* —le aseguró—. Algunos ni siquiera podemos acercarnos a tocar el cielo de esa manera.

Sin decir más, lo empujó hacia el interior de la casa.

Shadow permaneció quieta lo suficiente para que las dos mujeres que había enviado Dominic para ayudarla con aquellas ropas pudieran vestirla. Se sentía como un maniquí al que vestían en un escaparate, con la salvedad de que el muñeco no se movería y ella era incapaz de dejar de hacerlo.

Ambas parloteaban felices, incluso intercambiaban alguna que otra risita, pero ella era incapaz de comprender lo que decían. Incluso su inglés, cuando por fin lo utilizaban al dirigirse a ella, era tan marcado y arcaico que tenía que hacer un enorme esfuerzo para entenderles.

Tras una interminable sesión de acicalado, se detuvo en medio de la habitación vestida con un traje medieval que la transformó en una mujer de la época.

La tela era suave y rica al tacto, amoldándose a sus curvas como si hubiese sido diseñado especialmente para ella. El corpiño se ceñía a sus pechos, alzándolos sin necesidad de sujetador, mientras sus hombros quedaban al desnudo y las mangas se abrían en amplias campanas. La falda era amplia, larga y con poco vuelo, algo que agradecía ya que su ropa interior seguía siendo inexistente y, por más que había intentado preguntar qué había ocurrido con las prendas que llevaba puestas cuando llegó, nadie parecía tener una respuesta. Unas suaves medias eran su única lencería, junto a la delicada camisola que tuvo que ponerse bajo el vestido.

Señor... ¡Mataría por unas bragas!

Suspirando, se volvió hacia las dos mujeres que la acompañaban.

—Bueno, parece que ya estamos, ¿no? —comentó. Ellas sonrieron

satisfechas mientras contemplaban su trabajo.

—Todavía os falta algo, Prometida —añadió una de ellas.

La mujer que se había presentado como Fiona se volvió hacia la cama para recoger la enorme tela de tartán, de cuadros verdes y azules, representativo del clan McNeil. Y con ayuda de la otra mujer, empezaron a doblarlo para finalmente colocárselo por encima del vestido, uniendo los pliegues y asegurando la banda a través de su pecho hacia el hombro, prendiéndolo con un bonito alfiler.

—¿Qué flor es ésta? —preguntó curiosa ante la forma de éste.

—El *fraoch*, la flor de Dalriada, Mi Señora —respondió la otra mujer.

Estaba por pedir una explicación más concreta cuando se oyeron voces procedentes del corredor que conducía a las habitaciones superiores. Una vez más fue incapaz de entender lo que se decía, pero en el coro creyó reconocer a una mujer.

—¿Y ahora qué pasa? —murmuró, apartándose de las dos muchachas que la estaban arreglando para dirigirse a la puerta.

Dejó el pasillo, iluminado por los últimos rayos de sol de la tarde que se filtraba a través de los estrechos ventanales, y giró a la izquierda en la primera intersección, guiándose por el griterío. La insólita escena con la que se encontró la hizo fruncir el ceño. Un hombre de mediana edad clamaba con los brazos en el aire, gesticulando hacia la mujer que tenía frente a él, la cual se mantenía erguida y digna. Ella la reconoció al instante.

—¿Ciara?

La druidesa se giró al escuchar su nombre y ella pudo ver que su mejilla derecha conservaba todavía cierta rojez, presumía que provocada por una bofetada. La sorpresa en los ojos de la muchacha mudó en vergüenza haciendo que su propia sangre se calentase en respuesta ante la escena que contemplaba.

No había cosa que detestara más, que un hombre levantando la mano contra una mujer.

Decidida, caminó hacia la pareja. El hombre empezó a boquear casi al mismo tiempo que se inclinaba para hacer una profunda reverencia que casi le hace caer de bruces contra el suelo.

—Mi Prometida —susurró la druidesa en inglés, al tiempo que también hacía una ligera inclinación al verla.

Escuchó al hombre recitar alguna cosa, pero ni lo entendió, ni le importó. En aquel momento todo lo que le interesaba era Ciara y la marca que lucía en

la mejilla.

—¿Te pegó? —preguntó, acercándose a examinar su rostro y ver que en realidad no parecía un golpe, sino más bien un conjunto de pequeños arañazos.

—¿Qué? —La druidesa pareció realmente perpleja. Entonces miró al hombre y, con un jadeo, se giró de nuevo hacia ella—. ¡No! Nadie tiene permitido levantar la mano contra un druida, Shadow —respondió la muchacha, que seguía estupefacta ante la suposición de ella—. Ha sido un accidente. La chica que me arreglaba el pelo me arañó la mejilla con el peine. Pero no fue culpa suya, sino mía, que me giré cuando entró mi padre con sus noticias.

Ella estudió su rostro en busca de mentiras, pero no encontró pista alguna que le dijese que Ciara inventaba una excusa. Por otro lado, aunque lo hiciera, no estaba segura de que pudiese diferenciar una cosa de otra. Sus ojos verdes se desviaron entonces hacia el hombre, que ahora ya en pie la miraba con curiosidad y abierta alegría, y que volvió a decir unas palabras.

—No... —murmuró. Y se sonrojó ante la indefensión que suponía no conocer el idioma, volviéndose hacia Ciara en busca de ayuda—. No entiendo el gaélico.

La druidesa asintió y se dirigió hacia el hombre, que respondió con obvia sorpresa mientras la miraba.

—Mis disculpas, Prometida de Dalriada. —Un profundo y marcado acento hacía que le resultara difícil entenderle—. Solo quería transmitir mi agradecimiento y el de mi casa por acceder a formar parte de la ceremonia de sponsales de mi hija. Vuestra presencia entre nosotros es una bendición.

Ella se sonrojó, no acaba de acostumbrarse a tanta deferencia y alegría hacia su presencia.

—Es... Yo... estoy... feliz de poder... *u m* ... asistir a la boda —replicó, escogiendo cuidadosamente las palabras. Entonces clavó los ojos en Ciara y se sonrojó aún más—. Lo siento, creo que me precipité en mis conclusiones.

La druidesa le sonrió a su vez.

—¿Sabes si podrían conseguirnos un poco de miel? —le preguntó.

—¿Miel? —respondió Ciara con obvia confusión.

—Sí —asintió, pendiente de la magulladura de su rostro—. Suavizará la rojez y hará que no se noten tanto los arañazos.

La druidesa pestañeó varias veces y asintió.

—Sí... así es. Yo... acababa de pedirla... ¿Cómo es posible que conozcas

ese remedio?

Ella se encogió de hombros.

—Te sorprendería lo que hace el aburrimiento y una conexión a Internet —respondió con una mueca—. No importa. Aún no te has vestido, ¿estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

Ciara caminó hacia ella y, para sorpresa su sorpresa, la tomó de las manos y le susurró mirándola a los ojos.

—No estoy segura de que ninguno de los dos lo deseemos realmente, Shadow, pero nos debemos a nuestros clanes —aseguró—. Es nuestro deber.

Ella frunció el ceño.

—Eso no es motivo suficiente en el que basar un matrimonio —refunfuñó, pero finalmente suspiró—. En realidad, no es motivo para justificar nada.

La muchacha sonrió suavemente, apretando sus manos.

—Te agradezco tu preocupación, pero es lo que debe hacerse, Shadow; es parte de la Profecía. Todo irá bien.

Ella resopló.

—Todo este asunto de la Profecía empieza a ponerme de los nervios —aseguró, estudiando al hombre que todavía permanecía en pie, observándolas embobado—.

¿Quién la ha escrito, por cierto?

La druidesa negó con la cabeza.

—La profecía surgió tras la muerte del último rey de Dalriada —le explicó, al tiempo que se dirigía hacia una de las desnudas ventanas—. Apareció en la pared de piedra que hay tras el trono y se dice que está escrita con la sangre de la Alta Druidesa de Dalriada. Nada ha podido borrarla. Las palabras no desaparecerán hasta que el verdadero rey ocupe su lugar.

Ella se volvió hacia la druidesa con una pregunta en los ojos.

—¿Rey?

Ciara sonrió y se encogió de hombros.

—O Reina.

Resoplando, alzó los brazos a modo de rendición.

—Esa parte ya me la sé y no tengo intención de volver sobre ella —aseguró—. Mejor concentrémonos en lo que tenemos entre manos y reza por que recuerde todo lo que Dominic me ha obligado a aprenderme de memoria.

CAPÍTULO 12

Shadow no había asistido antes a nada semejante. Si bien había sido invitada a varias bodas a lo largo de su vida, ninguna podía compararse con ésta.

El altar estaba ataviado con innumerables flores, guirnaldas y centros de todos los colores, cuyos aromas se entremezclaban proclamando la llegada de la primavera al lugar. La gente, colocada en torno al ara ceremonial, formaba un medio círculo y las sonrisas y alegría de sus rostros eran contagiosas, así como los nervios, mientras se esperaba la llegada de la pareja que contraería nupcias ante sus respectivos clanes.

Un enlace celebrado por un antiguo rito conocido como la *Unión de Manos*, a través del cual la pareja quedaría atada durante un año y un día, pudiendo renovar los votos por otros doce meses o separarse para seguir cada uno su camino si llegado el término de este tiempo no deseaban permanecer juntos, o incluso para unirse en la actual y las próximas vidas, como le había explicado Dominic aquella misma mañana cuando la instruyó en los entresijos del rito. Eso sí, si durante ese tiempo la pareja engendraba algún vástago, el vínculo se convertía en indisoluble, aunque al parecer no todos seguían la tradición.

—¿Estás lista, Prometida?

El inesperado susurro a su espalda la hizo dar un respingo. Ella se giró y se encontró a Dominic de pie, a pocos pasos, luciendo sus mismos colores: verde y dorado. Se lo veía mucho más impactante. Sus ojos color miel rivalizaban con el brillo del broche en forma de árbol que llevaba prendido al hombro y que sujetaba la tela de cuadros con los colores de su clan.

—Insisto en que esto es una mala idea. Una malísima idea —le aseguró por enésima vez. Tener que participar activamente en la ceremonia no era algo que estuviese muriéndose por hacer—. Yo no soy druidesa ni sacerdotisa... No soy nada...

¿Por qué no me quedo en una esquinita, callada, y miro?

Él se limitó a tenderle la mano, esperando que ella posara la suya encima para conducirla hasta el altar, dónde ambos recibirían a los futuros contrayentes.

—Solo tienes que quedarte a mi lado y repetir lo que te enseñé esta mañana, Prometida —contestó sin mirarla siquiera.

Ella frunció el ceño.

—¿Tienes que comportarte como un auténtico gilipollas, precisamente en estos momentos?

Él la miró por fin. Sus ojos brillaban con una amalgama de sentimientos que la hizo vacilar.

—De acuerdo —respondió ella con un profundo suspiro. Posó la mano sobre la de él y dejó que la guiase—. Tendremos suerte si ninguno de los contrayentes sale huyendo.

—Deja de preocuparte, solo debes permanecer a mi lado y repetir lo que te indiqué —le susurró, apretando por última vez su mano.

El calor de su mano la hizo estremecer. La simple caricia de su piel trajo a su mente recuerdos que necesitaba hacer a un lado. Nerviosa, acompasó los pasos a los de él mientras traspasaban el umbral del gran arco de madera cubierto de flores en el mismo centro del poblado. El improvisado altar estaba colocado al aire libre, una tradición que según le explicaron garantizaba la entrega voluntaria de los cónyuges y la participación de los dones con los que la Naturaleza había dotado a los druidas.

Y tal y como le había explicado Dominic que ocurriría, el laird McNeil salió del círculo y se colocó ante el altar antes de hinchar el pecho como un pavo real y clamar con voz firme y orgullosa.

—Salve, Prometida de Dalriada. Salve, Druida de Dalriada.

Ella se tensó brevemente cuando, como si fueran una sola unidad, los hombres, mujeres e incluso los niños cayeron con una rodilla al suelo con sus cabezas inclinadas con respeto, gesto que fue imitado al instante por su compañero, que al mismo tiempo bajó la cabeza en una burlona reverencia ante ella.

—Te mataré por esto, Dominic McTavish —masculló en voz tan baja que no estaba segura que alguien lo hubiese oído, a pesar de que el silencio se había instalado entre ellos.

Entonces todos volvieron a alzarse a la vez que el laird del clan, que se adelantó e inclinó la cabeza a modo de respeto para finalmente hacerse a un lado y permitirles a ambos continuar hacia el altar.

Mirase donde mirase veía rostros de felicidad, de incredulidad y de tal naciente esperanza que empezó a tener miedo. Un indescriptible temor de defraudar a toda aquella gente que veían en ella algo más de lo que era en realidad.

Una vez alcanzaron la meta, cada uno lo rodeó desde un lado antes de

unirse una vez más tras el ara, de cara al público congregado. Sobre la mesa, cubierta por un fino paño adornado con follaje y flores, había varios utensilios; entre ellos un cuchillo ceremonial con empuñadura de oro.

—Honramos a los espíritus de las Cuatro Atalayas, para que sus bendiciones recaigan sobre aquellos que entre nosotros busquen hoy un nuevo sendero. —La voz de Dominic fue clara y profunda cuando comenzó con el rito en gaélico.

Ella respiró profundamente y rogó no meter la pata. Habían acordado que ella pronunciaría las palabras en inglés y él las traduciría al gaélico.

—Honramos al Espíritu del Norte, guardián del invierno, la tierra y la piedra.

Padre que nos enseñas el amor y la lealtad —recitó ella con voz mucho más suave que la de su compañero, pero lo suficiente firme como para ser escuchada, a la que siguió la traducción de Dominic—. Honrad este círculo como nosotros os honramos a vosotros. ¡Saludos y sed bienvenidos!

—Honramos al Espíritu del Este, guardián de la primavera, la concepción y la regeneración. Madre del viento y aliento de vida —continuó Dominic en gaélico—.

Honrad este círculo como nosotros os honramos a vosotros. ¡Saludos y bienvenidos!

—Honramos al Espíritu del Sur, guardián del verano, espíritu de la llama, el coraje y la verdad. Honrad este círculo como nosotros os honramos a vosotros.

¡Saludos y sed bienvenidos!

—Honramos al Espíritu del Oeste, guardián del otoño, señor de la noche, del alegre riachuelo y de la emoción. Honrad este círculo como nosotros os honramos a vosotros. ¡Saludos y sed bienvenidos!

Cuando acabó de recitar la primera parte del ritual, ambos se volvieron hacia el arco que daba entrada al recinto para ver allí de pie a la pareja de contrayentes.

La novia estaba preciosa, ataviada con un traje celta en color rojo y blanco, erguida y digna al lado del apuesto novio. Él llevaba una casaca roja y negra, con bordados de oro sobre unos pantalones de piel negra cuyas costuras estaban decoradas en rojo y el tartán de su clan envuelto a su alrededor, sujeto a la cintura y prendido con el broche insignia de los McNeil en el hombro izquierdo.

Para ser una pareja que estaban a punto de casarse, ninguno parecía demasiado feliz.

—Los hay entre nosotros que buscan la unión en matrimonio —continuó Dominic en voz alta, con un pronunciado acento que acariciaba cada palabra en gaélico.

—Que sean nombrados y presentados —interpretó ella su parte, aunque sus palabras se asemejaban bastante a la actitud de los dos contrayentes.

Dominic le dedicó una furtiva mirada antes de responder.

—Aedan McNeil, hijo de Liam McNeil, es el hombre que se presenta y Ciara McInnes, hija de Angus McInnes, es la mujer que comparece.

Como si hubiesen esperado aquella entrada, los novios empezaron a avanzar hacia el altar, con sus miradas siempre fijas en los oficiantes.

—¿Eres Aedan McNeil?

—¿Qué clase de estúpida pregunta es esa? —susurró ella a Dominic, solo para ganarse una mirada de advertencia que le decía que se guardara sus comentarios.

—Lo soy —respondió Aedan, haciéndole saber con un gesto que había oído ese comentario.

Ella suspiró y continuó.

—¿Cuál es tu deseo?

Aquél fue el turno de Aedan de respirar profundamente.

—Ser uno con Ciara McInnes ante los dioses y los Clanes.

—¿Eres Ciara McInnes? —continuó Dominic.

—Lo soy.

—¿Cuál es tu deseo?

—Ser una con Aedan McNeil ante los dioses y los Clanes.

Dejando escapar un nuevo suspiro, ella miró el cuchillo que había en la mesa pensando en lo mucho que le gustaría clavárselo a alguno de aquellos dos estúpidos hombres en el dedo gordo del pie, para verlo saltar a la pata coja. Quizá, incluso puede que la idea le gustase a Ciara.

—Ahora, coge el cuchillo y álzalo por encima de tu cabeza —le susurró Dominic, al tiempo que tomaba la vara priapica y se la entregaba a los novios, que la sostuvieron con ambas manos—, procura no lanzárselo a nadie, Prometida, y repite lo que voy a decirte.

Ella entrecerró los ojos y lo señaló disimuladamente con la punta del arma.

—O empiezas a llamarme Shadow, o puede que me piense clavarlo directamente en cierta parte de tu anatomía —musitó solo para sus oídos—. La falta de ropa interior me pone de muy mal humor.

Él arqueó una ceja negra y dejó que asomara una irónica sonrisa a sus labios.

—Solo haz lo que te he dicho, Shadow —respondió, puntualizando su nombre.

Ella sonrió satisfecha y siguió sus instrucciones.

—Señor y Señora, aquí delante de vos están dos de los vuestros. Sed testigos de aquello que tienen que declarar —continuó él, antes de volverse a ella e indicarle—.

Ahora apunta con la daga hacia ambos.

Ella frunció el ceño ante aquello.

—¿Quieres pinchito moruno? —musitó, antes de fingir aclararse la voz.

Dominic, suspirando profundamente, decidió ignorar su comentario y seguir con la ceremonia.

—A través del viento de los cambios, del mar de la incertidumbre, ¿todavía os amareis y os honrareis?

—Sí, lo haremos —respondieron los dos novios a una sola voz.

—A través de las llamas de la pasión y cuando el fuego disminuya, ¿todavía os amareis y honrareis? —continuó recitando

—Sí, lo haremos.

—A través de las corrientes de las frías aguas, de pozos profundos y serenos de emoción, ¿todavía os amareis?

—Sí, lo haremos.

—A través de las frías restricciones, de inamovibles problemas, ¿todavía os amareis y honrareis?

—Sí, lo haremos.

—Sed entonces bendecidos por los poderes de la Naturaleza y resguardados por los Guardianes de las Atalayas Cardinales. Que juntos echéis raíces en tierra suave y fértil, que vuestra vida común sea de armonía y afinidad, que vuestro camino compartido se llene de amor, que vuestra casa se inunde con calor y vuestro matrimonio renazca con cada amanecer.

Él tomó entonces las cintas que había encima de la mesa y le entregó uno de los extremos a ella. Luego dejaron atrás el altar y sujetando las manos de los contrayentes, las unieron y enlazaron con las cintas.

—En lugares sagrados, en momentos propicios, nuestros antepasados se tomaron de la mano al casarse y tales uniones fueron atestiguadas por los dioses y sus clanes como legales, verdaderas y comprometidas, en la misma medida que el amor ata un corazón al otro —continuó él con el druídico ritual—. Ciara y Aedan, ¿estáis dispuestos a declarar vuestros juramentos el uno al otro? ¿Aquellos que os unirán alma a alma, corazón a corazón, vinculando vuestras sangres ante los testigos que hoy se han reunido aquí, en espíritu y cuerpo, en este círculo sagrado?

—Sí, lo estoy —declaró Aedan con voz suave; resignada.

—Sí, lo estoy —confirmó Ciara.

Ella sentía unas inexplicables ganas de acabar con aquella ceremonia. Ver a los dos novios, de pie ante ellos, con aquellos rostros que evidenciaban cualquier cosa menos felicidad le estaba empezando a molestar de veras. Pero el momento de discutir había pasado, Aedan y Ciara hacían aquello por voluntad propia y ella nada podía decir al respecto.

Sin que Dominic tuviese que indicárselo, tomó la vela de cera de sebo que había sobre el altar, la encendió en el pebetero más cercano y se volvió hacia ellos.

—Como el sol que ilumina el cielo de un nuevo mañana, como las estrellas que brillan en la noche iluminando el camino de nuestros antepasados, ¿juráis traer a esta unión la luz del amor y de la dicha?

—Lo juramos.

—¿Juráis honraros el uno al otro como aquello que os sea máspreciado?

—Lo juramos.

Ella apagó entonces la vela, se la entregó a Dominic y, tras una breve vacilación, posó ambas manos sobre las cintas entrelazadas en sus manos. Él la miró con sospecha, aquello no era parte de la ceremonia.

—¿Juráis ante mí, símbolo de esta tierra sagrada, mensajera de la Gran Madre, que os mantendréis fieles a vuestras promesas?

Ambos parpadearon, sorprendidos al oír la preguntarles en gaélico. Incluso Dominic dio un discreto paso hacia delante. Aedan dudó un breve instante y su mirada cayó entonces sobre la mujer que se convertiría en tan solo unas palabras, en su esposa. Cuando por fin habló, las dudas se habían esfumado tanto de su mirada como de su voz.

—Lo juro.

Ciara parpadó, sorprendida por el gesto, pero contestó también.

—Lo juro.

—Que la tierra y el cielo sean testigos de que Ciara y Aedan se unen en amor, dicha y libertad —concluyó ella, de nuevo en un perfecto gaélico—. Que vuestros juramentos se sellen con un beso. ¡Y así sea!

Los novios siguieron la tradición y sellaron sus votos con un casto beso mientras Dominic se acercaba a ella, que empezó a tambalearse ligeramente. Apenas llegó justo a tiempo para cogerla en el momento en que se venía abajo.

—¿Shadow? —la sujetó contra él, notando la repentina palidez en su rostro.

—¿Qué? —murmuró ella, parpadeando deprisa, como si pretendiese alejar la repentina neblina que se había adueñado de su mente durante una milésima de segundo —. ¿Hemos terminado?

Él asintió lentamente. Su mirada color miel recorriendo su rostro.

—¿Quién te ha enseñado esas frases?

Ella parpadeó otra vez, genuinamente confundida.

—¿Qué frases? —preguntó, volviendo la mirada hacia el frente, donde los recién casados alternaban miradas entre las cintas que ataban sus manos y la pareja situada frente a ellos.

—Las que has recitado en gaélico.

Ella frunció el ceño.

—Yo solo he repetido lo que tú me enseñaste esta mañana.

Él negó lentamente con la cabeza.

—No, Shadow, no es lo que yo te enseñé —dijo sin dejar de mirarla—. En realidad, ni siquiera era parte de la ceremonia.

Ella abrió la boca para contestar, pero Aedan se acercó a ellos interrumpiendo cualquier réplica.

—Sentí su conexión con la Tierra, Kieran —lo interrumpió entonces Aedan.

—Yo también —aceptó Ciara, ayudando a su recién estrenado marido a quitarse las cintas que los ataban.

Él negó con la cabeza, con la incredulidad todavía palpable.

—Pero eso no es posible. Shadow no puede...

— *Um...* Si ya hemos terminado... —anunció ella, deseando quitarse de en medio —. La gente querrá felicitar a los novios.

Tambaleándose nuevamente, posó la mano sobre el brazo de Dominic para evitar caer.

—Creo que tanta flor me ha colocado —murmuró, apoyándose en él—. ¿Crees que llegarán a entenderse?

Ambos volvieron la mirada hacia los recién casados, que aceptaban las felicitaciones de los asistentes.

—Quizá antes de lo que ninguno de los dos espera.

La voz de la *baisleac* llegó desde atrás. La sabia estaba vestida de verde, con el cabello oscuro salpicado de canas recogido bajo un pañuelo del mismo tono que los bordados de su vestido., Su rostro era amable, al igual que su sonrisa.

—Pensé que ibais a estar aquí para presidir la ceremonia, Runa —declaró Dominic, mirando a la mujer.

—¿Para qué necesitan a una vieja teniéndoos a vosotros dos aquí para hacer el trabajo? —respondió con diversión.

El druida se limitó a poner los ojos en blanco antes de volver la mirada hacia una mujer mayor a la que asistía una muchacha joven. Ambas caminaban en dirección a ellos.

—*Laird* McTavish... —lo saludó la muchacha, que no debía de tener más de quince años, para luego hacer una reverencia ante ella—. Mi Señora... Estamos realmente contentos de vuestro regreso.

—Gracias —murmuró ella con cierta timidez.

La anciana extendió entonces su mano hacia delante, tanteando, haciéndola consciente de su ceguera. Sin pensárselo dos veces, ella tomó su mano en las suyas y se acercó a la anciana, agachándose hasta quedar a una altura conveniente para la mujer.

Los huesudos y temblorosos dedos le rozaron el rostro, aprendiéndose sus facciones.

—Sois vos. Realmente, sois vos. —Había un sentido temblor en la voz de la anciana. Su inglés era más burdo de lo habitual, dejando claro que su primer idioma era el gaélico.

Para su sorpresa, la mujer tomó una de sus manos y se la llevó a los escarchados y resecos labios con un sentimiento que la dejó sin aliento y humillada por la devoción que contenía aquel pequeño gesto.

—Que los dioses os guarden, niña. Por fin habéis vuelto a casa.

Ella no sabía qué decir. Su mirada se cruzó con la de Dominic, que se limitó a mirarla.

«*Por fin habéis vuelto a casa*».

Aquellas palabras siguieron resonando en su mente durante mucho tiempo después, aunque el acercamiento de aquella mujer solo fue el comienzo de una larga velada en la que la gente de los clanes que había venido a celebrar el matrimonio le daba la bienvenida al hogar.

La tarde transcurrió rápidamente. El banquete resultó ser una gran fiesta para el clan y sus invitados, en la que el whisky corría por doquier y la comida nunca faltaba en la mesa, así como tampoco la algarabía y los vítores hacia los recién casados, que aguantaban el chaparrón como buenamente podían.

Aedan estaba bebiendo demasiado, pero Shadow se dio cuenta de que Dominic había puesto fin a eso un par de horas atrás, cambiando el alcohol por el agua. Ahora, a punto de ponerse el sol, la gente ya estaba preparándose para despedir a los novios.

Tal y como mandaba la tradición, las mujeres se llevaron a la novia para prepararla para la noche de bodas, mientras los hombres continuaban emborrachándose hasta terminar jaleando y llevando al novio a hombros hacia el tálamo nupcial.

—Si siguen así, acabará en el abrevadero —aseguró ella, que se había quedado en la mesa que compartió con los novios, junto con el laird McNeil y la *baisleac*.

Dominic tampoco se había movido. Serio y correcto, le hablaba cuando se veía obligado a ello o cuando alguna persona se acercaba a la mesa para intercambiar unas palabras con ella y él tenía que ejercer de traductor.

—Si es inteligente, encontrará el camino hacia una cálida y mullida cama... La de su esposa —aseguró McNeil, alzando su copa con un gesto de brindis hacia el grupo de hombres que ya se llevaba en hombros al novio. Entonces se giró hacia Dominic, que permanecía sentado a su lado—. ¿Cuándo pensáis ponerlos en marcha?

Miró a Shadow apenas un breve instante antes de contestar al laird.

—Deberíamos partir con el alba, pero no sería justo para los recién casados —respondió con una sonrisa de camaradería—. Así que nos iremos a primera hora de la tarde. Viajaremos a través de las montañas.

El hombre asintió.

—Mis hombres y yo nos adelantaremos —le informó—. Tomaremos un camino distinto. Intentaremos despistarlos, por lo que pueda pasar.

La tensión y la aprensión inundaron repentinamente su cuerpo. ¿Por qué tenía la sensación de que esa repentina marcha no era precisamente para llevarla a casa?

—No vas a llevarme a casa, ¿verdad? —Su pregunta fue directa.

Dominic no respondió de inmediato, pero tampoco hacía falta; la respuesta estaba clara en su rostro, en la decisión que brillaba en sus ojos.

—¿Qué he de hacer para que entiendas que éste no es mi sitio? —replicó ella, levantándose del banco—. ¿Escaparme?

Sin darle tiempo a responder, se levantó con intención de dejar la mesa.

—Disculpadme. *Laird* McNeil, *baisleac* Runa... —murmuró una suave excusa, antes de retirarse—. Ha sido un día muy largo.

El hombre se levantó casi al mismo tiempo que ella, dedicándole una profunda inclinación de cabeza.

—Por supuesto, querida. Gracias por vuestra grata compañía y por bendecir la unión de mi hijo —respondió con verdadero agradecimiento.

Ella solo pudo asentir. Sus ojos se cruzaron una última vez con los de Dominic antes de marcharse, dejándolos solos.

—A veces, incluso las estrellas más rutilantes pierden su brillo cuando nadie las mira —murmuró la *baisleac*, poniéndose también en pie—. Me estoy haciendo vieja para estas celebraciones. Creo que me retiraré también, mañana será un día ajetreado.

El *laird* asintió, al tiempo que miraba con cariño a la mujer.

—Descansad el cuerpo y también la mente, Runa —le deseó el hombre.

La mujer lo miró con jocosidad.

—Soy una mujer, al contrario que vosotros puedo hacer dos cosas a la vez —aseguró con absoluta convicción, dejando al hombre sin palabras.

Sonriendo para sí, la sabia se volvió hacia Dominic, que también estaba en pie.

—Buenas noches, Runa —se despidió él.

Ella posó la mano sobre su brazo y lo miró a los ojos.

—La noche empieza a refrescar, no la dejes desamparada demasiado tiempo.

Incluso ella necesita un poco de tibieza para calentarse —le aseguró, con unas suaves palmaditas, para finalmente marcharse dejando a los dos hombres solos.

Dominic la vio marcharse, alejándose paso a paso hasta perderse entre las

sombras, dejándole como siempre con sus sabias palabras por compañía.

Aedan todavía oía las risas de sus compañeros tras las puertas de su nuevo dormitorio, una estancia más amplia y soleada que compartiría ahora con la mujer que era su esposa.

Ciara estaba parada frente al hogar, con sus manos adelantadas hacia el fuego y vestida con un liviano camisón de color blanco, virginal. Su cabello, que había sido cuidadosamente peinado, le caía suavemente por la espalda hasta casi la cintura. El fuego creaba sombras sobre su cuerpo, iluminándolo y transparentando su silueta, revelando unos turgentes pechos, una delgada cintura y unas largas y torneadas piernas que despertaron una libido que creía haber adormecido con el vino.

Sin duda no era así. Dominic se había encargado de rebajar el maldito licor con agua cuando pensó que no le miraba, controlando que no estuviese tan borracho como él deseaba llegar a su noche de bodas.

Lentamente la vio volver el rostro hacia él. Sus mejillas estaban rosadas por el calor de la lumbre, sus ojos verdes y dorados brillaban con indecisión y tampoco se le escapó el ligero temblor que recorrió su cuerpo cuando avanzó hacia ella.

Dioses, era lo más hermoso que había visto en toda su vida. Un inesperado pensamiento de posesión hizo presa de sus sentidos a medida que se iba acercando a ella, acompañado por una ternura que nunca pensó que Ciara podría inspirar en él.

Pero así era. Verla allí, tan indefensa, tan nerviosa, le provocaba unas inexplicables ganas de alejar todos sus temores.

Quizá, después de todo, aquel matrimonio no resultara tan mal si empezaba a pensar así.

Siempre la había visto como su amiga de la infancia; su compañera de juegos y correrías. Pero cuando fueron lo suficientemente adultos como para entender lo que suponía estar comprometidos desde niños, las cosas empezaron a cambiar; él empezó a alejarse de ella y la ironía sustituyó a la sinceridad infantil. Entonces sus ojos dejaron de mirarla como una niña para verla como una voluptuosa y hermosa mujer; aquella que le había sido impuesta. Un medio para conseguir una alianza de clanes por matrimonio, una obligación y... Él no se llevaba demasiado bien con las obligaciones.

Tomando aire, acortó la distancia que lo separaba de ella hasta parársele

delante.

—Bienvenido, esposo mío —murmuró Ciara en voz baja, haciendo una ligera reverencia.

Ella tardó en reunir el coraje para alzar los ojos y mirarle, pero cuando lo hizo él se sintió como un maldito canalla. Esa preciosa muchacha, la druidesa del clan McInnes, una mujer guerrera y cazadora, temblaba de miedo e incertidumbre. Sus pupilas brillaban por las lágrimas que no había derramado y la velada acusación que había en ellos no podía pasarle desapercibida por mucho que lo deseara.

Sus ojos decían todo aquello que sus labios todavía no se habían atrevido a expresar; la soledad que había sentido durante los últimos días; su abierto abandono, cuando su deber era estar con ella para calmarla y asegurarle que todo iría bien a partir de ahora.

Pero en vez de eso, aquella misma mañana había abandonado su hogar con la excusa de ir a cazar y llegó tarde a su propia boda, sucio y cubierto de sangre, sin importarle que ella estuviese esperándole. Y después, durante la ceremonia y el posterior banquete, había hecho todo lo posible por ahogarse en su copa. Gracias a dios que Kieran se lo había impedido.

¿Qué clase de hombre era, que se resistía a cumplir con su deber y hacer honor a su clan? ¿En qué clase de hombre se había convertido, para mantener alejada y desatendida a una mujer tan extraordinaria como aquella?

—Hay vino caliente —continuó Ciara, al ver que él no decía una sola palabra, dispuesta a aprovechar aquel momento para darle la espalda y alejarse nuevamente de él.

Estaba seguro que, si pudiera, ella abriría aquella maldita puerta y lo dejaría plantado, haciéndole probar de su propia medicina. La conocía. Sabía que ella no se sentía a gusto con aquel nerviosismo, con aquella incertidumbre sin saber qué hacer ni qué decir.

—Deja el vino, Ciara. He bebido más que suficiente por esta noche —respondió, extendiendo la mano y tomando la de ella—. Ven aquí.

Un tanto sorprendida por la suavidad de sus palabras, Ciara se detuvo y permitió que retuviese su mano, acercándola a él.

—Ahora, dímelo —pidió.

Ella parpadeó sin entender.

—¿El qué?

Él llevó la mano libre a su rostro y le acarició la nariz.

—Estás enfadada conmigo —aseguró, buscando sus ojos—. Incluso yo puedo verlo, así que dime todo lo que está expresando tu mirada y no te atreves a poner en palabras, y acabemos con esto.

—No...

—Cia, hazlo —insistió, apretando suavemente su muñeca—. Si vamos a embarcarnos en esta nueva vida, hagámoslo bien.

Ella apretó los labios.

—Te fuiste de caza...

—Sí.

—La mañana de tu propia boda.

—Lo sé.

—No pensabas volver... —susurró. Una suave acusación.

—Quería marcharme, pero no iba a hacerte eso —aceptó, acariciando el dorso de su mano—. Cacé unos malditos conejos, caí en una poza y llegué tarde a nuestra boda, pero no iba a dejarte, pequeña... Si no otra cosa, sí tengo honor.

—Dijiste que preferías casarte con un puerco espín antes que conmigo.

Aedan hizo una mueca.

—¿Que puedo decir? Soy idiota.

Ella se lamió los labios y apartó la mirada.

—Todo el mundo vio la manera en que me tratabas estos últimos días... Cuando se acercó el momento de la ceremonia y tú no estabas... —continuó, recordando todas las habladurías que había escuchado de los sirvientes.

Aquél había sido el motivo por el que había estado discutiendo con su padre. El hombre había oído esos comentarios y ella había intentado decirle por todos los medios que su prometido acudiría a aquella maldita boda, aunque solo fuera para cumplir con su maldito deber.

—Shadow... La Prometida de Dalriada pensó, incluso, que mi padre me había pegado porque no quería asistir a esta boda.

Aedan tomó su barbilla y la movió, reparando en los suaves arañazos que cubrían su mejilla. Un músculo empezó a palpar en su mandíbula y sus dedos se cerraron con fuerza.

—Si te ha puesto una sola mano encima...

—No —negó, tomando sus manos y buscando su mirada—. Ella llegó a la misma conclusión, pero mi padre jamás me ha levantado la mano, Aedan, esto ha sido un accidente... Como te he dicho, había habladurías y... Bueno...

Digamos que la muchacha que me estaba ayudando se sorprendió un poco de la respuesta que le di y me arañó con el peine.

Él se relajó y dejó escapar un bufido que era mitad sonrisa.

—La pequeña druida guerrera atacó de nuevo. —Sonrió para sí y le acarició la mejilla—. Lo siento, Ciara, mi comportamiento no ha sido precisamente ejemplar.

—Sé que nunca has deseado este matrimonio...

Él la silenció, poniendo los dedos sobre sus labios.

—Estamos unidos, esposa. Durante el próximo año estaremos unidos —le dijo, mirando entonces hacia el techo—. Atravesamos tiempos de cambio. No podría asegurar que ocurrirá en los próximos días, ni siquiera sé si la Prometida de Dalriada será suficiente para acabar con todo esto, pero es mi deber como su druida estar a su lado, protegerla... Como también lo es ahora, estar al tuyo y protegerte a ti.

—Yo puedo cuidar de mi misma —le recordó.

Aedan sonrió ante el tono de voz que ella había empleado y, para su asombro, la abrazó atrayendo su suave cuerpo contra el suyo, más duro, con aroma a hombre.

—Esta noche deja que sea yo quien cuide de ti —le susurró al oído, haciéndola estremecerse—. Te prometo que estarás a salvo.

Ella se lamió los labios y asintió lentamente, conteniendo la respiración cuando la boca de Aedan bajó sobre la suya, en un breve y tentativo beso al principio y con más decisión y hambre después.

—Abre la boca para mí —lo escuchó susurrar a puertitas de sus labios.

Temblando, hizo lo que le pedía, permitiendo que su lengua penetrara en su interior para enlazarse con la de ella, en una imitación del baile más antiguo de todos.

CAPÍTULO 13

Ciara cerró los ojos, el miedo y la incertidumbre se mezclaban con la excitación que ya habitaba en su cuerpo. La intimidad, el sentirse arropada por esos fuertes brazos, notar cada parte de él pegada a ella, encajando como si fuesen dos piezas hechas para encajar, era tan nuevo para ella que no podía evitar sentir dudas.

Ella, una druida, una guerrera, se sentía totalmente perdida en esas lides, solo la firmeza de ese cuerpo hacía que no se desmayase o saliese huyendo como una cobarde.

Ahora era una esposa y no tenía la menor idea de si podría cumplir con su papel.

Un momento tan importante en su vida debería haber estado acompañado por los consejos de una madre, pero ella solo había contado con unas rápidas y parcas explicaciones de las mujeres que la habían llevado al tálamo nupcial.

«No tienes nada de lo que preocuparte, niña, tu marido sabrá exactamente qué hacer y te enseñará».

Esas habían sido las tranquilizadoras palabras de Runa. La *baisleac* había captado su nerviosismo y, tan franca como siempre, se decidió a borrarlo.

«¿Cómo sabré si lo complazco, baileac?».

La mujer le había dedicado una misteriosa mirada.

«Sabrás que has complacido a tu marido porque lo oirás aullar como a Riska».

La respuesta había sido tan críptica como la propia mujer y no había aportado gran cosa.

La boca de su marido resultaba caliente sobre sus labios. Su beso era muy distinto al que le había dado en la ceremonia, más intenso y cálido. Notó su lengua acariciándola íntimamente, hundiéndose una vez más en su boca, probándola, saboreándola, bebiendo de ella como si tuviese sed.

Las fuertes y callosas manos, manos acostumbradas a la espada y al trabajo duro, se deslizaron sobre su cuerpo acariciándola de manera íntima y haciéndola consciente de sensaciones que nunca había sentido. El cuerpo pegado al suyo era duro como el acero, el calor que emanaba su piel parecía filtrarse a través del delgado camisón y entrar en su interior, calentándole la sangre, embotándole la cabeza y haciendo que se sintiese débil de repente.

—Aedan... —No pudo evitar pronunciar su nombre, aferrándose a él cuando notó que las piernas empezaban a temblarle.

—Está bien, Ciara, te tengo —le susurró al oído mientras su boca descendía ahora por la columna de su cuello dejando húmedos besos a su paso que le provocaban deliciosos estremecimientos.

Los ardientes besos invirtieron el descenso precipitándose por el costado hacia el delicado lóbulo que mordisqueó delicadamente antes de recorrerle el pabellón de la oreja con la lengua. Sus manos la moldeaban como si fuese arcilla, deslizándose sobre su espalda con una perezosa e intensa intimidad que le arrancó un suspiro.

Aedan la acercó más a él, deseaba sentir todo su peso, ese cuerpo oprimido contra el suyo y convencerla de que ese sería su lugar a partir de ahora. Los labios de su esposa eran suaves y tímidos bajo los suyos, su sabor dulce y especiado, la timidez que esgrimía en la intimidad contrastaba estrepitosamente con la valentía que mostraba en su papel como druida, pero eso la hacía, si cabía más interesante. Esta era la Ciara a la que tenía que conocer, a la que debía conquistar, la que sería suya mientras sus almas siguiesen sobre la tierra. Si los dioses les eran favorables, sería la madre de sus hijos, quizá el primero de ellos, concebido esa misma noche. Una vida que empezaba hoy y que lo hacía bajo los auspicios de una guerra.

La vacilación en sus respuestas, la inocencia que habitaba su cuerpo no hacía sino inflamar su deseo. El pensamiento de saber que no le pertenecía a nadie, que no hubo alguien que gozase de su cuerpo antes que él lo volvía posesivo y muy protector.

Ella gimió contra sus labios, sus pequeñas manos aferradas a las mangas de la camisa como si temiese que la abandonase, necesitaba sentir piel contra piel, sentirla contra él.

Haciendo acopio de toda su voluntad se obligó a separarse de ella, sus ojos claros se habían oscurecidos por el deseo, los blandos labios entreabiertos e hinchados por su beso mientras intentaba recuperar el aliento. Sus manos seguían aferradas a él en un intento de mantenerse en pie. Le liberó los dedos aferrados a la tela y se los llevó a la boca, lamió sus yemas una por una antes de depositar un suave beso en el pulso de la muñeca y notar su estremecimiento contra él. Ella seguía sus movimientos con estudiada concentración, temblaba y se estremecía.

Lentamente, dejando que fuese consciente de cada uno de sus movimientos, le desató los lazos del camisón, tiró de las cintas y dejó a la vista la cremosa piel de sus hombros. Alternó la mirada entre sus ojos y el dulce cuerpo que se

desnudaba para él.

Dejó que la prenda se fuese deslizando sola, rebelando los turgentes pechos de rosados pezones, el suave vientre, las anchas caderas, ese delicado nido de rizos castaños entre sus piernas hasta caer alrededor de sus pies.

Los delgados y fibrosos brazos se cerraron al momento sobre sus pechos, sus mejillas adquiriendo un bonito tono rojizo que empezaba a cubrir también el resto de su piel. Le cogió una de las manos, enlazó los dedos en los suyos y dio un paso atrás, luego otro hasta que la distancia la obligó a moverse, dejando atrás el camisón y permitiéndole admirar a la mujer que ahora le pertenecía; su esposa.

—No te cubras, *luaidh*[\[1\]](#) —pidió—, déjame verte.

La tensión todavía recorría su cuerpo, la forma acelerada de su respiración se notaba en el subir y bajar de sus pechos, en el suave temblor que llegaba a su mano todavía enlazada. Bajó lentamente el otro brazo, exponiéndose a sí misma y temblando al hacerlo.

—A partir de esta noche, no habrá nada que ocultemos el uno al otro —le apretó suavemente la mano, entonces la soltó y empezó a deshacerse de su propia ropa. Las botas, el tartán, el cinturón, el suave pantalón de piel, la camisa... pronto estuvo ante ella en igualdad de condiciones—. Serás mi mujer y yo seré tu hombre, esposos, compañeros e iguales.

Sus palabras la llenaron de sorpresa, lo vio en sus ojos, en la forma en que sus labios se movieron.

Pero eso era lo que deseaba para ellos. No quería solo una esposa en su casa, criando a sus hijos, Ciara no había nacido para ello y no iba a quitarle la identidad que la hacía ser la mujer que era, la fuerza que lo había atraído a pesar de todo. Quería a la mujer y se enorgullecía de la druida, no permitiría que su matrimonio fuese el final de alguna de ellas.

—El vino era fuerte y tú has disfrutado de él buena parte de la noche —murmuró ella, mirándole a los ojos—, no pronuncies ahora palabras que mañana no significarán nada.

Sonrió. No pudo evitarlo. Esa es la mujer que quería ver, la que respondía a sus pullas, la que no dudaría en zurrarle si creía que se lo merecía. Esta era la mujer a la que casi abandona el día de su boda, a la que estaba dispuesto a rechazar.

Caminó hacia ella, acortó la distancia entre ambos y la atrajo contra su cuerpo desnudo, uniéndolos íntimamente, piel contra piel.

—Estoy más sobrio de lo que me gustaría, mi pequeña druida —aseguró, ciñéndola, rodeándole las nalgas con un brazo—, lo suficiente para reclamar esta noche lo que me pertenece.

Dicho esto, la alzó en vilo arrancándole un gritito de sorpresa, se la echó al hombro y la trasladó a la cama, dejándola caer sobre la suave piel curtida que la cubría.

—Y tú eres mía, Ciara —declaró, siguiéndola al lecho, disfrutando de la mujer extendida sobre la cama con los pechos erguidos, la piel sonrojada y esos bonitos y apetitosos pezones apuntando al cielo—, mía hasta que la muerte venga a reclamar nuestras almas.

Volvió a besarla, degustó sus labios e instigó una respuesta de su parte que no se hizo de rogar. Podía estar nerviosa y asustada, pero también estaba excitada. Su cuerpo respondía a sus estímulos, su boca emitía pequeños jadeos que se tragaba su garganta y su lengua salía al encuentro de la suya.

Bajó las manos sobre su piel, disfrutando de su tacto, acariciando esas dulces montañas con los dedos para luego hacer lo mismo con los duros pezones. El suave gemido que escapó de su garganta fue la recompensa que esperaba, le acarició los labios con los propios una vez más y descendió por su barbilla, mordisqueándole la piel, aprendiendo su sabor y sus reacciones para finalmente llegar a la meta que deseaba. Cerró la boca sobre uno de los duros botones, succionándolo, rodeándolo con la lengua mientras utilizaba la mano libre para jugar con el otro.

Ciara jadeó bajo él, pero no se resistió, se arqueó, acercándose más, sobrecogida por la marea de sensaciones que le provocaba esa boca sobre su cuerpo.

Se sentía envuelta en fiebre, el calor crecía en su interior, recorriendo su cuerpo e instalándose entre sus piernas provocándole una incómoda humedad. Fue incapaz de ahogar los sonidos que emergían de su boca, de mantener las manos lejos del sólido cuerpo de su marido el cual parecía decidido a consumirla en su noche de bodas.

La codiciosa boca abandonó la tortura en su pecho solo para trasladarse al otro y prodigarle la misma atención, se estremeció de placer y vergüenza al sentir como se lo llevaba a la boca, como la succionaba. Notó el dulce tirón, sintió como sus muslos se humedecían aún más por la miel que escapaba de su sexo y no pudo evitar gemir en respuesta.

Aedan era un guerrero en toda la extensión de la palabra, su cuerpo estaba

surcado por cicatrices de batallas, su piel curtida por el sol revelaba la tensión de sus músculos y la fuerza que subyacía en el alma de ese hombre. El tenerle ahora tan cerca, sentir parte de su peso, verse tan pequeña y delicada bajo él la hacía si cabía más consciente de su propia feminidad y de su condición de mujer.

Un sordo latido empezó a emerger entre sus piernas, se le secó la boca y notó su piel más sensible de lo normal. Todas eran emociones nuevas creadas por un hombre del que hasta ahora no había recibido más que camaradería y algún que otro encontronazo verbal.

Echó la cabeza atrás y suspiró, cerró los ojos y se entregó por completo al único hombre que tenía derechos sobre ella y al desconocido placer.

La rendición llegó de manera inesperada y plácida, Aedan sintió el cuerpo femenino relajándose bajo él, entregándose dulcemente a sus atenciones y correspondió a su confianza de la única manera que podía hacerlo un esposo; otorgando placer a su novia.

Deslizó una perezosa mano sobre su estómago, acariciándola, provocándole pequeñas cosquillas hasta alcanzar el suave nido de vello. El inesperado contacto hizo que ella apretase involuntariamente los muslos, protegiendo su intimidad.

Sonrió, ascendió sobre ella, besándola, mordisqueando su piel hasta encontrar de nuevo sus labios y beberse su aliento. Saqueó su boca sin pudor, succionó su lengua y la empujó a darle más, a entregarle todo lo que era. Resbaló entre sus piernas y encontró esa secreta y caliente humedad que no dudó en acariciar con los dedos.

—Aedan.

Su nombre emergió en un ahogado grito, esos bonitos ojos se abrieron de golpe encontrándose con los suyos.

—Eres un verdadero regalo de los dioses, Ciara —murmuró bajando de nuevo sobre su boca, bebiéndose sus gemidos cuando incursionó con un dedo en su interior.

Húmeda, caliente y apretada, una combinación que amenazaba con consumirlo.

Volvió a besarla, la asaltó como un hombre dispuesto a conquistar y a no tomar prisioneros. Su cuerpo vibraba bajo el suyo, su sexo se humedecía respondiendo a sus caricias haciendo que su propio pene engrosara, deseando hundirse en esa deliciosa humedad.

—Aedan... no sé qué... esto... tengo miedo...

Esa voluntaria confesión le derritió el corazón, se inclinó sobre ella aumentando sus caricias, preparándola para él y buscando al mismo tiempo ofrecerle su primer coqueteo con el placer.

—No hay nada que temer, Ciara —la calmó con voz arrulladora, el mismo tono que solía utilizar con sus animales—, no dejaré que nada malo te ocurra. Entrégate a mí, *luaidh*, no luches, solo ríndete.

Gimió, elevó las caderas y sacudió la cabeza sobre el lecho, su cuerpo transpirado de sudor, el deseo tiñendo su piel y lo inevitable sucedió.

Ciara gritó de asombro cuando un relámpago de calor la atravesó por entero para terminar en su palpitante sexo, sus terminaciones nerviosas protestaron ante el desbordamiento de las sensaciones que le sobrevinieron mientras él seguía acariciándola íntimamente. Se quedó sin aliento, débil, con el cuerpo temblando sin poder evitarlo.

Notó el cambio de peso, su cuerpo cubriéndola por completo, sus piernas separándose sin oponer resistencia y algo, el pene de su esposo, empujando en su interior.

—Ciara, mírame. —El ronco tono de su voz atrajo su atención, alzó la mirada y se encontró con sus ojos—. Eso es, *luaidh*, no dejes de mirarme...

Notó como una solitaria lágrima resbalaba de sus ojos mientras él la llenaba, llevándose consigo su virginidad y convirtiéndola en su mujer. El dolor fue intenso, caliente pero fugaz, era mayor la incomodidad y la extrañeza de sentirle dentro de ella, tan cerca cómo podía estar un hombre de una mujer. No tuvo demasiado tiempo de pensar en ello, de analizar sus propias emociones, pues empezó a moverse, saliendo de ella para volver a entrar, el dolor volvió para convertirse poco después en descarnado placer.

Aedan intentó ser suave, resbaló lentamente en su interior, sintiendo como los vírgenes músculos se iban relajando a su alrededor y ella lo aceptaba, empezando a gemir en voz alta, rodeándole con las piernas, manteniéndole cerca. Su inocencia fue su perdición, deseaba darle tiempo, dejar que se acostumbrase a él pero esa aterciopelada funda que lo ceñía lo estaba volviendo loco. Continuó moviéndose en su interior cada vez con más fuerza, embistiéndola con largas y lentas estocadas que se fueron haciendo más rápidas a medida que el placer hacía presa de su cuerpo.

Buscó su boca y devoró sus labios, arrancó las manos de su cuerpo y se las sostuvo por encima de la cabeza, penetrándola, hundiéndose en ella con

frenesí, aumentando el nivel de sus jadeos, haciéndolos más desesperados hasta que de sus labios ya solo salían frases y palabras ininteligibles. La empujó hasta el borde, buscó su placer y la lanzó a un nuevo orgasmo que la hizo gritar su nombre y apretarse más a su alrededor, exprimiéndole y desencadenando su propia liberación.

Se corrió en su interior, marcándola eternamente como ella lo había marcado a él, sellando su destino con el de esa dulce druida, la mujer que el destino y su padre habían elegido para él y a la que iba a honrar hasta el fin de sus días.

Salió de su interior y se dejó caer a su lado, agotado, pero más tranquilo de lo que se había sentido en mucho tiempo. Cuando por fin recuperó el aliento, se giró de lado y la contempló; esta era su esposa, su mujer y la madre de sus futuros hijos.

Deslizó los dedos con lentitud sobre su hombro, cogiendo un mechón del revuelto pelo que se extendía bajo ella sobre la cama y se lo llevó a la nariz, impregnándose de su aroma. Entonces la miró, sonrió y se inclinó sobre ella, planeando sobre sus labios.

—Por los nuevos comienzos, esposa —murmuró mirándola a los ojos.

Ella se lamió los labios un par de veces.

—Por los nuevos comienzos, esposo —musitó a su vez, correspondiendo a su mirada.

Sí. Este era el principio para ellos, el principio de una nueva vida que, con una guerra a las puertas, no podían saber cuánto duraría.

Haciendo a un lado esos aciagos pensamientos, bajó de nuevo sobre la boca de su esposa y la besó.

CAPÍTULO 14

La quietud de la noche envolvió a Shadow con nostalgia y anhelo. Los caballos piafaban en el establo que dejó a su derecha mientras recorría el suelo de desnuda tierra y las estrellas brillaban en el cielo con la misma intensidad que lo hacían en su ciudad; tan cercanas y al mismo tiempo tan extrañas. Por más que intentaba traer a su memoria algún recuerdo de su niñez, anterior al episodio del castillo, solo encontraba vagas imágenes, algún aroma, el susurro de una cálida voz a la que le resultaba imposible poner cara...

Podía haber nacido en esa época, en un lugar parecido a ése, con gente humilde y feliz, pero todo en ella clamaba otra vida; aquella que conocía y que la hizo crecer y madurar hasta convertirse en la mujer que era. La única familia que le quedaba era su hermano, él sacrificó tanto o más que esa madre que la arrancó de una cama en plena noche para ponerla a salvo. Ramsey la rescató de la soledad y le dio una vida, todos los recuerdos agradables que tenía pertenecían a su hermano y a sus padres adoptivos... Cómo los echaba de menos.

Las personas que conoció a lo largo de la tarde, las miradas y sonrisas de esperanza en niños y ancianos... ¡Ellos le pedían algo que no podía darles! No podía hacer milagros, no era más que una simple mujer.

Un ligero escalofrío le recorrió el cuerpo. La noche había refrescado y su vestido era bastante liviano para caminar a la intemperie. Soltando el alfiler que sostenía la tela de cuadros a su hombro, empezó a desenrollarla hasta dejarla caer para cubrirse luego con ella a modo de chal. Le gustaba el frío, le permitía pensar con claridad, despertándola del letargo en el que el calor y la comida y bebida la habían hecho caer.

Necesitaba estar despejada, alerta, tenía que encontrar el modo de volver; había comprendido que él no la llevaría de vuelta.

¿Cómo era posible que un hombre cambiase tanto? A estas alturas, después de todo lo visto, tendría que haberlo entendido ya. Su mundo distaba mucho de ser pacífico e idílico; los hombres e incluso las mujeres luchaban por sus vidas, por salir adelante en un territorio hostil, sumido en continuas guerras. Aquí no se mataba con armas de fuego, se peleaba cuerpo a cuerpo con lo que fuese que se tuviese a mano; era matar antes que morir. ¿Cómo podía soportarlo?

—Tengo que volver a casa —murmuró, abrigándose con la manta de lana

—.

Nunca podré hacer lo que esperan de mí, yo no hago milagros... Dios, ¿qué clase de milagro puedo hacer si ni siquiera he sido capaz de conservarle a él a mi lado?

La partida de Dominic del mundo que ella conocía había sido imprevista, sin explicaciones, dejándola sumida en un estado de indefensión y autocastigo. Como una tonta se culpó a sí misma de su marcha, justificándolo, incluso cuando todo apuntaba hacia él como el único culpable. Se enamoró como una estúpida, demasiado ingenua en esa clase de juegos como para darse cuenta de algo más allá de él y su presencia. Por primera vez en su vida, ella era importante para alguien; querida, atesorada y sus problemas pasaron a ser algo secundario.

Verle otra vez, después de los años transcurridos, la había dejado en tal estado de caos que era incapaz de sostenerse sobre sus propios pies; su existencia había dado un nuevo giro, y no solo por el lugar al que la había llevado, sino por las consecuencias que su encuentro desataron.

El hombre que se presentó ante ella nada tenía que ver con el que fue. No era solamente algo físico, el cambio más importante de todos estaba en su interior, reflejándose en sus ojos. Y era esa diferencia la que le dolía.

Él la quería. Sí, el deseo estaba allí, ambos lo habían sentido y luchado contra él, dejando que los abrasase hasta convertirlos en cenizas. Pero más allá de la atracción yacían los restos calcinados de lo que fue una vez, del sentimiento que habían compartido. A pesar de todo, la seguía queriendo y luchaba contra ello con la misma furia intensa con la que se enfrentaba a sus enemigos.

—¿Qué estoy haciendo yo aquí? —se preguntó con un susurro, antes de dar media vuelta y encontrarse cara a cara con él.

Silencioso, enmascarado por la oscuridad; un guerrero de tiempos antiguos hecho de carne y hueso; un hombre envuelto en un sudario de soledad y misterio que provocaba una respuesta instantánea en aquellos que se presentaban ante su presencia: huir.

Muy lentamente caminó hacia ella. La suave luz de las antorchas de la entrada del establo se derramó sobre él, acariciando sus facciones; restándoles oscuridad.

—No te recordaba amante de la noche —murmuró deteniéndose a escasos pasos de ella—. Tendías a huir de ella.

Alzó su mirada para encontrarle y negó suavemente.

—No se trata de la noche, sino de la oscuridad —respondió, mirando a su alrededor—. Y me obligué a superarlo cuando la única luz con la que contaba... se extinguió.

Hubo un tiempo en el que la oscuridad la asustaba. De niña tenía que dormir con una lamparilla y, ya de adulta, lo que una vez fue miedo se convirtió en nerviosismo, incomodidad... ¡Cuántas veces habían bromeado sobre ello los dos, entre la calidez de las sábanas, a la luz de una simple lámpara o con la ventana abierta para que le permitiese ver las estrellas del cielo! Sus eternas bombillas, solía llamarlas él.

Como si le hubiese leído el pensamiento, él miró hacia el cielo.

—Tus bombillas siguen encendidas —le aseguró con voz suave, tranquila.

Se estremeció. No deseaba a ese Dominic, ahora no. Prefería enfrentarse al otro, a su voz firme, su mirada intensa e implacable. No deseaba ternura, no ahora.

—He pasado una noche entera perdida en medio de un bosque, con unos locos psicóticos acampados cerca, sin contar que resbalé y terminé en una acequia con un dolor de mil demonios —respondió con marcada ironía, al tiempo que alzaba el pulgar para indicar el cielo—. Las copas de los árboles apenas dejaban ver ni una sola de ellas. Créeme, si eso no me ha curado por completo de mi temor a la oscuridad, no sé qué lo hará.

Dominic suspiró, consciente del recelo de ella, de la tensión que recorría todo su cuerpo. Incluso enfadada como estaba en aquellos momentos, era hermosa. El sedoso pelo negro le caía sobre los hombros en suaves ondas, unas pequeñas flores de brezo entrelazadas en su melena ponían una nota de color a su rostro, sus ojos verdes brillaban...

Y fue ese brillo el que lo hizo dar un paso más hacia ella.

—¿Entonces por qué veo todavía miedo en ellos? —preguntó con voz baja, suave.

Su mano ascendió lentamente hasta acariciarle la mejilla, obligándola a alzar el rostro para enfrentarse al de él—. Si no es la oscuridad, ¿qué es, Shadow?

Ella parpadeó rápidamente, las lágrimas empezaban a picarle.

—Ah, ¿ahora ya vuelvo a ser Shadow? ¿O es solo uno de tus lapsus temporales?

—lo atacó, girando la cara para huir de su contacto, el cual la hacía

estremecer—. El único momento en el que pronuncias mi nombre es bajo amenaza. ¿A qué debo pues el honor?

Frunció el ceño y la dejó ir. Estaba asustada, nerviosa. Podía verlo, sentirlo, porque una vez más su cuerpo reaccionaba al de ella de la misma manera.

—Si ésa es la forma en que lo quieres, Prometida —respondió entonces, imprimiendo una marcada nota sarcástica en la última palabra.

Shadow dejó escapar una angustiada carcajada.

—No, Nick, no es lo que quiero —aceptó mordiéndose el labio inferior con indecisión—. Todo lo que deseo es irme de aquí, alejarme de toda esa gente que cree que puedo hacer un milagro para ellos. Quiero volver a casa, a mi hogar, con mi hermano, y fingir que todo esto —señaló los alrededores—, no ha sido más que una pesadilla.

Un nuevo paso hacia delante lo llevó a ella, que retrocedió a su vez, alzando las manos como si realmente quisiera impedir que la tocara.

—Huir nunca es la solución, Shadow.

La acusación que acto seguido vio en sus ojos, y el dolor, no podían ser malinterpretados.

—¡Tú lo hiciste! —le recordó con fiereza—. Y no miraste atrás. Ni una sola vez miraste atrás. ¿Es que eso no está considerado como una huida? Ni siquiera tuviste el valor de decirme «*me voy*». En su lugar me dejaste un mísero trozo de papel.

No podía refutar aquello. Sin embargo, ¿había huido de ella tal y como decía?

¿Era el deber para con su clan una forma de huir de esa mujer?

Había querido regresar, volver a su lado. No sabía cómo lo que había entre ellos iba a funcionar, pero Shadow era suya y él cuidaba de los suyos. Sin embargo, era ella o su clan. La pregunta había estado allí incluso sin ser pronunciada en voz alta y eligió; para bien o para mal, eligió.

—Hay momentos en la vida en los que es necesario elegir, aunque ello nos abra una herida permanente que nada ni nadie puede cerrar —murmuró, buscando su mirada—. Sí. Me marché. Te dejé. Y ha sido lo más duro que he tenido que hacer en toda mi vida.

Ella sacudió la cabeza.

—Tus disculpas llegan demasiado tarde, Dominic.

Él continuó a pesar de su interrupción.

—Tú te has convertido en la Prometida de Dalriada —la acusó, como si ella fuese la culpable de su propio destino—. Traerte de regreso fue... —Negó con la cabeza—.

Lo más difícil no fue abandonarte, lo es verte otra vez, tenerte enfrente y no poder tocarte. Puedo vivir con tu recuerdo. Duele, sí; lacera por dentro, también; pero tenerte cerca, escuchar tu voz, sentir tu calor, tu aroma y no poder tocarte, es una tortura mucho peor.

Ella no respondió. Se limitó a permanecer en el lugar, silenciosa, con la mirada perdida en el horizonte.

—Duele quererte, diablillo.

El dolor y la rabia que Shadow oyó en la voz de él lograron hacer brotar las lágrimas en sus ojos verdes, ¿por qué tenía que ser siempre ella la causa de todo? ¿Por qué era la única culpable?

—Devuélveme a mi hogar y ya no tendrás que sufrir más por mi presencia —respondió apretando los dientes mientras luchaba con la rabia que se hacía eco de la de él—. No soy una mendiga. He sobrevivido hasta ahora y seguiré haciéndolo, no mendigaré por el cariño de nadie.

Él suspiró, sonriendo a su pesar ante sus palabras.

—No lo entiendes...

Ella bufó mientras intentaba retener las lágrimas a cualquier precio.

—Has sido perfectamente claro, Dominic McTavish —le espetó, aferrando con más fuerza la manta con la que se cobijaba—. Quédate con tu pueblo, tus profecías y milagros, porque yo me iré a mi casa así tenga que caminar los malditos siglos que me separan de ella.

Él curvó los labios en una perezosa sonrisa, mezcla de incredulidad y diversión, mientras la veía dar media vuelta y caminar con paso decidido de regreso a la casa.

—Que los dioses me den paciencia contigo, Prometida —murmuró para sí, al tiempo que salía tras ella para interceptarla y, ahora sí, atraerla hacia sus brazos—. No has entendido ni media palabra, ¿no es así?

Se tensó, alzando la barbilla desafiante.

—¿Es que hay algo más que entender, maldito druida? —escupió, prácticamente.

No pudo evitarlo, sonrió.

—Eres la Prometida de Dalriada y no puedo tenerte —le dijo entonces con mucha lentitud, como si estuviera explicándoselo a un niño pequeño—. Pero

has sido mi mujer, Shadow. Tú y solo tú, mi diablillo; lo que se traduce en una metedura de pata enorme por mi parte.

Ella se encogió de hombros.

—Bien, espero que el castigo sea de iguales proporciones —le soltó tratando de desprenderse de su abrazo—. Ahora, si me sueltas, podré irme a despotricar a otro lado y tú podrás seguir quejándote como un niño pequeño de tus meteduras de pata.

Ambos seremos infelices, nos cabrearemos el uno con el otro y tú, finalmente, decidirás enviarme a casa.

No podía con ella, pero le encantaba. Allí estaba por fin la mujer que había esperado ver, la Shadow que conocía.

—Tengo una idea mucho mejor —le aseguró, acercándola todavía más a él, haciéndola consciente de la dura erección que se apretaba contra ella.

Ella entrecerró los ojos.

—Terminemos de meter la pata los dos juntos. De ese modo no me sentiré tan culpable a la hora de enfrentar el castigo —aseguró, deslizando las manos hasta el trasero de Shadow, apretándolo con suavidad para acercarla aún más—. Y podré tenerte otra vez.

Él no le dio tiempo a responder. Su boca cubrió la de ella en un instante, alimentándose de su aliento. Le acarició los labios, apretándola suavemente contra él, notando como su cuerpo rígido sucumbía poco a poco a sus caricias, como sus labios cedían bajo su empuje y los abría permitiéndole la entrada, dejando que sus lenguas se emparejaran en un beso lleno de promesas.

—¿Ahora lo entiendes, Mi Prometida? —le preguntó, abandonando sus labios.

Shadow se había aferrado a sus hombros para mantenerse en pie. Parecía como si su contacto la mareaba. Siempre había dicho que sentir sus fuertes manos sobre el cuerpo la despertaban mejor que cualquier café negro.

—Dominic...

Él le acarició el rostro. Todo rastro de diversión se fue quedando únicamente en una profunda sinceridad.

—Sí, Shady, duele quererte y a pesar de todo sigo conviviendo con ese dolor.

Una solitaria lágrima se deslizó por la mejilla de Shadow cuando él volvió a tomar posesión de su boca, abrazándola con fuerza; sabiendo que no la soltaría jamás.

La suave luz de la antorcha anclada en la anilla del travesaño por encima de sus cabezas creaba un ambiente íntimo y relajante y el piafar de los caballos dentro de sus cuadras hacía las veces de banda sonora, mientras un colchón de mullido heno les servía de cama. Dominic la había arrastrado entre besos y fervientes caricias al interior del establo. Shadow esperaba encontrarse con el olor característico de aquella zona destinada a los animales, pero el lugar estaba limpio, perfumado por el aroma de la hierba seca. La necesidad de ambos era palpable, sus manos se perdían por encima de la ropa, deseando arrancarla con los dedos. Pero aun así, él se tomó su tiempo.

—¿CÓmoda? —preguntó él, acostado a su lado sobre la manta de lana que había extendido por encima de un montón de heno en uno de los recovecos vacíos.

—Tengo que reconocer, que es más blandito que la cama en la que he estado durmiendo estos días —aceptó con una tímida sonrisa. De repente, compartir aquel momento de tranquila intimidad con él la ponía nerviosa.

Él sonrió y se inclinó sobre ella, acariciándole el rostro, recordando su tacto, saboreando cada momento.

—Daría hasta mi alma para poder detener el tiempo en este momento —aseguró sin dejar de admirarla—. Ojalá la situación fuera distinta...

Ella encontró la mano en su mejilla y la ahuecó con la propia, apretándola contra su rostro mientras cerraba los ojos.

—No hablemos de ello. Ahora no. —Su voz surgió como una suave súplica—. Por favor.

Asintió y bajó el rostro sobre el de ella, acariciándole los labios suavemente, lamiéndolos con lentitud y retirándose cuando ella trataba de alcanzarle, para luego volver a acercarse y hundir la lengua en la húmeda boca adorando su sabor.

Fiel a la petición de Shadow, no volvió a tocar el tema prefiriendo, con mucho, amar a la mujer a la que no era capaz de olvidar.

Las cintas que mantenían el vestido unido fueron cediendo hasta que pudo bajárselo por los hombros, arrastrándolo para deslizarlo más allá de las caderas. Una delicada camisa interior y medias completaban la visión más erótica que había tenido en su vida. Con el pelo revuelto extendido como un halo a su alrededor, la casi transparente tela blanca revelando más que

ocultando los erguidos pezones, el triángulo de vello negro acunado entre sus piernas y unas suaves medias de lana cubriendo sus piernas desde los pies hasta el nacimiento de sus muslos, era la tentación en estado puro. La suave piel empezó a quedar al descubierto aumentando su deseo.

—Quiero hacerlo yo —murmuró ella cuando lo vio tironeando de la floja camisa para sacársela de los pantalones y quitársela.

Le permitió participar del erótico juego y separó los brazos para darle libre acceso. Aquellas pequeñas manos rozaban su piel provocando el mismo efecto que un afrodisíaco, enviando escalofríos que hicieron que la deseara todavía más. El cuerpo respondía a cada una de sus caricias y gemidos; el sexo, duro e hinchado en el confín de sus pantalones, se moría por ser liberado y conducido entre aquellos suaves muslos.

Ella se tomó su tiempo, explorando cada pedazo de piel que quedaba expuesta, trazando cada una de las blancas cicatrices que, para su asombro, encontró cubriéndole el pecho y la espalda.

—Qué... —musitó rozando, acongojada, una de las líneas aserradas. Sus ojos ascendieron para encontrarse con los suyos en el mismo momento en que él cogía su mano y se la llevaba a los labios para besarle los dedos.

—Son tiempos difíciles, diablillo —se limitó a decir, al tiempo que introducía uno de los dedos en la húmeda boca, chupándolo con lentitud.

Ella liberó su mano y le abrazó.

Su pequeña Shadow, dulce y tierna, siempre preocupada por cualquiera antes que por ella misma. Con cuidado, recorrió su espalda con las manos, calmándola como tantas veces había hecho antes para de nuevo conducirla suavemente sobre el blando colchón.

—Ah, muchacha, eres una maravilla —aseguró con voz ahogada, contemplando aquel regalo de los dioses.

Ella se retorció suavemente sobre la manta.

—Todavía no me he resignado a que no me devuelvas mi ropa interior —susurró.

Él sonrió ampliamente y se inclinó sobre ella con las manos deseosas de acariciar aquellas curvas llenas y amasar sus pechos. La boca se le hacía agua por probar aquellas cúspides, pero se obligó a deslizar únicamente un dedo sobre la tela, bordeándola mientras hablaba.

—Ésta es tu ropa interior —aseguró, moviendo ahora el dedo por encima de uno de sus erguidos pezones, arrancándole un suave jadeo—, y es mucho

más erótica que cualquier conjunto de lencería, te lo aseguro.

Ella correspondió a su sonrisa al tiempo que le acariciaba el pelo, entrelazando los dedos en la suavidad de sus mechones.

—Llevas el pelo más corto —murmuró con suavidad—. Me gusta cómo te queda ahora.

Hizo un travieso guiño y siguió dibujando su figura con la yema, hasta la uve de sus muslos; evitándola, para finalmente acariciar la piel desnuda que quedaba entre la tela de la camisola y las medias de lana.

—¿Frío? —sugirió con voz ronca.

Ella se rio.

—¿Estás de broma? Un poquito más caliente y prenderé fuego al heno.

Él le correspondió con una sonrisa satisfecha.

—Bien —aceptó, antes de deslizar sus pulgares entre los muslos y hacerlos a un lado.

Se relamió los labios de anticipación mientras acariciaba la suave piel cada vez más cerca de su sexo, arrastrando consigo la tela hasta arrugarla alrededor de las caderas.

—Ah, no... no, no, no... eso no es una buena idea, Nick —gimió ella al ver claras sus intenciones.

Sin duda, sus ojos se habían oscurecido por la pasión y el hambre que, sabía, brillaban en ellos impúdicos, así como sus intenciones.

—Deja que sea yo el que decida eso, amor —murmuró.

Shadow dio un respingo ante la primera pasada de su lengua. Todo su cuerpo vibró al unísono, dejándola sin aliento, mientras ella se aferraba con desesperación a la manta, retorciéndose, y se mordía suavemente el labio inferior para contener sus gemidos. Él sabía cómo utilizar la lengua, vaya si sabía, y lo hacía a conciencia.

—Oh, señor —no pudo evitar jadear ella, arqueando las caderas para obligarle a penetrarla más profundamente.

Sabía a mar y a cielo. Los jugos se derramaban sobre él, permitiéndole saborearla con placer, y la carne caliente lo recibía entre suaves espasmos que aumentaban su propio deseo. Podría vivir para siempre entre sus piernas, alimentándose de la dulzura y pasión que desbordaba su amante.

Aquellos pequeños jadeos de placer aumentaban su excitación, como siempre ocurriera entre ellos. Cuánto más excitado estaba uno, más se excitaba el otro, hasta que ninguno de los dos podía soportarlo y se quemaban juntos en

un infierno de sensualidad.

Dio una última lamida antes de dejarla descansar unos instantes, impidiéndole alcanzar la cada vez más cercana liberación. Ella la deseaba suplicante, anhelante; tan desbordada por la necesidad como lo estaba él. Sus súplicas, jadeos y murmullos lo inclinaban a hacer travesuras.

—Dominic, por lo que más quieras, deja que me corra —le suplicó.

Cambió, entonces, la suavidad de la lengua por la punta de sus dedos. Ligeras caricias que la tuvieron una vez más retorciéndose hasta que, lentamente, sumergió un dedo en el lubricado y estrecho canal, maravillándose de lo bien que encajaba. Luego volvió a retirarlo y repitió la operación varias veces. Lloriqueaba y suplicaba cuando introdujo un segundo dedo, preparándola para él.

—Por favor... —susurraba con lágrimas de frustración en los ojos—. Te necesito ahora, por favor...

Una vez más permitió que el cuerpo de ella se enfriase ligeramente. Ella tenía la respiración acelerada, los ojos brillantes, oscurecidos por la pasión, con pequeñas lágrimas prendidas de las pestañas.

—Te dije que me lo iba a cobrar —le susurró al oído, mordisqueándole el lóbulo con suavidad—. No puedes restregarte contra mí de esa manera y no pagar por ello, diablillo.

Shadow tenía verdaderos problemas para entenderle. ¿Cuándo se había restregado contra él?

—Nuestro viaje a caballo —le susurró al oído, como si le hubiese leído el pensamiento.

¡Ah, eso!, pensó ella con una mueca. Bueno, no es como si fuese al único al que le había afectado el paseo, aunque tenía que reconocer que ella lo había hecho más que nada como venganza.

—Lo siento —murmuró con suavidad, casi avergonzada.

Él le mordió el lóbulo un poco más fuerte haciéndola estremecer.

—Buen intento —concedió, antes de deslizarse hacia su cuello, sembrando pequeños besos y mordisqueándole la piel mientras descendía sobre la tela de la camisa interior hasta sus pechos—. Pero no es suficiente.

Sin darle tiempo a responder, tomó ambos pechos en sus manos, amasándolos suavemente; comprobando su peso, acariciando los pezones con los pulgares antes de bajar la boca sobre uno de ellos para chuparlo a través de la tela.

—¡Nick! —gimió arqueando la espalda con desesperación, sintiendo cómo aumentaban las pulsaciones en su sexo, cuando la necesidad de liberación se volvió insoportable—. Por favor, no puedo más... Lo siento... Lo siento mucho, no volveré a hacerlo... Por favor...

Dominic se detuvo al escuchar los llorosos gemidos. Estaba tan malditamente excitada que se había echado a llorar.

— *Shh*, ya, diablillo. Ya... —le susurró, besándole los ojos, la nariz y los labios—. Te recompensaré, lo prometo...

Ella no pudo evitar el hipo que escapó de sus labios.

—Idiota —resopló—. No tienes la menor idea de nada. Yo... yo no he estado con nadie desde que te fuiste... imbécil.

Una mezcla de orgullo y humillación cayó sobre él ante sus palabras; era adorable.

Tragándose su propia necesidad, le dio lo que aquel pequeño cuerpo necesitaba, llevándola rápidamente al orgasmo con los dedos. Oyó su grito mientras todavía la sentía convulsionando en torno a él.

— *Shh*, suave... —susurró, al tiempo que la acariciaba con delicadeza, prolongando el orgasmo—. Déjalo ir... Te prometo que me portaré bien la próxima vez.

Ella sorbió por la nariz.

—He perdido la cuenta de las veces que he escuchado eso, Nick —aseguró ella y su vehemencia lo hizo reír.

Lentamente retiró los dedos, contemplando aquel maravilloso cuerpo jadeante, tendido como un sacrificio pagano sobre la manta con sus colores. La tela que aún mantenía pegada a sus pechos, transparentaba los pezones y estaba recogida sobre la cadera, dejando a la vista el húmedo sexo... Si no la tenía ahora, acabaría corriéndose en los pantalones.

—Shady, eres un manjar para la vista —aseguró. Sí, era eso y más.

La vio lamerse los labios, mirándolo a través de los ojos entrecerrados, hasta que, finalmente, se alzó y quedó de rodillas frente a él. La ternura e ingenuidad que conocía seguían ahí, como la primera vez, concediéndole la tranquilidad que necesitaba su alma.

Ella acercó la boca a la suya. Primero fue un breve y tímido beso, pero cuando él abrió los labios para ella, su lengua penetró, acariciándole con una delicadeza y suavidad que lo volvía loco, que la hacía necesitarla aún más.

Enredó las manos en la camisola y la arrastró hacia arriba hasta quitársela

por la cabeza, dejándola únicamente vestida con las medias. Los pezones oscuros y erguidos se rozaron un momento contra su pecho, cuando se apretó contra él para darle un nuevo beso. Pero lo que más lo sorprendió fue la cálida y pacífica mirada de sus ojos.

—¿Mejor? —cuestionó ella con una dulce sonrisa.

—¿Cómo lo sabes, Shadow? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta—.

¿Cómo sabes siempre lo que necesito de ti?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé, es solo... Lo sé —respondió con la misma sencillez de siempre—.

Está bien, Nick... Hazlo. Tú también lo necesitas.

Él cerró los ojos con fuerza y suspiró. Cuando volvió a abrirlos ella seguía allí, mirándole, esperando. No pudo hacer más que tomar lo que ella le ofrecía.

Con un rápido movimiento, desató las cintas que mantenían sujeto el pantalón y su erección quedó libre, orgullosa y llena entre ellos.

Ella se mordió el labio inferior. Su lengua lo lamió entonces suavemente antes de volverse a mirarle.

—Ven aquí, diablillo y déjame tenerte —susurró, envolviendo sus caderas con las manos al tiempo que capturaba sus labios y la besaba con ardor mientras hundía su erección en el cálido y húmedo sexo, arrancándole un suave jadeo—. Suave, Shady...

suave.

Ella se abrazó a él, rodeándole el cuello con los brazos, para permitirle penetrar en su interior poco a poco. Él sintió cómo la llenaba, centímetro a centímetro, hasta que no pudo más y se rindió a la necesidad de ambos; al placer.

—Señor... —jadeó Shadow al sentirse llena—. Nick...

Él no era capaz de hablar. No existían palabras para describir lo que estaba sintiendo, así que hizo lo único que pudo. Por ambos, empezó a moverse, saliendo de ella para volver a entrar. La exquisita fricción lo mantenía al borde. Todo en él respondía a su necesidad por ella, a la íntima unión de sus cuerpos y a la ternura que una vez más despertó en su interior. Aquello no podía estar mal, ambos se pertenecían.

No importaba quién era cada uno o cuál fuese su papel. Amarla quizá fuera

en contra de los deseos de sus dioses, pero ella era suya. Más allá de cualquier duda, era suya y haría hasta lo indecible por mantenerla a salvo y devolverle aquello que le correspondía por derecho.

La Prometida de Dalriada era suya y no iba a permitir que nadie se la arrebatase, ni siquiera la muerte.

Ella le enredó las manos, suaves, en el pelo y pegó los senos a su pecho, rozándole con cada nuevo movimiento, mientras le aprisionaba con los muslos, cabalgándole como una diestra amazona. Y esa cálida boca, benditos fueran los dioses, hacían verdaderos estragos en su mente.

—Te necesito —se encontró susurrándole mientras la abrazaba con fuerza —.

Dioses queridos, cuánta falta me has hecho.

Ella jadeó, apretándose más contra él, y cerró los ojos con fuerza ante las indescriptibles sensaciones.

—No quería irme —musitó, ocultando el rostro en la acogedora curva de su cuello —, pero no tenía otra opción. Shadow, ocurrieron cosas...

Sus labios se apretaron durante un segundo antes de negar con la cabeza.

—Ahora no... —suplicó ella, moviéndose con él—. Solo... solo quédate conmigo. Nada más.

Él rompió aquel abrazo y buscó su boca, tomándola en un hambriento beso mientras la tumbaba de nuevo sobre la manta para profundizar la penetración. Quería marcarla sin piedad, dejar su huella sin necesidad de palabras... Y así lo hizo hasta que ella convulsionó, presa de un nuevo orgasmo que desencadenó el propio, y que apenas le dio el tiempo justo para salir de ella antes de correrse con un gemido.

Ninguno habló durante un buen rato. Tendidos uno junto al otro sobre la manta con los colores de su clan, se limitaron a recuperar la respiración. Shadow fue la primera en moverse, volviéndose hacia él, para acurrucarse al calor de su cuerpo cómo si necesitara sentirle mientras colocaba la mano sobre su corazón, sintiendo los latidos que empezaban a normalizarse.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó, apenas con un susurro.

Él se inclinó hacia ella, buscando su rostro.

—¿A qué te refieres?

Shadow se tomó un momento antes de responder. No quería volver a pelear con él.

No ahora, pero no podía dejarlo pasar.

—Nick, necesito volver a casa... por favor —susurró en apenas un hilo de voz.

Él se incorporó sobre el codo para poder mirarla. Sus ojos quedaron prendidos durante unos breves instantes hasta que él se inclinó sobre ella, besándole los labios al tiempo que susurraba.

—Pronto —le prometió con un suave beso—. Te lo juro, Shadow, pronto te llevaré a casa.

Ella no respondió. No podía. Ambos sabían qué entrañaba la respuesta de él y si ahora empezaban a discutir, el hermoso momento que acaban de compartir se esfumaría. Sacudiendo la cabeza, le cubrió la mejilla con la mano y lo atrajo hacia ella para darle un beso.

—Lo siento, Dominic —musitó, mirándole a los ojos—. Tu hogar y el mío nunca serán el mismo, ¿verdad?

Él estaba dispuesto a darle suficientes argumentos para hacerle cambiar de opinión, pero ella no se lo permitió. En su lugar posó el dedo índice sobre sus labios y negó con la cabeza. No deseaba pelear. No ahora, no esa noche. Solo deseaba volver a estar en sus brazos y sentirse querida una vez más, pues ya nada le garantizaba que el mañana pudiese encontrarlos juntos.

—No digas nada —le pidió con una perezosa sonrisa, al tiempo que bajaba la mirada hacia su nuevamente endurecido sexo—. Es mi turno.

CAPÍTULO 15

Un ligero escalofrío bajó por la espalda de Ramsey mientras contemplaba el mar sumido en sus pensamientos. Era incapaz de apartar la mirada de las olas que rompían contra el acantilado, el embravecido océano parecía hacerse eco de sus propios pensamientos. Una cálida mano se posó sobre su hombro y sus ojos azules se encontraron entonces con los de su mujer, que le dedicó una cálida sonrisa.

—Llevas mucho tiempo aquí —murmuró ella por encima del sonido del viento—.

¿Por qué no volvemos a casa? Podemos pasar por la comisaría y ver si el inspector López ha descubierto algo.

Envolviendo lentamente el brazo en torno a su mujer, se giró dando la espalda al picado mar donde las olas salpicaban al impactar con fuerza contra las rocas. Con el viento que hacía, solo las aves y algún que otro aventurero se acercaría en un día como aquél al parque de la Torre de Hércules.

Abrazados, subieron de nuevo por el estrecho sendero empedrado que rodeaba el faro romano. El coche era un pequeño punto blanco en el aparcamiento situado a los pies del monumento. Por lo demás, estaba prácticamente vacío.

Anna volvió sus ojos marrones hacia él. Llevaban más de una semana sin tener noticias de Shadow. Había desaparecido sin más. Supieron por el dependiente de la tienda de fotografía que había estado allí la misma tarde de su desaparición, pero después de aquello, todo lo que pudieron averiguar fue a través de supuestos testigos, los cuales afirmaban haberla visto en aquel mismo lugar.

Salvamento Marítimo hizo todo lo posible por rastrear la zona, que ayudados por algunos voluntarios de Protección Civil, peinaron los alrededores durante varios días sin encontrar rastro alguno, descartando que ella pudiese haber sufrido un accidente y caer al mar. Él estaba convencido de que aquello no era posible, Shadow conocía el lugar como la palma de la mano, nunca se aventuraría tan abajo.

Ramsey había denunciado su desaparición un día después de hablar con su hermana por teléfono. Tras infructuosos intentos por localizarla, se pasó por el apartamento. Lo encontró vacío y a su feo gato maullando de hambre.

El agente López les había atendido en la Jefatura de Policía de Oza de los Ríos y habló extensamente con Ramsey sobre la posibilidad de que ella se

hubiese marchado con algún amigo o algo similar. Fue entonces cuando se barajó un posible secuestro por parte del único hombre que tendría algo que ver con ella; ella había explicado su fortuito encuentro en el Aeropuerto de Alvedro con Dominic.

La idea de que se hubiese marchado con él por propia voluntad les seguía inquietando. Ellos mejor que nadie vieron lo destrozada que se quedó Shadow cuando aquel malnacido la abandonó; la sola mención de su nombre hacía que quisiese cambiar de tema, no deseaba hablar de él, lo que hacía poco creíble la posibilidad que la policía barajaba como voluntaria.

—¿Has conseguido hablar con la señora McTavish? —preguntó Ram.

Ella se apretó contra su costado y asintió.

—Hablé esta mañana con ella. Eso es lo que venía a decirte —respondió frotándole el brazo—. Me ha dicho que la última vez que vio a su hijo fue hace algo más de una semana; se despidió de él en el aeropuerto. No estaba solo, al parecer uno de sus primos le acompañaba; lo que tiene sentido, ya que cuando me lo encontré iba acompañado de otro hombre.

Ram negó con la cabeza.

—¿Te dijo si sabía algo de Shadow? ¿La ha visto? ¿Se han puesto en contacto con ella? No sé... Algo...

Ella vaciló unos momentos, dudando si continuar.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te ha dicho?

—En realidad no es lo que me ha dicho, sino lo que no dijo —respondió, negando con la cabeza—. Cuando le expliqué el motivo de mi llamada, enseguida me aseguró que Dominic no haría algo como eso y mucho menos a ella. Le pregunté si sabía cuándo volvería su hijo...

—¿Y qué te dijo?

Ella frunció el ceño y chasqueó la lengua.

—Que no iba a volver —respondió con un suspiro—. Me explicó que Dominic tenía que hacerse cargo de los negocios de su padre y que dudaba que volviese a verlo durante algún tiempo.

—Pero eso es ridículo... ¿Y mi hermana? ¿Se ha ido con él?

Ella dio un paso a un lado, evitando meter un tacón en las desiguales piedras del suelo mientras descendían por el empinado camino de piedra, al tiempo que detenía la mirada sobre la espalda de la estatua de *Breogán* que presidía el comienzo del ascenso a la torre.

—No lo sabía y con todo... —negó con un suspiro. Ella se detuvo y se

volvió para mirarlo—. En un momento determinado de nuestra conversación, me dijo que quizá Shadow había vuelto al lugar al que pertenecía, pero... No lo entiendo.

Ramsey se quedó rígido al escuchar las palabras de su mujer. El mal presentimiento que había tenido desde el principio con respecto a la desaparición de su hermana empezó a hacerse más intenso.

—¿Tiene eso algo de sentido para ti?

Sus ojos azules recorrieron el dulce rostro femenino, se lamió los labios y la instó a seguir caminando hacia el coche, al tiempo que lanzaba fugaces miradas hacia atrás.

—No puede estar pasando. Simplemente... no puede.

Anna observó la preocupación que reflejaban sus ojos. Le conocía demasiado bien para saber que había algo en todo aquello que no le decía.

—Ram, ¿qué es? Dímelo.

Con un profundo suspiro, se detuvo al final de la rampa de bajada, sorteando los pivotes de metal que cerraban al tráfico con dos cadenas la entrada al parque, y se giró para enfrentar de nuevo al enorme y antiguo faro romano, que había obtenido el título de Patrimonio de la Humanidad para regocijo de la ciudad.

—Ojalá lo supiera, Anna —respondió con voz quebrada, mientras se pasaba una mano por el rostro—. ¿Recuerdas lo que te conté sobre la adopción de mi hermana?

Ella asintió lentamente, haciendo un rápido recordatorio de todo aquello.

—Sí... —respondió con una ligera vacilación—. Tus padres la acogieron en la familia después de que la encontrarais sola y abandonada. Asuntos Sociales se hizo cargo de la niña y enseguida os la dio en adopción. Fueron unos trámites muy rápidos para los estándares de la época, pero perfectamente legal.

Él asintió. Se volvió e indicó con un gesto de la cabeza el faro.

—Mis padres me habían traído a ver la Torre de Hércules. En aquella ocasión el día estaba nublado pero hacía buen tiempo, en realidad mejor de lo habitual en esta zona —empezó a narrar, rememorando—. Vinimos dando un paseo. En aquellos días no existía el aparcamiento ni el parque escultórico tal y como lo ves, los que se aventuraban hasta aquí arriba para disfrutar de las vistas eran mayormente gente de los alrededores y amantes del campo abierto. Recuerdo que nos encontramos con algunas personas, mis padres

intercambiaron algunas palabras con ellos mientras yo jugaba. No sé por qué miré hacia arriba, pero cuando lo hice, las nubes que había sobre la Torre parecieron surcadas por una especie de halo de luz. Les llamé y señalé hacia el lugar, pero no me hicieron mucho caso.

—Pudo haber sido cosa de alguna tormenta electromagnética, o quizá el reflejo del sol —sugirió Anna, sorprendida por aquella inesperada historia.

Él negó con la cabeza.

—No sé lo que era, Anna, pero lo que sí sé, es que subí allí arriba y en la zona que hoy ocupa el mosaico de la Rosa de los Vientos se alzaba una columna de luz — continuó con la mirada perdida, como si pudiese verlo de nuevo en sus recuerdos—.

Había gente paseando, incluso niños jugando y persiguiéndose, pero ninguno pareció ver aquel extraño fenómeno.

—¿Qué quieres decir?

Él la miró y respiró profundamente. Aquél era un secreto que guardaba desde hacía años.

—Mi hermana... Shadow... —murmuró en voz baja—. Ella apareció en el centro de aquel haz de luz. Mi madre estaba fuera de sí cuando nos encontró a ambos sentados en el suelo, demasiado cerca de los acantilados como para evitarle a ella una apoplejía y a mí una buena zurra. Imagino que el que hubiera una niña pequeña de tres o cuatro años, sentada a mi lado y sin dejar de llorar, contribuyó un poco a que se olvidara del castigo después de sermonearme y comprobar que no me había roto el cuello durante la excursión.

Anna parpadeó varias veces como si necesitara asimilar lo que acababa de contarle.

—¿Me estás diciendo que a tu hermana... la encontrasteis aquí? —su mirada subió de nuevo hacia la Torre.

Él negó con la cabeza.

—No solo la encontramos, Anna, ella *apareció*. —Se pasó la mano a través del dorado pelo y resopló—. Sé que todo parece una locura, yo mismo me obligué a creer que aquello no había sucedido nunca pero... ella no estaba allí al principio, cuando apareció el haz de luz, y luego estaba allí; la vi tendida en el suelo, envuelta en una especie de capa de lana áspera... Incluso su ropa era extraña... Antigua...

Anna frunció el ceño.

—¿Cómo de antigua?

Indicándole con un gesto que la acompañase, regresaron al aparcamiento donde habían dejado el coche. Él sacó las llaves del bolsillo y abrió el maletero, que estaba vacío de no ser por una pequeña y gastada caja de cartón. Tras abrirla, extrajo de su interior una vieja manta de lana, un pequeño y sencillo vestido y un camisón infantil de factura y diseño antiguo.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Lo que llevaba mi hermana el día en que la encontré.

Anna tomó las prendas, cada vez más confundida con todo aquello. La textura no se parecía a ningún disfraz que hubiese tocado anteriormente, la manera en que estaban rematadas, las costuras, aquello era un trabajo completamente artesano.

—Esta tela...

Él respiró profundamente y buscó nuevamente en la caja, extrayendo ahora un sobre marrón. Se lo tendió.

—Le he enviado una muestra de cada tela a un amigo que tengo en Londres, para que hiciera algunas pruebas —dijo cogiendo las prendas para que ella pudiese abrir el sobre—. El resultado... Bueno... descúbrelo por ti misma.

Ella sacó los papeles del interior y los hojeó rápidamente. El color de su rostro empezó a palidecer a medida que iba leyendo los marcadores del análisis hecho mediante la prueba del Carbono 14 a los tejidos.

—Esto es imposible...

Él respiró profundamente y repitió en voz alta lo que decían los papeles.

—Según los análisis, estas telas proceden de algún punto del Reino Unido o Escocia, de un periodo de tiempo comprendido entre finales del 700 y principios del 800 d.C.

Bajó lentamente el papel para mirarle al rostro, el cual hablaba de la misma incredulidad y sorprendente seguridad que posiblemente mostrase el suyo propio.

—Esto es una locura —susurró, alzando lentamente el papel.

—Lo sé —aseguró él mientras los depositaba de nuevo en la caja—. ¿Pero qué otra explicación puede haber?

Anna parpadeó varias veces, enfocando la mirada hacia el antiguo faro y se estremeció. La sola idea de lo que ambos barajaban era simplemente... imposible.

¿Verdad?

—¿Crees...?

—No lo sé, Anna. Ya no sé qué creer.

Sin más, Ramsey se volvió hacia Anna y le tendió la mano, atrayéndola hacia su pecho para abrazarla y consolarse con su calor mientras rogaba al cielo que, allí donde estuviese su hermana, nadie la dañara.

CAPÍTULO 16

Los ecos del sueño todavía inundaban la mente de la *baisleac* cuando salió a la fría madrugada. El cielo estaba perlado de estrellas y la luna creciente emitía un tenue brillo que caía como un manto mortecino en la quietud de la noche. Le temblaban las manos, el aviso había sido tan intenso que pasarían horas antes de que pudiese serenarse y tomar la decisión correcta. Tendría que partir, cada una de las revelaciones del *aisling* así se lo mostraron. Se avecinaban tiempos de cambios, días difíciles y muerte aguardaban a la vuelta de la esquina y esa niña volvía a ser la única protagonista.

Su mirada voló sobre el poblado, deteniéndose en el pequeño establo. El destino existía por una razón y muy pocas veces podía ser eludido. El de ellos era el más doloroso de todos. Su encuentro no fue fortuito, todo formaba parte del plan maestro; aquél que se puso en movimiento veinticinco años atrás y del que ahora ya no estaba tan convencida.

—Esta tela de araña se va tejiendo poco a poco —musitó para sí—, formando un entramado en el que nadie sabe dónde está el final.

El aire frío la hizo estremecer. Tiró del chal con el que se cubría, guardando el calor del interior del hogar. Le esperaba por delante una larga noche de vigilia y preparativos. Partiría por la mañana, debería dar tiempo a los recién casados para despedirse.

Un movimiento en las cercanías del establo llamó su atención. Parecía que algunas criaturas decidían dejar ya sus madrigueras para enfrentarse con el destino. La presintió antes de que la luz de las antorchas le permitiese verla. Vistiendo el mismo traje de la ceremonia de la tarde anterior, la Prometida de Dalriada echaba furtivas miradas por encima del hombro, moviéndose con nerviosismo al amparo de las sombras. La urgencia en sus pasos igualaba a la vacilación existente en ellos mientras atravesaba el poblado, desorientada y demasiado ruidosa para su propio bien.

— *Ach*, muchacha, tenéis suerte de que los hombres aún duerman la resaca de la fiesta de la tarde —farfulló, siguiendo sus pasos con la mirada. Tenía claro que la mujer no era material para fugas, casi esperaba que su amante la descubriese antes de poner siquiera un pie fuera de la aldea; algo que, por otro lado, no podía permitirle.

Existían caminos que debían ser recorridos por una única persona y éste era el de ella.

Echando mano de un antiguo encantamiento druídico dejó caer sobre la

aldea la *Neblina del Sueño*, que se levantaría con los primeros rayos del alba; tiempo más que suficiente para que ella pusiese su destino en movimiento. Los hombres de los clanes confiaban en su presencia y en su sabiduría, algunos pensaban en ella como una hechicera, otros como una simple curandera. La ignorancia era una bendición que le permitía ocultar aquello que no tenían por qué conocer, después de todo ya existían bastantes druidas en el reino con poder más que suficiente para hacer lo que se necesitaba. No la echarían de menos a ella, salvo en algunos casos puntuales.

—Hombres, tan complacidos con sus barrigas llenas que no alcanzan a mirar lo que hay debajo del ombligo —chasqueó con una perezosa sonrisa. Su mirada captó los últimos pasos de la muchacha, que ya se perdía por detrás de la línea de chozas lindantes con el muro de piedra defensivo que encerraba la aldea—. Que los dioses guíen vuestros pasos, Prometida. Tenéis un largo camino por delante y no está exento de peligro.

Con una última mirada al cielo nocturno, se arrebujo en su chal y volvió al interior de la casa para prepararse para el largo viaje que tenía por delante.

Shadow se quedó quieta ante un nuevo ruido. El corazón le latía desbocado, apenas se atrevía a respirar por temor a ser escuchada. Era un milagro que nadie hubiese salido de sus casas y se hubiese topado con ella, visto el estruendo que hizo al chocar contra aquellas piezas de barro. Cuando éstas cayeron al suelo haciéndose pedazos, el corazón se le detuvo esperando que alguien apareciese, espada en mano, para rebanarle el pescuezo. O peor aún, que fuese Dominic el que despertase y se encontrase solo en la cama de heno que habían compartido.

Él iba a odiarla cuando descubriera su desaparición. Lo abandonaba como él lo hiciera dos años atrás; dejando su cama tibia y sintiendo todavía las caricias en su cuerpo, pero ahora más que nunca entendía que jamás la devolvería a su hogar. Al menos no al hogar que ella reconocía como suyo; su época.

No existía futuro para ellos. La amaba, ya no tenía dudas al respecto, y por eso mismo dolía incluso más dejarle, sabiendo el daño que le causaría. No era una mujer vengativa, jamás lo había sido, y lo quería a su vez, pero sabía que no renunciaría sin luchar. Por algún azar del destino se había convertido en la Prometida de Dalriada; un icono para un pueblo desesperado; una esperanza que ella rechazaba y con la que era incapaz de identificarse. Él los llamó «su

pueblo», pero la realidad era muy distinta, aquélla no era su vida. Si tenía que creer en sus recuerdos y en el dolor que habitaba en su corazón... sí, ella había nacido en esa era, pero no pertenecía a ella.

«Solo soy una mujer, no puedo hacer milagros. No puedo darles lo que quieren.

No puedo».

Amparada por la oscuridad de la noche, se movió dejando siempre a su espalda la casa de piedra situada en el centro del poblado. Le habría gustado tener más tiempo y conocer la ubicación de cada choza, cada recoveco, pero tenía que conformarse con lo que había aprendido durante la celebración de la tarde anterior. Los aldeanos le ofrecieron generosamente algunas pistas de la distribución de la aldea cuando se acercaban a saludarla, correspondiendo a su fingida curiosidad con genuina entrega.

Veían en ella algo más de lo que era realmente, negándose a comprender que jamás podría ser lo que esperaban; el milagro que creían que había llegado a ellos para liberarles.

¿Por qué no podía, simplemente, olvidarles? No era como si los conociese realmente, no hubo tiempo para un verdadero acercamiento salvo, quizá, con Ciara; sin duda echaría de menos a la druidesa. Le gustaba esa mujer y deseaba de todo corazón que su reciente matrimonio fuese con el tiempo todo lo que siempre había querido y más.

Pero su vida no estaba entre ellos, lo que conocía residía en otro tiempo; uno en el que no existía la magia, donde ella no era un milagro, donde no era nada más que Shadow.

Arropándose con la manta que llevó el día anterior en la boda, echó un rápido vistazo hacia el corral, que albergaba unas cuantas cabezas de ganado y un par de jamelgos famélicos, a juzgar por la línea de las costillas que se notaba a través de su piel. Junto a ellos descansaba un pequeño ruano que sacudió la cabeza al notar una presencia extraña.

Su experiencia con los caballos se limitaba a un par de ocasiones; la primera, un corto paseo en un circuito cerrado, con las riendas en manos del cuidador, y eso cuando tenía doce años; la segunda vino de la mano de Dominic, algunos meses después de empezar a salir. Él insistió en hacer una ruta a caballo, prometiéndole que sería divertido. Había estado tan rígida sobre el enorme animal que le dolían hasta las uñas cuando por fin pudo poner los pies en el suelo.

—Está claro que andando no voy a llegar ni a la tienda de la esquina —farfulló, echando un nuevo vistazo a su alrededor para luego volverse de nuevo hacia el corral, dónde el curioso ruano se acercaba con paso tranquilo a ver qué era aquello que interrumpía su sueño.

Dio un par de pasos atrás al ver al animal ahora de cerca. Si bien no era tan grande como el semental en el que la montó Dominic en su camino hacia la aldea, seguía siendo bastante grande. Una vieja y gastada cuerda le rodeaba el hocico y la cabeza, colgando por un costado.

—Hola, bonito —susurró, acercando tímidamente la mano a la testuz del jamelgo.

A pesar de sus pocas dotes como amazona, le encantaban los caballos—. Siento haber importunado tu descanso, pero necesito que me hagas un favor...

Un ligero bufido abandonó sus labios al escucharse a sí misma. Estupendo, justo lo que le faltaba para acabar de volverse loca por completo.

—Señor, como no me vaya pronto de aquí terminaré hablando con las piedras.

Aunque lo peor vendrá cuando éstas me contesten —resopló.

En la oscuridad de la noche era difícil encontrar el camino adecuado, así que lo que podían ser minutos se le antojaron horas, antes de que diese con la apertura del corral para sacar de él a su nuevo compañero de viaje. El tiempo apremiaba, necesitaba poner la mayor distancia posible entre ella y Nick, pues estaba segura de que en el momento en que descubriese su falta saldría tras ella.

Volvió a ocultarse una vez más a escasos metros del muro de piedra que formaba la línea defensiva del poblado, rogando al cielo para que el caballo que acababa de robar se mantuviese en silencio. Dos fornidos hombres con los colores de los McNeil custodiaban la única entrada, cortándole cualquier posibilidad de salida.

—Mierda —masculló volviéndose para mirar al animal, barajando la posibilidad de marcharse a pie. Suspirando se dejó ir contra la pared del cobertizo, tras el que encontró refugio, y se preguntó, no por primera vez, si podría escapar de allí algún día.

Un sonoro aullido atrajo la atención de los hombres y del caballo, que relinchó en respuesta para su absoluta consternación. Con el corazón en la garganta, vio cómo uno de los hombres se giraba oteando en la oscuridad buscando el lugar de procedencia de aquel sonido, mientras su compañero,

arma en mano, abandonaba también su posición cuando el enorme lobo de Aedan hizo su entrada con una tranquilidad y elegancia pasmosa.

—Solo es *Riska* —oyó la voz gutural de uno de ellos, aunque no pudo entender más que lo que parecía ser el nombre del lobo—. Déjale pasar.

El hombre que había estado mirando en su dirección se giró hacia él y chasqueó la lengua.

—Ese maldito lobo me ha dado un susto de muerte —masculló mirando al can pasar entre ellos—. Los animales se ponen nerviosos, casi hubiese podido jurar que el relincho que escuché venía de algún lugar cercano a la casa del curtidor.

El lobo caminó hacia ellos, sus ojos ambarinos brillando en la noche mientras su enorme cabeza se alzaba y olfateaba el aire para luego volverse hacia el lugar dónde se ocultaba ella.

Shadow se tensó, rezando para que el maldito chucho no avanzase en su dirección.

Si bien le gustaban los perros, y aquel era un hermoso ejemplar, seguía siendo un animal salvaje al que a menudo había encontrado con el hocico en la puerta de su cuarto, mirándola. Casi diría que vigilándola.

Con una rápida pasada de la lengua, el lobo se volvió hacia los hombres del clan paseándose entre ellos, solo para coger entre sus fauces una bolsa de arpillera y empezar a trotar alegremente mientras los dos hombres corrían tras él lanzando toda clase de improperios.

Algo cayó de la bolsa mientras el lobo la arrastraba, quedando a la vista bajo la luz de los pebeteros que ardían a ambos lados de las columnas que formaban el arco de piedra de la entrada principal. Tiradas en el suelo de tierra, ella recogió un par de manzanas y un polvoriento trozo de queso, cayendo entonces en la cuenta de que ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacerse con algunas provisiones antes de partir.

Envolviendo el inesperado botín en la manta de cuadros que llevaba como chal, tiró del reluctantante caballo y ambos se deslizaron en la silenciosa noche, dejando atrás el poblado que la había acogido durante los últimos días y al hombre causante de todo.

La luz de la mañana se filtraba ya a través de la ventana derramando su calor sobre la cama. Aedan se había despertado hacía horas, solo para quedarse mirando a la mujer tendida a su lado: su esposa. La única que a

partir de ahora calentaría su lecho, concebiría y daría a luz a sus hijos; la única a la que desdeñó la misma mañana de su boda, solo para volver hecho un guiñapo y asistir a la ceremonia como un hombre que se enfrenta a una infernal condena. Ella estaba tan asustada como él mismo, pero en su favor tenía que admitir que su druida guerrera se había entregado con valor y honor a la palabra de sus esponsales, el mismo valor que mostró ante él en su noche de bodas.

No podía dejar de pensar en ella y en su unión; en la ternura que vertió sobre él; en el temor virginal de sus ojos antes de sucumbir por completo a sus caricias; en su enfebrecida respuesta, poniéndose a la par que la de él.

Ciara le había ofrecido más en una noche que cualquier mujer en toda su vida.

Una ligera sonrisa le curvó los labios mientras se inclinaba sobre ella para depositar un suave beso en su frente y después en sus labios. Si no tenía cuidado, su esposa podría muy bien penetrar algo más que su piel e instalarse allí definitivamente, algo para lo que todavía no estaba preparado.

Un ligero aleteo y unos profundos y somnolientos ojos dorados le dieron los buenos días.

—Buenos días, *mnatha*.

Ciara se lo quedó mirando durante un instante, entonces empezó a sonrojarse al darse cuenta de dónde estaba y con quién.

—Buenos días, *aceim* —respondió apretando la manta contra su pecho, con sus ojos vagando por la habitación y concentrándose en cualquier cosa, excepto en él.

Él sonrió ante su incomodidad, pero no la azuzó. Conocía bien a Ciara y sabía que le lanzaría lo primero que tuviese a mano si la presionaba demasiado en aquellos primeros momentos.

—Ya ha amanecido —continuó ella volviéndose hacia la ventana—. Debería ir a la cocina y...

Una curiosa mano, deslizándose por la suave y desnuda piel de su espalda, cortó todo pensamiento. Él siguió con su incursión hasta posarse en un turgente pecho y atraer el sorprendido y sonrojado rostro femenino hacia él.

—Pronto tendremos que partir —la interrumpió, acariciando su mejilla con la mano libre, delineando su labio inferior con el pulgar antes de bajar su boca sobre la de ella—. Pero ahora, permíteme que te dé los buenos días correctamente.

Ciara solo pudo gemir en respuesta y entregarse nuevamente a la pasión que su marido despertaba en ella.

El amanecer encontró a Dominic solo en el lecho que había compartido con su amante.

El lado en el que había dormido Shadow estaba vacío y frío.

Al principio, la idea de que ella estuviese enfadada o confusa por lo ocurrido le dio pie a esperar que hubiese regresado al cuarto que ocupó los últimos días, era posible que deseara evitarlo, pero ahora ya no estaba tan seguro.

El temor se había instalado en su pecho poco después del amanecer, cuando fue incapaz de encontrarla en la casa ni en ningún otro rincón de la aldea. Los hombres que custodiaban la entrada del poblado juraron y perjuraron que nadie, a excepción de *Riska*, había traspasado el umbral y, después de la resaca de la celebración del día anterior, nadie parecía recordar si la vio deambular por la casa o el poblado.

—Por todo lo sagrado, ¿qué has hecho ahora, diablillo? —murmuró, echando un último vistazo en torno al salón principal para volver seguidamente sobre sus pasos a su propia habitación con intención de armarse y continuar con la búsqueda fuera del poblado.

El *laird* McNeil había movilizado a todos sus hombres, enviándolos a registrar cada uno de los rincones del pueblo. Él lo había puesto al corriente de lo ocurrido cuando se cruzó con él y la sabia *baisleac*, que le comunicaba en ese momento su necesidad de emprender un repentino viaje. Su obvia preocupación y urgencia llevó al jefe del clan a ordenar una batida completa que, de momento, no había dado resultados.

Completamente armado, con la bolsa de arpillera atada al cinturón, abandonó el dormitorio y cruzó a grandes zancadas el pasillo hasta salir de nuevo al salón principal. Allí se topó con Aedan, que abandonaba la cocina con una bandeja llena de viandas en las manos.

—¿Ey? ¿Dónde está el fuego? —lo saludó el druida con una amplia sonrisa, que fue desvaneciéndose al tomar conciencia de las ropas que vestía su compañero.

Rápidamente dejó la fuente en manos de una de las mujeres que organizaban el desayuno y se unió a su amigo—. ¿Qué ha pasado?

No habría hecho falta que respondiera, sus ojos hablaban de un profundo

temor.

—Shadow ha huido.

Aedan frunció el ceño.

—¿Cómo que ha huido?

Sin responder, pasó junto a su amigo, de camino a la puerta principal, solo para verse interceptado por el laird McNeil, que entraba en esos momentos acompañado de la *baisleac*.

—¿Se sabe algo de ella? —les preguntó directamente.

La negación de *laird* se hundió con fuerza en su interior, aumentando su inquietud.

—No está en ninguna parte del poblado, nadie la ha visto siquiera —respondió éste, con una pesarosa negativa.

Él frunció el ceño ante la expresión del laird. Había algo más, estaba seguro.

—¿Qué otras noticias hay? —insistió, casi temeroso de conocer la respuesta.

—Un par de exploradores del clan vecino se han encontrado con uno de mis hombres —explicó sin apartar la mirada de la del druida—. Han dicho que han visto una patrulla northumbriana a unas pocas millas de Kilmartin. Por lo poco que consiguieron escuchar... No son buenas noticias.

El color empezó a escapar de su rostro mientras el laird asentía.

—Saben que está aquí, hijo, y tienen orden de matarla —añadió.

Un rápido estruendo de pies anunció la llegada de alguien más. Los tres se volvieron entonces hacia la entrada para ver a uno de los guerreros McNeil.

—*Laird*, Donall acaba de asegurarse, falta el ruano del corral.

El temor ante las conclusiones a las que llegó se hacía cada vez más asfixiante.

—¿Ha podido cogerlo ella? —preguntó Aedan, que parecía igual de tenso que su amigo.

Él sacudió la cabeza.

—Ella no sabe montar... No muy bien, al menos... Pero a estas alturas, ya no sé qué pensar —aceptó, pasándose una mano a través del oscuro cabello—. ¿Pero cómo es posible que nadie la viese salir, y además con un caballo? ¿Dónde diablos estaban los guardas de la entrada?

—No es momento de buscar culpables —los interrumpió la *baisleac*, dirigiéndose a Aedan y él—. Tenéis que salir a buscarla, los caminos no son

seguros.

Aedan no dudó en asentir.

—Y cuando deis con ella, seguid viaje —añadió entonces el laird McNeil—.

Partiremos ahora mismo para Cean Loch Gilb a poner sobre aviso a los jefes de los demás clanes. Con ella aquí, se unirán bajo un solo estandarte. Es hora de recuperar lo que se nos ha arrebatado.

Él fijó la mirada en el hombre. El fuego que ardía en los ojos del laird era el mismo que ardía en los corazones de todos los escotos. Dalriada llevaba demasiado tiempo en las manos equivocadas, unas teñidas de sangre. Era el momento de anunciar a voz en grito a los pueblos de Dalriada que su Señora había regresado y les devolvería lo que era suyo por derecho.

—Daré con ella —prometió con vehemencia—. Aunque sea lo último que haga, la Prometida de Dalriada volverá a ocupar el lugar que le pertenece.

Aedan se mostró de acuerdo.

—Necesitaré a Ciara —anunció entonces la anciana, mirando a Aedan—. Hay algo importante que debo hacer sin dilación. Necesitaré que me acompañe y atestigüe lo que sea que el destino nos tiene reservado.

—Se reunirá con vos a la mayor brevedad, *baisleac* —asintió Aedan, con un firme gesto de la barbilla, dando media vuelta en dirección al corredor, solo para detenerse un último momento y mirar a su compañero con una firme promesa llameando en sus ojos—. La encontraremos, Kieran.

Él confirmó sus palabras con un movimiento de cabeza. Lo harían. Y que los dioses se apiadaran de aquellos que osaran tocarle un solo pelo, pues sería él, y no los northumbrianos o los *cruithne*, el que iniciaría una verdadera masacre que teñiría Dalriada de rojo.

Eógan, hijo de Óengus, volvió su mirada hacia la inmensa extensión de tierra que se extendía a sus pies; el hogar de sus antepasados, de sus dioses; una tierra regada con la sangre de las tribus del norte y de sus enemigos.

Su rostro, de planos angulosos y piel oscurecida por el sol, mostraba un tatuaje azul con intrincados motivos que descendía desde la comisura del ojo derecho, acariciando la barbuda mejilla. Pequeñas trenzas caían mezcladas con mechones negros hasta un amplio y marcado pecho cubierto por una tosca piel curtida.

De estatura baja, el rey picto mostraba la apariencia de un curtido

guerrero, pero solo si se lo miraba de cerca. Si alguien se atrevía a observar su rostro en aquellos momentos de soledad, vería en su mirada una profunda pena; una promesa incumplida que lo había rondado y todavía rondaba, cual fantasma en su alma.

—Que los dioses sean benévolos y ella esté en tus brazos, *mo ríoghain*.

Toda su alma estaba puesta en aquel ruego. Toda su redención y el perdón que lo absolvería, cuando volviera a reunirse con ellas en el más allá. Si cerraba los ojos, todavía podía oír su risa, sentir el tacto suave de su cabello del color de la corteza de los árboles, ver el color de la tierra que tanto amaba en su mirada... Su amada... Su reina... La mujer que había pertenecido a otro. Aquella que deseó por encima de todas las cosas.

Ella fue como un soplo de brisa en su vida. Sus breves encuentros, intensos y clandestinos, los condenaron a ambos ante los ojos de sus dioses.

Lady Bridei, esposa del northumbriano con el que hizo una alianza hacía veinticinco años, muerta por las acciones del mismo títere que hoy se sentaba en el trono de Dalriada. Ella era una mujer dulce, de carácter sumiso, solo desmentido por el brillo del rencor en sus ojos. Odiaba a su marido con toda la fuerza de su alma, algo que Eógan había aprovechado en su propio beneficio para atraerla a su cama.

En sus brazos descubrió a la verdadera Bridei, una mujer dispuesta a dejar a su inútil y cobarde marido para vivir con tan solo el cielo como techo y una manta por cobija. «*Dormiría bajo las estrellas si eso significara no alejarme jamás de ti, amado mío*».

La mujer que concibió a su hija, solo para perder a ambas en la maldita masacre que los northumbrianos emprendieron contra los escotos.

Ese día, los dalriadanos perdieron un rey y ganaron un diablo.

Ese día, él, Eógan, rey de los *cruithne*, perdió su alma y obtuvo la maldición que lo mantenía con vida y sin heredero, salvo aquella a la que ya había perdido.

—*Ard Tiarna* —oyó una rasgada voz, seguida por los amortiguados pasos de uno de sus hombres—. Mi Rey, ha llegado un mensajero de esos indeseables norteños.

Sin apartar la mirada del horizonte, para evitar que nadie contemplase su duelo, respondió con voz profunda; dura.

—Habla.

El hombre, menudo y ataviado con pieles, permaneció con una rodilla en

el suelo y la cabeza gacha mientras le comunicaba las nuevas a su señor.

—El rey de Dalriada exige que os presentéis en Dunnad, Mi Señor, con vuestros mejores y más avezados guerreros —empezó a recitar, poniendo especial cuidado en pronunciar las palabras tal y como se las transmitió el mensajero después de que varios hombres lo hubiesen interceptado y llevado al poblado—. Pide que hagáis honra a la palabra dada y ayudéis a diezmar a los insurrectos escotos. El Alto Druida ha anunciado la llegada de la Prometida de Dalriada.

El rey se volvió lentamente hacia el hombre inclinado a sus pies.

—¿La Prometida de Dalriada?

—Sí, *Ard Tiarna* —contestó sin alzar la mirada—. El *asarlaí* ha confirmado las palabras del emisario. Ha dicho que tiene que hablar con vos.

El *asarlaí* era el hechicero ritual de la tribu, un hombre anciano que había estado a su lado, y al de su padre, y al de su abuelo antes de eso, y juraba que incluso unas cuantas generaciones atrás. El anciano poseía los mismos conocimientos de un druida.

Su poder igualaba al de los dioses y de su boca a menudo solo salía la verdad. El que lo hubiese hecho llamar solo podía significar que los *cruithne* estaban destinados a participar una vez más en la batalla que se avecinaba.

Sin decir una sola palabra, giró sobre los talones y recorrió a zancadas la distancia que lo separaba de su caballo. Montó y volvió grupas para regresar al poblado y conocer su destino y el de su pueblo.

Dominic estaba terminando de atar las cinchas del caballo, asegurándose de que llevaba todo lo necesario al tiempo que echaba rápidas miradas al cielo, mientras observaba cómo el amanecer estaba dando paso a la mañana. Nubes grises de tormenta empezaban a amenazar por el norte. El olor en el aire y el nerviosismo de los caballos solo confirmaban lo que sus sentidos de druida, en sintonía con la Naturaleza, le pronosticaban; iba a ser un infierno de tormenta.

—Debemos darnos prisa —murmuró, tirando con fuerza de la última de las cintas para luego subir al lomo del animal.

Aedan, que en esos momentos acababa de preparar su propia montura, asintió y subió también. Ciara salía en aquellos momentos con la *baisleac* de la casa principal.

Sus miradas se encontraron durante un breve instante con un íntimo

mensaje.

—Vamos —dijo él, volviendo grupas y azuzando a su caballo para iniciar la marcha.

—¡Tenéis que llevarla a Cean Loch Gilb antes de que la luna alcance su ciclo! — Las palabras de la sabia resonaron mezcladas con el golpeteo de los cascos de los caballos en el suelo.

Runa no podía estar segura de si la habrían escuchado, pero no importaba; las cosas seguirían el curso que debían seguir.

Frunciendo el ceño, chasqueó la lengua y se giró hacia la joven druidesa, le palmeó la mano y la miró durante un breve instante.

—Partiremos inmediatamente para Crinan —le informó mientras caminaba hacia el carro, que había sido preparado según sus instrucciones.

—¿Crinan? —murmuró el *laird*, que estaba organizando todo para su pronta partida—. ¿Por qué allí, *baisleac*?

La mujer se volvió hacia el hombre y esbozó una lenta sonrisa.

—Porque así lo mandan los dioses, mi *laird* —respondió sin más, volviéndose finalmente hacia Ciara—. Y debemos darnos prisa, el tiempo pasa demasiado rápido desde que ella está aquí.

—Partiremos de inmediato —aceptó Ciara, cogiendo los últimos dos sacos que estaban apoyados junto al suelo de la carreta para subirlos a la parte de atrás.

—En cuanto encuentre lo que voy a buscar —anunció la anciana volviéndose hacia el jefe del clan—, iremos directamente a la Reunión de los Clanes.

El hombre asintió y se hizo a un lado, para dejar que ella subiese al carro y se acomodara tomando las riendas, mientras la druidesa ocupaba su propia montura con una pequeña mueca que a ella no le pasó desapercibida.

—Pronto deberás ir también en el carro —dijo a la muchacha, con una perezosa sonrisa que hizo que Ciara se sonrojara hasta la punta del pelo.

Entonces azuzó las riendas y ambas se pusieron en movimiento.

CAPÍTULO 17

Shadow posó la mano sobre el hocico del caballo cuando éste empezó a piafar nervioso. El brillo del amanecer había empezado a extenderse poco a poco a través del bosque, filtrándose entre las ramas y deshaciendo las sombras. Llevaba un buen rato oculta entre unos matorrales, lo suficiente lejos del camino para no ser vista por el contingente de hombres a caballo que avanzaba lentamente por debajo de ella.

Gracias al pequeño ruano, había conseguido atravesar una buena cantidad de terreno antes de la salida del sol. Atrás quedó el extenso páramo que dio paso a los ralos árboles que empezaron a surgir convirtiéndose finalmente en un montañoso bosque. Quizá el terreno cubierto hubiera sido mayor de encontrarse cómoda sobre su montura, pero a duras penas conseguía mantenerse lo suficientemente erguida como para no acabar cayendo en la primera zanja que atravesaran.

La desconocida rigidez en las piernas y el dolor del trasero la obligaron a hacer un alto poco después de penetrar en el bosque. Esperaba no equivocarse de dirección, pues sus recuerdos no eran demasiado claros sobre el camino a seguir. Dominic la mantuvo prácticamente envuelta como una momia con aquella tela y, tras amordazarla, su mente estuvo más centrada en las diversas maneras en que podía ser torturada una persona que en el camino que seguían.

Los escuchó incluso antes de que apareciesen por el camino. La aprensión y la incertidumbre hicieron que corriera a esconderse, dando por hecho que los jinetes serían o estarían relacionados con su ex y los druidas; no necesitaba ser un Premio Nobel para saber que cuando él descubriera su partida saldría a buscarla... solo para maniatarla y encerrarla en algún lugar dónde no le diese problemas.

Sin embargo, los hombres que aparecieron entre la espesura, vestidos con ropas oscuras y pieles que los mimetizaban con el entorno, no parecían del clan. Contó unos diez o doce guerreros armados; fue incapaz de concretar el número. Las espadas que colgaban de su cintura o espalda eran suficiente advertencia para obligarla a correr y ocultarse. Las imágenes de su primer encuentro con gente como aquella no habían sido agradables. Si bien su aspecto y ropas eran distintos, no estaba dispuesta a correr riesgos.

El caballo volvió a bufar y se movió inquieto bajo su mano. Parecía que el animal desconfiaba de aquellos desconocidos tanto como ella.

— *Shh* —le susurró, con el cuerpo tan tenso como una soga y la mirada

fija en los hombres, mientras rogaba para que no se detuvieran.

Pero sus ruegos no fueron escuchados. Desde su posición, unos metros por encima de ellos, vio como el hombre que iba a la cabeza del grupo levantaba la mano y los hacía detenerse mientras escudriñaba lentamente todo a su alrededor; como si presintiera que alguien los vigilaba.

El capitán no podía quitarse de encima la sensación de ser observado. El conocido cosquilleo en la nuca nunca le falló a la hora de avisarle de la presencia de problemas y esta vez la sensación era demasiado intensa. Los murmullos empezaron a extenderse por el grupo mientras él continuó guardando silencio. Los hombres ya se giraban de un lado a otro, con los arcos tensos y listos y las espadas desenvainadas dejando tras de sí un sonido metálico, listos para enfrentarse a lo que quiera que apareciese.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos detenemos? —preguntó el hombre que cabalgaba a su lado, volviéndose sobre el caballo para mirar con los ojos entrecerrados a través de la espesura—. ¿Habéis visto algo?

No hubo respuesta. En cambio sondeó los alrededores con suma lentitud, escudriñando el entorno con el azul de sus pupilas, de un oscuro tono gris, aferrado a las riendas del caballo, que piafaba y movía la cabeza como si le molestara el bocado.

Entonces la vio. Sus ojos se encontraron durante un breve instante, pero fue suficiente para ver el miedo en su rostro y captar la urgencia con la que se levantó, tirando con ella de lo que muy bien podía ser un pequeño ruano. Girando bruscamente la montura con una sola mano, hincó los tobillos en los flancos del caballo y lo instó a ascender por la empinada pendiente, arrancando hojas y tierra con los cascos.

—¡Capitán! —escuchó las llamadas de sus hombres, sorprendidos por su repentina acción.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó uno de los guerreros que montaba en formación tras él.

—El capitán ha debido ver alguna cosa —respondió su compañero, antes de bajar de su montura de un salto, echar mano a su espada y salir en post de su capitán.

Shadow se recogió las faldas y giró en redondo. Tiró frenéticamente del caballo, que acabó por encabritarse ante la brusquedad de su trato y acicateado por el miedo que olía en el aire. El tirón con el que arrancó el animal su carrera la arrastró varios metros hasta terminar espatarrada en el

suelo, con las manos quemadas por el roce de la cuerda y sin aire en los pulmones.

Los sonidos se incrementaron aumentando su miedo y el relincho de un caballo la obligó a girarse, justo a tiempo de ver cómo jinete y montura se alzaban sobre ella, seguidos de dos hombres a pie.

Los oyó hablar, los vio intercambiar miradas, pero una vez más fue incapaz de entender lo que decían. El enorme caballo se acercó incluso más a ella, con el guerrero que lo montaba inclinándose sobre el cuello del animal, mirándola y extendiendo una enorme mano hacia ella mientras decía algunas palabras que no comprendió.

Sus dos acompañantes, que tenían un aspecto mucho más osco, casi incivilizado, se abrieron paso a zancadas, luciendo en sus rostros lascivas sonrisas... Aquello fue suficiente para hacerla reaccionar.

Sus manos lastimadas ardían contra el sucio suelo, pero no le importó. Tomó un puñado de tierra y hojas y lo lanzó hacia el hombre que ya se cernía sobre ella, para levantarse una vez más y echar a correr. Un fiero gruñido cruzó el bosque casi al mismo tiempo que un borrón negro y gris pasaba como una exhalación a su lado y se lanzaba rabioso sobre el hombre que estuvo a punto de detener su huida. El aire huyó de su garganta una vez más al ver al salvaje animal lanzarse con todo su peso, derribándolo entre gritos de dolor y gruñidos, convirtiendo la escena en una sangrienta película.

— *Riska* —pronunció su nombre, sabiendo que no podía ser otro animal.

La sensación de acorralamiento y peligro, unidos a los gritos del hombre y los de sus compañeros, que intentaban quitarle al lobo de encima, potenció la adrenalina que ya inundaba sus venas haciéndola huir una vez más. Como una criatura ciega y desesperada, atravesó el bosque. Los ecos de los gritos y los lastimeros aullidos la hicieron correr incluso más deprisa. Las ramas de los árboles le azotaban el rostro, enredándose en su pelo y arañándole los brazos, pero no disminuyó la velocidad.

Ni siquiera se atrevía a mirar hacia atrás. Casi podía sentir a su espalda el sonido de los cascos y el resuello del caballo; notar el acero de una espada atravesándola. Un lastimero grito emergió de su garganta impulsado por el miedo. No podía estar pasándole aquello. No a ella. No podía ser real.

Pero lo era. El caballo saltó por encima de ella, haciéndola caer y rodar por la pequeña loma hasta quedar tendida de espaldas. Era muy real, como también lo era el guerrero que saltó al suelo, espada en mano y apretó la punta

contra la piel desnuda de su garganta.

Vestido de negro con algunos tonos de rojo y gris, fijó sus claros ojos enmarcados por unas oscuras cejas que rivalizaban con el tono más oscuro aún de su pelo. Al contrario que los hombres que había visto hasta el momento, su rostro estaba libre de barba y su pelo era mucho más corto, sin esas trenzas que adornaban las sienes de los otros hombres. Un aire de peligro lo rodeaba por completo, como disuadiendo a cualquiera que tuviese la osadía de pensar que podría salir impune de su presencia.

Ella lo vio inclinarse hacia delante para recorrerla lentamente con la mirada, como si no pudiese dar crédito a lo que acababa de encontrar. De su boca surgieron unas palabras en gaélico, coronadas por un fuerte acento, aunque no tan marcado como el de Dominic. Al no encontrar respuesta por su parte, frunció el ceño y volvió a hablarle. Finalmente bajó la espada para dirigirse a ella en un inglés con acento muy marcado.

—Bienvenida a Dalriada, Prometida.

Ella se arrastró hacia atrás cuando se sintió libre de la amenaza. Todo su cuerpo se estremecía por el miedo. No sabía si podría levantarse siquiera o volver a escapar, pero el inesperado alarido del lobo la hizo reaccionar. El dolor en aquella voz inhumana le atravesó el alma y antes de poder detenerse, se encontró corriendo de nuevo, esta vez en dirección a los alaridos del animal. Las lágrimas inundaban ahora sus ojos y la desesperación su pecho.

¿Dónde estaba Dominic? ¿Y Aedan? ¿De dónde había salido el lobo? Él la había defendido y ahora le hacían daño.

—¡Dejadle! —empezó a gritar con desesperación, su voz rasgándose con el esfuerzo—. ¡No le hagáis daño! ¡Márchate, perro estúpido! ¡Vete!

No terminó de pronunciar la última palabra cuando se vio interceptada nuevamente. Unos fuertes brazos detuvieron su enloquecida carrera, lanzándola al suelo, donde se debatió con patadas, mordiscos y puñetazos. Una sonrisa desdentada y podrida apareció cerca de su rostro, acompañada de un cuchillo que presionaba su mejilla y la obligaba a quedarse quieta o la cortarían.

Los alaridos del lobo se oían más fuertes, como también los improperios y algún grito humano que no consiguió entender.

—¡Vete! —chilló con todo el aire que todavía conservaba en los pulmones, sintiendo el pinchazo del metal en su carne—. ¡*Riska*, vete! ¡Encuentra a Dominic y a los druidas! ¡Vete!

Una fuerte bofetada puso fin a sus voces, trayendo en su lugar las lágrimas y un poderoso odio a sus ojos. Clavó los dientes en la mano que se había atrevido a abofetearla, haciendo que la soltase y mascullase algo en voz alta.

—¡Maldita furcia! —exclamó el agresor, soltándola mientras miraba su mano con incredulidad, allí donde los pequeños dientes se habían hundido en su carne.

Se arrastró lejos de aquel agarre. Sus manos sangraban sobre el suelo y los pies golpeaban todo lo que encontraba a su paso, arrancando en el proceso algunos alaridos, pero su batalla no duró mucho.

Su cabeza cayó con brusquedad hacia atrás. Alguien la sujetaba del pelo, alzándola del suelo como a una muñeca desmadejada mientras ella intentaba mantener la cabellera pegada a la cabeza. Su mirada encontró entonces la del furioso hombre al que había mordido, solo para que el dolor estallase en su cerebro cuando éste le cruzó la cara con la mano. El herrumbroso sabor de la sangre le inundó la boca, deslizándose por la comisura de los labios mientras todo sonido en torno a ella era sustituido por un constante zumbido.

—Putá —escupió él, prácticamente en su cara, echándole el sucio y nauseabundo aliento—. Debería arrancarte la piel a tiras y después cortarte la cabeza y clavarla en una pica, para dejar que los animales del bosque se comieran tus restos por tu atrevimiento.

Se las arregló para escupir la sangre que inundaba su boca, dándole en plena cara.

Podía no saber qué decían sus palabras, pero su tono era suficiente para intentarlo.

—Cerdo —siseó.

El guerrero reaccionó de inmediato dejando claro que la había entendido. Se limpió el rostro con la mano, la sujetó por el canesú del vestido, rompiéndolo al tirar de ella, y acercó el cuchillo con el que la había pinchado en el cuello con una obvia intención.

—¡Suéltala!

La orden y el posterior tirón surgieron de detrás del hombre que la sujetaba. El movimiento hizo que la hoja le arañase una vez más antes de lanzarla nuevamente con fuerza hacia el suelo.

—¡Es la furcia de Dalriada! —clamó el despreciable ser al que hirió con sus dientes, visiblemente ofendido porque lo hubiesen interrumpido—. ¡Se ha atrevido a morderme y por los dioses que atravesaré su cuerpo con mi espada!

—Deja tu sed de sangre a un lado, Ennis —continuó el guerrero con una voz tan profunda y letal, que no necesitaba nada más para resultar intimidatoria—. La mujer no puede ser tocada, ya has escuchado al *Ard Draoi*.

El hombre escupió al suelo y clavó su mirada asesina en aquel que se atrevió a detenerle.

—Por lo que a mí respecta, ese maldito brujo puede irse con sus pócimas y predicciones al infierno —siseó, señalándola con la espada—. Esta perra me ha mordido y juro que le cortaré el cuello.

El hombre lo agarró por la pechera de cuero cuando intentó llevar a cabo su amenaza, empujándolo con tal fuerza que lo hizo caer sin más miramientos.

—Ten cuidado de a quién desafías, Ennis —lo previno sin moverse un solo milímetro—. Temo más la furia de mi rey por no conseguir aquello que desea, que su descontento por quedarse sin un hombre.

Frunciendo el ceño, Ennis escupió nuevamente al suelo en un mudo desafío.

Entonces se levantó y la fulminó con la mirada mientras ella todavía permanecía tirada en el suelo.

—No pienses que te han salvado el pellejo, furcia. Solo acaban de retrasar tu sentencia. Voy a dar con ese maldito perro y me haré unas botas con su estúpido pellejo —le dijo, ahora en un inglés tan burdo que ella apenas consiguió entender la mitad.

Lo siguió durante un instante con la mirada hasta que vio al guerrero moverse hacia ella. Era el mismo que la había descubierto, aquél que la estuvo observando y le cortó el paso, interponiéndose con su caballo. Casi sin darse cuenta ya estaba retrocediendo, arrastrándose sobre sí misma para huir de él una vez más.

Las embrutecidas y callosas manos desnudas se alzaron a la par en un símbolo de tregua. Sus movimientos eran lentos, estudiados, mientras se acercaba a ella.

—No voy a golpearos, muchacha —respondió con un tono de voz más suave que el que utilizó con el guerrero, hablándole nuevamente en inglés.

Una mirada de recelo fue la única contestación que obtuvo de ella.

El hombre esbozó una irónica sonrisa, como si fuera capaz de leer las palabras no pronunciadas que esgrimían sus ojos.

—Tenéis coraje —aceptó, casi como si le sorprendiera encontrarlo en ella—. No hay duda de quién sois.

Shadow no respondió de inmediato. Le dolía la boca, el golpe de aquel neandertal le había hecho daño.

—No soy nadie —musitó, escupiendo una vez más al suelo.

Él esbozó nuevamente aquella extraña sonrisa, se inclinó sobre ella y, cogiéndola con firmeza por el codo, la levantó sin mayor dificultad.

—Difícilmente podría consideraros nadie, Señora —respondió con cierta burla al tiempo que le examinaba el rostro con los ojos—. Vuestra sola presencia os delata, Prometida de Dalriada.

Cahir se despertó sobresaltado. El sudor le perlaba la frente y por una de las ventanas del dormitorio entraba ya la luz del sol, derramándose sobre la figura desnuda que dormía a su lado. El largo pelo castaño le cubría la espalda hasta las nalgas, dejando las largas piernas envueltas en las mantas; una preciosa visión que llevaba calentando su cama desde hacía un par de semanas y lo mantenía alejado de la tentación en forma de bruja.

Incorporándose, se pasó la mano por la frente secándose el sudor al tiempo que retiraba algunos mechones humedecidos. Era incapaz de sacudirse la sensación de peligro que cada día se hacía más intensa en su interior, la necesidad que lo empujaba en contra de su voluntad a emprender el camino que retrasaba desde hacía varios días.

Como *laird* del clan Campbell, era su deber estar en la Reunión de los Clanes que se llevaría a cabo en unas cuantas jornadas. En cambio, el sueño de los druidas le indicaba un camino completamente distinto. Las visiones del *aisling* lo empujaban hacia Dunnad, al menos hasta ahora. Éstas habían comenzado hacía ya varios días, en el momento exacto en que el *Velo* fue levantado y ella lo traspasó, regresando tal y como fue profetizado. La había sentido, del mismo modo que sabía que la sentirían cada uno de los druidas de Dalriada; sus escoltas. Un honor del que prefería prescindir.

Si McTavish deseaba jugar a los héroes era cosa suya. Para él lo más importante era ir a Dunnad para sesgar la garganta de aquel maldito que se atrevió a regar la tierra con la sangre de sus amigos, compañeros y familiares desde el mismo momento en que usurpó el trono.

Suspirando, hizo a un lado las mantas y bajó de la cama, totalmente desnudo. Su mente todavía bullía, presa de los rescoldos del sueño. En esta ocasión existía una pequeña variación: sus sueños no lo dirigían hacia Dunnad, sino hacia el Loch Fine.

Fuese lo que fuese, algo lo esperaba allí y debía encontrarse con ello a la mayor brevedad posible.

Con una última mirada a su amante, tomó su ropa y salió de la habitación con intención de prepararse para el viaje que lo esperaba.

Un nuevo tirón de la soga obligó a Shadow a mantener el equilibrio para evitar terminar de bruces en el suelo. El pelo desordenado le caía sobre la cara impidiéndole ver bien. Al principio había luchado por mantenerlo fuera del rostro, pero después de un tiempo, el cansancio y el resentimiento hicieron que se diese por vencida en ese aspecto.

Le dolían las muñecas, en carne viva por la fricción de la cuerda con la que se las ataron, tenía las palmas desolladas y sospechaba que sus pies no tendrían un mejor aspecto. No sabía el tiempo que llevarían caminando, pero a juzgar por las molestas punzadas en sus piernas y la sequedad de sus labios, era bastante. El sol se alzaba abrasador por encima de sus cabezas, señalando posiblemente el mediodía. La quemazón de las ataduras la obligó a apresurar el paso, le dolían los brazos por culpa de los tirones que aquel maldito desgraciado daba a la cuerda con la que la retenían, obligándola a caminar durante horas, sin descanso, mientras él iba a caballo.

Aquella era su venganza por morderle. Maldito fuera.

El otro hombre, el guerrero que la persiguió a caballo y finalmente cortó su retirada, le devolvió el *plaid* que había perdido en su enloquecida carrera. Él lo dispuso de nuevo sobre su figura, plegándolo y asegurándolo a su hombro, tal y como vio hacer a las mujeres del clan, para finalmente atarle las manos sin contemplaciones y entregarla a sus hombres.

Maldito fuera él también. Su amabilidad era incluso más cruel que los tirones y las miradas asesinas de aquel al que llamaban Ennis.

Durante el tiempo que llevaban de viaje no había hecho más que maldecir interiormente a Dominic, al destino y a cualquier cosa que hubiese conjurado su presencia allí. Perdió la cuenta de las veces que volvió la vista atrás, observando los alrededores con la vana esperanza de ver al lobo, al ruano huido durante la pelea o, aún mejor, a los druidas. En aquellos momentos prefería enfrentarse a la furia y desaprobación de Nick que a esos malditos que la arrastraban como si fuese un animal.

Lamiéndose los resecos labios una vez más, alzó la mirada hacia el único que parecía tener alguna respuesta que no fuesen escupitajos o frases sin

sentido. Él montaba a caballo, iniciando la marcha, y a juzgar por la manera en la que todos cumplían sus órdenes, debía de estar al mando.

—¿A dónde me lleváis? —Se las arregló para hablar. Su voz parecía una seca lija.

El hombre oyó su voz, se volvió hacia ella y, tras unos instantes, al verla tropezar y retener el equilibrio brevemente, alzó la mano en un puño y emitió una seca orden.

—¡Alto!

El pequeño contingente se detuvo y algunos hombres se volvieron disimuladamente para mirar a la mujer; otros, sin tanto disimulo. Girando su montura, la condujo lentamente hacia ella, deteniéndose a su lado mientras la contemplaba con obvio disgusto.

Ella chasqueó la lengua para reclamar su atención.

—Sabes, es de muy mala educación quedarse mirando así a la gente —murmuró con voz rasgada. Tenía la boca demasiado seca para poder hacerlo mejor—, por no hablar del dolor de cuello que me estás provocando.

El guerrero esbozó una perezosa sonrisa. Para su sorpresa, desmontó y se le acercó al tiempo que extraía un cuchillo de la parte de atrás de su cinturón. El filo de la hoja cortó la cuerda que la unía al caballo de Ennis como si fuese mantequilla y de un tirón la atrajo hacia él. Sus labios se fruncieron y sus ojos adquirieron un brillo peligroso cuando vio el estado de sus manos.

—Montaréis conmigo —declaró en ese tono hosco, aunque su mirada se clavó durante un brevísimo momento en su captor.

Una serie de murmullos y gruñidos se extendió con la misma rapidez de la pólvora, iniciado por Ennis.

—No podéis hablar en serio, es una ramera —escupió—. Que camine hasta desollarse los pies.

Dicho eso escupió al suelo.

La mirada que lanzó él en torno a todos los presentes fue suficiente para cortar todo cuchicheo de raíz.

—Quiero estar en el castillo en dos jornadas más a lo sumo, y dado el rodeo que estamos dando para evitar a los clanes, tendremos que subir a Lechuary y de allí bajar de nuevo hacia Dunnad atravesando las colinas —informó con voz fría, letal—. No arriesgaré nuestra misión permitiendo que nos den alcance. Ignoro cómo ha llegado sola hasta aquí, pero estoy seguro de que no pasará mucho tiempo antes de que sus druidas aparezcan para

reclamarla.

Ennis refunfuñó con el odio extendiéndose desde sus ojos.

—Deberíamos matarla aquí mismo y terminar con todo de una vez.

La férrea mirada del rostro del capitán fue suficiente para acallarlos por fin. Ella no sabía qué acababan de hablar entre ellos, pero la muerte estaba presente en aquellos ojos.

—Guarda tus malditos consejos para quien desee oírlos, o puede que la próxima vez que intentes hablar te encuentres sin lengua.

Apretando los dientes para morderse una respuesta, el soldado desató el resto de la cuerda de su montura y la lanzó al suelo, seguido de un escupitajo que cayó a sus pies. Su mirada contenía una promesa de revancha, pero no estaba segura si iba dedicada a ella o a su jefe. Volviéndose con su caballo, dejó su puesto para ocupar una nueva posición a la cabeza del grupo.

—Ese tío es el que después, en las películas, te clava un puñal en la espalda — murmuró ella, haciendo una apreciación.

El guerrero se limitó a arquear una delgada ceja negra. Sus ojos grises parecían incluso más claros bajo la luz del sol.

—Deberíais de preocuparos por vuestro sino, mi señora, no por el mío — le dijo él con desinterés. Sin dejarle tiempo para responder, la cogió por la cintura y la alzó sobre su caballo, reteniéndola unos instantes tras encontrarse con su mirada—. Sois vos la que quizá no volváis a ver la luz del sol.

Ella apretó los labios y contuvo la lengua, luchando contra un inesperado estremecimiento. Sonriendo satisfecho, él sacó un pellejo de agua de las alforjas y se lo ofreció.

—Bebed —le ordenó—, todavía quedan dos jornadas de viaje.

Demasiado sedienta como para resistirse, cogió como pudo la suave piel que contenía el preciado líquido y se lo llevó a los labios. Tenía que conservar las fuerzas si aspiraba a huir en algún momento, preferiblemente antes de que llegasen a su destino... o la matasen.

La luminosa mañana mudó hasta convertirse en una tarde gris. Las nubes cubrían el cielo con un color plomizo que prometía lluvia y el aire se había enfriado, derivando en un descenso de las temperaturas. Aedan levantó la mirada de las evidencias que mostraban el paso de un pequeño caballo que cargaba con cierto peso, seguidas de otras más pequeñas, algo más alejadas, que se volvían intermitentes a medida que se adentraban en el bosque.

—No se ha marchado sola, ese condenado lobo la ha seguido —murmuró, lanzando al suelo un puñado de tierra y hojas, observando su entorno y esperando encontrar algo que les diese alguna señal más precisa—. Pero no comprendo hacia dónde se dirige, parece como si simplemente echase a suertes el camino a seguir y continuase siempre hacia delante. Si su intención es volver a casa, el único enclave que conoce es por el que llegó y está en dirección opuesta a la que ha tomado.

Negando con la cabeza, Dominic dejó vagar la mirada por el entorno.

—No, si lo que pretende es desandar el camino por el que la traje —murmuró con un resoplido.

—Sigue sin tener sentido —insistió él—, está dando un gran rodeo.

—Apenas logra sostenerse lo suficiente sobre un caballo si va al paso —le recordó—. Jamás podría llevar a ese pequeño ruano a través de los páramos y mucho menos por la montaña, a no ser que vaya a pie durante parte del trayecto. Si *Riska* está con ella, es posible que le esté haciendo de guía...

—Sí, ¿pero a dónde? —aceptó.

Dominic suspiró y cerró los ojos mientras recordaba una parte de la profecía.

Su mano tentará a la bestia y la doblegará a su voluntad.

El alma salvaje sucumbirá a la voz de la Elegida y por el sendero que marca su camino la guiará.

Los alaridos que teñirán la noche, harán llorar al amanecer.

Ríos y mares fluirán como un solo ser desde el corazón de la tierra.

Y aquello que permaneció enterrado, volverá a resurgir.

Él volvió a negar con la cabeza y se volvió hacia Aedan.

—Seguiremos bordeando el bosque. Si tu lobo está con ella, la protegerá.

Aedan asintió.

—Tenemos que darnos prisa. Cuando empiece a llover será más difícil seguirles el rastro.

Echando un último vistazo, Aedan emitió un agudo silbido acariciado por su propio poder. La ausencia de respuesta no hizo sino aumentar su inquietud. El lobo era casi tan cercano a él como a los demás druidas. Si le ocurriese algo, oiría su llamada.

Un ligero resoplido procedente de su montura hizo que volviera la mirada

al caballo. Estiró la mano para calmarlo y se encontró con los ojos verdes de su compañero por encima de la silla.

—Sugiero que vayamos hacia *Lechuary*. Si ha decidido atravesar las colinas con ese ruano, es la opción más viable.

Asintió rememorando la estrofa de la leyenda y apretando los dientes ante el hecho de que, poco a poco, todas las piezas encajaban convirtiéndola en realidad.

—Hay que evitar que la patrulla northumbriana dé con ella antes que nosotros — aceptó, tirando de las riendas hacia la derecha para girar al caballo—. Ahora que saben que está aquí... solo los dioses saben qué harán cuando la encuentren.

Aedan subió a su caballo con soltura y maniobró hasta quedar a su lado.

—Daremos con ella antes de que eso suceda.

Él respiró profundamente y, sin decir una palabra, se puso en movimiento iniciando un ligero trote que su compañero siguió al momento.

No había tiempo que perder. No, si deseaban salvar la vida de la Prometida de Dalriada.

CAPÍTULO 18

Las nubes que durante buena parte de la tarde presagieron lluvia no tardaron en cumplir con su amenaza. Shadow iba montada delante del capitán, escudada del inclemente tiempo por su cuerpo y la capa que éste decidió compartir con ella.

Con las manos desolladas atadas al frente, él la mantenía prisionera sujetando las cuerdas con la misma mano que manejaba las riendas. Sus intentos por entablar conversación cayeron en saco roto, él ni siquiera la miró, limitándose a conducir su montura y dirigir a los hombres que montaban tras él. Las miradas furtivas que recibía de los otros dejaban muy claras sus intenciones, ninguno estaba feliz de su presencia allí ni de la deferencia que su capitán tenía con ella.

El capitán alzó un puño en el aire y detuvo su caballo, para que todos pudieran escuchar sus instrucciones, que expresó con voz firme y sin necesidad de alzarla ni un ápice.

—Acamparemos en la ladera oeste —informó, contemplando el entorno con ojo crítico.

Era una zona lo suficientemente alejada del camino y ubicada en una posición preferente que les permitiría vigilar el sendero principal al tiempo que se resguardaban del inclemente tiempo.

—Montad el campamento y apostad dos guardias en el perímetro. Quiero vigilancia durante toda la noche.

Con una agilidad pasmosa para su corpulento cuerpo, bajó del caballo. La hizo descender de la grupa y la dejó bajo la vigilancia de uno de los hombres que había cabalgado a su lado, al que también entregó las riendas de su montura.

—Hazte cargo de ella. No la pierdas de vista o lo pagarás con tu vida.

No hubo ni una ligera vacilación en su voz.

—Sí, señor. —Cogiéndola del brazo, el otro tipo tiró de ella con rudeza haciéndola caer al suelo—. Abajo.

Ella apretó los dientes ante el súbito dolor que recorrió su cuerpo, que mitigó lanzando una expresiva mirada de furia a su nuevo carcelero. El capitán se alejaba ya a grandes zancadas, repartiendo órdenes a diestro y siniestro. Una vez más, la barrera del idioma la ponía en inferioridad de condiciones.

—Maldito hijo de puta —masculló, entrecerrando los ojos sobre él, para seguidamente emitir un grito cuando el hombre le tiró del pelo con fuerza al

ponerla en pie.

—Camina. —La empujó, escupiéndole el aliento en el rostro.

Ella contuvo la respiración durante un instante.

—Señor... —gimió apartando el rostro—. Tu aliento es peor que tu hedor...

Un nuevo tirón la alzó sobre sus pies, encarándola con aquel rostro barbudo de oscuros ojos marrones. Si bien ella no era baja, el hombre era una montaña.

—Si sabéis lo que os conviene, moza, mantendréis la boca cerrada —la amenazó en un burdo inglés del que interpretó, más que entendió, sus palabras. Sin más, la arrastró con él hacia la pared rocosa de la ladera en el que ya comenzaban a montar el campamento.

La lluvia empezó a arreciar. Las diminutas y molestas gotas dieron paso a una tupida cortina de agua que pronto arrastró consigo la suciedad del camino, empapándolo todo, y bajando por la ladera en forma de pequeños riachuelos. En perfecta coordinación, los hombres resguardaron sus monturas y montaron una zona seca con cubiertas de ramas y pieles o con sus propias mantas de tartán.

No faltaron las miradas asesinas en su dirección, que la hacían, una vez más, consciente de lo indefensa que estaba y del peligro al que se enfrentaba. Se arrebujó como pudo en el *plaid* que el capitán le permitió conservar. Con las manos atadas, poco era lo que podía hacer; el frío y la humedad empezaban a calarla y, si no se resguardaba de la lluvia, pronto estaría tiritando y le castañearían los dientes.

La irrealidad de los acontecimientos la hicieron pensar en su propia suerte y en sus decisiones. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué dejó la seguridad y el calor que encontró la pasada noche en los brazos de su amante para lanzarse una vez más a las fauces del demonio? Su necesidad de volver al hogar, de escapar de aquella locura le había nublado el juicio. O quizá fuese el miedo a sucumbir a sus palabras, a sus ruegos, y perderse antes de encontrarse.

Ella se negaba a sí misma la realidad, pero ésta continuaba golpeándole en la cara.

No podía ignorar que los sucesos acontecidos en los días pasados la ponían en una difícil posición. De la noche a la mañana había abandonado la seguridad de su época y se había descorrido el *Velo* que ocultaba su pasado, todo para encontrarse en medio de una guerra civil donde el que llevaba las de

ganar era el que más cabezas cortaba. No existían los políticos y, a pesar de todo, las intrigas dominaban el mundo; cada uno tenía su propia ley y se esforzaban por hacerse oír por encima de los demás. Ella se había convertido en un símbolo de esperanza para muchos, se la tildó de milagro cuando era incapaz de hacer lo correcto siquiera consigo misma.

Tenía miedo. Le aterraba la confianza que aquellas gentes depositaban en ella, la misma confianza que esgrimía Nick, pero más allá de todo aquello, lo que más temía era sucumbir a sus ruegos; especialmente después de la última noche.

No era más que una estúpida mujer enamorada. Por mucho que intentara evitarlo, seguía queriéndolo como el primer día. Puede que el hombre con el que convivía actualmente no fuese el mismo que recordaba, pero su esencia seguía allí; más dura, más intensa, pero seguía siendo él.

Y sabía que si le pedía una vez más que se quedara, que luchase a su lado, lo haría.

El miedo y la cobardía la condujeron de nuevo al lugar en el que ahora se encontraba.

El graznido de las aves en el cielo atrajo su atención. Sobre sus cabezas, un par de gaviotas planeaban luchando contra la inclemencia del tiempo, buscando seguramente la comida que no encontraban en el mar. Tenían que estar cerca de alguna zona de costa, su presencia así lo delataba.

Los hombres que se movían a su alrededor, ignorándola, encendieron una pequeña fogata cobijándola cerca del talud rocoso, dónde no la apagase la lluvia al tiempo que ocultaban el fulgor que los delataría. El humo se mezclaba con el húmedo ambiente, haciendo imposible detectarlo. Para entonces ella ya estaba temblando, tenía que apretar los dientes para evitar que le castañearan, y el rico aroma de la carne surcaba el aire arrancando gruñidos a su hambriento estómago. Puesto que ella solo era una prisionera, la mantuvieron alejada, sin agua ni comida, y sin el consuelo del calor del fuego, echada sobre el frío suelo sin nada que aislara la humedad de la tierra bajo su cuerpo.

Buscó con la mirada al capitán. A pesar de su apariencia amenazadora era el único que le mostraba algo de amabilidad, mientras que los demás se habían limitado a golpearla o amenazarla de muerte. Lo encontró al otro lado del improvisado campamento, bajo una techumbre construida con su propio *plaid*. Tenía la mirada fija en algún punto del oscuro bosque, sumido en sus propios pensamientos.

El suave relincho de los caballos hizo que volviese ahora la cabeza hacia ellos. El recuerdo del pequeño ruano que la había acompañado a lo largo de su huida regresó a su mente. Rogaba porque el noble animal estuviese a salvo y supiese encontrar el camino al hogar. Sus ruegos se extendieron también al fiero lobo que la defendió; los lastimeros aullidos, la sangre, su cuerpo cubierto de flechas... Era incapaz de hacer a un lado aquellas imágenes. El animal se había mantenido firme, con sus ojos ambarinos brillando en la oscuridad y las fauces desnudas; luchando por su vida... y por la de ella.

¿Por qué todo a su alrededor tenía que ser guerra y muerte?

Tenía que huir, alejarse de aquel mundo de terror antes de que ocurriese algo peor, antes de que Dominic o cualquiera de las personas que la protegían sufriesen por culpa suya.

Procurando no llamar la atención, paseó la mirada una vez más por el campamento. Los caballos estaban en el borde más alejado de la pared, cobijados del temporal; demasiado apartados para que pudiese alcanzarlos, por no mencionar que con las manos atadas no podría siquiera subir a lomos de ninguno de ellos. Los hombres estaban reunidos contra la roca, al calor de la lumbre; solo el capitán y dos hombres más permanecían en las inmediaciones, vigilantes.

El camino principal discurría a su izquierda, a unos pocos metros de su ubicación actual. El montañoso bosque lo cubría todo sumiéndose cada vez más en la oscuridad; una oscuridad que la aterraba pero que podría ser su mejor aliada si deseaba escapar.

Sabía que estaban dando un rodeo, la montaña ascendía y su captor se limitó a seguir el sendero principal, entrando y saliendo de él para seguir en una misma línea, bajando incluso antes que ascender.

«*Lo que estoy pensando es una locura*», se dijo a sí misma, intentando buscar una alternativa, pero éstas no parecían abundar.

Ella no solía rezar, ni quiera estaba segura de que hubiese acudido alguna vez a Dios, pero desde que llegó a este tiempo, su fe parecía haberse fortalecido. Después de todo, era en los momentos más desesperados en los que se necesitaba algo en lo que creer, fuese lo que fuese.

Con un suspiro, envió una nueva plegaria al cielo, rogando a quien quisiera escucharla que le permitiese seguir adelante una noche más.

Aedan se retiró unos mojados mechones de pelo del rostro para intentar

ver a través de la fina lluvia. Sus oídos, al igual que sus sentidos, se mantenían en alerta. Necesitaban dar con algo, con cualquier pista que los condujese hacia la muchacha. Sus sospechas de que la patrulla northumbriana hubiese dado con ella se hicieron insoportablemente ciertas cuando encontraron al pequeño ruano que faltaba del corral, vagando sin jinete por las empedradas colinas. Las huellas que encontraron sugerían un grupo de unos diez o doce hombres a caballo, viajando al paso hacia el norte.

—Esto no me gusta —murmuró, siguiendo las huellas del suelo a pesar de la inclemencia del tiempo.

Dominic, que había desmontado, se acercó a él, acuclillándose para ver lo que su compañero había encontrado. Si había un buen rastreador en los clanes, ése era sin duda su amigo.

—Parece que los northumbrianos se han vuelto más inteligentes de lo que esperábamos; están conduciendo sus monturas hacia las zonas rocosas, dónde es más difícil rastrearlos, especialmente con este tiempo —continuó Aedan sin despegar la mirada del suelo—. Pero hay algo que no me gusta.

—¿Qué es?

El druida se puso en pie, agudizando la mirada y aprovechando los últimos momentos de luz antes de que se hiciese completamente de noche, lo que haría prácticamente imposible ver las huellas. La lluvia, que no remitía, contribuía a dificultarles el avance.

—Están dando un enorme rodeo —respondió, volviendo a su caballo—. Sus huellas se adentran en la montaña, pero no la atraviesan, la están bordeando. Lo más sensato sería dirigirse directamente hacia Dunnad, especialmente si la tienen con ellos...

Él negó con la cabeza.

—Se dirigen hacia Lechuary —murmuró haciendo un rápido repaso de la geografía de la zona—. Querrán evitar el territorio de los clanes. Algo me dice que las tribus *cruithne* no están siendo tampoco demasiado amistosas, ni siquiera con sus aliados.

Su compañero asintió.

—Los clanes han avisado de incursiones en territorio dalriadano —corroboró, volviendo la mirada en la dirección por la que vinieron—. La *baisleac* ha partido sola con Ciara, ni siquiera quiso hablar de escoltas... No me gusta.

Miró a su amigo comprendiendo su inquietud. Él mismo se estaba

muriendo por dentro con cada segundo que pasaba sin haber dado con Shadow.

—Ciara no está indefensa, es una guerrera y druidesa. —Dejó caer la mano sobre su hombro en una muestra de confianza—. Y Runa tiene más trucos en la manga que el mejor de los juglares. Estarán bien.

Aedan asintió lentamente, sin poder quitarse esa sensación de aprensión y se volvió hacia su caballo, solo para quedarse congelado, con un pie en el estribo a punto de montar, cuando un agudo estremecimiento recorrió su cuerpo, seguido del angustioso y lejano aullido de un lobo.

— *Riska* —jadeó, cayendo de rodillas al suelo, sintiendo el dolor del animal en su propio cuerpo—. Está herido...

Él, que había escuchado también el angustiado aullido, montó rápidamente y volvió grupas. Enseguida el joven druida del clan McNeil estaba a su lado, azuzando a su propia montura y lanzándose en una desenfrenada y peligrosa carrera en un momento en que la luz se iba apagando a velocidad prodigiosa.

Cabalgaron como el rayo, luchando a su paso con las ramas que entorpecían su camino y que muy bien podían lograr quebrar las patas de alguno de sus caballos, al tiempo que dejaban a su espalda la molesta lluvia tras el espeso ramaje de los árboles.

Un nuevo aullido, esta vez más cercano, les hizo desmontar y seguir el camino a pie. Aedan corría sintiendo la desesperación del lobo, el dolor y sus agudos lamentos en lo más profundo de su alma. Estaba herido, muy malherido.

— *¡Riska!* —empezó a llamarlo, sin dejar de correr. Las ramas le azotaban el rostro, pero parecía no importarle—. *¡Riska!*

Como un fantasma que surgiera entre la niebla, el lobo apareció encaramado sobre unas rocas; una figura oscura en la penumbra del bosque, con todo su pelaje húmedo por la lluvia y la sangre derramada. El animal dio unos pasos vacilantes, casi arrastrándose, con una pata delantera alzada y la aterciopelada lengua caída a un costado de las poderosas fauces.

— *Riska...* —El alivio lo recorrió un instante antes de ver los restos de dos flechas, con las que le habían asaeteado en el lomo—. Dioses, no...

Gimoteando por el dolor, el animal hizo su mejor esfuerzo por acercarse a su amigo, lamiéndole la mano antes de clavar sus acuosos ojos dorados en los del druida en un silencioso mensaje.

La conexión fue rápida y letal. En el espacio de un parpadeo, vio y sintió a

través de los ojos del animal el momento en que la muchacha fue alcanzada y el lobo se lanzaba sobre sus atacantes, con uñas y dientes, hasta que un fuerte estruendo sacudió al animal, obligándolo a cumplir con la orden recibida... «*Ve en busca de los druidas*».

—Sagrados dioses —jadeó, cayendo al suelo con los ojos lagrimeando a causa del dolor—. La... La tienen.

El lobo emitió un poderoso aullido antes de intentar levantarse de nuevo y luchar contra el cansancio y la pérdida de sangre para continuar andando.

— *Riska*, no —intentó detenerlo. Sus manos se mancharon de sangre cuando acarició el pelaje del lobo—. No puedes seguir, nosotros daremos con ella... Has cumplido con lo que te ha pedido, ahora tienes que descansar...

Nunca se había planteado realmente de dónde venía su conexión con el lobo. Al principio pensó que se debía a sus dones drúidicos, pero ya no estaba tan seguro, aquella era la primera vez que veía a través de sus ojos. Desde que lo recogió siendo un cachorro, existió entre los dos cierto sentimiento, una conexión muy cercana que los llevaba a ser capaces de encontrarse el uno al otro, aunque jamás de aquella manera. Y

ella... La explosión de poder que sintió a través del lobo... ¿Sería posible?

—Por supuesto... —murmuró en voz alta, alzando la mirada hacia su compañero—. Por eso es la Prometida de Dalriada...

Dominic lo miró con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

Él negó con la cabeza al tiempo que le indicaba con un gesto que se acercara.

Sujetó al lobo.

—Esto va a doler, amigo —dijo al animal, acariciándole el hocico—, pero te prometo que será rápido.

Con una silenciosa mirada, señaló las dos flechas que perforaban la piel de *Riska*, a lo que su amigo asintió. Rápidamente, Dominic extrajo las dos puntas del cuerpo del lobo haciendo que éste emitiese un angustiado aullido de dolor. Ambos aunaron sus poderes para detener el flujo de sangre.

—La he visto a través de sus ojos —murmuró él tomando a su lobo en brazos para atravesarlo suavemente sobre el lomo del caballo y subir él después—. La han hecho prisionera.

Apretó los dientes pero no dijo nada, se limitó a subir a su montura.

—¿Por dónde?

—Hacia el fiordo —declaró, y posó una mano en las riendas del caballo de su amigo para retenerlo todavía un momento más—. Ella le ha dado una orden directa a mi lobo, Kieran. Ese poder... No creo haberlo sentido nunca antes, va más allá de nuestros dones como druidas...

Su mirada hablaba por sí sola.

—¿Lo... sabías?

Él asintió.

—Yo no abrí el *Portal* para ella, Aedan —aseguró, recuperando las riendas—, solo *Alcé el Velo*. Vamos, el tiempo corre y no precisamente a nuestro favor.

Sin decir una palabra más, él inició la marcha, dejándose guiar gracias a su conexión con el lobo, hacia el lugar dónde éste se separó de la Prometida de Dalriada.

La lluvia cesó por fin, dándoles una breve tregua. La luz de la lumbre creaba sombras contra la húmeda pared de roca y Shadow estiró sus manos atadas hacia el fuego luchando contra los escalofríos que la hacían temblar sin parar.

Poco después de quedarse dormida, unos brazos la zarandearon trayéndola de nuevo al reino de los vivos, sacándola del frío manto que la envolvía para arrastrarla prácticamente hacia el fuego, avivarlo y empezar a escupir en gaélico a todo hombre que tenía cerca. Luego la obligaron a beber. El licor le quemó la garganta, ahogándola y al mismo tiempo reanimándola lo suficiente para ver ante sí al capitán, cuyos ojos se clavaban en los suyos con fría determinación y... ¿piedad?

—Si deseáis conservar la vida, no os durmáis —le dijo en aquel fuerte y gutural inglés, le arrancó el empapado *plaid* y lo sustituyó por una manta seca antes de volver a gritar a sus hombres.

Segundos después, alguien lanzaba a sus pies un trozo de pan duro y una manzana que no habría sido un manjar ni siquiera para los cerdos. Para entonces ya había recuperado la sensibilidad de las manos y los pies, si bien todavía temblaba; el congelante sopor que la acunaba se había ido, dejándola únicamente agotada.

Sus ojos verdes se despegaron un instante del fuego, vagando una vez más hacia el rincón en el que descansaban los caballos, ahora mucho más cerca de

ella. Las cuerdas en sus manos estaban ensangrentadas y sus muñecas en carne viva por los tirones y el esfuerzo que ponía en aflojarlas. Apretando los dientes contra el dolor, tiró una vez más. Una punzada atravesó su piel cuando la soga se deslizó por su mano, permitiéndole una pequeña victoria.

Suspirando agradecida, volvió la mirada en dirección al capitán, que había regresado a su improvisada tienda y ahora descansaba, o ésa era la impresión que daba, pues no era la primera vez que la sorprendía abriendo sus ojos y clavándolos en ella. El resto del campamento seguía en silencio. Solo Ennis mantenía una vigilancia constante sobre ella; sus gestos prometían una muerte no precisamente rápida y mucho sufrimiento. «Justo lo que quiero», pensó irónica.

Apartando la mirada del rabioso soldado la dejó vagar por el linde del bosque, el cual ahora se sumía en una asfixiante oscuridad. Saber que tendría que atravesarla, sumergirse en ella y abrazarla para poder escapar la ponía nerviosa, pero la alternativa intuía que no sería mucho mejor.

Lentamente, ocultando sus manos bajo la tela del *plaid*, volvió a tirar de las cuerdas, sintiendo por fin cómo éstas cedían del todo liberando una de sus manos. La sensación de triunfo quedó rápidamente solapada por la esperanza y alivio que sintió al observar de nuevo la linde del bosque.

Podía encontrar raras muchas cosas en aquel tiempo, pero si algo conocía era la niebla; sabía cómo solía comportarse la película blanquecina que se extendía cada vez más tupida e iba dejando tras de sí una fina llovizna, pero aquel manto denso que se arrastraba hacia el campamento cubriéndolo todo no era la forma en la que se comportaba normalmente el fenómeno. Solo había visto una vez algo parecido, y fue convocado por un druida.

—Nick —susurró en voz baja, contemplando cómo el suave y húmedo humo blanco se extendía a su alrededor.

Todo el contingente de soldados parecía estar ocupado en sus quehaceres o sumidos en su descanso y no dieron importancia a lo que ocurría a su alrededor.

Todos, excepto el capitán. Los ojos grises del soldado —ahora abiertos— miraban con fijeza el banco de neblina que se alzaba y extendía. Luego cambió de dirección la mirada, despertando en ella un entendimiento que pareció ser elusivo durante unos instantes.

—Druidas —musitó al tiempo que se levantaba y se dirigía directamente a su lado, mientras ladraba órdenes con fiereza—. ¡Arriba, malditos! ¡Es una

trampa! ¡Vienen a buscarla! ¡Arriba, escoria!

La adrenalina, alimentada por la ansiedad y el miedo, le dieron fuerzas para levantarse y correr como alma que persigue el diablo hacia los caballos.

Los animales se asustaron, moviéndose y relinchando ante la presencia extraña, soltándose de sus asideros para empezar a desperdigarse. Los hombres entraron en acción, algunos deteniendo a las asustadas monturas que pretendían marcharse y otros, espadas en mano, buscaban ya a sus enemigos.

Con una última mirada por encima del hombro, ella vio como dos hombres cargaban hacia ella; uno de ellos era el temido Ennis. Suplicando al caballo que se mantuviese quieto, se las ingenió para encaramarse a la silla. El primer intento la hizo resbalar, pero la desesperación y el miedo acudieron una vez más en su ayuda, prestándole las fuerzas necesarias para intentarlo una vez más y, esa vez sí, subirse precariamente en la silla. El animal nada tenía que ver con el amable ruano; su estatura era inmensa y también su nerviosismo, a juzgar por cómo se movía bajo sus piernas, llevándola a tener que aferrarse a su cuello.

—Por favor, bonito, no me tires —suplicó con desesperación al ver que los hombres que salieron a su captura estaban a un paso de alcanzarla.

—¡Baja de ahí, zorra! —El bramido de Ennis fue tal que, sin pensarlo dos veces, clavó los talones en los flancos del caballo y, como si éste presintiera su urgencia, echó a correr como una exhalación hacia el interior del bosque.

—¡No! —oyó un grito a sus espaldas.

—¡Se escapa! ¡A los caballos! ¡Coged los caballos!

Ella se aferró con fuerza a las riendas y crines del animal, apretando los dientes cuando las ramas le azotaban la cara en aquella palpable oscuridad, sin ver como el líder del ejército northumbriano recuperaba uno de los jamelgos y salía tras ella. Su desaparición, suponía, podría significar incluso su propia muerte.

Shadow dejó atrás la prudencia. Todo su cuerpo temblaba mientras permitía que el fogoso animal surcara la tierra como una exhalación. Cerró los ojos con fuerza, aferrándose con desesperación a su cuello, murmurando en voz baja palabras incoherentes que suponía irían dirigidas a cualquier ser todo poderoso que pudiera protegerla de la muerte. A lo largo de los últimos días había rezado más que en toda su vida.

El sonido del piafar del caballo pronto se unió a los cascos de otro que

resonaban contra el terreno en mitad de la noche. Los gritos se alzaban en un coro de palabras sin sentido, pero no se atrevió a mirar atrás. Azuzó a su montura y permitió que ésta la sacase de aquella pesadilla.

La oscuridad los engullía y las ramas aparecían por doquier azotándola, golpeándola con fuerza un instante antes de sentir cómo su cuerpo se elevaba en el aire.

De su garganta emergió un grito de sorpresa y horror cuando su caballo tropezó en su enfebrecida carrera, arrancándola de la silla y saliendo disparada hacia el duro suelo.

El aire abandonó sus pulmones de golpe y el dolor se extendió por su cuerpo con la fuerza de un tornado. Durante un instante fue incapaz de moverse.

Las lágrimas corrían ya por sus ojos mientras sus oídos zumbaban, incapaces de reconocer un solo sonido. No supo de dónde le vino la fuerza para levantarse; sus pasos eran tambaleantes, pero no importaba, en su mente regía la necesidad de alejarse de aquellos salvajes... Tenía que llegar a Dominic... Él era su seguridad, su tabla de salvación y estaba ahí fuera, en alguna parte.

—Nick —susurró su nombre. Incluso hablar dolía—. ¡Dominic!

Jadeando y cojeando a causa de la fuerte caída, continuó caminando a ciegas por el oscuro bosque. El relincho de un caballo la asustó y algo pasó a su lado como una exhalación, empujándola de nuevo y haciéndola caer contra una de las sombras que formaban los árboles. El tronar de los cascos de los caballos era ahora más fuerte, casi podía sentir cómo la tierra temblaba bajo sus pies mientras ascendía a través de rocas y arbustos. Escuchó el zumbido del viento, lo sintió tironeando de su ropa a medida que ascendía; el sonido del mar batiendo con fuerza contra los acantilados llegaba a sus oídos, junto con el aroma de la sal.

—¡Ése es el caballo! —Oyó voces, pero era incapaz de descifrar su significado.

—¿Dónde está? ¿Dónde está, maldita sea?

Los sonidos se confundían a su espalda. No sabía si eran aliados o enemigos, pero tampoco iba a detenerse para averiguarlo. Estaba aterida de frío y el dolor en todo su cuerpo era suficiente para hacer que las lágrimas no dejaran de brotar de sus ojos, nublándole la visión. Siguió avanzando, todo lo que podía hacer era seguir trepando.

—¡Allí arriba! ¡Está subiendo hacia los acantilados!

El sonido del mar y las olas se hacían más fuertes a medida que ascendía, aumentando la percepción en la inmensa oscuridad. Las piedras cedían bajo sus pies, haciéndola resbalar antes de volver a ganar impulso y subir un poco más, hasta que se encontró en campo abierto; un pedazo de tierra que se extendía como una enorme garganta recortada por los acantilados.

Ella se quedó allí, mirando la abrupta extensión de terreno bordeado por el oscuro océano. La luna se abrió paso entre las nubes derramando un poco de luz, como si quisiera poner focos a la dantesca escena que se presentaba ante sus ojos; una amplia lengua de mar que lamía las costas a sus pies.

No podía respirar. El ardor que sentía en los pulmones ante el sobrehumano esfuerzo le robaba el aliento y su vía de escape parecía haber sido cortada abruptamente, poniéndola una vez más entre la espada y la pared.

—No... deis un solo paso más. —Las guturales palabras dichas en inglés, a su espalda, hicieron que se girara hacia el recién llegado. El capitán estaba a algunos metros de ella, tendiéndole la mano—. Venid aquí... por favor... regresad...

Ella se apartó bruscamente, retrocediendo ante el hombre del que escapaba. Aquél era su captor, tan decidido o más que Dominic a conservarla, pero por un motivo muy diferente.

—Venid aquí... os lo ruego...

Su mirada se encontró con la de él. La oscuridad parecía envolverlo como una vieja amiga mientras la luz de la luna hacía más pálidas sus facciones.

—Déjeme ir...

Él negó con la cabeza. Por un breve instante creyó ver incluso pesar.

—No tenéis lugar donde huir, Prometida —respondió, poniendo en sus palabras la emoción que ella vio en sus ojos—. Ninguno lo tenemos ya. Volved aquí y enfrentaos a vuestro destino.

—¿Mi destino? ¿Qué destino es uno que me quiere muerta? —negó, retrocediendo, al tiempo que notaba cómo la tierra se reblandecía bajo sus pies—. Solo deje que me vaya. Me iré a mi casa. Ni siquiera debería estar aquí...

Un aullido lobuno inundó entonces los acantilados, haciendo que su mirada fuera más allá del soldado.

—Nick —susurró, rogando para que aquel sonido perteneciese al lobo.

—¡Son los druidas! —clamó alguien desde algún lugar de la escarpada

loma.

Ella se volvió de nuevo hacia el hombre.

—Deje que me vaya, se lo ruego. No volveré... No... No lo haré.

—Oh, seguro que no lo harás, zorra. —La jocosa voz de Ennis se escuchó desde algún lugar en la oscuridad, seguida de un potente silbido.

Un ligero escalofrío la recorrió, preludio del agujonazo que atravesó su pecho a la altura del corazón y le desgarró la carne. Su cuerpo se congeló en el mismo instante en que un atroz dolor se instalaba en ella para quedarse y una cálida humedad empezaba a empapar la tela del vestido allí donde sobresalía la larga vara de la flecha que la atravesaba.

—¡No! —oyó gritar al capitán, viendo como su mirada se desencajaba un instante, antes de que éste se volviese y cargara contra el satisfecho soldado, que colocaba otra flecha en el arco, atravesándolo limpiamente con su espada.

El aullido del lobo se escuchó más cerca esta vez y ella creyó incluso ver su mirada dorada mientras cojeaba hacia ella.

—Nick... —susurró su nombre.

Su voz penetró en la oscuridad que ya se abatía sobre ella.

—¡Shadow!

—¡Prometida!

Las conocidas voces irrumpieron en su entumecida mente al mismo tiempo que empezaba a sentir cómo el viento la cogía en sus brazos, tirando de ella hacia atrás para precipitarla hacia la fría muerte que le esperaba en las profundidades del Loch Fine.

—Dominic... —Extendió su mano en una silenciosa llamada a la vez que las lágrimas resbalaban sus mejillas

—¡No!

Un grito de angustia y desesperación rasgó el aire mientras el druida caía de rodillas a los pies del acantilado, sujetando tan solo la ensangrentada tela de tartán que instantes antes envolvía a la Prometida de Dalriada.

CAPÍTULO 19

Eógan, rey de los *cruithne*, alzó su mirada oscura del hombre enjuto y ataviado con pieles al que había estado escuchando en silencio, cuya rasurada cabeza cubierta de símbolos paganos permanecía inclinada sobre el cuenco de barro cocido en el que leía sus predicciones. El aullido de los perros inundó la lluviosa y silenciosa noche con fantasmal cadencia; un sonido lastimero que traía consigo ecos de noches embrujadas en una tierra que se vio regada por la sangre de tantos de los suyos.

Un inesperado estremecimiento le recorrió el cuerpo. La sensación de opresión se había instalado en su pecho con fríos dedos que le atenazaban el corazón, como ya ocurriera tantos años atrás. El sabor amargo de la muerte manchó su lengua trayendo consigo recuerdos que él creía enterrados muy dentro de sí hacía demasiado tiempo.

Recuerdos de una risa musical, de hermosos y amables ojos verdes; el eco de un amor truncado y devorado por la codicia y la sed de sangre.

La opresión en el pecho se hizo tan fuerte durante un fugaz instante que pensó que su corazón se detendría, pero entonces volvió a latir y una poderosa calma empezó a extenderse a través de él.

—Los dioses han acogido en su seno a la predestinada.

La voz ronca del chamán, ajada por el paso de los años, trajo a Eógan de vuelta.

Sus ojos oscuros se fijaron en el anciano.

—¿Por qué he sentido su muerte como si fuese parte de mi alma?

El hombre se limitó a sacudir las runas que tenía frente a él, lanzándolas sobre el desnudo suelo de piedra.

—Los dioses solo mueren para volver a renacer —respondió pasando su ajada mano sobre las piedras, talladas con símbolos rúnicos—. Dejan atrás todo lo que los retenía en la tierra y regresan con el poder de la Divina Madre Tierra corriendo por sus venas. Nosotros estamos unidos a la misma tierra, es su seno el que nos nutre, sus venas de las que bebemos. Somos hijos de una misma entidad y como tales, reconocemos a aquellos que comparten la misma sangre.

Eógan dejó escapar el aliento y caminó hacia el brujo, teniendo cuidado de mantenerse a una distancia prudente.

—¿Qué es lo que has visto, *asarlai*? Habla sin rodeos, anciano.

El hombre volvió sus invidentes ojos hacia él, como si las cataratas que le

cubrieron la visión hacía tantos años no fueran más que una película blanquecina que ocultaba su iris.

—Ha llegado la hora, *Ard Tiarna*, la sangre de la elegida ha sido derramada — murmuró el anciano, removiendo sus runas—, la Gran Guerra ya está aquí.

La Gran Guerra. El rey se estremeció al oír el nombre del gran cataclismo que sus dioses vaticinaron y que traería un nuevo amanecer para los suyos; la balanza en la que los pecados de su pueblo serían medidos.

—Es el momento que todas nuestras tribus han estado esperando, la Gran Guerra; el día definitivo en el que nuestras almas serán pesadas en la balanza de los pecados y nuestra sangre, que una vez tiñó estas tierras, vuelva a ocupar el lugar que le corresponde por derecho.

El rey lo miró desde su imponente altura; un guerrero avezado y experimentado en la batalla, con suficientes cicatrices como para probar su valentía; un hombre maldito, atado a la vida por el peso de sus pecados.

—¿Bendicen los dioses nuestro camino?

Bajando la mirada al cuenco que tenía frente a sí, el anciano recogió entre sus artríticas manos las piedras grabadas y, sacudiéndolas, las lanzó. Luego se tomó su tiempo para leer su significado.

—Sí, Mi Rey, lo bendicen.

Asintiendo en silencio, el guerrero respiró profundamente y dejó al solitario brujo con sus predicciones. Era hora de que comunicase a su pueblo la decisión de los dioses, debía empezar a dar los primeros pasos hacia el nuevo amanecer.

Aferrando con fuerza la ensangrentada tela con los colores de Dalriada que irónicamente acabó llevando ella, Dominic alzó la mirada hacia el acantilado que ahora se alzaba por encima de sus cabezas. El recuerdo del terror en sus ojos y de su delicada mano ensangrentada, extendiéndose en una muda súplica hacia él mientras el viento tiraba de ella hacia las negras fauces del fiordo, pesaba en su alma como una enorme losa. Sus dedos se cerraron con un agónico grito desesperado a la tela que ahora apretaba, contemplando con horror cómo la mujer que amaba se despeñaba y desaparecía en las bravas aguas del Loch Fine.

Una vez más le había fallado. En su momento de mayor necesidad, le había fallado.

El mar batía con fuerza contra las rocas, serenándose a medida que se introducía en el interior del fiordo escocés que desembocaba en el océano. Las aguas estaban heladas, lo sabía mejor que nadie, todavía conservaba la ropa húmeda de las desesperadas inmersiones que había llevado a cabo, sin éxito. No había rastro de ella.

No encontraron ni una sola pista, ni un trozo de tela o cualquier otro vestigio que calmase la devoradora ansiedad que lo recorría. Y, a pesar de ello, aún tenía esperanza.

Sus botas de cuero y piel chapoteaban por el agua mientras recorría una vez más la línea de costa entrecerrando los ojos, observando los altos acantilados de piedra y el lejano borde que recorría el otro extremo del fiordo.

—¿La sientes? —le preguntó Aedan, posando una mano sobre su hombro.

Él no se movió, su mirada fija todavía en la enorme extensión de agua.

—Ella está aquí, en algún lugar —murmuró con voz rasgada, agotada por los esfuerzos a los que había sometido su garganta y pulmones en las últimas horas—. Sé que es así, todavía la siento.

Aedan no quería restar confianza a sus palabras, aunque ambos habían asistido impotentes al despiadado acto, viendo cómo la flecha atravesaba su tierna carne, lanzándola hacia atrás para verla desaparecer en las negras profundidades.

En circunstancias normales nadie habría sobrevivido a esa caída, pero ella no era una mujer cualquiera, era la Prometida de Dalriada.

Él había dado muerte a todos los soldados que se encontró a su paso. Su rabia era cruda e imparable, el dolor lo dejó ciego e insensible y su espada se abrió paso con oscura furia y desesperación, cercenando la vida de todo aquel que se cruzase en su camino. Solo cuando los cadáveres y la sangre cubrieron el suelo y los pocos que quedaban en pie emprendieron la fuga, se precipitó sobre el borde, llamándola con desesperación. Aedan apenas se las había arreglado para alejarle del acantilado y evitar que se despeñasen ambos.

Los dos se precipitaron entonces en una desenfrenada carrera a la mortecina luz de la luna. Él había saltado de su caballo incluso antes de que éste detuviese su loca carrera. La desesperación subyacente en su voz helaba el alma de cualquiera y durante toda la noche patrulló la orilla, se zambulló en las frías aguas y la llamó a gritos, hasta que los primeros rayos del sol dieron paso a un nuevo día.

El único motivo por el que su amigo no le disuadió de la búsqueda, o de esperar hasta que al menos tuviesen luz, era el vínculo que unía a los druidas con ella, aquél que les hizo consciente de su presencia tan pronto cruzaron el *Portal*; el mismo que su amigo vio a través del lobo; el que ahora, aunque débil y casi imperceptible, seguía existiendo manteniéndolos irremediabilmente unidos y conscientes de su presencia.

Estuviese dónde estuviese, La Prometida de Dalriada seguía luchando contra la muerte.

—Tengo que encontrarla —murmuró él, mirando con desesperación el acantilado, donde las aguas empezaban a colorearse de azul con la luz del nuevo día—. Necesito dar con ella... Por todo lo sagrado, nunca debí haberla traído. ¿Por qué no la escuché?

Tenía razón, debí llevarla a casa... Sagrada Deidad, ¿qué le he hecho?

Aedan solo podía empezar a comprender la desesperación que estaba sufriendo, aunque sabía que él mismo estaba preocupado por Ciara como nunca antes...

—Intentémoslo un poco más arriba. Si por algún motivo se ha visto arrastrada por la corriente, la encontraremos en esa dirección —sugirió, echando un vistazo a la extensa lengua de mar—. Daremos aviso a los clanes del otro lado del fiordo, por si...

llega allí.

Asintiendo, dio media vuelta, dispuesto a seguir la sugerencia, cuando vio al lobo cojeando lastimeramente, con su pelaje totalmente ensangrentado ahora a la luz del sol.

—*Riska* —murmuró en voz baja, compadeciéndose del animal que a pesar de sus heridas había arriesgado su vida por ella. Al oír su nombre, el lobo alzó la cabeza y movió las orejas, meneando la cola—. Está bien, amigo, has hecho todo lo que has podido. Ahora nos toca a nosotros.

Él chasqueó la lengua al ver al maltrecho animal. A la luz del día las heridas eran considerablemente más graves de lo que pensaron en la penumbra de la noche.

—No va a poder seguir caminando mucho tiempo más —murmuró, acuclillándose frente a Dominic—. Es hora de dormir, amiguito... —Sus miradas se encontraron por encima de la cabeza del lobo y él asintió en respuesta antes de utilizar su poder para inducirlo a un estado de sueño reparador que curara sus heridas.

Levantó el peso muerto del animal en brazos mirando a Dominic a los ojos.

—Encárgate de *Riska* —aceptó él, mirando al lobo antes de posar su mano derecha sobre su hombro—. Seguiré la línea del fiordo hacia el mar. Si en dos días no tienes noticias nuestras, dirígete a Cean Loch Gilb . De un modo u otro, la llevaré de regreso a la Reunión de los Clanes.

El joven druida vaciló durante unos instantes, pero asintió sabiendo que nada de lo que fuera a decirle ahora serviría ni de consuelo, ni mucho menos de disuasión.

—Te veré allí. Os veré a los dos —repuso, dejando claro que esperaba que la encontrase.

Sin más, su amigo dio media vuelta marchándose con el lobo en los brazos.

Ciara observó distraída los parajes agrestes que se extendían ante ellas. La carreta traqueteaba lentamente por el marcado sendero que atravesaba Gleann Domhain en dirección a Carnasserie. Se habían detenido a pasar la noche al abrigo de unos árboles, permitiendo descansar a los caballos y tomándose un tiempo para considerar cuál era la mejor ruta para llegar a Crinan.

El sol aún no comenzaba a colorear el horizonte cuando se pusieron una vez más en marcha. En realidad, ninguna de las dos pudo pegar ojo después de la oscura sensación que las embargó y que penetró profundamente en el alma de la joven druidesa cuando sintió que la línea que la unía a la Prometida de Dalriada se había diluido hasta casi desaparecer.

El miedo y la desesperación hicieron presa de ella como afiladas garras. Todo lo que deseaba hacer era dar media vuelta y volver, pero la tranquilidad de la anciana *baisleac* consiguió calmarla. Tenían una importante tarea que llevar a cabo.

Su mente fue a sus compañeros. Ahora más que nunca podía entender cómo tenía que sentirse Kieran; la desesperación que lo estaría invadiendo por dar con aquella que se había adueñado de su corazón y su alma.

—Duras pruebas os esperan a los druidas de los pueblos de Dalriada —murmuró la sabia, que hasta ese momento había permanecido en silencio con la mirada concentrada en el camino—. Esto no es sino el comienzo.

Ciara se giró hacia la mujer. Después de la cabalgata de la última jornada había decidido ir en el carro con ella.

—La Prometida vive, ¿no es así, *baisleac*?

La sabia dejó que sus labios se estiraran en una tenue sonrisa.

—Hay muchas clases de vida, pequeña druidesa —respondió al tiempo que posaba una de sus manos sobre la de la muchacha—, y no es nuestra decisión cuándo abandonar una y comenzar otra. Los dioses son los únicos que pueden elegir cuándo se termina nuestro camino, pero el de ella no ha hecho más que llegar a la mitad.

Ella no estaba segura de que aquello sirviese de mucho consuelo en aquellos momentos.

—Cada uno tiene el sendero marcado, una misión que solo nosotros podemos llevar a cabo —continuó hablando la sabia—. La nuestra, es encontrar a Carolan. Ella es la única que puede arrojar luz sobre la verdad que permanece oculta.

El rostro de la druidesa palideció ligeramente.

—¿Lady Carolan? —repitió con sumo cuidado. Entonces sacudió la cabeza en una profunda negativa—. *Baisleac*, ¿estáis hablando de la Alta Druidesa de Dalriada?

—¿Conocemos a otra que pueda sacarnos de dudas y tenga el mismo nombre?

Ella abrió la boca sin saber qué decir.

—Pero... ella ya no está entre... los vivos.

La sabia sonrió misteriosamente.

— *Ach*, querida, te sorprendería saber lo vivos que pueden estar algunos muertos y lo muertos que pueden estar algunos vivos —aseguró llena de razón—. Ha llegado el momento de que la verdad salga a la luz, Ciara. Una verdad que me he visto obligada a callar durante demasiados años.

Ella miró a Runa sin saber qué responder. Cualquier respuesta en la que pudiese pensar palidecía ante las inesperadas palabras de la sabia de los clanes.

CAPÍTULO 20

La larga lengua de arena que se extendía a lo largo de la orilla este del Loch Fine, en la región de Oitir, servía de molde a las huellas de los dos guerreros que caminaban observando el tranquilo mar. Una fachada, ya que en su interior rugía el clamor de la batalla que se avecinaba.

Cahir, *laird* del clan Campbell, afincado en Cowal, compartía con su lugarteniente los pormenores de su próximo embarque con destino a Carrick. Ambos hombres tenían un motivo personal para desear enfrentarse a aquella guerra y destronar de una vez por todas al malnacido que usurpó el trono dalriadano.

—Esos malditos bastardos caerán bajo el acero de nuestras armas. No necesitamos de ninguna intervención divina que una a los clanes —aseguraba Gael Campbell, un hombre de pasiones intensas, las cuales a menudo estaban puestas en guerrear contra sus vecinos—. Cualquiera que se haya encontrado en el camino de los northumbrianos, tendrá razones más que sobradas para desear venganza.

Cahir esbozó una irónica sonrisa ante el más que conocido escepticismo de su amigo. Un sentimiento que él compartiría, plenamente, de no ser el último de los druidas de Dalriada. Mientras que su hermano se asentó en el clan McTavish, él reclamó como suya la herencia de su abuelo, ocupando en poco tiempo el puesto de *laird* del clan Campbell y aceptando su lugar como druida del mismo.

Aquella era la primera vez en que dos hermanos compartían un peso como aquel.

Dos druidas en una misma familia no eran algo común, pero por otro lado, no era como si pudiesen considerarse realmente familia de sangre.

—No creo que «divina» sea el motivo de su presencia aquí —repuso él, molesto.

Gael era un hombre escéptico, desdeñoso de las artes drúidicas. Ni siquiera estaba al lado de su *laird* desde que era un muchacho lo había hecho confiar en los druidas.

Quizá, su propio desprecio por los dones que le habían sido concedidos fuese parte importante del sentimiento de su primero. El joven Gael fue uno de los pocos que le tendió una mano amiga cuando regresó al clan para ocupar el lugar de su difunto abuelo y le ayudó a aprender todo aquello que se le exigía como cabeza del clan Campbell.

—¿Otro truco más de los clanes? —sugirió el muchacho, arqueando una morena ceja.

Negó con la cabeza y se volvió hacia su compañero. La insistencia de la que había hecho gala por visitar la extensa larga lengua de agua del fiordo no casaba con los planes que llevaba barajando desde hacía varias semanas. En un primer momento, su intención fue ignorar a los clanes y sus estúpidas reuniones y poner rumbo hacia Dunnad; sin embargo, podía no estar de acuerdo ni gustarle su papel de druida, pero no era tan majadero como para negarse a las visiones que el *aisling* le mostraba.

—Ningún truco que pudieran llevar a cabo me habría taladrado la cabeza de esta manera, confía en mí —respondió, recordando claramente el inesperado dolor que lo postró de rodillas y sin respiración la noche anterior.

Acababa de abandonar el dormitorio, dispuesto a disfrutar de la húmeda noche y despejarse la embotada mente, cuando lo sintió. Una breve ruptura, un mortal padecimiento en lo más profundo de su alma y el alarido de una voz femenina perforándole los tímpanos.

—Sé que era ella. No entiendo ni el cómo ni el porqué, pero la escuché claramente.

Su compañero escupió al suelo, como si con aquel gesto ahuyentara los malos auspicios.

—Brujería, superchería, eso es lo que a mí me parece —aseguró Gael sin dar más explicaciones, al tiempo que cambiaba de dirección hacia los peñascos que hacían recodo en un lado de la playa—. Llevamos varias horas dando vueltas como pollos sin cabeza. Lo que sea que creyeras que te esperaba aquí, todavía no ha hecho acto de presencia, mi laird.

Él recorrió una vez más la larga playa con la mirada. El sol ni siquiera empezaba a asomarse cuando había empezado a caminar sobre la húmeda arena, recorriendo la línea de costa impulsado por una acuciante necesidad que lo empujaba hacia el agua.

No era extraño que ésta la atrajese como un imán, puesto que era su elemento, dónde se fortalecía su don, pero en su fuero interno sabía que se trataba de algo más. Algo lo estaba esperando, rogándole que lo encontrase... ¿Si tan solo tuviese idea de qué?

—Los hombres están deseosos de seguirte hasta Dunnad —continuó Gael —, solo tienes que dar la orden y nos pondremos en marcha. Sean podría conseguírnos un par de naves para cruzar el canal en menos de un día...

Él se giró hacia su compañero con un firme asentimiento de cabeza, dando finalmente respuesta a la insistencia que su mano derecha y el resto de sus hombres ponían en aquella nueva escaramuza.

—Ha llegado el momento de hacer una visita a ese miserable —murmuró mientras contemplaba el sol, brillando en el horizonte y tiñendo las aguas de plata fundida—. Va siendo hora de que descubra quiénes son realmente los Campbell.

Ese malnacido que se hacía llamar a sí mismo rey de Dalriada había sembrado la muerte sobre sus tierras demasiadas veces, llevándose por delante familias enteras, destrozando campos y quemando hogares. Él y su amigo lo sabían mejor que nadie, ya que dos años atrás, una patrulla northumbriana arrasó con uno de los poblados colindantes al suyo, acabando con la vida de mujeres, niños y ancianos; quemando el ganado... Esa aciaga noche, el hombre venido de Northumbria firmó su sentencia con la sangre de los inocentes, entre los que se encontraba la familia de Gael y su propia prometida.

Cahir la vio en las contadas ocasiones en que acompañó a Gael. Se trataba de un matrimonio de conveniencia, una manera de afianzar el poder y la cooperación entre los clanes, permitiendo que un pequeño clan sin patrimonio pasase a formar parte de los Campbell... Sonja era la hermana pequeña de Gael, una muchacha dulce y tímida que siempre tenía una sonrisa en su rostro. Sus esponsales se decidieron en los festejos de *Sammain* y, si bien no la amaba, pensaba que con el tiempo podría llegar a hacerlo.

No sería difícil con una criatura como ella...

Pero una avanzadilla de soldados, borrachos de lujuria y vino, truncó ese futuro, llevándose consigo la vida de la muchacha y de todos los que habitaban su hogar... Esa noche no quedó ni un solo hombre, mujer o niño vivo en la aldea y, su venganza, aunque cobrada con las vidas y sangre de los malnacidos que les arrebataron a los suyos, no era suficiente. No lo era para ninguno de los dos.

Tomando una profunda respiración, volvió sobre sus pasos dispuesto a montar de nuevo en su caballo y prepararse para partir hacia Dunnad, pero el inesperado relincho del mismo, ahora en una zona rocosa a orillas del agua, lo detuvo.

Desenvainando la espada de la funda cruzada a su espalda, dirigió la mirada hacia su amigo con una silenciosa señal. El animal parecía entretenido,

mordisqueando algún alga o trozo de corteza en el suelo. Él posó la mano en las riendas, tirando de ellas hacia atrás, mientras apuntaba con la espalda al suelo, hacia el bulto que descansaba entre las rocas.

—¡Por Santa Coloma! —escupió su compañero, mirando asombrado el cuerpo inerte de una mujer.

Echó un rápido vistazo a su alrededor extendiendo sus sentidos de druida, vinculados con el mar y el agua, en buscar de algún posible indicio que lo avisase de una trampa o emboscada. Lentamente bajó la espada y se escurrió entre los pedruscos, dispuesto a comprobar la identidad de la mujer.

Una maraña de pelo oscuro le ocultaba el rostro. Sus brazos y piernas asomaban llenas de arañazos y hematomas entre los fragmentos de un desgarrado vestido; parecía una muñeca desmadrada tirada entre las peñas.

—¿Está muerta? —preguntó Gael sin abandonar la espada, al tiempo que alternaba la mirada entre su laird, la mujer y cualquier posible amenaza que apareciese.

Clavó la espada en la arena cuando la misma urgencia que lo impulsó a recorrer la extensa orilla este del fiordo apareció de nuevo llenándolo de ansiedad. El vello de los brazos se le puso de punta; su corazón latía cada vez más acelerado a medida que se acercaba a ella, indicándole sin necesidad de palabras que ella era aquello que había sido enviado a buscar.

Lentamente, como si tan solo el hecho de tocarla pudiese hacerla desaparecer, se inclinó sobre las rocas y empezó a retirar el pelo, descubriendo un rostro angelical, pálido como el de un fantasma, de cuyos labios escapó un casi imperceptible quejido.

—¡Mi Dios! —jadeó, apartando las manos inmediatamente, solo para volver a ella con más decisión y arrancarla de su cama de piedras. El movimiento provocó que el gemido de la mujer fuese más audible y dejó al descubierto la parte delantera de su torso, donde el vestido desgarrado mostraba a la vista su camisola interior y la enorme mancha de sangre, ya reseca, sobre la tela, allí dónde sobresalía un trozo de flecha a la altura del corazón.

—¡Sagrada Coloma! ¿Cómo puede estar todavía viva? —jadeó Gael con sorpresa ante la herida del pecho de la mujer.

—Por todo lo sagrado —masculló con la mirada escudriñando una vez más el entorno sin encontrar ni una sola alma paseando por la playa, clavó la espada en el suelo y se centró en ella—. Gael, ayúdame aquí... Necesito que

la sostengas con fuerza.

En un rápido gesto, el guerrero dejó su espada clavada junto a la de su laird y se arrodilló a su lado, sujetando a la mujer tal y como le pidió, observando con estupor la flecha que sobresalía por la espalda.

—Jesús, debería estar muerta —murmuró, aferrando el cuerpo de la muchacha con cuidado, pero sin dejarle posibilidad de moverse, aunque no creía que fuese a hacerlo en el estado en el que se encontraba.

Apretando los dientes, sacó un cuchillo del cinturón, colocó los dedos entre la herida y el trozo de madera, evitando así que se moviera, y con destreza rompió la punta para finalmente extraer con suavidad la otra parte. Quitándose rápidamente el *plaid*, lo enrolló alrededor de ella y presionó con fuerza la herida que volvía a sangrar.

—Tenemos que salir de aquí. Ahora... —urgió a su compañero al tiempo que tomaba a la mujer en brazos.

—¿*Laird*, quién... es ella? —La duda y el temor teñían la voz de Gael.

La llevó hasta su caballo, montando el desmayado cuerpo con ayuda de Gael para finalmente subir tras ella y sujetarla.

—Una Campbell —declaró en voz baja, lo suficientemente firme para que no se le ocurriera replicar—. Necesitamos una curandera, ya.

Asintiendo, su compañero recogió las armas de ambos y se dirigió a su propio caballo.

—¿Volvemos al clan?

Él dudó unos instantes antes de negar con la cabeza. Al igual que Gael, había visto la herida de la mujer. Ya era un milagro que hubiese sobrevivido a algo así, no soportaría un viaje largo.

—No lo resistirá —negó, girando su montura—. Tenemos que encontrar a Catriona.

La mirada de su amigo era suficiente respuesta a su sugerencia.

—¿A la bruja?

Sí, él tampoco podía creer el que estuviese sugiriendo su nombre. Pero no había otra opción, no confiaba en nadie más con ello.

—Encuétrala y dile que la necesito.

—No le va a gustar un pelo —aseguró Gael, entonces azuzó al caballo y partió al galope en busca de la única mujer que podría ayudarles con la desconocida náufraga.

Dominic se había arrepentido muy pocas veces de algo, hacerlo podría suponer problemas en un clan donde lo que primaba era la ley del más fuerte. Nunca, ni una sola vez, renegó de sus orígenes. Podía estar más en sintonía con el pueblo de su padre que con el de su madre, pero ambos, a su modo, consiguieron que aceptase y amase ambos mundos por igual.

¿Cuánto tiempo pasó desde la última vez que pensó en su padre? Sus recuerdos empezaban a desdibujarse. El hombre fuerte que fue antaño; el que le contaba historias a la luz de la hoguera en el centro del poblado; quien le enseñó a pelear, a rastrear, a amar y venerar a su madre y la época de la que ella llegó, se habían convertido poco a poco en una cara borrosa; un simple recuerdo al que acudía cada vez que necesitaba poner sus ideas en claro. Sean fue un hombre estoico, amable y justo con su pueblo; algo que no dudó en inculcar a sus dos hijos.

Cahir. Pensar en su hermano le hizo alzar la mirada hacia la amplia superficie del Loch Fine, una enorme lengua de agua que separaba la región de Cowal de Dumnad, la capital del reino. Si bien no habían tenido ocasión de pasar juntos mucho tiempo después de que él fuese reclamado para ocupar el puesto de laird del clan Campbell, tras la muerte del viejo, habían compartido parte de la infancia.

Era curioso cómo no podía recordar claramente nada anterior a sus ocho o diez años. Su padre y la propia *baisleac* lo habían achacado a una enfermedad que tuvo.

Una que, según la sabia, casi lo arranca del mundo de los vivos.

Así pues, los recuerdos de él con su hermano se limitaban a unos pocos años. Si bien no tenían ninguna conexión de sangre, puesto que la madre de Cahir ya estaba encinta cuando se casó con su padre —por lo que había escuchado decir a las malas lenguas—, Sean McTavish siempre insistió en que sin importar la sangre que corriera por sus venas, ese niño era tan suyo como él mismo y debían llevarse como hermanos.

Él siempre había cumplido el juramento de hiciera a su progenitor a rajatabla y seguiría haciéndolo hasta que el tiempo los borrara a ambos de este mundo.

La tarde empezaba a dar paso a la noche cuando decidió hacer un alto en el camino. Su caballo pastaba tranquilamente en los lindes de las rocosas colinas, descansando de una ardua jornada de búsqueda. Ni siquiera se molestó en encender una pequeña fogata, no quería dar oportunidad alguna a

los enemigos que pudieran peinar todavía aquellos parajes, así que envuelto en el tartán de su clan, apoyó la espalda contra la pared rocosa de los peñascos tras los que se ocultó y cerró los ojos, intentando una vez más encontrarla aunque solo fuese a través de los sueños.

—¿Dónde estás, diablillo? —susurró en voz baja, mientras permitía que sus dones drúidicos lo envolvieran, sumergiéndolo en un estado de meditación que rozaba el sueño, penetrando por voluntad propia en el *aisling*—. Necesito encontrarla. Por favor, Mi Señora, permitidme al menos saberla con vida.

Cahir abrió la puerta de golpe sobresaltando a las dos mujeres que preparaban en esos instantes el desayuno. El aroma a pan recién hecho inundaba la pequeña choza, donde un pequeño montículo de masa todavía descansaba sobre la vieja mesa de madera mientras otro se hacía lentamente en el hueco cavado en el suelo de tierra para aquellos menesteres.

Una tercera mujer se apartó del hogar dónde removía las brasas ante la tempestuosa entrada, su mirada paseó rápidamente entre él y el hombre que sostenía un bulto en sus brazos.

—Tienes que ayudarla —resolló, con sus ojos claros clavados en los de ella.

La mujer de indómito y rizado pelo rojo hizo una seña a las dos muchachas que la acompañaban para tranquilizarlas, se abrió paso hasta ellos y subió sus manos maltratadas por el trabajo para descubrir el rostro de la desconocida, pero los férreos dedos de Gael la detuvieron antes de que pudiese hacerlo. Sus intensos ojos verde mar se posaron en él a modo de advertencia.

—Si deseáis mi ayuda, tendréis que dejarme verla —respondió de forma categórica, alzando la mirada hacia el guerrero que la transportaba—. Eso implica el que me saques las manos de encima, guerrero.

Con una sola mirada a su amigo, éste soltó la mano de la mujer y le permitió quitar la manta con los colores de los Campbell con la que estaba envuelta la moribunda muchacha que cargaba en los brazos.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que haces, bruja o...

—Gael.

La mujer se limitó a ignorarles, chasqueó la lengua y se giró hacia las dos muchachas, que todavía mantenían un rictus de susto en sus rostros.

—Fiona, calienta agua y consigue trapos limpios. Deirdre, trae mi saco de hierbas.

—Tras decir aquello, le miró para indicarle el jergón que había a un lado de la habitación, oculto tras una desvencijada cortina de piel de animal—. Depositadla allí y esperad afuera.

—Bruja, estás hablando...

Cahir cortó a Gael con una seca mirada.

—Espera afuera —le ordenó—. No dejes que nadie entre.

Tragándose una maldición, Gael fulminó una última vez a la curandera con la mirada y salió al exterior de la casa.

—Deberías enseñarle a ese perro a dejar de ladrar.

Se limitó a ignorar su réplica y dejar clara su intención.

—No me marcharé de su lado. Deberás atenderla conmigo aquí —informó con voz suave. No era el momento para un altercado entre ellos—. Te lo ruego, Catriona.

Si la inusual petición la cogió por sorpresa, no dijo nada. Se limitó a señalarle con un seco asentimiento el jergón.

—Esperarás tras la cortina —declaró. Su voz no admitía lugar a discusión—. Si deseas que la atienda, harás lo que te pido... por una vez.

Apretando los dientes ante el tono de la orden de la curandera, depositó el delicado peso sobre el camastro y retrocedió un par de pasos, dejando sitio a la mujer, que no perdió un segundo en hacer a un lado la manta que cubría a la muchacha para luego seguir con sus ropas, desnudándola poco a poco a medida que comprobaba cada una de sus lesiones.

— *Um...* Han errado en el corazón por muy poco —masculló examinando la herida ensangrentada que le había desgarrado piel y músculo unos centímetros por encima del órgano motor—. La herida está fresca. ¿Qué la atravesó?

Él tensó la mandíbula una vez más al recordar el trozo de flecha que sobresalía de su pecho.

—Una flecha —murmuró, echando mano a la bolsa que colgaba del cinturón para entregarle los restos de la misma. Si contenía alguna clase de hierba o veneno, ella lo sabría.

Sin perder un instante, la curandera se llevó la punta de metal a la lengua para finalmente asentir satisfecha.

—No hay veneno —habló más para sí que para él, antes de finalmente volverse y gritar—. ¡Deirdre, ese saco! ¡Date prisa, niña!

Al escucharla incluso él dio un respingo, entonces dio otro paso atrás,

dejando espacio a las mujeres. Un rápido murmullo de pasos trajo a la muchacha, la cual no debía de contar con más de doce inviernos.

—Ve con tu madre, que traiga el agua hervida y los paños. —Su voz sonó ahora suave y cariñosa hacia la niña.

—Sí, señora.

La muchacha salió corriendo de la pequeña zona separada por la cortina para dirigirse hacia el interior de la choza, donde se la oyó hablar con aquella que debía de ser su madre.

—Es un verdadero milagro que siga con vida después de recibir tal herida — murmuró Catriona, empezando a hurgar en su saco para sacar las hierbas y ungüentos que necesitaba—. Herida y casi ahogada... Malditos northumbrianos, ya no respetan ni siquiera a los pueblos.

Él no dijo nada y también se apartó. En unos tiempos en los que incluso los amigos podían volverse enemigos, dónde las gentes hacían lo que fuese con tan de sobrevivir y siendo Oitir uno de los principales accesos portuarios para la navegación por el canal, toda precaución era poca.

Si bien confiaría su maldita vida a las manos de esa terca mujer, no la expondría a un peligro mayor descubriendo la identidad de su paciente. Le debía demasiado a esa bruja de pelo rojo, tanto o más de lo que le había arrebatado durante esos dos pasados años.

Catriona había sido la única lo suficiente valiente o lo suficiente estúpida como para acercarse a él cuando nadie se había atrevido. Después de la masacre acontecida dos años atrás, tras presenciar lo que la codicia y el poder podían hacer, enloqueció hasta tal punto que habría marchado el solo contra el maldito usurpador. Si bien no lo había hecho gracias a Gael, la forma que buscó para drenar su rabia trajo demasiada muerte y destrucción, una que también por poco acaba con su propia vida.

Esa maldita hechicera le había salvado, no solo había curado su cuerpo sino también su espíritu, había drenado su rabia, su desesperación reconduciéndola sobre sí misma, devolviéndole una cucharada de su propia medicina.

Ella lo había arrancado de una espiral de oscuridad, solo para darle una patada en el culo cuando, en un alarde de caballerosidad y practicismo, le informó que la desposaría.

Cait no tenía familia, según le había contado durante su tiempo juntos, su padre había muerto tiempo durante la temporada de caza del jabalí, —un

bueno para nada, según decía su madre—, y su progenitora había perecido durante un largo invierno víctima de una afectación pulmonar. A la edad de doce inviernos se había encontrado sola, enviada a la casa de una tía que tuvo a bien enseñarle todo lo que sabía sobre hierbas. Pero la mujer había sido víctima de la masacre de hacía dos años, dejándola de nuevo sola.

El perder a Sonja había sido un golpe duro, pero tenía que aceptar para consigo mismo que no la amaba, nunca lo había hecho. Le dolía que una vida inocente y joven se hubiese perdido de esa manera, la añoraba como a una hermana, pero no como a la mujer que poseía su corazón.

Caitriona, por otro lado, se le había metido bajo la piel. No solo la deseaba en su cama, quería más, la quería a su lado. Sin embargo, esa bruja pelirroja, lo rechazó.

«No me casaré contigo, laird, no me casaré con nadie».

Y esa había sido su última palabra, una que había mantenido a lo largo de esos últimos años.

Centrada ahora en su tarea de sanadora, procedió a limpiar las heridas de la muchacha y aplicarles unguento, utilizando aguja e hilo allí donde era necesario. La moribunda joven entraba y salía de la consciencia una y otra vez, pero de sus labios solo salían jadeos. Su piel enfebrecida era refrescada continuamente con paños húmedos por una de las mujeres mientras ella terminaba de cubrir cada herida y laceración con sus remedios naturales.

Una vez satisfecha con su tarea, dejó a la moribunda en manos de las dos mujeres e hizo que él la acompañase al calor del hogar.

—¿Vivirá? —le preguntó con la ansiedad mal enmascarada en su voz.

No respondió enseguida, se limitó a acercarse al hogar y echó un nuevo leño a las brasas.

—Su cuerpo está en llamas. He tratado y cosido la herida de su pecho, ahora todo depende de si se gangrena o no. —Sus palabras eran sinceras, dichas con un tono suave, tranquilo—. Es un milagro que esa niña esté todavía con vida... y hace años que no se ve un milagro por estas tierras, Cahir.

Él volvió la mirada hacia la manta evitando mirarla a los ojos y responder así a su comentario.

—Es pronto para asegurar si vivirá —añadió ella sin más preámbulos—. Debes dejarla aquí. No puedes trasladarla en su estado, moriría. Puedes dejarla conmigo.

Nadie conocerá su presencia, lo juro.

Se giró entonces hacia ella, encontrándose con sus ojos, viendo en ellos la confirmación de sus sospechas. No le sorprendía, esa bruja parecía saber siempre mucho más que la mayoría.

—No dejaré su lado hasta que se levante por sí misma de ese camastro — declaró él, dejando claro que ella estaba bajo su protección.

Se encogió de hombros y señaló la vivienda con un gesto de la barbilla.

—Mi morada es la tuya durante todo el tiempo que lo necesitéis, mi *laird* — declaró ella, dejando claro que guardaría el secreto de su presencia allí.

Él asintió y volvió la mirada hacia la cortina, a través de la cual ahora salía una de las mujeres.

—¿Se puede confiar en ellas?

No hubo vacilación en sus palabras.

—Fiona no dirá una palabra, no puede —le informó sin dar mayores explicaciones—. Y Deirdre le tiene tanto miedo a los hombres que no se atrevería a emitir siquiera un chillido. Ella está a salvo aquí.

Sus ojos volvieron a encontrarse con los suyos, pero antes de que pudiese abrir la boca y decir algo, ella se adelantó.

—Puedes quedarte junto a ella, vigílala, pero no molestes.

Dicho eso, recogió sus ungüentos y lo dejó a solas con su reciente pesca. Yaciendo entre fiebres y delirios, con una herida mortal en el pecho, se encontraba su destino.

Incluso cuando la sintió la primera vez, no estaba seguro de que ella fuese real.

Huyendo de sus deberes de druida, como a menudo hacía, ni siquiera se planteó que su futuro iba a estar unido al de ella.

Pero, le gustase o no, era uno de los protectores de los cuatro Señoríos de Dalriada y druida de la Prometida. Qué ironía que tuviese que ser precisamente ella, en su momento de mayor necesidad, la que llamase a su puerta para recordarle un deber que sabía no podría eludir.

—No la dejéis morir —murmuró sabiendo que la bruja todavía seguía allí —, si todavía crees en las leyendas, no dejes que pase al otro lado.

Su respuesta fue sincera.

—No soy yo la que debe creer, mi *laird*, sino tú.

Con una ligera sonrisa, le dedicó una leve inclinación de cabeza y se dispuso a preparar lo necesario para cuidar de su enferma.

Él la vio salir y supo, muy a pesar suyo, que estaba empezando a creer.

Shadow sentía que ardía por dentro. Todo su cuerpo parecía envuelto en llamas, le pesaban los párpados y los brazos, el solo hecho de respirar era una tortura y la oscuridad que la rodeaba, asfixiante. Se sentía perdida, sola; como un náufrago a la deriva en un mar de inmenso dolor, sin ningún puerto en el que poder recalar y descansar del agónico infierno que la calcinaba.

Una oleada de suave tibieza la envolvió durante un instante llevándose el calor, dejándole una momentánea paz que sabía no duraría mucho. Unos breves instantes de descanso, que harían que la calentura que vendría después sería incluso más intensa.

¿Por qué no podía simplemente sumergirse en el mar de oscura tranquilidad que la asediaba? ¿Qué la mantenía anclada al infierno? ¿Al dolor?

Deseaba descansar, cerrar de una vez los ojos y caer en el bendito olvido.

«Has llegado demasiado lejos para darte por vencida ahora, mi estrella».

La cálida voz penetró en la vacía oscuridad que la arropaba. Hilos de luz tejían su red sobre ella, arrastrándola a un plano de conciencia en el que el dolor y el ardor se hacían más soportables.

Abrió los ojos. Sus párpados se movieron pesados hasta alzarse por fin y encontrarse en pie en medio de una enorme pradera de colores tan vibrantes que no podían ser reales.

—Tu camino está llegando a su fin. No te rindas ahora.

La voz de la mujer sonó ahora tras su espalda. La reconocía, como lo hizo con el tierno rostro y ojos amables que encontró en la mujer vestida con una túnica blanca que se encontraba ahora frente a ella.

—Caro... —Sabía quién era a pesar del tiempo transcurrido. Su mente infantil conservaba su imagen—. Quiero regresar a casa, volver a mi hogar y olvidar toda esta locura.

La mujer esbozó una lenta sonrisa. Su pelo se mecía con el viento y creaba un hermoso halo alrededor de sus hombros.

—¿Y dónde está el hogar al que quieres regresar, pequeña estrella?

Ella suspiró. Su mirada recorrió lentamente la amplia extensión verde que la rodeaba y el cielo azul recortado por las nubes encima de sus cabezas.

—Ahora sé dónde nací. Recuerdo a mi madre, su calor... Pero mi vida no

está aquí, dejó de estarlo en el momento en que ella murió... Lo sé.

La Alta Druidesa ladeó su dulce rostro.

—¿Lo sabes?

Sus ojos verdes encontraron los de la mujer, que seguía sonriéndole como una maestra indulgente que espera que su alumno dé solo con la respuesta.

—¿Qué dice tu corazón, pequeña Scail? —preguntó pronunciando su verdadero nombre, aquél que llevaba grabado en la pequeña pieza de orfebrería que colgaba de su cuello—. ¿Dónde desea él residir?

¿Su corazón? Él llevaba mucho tiempo en silencio, latiendo por costumbre sin encontrar el auténtico ritmo. Lo perdió el mismo día que Dominic dejó su vida, enmudeciendo solo para volver a hacerse escuchar al verle una vez más... ¿Dónde deseaba residir su corazón?

En su mente aparecieron unos ojos ambarinos coronados de espesas pestañas oscuras. El pelo negro le caía desordenado sobre la frente, un rostro de planos fuertes con una sombra de barba cubriéndole el mentón.

—Dominic —musitó. Las lágrimas asomaron a sus ojos, resbalando por sus mejillas.

El corazón era más sincero que su voluntad. Su sonrisa hechicera cuando la abrazaba, la ternura en sus ojos hablándole sin necesidad de palabras, su última noche juntos regresaron con la fuerza de un cañonazo, dando su propia respuesta.

La tibia mano de la Alta Druidesa resbaló entonces por sus mejillas, secando la humedad de las lágrimas. Ella la miró y la vio sonreír, la esperanza brillaba en sus ojos como lo hizo muchos años atrás.

—Has recorrido un largo camino, mi estrella, pero todavía no has llegado al final —le susurró, acariciándole el óvalo de la cara con el pulgar—. No tienes que seguir caminando sola; ellos serán tu fuerza si se lo permites. Te darán su coraje si los dejas entrar, serán tu hogar... si es allí donde deseas estar. Te conducirán allí donde debes estar y al final del sendero encontrarás la respuesta a todas las preguntas que te aquejan, pero debes seguir caminando. Nuestro pueblo te necesita.

Él te necesita.

Alzó la mirada buscando en aquellos cálidos ojos alguna pista de lo que debería hacer realmente.

—Moriré... si es que no he muerto ya —murmuró con dolor—. Si ése era

mi destino, ¿por qué no me dejaste hacerlo desde el principio? ¿Qué sentido tiene vivir la vida si al final te la arrebatan por nada? No soy material de sacrificios, Caro, ni de milagros.

Las manos de la druidesa cogieron las de ella, apretándolas suavemente contra su cálido pecho.

—Él morirá si tú mueres, estrella —declaró con sincera tristeza—. Su vida se apagará sabiendo que la tuya está extinta y todo por lo que hemos luchado habrá sido en vano. Todo por lo que él lucha, se extinguirá. Eres su vida, su fuerza, su esperanza para esta tierra manchada...

Negó con la cabeza, arrancando sus manos de las de la druidesa.

—¡Él espera de mí un milagro! —clamó con desesperación—. Todos esperan un milagro, Caro. Y yo... Yo no soy nada más que una mujer...

La sonrisa de la dama volvió de nuevo a su rostro, iluminando sus ojos, llevándose consigo la tristeza y dejando la esperanza.

—Eres mucho más que una simple mujer, mi estrella. Eres esperanza y voluntad —aseguró con tal convicción que resultaba contagiosa—. Estás destinada a grandes cosas, mi princesa. Quizá nadie las recuerde con el paso de los años ni aparezcan en tus libros de historia, pero tú, mi niña, lo serás todo para él.

Un agotado suspiro emergió de sus cansados labios.

—Sí, un enorme dolor de cabeza —musitó—. He cometido muchas estupideces, la mayor de todas querer pagarle con la misma moneda. Sabía que no accedería a llevarme a casa y huí, le dejé como él hizo conmigo... Pensé que haría que me sintiese un poco mejor, me dije a mí misma que era lo más adecuado para ambos. Yo no pertenezco a un tiempo de druidas; mi lugar está dónde nadie se mata con espadas, dónde la gente no se muere de hambre o es masacrada, dónde las personas no te miran como si fueses un milagro que les solucione la vida... Pero lo único que he conseguido es hacerle daño... y que yo esté muerta.

La druidesa negó con la cabeza.

—No estás muerta —le aseguró con cariño—. Y no morirás... No, mientras él te siga.

Ella frunció el ceño.

—¿Estás segura de que no estoy muerta? —preguntó—. Duele como si lo estuviese. Puedo sentir cómo la flecha perfora mi pecho... Y el calor...

—Mientras haya dolor, habrá vida, mi niña —aseguró sin dejarla seguir

— *Es una magia cruel, pero es la única que nos mantiene en nuestro camino, obligándonos a caminar.*

— *El destino* —murmuró en respuesta.

La Alta Druidesa asintió.

— *Vuestro destino* —asintió.

La vio entonces girarse, como si alguien pronunciase su nombre o escuchase algo que la hizo sonreír.

— *Te está buscando* —dijo y se volvió hacia ella extendiendo su mano una vez más para rozarle la mejilla—. *Suplicando a los dioses tu regreso a la vida... Ve a él.*

Permítele continuar su camino de modo que tú continúes también el tuyo. Ambos os encontraréis, lo juro, mi Prometida.

Ella miró a la mujer una última vez.

— *¿Volveré a verte?* —murmuró con voz queda—. *Nunca he tenido la oportunidad de decirte...*

La druidesa acalló sus palabras posando los dedos sobre sus labios.

— *Estamos en tiempos de magia, mi estrella. Todo es posible* —le aseguró.

Antes de que ella pudiese responder a tal declaración, la imagen que tenía enfrente se fue diluyendo y el fuego regresó quemando su cuerpo. El dolor en el pecho se hizo todavía más crudo, obligándola a llevarse la mano al lugar, como si esperase encontrar allí su corazón expuesto.

«*Ve a él*». Escuchó la voz de la druidesa en la lejanía. «*Acude a su llamada. Te necesita tanto como tú a él*».

Se aferró con fuerza el pecho. El dolor era tan desgarrador que le arrancaba las palabras.

— *¿Cómo?* —gimió, apretando los dientes.

La respuesta tardó en llegar, pero cuando lo hizo la acompañó una nueva oleada de paz y frescor que la envolvió haciendo más soportable el tormento.

— *Mira en tu interior.* —Solo había sido un susurró—. *Sé fuerte, mi niña, el final del camino está cerca.*

Volvió a quedarse sola, vagando en un mar de oscuridad. Las lágrimas resbalaban por sus ojos, sintiéndolas tan calientes como el fuego que la quemaba de dentro hacia fuera.

— *Dominic...* —Pronunció su nombre como una plegaria. Recordó su noche juntos, su ternura, el sabor de sus labios, el tacto de su piel—. *Nick...*

Le sintió como una presencia fantasmal. Su calor y ese aroma a montañas y frescor la inundó, abrazándola.

—¿Nick? —repitió más alto, abriendo los ojos a la oscuridad que fue diluyéndose, dejándola entre una espesa neblina—. ¿Dominic?

Una nueva oleada de calor la recorrió haciéndola gemir. El dolor palpitaba con fuerza en su pecho.

«¿Shadow?».

Su voz la arrancó de aquel enfermizo estado, devolviéndole la respiración y refrescando su cuerpo.

—¿Nick?

La niebla empezó a diluirse mostrando la hierba verde bajo sus pies, extendiéndose una vez más en la misma pradera y dejando paso, poco a poco, a la silueta que emergía de ella.

Vestía las mismas ropas con las que lo vio en la boda, aquellas que le permitió quitarle en el establo, el plaid lo envolvía con los colores rojo y azul de su clan; una imagen sólida y poderosa del hombre que amaba.

—Shadow... —Sus pupilas doradas se posaron sobre ella. El alivio que se reflejaba en ellas arrancó lágrimas a sus ya húmedos ojos—. ¡Gracias a los dioses, diablillo! ¡Estás viva!

Sus fuertes brazos la rodearon y su boca se posó sobre la de ella, probándola.

Sus manos la recorrieron como si temiese que se desvaneciese de un momento a otro.

—Nick —murmuró abrazándole con fuerza, sintiéndole tan real como siempre—. Dios, gracias... Gracias, gracias, gracias. No tengo la menor idea de cómo lo has conseguido, pero gracias.

Se apartó de ella, ahuecándola el rostro entre las manos, necesitando asegurarse de que estaba allí con él y no era una ilusión.

—No estaba seguro de si podría alcanzarte de este modo. Pensé... Te vi...

Señor... —Fue incapaz de decir nada más, la necesidad de sostenerla contra él era demasiado fuerte.

Ella lo abrazó a su vez, descansando la cabeza contra su hombro.

—¿Dónde estamos? —murmuró, disfrutando de su calor.

—Es el aisling, el sueño de los druidas —respondió mientras le acariciaba el pelo—. Escuché una voz... y entonces a ti... ¿Dónde estás?

¿Cómo es que has podido...? La caída... fue... Te he estado buscando durante dos días. ¿En dónde te encuentras ahora?

Negó con la cabeza.

—Yo... No lo sé —musitó, abandonando sus brazos para mirar a su alrededor, como si con ello pudiese encontrar la respuesta.

Se acercó de nuevo a ella, acariciándole el rostro, obligándola a mirarle.

—Está bien, pequeña, está bien... Te encontraré igualmente.

Se mordió el labio inferior y se abrazó a sí misma cuando una nueva oleada de dolor la recorrió.

—Hace calor, siento que me arde la piel, me duele el pecho; me duele muchísimo —gimió, presa de un nuevo latigazo—. Nick... tengo miedo... Duele.

Él volvió a ella, abrazándola.

— Shh , tranquila —le besó la cabeza—. Todo irá bien, te encontraré. Cueste lo que cueste, te encontraré.

—Lo siento —murmuró abrazándose a él—. Fui una completa estúpida, no debí marcharme... pero creí que... Necesito volver...

— Shh —la acalló—. Debí escucharte, entenderte... No volverá a ocurrir.

Se lamió los labios mientras acariciaba con los dedos la suave tela de la lana del plaid.

—Me dijo que tengo que llegar al final. Que tú estarías a mi lado en cada paso.

—Siempre, diablillo. Siempre —aseguró abrazándola con fuerza.

Cerró los ojos.

—Me aterra todo esto... Yo... Yo no puedo ser un milagro. No puedo...

La apartó de sí, cogiéndole el rostro entre las manos.

—Escúchame —le pidió mirándola a los ojos—. Eres una mujer extraordinaria, fuerte, hermosa y generosa... Podrás hacerlo, lo sé. Yo estaré a tu lado en cada paso para cuidar de ti. Todos lo estaremos... pero no volveré a arriesgarte, Shadow.

Lucharé contra la mismísima muerte si he de hacerlo, pero no volveré a perderte.

Abrió la boca para responder a esa inesperada declaración, pero el calor regresó con todo su furor; quemándola, abrasándola. El dolor en su pecho

aumentó, tirando de ella lejos de él, arrancándola de su lado.

Bajó la mirada. El calor regresaba, el dolor en el pecho aumentaba.

—*Vuelve a doler —musitó—. Dominic, me duele...*

—*Shh —la abrazó—. Te tengo, diablillo. Solo relájate. Es la conciencia la que tira de ti para arrancarte del sueño, no luches... Solo mantente firme, sé fuerte y yo iré a buscarte, estés donde estés.*

Lo miró con temor. No tenía la menor idea de dónde se encontraba.

—*Nick, no sé dónde estoy. ¿A dónde debo ir? ¿Cómo voy a encontrarte?*

—*Shh... nos encontraremos, Shadow —le aseguró—. Solo sigue tus instintos y viaja hacia el Este. Nos encontraremos en Cean Loch Gilb... Solo ven y yo te encontraré.*

—*¿Dominic?*

—*Te lo juro, mo gràdh. Te llevaré a casa, allí donde deseas estar —le prometió—. Prefiero perderte entre los siglos, que vivir una eternidad con tu muerte.*

—*Nick...*

—*Prométemelo —insistió él—. Sin trampas, sin ataduras... Dime que vendrás.*

Ella asintió.

—*Lo intentaré —aceptó, sabiendo incluso que en aquel mundo de ensueño las cosas no serían fáciles.*

—*No confíes en nadie. Utiliza tus instintos y busca al último de los druidas; él es el laird del clan Campbell. No reveles a nadie tu identidad, solo a él.*

Se aferró a él a pesar del dolor.

—*¿Cómo lo encuentro? ¿Nick?*

Pero ya no hubo respuesta, el dolor y el calor lo anularon todo, arrancándola de la relativa paz y llevándola de nuevo al infierno.

Shadow tomó una profunda bocanada de aire. El solo hecho de respirar dolía, el ardor en su piel se hacía más intenso en su pecho, cada ínfimo movimiento la atravesaba como lanzas arrancando lágrimas a sus cansados ojos. A sus oídos llegaron voces, inconexas, guturales, pero ninguna tenía sentido para ella. No eran más que murmullos, voces de mujer según creía.

Movió los párpados, intentando abrirlos. La escasa luz ayudó, permitiéndole vislumbrar un bajo techo con estructura de madera y cobertura

de paja de la que colgaban algunos ramilletes de flores secas, pequeños cordeles y alguna vieja tela oscura. De forma inconsciente volvió la mirada, girando la cabeza solo para gemir cuando un nuevo ramalazo de dolor le atravesó el pecho haciéndola llorar. Pronto unas tranquilizadoras manos la obligaban a estarse quieta. Su voz, aunque ronca, era femenina.

—Quieta, no os mováis. Estáis herida.

Parpadeó intentando verla, pero solo llegó a vislumbrar sus manos, que arrastraban una tela de tartán de cuadros azules, verdes y negros que se entrecruzaban con líneas amarillas mientras la arropaba.

«Utiliza tus instintos y busca al último de los druidas; él es el laird del clan Campbell. No reveles a nadie tu identidad, solo a él».

Las últimas palabras de Dominic resonaron en su mente. Con esfuerzo acarició la tela que la cubría, sabía que cada clan tenía un tartán distintivo.

—Quedaos quieta, u os abriréis la herida —pronunció nuevamente la mujer, pero para ella sus palabras no tenían sentido.

Su mirada se encontró entonces con la de ella. Pelo rojizo, apretados rizos y una mirada verde mar cálida y tranquilizadora.

—Quien... —Se detuvo al sentir los labios doloridos y cuarteados. Pasándose la lengua por ellos con suavidad, volvió a intentarlo—, Quién... Clan...

Incluso las palabras dolían en aquellos momentos.

La mujer frunció el ceño durante un breve instante. Entonces la vio hablar una vez más, pero no se dirigía a ella, sino a alguna persona más allá de la cortina que cerraba el pequeño cubículo en el que por fin reparó.

—Señor... —murmuró apretando los dientes contra otra oleada de dolor surcando su pecho—. Duele como el demonio.

Escuchó el sonido de una puerta al abrirse y la respuesta gutural de un hombre antes de que la tela que colgaba tras la pelirroja se separara para dejar paso a un hombre que lo llenó todo con su presencia.

De mirada oscura, pelo castaño y barba, vestía de manera similar a las gentes que ya había visto anteriormente, solo que él, en vez de aquel suave pantalón de piel que utilizaban sus druidas, dejaba sus musculosas rodillas al aire, abrigando sus pantorrillas con unas gruesas medias de lana y los muslos con una tela de tartán plegado que lucía el mismo dibujo que la manta con la que ella había sido arropada.

Sus ojos se encontraron finalmente. Aquella mirada sorprendida, a la par

que esperanzada, la hizo relajarse durante un breve instante. ¿Podía por fin haber encontrado un poco de suerte?

Él le habló. Le vio abrir la boca y escuchó unas profundas palabras que resonaron en su interior, derramándose como agua fría que calmaban su ardor.

—No... sé lo... qué has dicho... pero, ¿puedes... hacerlo otra vez? —se encontró susurrando al recién llegado.

La sorpresa en su rostro fue la única respuesta que tuvo durante un instante, más allá de la voz de la mujer que parecía estar dirigiéndose ahora al hombre.

Se lamió una vez más los labios. Sentía la garganta como una lija. El calor seguía allí, abrasándola, pero lo peor era el dolor en su pecho... Si tan solo él hiciese lo que quiera que acababa de hacer.

—Duele... por favor... tu voz... El calor se va —musitó, las lágrimas derramándose nuevamente de sus ojos.

Lo sintió antes de verlo, arrodillándose a su lado. Una enorme mano, fuerte, morena cubrió la suya y volvió a pronunciar de nuevo aquellas palabras, haciendo que el calor huyese una vez más.

—Dios... gracias —musitó permitiéndose el primer suspiro de alivio. Ahora que lo tenía cerca podía verlo mejor. Los colores de su *plaid* eran más claros ahora, corroborando que el tejido era el mismo que el que la cubría.

—Tu clan... —Se lamió los labios otra vez, rogando que le entendiese. Elevó la mano tímidamente hacia la tela que se extendía en pliegues sobre su pecho y la acarició apenas con los dedos antes de dejarla caer de nuevo en la cama al compás de un pequeño gemido escapado de su pecho.

—No os mováis —habló él con un marcado acento escocés—. Se abrirá la herida.

Abrió de nuevo los ojos, mirándole entre sorprendida y esperanzada. Acababa de hablarle en inglés.

—Me entiendes —acertó a decir.

Él asintió con un ligero gesto de cabeza.

—Conozco tu lengua —declaró y la miró a los ojos—. ¿Por qué deseas conocer cuál es mi clan?

El cansancio hacía mella en su cuerpo, los párpados empezaban a pesarle y el calor parecía querer volver, a pesar del frescor que luchaba por instalarse en su piel.

—¿Dónde estoy? —preguntó en cambio, ignorando las palabras de él.

Escuchó un ligero chasqueo de la lengua antes de la firme respuesta.

—En Oitir, en la región de Cowal —le informó.

¿Cuál era la sede del último de los señoríos de Dalriada? No podía recordarlo y, sin embargo, el nombre que él pronunció...

—¿Qué clan... rige? —gimió, tensándose una vez más por el dolor—. Por favor...

necesito... saberlo.

Para su sorpresa, el hombre se tomó la libertad de coger su mano. La imperceptible descarga eléctrica que sintió atravesándola la obligó a volverse a él.

—El clan Campbell —respondió él con voz firme—. Estáis en buenas manos, Prometida.

Se tensó al escucharle. El miedo empezó a filtrarse con rapidez al escucharle utilizar aquel título con ella, pero entonces...

—¿Campbell? —repitió esperanzada—. ¿Perteneceis al clan Campbell? —Sin que nadie pudiese evitarlo, hizo ademán de incorporarse—. Necesito ver... Necesito ver a su... —Un agónico dolor le atravesó el pecho haciéndola gritar y llorar...

—Os dije que no os movieseis —declaró con fiereza, volviéndose para llamar a la mujer que estaba antes con ella—. *Ach*, muchacha, os habéis librado por poco de la muerte. No queráis tentarla de nuevo.

—El laird... Necesito... vuestro laird —lloró, luchando contra el agónico dolor—. Oh, Señor... Dominic, esto no va a funcionar...

Ella no vio como Cahir se tensaba al escuchar aquel nombre, ni como sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa un instante después, mientras la pelirroja lo hacía a un lado y se afanaba en ver lo que sus prisas habían ocasionado en la herida de su pecho.

—Te dije que no debía moverse —clamó la mujer, hablando nuevamente en gaélico—. Te haré salir como vuelvas a incomodarla. Sus heridas son muy graves.

Él no solo no respondió, sino que se acercó una vez más a ella, estudiándola fijamente.

—¿Por qué buscáis al laird Campbell? —preguntó.

Se lamió los labios. Sus ojos estaban brillantes y húmedos.

—Eso... solo lo trataré con él.

Una lenta sonrisa se extendió por sus labios.

—En ese caso, hablad, Prometida de Dalriada —continuó sin separar ni un

instante la mirada de ella—. Soy Cahir Campbell, *laird* del clan Campbell... y el último de vuestros druidas.

CAPÍTULO 21

La última vez que recorrió aquellos oscuros y lúgubres pasadizos, el honor todavía tenía cabida en su alma. Ahora, por mucho que mirasen, el capitán de la guardia del rey sabía que no encontrarían nada; la última pizca que quedaba se despeñó desde lo alto de los acantilados.

A duras penas pudo escapar con vida tras contemplar la sorprendida y angustiada mirada de ella cuando la flecha atravesó su pecho. Los druidas llegaron en ese momento, pero ya era demasiado tarde. La rabia y furiosa desesperación en los ojos de uno de ellos, que sorprendentemente resultó ser el laird del clan McTavish, desató el infierno en el peligroso terreno, sembrando el suelo con los cadáveres de los hombres que tuvieron el desatino de cruzarse en su camino. Él mismo llevaba en su cuerpo la prueba de la intensa furia del druida.

Hacía mucho tiempo que dejó de creer en cuentos y leyendas; murieron el mismo día que lo hicieron su mujer e hijo a manos de los miserables *cruithne*. Aquellos salvajes que el rey tenía por aliados masacraron la aldea en la que creció, llevándose con ellos la vida de aquellos a quienes más quería, los únicos por los que ingresó en las filas del ejército de Northumbria, vendiendo su honor para mantenerlos con vida.

Unos pasos más y estaba ante la puerta que cerraba el salón del trono. Sabía que debía entrar sin más, comunicar sus noticias y marcharse. Si tenía verdadera suerte, quizá podría encontrar a uno de esos malditos salvajes y emprender la última batalla de su vida.

Con un profundo suspiro, alzó las manos y empujó la doble hoja abriendo la puerta con un estruendoso chirrido que llamó inmediatamente la atención de aquellos que conversaban a escasos pasos del trono.

Sin detenerse, traspasó el umbral y se dirigió al monarca, clavando la rodilla en tierra cuando estuvo lo suficientemente cerca, para concluir con su misión.

—Ah, Peadar, ¿ya de vuelta? ¿Qué noticias me traéis?

Mantuvo la cabeza baja durante un instante. Había visto por el rabillo del ojo que el rey estaba en compañía del *Ard Draoi*, pero aquello no influía para nada en lo que tenía que comunicar.

—Vuestras órdenes fueron hacer prisionera a la muchacha que responde al nombre de la Prometida de Dalriada, Mi Señor —respondió sin más, decidiendo acabar con aquello cuanto antes—. Lamento tener que comunicaros

que no se han podido llevar a cabo, la muchacha presentó batalla. Temo que ahora su cadáver yace en el fondo de Loch Fine.

El monarca frunció el ceño, su mirada desviándose casi como si estuviese ubicando el lugar del que el soldado le hablaba.

—¿Loch Fine? ¿Cómo es posible que haya ido tan lejos?

Él se obligó a mantener la cabeza gacha, pronunciando las palabras lentamente, sin dejar que la emoción y arrepentimiento que lo corroía por dentro desde el instante en que la vio desaparecer en las aguas traspasara a su voz.

—Intentó huir a un par de millas de Lechuary —explicó sin buscar excusas. De nada servía justificarse ante el rey—. Una de nuestras flechas la abatió cuando no aceptó el alto.

—¿Está muerta?

Apretó los puños. Una más que amarga bilis le subía por la garganta ante la respuesta que tenía que dar, una que provocó él mismo con sus acciones.

—Sí, Milord.

—Muerta —repitió el rey, casi como si no pudiera asimilar la palabra.

El monarca se giró entonces hacia el Alto Druida, con el que estuvo charlando hasta la intromisión del capitán.

—¿Está realmente muerta?

Ante aquella falta de confianza, él apretó los dientes y se obligó a no escupir la respuesta.

—Yo mismo vi como una de nuestras flechas le atravesaba el corazón y el impulso la lanzaba hacia atrás, haciéndola resbalar por el acantilado hasta hundir su cuerpo en las frías aguas del Loch Fine, Mi Señor —insistió el capitán con firmeza, su mirada cruzándose fugazmente con la del druida.

El hombre se limitó a mirarlo a los ojos para luego volverse hacia la pared en la que estaba grabada la profecía y leyó en voz alta un párrafo:

La tierra temblará con los pasos de vivos fantasmas.

Con el grito de la última noche, despertará la mañana definitiva.

La ciudad de piedra sangrará los pecados de sus antepasados.

La Última Batalla se derramará en Dunnad

y la Prometida devolverá a Dalriada la Luz de la Verdad.

—Hace tres días sentí cómo su esencia desaparecía durante un fugaz momento, tal como he vuelto a sentirla poco después remontando el reino de

los muertos — respondió el druida. Su mirada pasó del texto en la pared al expectante monarca—.

Puede que vuestros hombres la hayan herido, capitán Peadar, pero sigue con vida... Y

una bestia herida y acorralada puede resultar incluso más salvaje y dañina que una que vive en libertad.

El rey frunció el ceño ante la indirecta de su druida.

—Deja los acertijos para los juglares. ¡Habla!

El druida se inclinó hacia su monarca en un gesto de respeto y complacencia.

—Si Mi Rey me permite expresarme con libertad, este fiel siervo cometería la osadía de sugerir a Su Majestad que piense en doblar la guardia de toda la ciudadela —respondió sin rodeos—. Mis visiones no son claras todavía, pero hay algo que se acerca peligrosamente a la cañada de Kilmartin y que muy pronto cubrirá la colina de Dunnad.

El rey pareció considerarlo. Entonces asintió y se volvió hacia el capitán.

—Enviad aviso a las fortalezas de Dunollie, Abert y Tairpirt Boittir para que se preparen y estén alerta. Si los rumores que hay sobre los movimientos de los clanes hacia la capital son ciertos, quiero que todos y cada uno de nuestros hombres los repelan sin contemplaciones —proclamó, mirando con odio la pared en la que aparecía escrita la profecía—. Aplastadlos a todos y traédmela. La quiero arrodillada ante mí, suplicando por su miserable vida...

Con una inclinación de cabeza, el capitán ocultó su desprecio por el monarca cuya guardia comandaba. Aquel hombre era un cerdo despreciable y no veía el momento en que todas sus conjuras se hicieran realidad y fuese él, no ella, la que estuviese de rodillas y suplicando por su vida.

—Sí, Majestad —respondió, luchando por modular su voz y que no se notase el resentimiento. Solo entonces giró sobre sus talones y emprendió el camino que lo alejaría una vez más de aquel lugar maldito.

Ciara ayudó a la *baisleac* a descender de la carreta. Esa misma mañana habían entrado en la región de Crinan, tres largas jornadas de viaje desde Loairne que culminaban por fin cuando la sabia detuvo el carro en la entrada de una pequeña parcela de tierra, a orillas de la bahía del lago Crinan.

Una pequeña y solitaria choza con un cobertizo, imaginaba que para las tres pobres ovejas que pastaban a pocos metros, se levantaba en las

inmediaciones. Un par de gallinas desplumadas y un gallo que debía de haber visto ya varios inviernos escarbaban la tierra en busca de alimento dentro de un desvencijado corral. El lugar estaba prácticamente desierto, pero poseía unas magníficas vistas del castillo de Duntrune, al otro lado de la bahía; la fortaleza que fue protagonista principal de la caída de un rey escoto y la masacre perpetrada contra su pueblo.

—Impone, ¿no es así? —comentó la sabia dando una palmada a su compañera de viaje en el brazo—. Esas viejas piedras han sido testigo de demasiadas desgracias y otros tantos milagros.

Ella recorrió lentamente el lugar con la mirada, estudiando sus posibles puntos débiles en caso de que se viesen sorprendidas o rodeadas.

—¿Por qué... precisamente aquí? —preguntó, volviendo la mirada a la mujer.

La sabia sonrió y le indicó con un gesto de la mano que la acompañase por el pedregoso camino que llevaba a la casa.

—Qué mejor lugar para ocultarse que aquel que está bajo la nariz de tu propio enemigo —declaró ella—. Vamos, la mañana no ha hecho más que comenzar.

Las dos mujeres emprendieron el camino hacia la pequeña casa. No llegaron a rodear la cerca de los animales cuando la puerta se abrió, permitiendo que una muchacha algo más joven que ella misma saliese a recibir las.

—Bienvenidas —las recibió con calidez—. Pasad, ella os ha estado esperando, *baisleac*.

Ella miró a la sabia con desconfianza, pero ésta se limitó a sonreírle y palmearle la mano antes de acompañar a la muchacha al interior.

Penetraron en la humilde casa de piedra y barro. A un lado de la amplia habitación corrida se ubicaba el hogar, en el cual ya hervía una masa blanca grumosa que por su aspecto parecían gachas. Sentada en una tosca silla, con las tímidas llamas de la lumbre creando sombras en el envejecido rostro, permanecía una mujer. Su pelo, una vez castaño y vibrante, lucía ya algunas hebras grisáceas, especialmente en las sienes, más sus ojos seguían siendo tan inquisitivos y audaces como la última vez que la sabia contempló aquella misma mirada.

Una sonrisa le cubrió los labios mientras se levantaba de la silla con una vitalidad nada despreciable para una mujer más cercana a los sesenta

inviernos que a los cincuenta.

—Ha pasado mucho tiempo, mi querida Runa —murmuró, mirando a la sabia para finalmente saludarle también a ella con una inclinación de cabeza—. Bienvenida, druida de Dalriada.

Ella fue incapaz de pronunciar palabra. Sus labios entreabiertos por la sorpresa se negaban a proferir sonido alguno. Afortunadamente, la sabia no tenía el mismo problema.

—«Y los espíritus abandonarán su lugar de descanso para conducir a la Prometida al hogar» —murmuró la *baisleac*, poniendo en sus labios un fragmento de la profecía—. Nunca imaginé que esas palabras fuesen tan literales, pero benditos sean los dioses por ello, Carolan.

La Alta Druidesa sonrió mientras caminaba hacia la ella y le tomaba las manos.

—No hay bendiciones suficientes para agradecer tu lealtad y sabiduría, vieja amiga —aseguró ella, mirándola a los ojos—. Has hecho un gran trabajo con tu pupilo... —añadió. Sus ojos se volvieron entonces sobre ella—, con todos ellos.

Runa negó con la cabeza.

—No he sacado a la luz nada que no estuviese allí ya —dijo con humildad—. El niño que una vez fue se ha convertido en un hombre; un guerrero honorable y leal a su clan y a Dalriada.

La Alta Druidesa asintió.

—En su corazón mora la verdad que hará de él un gran rey, al igual que su padre antes que él.

Ella frunció el ceño. Había escuchado en silencio el intercambio de las dos mujeres, pero las cosas no tenían sentido, no encajaban como debían.

—Perdonad mi intromisión, mi señora, pero... —murmuró ella. Su mirada vagó de una a otra mujer—. No logro comprender... la Prometida de Dalriada... Ella... ella es la heredera...

La Alta Druidesa la miró con una sonrisa y negó con la cabeza.

—Sí —dijo volviendo sus ojos hacia la sabia, que asintió—. Ella es heredera...

pero no del rey Alpin, niña mía.

Girándose hacia la muchacha que las recibió y que ahora se concentraba en sacar la olla de la lumbre, Carolan pidió:

—Milena, querida, ve al corral y recoge los huevos —la instruyó—. Y

trae dos hogazas de pan y queso de la despensa. Asegúrate también de que los animales tienen suficiente agua y comida para los próximos días.

Asintiendo, la muchacha dejó su tarea, tomó una cesta de uno de los bancos y salió rauda a cumplir con los encargos de la mujer.

—Es una buena muchacha. Su madre murió el invierno pasado por unas fiebres y no tiene a nadie más —comentó, volviéndose nuevamente a las dos mujeres.

La sabia asintió.

—Será bien recibida en el clan McTavish —aseguró, ofreciéndole de aquella manera cobijo para la huérfana.

Correspondiéndole con un agradecido asentimiento, volvió la mirada hacia la ventana a través de la cual se veía el castillo.

—Demasiado tiempo han pasado ya los fantasmas en silencio. Su llegada los ha despertado —murmuró para finalmente volverse y mirarle ahora a ella a los ojos—.

No debéis llorar su pérdida antes de haberla perdido, ella os necesitará llegado el momento. Hasta entonces, tened fe en vuestra Prometida.

Ella se sonrojó, sorprendida de encontrarse ante una mujer cuya existencia se suponía extinguida hacía veinticinco años.

—Ella... ¿está con vida?

La Alta Druidesa asintió, quitándole aquel enorme peso de incertidumbre que acarreaba.

—Así que las señales eran ciertas, está destinada a ser la próxima Alta Druidesa.

La voz de la sabia atrajo de nuevo la atención de Carolan sobre ella, que esbozó una enigmática sonrisa.

—A mucho más que eso, Runa —aseguró, invitando a las dos a sentarse alrededor de una pequeña mesa de madera. Su atención regresó de nuevo a ella—. La Prometida de Dalriada es una víctima más de los acontecimientos; una inocente que se ha visto envuelta en batallas que no le corresponden.

Ella frunció el ceño. Su mirada se volvió entonces a la *baisleac*.

—Pero si ella no es la heredera de Dalriada... ¿Quién...? —preguntó, casi con temor a saber la respuesta.

Carolan miró a la sabia, que asintió.

—El único heredero varón de linaje real que sobrevivió a aquella noche fatal —le explicó—. Alpin Eochaid tuvo dos hijos y un bastardo... pero solo

dos príncipes estaban aquella noche en el castillo de Duntrune, de los cuales solo uno fue el único superviviente. La Infanta Alana, la hija menor del Rey, pereció junto a su madre esa misma noche.

Abrió la boca para decir algo, pero prefirió callar y dejar que la mujer continuase con la historia.

—El Rey, antes de su muerte, decretó que su heredero fuese entregado a los clanes y ocultado en su seno, dónde pudiese crecer sin temor, para que sus enemigos no pudiesen alcanzarle o saber que seguía con vida —continuó mirando ahora a la sabia—. Runa tenía órdenes de poner a salvo a los niños que sobrevivieron a aquella noche y ocultarlos en los clanes. El príncipe debía olvidar su linaje, su pasado, para poder sobrevivir; la venganza no es algo que deba arraigar en el pecho de un niño. Para protegerle a él y a la niña que rescaté esa noche, y de paso también a Dalriada, era necesario que ambos creciesen sin el peso de la muerte y de un reino perdido sobre sus espaldas.

Estaba asombrada ante las noticias que desvelaba la Alta Druidesa.

—Pero entonces... ¿Quién...?

La sabia unió sus manos sobre la mesa y la miró.

—Dos noches después de la masacre que asoló el castillo, cuando los northumbrianos todavía peinaban los caminos para dar muerte a cualquiera que siguiese siendo leal a Alpin y no se postrara ante el nuevo rey, llevé a un niño de ocho años al seno del clan McTavish en Kyntire y allí lo entregué al viejo laird y a su nueva esposa. Aquella noche, Kenneth McAlpin dejó de existir y el hombre que hoy conoces como el druida del *cenel* nGabráin, tomó su lugar.

Se levantó de la mesa de golpe. El aire se le escapó de los pulmones mientras trataba de asimilar lo que acaban de verter sobre ella.

—Estás... *Baisleac*... Él es... —jadeó asombrada.

La Alta Druidesa también miró a la sabia, posando su mano sobre la de ella.

—Kieran Dominic McTavish, *laird* y druida de Dalriada, es el único y verdadero Rey —aceptó Runa, poniendo voz a una verdad que se había mantenido en silencio durante los últimos veinticinco años.

Carolán asintió.

—Ya es hora de que él recuerde también quién es —aceptó con firme determinación—. La Prometida de Dalriada lo necesitará a su lado, como él la necesitará a ella. Ha llegado el momento de que esta tierra ensangrentada

conozca por fin la paz bajo el manto protector de un Rey justo y una nueva Alta Druidesa.

El bajo gruñido de su compañero alertó a Aedan. Había comenzado a atravesar Creagan Breac, una amplia extensión de páramos y bajas colinas que discurrían por la meseta hacia Cean Loch Gilb y el hecho de escuchar ahora el sonido cada vez más cercano de caballos no creía que fuese algo positivo.

Saltando de su montura, tiró de las riendas del animal hasta unos peñascos que sobresalían entre la alta hierba y maniobró con sumo cuidado para obligarlo a tenderse en el suelo de modo que si cualquier jinete pasaba cerca no pudiesen verlos.

El sonido de los cascos resonando sobre el suelo pronto llenó el solitario paraje.

Agazapado vio pasar un pequeño contingente de guerreros *cruithne*, con la cara y los torsos pintados como si estuviesen dispuestos a ir a la guerra. A juzgar por lo reducido del grupo y el lugar tan apartado, no estaba seguro que aquellos salvajes fuesen una de las muchas patrullas aliadas de los northumbrianos. Manteniéndose oculto en todo momento, observó cómo los jinetes se dispersaban.

—Qué demonios —murmuró, observado cómo se dividían y partían hacia distintos lugares en el cruce de caminos—. Esto no puede significar nada bueno.

Esperando hasta que no fueron más que puntos en el horizonte y no existía posibilidad de que lo descubriesen, permitió que su caballo se levantara, montó y, haciéndole una señal al lobo, que todavía estaba convaleciente de sus heridas, se puso de nuevo en movimiento.

El tiempo apremiaba. Solo esperaba que lo que estaba pensando no llegase a hacerse realidad.

CAPÍTULO 22

Si Shadow reconocía algo era que le faltaba paciencia. Odiaba estar enferma, le desesperaba tener que estar en la cama más tiempo del necesario incluso en la seguridad de su propio hogar. Aquí, la perspectiva de morir por un simple catarro, por una infección o fiebres altas la hacía cada vez más consciente de la realidad que se negaba a afrontar.

Tenía un agujero en el pecho y había pasado los últimos dos días con sus noches ardiendo de fiebre. No existía un maldito antitérmico que pudiera tomarse para hacerla desaparecer y los remedios naturales empezaban a parecerle cada vez más una tortura que algo beneficioso para su salud.

Haciendo a un lado la tosca manta de lana, luchó por enderezarse navegando a través del mareo y el dolor. En su mente existía una única meta, reunirse con Dominic.

No podía asegurar si se trataba del producto de su imaginación, de algo motivado por la fiebre o si realmente había sido él, pero después de todo lo vivido entre aquellas gentes no planeaba cuestionarse nada más.

Tenía que marcharse y encontrar la manera de llegar a ese lugar de nombre impronunciable. Cuando estuviese junto a él, después de clavarle un cuchillo en las pelotas y gritarle hasta quedarse afónica, podría descansar.

Sí, bien, la que se había marchado esta vez era ella, fue él quien lo inició todo trayéndola a este lugar de locos. Se lo merecía.

Los gritos de las dos mujeres que se turnaban en su convalecencia para cuidarla penetraron en su nublada mente. Las voces sonaban alteradas y, aunque no entendía una sola palabra de lo que decían, no necesitaba mucha imaginación para adivinarlo.

—Estoy... bien... —gimió, apartando la mano de una de ellas—. Necesito moverme. Tengo una cita a la que acudir...

Un repentino mareo la hizo caer de nuevo sobre la cama sin que fuese consciente siquiera de haber logrado ponerse de pie.

—Necesito llegar a ese lugar...

El chirrido de los goznes de la puerta, unidos a la claridad a la que dejó entrar, atrajeron su atención hacia el otro lado de la pequeña choza; la tela que hacía las veces de cortina estaba anclada a un lado permitiendo que lo viese allí, de pie, dominándolo todo con su altura y complexión.

—Al único lugar al que vas a llegar es al suelo si seguís con esa desmedida tozudez, Prometida. —Su inglés era bastante burdo, pero lo

suficiente claro como para entender cada una de sus palabras.

El último de sus druidas resultó ser un hombre de pocas palabras, gesto serio y unas dotes de mando que serían la envidia de cualquier general. Su mirada le atravesaba el alma, provocándole escalofríos que, a pesar de todo, la hacían sentirse segura junto a él. Por alguna razón, Cahir le recordaba un poco a su hermano Ramsey.

Resoplando, intentó incorporarse una vez más.

—No puedo quedarme aquí... Si vuelven a dar conmigo... estoy segura que no vacilarán en meterme otra flecha en el cuerpo o lo que tengan a mano —masculló, doblándose sobre sí misma y posando suavemente la mano sobre la venda que cubría la herida, a escasos centímetros de su corazón—. Tengo que marcharme. Necesito llegar a la maldita Reunión de los Clanes. Le prometí que nos veríamos allí... Tengo que ir.

Cahir acortó la distancia que los separaba de dos zancadas. Pasó entre las dos mujeres que se retorcían las manos sin saber cómo tratar a la tozuda muchacha y la detuvo cuando una vez más intentó bajar las piernas por un lado del camastro para ponerse en pie.

—No seáis niña. No podéis ni manteneros en pie. —Su piel todavía estaba caliente, sus ojos verdes cansados y enrojecidos por la enfermedad—. Al único lugar al que iréis, si continuáis con esta locura, es a la tumba, Prometida, y eso es algo que no puedo permitir.

Ella perdió una vez más el equilibrio. Las piernas apenas sostenían su peso, eran como goma quebrada bajo ella. Sus manos se aferraron entonces a la suave tela del *plaid* del druida, apoyándose contra el cálido y desconocido cuerpo para evitar terminar en el suelo.

Estaba enferma, demasiado enferma. Lo sabía, como sabía también que el que la fiebre persistiera no era una buena noticia. El ardor en su pecho se hacía cada vez más intenso, arrancándole lágrimas de los ojos. Pero no estaba dispuesta a permanecer allí tendida, dejando que alguna infección se la llevase.

—No hay nada que puedas hacer ahora mismo por mí —murmuró, poniendo en palabras la realidad. No pensaba mentirse a sí misma, de nada servía ya. Estaba débil, la herida supuraba y dolía como el infierno; la fiebre la consumía día a día. Sin la medicación adecuada, sin antibióticos, incluso ella, que no tenía ni idea de nada, sabía que no sobreviviría—. Ni todos los remedios naturales y brebajes harán que salga de ésta, así que ahórrate el

sermón. Necesito llegar a un lugar llamado Cean Loch Gilb. Si Ciara está allí podrá ayudarme. Su don... quizá pueda ayudarme.

Una vez más rogó que sus palabras no cayesen en saco roto. Ya no sabía a quién rezaba ni si alguien allí arriba la escuchaba, pero no perdía nada por intentarlo. La meta de los druidas fue desde el principio escoltarla hasta ese lugar; confiaba que siguiesen con el plan original y encontrarles allí.

Se lo prometió a Dominic y, si no otra cosa, ella sí iba a cumplir su promesa.

—Además, he hecho una promesa a ese idiota, así que no me queda otra que cumplirla —murmuró, apoyando ahora la frente contra el pecho del druida, inconsciente de lo que hacía, demasiado cansada para pensarlo siquiera—. Tengo que encontrarme con Dominic... —Ella alzó entonces su febril mirada hacia él—. Fue quien me dijo que te buscara... Por suerte no he tenido que mover un dedo, tú ya estabas aquí.

La sorpresa y confusión aparecieron una vez más en los ojos del druida al escuchar el nombre.

—¿Dominic? —La forma en la que pronunció el nombre la hizo sonreír.

—Vosotros lo conocéis por su otro nombre, Kieran. Kieran Dominic...

—McTavish —terminó él por ella—. El *laird* del clan McTavish...

Asintió lentamente.

—El mismo que viste y calza —aceptó, intentando enderezarse una vez más—.

Creo que voy a caer redondita al suelo. Que alguien ponga ahí un colchón.

Cahir frunció el ceño ante las extrañas palabras de la muchacha. Creía entender algunas, llegó a pasar el suficiente tiempo con Helena McTavish como para comprender que esta mujer debía proceder del mismo lugar.

—Tengo que reunirme con él, por favor —la escuchó decir entonces, con sus cansados ojos verdes mirándole—. Necesito... Le necesito.

El tono de súplica desesperada subyacente en aquella petición no pasó desapercibido para Cahir. Fuese lo que fuese lo que unía a esa mujer con el *laird* McTavish, era algo más que su condición de druida.

—De acuerdo —aceptó al fin, inclinándose para alzarla en brazos cuando sintió que su cuerpo cedía—. Os llevaré a Cean Loch Gilb.

No le quedaba otra opción. La muchacha tenía razón en algo, en el estado en el que estaba no duraría ni dos días más. La herida supuraba continuamente, los bordes comenzaban a ennegrecerse y la fiebre no remitía. La mirada que

vio en los ojos de Catriona no presagiaba nada bueno.

Ciara. Si sus recuerdos no le jugaban una mala pasada, ella era la druidesa del clan McInnes, pupila de la *baisleac*. Solo esperaba que la muchacha que sostenía ahora en brazos tuviese razón y entre sus dones estuviesen el arrancar a un moribundo de los brazos de la muerte.

—Y que el diablo nos lleve a los dos —masculló él en voz baja—. A vos por cabezota y a mí por permitir tal estupidez.

Ella asintió con los labios curvándose en una débil sonrisa mientras se le cerraban los ojos, incapaz de seguir manteniendo la consciencia por más tiempo.

—Gracias... Cahir —la escuchó musitar, antes de perder el conocimiento.

Escuchar su nombre en los labios de ella envió un escalofrío por su espalda, algo en su interior pareció resquebrajarse, pero lo hizo a un lado. Los dioses parecían haberse confabulado para evitarle llevar a cabo sus planes, pues su meta ya no sería Dunnad, sino la Reunión de los Clanes.

—Es una auténtica guerrera.

Se giró hacia la voz de su pelirroja bruja que regresaba con una gran cesta con hierbas y otros alimentos. A juzgar por su mirada y el rictus en sus labios, era obvio que había escuchado parte de la conversación.

—Pero a juzgar por tu cara, ha dicho algo que no te ha gustado demasiado.

Dejando su carga con cuidado sobre el camastro, se giró hacia la mujer.

—Guerrera o no —masculló él—, morirá antes del amanecer.

Catriona sacudió la cabeza, dejó la cesta en manos de una de las mujeres y se acercó a comprobar el estado de su paciente.

— *Nay*, aguantará —aseguró con firme resolución—. Me encargaré de que así sea.

Abrígala bien, recogeré algunas cosas y me iré con vosotros.

El jadeo de las dos mujeres evitó que él pudiese responder.

—¡Catriona! No podéis estar hablando en serio —jadeó una de ellas, dejando la cesta a un lado—. No puedes irte así, ¿qué haremos sin ti?

La mujer alzó una mano y al igual que un general haría callar a sus tropas, el silencio se impuso en la cabaña.

—Es mi deber, como lo es deber de todo aldeano de Dalriada velar por la salud de esta muchacha —respondió con voz severa, poniendo en sus palabras el énfasis necesario para que no hubiese posibilidad de discusión—. Si esta niña muere por la falta de mis cuidados, no me lo perdonaría en la vida.

Ahora, dejad de cloquear como gallinas y ayudadme a preparar las cosas para el viaje.

Cahir sintió la necesidad de decir algo... ¿Desde cuándo se le escapaban las cosas de las manos de tal manera?

—Cait, estos son tiempos peligrosos —le informó, quería que fuese consciente de que no se trataba de un viaje como otro, el peligro era infinitamente mayor—. Te agradezco tu buena disposición...

Ella lo miró con una de esas bonitas cejas rojizas arqueada y luego señaló el camastro.

—No lo hago por ti, sino por ella —declaró sin más—. Ocúpate de garantizar su seguridad, laird Campbell, que yo me ocuparé de mi misma.

Sin poder hacer otra cosa que aceptar las palabras de la mujer, se giró y caminó hacia la puerta de la cabaña para llamar a su primero.

—¡Gael!

Al instante, el guerrero estuvo a su lado.

—¿Mi *laird*?

Él miró al hombre y después a la muchacha que permanecía en la cama.

—Prepara a los hombres, iremos al encuentro de los clanes.

Su compañero frunció el ceño.

—¿Crees que merecen contar con nuestras fuerzas? ¿Con nuestra ayuda? Ellos nos dieron la espalda cuando buscamos venganza contra aquél que ordenó la masacre sobre el clan, y antes de ello se opusieron a tu nombramiento como *laird*. ¿Qué les debemos, cuando ellos no movieron un dedo para ayudarnos?

Su mirada continuó fija en la figura dormida.

—No es a ellos a quienes prestaremos ayuda.

El hombre siguió la mirada de su jefe y señaló a la mujer con un gesto de la barbilla.

—¿Es ella tan importante como para que lo olvides todo?

Él comprendía mejor que nadie los sentimientos de Gael. La necesidad de venganza burbujeaba en sus venas desde el momento en el que dieron sepultura a los suyos, pero la necesidad de retribución, de encontrar la paz, tuvo que ser pospuesta. Él había acudido en busca de ayuda y apoyo a los clanes y le fue negada; las palabras del entonces *laird* del clan McTavish todavía resonaban en su alma.

«*La rabia y el dolor no son buenos aliados. Enfréntate ahora a él y*

mañana tendrás todo un clan que enterrar. No es momento para buscar venganza Cahir, si no de llorar a los muertos. Recuerda, hijo. Sìth do d' annam, is clach air do chàrn».

Paz para tu alma y una piedra para tu càrn.

Los jefes de los Señoríos estuvieron de acuerdo en que atacar en aquel momento al northumbriano traería consigo solo más muerte y dolor. Las fuerzas de su clan habían sido diezmadas con la masacre, muchos de los hombres que murieron eran buenos guerreros que entrenaban bajo las directrices del clan Campbell; sabía que, sin el apoyo de sus compatriotas, su plan de atacar la fortaleza de Dunnad sería firmar no solo su propia sentencia de muerte, sino la del clan que regía.

Se había visto obligado a esperar, a aguardar el momento adecuado hasta que éste por fin había llegado.

—Es imposible olvidar lo que fue grabado a fuego, Gael —dijo, repitiendo la misma frase que le había dedicado una vez la llameante mujer que cuidaba de la Prometida—, pero debe hacerse a un lado si deseas pensar con claridad, sin que la rabia y el dolor nublen tu juicio. Hay una única meta que deseo alcanzar, y si ella puede llevarme hasta allí, haré lo que haga falta para arrancarla de las garras de la muerte.

Echando un último vistazo a la dormida muchacha, se giró a su lugarteniente.

—Busca a Randall. Que coja el caballo más veloz que tengamos y parta inmediatamente al punto de Reunión de los Clanes —declaró él—. Que encuentre a la druidesa McInnes, la Prometida la necesita.

El hombre fijó la mirada en la de su jefe, entonces hizo un firme asentimiento.

—Sí, *laird*.

Con una última mirada a la mujer que descansaba sobre la cama y luego a su *laird*, Gael partió dispuesto a cumplir con las órdenes del jefe del clan.

—Todavía no ha sido capaz de dejar a los muertos descansar.

Ni siquiera se giró, no había necesidad.

—¿Estás segura de que quieres formar parte de esta guerra?

—De lo único que estoy segura es de debo ir con ella —declaró segura—, y también contigo.

La miró por encima del hombro, buscando sus ojos.

—¿Qué has visto?

No le respondió. Nunca lo hacía. Su pequeña bruja no era solo famosa por su conocimiento sobre las hierbas, Catriona tenía el don de la visión, uno que raras veces compartía con alguien.

—Nada que necesites saber en este momento.

Dicho aquello desapareció dentro de la cabaña, dando por zanjada cualquier posible conversación.

Los hombres poblaban la llanura como una manta de hormigas. Unos a caballo, otros a pie; con sus rostros y cuerpos pintados con símbolos paganos y armados y listos para la batalla. Frente a todo aquel batallón, liderando al ejército *cruithne*, iba su rey, Eógan.

Dominic tenía problemas para asimilar lo que estaba viendo. Agazapado entre el ramaje, con el cuerpo presionado contra el suelo, observaba en mudo estupor aquella marea del infierno que avanzaba sin descanso hacia el noroeste atravesando las colinas pedregosas y yermas de Maol Achadh-bheimn en una única y posible dirección.

—Dunnad —siseó en voz baja, antes de empezar a arrastrarse sobre su vientre, retrocediendo lentamente para evitar ser visto.

Si todo aquel contingente se unía a las fuerzas del usurpador northumbriano, la tarea que tenían por delante iba a ser algo más que difícil; se convertiría en un imposible. Soltando una maldición, alzó la mirada al cielo para situarse y calcular las horas que le quedaban de luz. Le faltaba una larga jornada de viaje hasta Cean Loch Gilb.

Su cuerpo todavía acuciaba el desgaste ocasionado por la intensidad de su poder.

Afortunadamente, el vínculo que lo unía con la Prometida de Dalriada era lo suficientemente fuerte como para haber podido alcanzarla en el *aisling*.

Shadow estaba con vida. Esa certeza contribuyó a aligerar el enorme peso de su alma y lo llevó a tomar una decisión que muy bien podía alterar su vida para siempre.

Ella estaba viva, débil a juzgar por la tenue conexión que captó a través del vínculo que los unía, quizá herida, pero con vida. La imperiosa necesidad de buscarla otra vez y cerciorarse de su bienestar batallaba contra el cansancio y el saber que no podía abusar de su naturaleza druida de esa forma. Debía confiar en que los dioses guiarían sus pasos. A pesar de todo lo ocurrido entre ellos, su pequeño diablillo conservaba el valor y la

determinación de cumplir con sus promesas.

—Solo un poco más, *mo gradh* —susurró al viento, rogando que le llevase sus palabras y la promesa de su próxima reunión—. Solo un poco más...

Aedan abandonó Creagan Breac poco después del anochecer. El viaje se hizo lento a causa de las heridas de su peludo compañero; el lobo había sido golpeado y asaetado tan duramente que le sorprendía que hubiese sobrevivido. Con todo, *Riska* no permitía ser dejado atrás; incluso cojeando, el animal lo acompañó a través de tierras dalriadanas hacia su última parada, Cean Loch Gib, donde la Reunión ya habría comenzado.

Los jefes de los clanes acordaron juntarse en las inmediaciones de la *Achnabreck*, La Piedra en Pie, que marcaba el lugar de un antiguo cementerio; una vasta región bañada por el Loch Gib que no era más que un brazo del gran Loch Fine. El lugar estaba deshabitado. La pantanosa y yerma extensión de tierra rodeada por colinas no había captado todavía el interés de los granjeros, aunque su puerto de bajo calado era utilizado a menudo por aquellos que hacían sus negocios fuera de los ojos de la ley.

Riska se frotó entonces contra su pierna, mientras su montura sacudía la cabeza recordándoles ambos que era hora de que se pusiera en movimiento. Ciñendo el *plaid* que lo señalaba como miembro del clan McNeil, tomó las riendas del caballo y emitió un potente silbido que resonó en la vasta llanura.

Casi de inmediato tuvo la respuesta que esperaba, una que lo reconocía como un aliado, permitiéndole acercarse sin necesidad de cuidar su espalda más de lo que ya lo hacía.

—Vamos, amigo —instó a *Riska* mientras tiraba de las riendas de su caballo para hacerlo caminar—. Pronto podrás descansar.

Lamiéndose el hocico como respuesta, el lobo siguió sus pasos caminando lentamente con una de sus patas en alto.

Los guerreros de los clanes que pertenecían a los cuatro Señoríos de Dalriada empezaron a salir a su encuentro cuando penetró en el pequeño sotobosque que les servía de cubierta, dónde las tiendas habían sido montadas entre los troncos de los árboles. El campamento se extendía a lo largo y ancho del terreno, constituyendo un muro de protección entre ellos y la zona central, en la que los dirigentes de cada una de las casas discutían los movimientos de sus enemigos y las últimas noticias que llegaban hasta ellos.

Varios de los guerreros que solían acompañar a su padre le abordaron,

comprobando que el hijo de su *laird* y futuro dirigente del clan estaba bien y conocer, al tiempo, qué noticias traía consigo.

—Que el diablo me lleve, si no es Aedan McNeil en carne y hueso el que ha entrado en este recoveco alejado de la mano de Dios —lo saludó un enorme guerrero de pelo negro y ojos marrones, cuya mejilla derecha estaba surcada por una profunda cicatriz—. Tu padre estará contento de saberos ya entre nosotros.

Su mirada fue más allá de él, como si esperase ver a alguien más. Frunciendo el ceño, se volvió hacia el muchacho.

—¿Llegas solo?

Él le entregó las riendas del caballo y le dio una palmada en el hombro antes de continuar camino, con *Riska* cojeando a su lado.

—¿Dónde están los jefes de los Cuatro Casas?

El hombre se tensó ante la inesperada pregunta.

—El *laird* McInnes y el *laird* McNeil están aquí, junto con los Pherguson, los McCloude y los clanes del sur —respondió mientras entregaba las riendas del caballo a otro soldado para ir tras él—. Se suponía que McTavish vendría contigo y con... La Prometida...

Él asintió y volvió la mirada hacia el hombre, sorprendiéndolo con su fulgor.

—¿Y Campbell?

El hombre negó con la cabeza y señaló hacia el centro del campamento.

—Será mejor que vayas. Los jefes querrán saber qué noticias traes.

Él asintió y caminó con paso firme hacia el centro del campamento.

—Sí, aunque me temo que no son precisamente buenas.

El helado viento procedente del mar era un vago recordatorio de que pronto entraría una nueva estación. El otoño había teñido todo de marrones y dorados, las cosechas ya estaban recogidas y muchos campesinos se preparaban ya para el crudo invierno que sin duda volvería a cobrarse más vidas.

La mirada de la *baisleac* voló sobre la colina desde la que podía verse un amplio panorama del derruido Castillo de Duntrune. Sus piedras todavía se veían ennegrecidas por el incendio que lo asoló veinticinco años atrás y la maleza envolvía la fortaleza y recordaba que ahora solo era el hogar de los fantasmas. El lugar fue abandonado después de la masacre. Utilizado al

principio por los salvajes como lugar de reunión, finalmente había quedado desierto y a merced de las inclemencias del tiempo.

—Es la hora.

Una cálida mano se posó sobre su hombro llamando su atención. Ciara la miraba con preocupación e incertidumbre.

—Son viejos recuerdos, querida —le aseguró, dándole una palmadita en la mano antes de girarse. Carolan estaba a su lado, con una sonrisa igual de circunspecta que la suya. Las dos mujeres habían presenciado lo acontecido en aquel lugar y todavía podían oír los gritos y los ecos de los fantasmas como si no hubiese pasado ni un solo día.

—Hay mucho que explicar y el tiempo se acaba —murmuró la Alta Druidesa, obteniendo un asentimiento por parte de la sabia.

—Debemos ponernos en marcha. Cuando antes salgamos, antes llegaremos a nuestro destino —aceptó ella mientras caminaba de regreso a la carreta.

Ciara echó un último vistazo a su alrededor. Los secretos rebelados aquel día todavía giraban en su mente sin control.

—Todo esto parece sacado de una horrible pesadilla —murmuró ella volviéndose hacia la sabia—. Nadie es quien dice ser, o quién creemos que es... La mujer que conocemos como La Prometida de Dalriada no es la heredera... y uno de los druidas se ha convertido en un abrir y cerrar de ojos en el verdadero príncipe de Dalriada...

—Las cosas suelen encajar en su lugar en el momento en que deben hacerlo, así ha ocurrido desde el principio de los tiempos —contestó Carolan—. Es el ciclo de la vida; unos mueren para que otros ocupen su lugar y los que una vez fueron niños, ahora son hombres y mujeres... Todo tiene un momento y un lugar. Al fin ha llegado el suyo.

Ella no estaba del todo convencida.

—Kieran no lo aceptará fácilmente —musitó con un suspiro.

La sabia chasqueó la lengua.

—Ese hombre nunca acepta nada fácilmente —aseguró la *baisleac*—, pero es inteligente y ama Dalriada. Será aquello que está destinado a ser.

—Ambos lo serán —añadió Carolan con un profundo asentimiento.

Asintiendo, ella ayudó a las dos mujeres a subir al carro e instaló a la muchacha en la parte trasera. Luego montó en su caballo para continuar la marcha y reunirse con el resto de los clanes.

Las miradas de los hombres reunidos en el interior de la tienda iban desde el estupor a la profunda incredulidad, pasando por la negación y la completa desesperación.

Aedan fue franco en su relato al hacerles partícipes del destino que encontró la mujer en la que tenían puestas sus expectativas, así como de la seguridad de que seguía con vida; certeza que llevó al *laird* McTavish a ir en su busca.

—Estamos perdidos —murmuró uno de los jefes de los clanes que componían los cuatro señoríos de Dalriada—. Si la Prometida de Dalriada ha desaparecido...

estamos perdidos.

—Ella es la única y legítima heredera. ¿Qué ocurrirá ahora? —insistió uno de los primeros del clan Pherguson.

—McTavish la traerá de vuelta —aseguró Liam McNeil, cortando de raíz cualquier posible discusión.

El jefe McInnes asintió en acuerdo.

—Los druidas consiguieron traerla una vez y, si es necesario, volverán a hacerlo —aseguró el hombre con profundo convencimiento, posando su mirada en él—. ¿Qué sabes de tu esposa?

Aquella era una pregunta que intentaba evitar por todos los medios, incluso para hacérsela a sí mismo.

—Ciara ha escoltado a la *baisleac* Runa a Crinan —respondió con voz firme, negándose a que trasluciera el nerviosismo y la preocupación ante la falta de noticias de las dos mujeres. Cuando llegó al campamento, lo primero que hizo fue preguntar por su esposa, suponiendo que habrían tenido tiempo más que suficiente para ir y regresar—. La *baisleac* tenía asuntos importantes que tratar en la zona. Tienen que estar a punto de regresar.

Asintiendo ante su seguridad, McInnes se volvió hacia los demás presentes.

—El tiempo empieza a echársenos encima. Quizá deberíamos empezar a pensar en nuestro próximo movimiento...

Él se adelantó, interrumpiéndolo.

—No antes de que sepáis algo más.

La preocupación y confusión inundó el ceño de varios de los presentes.

—¿De qué se trata?

Él volvió la mirada hacia el hombre que había preguntado: su padre.

—Los *cruithne* —respondió, mirando a su progenitor a los ojos, al tiempo que oía maldiciones susurradas y exabruptos—. No puedo asegurar con exactitud lo que está ocurriendo, pero sí que puedo decir lo que he visto, y ha sido a un pequeño grupo vestidos y pintados para la guerra. Los hombres se dividieron a media jornada de aquí.

Uno de ellos tomó el camino hacia Kilmartin, presumiblemente para unirse a las fuerzas de la ciudadela de Dunnad, pero los demás tomaron direcciones totalmente distintas, dividiéndose.

—¿Podrían estar buscando refuerzos para las tropas northumbrianas? —sugirió alguien.

—¿Rastreadores? —comentó otro.

Él negó con la cabeza.

—Estaban completamente armados y lucían pinturas de guerra —explicó sacudiendo la cabeza—. Lo único que se me ocurre es que tengan intención de ir hacia Dunolli, en Oban y reforzar de alguna manera su fortaleza. —Él negó con la cabeza y miró a los hombres allí reunidos—. Tendremos que enviar a nuestros rastreadores en ambas direcciones para que nos den una visión más clara de lo que está ocurriendo.

Un murmullo de asentimiento llenó la tienda.

—Estos últimos días se produjeron bastantes movimientos en Dunnad. El muro defensivo está más custodiado de lo normal y están controlando a todo el que entra y sale de la ciudadela —comentó la mano derecha del jefe del clan Pherguson.

—Ese maldito usurpador sabe que estamos aquí, en algún lugar, planeando su caída —respondió uno de los jefes de clan más anciano—. Desde que se ha corrido la voz de que la Prometida de Dalriada ha regresado, está que se mea en las calzas.

—No sé si alguno de los que huyó de la refriega ha acudido a ese malnacido con las noticias. Es posible que piensen que se han deshecho de ella —argumentó él, negando con la cabeza—. En cuyo caso estaría jactándose de su victoria, no reforzando sus defensas.

—El muchacho tiene razón —aceptó McInnes—. Esa comadreja debe de estar tramando algo.

—Pues habrá que descubrir el qué —respondió otro de los presentes—. Enviaré a algunos de mis hombres a echar un vistazo a ver si podemos enterarnos de algo.

—Pherguson y yo enviaremos a un par de rastreadores para que comprueben lo que están haciendo los *cruithne* —aceptó el *laird* del clan Donalson.

Él contempló a los hombres que se excusaban para empezar a cumplir con lo pactado, hasta que finalmente solo quedaron en la tienda cuatro personas y él mismo.

—¿Se sabe algo de los Campbell? —preguntó mirando a su padre.

El hombre negó con la cabeza.

—Todavía no —respondió con un bufido—. Ese muchacho tiene más ego que cerebro. Me sorprende que haya sido criado por el viejo McTavish.

—Acabará presentándose —aseguró el McInnes con un ligero chasqueo de la lengua—. Cahir, más que nadie, tiene una cuenta pendiente con el usurpador.

Los hombres asintieron al recordar como los Campbell sufrieron a manos de los northumbrianos.

—¿Y qué hay de McTavish?

Él alzó la mirada hacia la insidiosa pregunta.

—Vendrá —aseguró él con fiereza, fulminando al hombre con la mirada—.

Y

traerá a la Prometida de Dalriada con él; eso puedo jurarlo.

—Ya, ya... —los separó Liam—. No empecéis a pelearos como cachorros. Si tenéis ganas de desfogaros, podéis acompañar a los rastreadores. De lo contrario, os mantendréis serenos y a la espera, como todo el mundo.

McInnes posó la mano sobre el hombro de su primero, el hombre que había hablado, y le indicó la entrada con un gesto de la barbilla.

—Ve con Barr, quiero que él o Lachan vayan al puerto. Que estén alerta a ver si escuchan alguna cosa que pueda sernos de utilidad.

Dedicándole una última mirada, el hombre siguió las órdenes de su *laird*.

—Deberías comer algo y descansar —le propuso su padre.

Él soltó un bajo bufido, miró a ambos hombres y negó con la cabeza.

—No. Mi esposa y la *baisleac* aún no han regresado y no sabemos su paradero —aseguró. Era incapaz de quedarse quieto sin hacer nada mientras Ciara y su mejor amigo estaban ahí fuera, en algún lugar—. Saldré en su busca, ellas ignoran los últimos movimientos del ejército *cruithne* y, si se encuentran con alguna patrulla...

Ambos hombres cruzaron la mirada, pero el único que respondió fue Liam

McNeil.

—Ve con cuidado. Los tiempos se han vuelto demasiado peligrosos.

Él esbozó una irónica sonrisa y palmeó el hombro del *laird*.

—Eso es algo que no puedo refutaros, padre —aceptó, antes de despedirse con una inclinación de cabeza hacia los dos hombres y salir por la puerta.

—Parece que el matrimonio y las responsabilidades sí son capaces de hacer cambiar a un hombre —murmuró el McInnes con jovialidad.

—O hacer madurar a un muchacho —corrigió McNeil, suspirando profundamente ante el carácter de su hijo.

CAPÍTULO 23

La niebla que cubría el horizonte, desdibujaba las colinas y envolvía la pedregosa franja de rocosa arena y restos de algas que se extendía a lo largo de la despoblada orilla del Loch Fine, en el condado de Carrick. El lugar era ideal para hacer entrar una pequeña embarcación sin ser vista. La breve línea de arena daba paso a una espesa vegetación que ascendía en medio de pequeños grupos de árboles hacia las montañas que componían la orografía del lugar.

Cahir y Gael saltaron al agua, hundiéndose hasta las rodillas y afianzándose en el pedregoso suelo para arrastrar la barca hasta encallarla en la orilla. Ambos contemplaron entre resuellos su entorno, volviendo la mirada al agua donde un segundo bote les seguía la estela.

El cielo grisáceo de una nueva mañana les daba la bienvenida. El sol permanecía oculto tras las nubes; algo que sin duda favorecía al furtivo grupo.

—Hay que moverse rápidamente —protestó Gael, internándose nuevamente en el agua para ayudar a sus compañeros a arrastrar la segunda barca—. Tenemos que esconder los botes y alejarnos de la playa. Hay que alcanzar las montañas antes de que el sol consiga atravesar esta favorecedora niebla; tenemos un largo camino por delante hasta Cean Loch Gilb. —Su mirada se dirigió nuevamente hacia la orilla, en la cual aguardaban ya Catriona con la Prometida de Dalriada—. Y no estoy seguro de que ella sea capaz de hacer el viaje. No en su actual estado.

Shadow alzó sus cansados ojos verdes hacia el paisaje que se extendía a sus espaldas. Vestida ahora con una tosca falda marrón, una blusa de un tono más claro y envuelta con la manta que portaba los colores del clan Campbell, con la que el druida la envolvió, intentó una vez más estabilizarse en la bamboleante embarcación.

—¿Es allí a dónde tenemos que dirigirnos? —Su voz salió como un pequeño graznido, demasiado cansada incluso para emerger de su garganta en un tono alto.

No podía recordar gran cosa de lo acontecido el día anterior. Después de informar a l *laird* de los Campbell su necesidad de llegar a su destino, pasó la jornada en un incómodo duerme vela. La fiebre regresó con fuerza, así como el dolor de la herida en el pecho. Solo los sabios cuidados de la mujer que ahora la acompañaba y permanecía a su lado, consiguió estabilizarla lo suficiente para que pudiesen partir bien entrada la noche y cruzar el canal.

—Cean Loch Gilb... —respondió la pelirroja a su lado. Su mano señaló la dirección al tiempo que explicaba en un burdo y casi incomprensible inglés—. Más allá de las montañas... Largo camino. No fácil.

Se las arregló para componer una sonrisa y se giró para ver a los hombres saliendo del agua mientras arrastraban la segunda barca.

—No es seguro permanecer aquí —declaró el druida. Su mirada la recorrió exhaustivamente un instante antes de mirar a su alrededor mientras ayudaba a arrastrar la última barca a tierra, dónde los hombres que lo acompañaban se encargaron de ella —. ¿Os sentís con fuerzas suficientes para continuar? No estamos hablando de salir a pasear. El terreno es abrupto, deberemos mantenernos fuera de los caminos y vos...

Ella alzó lentamente la mano, interrumpiéndolo.

—Asumo que no te hace la menor gracia tener que cuidar de una mujer enferma y quejica —declaró haciendo una mueca—. Ésa sería yo, pero necesito tu ayuda para llegar a mi meta. Si después de eso quieres irte, estás en tu derecho. Dios sabe que yo soy la primera en querer dejar atrás toda esta locura.

Deteniéndose ante una nueva punzada en el pecho, se vio obligada a apretar los dientes, esperando que el dolor remitiese y poder llevar aire de nuevo a sus pulmones.

—Sin duda, pertenecéis a esta tierra —aseguró él plantándose a su lado—. Sois igual de testaruda que nuestras mujeres.

Ella arqueó ligeramente una de sus cejas.

—No estoy segura de si eso es un halago o un insulto —respondió, sacudiendo la cabeza.

Él no pudo evitar sonreír ante su tono de voz. Sus ojos se iluminaron brevemente como si disfrutase de su discusión y aquel cambio lo hizo parecer incluso más atractivo de lo que era.

—En vuestro caso, un halago, señora —aceptó al tiempo que llevaba la mano contra la frente de ella y fruncía el ceño—. Estáis ardiendo.

Ella suspiró bajo su contacto, cansada de oír una y otra vez las mismas palabras.

—Tengo fiebre, me arde el pecho, me tiemblan las piernas y, por momentos, no sé si tengo delante de mí a un solo druida o tienes un gemelo —declaró con una irónica sonrisa—. Lo cual es muy mala señal. Incluso yo, que no tengo ni el más mínimo conocimiento de medicina, sé que eso no es algo

bueno. Ahora, ¿crees que podríamos ponernos ya en movimiento? Necesito avanzar mientras todavía me respondan las piernas.

Con un leve asentimiento, Cahir echó un último vistazo a sus hombres, los cuales ya ocultaban las barcas. Su mirada se encontró entonces con la de su bruja, que movió la cabeza con un gesto que indicaba claramente que sus sospechas sobre el estado de salud de la muchacha eran acertadas... Empeoraba por momentos.

—Su cuerpo está completamente en llamas —murmuró ella en gaélico, evitando así que comprendiese sus palabras—, la herida se ha infectado. No podrá aguantar ni media jornada de viaje en estas condiciones.

Él volvió a mirar a la Prometida, que parecía más interesada en conseguir mantenerse en pie.

—Necesita más ayuda de la que yo puedo darle —aceptó visiblemente molesta consigo misma.

—Haz todo lo que puedas, Cait —pidió—, la necesitamos, la necesitamos más que nunca.

Ella se limitó a asentir antes de volver con ella para ayudarla a caminar.

Las contempló durante un rato, viéndolas avanzar.

—Maldición —murmuró para sí—. Tenemos que darnos prisa.

Rápidamente ladró un par de órdenes a sus hombres y se unió a ellos, pendiente en todo momento de las dos mujeres.

La carreta traqueteaba por el angosto camino. El viejo caballo de tiro parecía no tener ninguna prisa por alcanzar su destino y el esfuerzo al que estaban sometiendo el animal era suficiente como para no exigirle más. Ciara se mantenía al mismo ritmo en su propio caballo, haciendo pequeñas expediciones para comprobar que el camino estaba despejado y no se encontraban con ningún obstáculo que les impidiese regresar.

Una extraña sensación de desasosiego se instaló en su interior desde el momento en el que dejaron la pequeña choza. Intentó concentrarse en la conversación que mantenían Runa y la druidesa, las cuales seguían arrojando luz sobre los recientes descubrimientos, pero era incapaz de quitarse de encima aquella incomodidad.

Pasaron la noche al abrigo de un pequeño grupo de árboles. Ella gustosa habría continuado camino en la noche, pero los caballos necesitaban descanso al igual que las dos mujeres con las que viajaba. Con las primeras luces del

alba, se pusieron nuevamente en movimiento. El paisaje a su alrededor no cambiaba, mirase dónde mirase todo lo que veía era hierba seca y árboles teñidos con el color del otoño. En cualquier otro momento aquella visión de ensueño habría traído a su mente toda clase de sueños, promesas de un amable porvenir, más ahora se le antojaban un presagio de los tiempos difíciles.

Su caballo corcoveó al lado de la carreta, devolviéndola a la realidad y a su atención sobre el camino que empezaba a dar una amplia curva unos metros más adelante.

Un ligero hormigueo se alzó en su interior, sobrepasando la sensación de incomodidad que la atenazaba. Controló su montura con las piernas, avanzó hasta la cabeza del carro y detuvo el caballo con una mano mientras recuperaba el arco con la otra.

—¿Qué ocurre? —La voz de la *baisleac* Runa resonó en la silenciosa mañana.

Ciara tardó en contestar, su atención estaba puesta en el camino y en los alrededores.

—Alguien se acerca —murmuró cargando ya una flecha en el arco. No estaba dispuesta a correr riesgos innecesarios.

La *baisleac* frunció el ceño ante la respuesta de la druidesa, paseando sus sabios ojos por el entorno antes de chasquear la lengua y, tras sujetar las riendas al carro, bajó al suelo.

—¿Salteadores? —sugirió la jovencita, que se apretó incluso más contra la Alta Druidesa, la cual permanecía absolutamente relajada.

Ella movió su caballo, poniéndolo por delante del carro y echó un vistazo a las mujeres mientras mantenía el arco tenso, dispuesta a soltar la flecha en cualquier momento.

— *Baisleac*, manteneos tras la carreta.

La anciana no solo no hizo el menor caso, sino que se tomó su tiempo para coger de la parte de atrás el odre de agua para calmar la sed.

—Éste parece un buen momento para hacer un alto —declaró la mujer—. Hay situaciones en las que no se puede luchar contra la Naturaleza.

—¡Runa! —La tensión que sentía era palpable, su nerviosismo iba en incremento.

Un ligero crujido de hojas, acompañado por el sonido amortiguado de los cascos de un caballo, centraron su atención al frente, sorprendiéndola completamente cuando un hermoso bayo castaño apareció trotando hacia ellas,

sin jinete.

Un gemido escapó de su garganta al mismo tiempo que giraba la cintura, solo para encontrarse siendo desarmada y desmontada de su caballo hasta dar con la espalda en el suelo. Privada de aire, se topó con los ojos y la satisfecha sonrisa de su marido sobre ella, mientras la apretaba e inmovilizaba.

—Esto, esposa, podría haberte costado la vida. —Su tono era serio, casi una reprimenda—. ¿Dónde está la guerrera druida que habría podido advertir mi llegada?

Para la completa sorpresa de Aedan, ella no luchó tal como solía hacer. Al contrario, le echó los brazos al cuello y se apretó contra él unos breves instantes.

—¿Significa esto que te alegras de verme, esposa? —sugirió, apartándose para poder mirarla a la cara.

Tal y como esperó al principio, Ciara lo empujó, apartándole hasta poder levantarse, taladrándole con una mirada fiera.

—Debería haberte clavado la flecha —respondió en un bajo murmullo, con las mejillas coloreadas, mientras intentaba recuperar la compostura—. ¡En realidad podría haberlo hecho! ¿En qué diablos estabas pensando acercándote así?

Él siguió su ejemplo y se puso en pie. Con una sola zancada ya estaba de nuevo sobre ella, con la mano hundida en la espesa mata de pelo castaño de la druidesa, atrayendo su cuerpo suave y blando contra el suyo para devorar su boca en un urgente y salvaje beso que transmitía parte de la preocupación y el alivio que él mismo sentía al tenerla por fin con él.

—Creo que eso deja claro en lo que estaba pensando, querida —comentó la sabia después de que la pareja se separase.

Él esbozó una divertida sonrisa y dedicó a la mujer una profunda inclinación de cabeza.

—Nunca deja de sorprenderme la habilidad que tenéis para daros cuenta de todo, *baisleac* —aseguró con admiración hacia su mentora.

La anciana se limitó a hacer una mueca y volver hacia la parte delantera de la carreta, dónde entregó el odre de agua a la muchacha.

—Has hecho más ruido del que hace un jabalí cuando está siendo cazado, Aedan —aseguró ella con una mueca—. Tu mujer estaba demasiado distraída y preocupada para notarlo.

Él se volvió hacia su esposa. En sus ojos brillaba una suave advertencia.

—Razón de más para que hubiese advertido antes mi presencia.

Ciara frunció el ceño, molesta consigo misma por aquella falla en sus habilidades.

—Deja de importunar a tu esposa y cuéntanos las novedades que te han traído hasta aquí —pidió la sabia—. ¿Habéis encontrado a la muchacha?

La expresión de su rostro mudó por completo.

—Han ocurrido algunas cosas mientras emprendíais vuestro viaje, *baisleac* — aceptó él, echando un vistazo a la sabia para posar después la mirada con discreta curiosidad sobre la dama que las acompañaba, en una obvia pregunta.

—Habla libremente, druida de Dalriada —habló Carolan.

Él miró a la sabia en busca de confirmación, después a Ciara y de nuevo a la mujer.

—¿Mi Señora?

Runa asintió con un breve gesto de la cabeza.

—Es largo y difícil de explicar, druida —aceptó la sabia—. Las explicaciones te serán dadas por el camino. Ahora cuéntanos.

Asintiendo a pesar de no estar muy convencido, él prosiguió.

—La Prometida ha sido herida...

Ciara volvió a sentir de nuevo aquella punzada en su interior, el aire se hizo repentinamente irrespirable mientras escuchaba a su esposo.

—Los northumbrianos llegaron a ella antes que nosotros —continuó—. En su huida, una de sus flechas la atravesó a la altura del corazón. El impacto la lanzó hacia atrás y... fue imposible llegar a ella... Las aguas del Loch Fine... se la tragaron.

Ella jadeó con el rostro perdiendo rápidamente el color mientras inesperadas lágrimas acudían a sus ojos.

—Está con vida —declaró Carolan con suavidad, su mirada fija ahora en el druida.

Él asintió lentamente.

—Kieran está convencido de ello, la siente... Yo mismo siento todavía su conexión. Débil, muy débil, pero está ahí —aceptó, buscando las palabras exactas—.

No la dejará ir, no volverá sin ella.

La sabia asintió. Su mirada fue hacia Carolan, que sonrió a su vez.

—Ambos regresarán —confirmó la desconocida—. Pero lo harán por

separado...

La Prometida traerá consigo al último de los druidas.

Aedan frunció el ceño, pero no dijo nada. A estas alturas, cualquier cosa que antes le hubiese parecido imposible, sabía que en manos de la Prometida de Dalriada terminaría por hacerse realidad.

—¿Puedo saber quién sois, mi señora? —preguntó. Había algo en aquella mujer que lo intrigaba y ponía nervioso a partes iguales.

—Soy parte del destino, al igual que vosotros —respondió la interpelada con una suave y misteriosa sonrisa.

Él frunció el ceño. No estaba conforme con la respuesta, pero tampoco deseaba quedarse allí a charlar.

—Os escoltaré de regreso —murmuró entonces mientras acariciaba la mano de Ciara al pasar por su lado para recuperar su propia montura—. Los tiempos han cambiado y los caminos ya no resultan seguros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ciara dirigiéndose a su caballo.

La miró y contempló a la *baisleac* y la mujer que la acompañaba.

—No estamos todavía seguros de ello, pero tenemos motivos para creer que el usurpador ha convocado a sus aliados, esos salvajes *cruithne*, para proteger la ciudadela de Dumnad —declaró escupiendo al suelo—. Lo que nos hace pensar que sabe que los clanes se han reunido y están dispuestos a recuperar el trono para su legítima heredera.

—Herederero —lo corrigió Ciara, y miró a la sabia para pedir su confirmación.

Arqueó una ceja con la ironía claramente escrita en su rostro.

—La última vez que la vi, la Prometida era una mujer.

Ciara asintió lentamente.

—*Aye*, lo es —aceptó Runa—. Pero ella no es la heredera al trono de Dalriada.

Su ceño fruncido se hizo más profundo.

—*Baisleac*, ¿ya estáis de nuevo dándole al whisky?

La sabia puso los ojos en blanco y se giró hacia Ciara.

—Explícaselo tú, querida, antes de que decida que la Prometida de Dalriada puede prescindir de uno de sus druidas durante una temporada —le pidió, tomando las riendas para finalmente ponerse en marcha.

Frunciendo el ceño, él hizo girar su montura y la llevó al lado de la de su compañera.

—¿Y bien?

Ella elevó los ojos al cielo.

—Shadow es la Prometida de Dalriada. De hecho, creen que podría ser la siguiente Alta Druidesa —empezó a explicarle.

Él se rascó la barbilla con los dedos. Aquella noticia no le resultaba ninguna sorpresa.

—Bueno, eso explicaría muchas cosas —aceptó, sabiendo que tanto él como Dominic habían barajado recientemente esa posibilidad—. Pero, si ella no es la heredera de Alpin, ¿quién demonios lo es?

Ciara suspiró. Explicarle aquello iba a ser un poco más complicado. Tanto o más de lo que fue para ella misma llegar a entenderlo.

—La última persona en la que, estoy segura, podrías pensar.

Shadow se detuvo para recuperar el aliento. El dolor en el pecho llevaba horas siendo insoportable, pero no estaba dispuesta a detenerse. Debía de llegar a su destino; tenía que encontrar a Dominic. Solo él podía terminar con toda esta locura y llevarla a casa.

Un arranque de tos la llevó directa al suelo, sobre las rodillas y manos. Intentó recuperar el aliento a través del ardiente dolor que la atravesó como una lanza. Toda su piel transpiraba de sudor, ardiendo a causa de la fiebre a pesar de la fría corriente que el druida mantenía sobre ella.

El sol se alzaba por encima de sus cabezas. La niebla que cubriera todo a primeras horas se había despejado, al igual que las nubes en el cielo, y un brillante color azul lo dominaba todo, dotando de brillo y claridad a los parajes que la rodeaban. Si no estuviese tan enferma, seguramente habría disfrutado de las vistas, de la agreste naturaleza que cubría todo a su alrededor.

—Respirad... Tranquila... Así... Bien... —le decía Catriona, frotándole la espalda antes de volverse hacia alguien más y hablar en aquel gutural idioma que no conseguía entender—. Está sangrando. Su cuerpo está de nuevo en llamas, tenemos que detenernos. Tengo que cambiarle el vendaje, aplicarle un ungüento y hervir unas hierbas para bajarle la temperatura. La matarás si sigue así.

Cahir miró a la mujer y luego a la muchacha, a la cual veía empeorar a cada paso del camino. Mantenía un hilo de su poder conectado a ella, manteniéndola fresca y permitiéndole un breve respiro en el infierno de calor

al que estaba sometido su cuerpo. Tenía los ojos enrojecidos, la mirada vidriosa y sus labios escarchados apenas podían ya hacer pasar el agua que bebía.

Viéndola doblada sobre sí misma, luchando por respirar, volvió a recordar a la dulce Sonja. La fragilidad de la Prometida en aquellos momentos trajo a su mente agridulces recuerdos.

Volviéndose, recorrió con la vista los alrededores buscando un lugar en el que poder detenerse y descansar, preferiblemente dónde el sol no incidiera directamente sobre sus cabezas.

—Nos detendremos —informó al tiempo que desandaba el camino hacia ella—.

No podéis seguir caminando.

Ella alzó la mirada; sus ojos enrojecidos por la fiebre lo miraron suplicantes.

—No... Tengo... Tengo que llegar a... ese lugar. Él me espera.

—*Nay*, Prometida —negó con voz firme—. No estáis en condiciones de continuar.

El pánico que vio en los ojos de ella le sorprendió.

—Se lo prometí —gimió, dejándose caer sentada—. Quiero verle. Necesito...

Necesito que me perdone.

—No estás en...

—Laird —lo atajó Catriona, interponiéndose entre ambos—. Necesita tus dones no tu ira.

Apretó la mandíbula, soltó un abrupto en gaélico y dio media vuelta. Se alejó unos cuantos pasos, caminando de un lado a otro buscando con la mirada y con sus sentidos de druida.

Respiró profundamente, cerró los ojos y permitió que su poder fluyese como el agua al que era afín, buscando a través del terreno; escuchando cada manantial en la tierra hasta dar con lo que necesitaba. Buscó el sonido del agua corriendo a través del suelo, serpenteando en el interior de las montañas y filtrándose en la piedra hasta oír un lento gotear.

—Hay un manantial de agua al oeste —murmuró volviéndose ahora hacia Cait, que secaba ya el sudor del rostro de la muchacha—. La llevaremos allí.

Ante el largo silbido que emitió, sus hombres detuvieron la avanzada marcha. Gael ya regresaba a ellos a buen paso cuando él lo encontró a mitad

del camino.

—Ve a Achhabreck —le dijo sin permitirle hacer pregunta alguna—. Los clanes estarán acampados en algún lugar de esas tierras, los encontraréis... o ellos os encontrarán.

La mirada del guerrero pasó de su *laird* a la muchacha que la curandera ayudaba a ponerse de nuevo en pie.

—Ella no durará... —adujo Gael. La sombra en los ojos de su jefe y amigo lo hizo fruncir el ceño—. Cahir, lo sabes tan bien como yo —insistió, con una sinceridad al punto de ser brutal—. Es un milagro que no haya muerto ya...

Apretando los dientes, él se obligó a posar la mano sobre el hombro de su primero, hundiendo los dedos sin que el hombre se inmutara.

—Encuentra a esa bendita druidesa McInnes —insistió clavando la mirada en sus ojos—. Y dile que corra tan rápido como el maldito viento, si quiere ver a su Prometida con vida...

Gael asintió con un firme gesto.

—*Aye, laird.*

Él lo dejó ir entonces, dejando que su vista vagase una vez más sobre el terreno.

—Nos encontrarán hacia el oeste. Que busquen agua pura... Allí los esperaremos.

Con un firme apretón en su hombro, Gael reunió a los hombres y se pusieron en marcha para cumplir con las órdenes que le acaba de dar.

Él regresó entonces junto a las dos mujeres, librando a su bruja del peso de la muchacha al tomarla en brazos.

—Si os morís en mis brazos, juro que bajaré al mismo infierno para hacéroslo pagar —le dijo cuando la vio abrir la boca—. ¿Entendido?

Ella asintió lentamente. Sus mejillas aumentaron de color, si es que aquello era posible.

—Bien —aceptó tras acomodar su peso para luego mirar a su terca acompañante—. Iremos hacia el Oeste, y ruega a todos los dioses en los que creas porque ella sobreviva a este día.

Sin una palabra más, empezó el ascenso hacia el lugar que sus sentidos de druida le señalaban; un pequeño remanso en el que podrían descansar mientras esperaban un milagro.

El sol se estaba poniendo ya en el horizonte, tiñendo el cielo de un tono anaranjado que anunciaba el final del día y daba comienzo a la noche. El largo viaje que llevaban a cabo empezaba a dejar su huella sobre los viajeros, especialmente en las mujeres.

Aedan y Ciara encabezaban la marcha, vigilantes e inquietos, observando los alrededores y preparados para presentar batalla en el momento que fuese necesario hacerlo.

—Estamos cerca —murmuró en voz baja a pesar de que no había ni un solo hombre en las cercanías—. Me sorprende que ninguno de los exploradores de los clanes haya venido a recibirnos.

—¿Crees que habrán regresado ya? —preguntó Ciara, en el mismo tono bajo.

Sacudió la cabeza.

—No lo sé, Ciara, no lo sé —respondió con un profundo suspiro.

Todavía le costaba asimilar lo que su esposa le contó durante el viaje de regreso.

Las revelaciones eran tan asombrosas, que seguía esperando que le dijese que todo era una broma, una invención, y no la retorcida realidad que proclamaban.

—Dioses, Kieran va a reírse hasta el fin de los tiempos cuando escuche lo que me has contado... Es... Es, simplemente... Se morirá, sí... Le dará un ataque allí mismo.

El heredero de Alpin... príncipe de Dalriada... Esto es de locos.

—Lo sé —aceptó ella, y miró a las mujeres que continuaban avanzando con lentitud—. Espero que...

Las palabras de Ciara se perdieron en el aire cuando algo llamó su atención y, a juzgar por el repentino alto de su compañera, no fue el único en percibirlo. Él movió su caballo, girándose hacia un punto en la lejanía, entrecerrando los ojos en un intento de ver mejor mientras ella cargaba ya su arco.

—Alguien se acerca —murmuró, y se volvió hacia las mujeres—. Rápido, hay que salir de aquí.

Urgiendo a las mujeres, ambos las escoltaron hasta uno de los montículos de piedras que se extendían a lo largo de la llanura, obligándolas a ocultarse tras él. La carreta en la que viajaban traqueteó sobre el desigual terreno mientras conducían al animal que la arrastraba a ponerse a resguardo.

—La niebla de Kieran nos vendría muy bien ahora mismo —musitó al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor, para finalmente obligar a su caballo a permanecer quieto mientras esperaban agazapados.

Pronto, los colores azul y verde del tartán de uno de los clanes hizo aparición por el este. Los hombres iban a pie en una marcha rápida; cinco guerreros que avanzaban sin cautela, como si los fuese persiguiendo el diablo.

—¿Esos no son los colores de los Campbell? —murmuró Ciara. En su voz se reflejaba la sorpresa.

Él se giró para mirar a la *Baisleac* y a la Alta Druidesa, las cuales parecían estar disfrutando de un día de campo.

—¿Son ellos? —no dudó en preguntar.

Runa se tomó su tiempo en ponerse en pie para desesperación de Aedan y Ciara, que se apresuraron en seguir su ejemplo al tiempo que preparaban sus armas para caso de necesidad.

—¿Conoces a alguien más que lleve esos colores? —respondió la sabia, haciendo visera con la mano.

El sonido de la tensa cuerda del arco atrajo la atención de la mujer hacia la druidesa, que apuntaba ya una flecha hacia ellos.

—No siento a ningún druida con ellos —declaró ella, aguzando la puntería.

—Baja el arco, Ciara —pidió él con voz firme, segura.

Ella miró a su marido de reojo.

—¿Estás seguro?

Respondió emitiendo un potente silbido que hizo que los hombres se detuvieran en seco. Acto seguido la llamada fue respondida de la misma manera, reconociendo así a los aliados.

—Son los Campbell. —La incredulidad en su voz era casi tan grande como la que esgrimía la mirada de Ciara.

Los hombres se reunieron pronto con ellos. Al frente iba Gael Campbell, el lugarteniente del jefe del clan, que inmediatamente fue reconocido por la *Baisleac* y por él mismo.

—Ya empezábamos a pensar que no os veríamos —aceptó él, tendiendo la mano a Gael a modo de saludo.

El guerrero la tomó, estrechándole el antebrazo.

—¿Y el *laird* Campbell? —preguntó Ciara.

El hombre fijó sus ojos en la druidesa y envió un agradecimiento a los

dioses por su buena fortuna.

—Tenéis que ir hacia el Oeste, druidesa. Buscad agua pura, la Prometida de Dalriada os necesita —declaró entre jadeos—. El Campbell está con ella... Se muere.

Las inesperadas noticias golpearon a todos los presentes, especialmente a ellos dos. Carolan se acercó entonces a Ciara y, tomándola de la mano, la obligó a encontrar su mirada.

—Tienes que ir. Corre como el viento, te necesita —declaró con fervor.

Ella jadeó, tomando conciencia de las palabras de la druidesa y las noticias que acababan de traerles.

—¿Dónde están? —preguntó él, que ya tomaba una vez más las riendas de su caballo, preparándose para montar.

—A pocas millas de aquí, cruzando las montañas. Los encontraréis cerca de los manantiales de agua pura —explicó Gael, repitiendo las palabras de su *laird*.

Ciara ya estaba sobre su montura y giraba en la dirección que le indicaban cuando miró a la sabia de los clanes.

—La traeremos de regreso —prometió antes de salir a todo galope, con su compañero emparejando la carrera.

La *baisleac* los contempló mientras desaparecían en el horizonte.

—Así lo espero —murmuró, para finalmente volverse hacia los hombres—.

Bueno, será mejor que nosotros nos reunamos con los jefes de los clanes y los pongamos al tanto de lo que está ocurriendo.

El ruido del agua era una nana para Shadow. El frescor del paño húmedo sobre su ardiente piel aliviaba un poco el malestar que envolvía su cuerpo. Luchaba contra el cansancio con las escasas fuerzas que le quedaban, consiguiendo apenas mantener los ojos abiertos. La amable curandera que los acompañaba se esforzaba por mitigar su dolor, intentaba atajar la infección con sus remedios naturales obligándola a beber aquel asqueroso brebaje en su intención de remitir la fiebre, pero ya nada parecía dar resultado.

El hosco druida llevaba tiempo paseándose de un lado a otro, echando furtivas miradas a la mujer en su labor; saliendo y entrando de la pequeña caverna que localizó en algún punto del noroeste. Su nerviosismo contribuía en gran medida a ponerla nerviosa también a ella. El agua pura de un

manantial natural que nacía en algún lugar de las entrañas de las montañas y que se abría camino hasta la superficie brotaba de la pared rocosa, permitiéndoles utilizar sus propiedades.

En un intento por distraerle y distraerse a sí misma, se lamió los labios para preguntarle:

—¿Tiene el agua algo que ver con tus dones como druida?

La pregunta formulada en una baja y cansada voz llamó la atención de Cahir. Su mirada se posó sobre ella, que descansaba con la espalda apoyada en la pared, dejando que Catriona tratase la herida.

—Es mi elemento base —respondió, contemplándola desde aquella segura distancia—. Puedo sentir los manantiales que abastecen la región corriendo por debajo del suelo hasta llegar a su lugar, desde su nacimiento hasta el lugar en el que a menudo desembocan.

Ella se lo quedó mirando pensativa.

—Fue así como encontraste esta cueva. —No era una pregunta y él se limitó a asentir—. Es extraño cómo todo esto empieza a parecerme normal. Quiero decir... Mi vida no ha tenido nada que ver con... bueno... esto... Ni siquiera cuando conocí a Dominic.

A Cahir no dejaba de resultarle curiosa la familiaridad con la que hablaba del hombre con quien compartió parte de la infancia. Si bien el viejo *laird* los crio como hermanos, ambos sabían que no existía ni una sola gota de sangre igual en sus venas; más aún, él ni siquiera era hijo del McTavish. Su abuelo materno se lo confesó en su lecho de muerte, rebelándole su verdadera naturaleza y de quién descendía realmente.

Lo mirase como lo mirase, seguía siendo un bastardo.

Cuando sus poderes de druida empezaron a manifestarse, comenzó a tener dudas.

No era más que un niño en aquel entonces, un crío rebelde que prefería jugar con espadas que aprender a utilizar y canalizar sus poderes. La *Baisleac Runa* había tenido una difícil tarea con él; todavía recordaba con una sonrisa la de bastonazos que la mujer dejaba caer sobre su cabeza cuando no le hacía el menor caso. Por suerte para él, lo único letal en la sabia era su lengua.

¿Cuánto tiempo transcurrió desde la última vez? El acudió al funeral del hombre que lo crio por obligación, como representante del clan Campbell y en muestra de su respeto, pero por dentro sentía verdaderamente su pérdida; después de todo, aquel hombre había ejercido el papel de padre enseñándole

lo mismo que a su otro hijo y tratándole de la misma forma.

Su mirada encontró la de ella.

—Parecéis tener cierta afinidad con el druida de Kyntire, Prometida — murmuró, observando detenidamente su reacción.

Ella sonrió con el sarcasmo presente en su sonrisa.

—¿Qué te parece si dejas de hablarme con tantas ceremonias y utilizas mi nombre? —le sugirió, haciendo una mueca de dolor cuando la curandera aplicó el nuevo emplasto a la herida.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—Sois la Prometida de Dalriada...

Ella chasqueó la lengua.

—Soy Shadow —insistió—. Y a no ser que quieras que te llame jefe Campbell, o algo por el estilo, cosa que por otro lado no pienso hacer, dejarás esos formalismos.

¿De acuerdo? Si me muero quiero hacerlo al lado de un amigo, no de un extraño.

Él prácticamente gruñó su respuesta.

—No vas a morir...

Ella resopló.

—Espero que tengas razón, no tengo ganas de escuchar a Dominic refunfuñando...

—continuó, respondiendo a su alusión—. Bueno... aquí todo el mundo parece conocerlo como Kieran.

Él asintió en confirmación, ofreciéndole voluntariamente unas palabras.

—Es el nombre que le dio el viejo McTavish —explicó—. Lady Helena a su vez le dio ese otro nombre extranjero, pero a Kieran nunca le ha gustado demasiado...

Ella lo miró sorprendida por la familiaridad con la que hablaba, ofreciéndole detalles que desconocía.

—Y hablando de afinidades... —añadió posando la mirada sobre él—, tú también parece conocerle bastante bien. Aunque deduzco por tu tono que no te gusta demasiado, ¿por qué?

Aquella era una pregunta que él mismo se hacía a menudo. Hubo un tiempo en el que ambos se llevaban como hermanos. En numerosas ocasiones se lo había encontrado corriendo tras él, imitando sus gestos, luchando con la misma destreza... Y entonces su abuelo murió y todo cambió. Se incorporó al clan

Campbell para quedarse como su *laird*. El tiempo de juegos terminó abruptamente y en su lugar se instaló la necesidad de aprender a soportar el peso de un clan, tomar decisiones y hacerse merecedor del lugar que le fue legado.

—Hemos crecido juntos —declaró en voz baja, sin estar seguro de por qué había dado esa respuesta—. Nos educó el mismo padre...

Aquello sorprendió a Shadow, que instintivamente se echó hacia delante haciendo que un ramalazo de dolor le atravesase el pecho y tuviese que escuchar las ininteligibles palabras de la curandera, las cuales, a juzgar por el tono, no eran precisamente amables.

—No te muevas. —La brusca orden vino de parte del druida que tenía frente a ella; un hombre extraño del que se encontró deseando saber más.

—Demonios, eso duele —masculló dejándose ir de nuevo contra la pared—. Así que Dominic y tú... ¿sois hermanos?

—Nos crio el mismo padre, pero por nuestras venas no corre la misma sangre — declaró con repentina frialdad.

—Yo tampoco llevo la misma sangre que mi hermano y, sin embargo, eso no importa —declaró, llevándose la mano lentamente sobre el corazón—. Es aquí donde residen los verdaderos lazos. En mi corazón, en mi alma. Ramsey es y será siempre mi hermano; mi familia.

Las palabras de la muchacha rozaron la dura coraza con la que él se protegía.

—Vienes de un mundo distinto, una época diferente —se defendió—. Aquí las cosas no son tan fáciles.

Ella buscó su mirada con el ceño levemente fruncido.

—¿Por qué ese odio?

Él se encontró con sus ojos.

—El odio es un sentimiento demasiado importante para ofrecérselo a cualquiera.

La mirada en su rostro le dijo al instante que no le creía, su suspicacia quedó presente en sus siguientes palabras.

—Él no es cualquiera, es tu hermano. Y por alguna razón que desconozco, sientes odio hacia él. O más que odio, quizá sea rencor. —Ladeó el rostro antes de clavar durante un instante su mirada en él—. Te ha decepcionado.

Se tensó. No le gustaba el rumbo que estaba tomando aquella conversación, las suposiciones de la muchacha se acercaban demasiado a una

realidad que permanecía oculta en su interior, una que solo la mujer que lo miraba de reojo al lado de la prometida, conocía.

—Hablas con demasiada seguridad sobre algo que desconoces —declaró con gesto defensivo.

Ella sonrió sin humor.

—El engaño y la traición no me son ajenos, Cahir —le dijo—. Sé lo que se siente cuando alguien en quien depositas tu confianza, toda tu fe, te falla o te traiciona; ya sea por propia voluntad u obligado a ello. Consciente o inconscientemente te hacen daño y ese dolor muchas veces se convierte en rencor, en rabia. —Se detuvo, una mueca de dolor cruzó su rostro. Cuando se recuperó, continuó—. Pero si algo he descubierto, es que Dominic no traicionaría o fallaría a alguien si no existe un motivo de peso para ello, o fuese algo que no pudiese evitar. Si a ti te duele en lo más hondo y puedes llegar a desear retorcerle el cuello, él no lo estará pasando mucho mejor; la culpabilidad y el dolor de haber fallado a esa persona lo acompañan siempre y lo destruyen con tanta virulencia como a ti.

—El arrepentimiento no cambia el hecho de que en primer lugar has sido traicionado. —La rabia surgió ahora en su voz—. Hay cosas que simplemente marcan la vida de un hombre, Prometida.

Ella asintió.

—Toda una vida no puede ser medida por un solo error, Cahir —insistió ella.

—No, pero un solo error sí puede destrozarse toda una vida —aseguró con inquina—. No intentes excusar algo que ignoras, tú no eres responsable de lo que haya hecho o dejado de hacer Kieran hace tres años.

Él vio entonces cómo ella parpadeaba. Sus ojos verdes perdieron un poco de la intensidad que tenían hasta el momento.

—¿Hace... tres años? —repitió con voz quebrada—. Cahir, ¿qué fue lo que ocurrió hace tres años?

Él apretó la mandíbula, pero aun así respondió. No sabía qué tenía aquella mujer que lo empujaba a decirle lo que nunca pronunció en voz alta.

—Los clanes me negaron la venganza —escupió entre dientes—. Y él faltó a su palabra.

«Cuando me necesites, tendrás mi brazo a tu disposición».

Kieran había sido solo un niño en el momento en que a él su abuelo lo reclamó para unirse al clan Campbell, pero aquel niño se aferró a su brazo con

tesón y pronunció aquellas palabras. Sus ojos dorados refulgían con el calor de una promesa; una que él conservó en su memoria hasta aquel mismo día.

—Dominic estaba entonces en mi mundo, ¿verdad? —La angustia en su voz le hizo mirarla una vez más. El dolor en sus ojos lo sorprendió—. Por eso no pudo cumplir con su palabra.

Él no respondió. El recuerdo de aquellos amargos días no hizo sino aumentar su rabia. Había odiado su mundo, había odiado todo aquello que hizo que le arrebatasen a la gente que quería; todos los errores y las carencias del pasado se reunieron en un gran nudo que eclipsó todo y culpó a la única persona en la que pensó que podría confiar.

—Esta conversación no tiene razón de ser —repuso, y dio media vuelta dispuesto a salir de la cueva, pero sus palabras lo detuvieron.

—Lo siento. —Oyó su voz en un susurro—. Después de todo, parece que sí es culpa mía.

Él frunció el ceño y se giró hacia ella.

—Hace tres años, Dominic estaba conmigo —explicó ella—. Él estaba en mi mundo, por mí.

La sorpresa cruzó su rostro, entonces negó con la cabeza.

—No es a él a quien tienes que dirigir tu odio —continuó—. Si alguien tiene la culpa de haberlo mantenido alejado de sus deberes o sus promesas, esa fui yo.

Un suave quejido abandonó sus labios mientras intentaba incorporarse en una posición más cómoda.

—No te muevas. —Se encontró inclinándose sobre ella—. La herida volverá a abrirse si no permaneces quieta.

Shadow parpadeó para alejar las lágrimas que amenazaban con derramarse.

—Siento que él te haya decepcionado, que haya faltado a su palabra, pero no le odies —le pidió—. Dominic ya se estará culpando a sí mismo por no haber estado a tu lado cuando más lo necesitaste. No sé cuál es el motivo de tu venganza ni del rencor que guardas, pero no nació de un día para otro. Es algo que has cultivado o que otros cultivaron para ti. En ocasiones hay que aislarse, permanecer sordo frente a todo menos ante aquello a lo que debes escuchar; la persona que puede darte una respuesta, ya que es la única que conoce la verdad.

Él frunció el ceño.

—Hablas como una druidesa.

Ella dejó escapar un pequeño resoplido.

—Al final va a ser verdad lo que dicen; que todo se pega —replicó al tiempo que negaba con la cabeza.

Ella se apoyó contra la pared, con el pelo negro, húmedo por el sudor, pegado a la piel de su rostro. Ya apenas tenía fuerzas ni para retirárselo.

—Habla con él. Después, si queréis daros de guantazos es cosa vuestra, pero dale una oportunidad para explicarse... Date la oportunidad a ti mismo de escuchar. Él es mucho más de lo que jamás pensé que sería.

Su ceño se fue desdibujando.

—¿Qué quieres decir?

Ella se lamió los labios.

—Podría decirte que conocí a alguien llamado Dominic hace unos años en... mi época... —musitó, obviamente cansada—. Pero ese hombre poco tiene que ver con el que he conocido aquí. Éste es... un guerrero, un druida... apreciado por su gente; diría incluso que lo respetan. Sobre sus hombros pesan unas responsabilidades de las que nunca fui partícipe; muchos dependen de él, de sus decisiones, de su presencia. He visto el cariño y el aprecio que el jefe del clan McNeil le tiene a pesar de su juventud... Él es el que ha jurado protegerme, que hará lo que sea para encontrarse conmigo, y yo deseo verlo. Al principio tuve miedo. El hombre que yo conocía no era el mismo con el que volví a encontrarme... pero estaba equivocada, sí estaba allí...

porque sigue siendo él sin importar la época, el tiempo o el mundo en el que vuelva a verlo. Hay algo que jamás cambiará en ninguno de nosotros y por lo que siempre nos reconoceremos. Es posible que no tenga mucho sentido...

Inspiró profundamente, sorprendiéndose nuevamente con la Prometida de Dalriada; con su sinceridad y el alma tan pura que tenía. Aquella pequeña muchacha podría enseñar unas cuantas cosas a algunos de sus mejores hombres.

—La mayoría de las cosas no siempre tienen sentido, especialmente aquellas que se rigen por esto. —Se señaló el corazón—. Él tiene suerte de contarte a ti entre ellas.

Ella sonrió en respuesta, antes de hacer una mueca y volverse hacia la mujer, que vendaba nuevamente la herida del pecho.

—Creo que no es el único que tiene suerte aquí —murmuró y volvió a encontrarse con su mirada—. Sea lo que sea que hayas hecho, a veces

disculparse ayuda...

Catriona alzó la mirada, no había necesidad de aclaraciones, esa pequeña bruja entendía bastante bien el idioma de la prometida.

—Necesita descanso, la herida sigue sangrando. —Sus palabras fueron dichas en gaélico, únicamente para él, que asintió lentamente—. Y esto no es bueno —señaló la herida—, los bordes se están ensombreciendo. No me gusta, no me gusta nada.

Luchó por mantener una expresión neutra, no deseando preocupar a la muchacha.

—Se muere... —No fue una pregunta.

Ella se encontró con su mirada, con la respuesta impresa en sus pupilas.

—Mis remedios no parecen ser suficientes para curarla —aceptó con pesar.

Entonces suspiró y sacudió la cabeza con nueva resolución—. Intentaré probar con otra cosa, pero... no creo que pueda hacer mucho más por ella.

Sin decir una sola palabra más, le dedicó una breve caricia a la enferma y abandonó la caverna, saliendo al frío aire de la noche, dejando a la Prometida de Dalriada en sus manos.

Shadow señaló con un gesto de la cabeza hacia la mujer.

—¿Qué es lo que ha dicho? —La preocupación era palpable en su voz—. ¿Cuánto cree que me queda?

Él sacudió la cabeza, no le gustaba oírla hablar así.

—Necesitas descansar —respondió con firmeza, acuclillándose ahora frente a ella, apartándole el pelo que se pegaba a su rostro—. Tus heridas necesitan tiempo para curarse.

Buscó la verdad en su mirada.

—Estoy cansada de mentiras, Cahir —susurró cerrando los ojos durante un segundo—. Ciara no llegará a tiempo... y ni siquiera he podido preguntarle qué tal ha ido su noche de bodas.

Iba a responderle cuando un inesperado grito procedente del exterior lo hizo tensarse. Cogiendo la espada que mantuvo en todo momento a su alcance, se incorporó y le hizo un gesto para que se mantuviese en silencio mientras se deslizaba hacia las sombras, aguardando.

— *Laird Campbell*, si tenéis a bien dejarnos entrar, quizá podamos hacer algo por la Prometida de Dalriada.

La inesperada voz masculina fue inmediatamente seguida por la figura de

Aedan, que empuñaba su espada en una mano y una antorcha en la otra, seguido de cerca por Ciara, que acompañaba a una bastante cabreada Catriona. El susto que le habían dado había enfadado a la pequeña bruja.

—Aedan McNeil —lo reconoció, empezando a relajar su postura, pero sin abandonar por completo su cobertura en las sombras.

—El mismo —aceptó el hombre, moviéndose así mismo lentamente para escudar con su cuerpo a las dos mujeres, al tiempo que lanzaba un furtivo vistazo a la pequeña gruta—. ¿Estás bien, pequeña?

Shadow dejó escapar un pequeño sollozo de alivio.

—Por lo que más quieras, Aedan, dime que traes a Ciara contigo —susurró, demasiado cansada para poder alzar la voz.

La druidesa ya emergía de las sombras acompañada por Catriona, con los ojos teñidos de preocupación y ansiedad.

—Estoy aquí, Shadow —respondió al tiempo que se hacía cargo de comprobar el estado de la herida—. Lamento la tardanza, pero eres difícil de encontrar...

Ella sonrió a pesar del dolor.

—La próxima vez pondré un cartel de señales luminosas que diga «*Prometida de Dalriada, aquí*» —musitó, apretando los dientes cuando las suaves manos de la mujer la tocaron.

—No sé qué es un cartel de señales luminosas, Shadow —aseguró la druidesa devolviéndole la sonrisa—, pero quizá puedas explicármelo... más tarde.

Asintió y buscó con la mirada al druida que la había estado cuidando, solo para fruncir el ceño al ver que ambos hombres todavía se miraban con recelo con las espadas en las manos.

—Abajo, chicos... —murmuró, totalmente agotada—. Aedan... Cahir es uno de los vuestros... Es... un druida.

El hombre bajó su espalda, devolviéndola con una floritura a su funda antes de responder.

—Lo sé —dijo con sequedad—. Él es el último de nosotros. Felicidades, Prometida, has conseguido un nuevo milagro...

Ella resopló.

—Ya... os he dicho... que yo no... hago milagros.

Esta vez fue Cahir el que respondió.

—Pues eso ha cambiado, Prometida. Has hecho algo que nadie ha

conseguido hasta ahora; reunir a los Druidas de los señoríos de Dalriada bajo un mismo estandarte, el tuyo.

No contestó. El dolor en su pecho empezaba a hacerse de nuevo insoportable y el cansancio ya no le permitía seguir con los ojos abiertos.

—Ciara... Dominic... —murmuró, posando la mano con debilidad sobre las de la druidesa—. Le prometí encontrarme con él en... No... no supe decirle dónde estaba...

y... le prometí... Quiero mantener mi promesa.

La druida asintió, con sus ojos buscando los de la moribunda muchacha.

—La mantendrás —le aseguró con fervor—. Todavía no has llegado al final del camino, mi Prometida. No puedes darte ahora por vencida, ninguno dejaremos que lo hagas.

Dejándose ir, Shadow tomó una profunda respiración y permitió que se le cerraran los ojos.

—Y luego dicen... que yo soy terca —musitó Shadow—. Eso es que no... conocen a los druidas.

—Descansa ahora, Shadow —le susurró ella—. Ya estás a salvo.

Y recurriendo a sus poderes druidas, rogó a la Naturaleza de la que extraía sus dones, a los árboles, al viento, a las aguas y a la luz del sol que le dieran el poder suficiente para arrancar el mal del cuerpo moribundo que tenía ante ella.

Ante los sorprendidos ojos de los dos druidas que las acompañaban y la curandera que cumplió su promesa manteniendo a la Prometida de Dalriada con vida hasta su llegada, llevó a cabo la siguiente parte de la profecía.

La luz del druida iluminará la noche,

Su cántico alejará el mal y hará florecer la vida.

El sol sangrará sus lágrimas en su despertar, y el círculo que ha permanecido abierto, por fin se cerrará.

CAPÍTULO 24

Dominic entró en la tienda principal del campamento, donde los jefes de los distintos clanes estaban reunidos. Con un rápido vistazo, reconoció al *laird* McNeil junto al de los McInnes, ambos permanecían inclinados sobre una mesa baja estudiando una especie de mapa, mientras otros dos hombres que no conocía personalmente, pero de los que reconoció el clan al que pertenecían por los colores de la tela de tartán que lucían, discutían acaloradamente sobre el repentino giro en los acontecimientos que suponía la presencia de los *cruithne* en tierras dalriadanas.

Su mirada pasó como una flecha sobre todos ellos, hasta que Liam McNeil reparó en él, dejando escapar un obvio suspiro de alivio.

—Que los dioses me condenen, muchacho. Pensamos que ya no llegarías —aseguró, abandonando su lugar en la mesa para saludar al recién llegado.

Él paseó la mirada por la estancia antes de dejarla caer sobre el *laird*.

—¿Dónde está ella?

La ansiedad en su voz no podía pasar desapercibida, ni siquiera para McNeil.

—Ven conmigo. —Lo acompañó, sabiendo que nada le impediría registrar todo el campamento si hacía falta—. Han ocurrido muchas cosas en tu ausencia... Algunas, bastante difíciles de explicar si no es viéndolas por ti mismo.

Él no estaba interesado en las explicaciones del hombre, no ahora. Su necesidad por ver con sus propios ojos a la mujer que casi había perdido lo eclipsaba todo.

—Liam, después. Ahora quiero verla —declaró sin dejar lugar a dudas—. O me dices dónde está, o levantaré el campamento a gritos hasta dar con ella; tú decides.

Con una última mirada a la sala, el *laird* atravesó el toldo hacia el exterior, guiándolo hacia una de las tiendas más grandes situada en el costado más resguardado del campamento.

—Está bien. La *Baisleac* y Ciara están con ella —declaró, mostrándole el camino—. Los druidas salieron a su encuentro tan pronto recibieron noticias de los Campbell.

Él se giró hacia el *laird* con obvia sorpresa en su rostro.

—¿Los Campbell? —preguntó, con su mente girando ya a toda velocidad—.

¿Cahir?

El hombre asintió.

—El jefe de los Campbell fue el que dio con ella —explicó, poniéndolo al corriente de las noticias que él tenía—. Él y uno de sus hombres la encontraron medio muerta en la orilla del Loch Fine, en la región de Oitir. De no ser por una curandera del clan que los acompañó durante la travesía, la muchacha... —Sacudió la cabeza para hacer a un lado aquellos aciagos pensamientos que afortunadamente no se produjeron—. Ciara ha llegado a ella a tiempo y ahora está descansando.

Él dejó escapar el aire que ni siquiera se dio cuenta que retenía. Las palabras de McNeil habían creado un nudo en su alma que solo ahora empezaba a desenredarse.

—Bien —fue la única respuesta que pudo darle—. ¿Dónde está?

El jefe se le quedó mirando durante unos breves instantes. Entonces suspiró profundamente; su mirada contenía una sabia advertencia.

—Kieran, ella es la Prometida de Dalriada.

Él apretó los dientes, consciente de lo que se avecinaba.

—Lo sé.

El hombre se llevó las manos a las caderas, como si quisiese enfatizar sus palabras.

—No puedes tenerla...

El brillo de sus ojos dorados lo disuadieron de decir nada más.

—Eso lo decidiré yo.

Sacudiendo la cabeza en obvia disconformidad, se limitó a señalarle la última de las tiendas, la cual estaba iluminada.

—Hay algo más que debes saber —insistió, impidiéndole marcharse sin oírlo—.

Runa ha traído con ella... a un fantasma.

Él arqueó una ceja ante la críptica información.

—Lady Carolan, la Alta Druidesa de Dalriada... está con vida —declaró con tal seriedad, que la sonrisa que empezó a formarse en su rostro murió antes de emerger—.

Aedan vio también una patrulla *cruithne* dividiéndose y partiendo en varias direcciones a las afueras de Cean Loch Gilb.

Sus pupilas brillaron y su rostro adquirió un gesto sombrío mientras hablaba.

—¿Una patrulla? —repitió. Entonces negó con la cabeza—. No, Liam... hay un ejército entero dirigiéndose hacia Dalriada y no estoy seguro de a quién vienen a apoyar.

El *laird* se quedó mudo ante la nueva luz arrojada sobre los acontecimientos.

—Reúne a los jefes de todos los clanes —pidió volviéndose ya hacia la tienda—.

Hablaré con ellos después de ver a la Prometida.

Soltando una maldición, escupió al suelo y volvió sobre sus pasos para empezar a dar órdenes y reunir a todos los jefes de los clanes tal y como él le había pedido.

Cahir abandonó la tienda después de asegurarse de que la muchacha estaba en buenas y capaces manos. La presencia de la Alta Druidesa de Dalriada, a la que todo el mundo creía muerta, fue un impacto para todos; especialmente para Shadow.

La Prometida la reconoció al instante y él no había visto jamás llorar a nadie de la manera en que lo hizo ella cuando la Alta Druidesa la abrazó. Las lágrimas estaban presentes también en los ojos de la dama, pero el viejo poder y sabiduría que emanaban de ella eran visibles en cada uno de sus gestos, conteniéndose y disimulando aquella muestra de alivio que contempló en su rostro.

La confianza y tranquilidad con la que Shadow permanecía en presencia de los otros dos druidas lo llevó a hacerse a un lado, dejando que fuesen ellos quienes se ocupasen ahora de la muchacha. Él había cumplido con su parte, trayéndola a la seguridad en el seno de los clanes; no había necesidad de permanecer allí, su objetivo desde el comienzo fue otro y éste era tan buen momento como cualquiera para llevarlo a cabo.

—¿Ya te marchas?

Se detuvo para mirar a su pequeña bruja.

—No me necesitan.

—¿Por qué eres incapaz de ver lo que tienes delante de ti?

Enarcó una ceja y la recorrió con la mirada.

—Lo veo, Catriona, pero eso no siempre parece ser suficiente.

Se sonrojó, acusando la abierta acusación. Había vuelto sus palabras contra ella.

—Y seguirá sin serlo hasta que entiendas que la venganza no es el camino.

Dicho aquello, pasó por su lado dando largas zancadas, su pelo rojo recogido en una larga trenza balanceándose a su espalda mientras abandonaba la tienda.

Dejó escapar un profundo suspiro, ahora no tenía tiempo para lidiar con ella; no era ni el momento ni el lugar.

Hizo a un lado el manto de piel y salió de la tienda solo para encontrarse cara a cara con un hombre al que no había visto en mucho tiempo; el mismo con el que compartió buena parte de su infancia.

Era extraño volver a estar de nuevo frente a él, mirándose como si fuesen dos hostiles enemigos cuando se criaron juntos. Su hermano; un joven guerrero que descubrió el peso de la responsabilidad de forma brusca e inmediata.

Al menos Kieran había tenido al viejo McTavish para guiarlo, sabiendo que algún día se convertiría en cabeza del clan. Él, sin embargo, tuvo que aprender aquello por la fuerza; por medio de la imposición y el respeto. Dos hombres que habían crecido como hermanos y que no podían ser más distintos y al mismo tiempo más parecidos; a pesar de que por sus venas no corriese ni una sola gota de sangre común.

Él no contó toda la verdad a la Prometida. En realidad, jamás había pronunciado su secreto en voz alta, ni tampoco en susurros; nadie debía conocer sus orígenes ni la vergüenza de su nacimiento.

—Ha pasado mucho tiempo, McTavish. —Lo saludó con un firme movimiento de cabeza.

Dominic se tensó ante el inesperado encuentro. Suponía que no era así como esperaba encontrársele algún día.

—Campbell —respondió a su vez con gesto adusto. Su voz igual de fría que la propia.

Sonrió interiormente. No podía culpar al muchacho por tan cálido recibimiento, él había sido quien puso la barrera entre ellos desde un principio; quien despreció su mano cuando él intentó tendérsela, deseando conservar al menos la amistad con el niño que una vez consideró su hermano.

Echando una fugaz mirada hacia el lugar que acababa de abandonar, se hizo a un lado y continuó su camino dejando sus palabras en el aire.

—Si ella se ha enfrentado a este viaje, poniendo en riesgo su propia vida, no ha sido por ese puñado de guerreros que ven en ella un milagro —le informó—, lo ha hecho por ti. Tenlo presente cuando descubráis que los

milagros... ya no existen.

Dominic se quedó allí, de pie, mirando al hombre que una vez consideró un ejemplo a seguir.

—¡Cahir! —lo llamó por su nombre, obligándole a detenerse—. Ella nos necesita a los cuatro.

No se giró, aunque sabía que sus labios esbozaron una irónica sonrisa al escuchar las palabras y el significado oculto en ellas.

—Y nos tiene —respondió—. Pero eso no cambia nada —añadió para sí mismo, mientras continuaba su camino.

La oscuridad de la madrugada pronto lo engulló, dejando tras de él solamente su respuesta.

Sacudiendo la cabeza, Dominic dio media vuelta dispuesto a entrar en la tienda, la cual no era más que un cuadrado de tierra cubierto de pieles en las que las mujeres habían logrado crear un acogedor y cómodo camastro, sobre el que descansaba una pálida y agotada muchacha.

Con el pelo negro suelto y revuelto enmarcándole las pálidas facciones, arropada por pesadas y cálidas pieles, dormía pacíficamente bajo la estrecha supervisión de la *Baisleac*, Ciara y la mujer que debía ser la Alta Druidesa de Dalriada.

Aedan se mantenía a un lado, hablando con su esposa, hasta que ambos se volvieron al sentir su presencia.

—Al fin. —El alivio que percibió en la voz de Aedan era palpable. En dos zancadas estuvo frente a él, saludándolo—. Empezábamos a pensar que tendríamos que salir también en tu búsqueda.

Posó la mano sobre el hombro de su amigo, apretándolo en un gesto de camaradería, pero sus ojos continuamente volvían a la delicada hembra dormida entre las pieles.

—Se pondrá bien —le aseguró Aedan, girándose hacia su esposa, quien ya se reunía con ellos—. La sanadora de los Campbell la mantuvo con vida el tiempo suficiente para que Ciara pudiese arrancarla de las garras de la muerte.

La druidesa no dudó en ir al recién llegado y abrazarle, sabiendo lo que la muchacha significaba para él.

—Ha estado esperándote. No quería romper la promesa que te hizo —le susurró al oído.

Él apretó los dientes, luchando contra el nudo que se le formó en la garganta.

Suavemente devolvió el abrazo a su amiga, susurrándole a su vez.

—Te debo mi vida —declaró con el mismo tono de voz, poniendo en palabras lo que significaba el milagro que había logrado.

Ciara sacudió la cabeza y se apartó, con sus ojos brillando de felicidad y lágrimas no derramadas.

—Es mi deber velar por su salud —aseguró la joven druidesa, dejando sus brazos para regresar al lado de su esposo, que la miró con orgullo.

—Y el vuestro, devolverle la esperanza... mi señor.

La voz suave y delicada llegó de la mujer que hasta el momento permanecía sentada al lado de la cama. Sus ojos se encontraron con los de ella al tiempo que se levantaba y le dedicaba una profunda inclinación de la cabeza. Una sensación de *déjà vu* le recorrió al contemplarla; como si la hubiese visto anteriormente.

—Sois el único que puede hacerlo —concluyó con serena aceptación.

Ciara se volvió entonces hacia él.

—Kieran, ella es...

—Lady Carolan —respondió él, al tiempo que saludaba a la mujer—, Alta Druidesa de Dalriada.

Ciara y Aedan intercambiaron una mirada significativa que él pasó por alto.

—Os creíamos muerta, mi señora —continuó él. Su mirada voló entonces sobre la muchacha todavía dormida—. Todo el mundo os cree muerta.

La mujer se adelantó hasta quedar a la distancia de un brazo de él.

—La gente cree aquello que necesita creer, *l a i rd* McTavish —aseguró, recorriendo su rostro con la mirada como si buscara algo en él. Entonces sonrió—.

Sois sin duda aquello que estáis destinado a ser.

Sin decir una palabra más, posó la mano sobre el brazo del druida en un tierno gesto y abandonó la tienda.

—Quita esa expresión pasmada de tu cara, Kieran. —La voz de la *Basileac* lo hizo volverse hacia ella, que ya recogía sus cosas y caminaba hacia la salida—.

Procura no agotarla, necesita recuperar las fuerzas para enfrentarse a lo que está por venir. Y tú también.

Él encontró la mirada de la mujer fija en la suya. Algo en sus ojos le decía que aquellas palabras tenían mucho que ver con su futuro.

—¿Qué es, Runa? —preguntó sin reservas.

La sabia sacudió la cabeza, posó la mano en su brazo e indicó a la muchacha con un gesto de la barbilla.

—Primero ve con ella —le dijo, apretando con suavidad su brazo—. Aquello que ha permanecido oculto durante años, puede estarlo unas horas más.

Dominic frunció el ceño. Se volvió a sus compañeros, pero estos se limitaron a evitar su mirada. ¿Qué estaba pasando allí?

—Si nos necesitas, llámanos —le dijo Ciara a modo de despedida, siguiendo a la anciana fuera de la tienda.

Asintiendo, los vio salir hasta que Aedan dejó caer la tela de la tienda, cerrándolos nuevamente en su interior.

Su mirada descendió lentamente al camastro. Tratando de no hacer ruido, se deshizo de su espada dejándola en un lugar en el que pudiera alcanzarla sin problemas y se arrodilló a su lado, permitiéndose contemplar el rostro de la mujer que amaba por encima de todo.

Unas tiras de tela habían sido envueltas alrededor de su hombro y pechos, manteniendo la herida que le infringieron cubierta. La rabia y un profundo sentimiento de venganza se instalaron en su interior; mataría de nuevo a ese maldito bastardo.

—Diablillo —la llamó en voz baja, acariciándole la mejilla. Sabía que debía dejarla descansar, pero necesitaba ver su mirada, oír su voz, saber que todo estaba bien—. Shadow...

Las oscuras pestañas empezaron a aletear, su pequeña nariz se frunció como ocurría siempre cuando despertaba y, poco a poco, sus párpados se alzaron permitiéndole ver una somnolienta y adorable mirada verdosa.

—Mi niña...

Shadow sonrió débilmente. Las lágrimas empezaron a formarse en sus ojos al reconocerle.

—¿Dominic?

Oír su nombre de aquellos labios actuó como un bálsamo en su alma.

—Te dije que te encontraría —le recordó, acariciándole la mejilla—, sin importar cómo o dónde, te encontraría.

Ella asintió y le tendió los temblorosos brazos, necesitando sentirlo contra su cuerpo. Él le facilitó la tarea saliendo a su encuentro, alzándola y arrancándola de las pieles en las que estaba envuelta para sentarla en su

regazo, acurrucada contra él. La tenía en sus brazos, el lugar al que pertenecía.

—No permitas que vuelva a alejarme de ti. Sin importar lo que ocurra o lo que yo diga, no permitas que vuelva a marcharme —susurró contra su cuello, mojándole con sus lágrimas—. Me siento perdida sin ti.

Él la abrazó, apretándola suavemente contra él, sintiéndola.

—No lo haré, mi diablillo. Así tenga que encadenarme a ti, no te dejaré ir —prometió, respirando el dulce aroma de su pelo.

Shadow perdió el sentido del tiempo en sus brazos, la paz que la inundaba estando de nuevo a su lado sabía que no sería duradera, pero estaba dispuesta a disfrutar de aquellos breves momentos robados como si fuesen los últimos. Sus dedos jugaban con la tela del tartán, dibujando cada uno de los cuadros, aprendiendo su textura, su color mientras él la arropaba y se recostaba con ella para mantenerla cómoda.

—¿Nick?

—Dime.

—¿Puedes abrir el paso a esas termas en cualquier lugar?

Él se inclinó sobre ella para mirarla.

—¿Quieres bañarte?

Ella asintió suavemente.

—Llamaré a Ciara para que te acompañe... —declaró, haciendo el ademán de levantarse, pero ella lo detuvo.

Sacudiendo la cabeza, ella deslizó la mano sobre su mandíbula, cubierta por barba de varios días.

—Quiero que me acompañes tú —susurró, dibujando con el dedo la línea de su barbilla—. Y que te afeites. Me pica tu barba.

Él se rio, acariciándole el hombro desnudo.

—¿Ya estamos con exigencias, Prometida?

Ella sonrió.

—¿Qué puedo decir? —respondió con inocencia—. Creo que empieza a gustarme la idea de que cumpláis todos y cada uno de mis caprichos.

Él se inclinó para besarle los labios con suavidad.

—Como deseas, mi pequeña sombra —le susurró, dejándola un instante sobre las pieles del camastro para finalmente echar un vistazo a su alrededor hasta encontrar una zona de tierra descubierta en el suelo—. Marchando una entrada para las termas.

Una vez más, quedó sobrecogida por el poder que esgrimía aquel hombre. Con un suave y melódico tono, pronunció unas cuantas frases en gaélico y, al igual que la vez anterior se abrió la piedra de las paredes que formaban la casa del *laird* McNeill, en esta ocasión, fue la tierra la que cedió bajo sus pies, dividiéndose con una sorda sacudida y formando un amplio túnel en el suelo que poco a poco dejó al descubierto un pasillo que descendía a lo largo de un tramo de escaleras iluminado por antorchas.

Dominic volvió entonces sobre sus pasos para tomarla en brazos y conducirla a través de aquel pasadizo a las termas.

—¿Asustada? —sugirió, descendiendo lentamente por las escaleras de piedra que terminaban en el largo pasillo que conocía.

Ella sacudió la cabeza.

—Atónita más bien —murmuró, intentando mirar por encima de su hombro—.

¿También permite que abráis el paso en la tierra?

Él asintió.

—Tierra, piedra, agua... Cualquier cosa que esté en contacto con las termas — confirmó, mirándola detenidamente—. ¿Estás bien?

Asintiendo, se acomodó en sus brazos.

—Sí, un poco cansada, pero bien —aseguró suspirando—. Me apetece mucho este baño, así que no pienses en dar media vuelta.

Negando con la cabeza ante su tono, la llevó hasta las lagunas, de las cuales se desprendía el beneficioso vapor. Suavemente la depositó sobre una de las piedras humedecidas por el agua y el calor y su rostro ganó algo de tono, alejando un poco la palidez enfermiza que lo cubría.

—¿Mejor? —sugirió, retirándole suavemente la manta en la que estaba envuelta.

Ella asintió, acomodándose sobre la piedra para quitarse la ropa por sí misma.

—Agua calentita, jabón... tú... —fue enumerando ella—. Ahora mismo no necesito nada más.

Obediente y complaciente, buscó lo necesario para el baño y la ayudó a sumergirse en la cálida y beneficiosa agua del manantial, oyéndola sisear al principio para luego relajarse.

A pesar de las protestas e insistencia de que podía hacerlo ella sola, le lavó el pelo para luego dejar que terminara de asearse por sí misma mientras

él se afeitaba.

—¿No vas a bañarte? —preguntó, escurriéndose el pelo con las manos.

Dominic la miró, sentada en el borde exterior de la piscina, con la piel húmeda, los pechos desnudos y una suave tela cubriéndole recatadamente las caderas, parecía una visión. Únicamente la enorme y aserrada cicatriz rosada situada un par de dedos por encima de su corazón restó calidez a la imagen ante el recuerdo de lo ocurrido. Era un milagro que estuviese con vida; un milagro que la herida que horas antes se viera infectada y gangrenada, fuese ahora una cicatriz; fresca sí, pero cicatriz al fin y al cabo que manchaba su satinada piel.

—¿Nick? —Su nombre lo sacó de sus pensamientos, devolviéndolo al presente y a la mujer que lo miraba con preocupación—. Quédate conmigo, Dominic. Estoy aquí.

Él sonrió, dejó a un lado el cuchillo con el que se había afeitado, se limpió el rostro y fue hacia ella, acuclillándose hasta quedar frente a frente. Entonces la cogió suavemente, con delicadeza, ayudándola a ponerse en pie.

—No vuelvas a huir de mí —le rogó, tomándola entre sus brazos—. Si quieres volver a la que consideras tu casa, yo te llevaré. Lo juro Shadow, te llevaré de vuelta si así lo deseas, pero no vuelvas a huir, diablillo. Prefiero perderte en el tiempo, que verte morir, ¿lo entiendes?

Shadow se puso de puntillas, deslizando los brazos alrededor de su cuello y atrayéndolo hasta encontrar sus labios.

—Lo que entiendo es que me quieres —sonrió ella.

Él la abrazó.

—Ah, muchacha, con toda mi alma —le susurró, tomando el rostro entre sus manos para besarla.

La ternura de sus labios, la suavidad de su toque y el oculto anhelo resurgieron entre ellos, uniéndolos tan íntimamente como podían estarlo. Ella deslizó las manos por la lana del tartán, ascendiendo hasta el broche que coronaba el hombro izquierdo.

Sus dedos jugaron durante un instante hasta que el alfiler se soltó, dejando caer la tela a cuadros hasta la cintura, donde se aseguraba con el cinturón que todavía llevaba atada la vaina de la espada.

—Déjame a mí —le susurró él, sujetando sus manos y llevándolas a los labios para besar sus nudillos, un instante antes de mostrarle cómo, con un par de tirones de los pliegues correctos, la tela se desenrollaba fácilmente

cayendo al suelo a sus pies. A ésta siguió de inmediato la funda con la espada, que provocó un sordo sonido metálico al chocar contra el suelo.

Sus ojos se encontraron durante un instante y, con deliberada lentitud, ella se adentró en el círculo de sus brazos y desató el nudo de la camisa oscura y tironeó de ella para sacársela de los pantalones. Necesitaba, anhelaba el contacto de la piel de Nick. Deseaba ser tranquilizada y amada como solo él sabía hacerlo, pero le temblaban las manos. Todo su cuerpo vibraba de necesidad y desesperación.

—Espacio —le susurró él, acariciándole la espalda y atrayéndola suavemente hacia él—. No hay prisa, diablillo; no voy a irme a ningún lado.

Ella ya podía sentir el calor de su pecho bajo sus manos, el grosor de la tela de la camisa, el aroma masculino que tan bien conocía y que se mezclaba ahora con otras esencias; a bosque, a libertad. Todo ello la embriagaba, dejándola temblorosa y hambrienta de afecto, de su cariño y cuidados; su ausencia la dejó necesitada de la ternura de la que la privó.

El temblor en su cuerpo no solo no remitía, sino que iba en aumento. Dominic casi podía sentir su anhelo, su desamparo durante los últimos días, y lo hizo sentir tan culpable como un maldito desgraciado que privaba a un pobre animal salvaje de vida, obligándolo en contra de su voluntad a seguir la senda que él marcaba.

Tomando su mano, tiró de ella hacia uno de tantos salientes de piedra que poblaba la gruta, sentándose para finalmente colocarla de espaldas a él sobre su regazo. Su erección se hacía más que evidente empujando contra el pantalón. Todo su ser era consciente del cuerpo de la mujer que acunaba entre sus brazos, de los llenos senos empujando contra la banda que formaba su brazo, del redondo trasero en íntimo contacto con su sexo y de las largas piernas descansando sobre las suyas.

La piel conservaba todavía la humedad del baño y pequeñas gotas perlaban sus hombros, el valle de sus pechos, el estómago y descendían hasta el suave nido de rizos oscuros y brillantes que formaba una uve entre sus muslos. Era una adorable visión que empezó a empañarse una vez más ante los varios tonos morados y amarillos que decoraban algunas zonas de sus brazos, muslos y piernas, vivo recordatorio de los difíciles días que había pasado en manos enemigas.

Ella debió de sentir su tensión, pues se giró para sentarse de frente, a horcajadas, y encerrar su rostro entre las manos, obligándole a mantenerle la

mirada.

—Estoy bien —susurró, acariciándole las mejillas recién afeitadas con los pulgares—. Ya sabes que no soy capaz de caminar alrededor de una habitación sin comerme todas las esquinas que haya.

Él se mordió la parte interior de la mejilla al tiempo que bajaba su rostro, apoyando su frente contra la de ella y abrazándola estrechamente, deseando poder protegerla de todo, incluso de él mismo.

—Mi Diosa, Shadow —musitó, enfadado consigo mismo—. ¿Qué te he hecho?

Ella se separó lo justo para poder mirarle de nuevo a los ojos, su mano acariciándole suavemente el desnudo hombro.

—Has intentado protegerme, siempre y en todo momento —aseguró ella al ver el dolor y el arrepentimiento en su rostro—, pero yo soy un caso perdido, Nick. No llevo muy bien escuchar primero y actuar después.

Aquello lo hizo sonreír, lo cual era la intención de Shadow.

—Yo puedo dar buena fe de ello, pequeña.

Su sonrisa contagió la de ella, que se acercó a sus labios, acariciándolos con los propios.

—Quédate a mi lado mientras dure toda esta locura —se encontró pidiéndole—.

No te pediré nada más.

Sus hambrientas bocas se encontraron sellando una silenciosa promesa y las callosas manos de Nick grabaron a fuego el recorrido de su suave piel en la memoria, en sus sentidos. Recreándose en cada curva y cada plano de su cuerpo, enardeciéndola y haciéndola suspirar, mientras le arrancaba pequeños gemidos al tiempo que ella sucumbía a los brazos que la acunaban y protegían como el más precioso de los tesoros.

Dominic acarició la blandura de sus pechos. Le temblaban las manos como si todavía fuese un inexperto muchacho que vuelve a reclamar para sí aquello que ha anhelado durante mucho tiempo. Los pezones se endurecían bajo sus palmas, respuesta que más de una vez había obtenido de su cuerpo.

Él rompió el beso y deslizó la boca por la columna del grácil cuello, lamiéndola y saboreando su piel. Sus gemidos de placer eran como música en sus oídos; la sinfonía perfecta. Sabía tan bien, mucho mejor de lo que sus gastados recuerdos le decían, y cuando sus vagabundos dedos se hundieron en la cálida humedad entre sus piernas, todo pensamiento racional voló de su

mente, quedando la primaria necesidad de unirse a aquel cuerpo que lloraba por el suyo.

Cerró los labios sobre un pezón y lo succionó con avidez. Él podía sentir sus pequeñas manos acariciándole los hombros, sus uñas marcándole la piel como recordatorio de la pasión compartida. Shadow era incapaz de quedarse quieta y su redondo trasero se mecía contra su erección, endureciéndole aún más; fustigando la rabiosa necesidad que sentía de poseerla, de penetrarla profundamente hasta que no existiesen uno sin el otro. Quería hacerla suya una vez más; tener aquello contra lo que luchó con desesperación en sus noches más solitarias.

—Shadow... —pronunció su nombre como una súplica, recorriendo con las manos su cuerpo, deslizado la boca sobre cada centímetro de su piel; deseándola, anhelándola—. Mi diablillo...

Decidido a desterrar los sombríos y agónicos pensamientos de su mente, a borrar cualquier huella que sus errores dejaron en su cuerpo y en su alma, abandonó el calor de su piel para encargarse de sus propias restricciones y dejar libre la gruesa y pulsante erección, prueba de su deseo. Volviendo a tomar su boca, la acarició, lamiéndole los labios, mordisqueándole suavemente el inferior antes de hundir la lengua entre ellos y enlazarla con la de ella en un hambriento beso. Su mano encontró entonces una de las suyas y la guió hacia su erecto miembro, necesitando sentir su contacto, mostrándole la forma de acariciarle mientras sus labios seguían el rumbo hacia su mejilla, lamiéndola hasta instalarse en la delicada oreja.

Sus gemidos lo encendían, endureciéndolo incluso más entre la suavidad de sus dedos que lo acariciaban de arriba abajo siguiendo sus propias directrices.

—Estoy desesperado por hundirme en tu interior —confesó con un jadeo, atrapado en las sensaciones que le provocaban sus caricias—. Por sentirte apretada y húmeda a mí alrededor, gimiendo mientras me retiro, solo para volver a introducirme de nuevo.

El crudo erotismo de sus palabras la estremecieron, lo que la impelió a atraparle con los dientes el labio inferior, solo para dejarlo huir con un nuevo gemido cuando sintió su mano, cerrándose sobre la suya aprisionando con fuerza su erección.

—Haré que supliques, que pidas clemencia, que desees que grabe mi nombre en tu mente y en tu cuerpo, porque eres mía, Shadow —ronroneó en su

oído—. Mía hasta el fin de los tiempos.

—Eso... es... mucho tiempo —musitó ella entre pequeños gemidos, apretando los muslos ante el ardor y la necesidad que se instaló entre ellos, contagiada por la excitación de él.

—No el suficiente, diablillo —susurró, soplándole en la oreja y sintiéndola estremecer.

Shadow jadeó ante el erótico sonido de su voz. Su cuerpo reaccionaba a las caricias llenándola de calidez, completando una vez más el vacío que sintió durante el tiempo que habían permanecido separados. La sensación de su sexo enterrado entre los dedos la enardecía, provocando que la humedad descendiese entre sus muslos, aumentando la agonía y la necesidad de sentirle profundamente.

Deseaba gritar, maldecir, golpearle por toda la angustia y dolor que no acababa de perdonar su cuerpo ante su despiadado abandono. Quería fundirse en su piel, tan íntimamente que no pudiese despegársele nunca más.

—Dominic —pronunció su nombre, acariciando la punta de su erección y sintiéndole temblar.

Nick respondió, mordisqueándole una vez más la oreja, mientras una de sus manos le acariciaba la cadera y la otra guiaba su erección.

—¿Qué quieres, diablillo? —lo oyó susurrar nuevamente—. Dímelo, y será tuyo.

Se lamió los labios.

—A ti. —No dudó en su respuesta—. Sin mentiras, sin engaños ni promesas...

Solo tú.

Él le arañó con los dientes antes de retirarle la mano de su pulsante sexo, acariciándole los dedos, al tiempo que la levantaba para volver a sentarla de espaldas a él y le separaba las piernas con suavidad, apretándola contra sí hasta que su columna presionó por completo contra su pecho, dejándola expuesta y abierta a sus caricias.

—¿Deseas esto? —le susurró una vez más al oído, deslizando las manos por sus sensibilizados pechos, acariciando su estómago, dibujando su obliquo antes de sumergirse entre los húmedos rizos y probar la cálida carne con las yemas de los dedos —. ¿Esto?

Ella se arqueó contra él, alzando los brazos para llevarlos hacia atrás y acariciarle el pelo mientras un pequeño gemido escapaba de entre sus labios

abiertos.

—Solo deseo que me quieras —musitó ella con un pequeño sollozo, tan bajito que a él le llevó un momento entender sus palabras.

Inclinando su cuerpo hacia un lado, la miró a los ojos, mientras la apretaba contra sí con fuerza.

—Pequeña tonta, nunca he dejado de hacerlo —confesó, bajando su boca sobre la de ella un instante después de levantarse con ella en brazos para tenderla en el cálido y húmedo suelo cercano a una de las piscinas.

Suavemente le separó las piernas, haciéndose sitio. Su mirada cayó una vez más sobre la marca rosada en su piel y antes de poder detenerse, la besó allí.

—Juro por lo más sagrado en esta tierra, Shadow —murmuró—, que no dejaré que nadie vuelva a arrancarte de mi lado de esta manera. —Acarició una vez más la rosada cicatriz antes de volver a repetir su promesa—. Si tengo que dejarte ir, lo haré. Si tu deseo es volver a casa haré lo necesario para que regreses; pero nadie más va a lastimarte. Lo juro por mi alma.

Una solitaria lágrima se deslizó de sus ojos y ella negó con la cabeza.

—No más juramentos. No más promesas —pidió, incorporándose sobre los codos para alcanzar su boca—. Solo déjame tenerte por entero una única vez, antes de que toda esta locura se desate de nuevo sobre nuestras cabezas. No necesito más, Kieran Dominic McTavish. Solo a ti... ahora.

Sus labios se encontraron en un suave beso.

Shadow abrió las piernas todavía más para él, entregándose y permitiéndole hundirse en su interior para llenar el vacío y la soledad que padecía su alma cuando estaba lejos de él.

Su ternura la envolvió, arropándola con cada acometida. Su voz le murmuraba al oído palabras que no comprendía, pero en las que sentía la tibieza, el cariño y el amor que le profesaba y ella se dejó ir, entregándose por completo a él, haciendo que su necesidad arrastrase la de él para llevarlos a la liberación.

Saciada y adormecida por el cansancio y el calor del vapor que impregnaba el lugar, se acurrucó contra su duro cuerpo, colocando una mano sobre su pecho y escuchando el ahora tranquilo latido de su corazón.

—¿Podemos quedarnos así un ratito? —susurró ella, acurrucándose contra él.

Él la besó en la frente, envolviéndola con sus brazos y atrayéndola a la

comodidad de su cuerpo.

—Todo el tiempo que desees, Shadow, todo el que desees.

Si los deseos se hiciesen realidad, pensó ella, entonces jamás abandonarían el lugar, pues el suyo era quedarse allí, como ahora, para siempre.

CAPÍTULO 25

Los vasos y las bandejas con sobras de comida terminaron rodando por los suelos, evitando por poco a los famélicos perros que empezaron a pelear por los restos de la carne, mientras Robertson lanzaba improperios y miraba con sus ojillos oscuros y la cara roja por el esfuerzo y la rabia al hombre que entró con tan desagradables noticias.

—Mi Señor... —trató de aplacarlo.

—¡Ese maldito salvaje! ¡Él está detrás de todo esto! —clamó, resollando con la furia—. ¡Cómo se atreve a sitiar Dunollie y Aberte! Esas malditas fortalezas son nuestros bastiones más importantes en Dalriada.

Apretando los puños con fuerza, se volvió hacia el soldado que permanecía alerta, sabiendo de la rápida inclinación de su señor por despachar a aquellos que no le traían buenas noticias.

—¿Qué hay de Tairpirt Boittir?

El hombre tragó saliva antes de responder.

—Los *cruithne* han asentado patrullas en los lindes de los condados, Mi Señor — se aventuró a decir el mensajero—. No hemos recibido todavía noticias de los soldados que defienden ese bastión.

—Malditos... —masculló de nuevo, moviéndose entre los restos desperdigados por el suelo y haciendo aullar a uno de los perros cuando le atizó una patada para sacarlo de su camino. Su mirada enloquecida se giró hacia su guía espiritual.

El Alto Druida asistía estoicamente al despliegue de ira de su señor desde una distancia prudencial.

—Tú... Tú deberías haber visto esto... ¡Deberías haberlo predicho!

Él se limitó a mantener su expresión estoica antes de responder.

—Su Majestad quizá haya preferido obviar una nimiedad tal como mi advertencia sobre los *cruithne* —respondió, dedicando una rápida mirada al soldado, que mantenía un ojo en su voluble rey—. Son salvajes, tribus norteñas territoriales y con costumbres bárbaras...

—¡Eso ya lo sé! —clamó, fulminándole con la mirada—. Ese malnacido... Debí haberlo pasado a cuchillo a la primera oportunidad.

Soltando un bajo improperio, el rey se volvió de nuevo hacia el soldado.

—Dime, exactamente, qué habéis visto —reclamó con fiereza.

Él se apresuró a responder de inmediato.

—Han... Han llegado noticias de patrullas bordeando las fronteras y de un

enorme contingente atravesando los páramos en las cercanías de Lechuary. Algunos subían hacia Oban —empezó a explicar—. Nuestros hombres se encontraron con varios grupos rezagados. Fue imposible llegar a Dunollie, el fuerte del ejército de Eógan ha saqueado y quemado algunas de las granjas colindantes. La fortaleza está totalmente sitiada.

Gruñendo unas cuantas maldiciones, el rey clavó los ojos en el soldado.

—¿Mi esposa?

El hombre tragó saliva, visiblemente asustado de tener que dar la noticia.

—Prisionera en Donollie, Majestad —respondió rápidamente, decidiendo que era mejor decir las malas noticias lo más pronto posible.

El rey se volvió entonces hacia el Alto Druida, que había dejado su puesto y caminaba por la sala.

—Druida, vos fuisteis quien insistió en enviarla allí —murmuró en voz baja, letal.

—Y también os dije que vuestros hijos estarían mejor en Tairpirt Boittir —respondió él de manera desapasionada—. Está lo suficientemente alejado de Dunnad como para no representar un punto de interés para los *cruithne*.

Cediendo ante aquella observación, empezó a frotarse las manos pensando, buscando una manera de recuperar el grueso de sus tropas que habían quedado divididas en un momento tan inapropiado como aquél.

—Los clanes de Dalriada —continuó, taladrando nuevamente al soldado con la mirada—. ¿Se ha localizado ya donde están reunidos esos malditos escotos?

El soldado asintió.

—Tal como suponíamos, se han asentado cerca de la *Stane Alane*, en Cean Loch Gilb. Por lo que sabemos, los hombres que componen el campamento son los jefes de los distintos clanes, incluyendo a los señores de los Cuatro *Cenels*. No hay más que un puñado de guerreros con ellos.

—La muchacha... ¿Se ha sabido ya algo de ella? ¿Ha aparecido su cuerpo o ella con vida?

El druida, que hasta ese momento había permanecido en silencio, observando, se volvió hacia su monarca.

—La Prometida de Dalriada se ha reunido ya con sus cuatro druidas —murmuró en voz baja, casi como si estuviese pensando más que constatando un hecho—. Está con vida y eso no es algo precisamente bueno para vos, Majestad.

Él se volvió; sus ojos llameaban prometiendo venganza.

—¿Qué es lo que sabes, maldito brujo? —preguntó entre los apretados dientes.

El aludido se limitó a alzar la mirada y encontrarse con la de su señor.

—Puedo sentirla, está cerca —respondió, alzando la mirada al techo, como si esperase ver algo allí—. Y protegida. No volverán a descuidarla... pero ella vendrá a vos. *Caminará entre reyes como una simple plebeya...* — Su mirada voló hacia las runas escritas en la pared, que formaban las palabras que relataban la profecía—. Ése será el momento en el que podréis demostrar vuestra supremacía. Derrotadla frente a aquellos que la veneran y derrotaréis a aquellos que se imponen en vuestro camino.

Entrecerrando los ojos, sopesando si creer o no una vez más en lo que consideraba la cháchara del druida del reino, él se volvió hacia el soldado para ordenarle, irguiéndose en toda su altura.

—Preparad una avanzadilla. No hagáis prisioneros —ordenó con fría determinación—. Es hora de que aprendan, de una vez por todas, quién es el que manda en este reino.

El soldado se llevó con fuerza el puño al pecho, inclinó la cabeza y salió dispuesto a cumplir con la orden dada por su rey.

Tal y como Dominic solicitó a su llegada, el jefe McNeil había reunido a los jefes de los clanes en la tienda principal. Ellos ya estaban discutiendo cuando entró.

Él acababa de dejar a Shadow de regreso en la tienda, para obligarla a meterse en la cama y descansar, aunque fuese solo un par de horas. Las protestas de ella cayeron en saco roto después del primer bostezo, estaba demasiado cansada para discutir, algo que agradecía, porque no deseaba que nada empañase el tierno momento que acababan de compartir. Sabía que no tendrían demasiado tiempo; las cosas, tal y como acababa de corroborar ante lo que Aedan le había contado, se estaban poniendo cada vez más oscuras para los clanes.

—¿Dices que era un ejército completo?

Las palabras del McNeil hicieron eco en la tienda donde los jefes de los distintos clanes de Dalriada se reunían, escuchando estupefactos aquel giro de los acontecimientos que ninguno había esperado.

Él asintió en respuesta, inclinándose sobre el mapa que representaba todo

el reino —Sé lo que vi —aseguró con un resoplido mientras buscaba la ubicación correcta—. Era un enorme contingente a pie y a caballo, y podría jurar que el rey *cruithne*, Eógan, encabezaba la marcha.

Aedan se adelantó y señaló en el mapa la zona dónde él vio la avanzadilla.

—El grupo que yo vi estaba aquí. —Señaló un lugar en el mapa—. Se dividieron y partieron en varias direcciones. La mayoría fueron hacia el Oeste, pero uno de ellos...

solo puedo suponer que se dirigía hacia Dunnad.

—Se repetirá la alianza de hace tantos años. —Aquella era la voz de un anciano, que hizo que todos se volvieran hacia él—. Los *cruithne* apoyarán al usurpador, atacarles ahora sería un suicidio.

Él negó con la cabeza, seguía sin estar convencido de que el señor de los *cruithne* fuese a levantar en pie de guerra a todo su pueblo, solo para apoyar las ínfulas del usurpador que se sentaba en el trono de Dunnad. Puede que una vez hubiesen sido aliados, pero con el tiempo los hechos demostraban que esa alianza se había debilitado.

—No estoy seguro de que Eógan movilice a todo su ejército tan solo para luchar por un mequetrefe como Robertson —respondió poniendo voz a sus pensamientos—.

Aquí tiene que haber más. Mucho más.

Antes de que ninguno de los presentes pudiera decir algo al respecto, el primero del jefe McInnes irrumpió en la tienda con gesto adusto y respiración entrecortada. Su pelo rojizo hacía juego con la larga y greñuda barba que le cubría el mentón.

— *Laird* —reclamó la atención nada más entrar—. Los rastreadores han regresado y traen noticias. Algo muy extraño está ocurriendo en Dunnad y en otras regiones.

Mirando a sus compañeros, McInnes asintió y permitió que su hombre de confianza continuara.

—¿Qué han descubierto?

—Los *cruithne*, *laird* —respondió al tiempo que alternaba la mirada entre unos y otros—, están sitiando Dunnad.

Los jadeos, gruñidos y muestras de sorpresa se alternaron rápidamente.

—¿Qué?

—¿Cómo?

Liam McNeil sacudió la cabeza y alzó la voz.

—¡Eso es una locura!

—¡Es imposible! —corroboró otro de los presentes.

Ante el rápido despliegue de incredulidad y negación él abandonó su puesto junto a la mesa y se acercó al hombre.

—¿Estás seguro de eso?

El corpulento pelirrojo asintió e indicó con un gesto de la barbilla hacia el exterior de la tienda.

—Los rastreadores podrán daros más datos, McTavish, pero sí. Parece ser que los aliados del rey northumbriano han dejado de serlo —respondió con la misma incredulidad que esgrimía todo el mundo—. Empieza a extenderse el rumor por las aldeas cercanas. Nos llegan informes de que los bastiones de Dunollie y Aberte han sufrido el mismo destino y de que en las proximidades de algunos de ellos hay granjas que han sido saqueadas y quemadas.

—Por los dioses... —clamó McNeil estupefacto ante las noticias.

—Los *cruithne* han declarado la guerra a los northumbrianos... —murmuró otro de los presentes, llegando a la misma conclusión que la mayoría.

Aquello, no era precisamente una buena noticia. No, cuando los escotos eran también enemigos de los *cruithne*.

Shadow batallaba contra los lazos del suave pantalón de piel que Ciara le entregó después de amenazarla con pasearse desnuda por todo el campamento si no le conseguía algo de ropa. La tela se adaptaba perfectamente a sus formas y era tan suave que, después de vestir aquellas engorrosas faldas y largos vestidos, le pareció estar desnuda por un breve y corto minuto.

Había conseguido ponerse la blusa, que le llegaba a los muslos, y el chaleco sin tener que pedir ayuda, a pesar de que la molestia en su pecho persistía. Si bien ya solo le quedaba una suave cicatriz rosada, la herida era reciente y susceptible a según qué movimientos, tirando de su piel de forma molesta. Los lazos que debían atarse a ambos lados para sujetar la cintura de los ajustados pantalones se escurrieron una vez más entre sus dedos y soltó un frustrado suspiro.

—Oh, por favor... Primero la ropa interior y ahora esto —gimió, volviendo a tirar de los cordones con una sola mano, mientras mantenía el otro brazo pegado al cuerpo—. ¿Dónde están las cremalleras cuando las necesitas?

El suave crujido de la tela, seguido de un ligero chasqueo, hizo que dejase

de dar vueltas sobre sí misma como un gato que se persigue la cola. Alzó la mirada y se sonrojó al ver a Dominic en el umbral, con los brazos cruzados sobre el amplio pecho y las piernas separadas. Una divertida sonrisa curvaba sus labios después de verla pelear contra las cintas.

—No digas una sola palabra —musitó a modo de advertencia, reconociendo la mirada en su rostro.

Él descruzó los brazos y alzó las manos.

—No tenía pensado hacerlo —aceptó, recorriendo la distancia que lo separaba de ella para hacerse cargo de las rebeldes ataduras.

Sus dedos le rozaron la piel provocándole pequeños escalofríos. Se asombró de que lo deseara tan pronto después de la forma en la que se habían amado. Después de asegurarle la cintura del pantalón, subió las manos hasta sus pechos, colocándole bien el chaleco y ciñéndolo hasta que estos rebosaron sobre la línea de la blusa.

—¿Demasiado ceñido? —preguntó él con picardía.

El brillo travieso que vio en sus ojos le decía que disfrutaba enormemente de su papel de ayuda de cámara.

—Pues depende de si lo que pretendes es que se me vean los pechos o dejarme sin respiración —le respondió con ironía, solo para que él aflojase un poco los cordones, manteniendo la sujeción de sus senos sin que desbordaran escandalosamente.

—¿Mejor?

Asintió dejándole que hiciese una lazada a los cordones. Luego Dominic se volvió hacia el camastro y cogió un tartán con sus colores, que la *Baisleac* había dejado allí para ella. Tras sacudirlo, extendió la tela, la dobló y empezó a envolverla con ella, colocando los pliegues con una seguridad y rapidez que la asombró. El último trozo de tejido se lo cruzó sobre el pecho, dejando caer una generosa porción de tela sobre el hombro izquierdo para prenderla con un alfiler que sacó de su propia ropa y asegurarla finalmente en la parte de atrás al cinturón que ciñó en torno a su cintura.

—Así. Ya está.

La temperatura había subido varios grados cuando por fin se apartó de él. Bajó la mirada para comprobar el conjunto y acarició la tela, maravillada de la rapidez con la que él la había dispuesto.

—Me llevará toda una vida poder hacer lo que tú has llevado a cabo en dos segundos —aseguró antes de alzar la mirada hacia la de Nick—. ¿Y bien?

¿Parezco ya una nativa?

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Eres una nativa —aceptó con una suave sonrisa—. Y una preciosa druidesa.

Se echó a reír, teniendo que contenerse ante la punzada en su pecho.

—Despacio, diablillo. No acabas de venir de un paseo por el campo —le recordó, observando cada uno de sus movimientos para asistirle en caso de que necesitase ayuda—. ¿Estás bien?

Asintió.

—No puedo reírme, así que no hagas chistes —respondió—. ¿Qué está ocurriendo ahí fuera? He oído voces, pero soy incapaz de comprender nada de lo que dicen.

Dominic frunció el ceño durante un breve instante, decidiendo qué decirle y qué no. Al final la guerra iba a estallar y no estaba seguro de querer que ella estuviese siquiera cerca, aunque fuese la única que quizá les diese a ellos la victoria.

—Nos han llegado noticias preocupantes —le explicó—. Los *cruithne* parecen haber roto su alianza con los northumbrianos.

Ella arqueó una delgada ceja negra.

—Y eso es malo porque...

Sus ojos verdes se clavaron en los de él.

—Los *cruithne* son los salvajes con poca ropa y mucha pintura que casi te decapitan con el hacha si Aedan no llega a estar cerca. Y los hombres de Northumbría... Bueno, creo que los conoces, se despidieron de ti clavándote una flecha —le respondió con marcada ironía. La rabia y el temor seguían presentes en su voz.

Shadow alzó las manos a modo de rendición.

—De acuerdo, me hago una idea, gracias —repuso con un resoplido—. Eso me pasa por preguntar.

Suspirando, le rodeó y se acercó a la entrada haciendo a un lado el toldo para poder mirar hacia el exterior.

—¿Tenemos realmente alguna posibilidad de ganar... esta guerra? Parece que todos luchan contra todos. ¿Por qué no pueden...? No sé... ¿Sentarse y hablar?

La abrazó desde atrás, atrayéndola contra su pecho mientras le besaba en la cabeza.

—Son tiempos difíciles —respondió sin más.

Ella miró más allá de las primeras tiendas para ver a Ciara hablando con Aedan mientras *Riska* correteaba a su alrededor.

—Son tiempos extraños —musitó más para sí que para él—. ¿El lobo está bien?

Él siguió su mirada y asintió.

—Me ha salvado la vida —murmuró de nuevo—. Se merece un solomillo para cenar.

Shadow suspiró una vez más y dejó caer la cabeza hacia atrás, recostándose sobre su pecho al tiempo que le cubría las manos con las suyas.

—Dime la verdad, ¿podré volver a casa alguna vez?

Él se tensó. Pudo sentirlo en la forma en que se endureció su cuerpo. Lentamente se volvió en sus brazos y buscó su mirada.

—Éste no es mi hogar —susurró con tristeza—, ya no lo es...

Él no abandonó su mirada. Aquellos profundos ojos dorados hablaban con el corazón sin necesidad de palabras.

—Lo eres todo para mí —murmuró con total sinceridad—. No hay nada que no hiciera para verte feliz o mantenerte a salvo. Si tu felicidad y seguridad están en el siglo veintiuno... te llevaré de vuelta, Shadow. Cueste lo que cueste, te llevaré a casa.

Ella se lamió los labios y, por primera vez, se atrevió a hacer la pregunta que siempre quedaba en el aire.

—¿Volverás conmigo?

Se estremeció al ver la lucha que se debatía en el interior de Nick; la respuesta impresa en sus ojos. Alzando la mano libre hacia su rostro, le acarició la afeitada mejilla. Necesitaba su contacto, su calor; que alejara sin necesidad de palabras aquella respuesta que era incapaz de decir.

Él... no volvería con ella.

—Lo entiendo —respondió con la misma sinceridad, verbalizando en solo dos vocablos todos sus sentimientos—. No me importa la época, el tiempo o el nombre que lleves. Lo que hay aquí —se tocó el corazón con los dedos—, no va a cambiar, Kieran Dominic McTavish.

Dominic ahuecó la mano contra su mejilla y le acercó el rostro para besarla suavemente en los labios.

—Nunca me marché porque deseara hacerlo —murmuró cerca de sus labios—.

Aedan traspasó el *Portal* para buscarme y avisarme de que mi padre agonizaba. Llevé a mi madre de vuelta para que tuviese tiempo de despedirse y entonces todo se convirtió en una locura; el jefe del clan había muerto y yo era lo único que tenían. No podía dejarlos. Es mi pueblo, Shadow... pero tú eres mi corazón. Dejarte ir...

Lo silenció posando los dedos sobre sus labios.

—Eso ya no importa. Hiciste lo que tenías que hacer —aceptó, permitiendo por fin que todo el dolor de aquella ruptura saliese de su cuerpo, reconociendo que nadie tiene el poder suficiente para luchar contra un destino ya marcado o incluso contra la misma muerte—. Si hubieses intentado explicármelo, seguramente te habría lanzado algo a la cabeza y tachado de mentiroso, o de loco. Aunque... una nota un poco más larga habría minimizado los daños, ¿sabes?

Dominic esbozó una débil sonrisa.

—No se me da bien escribir —confesó con cierto titubeo—. Tiendo a confundir las palabras y las letras.

Ella parpadeó sorprendida, por lo que él continuó hablando precipitadamente.

—Aquí, como puedes suponer, la pluma y el papel son solo para monjes y juglares; no sirven para cazar, no se mantiene a una familia o a un clan con ellos —aseguró, contemplando su rostro—. Aun así, mi madre se encargó de enseñarme a leer, escribir, hacer cuentas... Dice que no importa el siglo en el que desee vivir, pero que los conocimientos son necesarios.

Ella asintió lentamente mientras pensaba en la menuda y elegante mujer que conoció años atrás. Se le hacía difícil pensar en alguien como ella paseando por aquellas tierras.

—Tu madre decidió volver a casa... —comentó más para sí misma que para él—.

A su tiempo.

Asintió lentamente.

—Se querían con una intensidad que no entendía... —aceptó mirándola—, hasta que apareciste tú. Mi madre... todavía llora su muerte, dice que la distancia ayuda a mitigar el dolor.

Ella bajó la mirada. No había reproche en sus palabras, pero la similitud estaba allí.

—Dominic, yo...

Su respuesta fue interrumpida por la inesperada aparición de Cahir, que se presentó ante su tienda. La mirada del druida pasó de uno a otro, dando un paso atrás visiblemente incómodo al encontrarlos juntos.

—La *Baisleac* quiere veros a ambos —informó escuetamente—. Os esperan en la tienda principal.

Una vez dicho lo que tenía que decir, dio media vuelta y se marchó a zancadas en dirección al lugar que acababa de anunciarles.

Ambos se miraron sorprendidos.

—¿Me he perdido algo? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Cahir nunca ha sido hombre de muchas palabras —respondió en voz baja; molesta.

—¿Qué habrá ocurrido ahora? —suspiró ella, saliendo por completo de la tienda y parpadeando ante las primeras luces del amanecer. La oscuridad empezaba a desaparecer y dejaba que el sol saliese.

—Conociendo a la vieja, imagino que cualquier cosa que tenga que comunicar no será más que el comienzo de algo mucho peor.

Ella esbozó una ligera sonrisa.

—Qué pesimista.

Él la miró y suspiró.

—Si la conocieras como yo, también aprenderías a temer sus «reuniones» —aseguró, reprimiendo un escalofrío—. Ha estado muy misteriosa desde que regresaron, y no es la única.

—¿Caro? —sugirió ella, mencionando a la Alta Druidesa, a la que todo el mundo había creído muerta.

Él la miró mientras caminaba a su lado.

—Esa mujer me da escalofríos, Shadow. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, creo que la conozco, pero... es la primera vez que la veo. —Sacudiendo la cabeza, posó una mano suavemente en su espalda—. Vamos, cuanto antes acudamos a esa reunión, antes saldremos de dudas.

La tienda que era utilizada como centro de reuniones estaba ahora ocupada por los líderes de los cuatro *Cenels* de Dalriada, así como también por los druidas. Shadow tomó asiento y Ciara y Aedan se sentaron a su izquierda mientras Dominic permaneció de pie a su derecha, con una mano sobre su hombro. Frente a ellos, se encontraba Cahir, jefe del *cenel* Comgall, junto con

los jefes McNeil y McInnes, jefes así mismo de los *cenel* de Loairne y Óengusa respectivamente.

Aquella era la primera vez que los cuatro druidas estaban reunidos junto a su Prometida, algo en lo que ella no pudo evitar pensar. Cahir se mantenía al margen, tranquilo, serio, cruzando de vez en cuando su mirada con ella o con Dominic.

Carolan se sentaba al otro lado de la mesa. Su presencia entre los vivos era prácticamente un milagro y su mente infantil recordaba la última vez que la vio, atacada y sitiada... Tenerla allí, frente a ella, con esa mirada dulce y tranquilizadora... Sí, era un milagro.

—Os hemos reunido para que seáis testigos y podáis dar fe de lo que va a ocurrir aquí y ahora. —La voz de la *Baisleac* atrajo su atención. Runa estaba justo frente a ella. Su mirada vagaba entre los presentes, midiendo a cada uno con sus sabios ojos—.

Durante veinticinco años, y para proteger aquello que me fue entregado, me he visto obligada a guardar el secreto que una vez desvelado cambiará la visión de muchos y el destino de Dalriada.

Los presentes se miraron entre ellos, pero no dijeron nada, permitiendo que la mujer continuase.

—Mi repentino viaje a Crinan no ha sido más que una parada en el camino para poder mostraros y dar fe de la verdad que está profundamente entrelazada con la Profecía que anuncia la llegada de la Prometida y su papel en restaurar al verdadero heredero en el trono de Dalriada.

Ella frunció el ceño. Dirigió de nuevo la mirada a Carolan, que le dedicó una graciosa inclinación de cabeza.

—Veinticinco años atrás, en el gran incendio que asoló el castillo de Duntrune, mi señor Alpin ordenó poner a salvo a los príncipes de Dalriada. —Carolan tomó el relevo, explicando su parte—. Los niños y su esposa viajaron con él como muestra de buena fe por parte de Dalriada para firmar un acuerdo de comercio con Northumbria, pero como ya sabéis, aquello no fue más que una excusa para sitiar la fortaleza y atacarla en medio de la noche.

Un siseo se elevó entre los miembros de mayor edad, que recordaban aquella noche con nitidez.

—Esos bastardos atacaron en plena noche. Sin dar tregua y con las primeras luces del alba, continuaron diezmado a los pueblos y asediando a los clanes —murmuró el jefe McInnes.

Asintiendo, la druidesa continuó.

—Aquella noche, la reina y la infanta perecieron bajo el ataque de los northumbrianos —relató. Su voz ahora era más baja, casi perdida en los recuerdos—.

Runa, con ayuda de alguna de las muchachas que servían en el castillo, pudo reunir a los niños que quedaban en la fortaleza, hijos de sirvientes en su mayoría, y los condujeron a través de los pasadizos a una zona segura, dónde aguardaron buena parte de la noche. Entre esos niños se encontraba el primogénito del rey.

Su mirada cayó entonces sobre Dominic, que se tensó y apretó, sin ser consciente, el hombro de Shadow.

—Alpin decretó antes de morir que, si perecía en la batalla, su hijo y los demás niños fueran ocultados entre los clanes de Dalriada. —La voz de la sabia inundó la sala al intervenir. Se levantó lentamente y rodeó la mesa para detenerse frente a Dominic, que la miraba con obvio recelo—. El príncipe heredero solo tenía ocho inviernos cuando ocurrió la masacre. Yo misma lo llevé ante el hombre de confianza del rey, quien lo acogió en el seno de su clan, criándolo y educándolo como a un hijo propio.

Un escalofrío recorrió la columna de Dominic ante las palabras de la mujer. Sus ojos dorados se abrieron desmesuradamente ante la locura que la sabia había dejado entrever.

— *Baisleac*, lo que estáis dando a entender es... absurdo. —Su voz sonó incrédula; las palabras demasiado espesas en su boca.

El *laird* del clan McNeil chaquéó la lengua con suficiente fuerza como para que lo escuchasen todos los presentes.

—¿Estáis diciendo que el heredero al trono de Dumnad está con vida? ¿Qué el príncipe Kenneth sobrevivió? —La sorpresa e incredulidad del hombre se hacía eco de la de los demás presentes.

— *Aye* —asintió la mujer mirando a Dominic—. Y ha estado todo este tiempo oculto en el clan McTavish.

La incredulidad y los susurros empezaron a extenderse rápidamente. La gente abandonó sus asientos sin orden ni concierto, con los rostros teñidos de asombro y de negación.

—Pero eso es una locura... —se escuchó decir a alguien.

—¿En el clan McTavish? —preguntó otro más.

Las miradas recayeron sobre Dominic y Cahir, ya que eran los dos únicos

hombres presentes que pertenecieron o pertenecían a dicho clan.

—Pero Kenneth no era el único hijo del rey —añadió entonces la druidesa, mirando directamente a Cahir—. Antes de desposarse con la reina, Su Majestad tuvo un hijo bastardo. El propio rey no lo supo hasta poco después del nacimiento del niño.

Cuando el castillo fue asediado, él ordenó que se reuniera a sus dos hijos y se los mantuviese a salvo. A ambos...

La mujer sonrió al ver la mirada seria de Cahir y el brillo de furia en sus pupilas, para quien el relato de la mujer parecía no resultar ahora tan sorprendente.

Shadow se mantuvo en silencio, tan sorprendida como los demás, y siguió la mirada de la druidesa hacia el último de sus druidas. Poco a poco las piezas de aquel puzle empezaron a encajar en su mente, dándole la respuesta que nadie se atrevía a dar.

—Ellos... son hermanos de sangre —musitó con obvia sorpresa.

—Medios hermanos, en realidad —asintió la druidesa con una tierna sonrisa.

Ella sacudió la cabeza y se volvió hacia Dominic, que parecía haberse quedado sin respiración.

Los hombres empezaron a negar con la cabeza, a poner peros a toda aquella historia que no acababa de estar nada clara.

—Esto no tiene sentido —se adelantó Dominic—. Y aún si lo tuviera, lo que insinuáis es ridículo.

—¿Tanto o más que la presencia de tu Prometida, mi *laird*? —añadió la *Baisleac* mirándole a los ojos—. Yo misma llevé a ese niño al clan McTavish y lo entregué al entonces jefe del clan bajo juramento de criarlo como hijo propio, honrando así su lealtad y fidelidad para con la Casa de Dalriada. Lo vi crecer, lo guíe, cuando el destino quiso que se revelase como druida y estuve a su lado después de la muerte del viejo *laird*, cuando debió aceptar el nuevo cargo. He consagrado mi vida a cuidar y proteger aquello que me fue entregado y he tenido que darle con el bastón, por su tozudez, más veces de las que puedo recordar.

La mujer chasqueó la lengua y, ante la mirada de sorpresa de todos, posó el dedo índice sobre la frente de Dominic y susurró unas cuantas palabras en gaélico.

—Ya es hora de que recuerdes quién eres, mi príncipe, y luches por lo que

es tu derecho de nacimiento.

CAPÍTULO 26

Como una bruma que empieza a despejarse, los recuerdos de los primeros ocho años de la vida de Dominic fueron apareciendo en su mente. Fragmentos inconexos, algunos más semejantes a sensaciones que a imágenes.

Se vio a sí mismo como un niño de corta edad, encaramándose a la enorme cama de su madre para ver a su nueva hermanita; un bebé que no hacía más que llorar. Ella llegó al mundo poco después de que cumpliera los cuatro años. La recordaba correteando tras él, con una sonrisa desdentada y manitas regordetas, siempre embadurnadas en algún mejunje. Él prefería un hermano; alguien con quien jugar con la espada, con quien compartir sus travesuras, pero no podía evitar quererla por la dulzura que veía en sus ojos, del mismo color que los de él.

El sonido de una voz profunda y firme diluyó aquella escena, dando paso a otra en la que un hombre de complexión fuerte, pelo oscuro y ojos castaños lo regañaba.

Recordaba ese momento; la censura en aquella mirada y la larga charla que siguió. Lo había encontrado jugando como una espada que era casi más grande que él, pero no le pegó; nunca lo hacía. El descontento en su voz era suficiente para que él se sintiese mal. Aquel hombre al que temía y respetaba a partes iguales, era su padre. Un año después de aquello le regaló su propia espada y le enseñó cómo usarla, así como a montar a caballo y a amar al pueblo que dependía de él.

«La riqueza de un rey está en el amor, la lealtad y la fidelidad de sus súbditos, hijo, no en el filo de la espada».

Aquella era una de las frases que solía repetir a menudo. Solo ahora entendía su significado.

El humo, el fuego y los gritos de aquella oscura noche se abrieron paso a través de los recuerdos. El momento en el que todo comenzó; en el que perdió aquello que amaba y que trajo consigo las desgracias sobre la tierra que lo había visto nacer.

Recordaba haber abandonado la cama; su nodriza lo había enviado temprano a dormir, pero no tenía sueño y después de que ella se marchase, dejó su cuarto y fue a las dependencias de los criados, dónde solía jugar con otros muchachos de su edad.

Los soldados que penetraron entonces en aquellas dependencias no llevaban los colores de su padre. Hubo gritos. El color de la sangre tiñó las

paredes y los suelos, mientras el infierno se desataba a su alrededor.

«Daos prisa, Alteza. No pueden encontraros aquí».

Aquellas palabras fueron pronunciadas por una mujer, recordaba su urgencia.

Aplastó sus pequeños dedos con desesperación contra la mano que lo arrastraba a lo largo de corredores sembrados de cadáveres. Sus ojos se abrían cada vez más ante aquellas muertes sin sentido. Tenía miedo. Quería volver con su padre.

En mitad de aquella desolación intentó encontrar un puerto seguro: su padre. Él era su roca; el imbatible guerrero. El rey justo que podría arreglar las cosas y dar muerte a todos esos demonios.

«Runa, ¿dónde está papá?».

Ella estaba con él, le conducía a través de largos y oscuros pasillos, pero no era el único niño. Pronto se reunieron con un grupo de muchachos de su misma edad y más pequeños aún, que no cesaban de llorar y llamar a sus madres. Él también quería llorar, pero las palabras de su padre volvían una y otra vez a su mente.

«Un príncipe de Dalriada no llora, Kenneth. Solo las mujeres y las niñas pueden permitirse tal debilidad».

Un príncipe de Dalriada... Aquel conocimiento lo dejó frío. Los recuerdos se sucedían y le obligaban a reconocerse en aquellas imágenes, sintiendo que era él.

Viéndose a sí mismo y a aquellos que lo habían protegido incluso dando su vida por él.

Lady Carolan... La Alta Druidesa de Dalriada... La mujer que siempre le mostraba algún truco nuevo. Le gustaba ella, especialmente cuando se sentaba con él en los escalones del salón del trono de su padre y le contaba cuentos.

La recordaba nítidamente, llegando al grupo con una niña pequeña de la misma edad que Alana, su hermanita. Su rostro estaba manchado de lágrimas, pero le había sonreído. En la oscuridad de un lúgubre pasillo, aquella niña de ojos verdes le había dedicado una vacilante sonrisa.

Pero él no volvió a verla. A ninguna de las dos. Runa lo llevó con el grupo de niños por los bosques que se extendían tras el castillo, ocultándolos durante dos días hasta que algunos hombres con los colores de los clanes favorables a su padre empezaron a aparecer.

Recordaba el hambre, la sed; las veces que preguntó a la sabia por qué no

podían volver al castillo, o a casa, a Dunnad. Su respuesta era siempre la misma.

«Ya no hay nada allá para vos, mi muchacho».

Kyntire fue su destino. Sus recuerdos de la llegada al clan no eran muy nítidos; una vez más el cansancio y el hambre anulaban todo lo demás.

«Será criado como mi heredero; como un McTavish. Nada le ocurrirá. Helena lo querrá, lo sé, su corazón es inmenso; ya ha acogido a Cahir y acogerá también a este niño».

Esas palabras... Un hombre enorme, corpulento, casi tanto como su padre, con ojos amables y una profunda tristeza, las pronunció.

«Vuestro padre desea que tengáis una vida normal. Que conozcáis el amor de una familia y se os conceda la oportunidad de vivir sin temor ni rencor, mi príncipe».

Runa había intentado que comprendiera; explicarle sin palabras que el mundo que conocía acababa de cambiar y su vida sería distinta, muy distinta.

«Un día vuestro pueblo os necesitará. Ella será vuestra guía, vuestro estandarte, y os conducirá al lugar que os corresponde por derecho. Sé que os convertiréis en un gran hombre, digno de vuestro linaje. Pero hasta que llegue ese momento, no hay necesidad de llorar y odiar. Dormid, ahora. Cuando volváis a abrir los ojos, vuestra nueva vida habrá dado comienzo».

Las frases se hundieron de nuevo en su mente, resquebrajando la delicada telilla que cubría sus recuerdos.

Ahora muchas cosas a las que nunca encontró sentido lo tenían; la enfermedad que lo postró en un camastro cuando era tan solo un niño, la confusión que sintió al despertar tras varias noches con fiebre muy alta, con la mente confusa y sin recuerdos de los primeros años de su vida. Ahora comprendía la mirada en el rostro de la mujer que dijo ser su madre cuando despertó de aquellas fiebres; por qué no la reconoció; el motivo por el que la voz profunda de aquel hombre que decía ser su padre le era tan ajena y extraña, incluso ahora. La insistencia de la *Baisleac*, durante aquellos primeros días en los que se recuperaba de su convalecencia, para que llamase a aquellas dos personas que le resultan tan extrañas «mamá y papá».

Todo cobraba sentido.

En aquellos días, Kenneth McAlpin había dejado de existir y en su lugar nació Kieran Dominic McTavish. Dalriada había perdido a su príncipe, solo para volver a recuperarlo cuando más lo necesitaba.

—¿Dominic?

La desesperada voz se filtró a través de los ecos del pasado, trayéndolo de nuevo al presente.

—Nick, por favor... ¡Runa, haz algo!

La desesperación, las lágrimas en su voz, tiraron de su consciencia.

—Shadow —susurró, enfocando la mirada finalmente en la mujer que tenía arrodillada frente a él. Estaban en el suelo. Él mismo estaba sobre las rodillas y tiritaba. Le temblaba todo el cuerpo.

—Nick —lo llamó levantándose, buscando su mirada—. ¿Estás bien? Mírame, ¿te encuentras bien?

Él asintió. Su mano se cerró sobre la suya para tranquilizarla.

—Creo... que me va a estallar la cabeza —aceptó, parpadeando una vez más, reparando entonces en los colores del tartán que estaba a su derecha. Alzó la mirada y se encontró con un preocupado Aedan. Ciara estaba a su lado, mirándole también como si acabase de salirle una nueva cabeza.

—Respira profundamente —oyó de nuevo la voz de Shadow—. Los ecos se irán mitigando poco a poco...

Sus ojos volvieron una vez más sobre ella. Su pequeño diablillo... Señor, ¿era esto por lo que la hizo pasar cuando recorrió el *Velo de sus Recuerdos*? No le sorprendía que prácticamente enloqueciera.

—¿Alteza?

El sonido de aquella voz se solapó con la de los ecos en su cabeza. La misma cadencia, la misma pronunciación y el mismo título.

— *Baisleac*, ¿estáis segura de lo que habéis hecho? —oyó ahora la voz de Aedan, la cual contenía en parte censura y en parte expectación.

Dominic oyó el chasqueo de la mujer y sus palabras.

—Agradece que tu cabeza es demasiado dura como para poder esconder siquiera un guisante, Aedan McNeil —replicó la sabia con tono hosco.

Él sintió a su lado una nueva presencia. Su mirada se encontró con el ruedo de una oscura falda verde. A medida que fue ascendiendo, la sensación de *déjà vu* que tuvo la primera vez que la vio cobró sentido, pues no se trataba de la primera vez. Conocía a aquella mujer perfectamente. Ella estuvo siempre al lado de su padre... del Rey...

Señor... Los pensamientos se agolpaban en su mente, dificultándole acceder a su propia entidad.

—Está bien, solo respirad —oyó una vez más su voz, suave, melódica—. Dejad que los recuerdos entren en vos, que tomen su lugar. Son vuestros; han yacido apartados, dormidos, pero son vuestros... No luchéis contra ellos; abrazadlos.

Cerró los ojos y respiró profundamente, alcanzándolos en su interior; abrazando aquello que era y lo que había sido.

—Caro... —La voz de Shadow se filtró en su alma y casi al instante sintió el calor de su cuerpo pegado a su brazo.

—Está bien, mi estrella —le dijo la druidesa—. Déjale ir. Tu druida necesita conciliarse con su pasado; encontrarse a sí mismo al igual que tú necesitas saber finalmente la verdad de tus orígenes.

Shadow se tensó. La cabeza ya empezaba a darle vueltas. ¿Ahora qué?

—Si me dices que *él* es mi hermano, primo o algo por el estilo, cometo un asesinato —le dijo, conteniendo el aliento.

La druidesa sonrió suavemente y negó con la cabeza.

—No os une parentesco alguno —aceptó la mujer, haciendo que se relajara visiblemente.

—Gracias a Dios por los pequeños favores —murmuró ella.

—Pero para los tiempos que vivimos, tu derecho de nacimiento es tan importante como el suyo —continuó lady Carolan.

—Señor, más muertos en el armario no —gimoteó, volviéndose hacia Dominic, que ya se había puesto en pie y se tambaleaba ligeramente, bajo la atenta vigilancia de Aedan.

—Sea lo que sea, decidlo ya, Carolan —pidió él, posando su mirada dorada sobre la mujer.

Con una graciosa inclinación de cabeza, ella continuó.

—La noche en la que asolaron el castillo de Duntrune, no solo sobrevivió el heredero de Dalriada —aseguró la druidesa, mirando ahora a la mujer que conoció siendo solo una niña—. En ese oscuro episodio, contra todo pronóstico, una niña de corta edad, por cuyas venas corre la sangre de una de las mayores y más poderosas tribus de toda esta tierra, sobrevivió.

»En realidad, su supervivencia se remonta años atrás, cuando su madre la entregó con un silencioso ruego a una de las lavanderas que se ocupaban de la colada del castillo para salvar su vida. La humilde mujer crio a la pequeña como si fuese hija suya y se mantuvo cerca de ella, entrando a formar parte de la corte como una de sus doncellas.

»Aquella madre cometió el pecado de encontrar el amor en brazos de un hombre que no era su esposo, y de sus encuentros nació una niña por cuyas venas corre sangre real; la de Eógan, rey de los *cruithne*. Esa mujer era la esposa de Haldane Robertson el hombre que usurpa el trono de Dalriada.

Todos los presentes, incluida ella misma se quedaron sin aire, mirando atónitas a la Alta Druidesa.

—El colgante que llevas al cuello te lo puse yo misma tras cogerlo de las manos de la mujer que te crio; la misma que me rogó con su último aliento que te entregase en los brazos de tu padre —le dijo, mirándola a los ojos—. Pero los dioses me comunicaron que todavía no era el momento. Tendría que pasar algún tiempo para que las heridas pudiesen cicatrizar y el germen de la necesidad de un nuevo comienzo surgiese en los clanes y aquel que estaba destinado a ocupar por legítimo derecho el trono de Dunnad creciese en fuerza y sabiduría. Solo entonces tú podrías regresar y unir lo que jamás estuvo unido, para crear una única y definitiva tierra y traer la paz a donde solo hubo guerra.

Jadeó con los ojos abiertos desmesuradamente.

—Pero... Eso no es... posible... ¿Verdad?

Dominic la miró, igual o más sorprendido que ella.

—A estas alturas, no puedo ya dudar de nada, diablillo.

Sacudió la cabeza. Sus recuerdos eran confusos y alzó su mirada de nuevo, temerosa.

—Ella... ¿Ella sigue viva?

La tristeza cubrió sus ojos cuando negó con la cabeza.

—La primera esposa del northumbriano murió la misma noche de la refriega — murmuró el *laird* McNeil—. Según recuerdo, era una mujer delicada, frágil...

Asustada.

Dominic sintió la tensión en el cuerpo de ella. Casi podía ver la instantánea réplica en sus labios.

—Shadow —pronunció él su nombre suavemente. El día parecía amanecer libre de secretos.

Ella contempló su rostro durante unos instantes. Entonces sacudió la cabeza.

—Lo siento —murmuró ella, con los ojos fijos en los de él—. Esto... Esto me supera... Yo... Dominic, no puedo...

Él le acarició el rostro, apresándolo con dulzura entre las manos.

—Eres más fuerte de lo que piensas —aseguró, bebiendo de sus ojos—. Pero tuya es la decisión. Decidas lo que decidas, nadie te culpará. No lo permitiré...

La sabia caminó entonces hacia ellos. Asintió hacia Dominic y tomó la mano de la muchacha.

—Salgamos, pequeña. Dejemos que los hombres se enfrenten por sí solos a este nuevo giro del destino —le sugirió, guiándola ya hacia la puerta—. Tú también necesitas tiempo para enfrentarte al tuyo.

Permitiendo que la mujer tomara su brazo, se dejó llevar mientras Carolan se unía a ellas.

—¿Runa?

La inesperada llamada por parte de Dominic hizo que las tres mujeres se detuviesen. La sabia se giró hacia él con la sorpresa de oír su nombre escrita en el rostro.

—¿Sí, mi *laird*?

Él le dedicó un saludo que estaba destinado únicamente a las personas de mayor rango o estatus.

—Gracias —respondió con voz firme.

La sabia se irguió. En su rostro se leía la gratitud y el cariño, antes de corresponderle con el mismo saludo.

—Eres un hombre de fuerte y firme voluntad, Kieran Dominic McTavish. Serás un buen rey —le dijo antes de dar media vuelta y salir de la tienda con las mujeres.

La noche la recibió con los brazos abiertos. Los hombres de los distintos clanes la saludaban con una ligera inclinación de cabeza mientras pasaba entre ellos, ajenos quizá a los nuevos hechos que se habían revelado en el interior de la tienda.

— La *Baisleac* ha causado una gran conmoción ahí dentro —murmuró Ciara caminando a su lado—. Nunca me imaginé que Kieran fuese el heredero.

—La verdad ha estado oculta durante demasiado tiempo. Ver la luz puede confundir, pero la esencia, la realidad, sigue estando ahí.

La voz de Carolan hizo que ambas se giraran hacia la Alta Druidesa, ella misma había sido una de las revelaciones de la jornada.

—Él será un buen rey —le aseguró con una sonrisa—, como tú estás

destinada a ser una gran soberana para tu pueblo.

Shadow sacudió la cabeza.

—¿Mi pueblo? Acabas de decirme que por mis venas corre la misma sangre que la de esos salvajes que intentaron matarme, los cuales, por cierto, ahora ni siquiera estamos seguros de a qué bando sirven... Ya no sabemos quiénes son amigos, ni si se mantendrán al margen o ayudarán al enemigo a acabar con todos nosotros. —La desesperación en su voz era palpable—. Yo solamente podría ser reina de lo absurdo —declaró con un bufido.

El silencio se impuso entonces entre las mujeres. El aire frío de la noche las envolvía mientras el cielo, sobre sus cabezas, se iluminaba con miles de estrellas.

—Cuando llegué aquí, creí enloquecer. Dominic me devolvió los recuerdos que tú ocultaste y, a pesar de que luché contra ello, contra lo que éstos me decían, llegué a creer que podría entender algunas cosas —murmuró ella con voz suave, reflexiva—.

Pero no fue así. Cuanto más veía, más me asustaba. La gente buscaba algo de mí que no podía darle. Empecé a perderme a mí misma y, con tal de huir de un pasado demasiado lejano con el que no puedo identificarme, desoí a aquellos que se preocupaban por mí; por mi seguridad. Lastimé a Dominic y me expuse a mí misma la muerte. Todo lo que deseaba era regresar a mi hogar, a mi tiempo, con mi hermano... Sabía que así no tendría que enfrentarme con una verdad que no deseaba escuchar o enfrentar. Y

ahora... Ahora me quitáis lo único que pensé que podría conservar.

La Alta Druidesa se acercó a ella, acogiendo su rostro entre las manos ahuecadas.

—¿Todavía no has aprendido nada de tu estancia entre los druidas? —le sonrió, acariciándole las mejillas—. Ellos te necesitan para convertir en realidad los milagros. Tu presencia, tu voz, tu vida; tu amor es lo que los mantiene en pie y los insta a seguir luchando. Eres la Prometida de Dalriada por un único motivo, mi estrella, porque hacen falta dos partes para traer la paz a este mundo. Tú eres la mitad *cruithne* que necesita el futuro rey; la última descendiente de linaje real; la única que puede entregar su mano a aquel que traiga la paz. Desde el primer momento fuisteis las dos caras de una misma moneda. Sin ti, el futuro rey jamás estará completo y sin él, tú jamás habrías descubierto dónde están tus raíces... Tu hogar.

Ella miró a la mujer a los ojos cuando ésta le sonrió con dulzura.

—¿Dónde está tu hogar, mi princesa?

Las lágrimas escaparon por sus mejillas, cayendo al suelo y haciendo que la mujer la abrazase con ternura.

—Yo no pertenezco a esta época —negó. No importaba que su nacimiento se hubiese dado en el año de la piedra, ella no pertenecía a aquel lugar.

La druidesa le acarició el pelo.

—El negarte a ti misma tus orígenes o tu lugar no contribuirá a tu felicidad, ni tampoco a la de él —le aseguró—. Solo traerá dolor a tu corazón y al de aquellos que te quieren.

Ella se mordió el labio.

—Acabas de decir que soy hija del hombre que contribuyó a derrotar y, quizá, a matar al viejo Rey; al verdadero padre de Dominic —insistió con desesperación—.

Que mi madre era la esposa del desgraciado que ha usurpado su lugar; del hombre que pasó a cuchillo todo aquello que conocía... ¡Es que no lo entiendes! Si antes las cosas eran difíciles, ahora... ¡Ahora son imposibles!

La Alta Druidesa la obligó a mirarla a los ojos. Su voz contenía una dura reprimenda.

—Tu madre fue una mujer bondadosa; una niña perdida a la que se le obligó a contraer matrimonio —le relató, obligándola a escucharla—. Su vida no fue fácil y, cuando encontró el amor lejos de sus votos, quedó manchada y condenada por su falta a los ojos de todos, excepto a los de tu padre. Él la amaba con todo su corazón, pequeña.

Como te amó a ti cuando supo de tu existencia.

Sus manos acariciaron el colgante que ella llevaba todavía al cuello.

—Te llaman Shadow allí donde te envié —murmuró acariciando la pieza—, lo cual no deja de resultar una irónica coincidencia, pues él llamaba así a tu madre; su *Scail*, su sombra. Y ese fue el nombre que te dio la mujer que te crio; aquella que te mantuvo cerca de ella para que ambas pudieseis estar unidas aun estando separadas.

Apartó la mirada. No deseaba saber aquello. No quería saber nada de aquellas personas que eran borrosos rostros en su mente, lejanos e inexistentes en su presente.

—Lady Bridei rogó a tu cuidadora que te llevase con él. Sabía que Eógan velaría por ti; que te cuidaría y protegería. Que pondría todo su ejército a tus pies y te convertiría en la mujer más poderosa del reino *cruithne* —continuó

la druidesa—. La noche que te encontré, las últimas palabras de esa mujer fueron que te pusiese a salvo para que algún día pudieses encontrar tu lugar en el mundo.

Ella se alejó de su contacto, sentándose en un grupo de rocas que sobresalían entre la maleza.

—Encontrar mi lugar en el mundo —repitió con un profundo suspiro—. No sé si lo encontraré algún día, Caro. Ya no lo sé.

La Alta Druidesa iba a responder cuando hasta ellas llegaron algunos gritos ahogados, seguidos por el golpe del acero. Las mujeres se levantaron, mirando a su alrededor para ver cómo los intrusos invadían el campamento, llevándose por delante a los hombres de los clanes que hacían guarda en el perímetro.

—Soldados de Northumbria —escupió la sabia, reconociendo a los invasores.

—No... —susurró ella, poniéndose ya en pie con los ojos abiertos por el temor, su mirada volando hacia el grupo de tiendas que acababa de abandonar—. Dominic.

Antes de pensar en lo que hacía, se encontró abandonando la seguridad de la compañía de las mujeres y corriendo de regreso al campamento.

—¡Prometida, no! —Oyó un grito a sus espaldas, pero ni siquiera estaba segura de si le gritaban a ella o a alguno de los recién llegados.

—¡Niña, volved! —Aquella era la voz de la *Baisleac*.

Un nuevo grito llenó la soledad del amanecer. El corazón se le congeló al reconocer aquella voz, la misma que escuchó muchos años atrás. Girando sobre sí misma, contempló con horror como dos de los soldados alcanzaban a las mujeres e intentaban someterlas.

—¡No! —gritó, dispuesta a volver sobre sus pasos. Ni siquiera pudo dar dos antes de encontrarse ella misma ante uno de aquellos hombres.

—Pero mira qué ratoncito ha salido a pasear.

Se quedó inmóvil, aterrada al ver la espada ensangrentada que esgrimía aquel hombre de facciones picadas por la viruela. No entendía ni una sola palabra de lo que decía; le veía abrir la boca, pero sus palabras eran incomprensibles.

—Aléjate de mí —musitó ella, empezando a retroceder. La sonrisa desdentada y podrida del soldado la asqueó. Cada paso de ella era cubierto por uno de él, con la espada en alto en una clara amenaza. Las piernas apenas

le respondían. Tenía que correr, gritar pidiendo ayuda... ¡Algo!

—Siempre me ha gustado matar ratones —declaró, alzando la espada con una única finalidad.

El golpe del acero resonó en sus oídos al tiempo que trastabillaba, después de ser empujada a un lado por un enorme guerrero vestido con los colores de los Campbell.

—¡Marchaos! —le gritó en un burdo inglés.

No lo pensó dos veces. Resbaló, en su prisa por ponerse en pie, pero al final se lanzó en una carrera desesperada entre gritos, alaridos y entrechocar del acero. La campaña empezaba a llenarse de hombres de los clanes luchando contra soldados. La sangre volaba al igual que los miembros, como si se tratase de una película gore.

—¡Shadow!

Su nombre resonó en el claro al mismo tiempo que una flecha pasaba silbando a su lado y derribaba a uno de los soldados que se cernía sobre ella desde atrás.

—Dominic —murmuró reconociendo su voz. Su mirada buscándole frenética a través de la batalla que se había desatado.

Una nueva flecha voló por encima de su cabeza seguida por la voz de Aedan.

—¡Sal de ahí, maldita sea!

Más golpes de espada. Dos guerreros luchando a muerte cruzaron delante de ella.

Una nueva flecha se clavó con asombrosa puntería en el ojo de uno de los northumbrianos, matándolo en el acto.

Aquello no podía estar ocurriendo. No podía ser real.

—¡Agáchate! —rugió Aedan, lanzándola al suelo sin miramientos, mientras asaetaba a alguien con la flecha que llevaba en una mano y blandía la espada, arrancando un alarido del hombre que cayó al suelo con un enorme tajo en el pecho—.

¿Estás bien?

Su voz sonaba ronca por el esfuerzo, jadeante, mientras tiraba de ella para ponerla nuevamente en pie.

—Shadow, ¿estás bien? —insistió, sacudiéndola.

Ella tartamudeó al responder.

—S...s...sí —logró asentir, estremeciéndose ante la masacre en la que se

había convertido el campo de batalla—. Esto... Esto es una locura.

Aedan gruñía, arrastrándola con él mientras se esforzaba en mantener al margen a los enemigos.

—Eso... díselo... a ellos —clamó, escapando por poco de una estocada—. Estos malditos han atacado a escondidas tras descubrir el emplazamiento de la Reunión de los Clanes.

Algo golpeó entonces contra ella desde atrás, lanzándola al suelo sobre el hombro izquierdo y haciendo que todo su cuerpo se estremeciese de dolor. Las lágrimas acudieron a sus ojos, nublando la imagen del guerrero que se lanzaba sobre el soldado que la empujó, desarmándolo y arrebatándole la vida con saña.

Unas manos la cogieron entonces desde atrás, alzándola, y ella empezó a gritar aterrada, lanzando las manos para golpearle cuando la detuvo la voz de Dominic.

—Shadow, soy yo. —La apretó contra su costado, sacándola del camino de otro guerrero, con la espada y la mano derecha totalmente ensangrentadas—. ¿Estás herida?

No podía articular palabra. Sus ojos se cernieron sobre la espada que chorreaba sangre y bajaron al suelo para tropezar con unos pies; los de un cadáver.

—¡Kieran, a tu espalda!

Un nuevo grito seguido de dos flechas surcando el espacio muy cerca de ellos la sacó de su estupor. Dominic la empujó, manteniéndola en todo momento a su espalda mientras hacía frente a la nueva amenaza.

Iba a vomitar de un momento a otro. Aquella matanza... Esto no era una película, ellos no eran extras y aquello no era sangre de mentira.

—Dios mío... —gimió, abriendo los ojos cada vez más ante la visión de los cadáveres, algunos de ellos mutilados, que empezaban a llenar el claro. La luz de la luna llena sobre sus cabezas permitía verlo todo con absoluta claridad, trayendo a ella una realidad que había intentado negar por todos los medios.

Ahogó un grito cuando un nuevo peligro se cernió ahora a su espalda. La espada ensangrentada del enemigo, haciendo juego con el brillo asesino en el rostro de su propietario, le hizo reaccionar por instinto y se hizo a un lado. Evitó el filo por un pelo, solo para oír de inmediato un fuerte y oscuro aullido de guerra, procedente del hombre al que amaba, que despachó en un abrir y

cerrar de ojos al soldado.

Tan rápido como se hizo cargo de él, se volvió hacia ella, sujetándola y apartándola de aquel campo sembrado de muerte, alzándola por encima de los cadáveres en su camino hacia las otras mujeres, que luchaban con piedras y palos contra los soldados que amenazaban con acercarse a ellas.

—No te muevas de aquí —bramó dejándola al lado de Ciara y Carolan, para volver con denodada furia a la batalla.

El sonido de las espadas empezó a hacerse ensordecedor. Sus oídos eran incapaces de filtrar otra cosa que no fuera aquella contienda que estaba tiñendo el claro de muerte. Sus ojos no podían dejar de registrar, aterrados, la ingente cantidad de cadáveres de ambos bandos que estaban cayendo, los gritos de los moribundos y los heridos.

—Basta... —murmuró, apenas un susurro que abandonaba sus labios—. Por favor... basta.

Nadie la oyó. La fiereza de los hombres era superada por su sed de sangre. Las flechas surcaban los cielos derribando a los enemigos y las espadas brillaban con la sangre derramada, hundiéndose sin piedad en los cuerpos de los hombres que batallaban.

—Basta. —Se echó a llorar. Su mente era incapaz de pactar con aquello—. Por favor... Ya basta... Dejadlo ya...

Las palabras volaban con el viento. Nadie la escuchaba, el fragor de la batalla lo hacía imposible.

—¡Muerte a la Prometida de Dalriada!

La voz chirriante y macabra llegó desde su espalda. La hoja del cuchillo brilló a la luz del sol que empezaba a aparecer por el horizonte mientras se acercaba peligrosamente a su cuerpo. Jadeando, ella retrocedió, tropezando para luego caer con fuerza al suelo. Sus manos resbalaron por la terrosa superficie intentando alejarse de aquel maldito cubierto de sangre que se cernía sobre ella con total premeditación.

—¡Shadow! —La voz de Ciara llegó a ella como una nube, seguida de una flecha silbante, pero erró, pues el hombre ya se había agachado, dispuesto a darle muerte.

—Oh, señor... —gimió ella, hundiendo los dedos en la húmeda tierra.

—¡No!

No sabía quién había gritado, si ella o alguien más. El tiempo se detuvo esperando, aguardando aquella punzada de cruel dolor que sabía terminaría de

una vez por todas con su vida; pero nunca llegó.

Un cálido y espeso líquido corría en cambio por su mano empapando la manga de la blusa. Sus dedos aferraban con fuerza una tosca hoja de hierro cuyo extremo permanecía clavado en la garganta del soldado. Aquellos crueles ojos la miraban con incredulidad mientras su boca gorjeaba; la sangre le brotó de los labios un instante antes de que su peso cayese sobre ella.

El grito que había quedado congelado en su garganta salió sin tapujos. El miedo y la desesperación le hizo empujar aquel cuerpo sin vida con sus ensangrentadas manos.

El horror dio, una vez más, voz a su garganta.

El desgarrador alarido se extendió por el campo de batalla como si se tratara del toque de diana que marcara el final de la contienda. Agotados guerreros y moribundos soldados, todos ellos se detuvieron ante aquel lamento de *banshee*, tomando conciencia por fin de sus fuerzas mermadas; de quiénes eran los ganadores de la lid y quiénes habían fracasado, dejando un campo sembrado de muerte a sus pies.

Dominic derrapó a su lado, envolviéndola en sus brazos y amortiguando sus desgarradores sollozos y gritos contra su pecho. El corazón se le había detenido durante un instante cuando vio al soldado cerniéndose sobre ella, un instante antes de que ella le diese muerte alzando aquel trozo de metal que extrajo del suelo poniendo fin a la amenaza sobre su vida.

— *Shhh*, ya ha pasado todo, amor mío. —Él la apretó contra sí meciéndola, sufriendo por ella y por lo que se había visto obligada a hacer para defender su vida—.

Está bien, Shadow, era su vida o la tuya. No tenías elección.

Empezó a hiperventilar, luchando por encontrar las palabras cuando la voz de su amante penetró en su mente al igual que el crimen que acababa de cometer.

—Le... le he matado... Está muerto, Nick... Está muerto... ¡Está muerto!

Lo único que él podía hacer era abrazarla con más fuerza; trasmitirle calor rodeándola con su calmante esencia druida.

—Mírame —la obligó, alzándole el rostro—. Iba a matarte, Shadow. Era tu vida o la suya, diablillo...

Las lágrimas resbalaban por su rostro.

—Le maté... He... he arrebatado una vida... Soy... ¡Soy una asesina!

—¡No! —le gritó, zarandeándola—. Ellos son los asesinos. Ellos son los

que matan y asesinan sin piedad, sin importar que sea un niño, una mujer o un anciano...

Ellos son los asesinos, Shadow, no tú.

Hipó, tratando de respirar entre jadeos.

—Es... Esto tiene que acabar —suplicó con el alma haciéndosele pedazos—. Esto tiene que acabar... Tienes que hacer que acabe.

Él alzó su rostro, acercándola a él, mirándola con fijeza a sus llorosos ojos.

—Te lo juro, *mo graidh* —proclamó con toda la pasión y el poder que corría por sus venas—. Haré todo lo que esté en mi mano para acabar con ello.

Asintió lentamente. Necesitaba mirar hacia el lugar donde permanecía tendido el cadáver, pero él no la dejó.

—No —la retuvo. No permitiría que el recuerdo de aquella muerte echara raíces en su alma—. Era tu vida, eso es lo único que debes recordar.

Alzándola en brazos antes de que pudiera hacer algo más, se volvió, encontrándose con la desolación que se extendía por el lugar y la esperanza de aquellos de los suyos que todavía permanecían en pie.

—Al alba, marcharemos hacia Dunnad —proclamó, mirando a su alrededor para toparse con las miradas de los jefes de los clanes que permanecían con vida, así como con los guerreros y sus compañeros druidas—. Ha llegado la hora de reclamar lo que nos pertenece.

A coro y en un solo grito, todos los presentes mostraron su acuerdo proclamando en voz alta un conocido lema de los clanes.

—*Cuimhnich Air Na Daoine o'n D'thainig thu.*

«*Recuerda el hombre del que procedes*».

Kieran acababa de aceptar su herencia e iba a hacer todo lo que estuviese en su mano, para recuperar su lugar y devolver a Dalriada su libertad.

CAPÍTULO 27

Carolán se presentó ante la nueva tienda. Ésta no era más que un par de mantas, acomodadas para dar un poco de privacidad a su ocupante. Los jefes de los clanes ya habían trasladado a los heridos a una nueva ubicación y los que aún quedaban en pie, recogían a sus caídos del campo de batalla para darles una adecuada sepultura.

Muchos y buenos hombres cayeron sorprendidos por el inesperado ataque; demasiadas bajas innecesarias que mermaban el ánimo y hacían crecer las dudas.

Pero los clanes ya no estaban solos. La noticia de que el heredero de Alpin estaba vivo corrió como la pólvora por el campamento. La esperanza comenzaba a renacer.

Ahora tenía que hacer algo para que no muriese y la única que podía lograrlo era ella, la niña en la que depositó toda su confianza. Su sucesora. Su Prometida.

Con aquella decisión en mente, hizo a un lado una de las telas que cubría aquel pequeño recoveco, un mundo en sí mismo para la mujer que lo ocupaba, lejos de aquello que no deseaba ver. Ella no estaba sola, Ciara la acompañaba, al igual que la curandera que había venido con el jefe de los Campbell.

—¿Cómo está? —preguntó, mirando a la druidesa, quien permanecía a un lado y en silencio.

Ciara se volvió con una silenciosa negativa y caminó hacia ella.

—Kieran ha conseguido calmarla, pero lleva un buen rato así, sin hablar, sin mirar a ningún lado, perdida —murmuró, echando un fugaz vistazo hacia el camastro en el que descansaba—. Catriona le ha preparado un brebaje para reanimarla, pero apenas ha dado un par de sorbos.

Asintiendo, sonrió a la druidesa y le posó la mano sobre el brazo, confortándola.

—Yo me quedaré con ella —declaró—. Regresa con los demás. Los druidas deberéis permanecer juntos hasta el final.

Con una última mirada, la muchacha asintió.

—Llamadme si me necesitáis —pidió y esperó a la curandera que ya se retiraba también—. Estaré cerca.

Con una suave sonrisa, las dejó marchar quedándose finalmente a solas con la muchacha.

—Mi estrella —le susurró, acercándose a ella para sentarse en el tocón de madera del que acababa de levantarse la curandera—. Mi pequeña muchacha perdida.

Dejó resbalar la mano por su cabeza, acariciándole el largo pelo negro y haciendo que ella alzase finalmente la mirada. Sus ojos enrojecidos por el llanto brillaban con una mezcla tan grande de emociones que no sabría decir cuál era más intensa.

—¿Fue...? ¿Fue para esto para lo que me recogiste esa noche? —murmuró, su voz ronca por el esfuerzo de sollozar—. ¿Para ver toda esta carnicería? ¿La muerte asolando la llanura como si se tratase de una mala película o un documental sobre tiempos antiguos? Ahora sé que tus palabras son ciertas, por mis venas corre la misma locura que la de esos salvajes; mis manos se han teñido de sangre.

La mujer deslizó la mano hacia su mejilla y finalmente al mentón, obligándola a alzar la mirada.

—Estas tierras no han dejado de cubrirse de rojo desde el momento en que Robertson ocupó el trono. Tus druidas no han conocido una época de tranquilidad. Los hombres no saben lo que significa criar a sus hijos con la seguridad de que mañana nadie vendrá a arrebatárselos o a quemar sus cosechas y granjas... —confesó con pesar—. Si te hubiese dejado aquí, al cuidado de cualquiera de ellos, te habrías perdido antes de encontrar siquiera el camino que debías recorrer.

Los ojos verdes de la Prometida la miraron con dolor.

—¿Y qué camino es ése? ¿Qué diferencia hay entre haber crecido en una época o en otra, si no es la locura que estoy viviendo ahora? —protestó, extendiendo la mano hacia la fría y nublada mañana—. Ahí fuera hay un campo sembrado de cadáveres, hombres que creyeron en un milagro... ¡Y no soy más que una mujer!

Sacudió la cabeza, alzó las rodillas y las apretó contra el pecho.

—Estarían mucho mejor sin mi presencia. No tendrían que morir y nadie se vería obligado a matar para conservar la vida —gimió, enterrando los dedos en el pelo con gesto desesperado—. ¿Qué clase de amuleto puedo ser, cuando ni siquiera puedo cuidar de mí misma? Al menos Juana de Arco sabía luchar, aunque a pesar de ello la quemaron en la hoguera.

—Ignoro quién es tu Juana de Arco, pequeña —aceptó, contemplando a la desesperada mujer que se encontraba ante ella—, pero ti nadie te quemará en

una hoguera.

Un cansado bufido abandonó sus agotados labios.

—Ya solo eso me faltaba —musitó, ocultando el rostro contra las rodillas—. ¿Qué he de hacer? ¿Qué puedo hacer? Si tan solo hubiese alguna manera de poner punto y final a todo esto...

Una suave sonrisa curvó los labios de Carolan.

—Tú eres la manera de acabar con toda la tristeza que asola a estas tierras —le susurró, acariciándole el pelo con ternura—. Eres su estandarte, su corazón y su alma.

Por ti, él limpiará la tierra de muerte y dolor. Sois dos piezas fundamentales en este mosaico, cada uno con un papel, una meta que alcanzar, un motivo por el que luchar...

Ladeó el rostro, mirándola.

—¿Motivo? —susurró y sacudió la cabeza—. ¿Qué motivo puedo tener yo para luchar? Lo único que he deseado hasta ahora ha sido volver a mi hogar, a mi época...

Ingenuamente llegué a pensar que, si él me acompañaba y yo me lo proponía, esta vez podría hacer que se quedara a mi lado... Pero ahora... He leído los libros de historia, Carolan. Puedo no recordar exactamente todos los hechos y Dios sabe que en ellos no se habla de druidas, ni profecías, ni se menciona jamás a Prometida alguna... pero sé que él será Rey. El primero de un nuevo comienzo para estas tierras. ¿Cómo puedo pedirle que deje todo esto atrás, sabiendo cómo ama a su pueblo?

—Un suceso no quedará grabado hasta después de que suceda, princesa mía —aseguró sabiamente—. Y los motivos por los que alguien lucha pueden cambiar en el espacio de un parpadeo. Solo aquello que permanece en tu corazón no mudará con tanta prontitud. Cuando encuentres el tuyo, estarás lista para continuar el camino.

Besándola en la frente se levantó.

—¿Caro? —la llamó ella, buscando la mirada de la druidesa.

Se detuvo y le sonrió.

—¿Sí?

Shadow se lamió los labios.

—Gracias —murmuró.

Sonrió, inclinó la cabeza en un respetuoso saludo y abandonó la tienda dejando a la Prometida sumida en sus propios pensamientos.

Aquella mañana, envueltos por la niebla y la apagada luz del sol, los pueblos de Dalriada dieron sepultura a sus muertos, se encargaron de sus heridos y miraron hacia el futuro con un nuevo brillo de esperanza; aquel que les daba el tener al verdadero heredero del trono de Dunadd entre ellos.

Dominic trabajó codo con codo con los demás jefes de los clanes. Varios avezados guerreros salieron al galope en distintas direcciones para informar al resto de los hombres de los clanes que cuando el sol estuviese en lo más alto, los pueblos libres de Dalriada se alzarían en armas contra el usurpador, enfrentándose a quien hiciera falta para alcanzar su meta.

—Los hombres se están preparando para la batalla —anunció el McNeil, que se acercó cojeando al nuevo asentamiento, no muy lejos de la ubicación del campamento original—. A estas alturas, ese maldito bastardo debe de saber ya que sus perros no han conseguido terminar con nosotros.

Él se limitó a asentir con la cabeza, pero no respondió. Su mente permanecía todavía con la muchacha que dejó nuevamente al cuidado de Ciara. El terror que vio en sus ojos, la desolación, la pena... Aquello tenía que terminar, no podía soportar la idea de que se consumiera por la culpa, por la melancolía; debía poner fin a aquella locura y devolverla al único lugar donde sabía que siempre estaría a salvo, aunque ello significara alejarla de él para siempre.

—¿Y qué haremos con los *cruithne*? —se adelantó Cahir, quien había comprobado el estado de los hombres que llegaron con él. Catriona había resultado ser resultó ser de inestimable ayuda después de la contienda. Ella y la *baisleac* se hicieron cargo de los heridos—. La ciudadela ha sido totalmente rodeada, los pasos y caminos están siendo controlados por su ejército, sus hombres se han extendido por Dalriada como una imparable enfermedad...

Hubo un momento de silencio mientras se consideraba lo que todos sabían sería un formidable enemigo.

—Eógan ha sitiado Dunadd. Ha cortado todo suministro de alimento y agua que ingresaba en la fortaleza y no parece tener prisa. No estamos seguros de si mantendrá el sitio o tomará la ciudadela por la fuerza —insistió Cahir contemplándolos a todos—. Con sus tropas vigilando, acercarse al bastión será difícil; atravesarlo, imposible.

Por no hablar del hecho de que es casi seguro que cualquiera que se acerque a ellos, ya sea norteño o escoto, será considerado como un enemigo y

no dudarán en darle muerte.

Dudo que el rey de los *cruithne* esté dispuesto a hacer una nueva alianza y mucho menos a escucharnos...

—A mí tendrá que escucharme.

La inesperada voz hizo que todos los presentes se volvieran hacia la mujer que acababa de unirse a ellos. Las llamas de la hoguera alrededor de la que se reunían los jefes de los clanes iluminó parcialmente su figura. Erguida, con el pelo oscuro atado en una coleta, vestida con una camisa color azafrán limpia, un nuevo chaleco y altas botas de piel que le cubrían las piernas hasta las rodillas, caminó hacia ellos con paso firme escoltada por la druidesa Carolan y la *Baisleac*. Shadow no portaba tartán alguno que la reclamase como parte de un clan, pero su chaleco estaba decorado con los broches pertenecientes a las casas de los cuatro señoríos a los que pertenecían cada uno de sus druidas.

—Eso es una locura, mujer —clamó uno de los jefes en gaélico, desdeñándola con un gesto de la mano—. Os matarían antes de que dieseis un solo paso en su dirección, o algo mucho peor.

Ella volvió sus cansados ojos verdes hacia el hombre que le habló. Podía no comprender sus palabras, pero su tono y gestos decían claramente que no estaba conforme con su declaración.

—Hay más probabilidades de que pueda acercarme yo a ellos a que lo hagáis vosotros —respondió con firmeza, y se giró hacia los demás deteniéndose en Dominic, que a juzgar por el ceño fruncido y el brillo de sus ojos no estaba dispuesto a dejarla dar ni un paso lejos de él—. Son mi pueblo.

Bufidos y risas estallaron entre los presentes. Algunos desdeñando a aquella altiva mujer, otros sugiriendo que los pasados acontecimientos la habían trastornado. Solo Dominic y sus druidas mantuvieron el silencio con la mirada clavada en ella.

—No os ofendáis, Prometida, pero no sois más que una mujer —aseguró el *laird* McInnes—. Una fuerte, sin duda; pero mujer, al fin y al cabo.

Ella se volvió hacia el hombre y asintió.

—Tenéis razón, no soy más que una mujer —aceptó con una ligera inclinación de cabeza, agradeciéndole que se dirigiese a ella en un idioma que comprendía—. Y

como mujer, estoy cansada de tanta muerte y odio, de ver cómo el suelo y vuestras armas se tiñen de rojo.

Dominic dio un paso hacia ella.

—Shadow...

Negó con la cabeza.

—Nada de esto tendrá fin hasta que nosotros se lo pongamos —declaró con convicción. Su mirada vagó entonces hacia la Alta Druidesa—. No soy un milagro, pero por mis venas corre la sangre de la tribu libre más poderosa de toda esta tierra.

—Volviéndose de nuevo a mirar a Dominic, concluyó—. Tendrán que escucharme, no les daré otra opción.

La *Baisleac*, que se había mantenido en silencio hasta ese momento, chasqueó la lengua y se adelantó.

—Esta mujer que veis ante vosotros, es la Prometida de Dalriada, hija de lady Bridei de Northumbria y Eógan, rey de los *cruithne* —declaró la sabia y miró a cada uno de los presentes—. Durante años hemos esperado un milagro, que su regreso nos trajera a aquel que pudiese liberarnos y ha cumplido su cometido. —Su mirada fue ahora hacia Dominic, que apretaba la mandíbula como si estuviese pidiendo fuerzas para mantenerse quieto y no intervenir—. Y él está también hoy aquí entre nosotros, liderando a los clanes que se han unido bajo un solo estandarte, el de la libertad.

¿Queríais un milagro? Aquí está...

Shadow se obligó a mantenerse firme y a luchar por conservar el valor que tanto le costó reunir. Ella no era valiente. No era una guerrera y, a pesar de ello, se había visto obligada a tomar una vida, no importaba que fuera en defensa propia, para protegerse a sí misma, la sangre de aquel hombre teñía sus manos y era algo que jamás podría olvidar.

Aquellos eran tiempos de guerra, una época en la que se imponía la ley del más fuerte; en la que los hombres morían por la mano de la espada y las mujeres al dar a luz a sus vástagos; donde un campesino podía morir coceado por una vaca o ser atravesado por los cuernos de un jabalí. Nada podía hacer contra aquello, pero sí podía evitar que estas hermosas tierras fueran sembradas con la sangre y los cadáveres de gente inocente; personas cuya única culpa era servir a hombres que enviaban a otros en su lugar a hacer la guerra.

Las enemistades debían terminar; las matanzas tenían que acabar. Dalriada se merecía conocer una época de tranquilidad y recuperar a su verdadero Rey; alguien íntegro que diera a cada pueblo el lugar que le correspondía.

Lo vio caminar en su dirección, deteniéndose solo cuando estuvieron uno

frente al otro.

—No puedo permitir que vayas. No se trata de un juego, Shadow.

Un profundo suspiro abandonó sus labios. Sus ojos verdes se suavizaron al encontrar su mirada preocupada.

—Es mi decisión —respondió, acariciando el colgante que llevaba al cuello—.

Soy la única a la que permitirán pasar, Nick. Nada de esto terminará hasta que nosotros, que tenemos la verdad en nuestras manos, le pongamos freno. Tú mejor que nadie sabe lo que es vivir entre dos mundos, has conocido el valor de ambos y yo...

Yo estoy dividida entre mis orígenes y el lugar en el que he crecido y vivido toda mi vida. Elija el camino que elija, no podré recorrerlo hasta enfrentarme a aquello que ha estado esperándome desde el principio. Deja que lo intente. Él es la única persona, aparte de ti, que tengo en este mundo. Al menos déjame intentarlo.

—No irá sola.

La *Baisleac* se acercó a ellos mirando de frente al heredero de Dalriada.

—Yo la acompañaré —declaró con firmeza—. La Prometida no hará este viaje sola. Ya es hora de que las cosas empiecen a tomar el rumbo que ha sido trazado para ellas. El destino no puede ser ignorado, mi muchacho; tú deberías saberlo mejor que nadie.

Dominic miró a la sabia. Las dudas batallaban en su alma, pero al fin asintió. Sus ojos volaron entonces hacia Shadow y, por un instante, se permitió dejar de lado todo lo que era, lo que fue y lo que sería. Acortó la brevísima distancia que los separaba y la atrajo a sus brazos. Su boca bajó sobre la de ella, reclamándola delante de todos los presentes. No le importaba lo que pensasen, en aquellos momentos él solo era Dominic; el hombre que la amaba por encima de su propia vida.

—Eres mi otra mitad —le susurró mientras apoyaba la frente en la de ella durante unos segundos—. Estés donde estés, eres y siempre serás mi único mundo, Shadow.

Ella cerró los ojos y permitió que una solitaria lágrima descendiera por su mejilla antes de asentir y susurrar en respuesta.

—Esté donde esté, sea quien sea, tú eres y siempre serás todo mi mundo, Kieran Dominic McTavish —repitió ella, rodeándole en un cálido abrazo—. Eternamente, amor mío.

Él la dejó ir a regañadientes, luchando consigo mismo para no volver a tomarla en sus brazos y huir lejos con ella, a algún lugar donde todas esas obligaciones no existieran y pudiera preocuparse solo de amarla.

Volviéndose hacia Aedan, cruzó su mirada con él y le pidió.

—Ve con ellas.

Él estaba a punto de responder, cuando Ciara se adelantó.

—No, iré yo —respondió la druidesa reuniéndose con ellos.

Él frunció el ceño con la respuesta grabada en su cara.

—Ni soñarlo, esposa —declaró el druida con una obvia y firme orden.

Sonrió ante su rápida respuesta, pero ya había tomado una firme decisión.

—Kieran te necesitará a ti y a Cahir para llegar hasta Dunadd —respondió con suavidad y miró a ambos druidas—. Ella es mi Prometida. Es mi deber como su guardián y druida acompañarla en este viaje.

Luchó contra la necesidad de coger a su esposa, echársela sobre el hombro y sacarla de allí para luego encerrarla en algún lugar donde nada pudiera alcanzarla.

—Cia...

—Confía en mí —le pidió ella. Su voz era una verdadera súplica.

A pesar de ir en contra de sus deseos, asintió posando en su mujer una mirada de advertencia.

—Confío en ti, Ciara, así que no hagas que me arrepienta.

La druidesa sonrió en respuesta.

Un ligero carraspeo rompió la íntima tensión que se apoderó de las parejas.

—¿Cómo sabremos si habéis tenido éxito?

La pregunta vino del *laird* McNeil, que miraba directamente a la Prometida.

—Porque cuando el sol esté en lo más alto del cielo, ella estará ante las puertas de la fortaleza de Dunadd con el gran ejército *cruithne* a sus pies.

Todos los presentes se volvieron hacia la mujer que hasta el momento no había pronunciado ni una sola palabra. La Alta Druidesa se acercó a la luz del fuego, dejando que ésta la bañase por completo. Vestida con una túnica con capucha de color verde y el pelo recogido en la nuca en un moño, exudaba el poder y la seguridad de alguien a quien le han enseñado el futuro y ha quedado complacido con el resultado.

—Y nadie con hacha y pintado como si fuera un troglodita, alzaré un solo

arma contra los clanes de Dalriada —añadió Shadow con una débil sonrisa, intentando animarse a sí misma con la broma.

Dominic admiró el hecho de que ella todavía conservase el sentido del humor en aquellos momentos; aunque fuese un chiste que no muchos allí entendieran.

Volviéndose hacia ella una última vez, la obligó a prometerle: —A mediodía en el portón principal de la fortaleza de Dunadd.

Con un único asentimiento, Shadow se volvió hacia Ciara y la *Baisleac*, lista para enfrentarse de una vez y por todas a su destino.

—Veamos qué tal se les da a los *cruithne* eso de hablar.

Shadow no tardó en descubrir que los *cruithne* no eran grandes conversadores; mayormente se limitaban a emitir gruñidos, amedrentar a las mujeres con sus enormes cuerpos cubiertos de pintura y símbolos paganos y esgrimir unas enormes y mortales armas que disuadirían al más valiente.

Partieron casi de inmediato. Ciara montaba su propio caballo mientras que la *Baisleac* y ella iban en una carreta guiada por Runa. Ella estaba más que encantada de no tener que volver a subirse a un caballo, sus recientes experiencias con aquellos hermosos animales no habían sido precisamente memorables y tampoco es que tuviesen tiempo como para hacer el camino a pie.

El sol intentaba penetrar a través de las nubes, alzándose poco a poco en el cielo para dar paso a la mañana, aunque la niebla seguía cubriendo cada recoveco del camino, pero a medida que avanzaba el día iba perdiendo intensidad. La necesidad de darse prisa las llevó a dejar las precauciones a un lado y avanzaron por el camino principal para encontrarse con aquellos a los que salieron a buscar.

Acaban de penetrar en la cañada de Kilmartin cuando cuatro hombres vestidos con pieles y el torso y el rostro pintados le salieron al paso esgrimiendo sus más que disuasorias armas.

—Bueno, parece que encontramos lo que salimos a buscar —murmuró ella, mirando a los hombres que las rodeaban amenazantes—. ¿Y ahora qué?

Ellos empezaron a hablar en un idioma mucho más gutural que el gaélico y que, sin embargo, conservaba cierta similitud. Aun así, seguía sin entender ni una sola palabra.

Si conseguían salir de allí de una pieza, quizá le pidiese a Ciara que le

enseñase lo básico.

—¿Alguna puede traducirme lo que quiera que sea que estén diciendo?

La druidesa frunció el ceño en un gesto de disgusto.

—No creo que fuera a gustarte demasiado —respondió Ciara, manteniéndose en todo momento pendiente de las armas que las amenazaban.

La *Baisleac* chasqueó entonces la lengua y, para completa sorpresa de las muchachas, tras asegurar las riendas a la madera del carro, bajó al suelo y fue directamente hacia uno de los guerreros con el que se enzarzó en una acalorada discusión.

—Quizá no debiese hacer eso —musitó ella y miró a Ciara, que parecía tan sorprendida o más que la propia Shadow.

La sabia levantó entonces su mano en lo que a ella le pareció un gesto de amenaza, haciendo que el corpulento guerrero que la doblaba en altura diese un salto atrás.

—Tiene que enseñarme a hacer eso —murmuró asombrada.

Uno de los cuatro guerreros que se había limitado a ejercer de observador, alzó una mano haciendo que sus compañeros cayesen en un inmediato silencio. Miró a la sabia y finalmente hacia la carreta, con sus ojos fijos en Shadow.

—Habla, mujer.

—Ha accedido a escuchar tu petición, Prometida —aclaró la *Baisleac*.

Asintiendo, decidió ponerse en pie e imitar los movimientos de la sabia bajando del carro.

—Shadow... —A Ciara pareció no gustarle demasiado su decisión.

—Está bien, Ciara —anunció, alzando la mano para que la druidesa se mantuviese en su lugar mientras caminaba lentamente hacia el hombre que le había preguntado—.

Dios, ¿es que tenéis que ser todos gigantes?

Si ya eran intimidantes con todas aquellas pinturas, el que le sacasen dos cabezas, no era algo que contribuyese a disminuir su aprensión.

Obligándose a tomar una profunda respiración, declaró: —Necesito ver a tu rey.

El guerrero arqueó una ceja y cruzó sus inmensos brazos sobre el pecho.

—Mi rey no necesita más mujeres.

Ahora fue ella la que arqueó una ceja, su expresión de absoluta sorpresa.

—No... No es eso... *Puaj*, ¡ni de broma! —declaró, estremeciéndose—.

Yo...

necesito hablar con él. Hablar. Ya sabes... una conversación.

La estoica mirada del guerrero no cambió.

—Oh, vamos... ¿No puede hacer una excepción para recibir a la Prometida de Dalriada?

Ante tal declaración, el hombre perdió su expresión estoica y se llevó las manos a la espalda de donde extrajo una muy afilada espada que no dudó un instante en presionar contra su garganta en un abrir y cerrar de ojos. Correspondiendo a su amabilidad, Ciara hizo lo propio apuntándole con una flecha de su arco.

—Ciara, baja eso —rogó ella, manteniéndose absolutamente inmóvil para evitar que el arma la cortase.

La druidesa sacudió la cabeza.

—Cuando él baje la suya, Shadow.

Dejando escapar un profundo suspiro, hizo la cosa más estúpida de todas al llevar las manos a la espada del hombre y empujarla hasta apartarla de su cuello. Sus ojos se clavaron todavía en los de él, cuya expresión parecía haber cambiado una pizca.

—Llévame ante tu rey —insistió con voz firme, pronunciando cada palabra lentamente, asegurándose de que la entendiese.

El guerrero pareció dudar unos instantes, como si no estuviese seguro de la cordura de aquella mujer, pero finalmente bajó su arma y miró a Ciara, que seguía apuntándolo.

—Ciara, el peligro ha pasado. Baja el arma —le pidió la vieja *Baisleac*, dando un par de pasos, adelantándolos a todos—. Será mejor que nos pongamos en camino. No quedan muchas horas hasta el mediodía.

Haciéndose a un lado, el hombre miró a la Prometida de Dalriada y señaló el camino que ya emprendía la sabia.

—Os llevaré ante mi rey —dijo sin quitarle los ojos de encima—. Y que sea él quien decida cómo dar muerte a la impertinencia de una simple mujer.

Mordiéndose una ácida respuesta, echó a caminar hasta dar alcance a la sabia.

Ahora que les permitían continuar quedaba lo más difícil; convencer a rey de aquella tribu. Un completo desconocido que la engendró en algún momento del siglo noveno, que debía contener a su ejército y permitir que los escotos de Dalriada recuperaran lo que era suyo por derecho.

Estaba segura que enseñarle a jugar al parchís sería más fácil.

El guerrero *cruithne* las llevó a través de la cañada hasta el enclave desde el que podía verse la colina de Dunnad y la fortaleza que la rodeaba. El lugar se había convertido en el asentamiento de la tribu. Mirase hacia donde mirase, una inmensa extensión de tiendas y guerreros dando filo a sus armas ocupaban la visión.

Para su sorpresa, en aquel campamento no había solamente hombres; las mujeres se asomaban entre las tiendas en distintos estados de desnudez o cubiertas con pieles y adornos de piedra y hueso cubriendo sus cuellos y pelo. Ella esperaba ver de un momento a otro algún niño también.

—Por aquí —llamó su atención el guía que las condujo hasta allí, llevándolas hacia una zona central donde ardía una enorme hoguera rodeada por pieles en las que permanecían sentados dos hombres que hablaban en voz baja.

Unos metros antes de alcanzar siquiera el linde de la luz de la hoguera, el guerrero detuvo a sus acompañantes.

—Solo ella.

Ella se detuvo mirando a la sabia, que le dedicó una mirada tranquilizadora.

—Solo te permitiré hablar a ti —le explicó—. Nunca bajes la cabeza. Pase lo que pase, mantente erguida. Eres de su sangre y la suya es una tribu orgullosa.

Lamiéndose los labios, ella asintió y tras mirar a Ciara para tranquilizarla con una sonrisa, se giró para seguir al guerrero, al cual parecía traerle sin cuidado todas las miradas de curiosidad que las recién llegadas despertaban en el campamento.

Una vez alcanzado el perímetro de la hoguera, el hombre la obligó a detenerse.

Satisfecho con la obediencia de la mujer, continuó hacia los dos hombres que hablaban en voz baja a la luz de la hoguera. Estos, al contrario que la mayoría de los guerreros, estaban más cubiertos; al menos eso parecía, por la capa de piel que cubría sus hombros y espalda.

Una rápida exclamación hecha en una lengua que no comprendió, por una voz profunda y firme, la sobresaltó. Uno de los hombres que estaba sentado se puso en pie, mostrando su enorme envergadura, si bien desde aquella distancia no podía verlo bien y mucho menos con toda la pintura que lo cubría. Ella sintió un instantáneo escalofrío, intuyendo de algún modo que aquél era el rey

de los *cruithne*.

El guerrero poseía una virilidad, fuerza y juventud propia de un hombre más cercano a los cuarenta que de los cincuenta y tantos que tendría aproximadamente. La *Baisleac* Runa le había contado algo sobre castigos y hechizos mientras se dirigían a su meta, pero no había entendido nada de a qué se refería exactamente, hasta ese momento. Ese hombre podría muy bien ser material de revistas de moda, si no fuese por toda la pintura que cubría su cuerpo y las rastras y trenzas de su pelo negro adornadas con cuentas.

—Que no baje la cabeza... —murmuró ella para sí—. Si fuese un avestruz creo que habría escondido hasta las plumas.

Tomando una profunda respiración, se obligó a mantener la cabeza alta, la mirada al frente y empezó a caminar. Sus pasos fueron dudosos al principio, las piernas no dejaban de temblarle, pero se obligó a continuar. Poco a poco se acercó, deteniéndose a la distancia de un par de brazos para estupor de los allí reunidos.

Sus miradas se encontraron y Shadow vio cómo él palidecía al tiempo que emitía un murmullo del que solo reconoció una palabra; *Bridei*.

El nombre de su madre.

—No soy ella —respondió con suavidad—. Mi nombre es Shadow. Scail en vuestra lengua.

El hombre seguía sin reaccionar. Su mirada adquirió un tinte de asombro y temor reverencial, como si estuviera viendo a un fantasma o un espíritu que viniese a cobrarse por fin su tasa.

—Soy la Prometida de Dalriada —explicó con más firmeza, alzando la barbilla y preparándose para decir en voz alta aquello que parecía tan extraño y que sin embargo ahora más que nunca, al estar delante de aquel hombre, empezaba a entender—, y tu...

hija.

No sabía si entendía una sola palabra de lo que le decía, pero lo que estaba claro es que algo cambió en su expresión. Lo vio pronunciar algo entre susurros para luego alzar la voz y, por fin, con un tembloroso e inestable paso, acercarse a ella.

El guerrero entrecerró los ojos. Sus manos ascendieron como si quisiera tocarla, solo para caer inertes a los costados como si tuviese miedo de rozarla.

—¿Quién eres, espíritu?

La voz profunda y firme del hombre la alcanzó con sorprendente claridad. Su inglés era mucho mejor que el del guerrero que las condujo hasta allí.

—No soy un espíritu —respondió, incapaz de apartar la mirada del hombre. Había algo en él que le resultaba conocido; la forma de su boca, la manera como entrecerraba los ojos... Aquellos eran gestos que reconocía en sí misma al mirarse a un espejo.

—¿Bridei? —lo escuchó pronunciar de nuevo, su mirada cayendo entonces en el colgante que llevaba alrededor del cuello.

Ella negó con la cabeza y vio cómo un tinte de tristeza emborronó los ojos oscuros del hombre.

—Bridei... era mi madre —murmuró. No sabía qué más podía hacer o decir.

Inconscientemente se llevó las manos al colgante con su nombre—. Yo... soy Scail.

—Scail... —respondió, mirándola intrigado. Una enorme mano subió entonces hacia su rostro, temblorosa, dudando y retirándose antes de volver a acercarse y tomar un mechón de cabello que se soltó de su coleta—. Tus ojos... son los de mi Bridei, pero tu pelo... ¿Qué clase de magia o brujería es esta? Ellas... Ellas están muertas...

Las dos...

Dio un respingo y se apartó inconscientemente al oír el brusco tono de voz en el hombre. El rugido salido de su garganta la asustó durante un instante.

—No es magia o brujería alguna, mi señor. —La inesperada voz de Runa irrumpió en la reunión. La mujer se acercó caminando tranquilamente, con Ciara a su lado, y en sus labios una concedora sonrisa—. Estáis ante vuestra única descendiente; la niña de vuestra señora Bridei.

El hombre posó su mirada sobre la mujer y frunció el ceño, casi como si le desagradara verla allí.

—Runa, ¿éste es otro de tus engañosos trucos, vieja bruja?

La sabia chasqueó la lengua, extendió la mano y señaló a la muchacha parada ante ellos.

—Escucha a la niña, viejo cascarrabias. Mírala a los ojos y ve la verdad por ti mismo —le espetó la mujer, dejando alucinadas a ellas dos. Si bien Ciara comprendía cada una de sus palabras, ella solo podía suponer que aquellos dos se conocían muy bien—. Es sangre de tu sangre y carne de tu carne.

Confuso por las palabras de la sabia, sin saber si debía o no ver la verdad en ellas, Eógan posó de nuevo la mirada sobre la niña que se alzaba orgullosa frente a él, con el porte de una guerrera. Un ligero temblor le recorrió por entero; las rodillas le fallaban por primera vez en numerosos años. Luchando contra la necesidad de sentarse, se movió rodeándola y examinándola con ojo crítico, mientras su alma y corazón empezaban a despertar ante lo que solo podía ser un milagro.

—El bebé... ¿Sobrevivió?

—Sí, Mi rey Eógan. Ella sobrevivió y ha regresado a ti porque desea terminar con esta guerra que dura ya tanto tiempo —declaró señalando a Shadow con un movimiento de la mano—. Escúchala, deja que ella te muestre quién es. Está tan perdida como lo has estado tú todo este tiempo.

Su mirada cayó de nuevo sobre el colgante en torno al cuello de la muchacha.

—Scail... —murmuró, extendiendo la mano hacia el colgante, reconociendo aquello que él mismo había tallado—. Yo se lo di... Mi sombra... mi reina... mi amor...

Lentamente, llevó su propia mano al colgante, rozando la del hombre, y murmuró.

—Yo... apenas la recuerdo —confesó—. Mi madre... Bueno, la mujer que me crio, lo guardó para mí...

El hombre la miró a los ojos, con la incredulidad batallando a muerte contra la naciente esperanza.

—Has sobrevivido. —Parecía que aquello era todo lo que podía comprender.

Se lamió los labios. La mano le temblaba cuando se atrevió a llevarla al rostro de él y tocó por primera vez la piel de ese hombre que era parte de ella.

—Tú también —murmuró. Una tímida sonrisa curvó sus labios—. Lo suficiente para permitirme conocer tu existencia.

Él miró de nuevo el colgante, acariciándolo con la yema de los dedos. Entonces su mano subió al rostro femenino.

—Scail... —pronunció de nuevo, como si fuera incapaz de creerla allí.

Ella asintió y cubrió la mano grande y callosa con la suya.

—Necesito tu ayuda, padre —murmuró sin saber si aquella era la respuesta correcta, pero creyendo en lo más profundo de su alma que era la única que podía darle—. Necesito poner fin a esta guerra. Por favor,

ayúdame.

El hombre apretó los labios un instante antes de oírlo alzar la voz y decir unas palabras que hicieron que toda la gente a su alrededor emitiera gritos de guerra que ella llegó a pensar que la ensordecían.

Se apartó sobresaltada, temiendo haber dicho algo que no debía. Su mirada voló a la de la sabia, que sonrió en respuesta.

—¿He metido la pata? —preguntó, deseando con todas sus fuerzas que no fuese así.

La anciana le acarició el brazo y la instó a caminar hacia el hombre que ya se dirigía hacia otra zona del poblado.

—No, querida mía, has hecho aquello para lo que has nacido —le aseguró—. —

Ahora acompañaile, tenéis mucho de lo que hablar.

¿Cómo hablarle a un hombre que no habías visto jamás? ¿Cuya existencia siempre habías desconocido? ¿Cómo asimilar que ese individuo que tenías ante ti, un guerrero de la antigüedad, el rey de una de las naciones más grandes y poderosas de su época era su progenitor?

Shadow no podía dejar de mirarle intentando encontrar en él algo que conectase su pasado con su presente, sentados alrededor de un fuego de turba en el interior de una tosca y enorme tienda, escuchaba las palabras de esa voz ronca mientras debatía los motivos de su presencia allí con la *Baisleac*. Sus ojos a menudo se derivaban hacia ella, como si quisiera asegurarse que era quién decía, que era real y que no se desvanecería de un momento a otro.

—Dime que las cosas van bien —pidió a Ciara, que estaba sentada a su lado.

—Tranquila, has conseguido lo más difícil —le dijo en voz baja, apretándole la mano con cariño—, que el rey haya aceptado sentarse a parlamentar.

Pero no era suficiente, la muerte estaba prácticamente a las puertas de Dalriada y, si no conseguía el apoyo de ese hombre y de su pueblo, uno al que, de haber resultado las cosas diferentes, ella misma habría formado parte, todo estaría perdido.

Volvió a mirar a los presentes, encontrándose con la mirada de su padre.

—Ven.

Su orden la sobresaltó, se levantó de golpe, miró a la *Baisleac* quién

asintió con una sonrisa y siguió disfrutando de la bebida que le habían servido. Con un último vistazo a su druida, quién no parecía precisamente convencida, siguió al hombre fuera de la tienda, atravesaron el poblado bajo la atenta mirada de los silenciosos soldados que allí se reunían y terminaron frente a otra tienda, está mucho más elaborada y de estatura más pequeña.

El rey se detuvo e hizo a un lado la piel que hacía la función de puerta y la miró, obviamente esperando a que entrase.

Respiró profundamente y penetró en lo que solo podía considerarse una especie de santuario arcaico. El fuego del hogar dominaba el centro de la sala circular, creando misteriosas sombras en las paredes, cuencos de agua y distintas hierbas se diseminaban junto con huesos y piedras de los que prefería no pensar su procedencia.

—Esto es...

—Espíritus —declaró entrando tras ella, dejó caer el toldo y los sumió a los dos en una extraña intimidad—. Es un lugar sagrado. Aquí los espíritus hablan. Nosotros escuchamos.

Parpadeó ante las críticas palabras, miró una vez más a su alrededor y no pudo evitar dar un respingo cuando el fuego crepitó expulsando brasas al aire.

—Ellos guían a los vivos que saben escuchar —continuó acercándose al fuego, dándole la espalda—. Ellos escuchan a mi pueblo y dicen no es el momento de luchar.

Abrió la boca para decir algo, pero él eligió ese momento para girarse y mirarla, sus ojos oscuros tan penetrantes que deberían resultar aterradores brillaban con una emoción que la sobrecogió.

—Y ahora ellos traen a los espíritus a la vida —declaró sin dejar traslucir en su voz la emoción de sus ojos—. Mi reina vive en ti.

Se lamió los labios y caminó hacia él.

—Yo no la recuerdo —aceptó intentando acercarse a él, mostrándose tal y como era—. Yo...

¿Cómo diablos explicarle a alguien de su época que ella había vivido en lo que solo podría considerarse una especie de futuro o incluso otro mundo?

—Cuando Carolan me salvó de la masacre del castillo —murmuró, tirando de sus recuerdos, de lo que había visto durante el tiempo que llevaba en esa tierra—, ella... me envió... con ayuda de los espíritus a un lugar... dónde fui querida, atesorada y feliz...

Él la miró durante unos instantes, asintió y volvió a mirar al fuego.

—Los espíritus hablan y los hombres obedecen —continuó—. Ellos te han traído a mí. Ellos me hablan a través de ti. Sangre a sangre, tierra a tierra.

Se detuvo a su lado y ante el fuego.

—Alma a alma —murmuró viendo como las llamas titilaban—. No quiero más sangre. No quiero más muerte. No quiero más sufrimiento. Esta tierra ha visto demasiado dolor, ya es suficiente.

—Quieres paz —respondió mirándola—. Ella quería paz.

Lo miró a los ojos y ahora fueron los suyos los que se vidriaron por las lágrimas, pero no les permitió emerger.

—¿Mi madre?

Una enorme y callosa mano se elevó hasta posarse en su mejilla.

—Mi Bridei —murmuró deslizando los dedos por su rostro, como si quisiera gravarse sus facciones para siempre—, ella deseaba paz. Ella murió por guerra. Tú moriste por guerra y los espíritus te han traído por guerra, para que tú traigas paz.

Se lamió los labios y tragó.

—No soy una guerrera, padre.

La mano se mantuvo en su rostro sin vacilar, entonces cayó tan lentamente como había subido.

—Eres hija del fuego, de la tierra y del amor —declaró él con meridiana claridad—. Una princesa por derecho de nacimiento y una guerrera aquí —señaló el corazón—. Has atravesado fronteras que ningún ser vivo ha atravesado, Scail, tu pueblo te seguirá a dónde vayas, hija mía.

Hija mía. Esas dos simples palabras sonaban tan extrañas y al mismo tiempo, allí, en ese pequeño rincón intemporal, significaron toda una vida.

—A Dunnad —declaró sin pensar siquiera si aquella era la respuesta que debería dar—, para traer la paz a un mundo en guerra.

El gran guerrero se irguió en toda su estatura, ni siquiera su edad restaba apostura o fuerza a su efigie tal era su magnificencia y aquello hizo que se sintiese orgullosa de la sangre y el pueblo del que había nacido.

—A Dunnad.

CAPÍTULO 28

La niebla dotaba al día de un aspecto lúgubre y plumizo. A pesar de que el sol ya había llegado a su cénit y se esforzaba por atravesar con sus rayos el cielo encapotado, ni siquiera su calor era suficiente. Parecía que el tiempo deseaba hacerse eco de los difíciles momentos por los que atravesaba aquella tierra.

La ciudadela en la colina de Dunnad se alzaba como un bastión inexpugnable. Sus murallas eran custodiadas por los soldados northumbrianos que las patrullaban y las gentes de la ciudadela permanecerían cobijados entre las chozas que salpicaban la colina. Y allí arriba, encaramado en una roca, estaba el castillo; el lugar desde dónde el maldito usurpador ejercía su poder.

Los informes sobre los *cruithne* eran correctos; la fortaleza estaba rodeada por sus tropas. Habían tomado posesión del valle y sus alrededores y nada se movía ya en la región sin que ellos lo supiesen. Era un verdadero milagro que no hubieran descubierto todavía a los hombres de los clanes.

—El sol está en lo más alto —murmuró Aedan.

Dominic alzó la mirada hacia el cielo encapotado, dónde el astro rey se dibujaba ya por encima de sus cabezas. Sus ojos se movieron una vez más por el terreno, comprobando que cada uno de los clanes estaba preparado y recibiendo de cada asentamiento la confirmación. Finalmente se giró hacia la entrada principal donde ella aguardaba, tal y como había sido profetizado, con un ejército a sus pies.

Había llegado el momento.

— *Non Oblitus* —murmuró, recitando el eslogan del clan McTavish, el pueblo que lo acogió en su seno, protegiéndole de modo que algún día pudiese luchar para recuperar lo que veinticinco años atrás le era arrebatado—. Acabemos con esto de una vez.

Aedan respondió sacando la espada de su funda, para tirar finalmente de la tela de su *plaid* y llevársela a los labios en muestra de fidelidad y honor.

—Por Dalriada —murmuró, mirando a su amigo y compañero.

Asintiendo, Dominic alzó su propia espada por encima de la cabeza y dio la señal que llevaría a los clanes de Dalriada a unirse bajo una sola bandera para defender sus tierras de los invasores y repelerlos de una vez por todas.

—¡Por Dalriada!

El grito de guerra de los clanes de Dalriada hizo que Shadow volviese a

respirar.

Encaramada en una hermosa yegua blanca y cubierta con las pieles y el distintivo que la reconocía como la princesa *cruithne* que era, esperaba ante las puertas de la ciudadela de Dunnad con un ejército de guerreros a sus pies.

Eógan, rey de las salvajes tribus *cruithne*, montaba a su lado con silencioso orgullo. El hombre había jurado ante su hija que la paz sería firmada en el momento en que el verdadero rey de Dalriada ocupara el trono de Dunnad. Hasta ese momento, sus guerreros y él permanecerían como simples espectadores sin inclinar la balanza o favorecer a ninguno de los dos bandos.

Los hombres de los clanes se fueron abriendo camino hacia la ciudadela, despachando a todo aquel que osara cruzarse en su camino o detenerlos. Dominic blandió su espada una última vez cercenando la vida de un soldado northumbriano antes de alzar la mirada hacia la cima de la colina y al sendero que llevaba a las puertas de Dunnad, donde la más hermosa y valiente de las amazonas, una cuyas habilidades ecuestres no eran muy amplias, montaba como una auténtica guerrera comandando al ejército más poderoso que cualquier hombre o mujer podía contar a sus espaldas.

Uno a uno, fueron dando muerte a sus enemigos, o perdonando a aquellos que se rendían, cada vez más asombrados y algo recelosos cuando se dieron cuenta de que los *cruithne* se limitaban a permanecer como meros espectadores, sin moverse o presentar batalla.

—Esa mujer lo ha conseguido —exclamó con incredulidad el jefe McInnes tras sacarse de encima a un soldado northumbriano.

—Es la Prometida de Dalriada —respondió un miembro del clan Mackenzie con reverencia.

—Ha cumplido su palabra —respondió otro con la misma adoración—. Que los dioses la guarden.

Sin perder un segundo, Dominic limpió su espada y ascendió a pie por el camino, avisando a sus compatriotas para que alzasen sus escudos cuando una andanada de flechas salió disparada de la muralla. Algunos cayeron, pero los que se mantenían en pie siguieron adelante con la esperanza llameando en sus corazones, dispuestos a recuperar lo que les pertenecía y traer consigo la paz.

El grito de guerra del legítimo señor de Dalriada se extendió por todo el valle, coreado por los hombres que corrían a encontrarse con su destino.

El castillo era un coro de gritos y voces alteradas. La gente corría de un lado a otro, conscientes de que el asedio que había comenzado fuera de las murallas ya había penetrado en el pueblo y ascendía hacia la colina para asaltar la fortaleza.

Robertson de Northumbria no hacía más que pasearse de un lado a otro. Tenía la cara roja y perlada de sudor, con los ojos abiertos por la incredulidad y el temor, viendo como un puñado de hombres se abría paso a través de sus fuerzas e irrumpía en sus dominios.

—¡Los escotos han conseguido sobrepasar los muros! ¡Se dirigen hacia el poblado!

Los bramidos de uno de los soldados lo precedieron cuando entró en el salón del trono, donde su rey no dejaba de pasearse de un lado a otro. La sangre chorreaba por su rostro, procedente de alguna herida en la cabeza, y su coraza al igual que su espada estaban teñidas de rojo.

—Majestad, se están abriendo paso hasta el castillo —informó entre resuellos. A juzgar por su aspecto, debía de haber huido de la contienda para poner sobre aviso a su señor.

—¡Repeledlos, maldita sea! —clamó, escupiendo saliva en su furia—. ¡Acabad con esos malditos perros de los clanes!

El soldado dio un respingo ante su frenético tono y giró sobre sus talones, dispuesto a llevar a cabo las órdenes recibidas, aunque él empezaba a creer que no serviría de nada. Apenas el joven atravesó la puerta principal de la sala del trono, cuando uno de los capitanes apostado en las murallas entró cojeando, con su pierna lacerada y sangrante. Tras él quedaba un camino de sangre tiñendo las piedras del suelo.

—¡Mi Señor! —llamó entre jadeos. Su rostro estaba demasiado pálido, ya fuera por la pérdida de sangre o por las noticias que traía—. Los salvajes se han retirado...

No... No están atacando...

—¿Qué quieres decir? —Se giró hacia el soldado con el ceño fruncido—. ¡Habla, maldita sea!

El capitán tenía problemas para mantenerse en pie y se tambaleó varias veces antes de terminar de rodillas y anunciar con voz débil.

—La Prometida de Dalriada monta junto a Eógan —respondió con un ligero temblor, poniendo en palabras lo que sus propios ojos habían visto—. Esa mujer tiene a los *cruithne* de su parte. Ellos se están limitando a cercar la

ciudadela, pero no atacan ni a los rebeldes ni a nuestras tropas.

Palideció. Sus labios se movieron, pero de ellos no emergía ni una sola palabra.

Lo que estaba diciendo aquel soldado era imposible, no podía estar sucediendo.

—No... ¡Eso no es posible!

Con un bramido de furia, cruzó el salón a zancadas apartando de su camino al soldado malherido y a cualquiera que se interpusiese en dirección, para dirigirse a una de las ventanas de la zona este, que permitía una amplia visión de la puerta principal a la ciudadela. Tal y como ya había visto aquella mañana, el lugar estaba sitiado, pero ahora las fuerzas de los *cruithne* se habían multiplicado en cantidad, cubriendo cada uno de los flancos e inmóviles como simples asistentes a unos juegos que se llevaban a cabo con cruenta brutalidad. Y allí dónde señaló el soldado se apreciaban dos figuras montadas a caballo, una de ellas era la de aquel malnacido y la otra, sin duda, era de una mujer.

—¡Maldita seas! Muerta... ¡Tenías que estar muerta! —masculló, golpeando con frustración la piedra antes de dar media vuelta y empezar a dar órdenes. No podía permitir que aquellos desgraciados alcanzasen el castillo. Él les enseñaría que nadie le quitaba lo que era suyo.

—¡Rápido! —clamó, volviendo hacia la sala del trono—. ¡Replegad las tropas!

¡Proteged el castillo! ¡No los dejéis avanzar!

Su mirada voló frenética de un lado a otro viendo como los soldados corrían a cumplir sus órdenes.

—¿Dónde está ese maldito druida? —gritó al tiempo que detenía a un sirviente que en mala hora se cruzó en su camino—. ¡Traedlo a mi presencia!

—Sí... sí, mi señor —balbuceó el muchacho antes de caer al suelo, incorporarse y salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Él apretó los dientes mirando el caos en torno a él. Cuando tuviese al druida en sus manos iba a sacarle la verdad a latigazos. Ese maldito *bueno para nada* le había asegurado que nadie podría destronarle.

«Solo la sangre del antiguo rey podría derrotaros, mi señor, y puesto que ya nadie tiene la sangre de los Alpin corriendo por sus venas, Dalriada seguirá siendo vuestra».

Solo la sangre del antiguo rey... El legítimo heredero al trono de Dunnad.

—Ni siquiera los fantasmas podrán arrebatarme lo que es mío —murmuró para sí, dirigiéndose nuevamente a gritos a todo el mundo.

Shadow se movió inquieta sobre el caballo. Los hombres de los clanes ya habían atravesado las puertas de Dunnad y se dirigían hacia el castillo. Ciara se había unido a los druidas tan pronto llegaron, solo la sabia *Baisleac* permanecía a su izquierda, quizá incluso más incómoda que ella, montando una bonita yegua castaña. A su derecha, sobre un hermoso caballo negro, su padre aguardaba con absoluta calma el desenlace de los acontecimientos.

Su mirada voló una vez más a la larga y casi infinita fila de guerreros que se extendían a su espalda, dispuestos a dar su vida por ella. Las últimas horas estaban siendo una locura; una sucesión interminable de caras, nombres y rangos, mientras su padre la reconocía como su heredera y la presentaba ante la tribu.

Incluso tuvo que asistir allí mismo a un nuevo intento de asesinato hacia su persona por parte de alguien de su nueva tribu, que había sido frustrado en el último momento por la siempre confiable Ciara. Ella misma tuvo que ponerse delante de la druidesa para evitar que los hombres de su padre tomaran represalias, ganándose no solo el respeto de su nuevo pueblo, sino también un nuevo título para la druidesa, que ahora también era considerada por los *cruithnes* una guerrera protectora.

Señor... En momentos como aquél mataría por una *Aspirina*.

—Un guerrero *cruithne* sabe cuál es el momento adecuado para entrar en batalla.

—La profunda voz de su progenitor la sacó de sus pensamientos, obligándola a volverse hacia él—. Ve, hija mía. Devuelve a Dalriada el heredero que deseas para ella y cumple con tu destino.

Ella abrió la boca, pero entonces volvió a cerrarla volviéndose hacia su izquierda, donde la *Baisleac* le dedicó una muda confirmación. Asintiendo miró a su padre, necesitando grabarse su rostro en los recuerdos, y giró su montura para traspasar las puertas de la ciudadela de Dalriada.

Los northumbrianos sucumbían rápidamente bajo el ataque de los clanes. Los guerreros de Dalriada tenían la fe y la esperanza en la figura de un nuevo rey luchando a su lado y peleaban con ferocidad. Poco a poco se abrieron paso a través de la ciudadela, respetando a las mujeres y a los niños, así como

a los ancianos, y cobrándose las vidas únicamente de aquellos insensatos que osaban luchar contra ellos.

Al llegar a las puertas del castillo, los gritos lo inundaban todo. Los inocentes siervos corrían como pollos sin cabeza, esquivando, generalmente con suerte, las contiendas y escaramuzas de los guerreros y soldados.

Dominic avanzó entre Aedan y Cahir. Los dos druidas apenas se separaban de él, cubriendo su flanco y dando muerte a aquellos incautos que se atrevían a acercarse demasiado. Frente a él, un soldado northumbriano contra el que luchaba caía una vez más al suelo entre resuellos.

—¿Dónde está escondida esa rata? —siseó, repitiendo la misma pregunta por tercera vez, sin estar dispuesto a hacerlo una cuarta—. ¡Habla!

El soldado le escupió a la cara.

—Iros al infierno —masculló.

Sin pensarlo dos veces, lo atravesó con la espada de forma rápida. No tenía fundamento prolongar el sufrimiento de ningún hombre.

—Te veré allí —respondió, arrancando la hoja para luego limpiarla en la ropa del cadáver antes de girar sobre si mismo tratando de orientarse.

Conocía aquel castillo. De niño jugó entre sus paredes y correteó por los interminables pasillos. Era tan extraño estar ahora en sus muros y reconocer lugares que no había visitado en veinticinco años.

—Milord.

Un bajo siseo llamó su atención, procedente de uno de los rincones más oscuros.

Actuando por instinto manejó la espada, adelantándola hacia aquella amenaza para detenerse en el último momento al oír un grito femenino y ver los ojos abiertos de par en par del niño que atrajo su atención.

—No nos hagáis daño. Yo sé dónde está el Rey —dijo el pequeño, protegiendo con su cuerpo a la mujer que intentaba que volviese adentro.

Bajando la espada, él se las arregló para poner su expresión menos amenazadora.

—Está bien, muchacho, no voy a haceros daño —le aseguró con suavidad.

Asintiendo, el niño luchó con las manos de su madre y salió, escurriéndose como un cachorrillo delante de él.

—Seguidme —le pidió—. Esa bola de grasa se esconde en la sala del trono, con el druida... Él no es un hombre malo; nos cuida y nos cura cuando estamos enfermos.

No vais a hacerle daño, ¿verdad?

Aedan y Cahir entraron en ese momento tras él, arrancando un nuevo grito a la mujer.

—Está en la sala del trono —oyó la voz de Cahir a su lado.

Él se giró y asintió ante el hombre al que siempre había considerado un hermano y que, por azares del destino, resultó serlo. Su medio hermano, el hijo bastardo del hombre que lo engendró.

Volviéndose una vez más hacia el niño, se acuclilló frente a él y posó la mano sobre su hombro.

—Vuelve con tu madre y protégela —le pidió, mirando un instante a la mujer—.

Todo irá bien.

Asintiendo, el muchacho volvió a los brazos de la mujer, que todavía los miraba con temor.

Él se levantó y se volvió hacia sus compañeros.

—No dañéis al Alto Druida... —informó antes de dar los primeros pasos que lo llevarían frente al hombre que le arrebató su familia y su derecho de nacimiento.

Shadow bajó de su montura al llegar a las puertas del castillo, donde algunos de los guerreros todavía se las veían con los soldados de northumbria. Allá donde mirase, todo era muerte, dolor y desolación; las piedras del suelo se cubrían con la sangre de los caídos y la inmundicia. Miembros cercenados, hombres que emitían su último estertor eran imágenes que no estaba segura si algún día podría borrar de su mente.

«*Esto tiene que acabar, tiene que acabar*». No dejaba de recitar para sí misma, recordándose el motivo por el que continuaba todavía en pie, caminando a través de alaridos, gritos de guerra y combatientes cuyas espadas empezaban a pesar demasiado.

Tenía que hacer algo para terminar con todo aquello, para que la sangre dejase de regar aquella tierra.

Avanzó con cuidado, evitando a los hombres que todavía luchaban, moviéndose entre el sucio suelo cubierto de muerte y tropezando en su camino con personas que abandonaban precipitadamente el lugar. Mujeres arrastrando tras de sí a sus hijos, otras llevándolos en brazos, hombres abriéndose paso mientras protegían a sus familias arrancándolas de aquella locura.

—Esto debe acabar —murmuró en voz alta mientras luchaba para que su estómago mantuviese lo poco que había comido en su lugar.

El interior del castillo era frío; piedra gris sin más adornos que las manchas de sangre que decoraban las paredes y los cuerpos que también aquí alfombraban el suelo.

Muebles rotos, tapices desgarrados, antorchas ardiendo tiradas en el suelo... A su alrededor todo era triste, sin vida.

A lo lejos se oían ecos, palabras que no comprendía, sonido de metal chocando contra metal; no sabía qué ruta tomar o qué hacer a continuación. Ni siquiera estaba segura de por qué había entrado en el castillo.

—Dominic —dijo su nombre en voz alta, poniendo voz a la respuesta de su corazón. Tenía que encontrarle; debía estar a su lado. Quizá fuese más estorbo para él que ayuda, pero tenía que ir; toda su alma clamaba por él, necesitaba cerciorarse de que no estaba en peligro, que seguía con vida—. Por favor, Dios, no dejes que lo maten.

Echando un vistazo al entorno, decidió seguir adelante por el mismo corredor. Se orientó a través del sonido de la batalla, allí dónde hubiese hombres luchando posiblemente estuviese él, solo debía ser cauta y evitar acabar ella misma como víctima de alguna escaramuza.

Los pasillos fueron quedando atrás. Habitación tras habitación siguió avanzando en su búsqueda, encontrándose con algunos hombres de los clanes que la miraron sorprendidos o le gritaron, imaginaba que para que se marchase. Acababa de girar nuevamente en una esquina cuando un soldado northumbriano se interpuso en su camino. A juzgar por la sorpresa en el rostro del hombre, no la había oído hasta ahora.

Con un ahogado jadeo, ella retrocedió solo para ver cómo el hombre miraba hacia su espalda y, tras mirarla a ella de nuevo, intentó agarrarla.

—¡Shadow, al suelo!

Nunca supo si fue su tono de voz o sus reflejos lo que la llevaron a agacharse y cubrirse la cabeza un segundo antes de que una flecha atravesase el hombro y la otra una pierna del hombre que, siseando, se volvió hacia su atacante, el cual no dudó en despacharlo con rapidez con un movimiento de espada.

—Aedan... —pronunció su nombre cuando el druida se volvió hacia ella con la furia dibujada en su rostro.

—¡Qué demonios haces aquí! —clamó y la cogió del brazo, levantándola

casi de un salto.

Ciara bajaba ya el arco con el que asaeteó al hombre para volver a atender a una mujer que parecía haber recibido una herida en el abdomen.

—Necesito llegar hasta Dominic —respondió, volviéndose ahora hacia el druida—. Por favor.

Con un gruñido, Aedan tiró de ella hacia el pasillo que doblaba a la izquierda y continuaba por unas escaleras. Su mirada se posó un instante sobre su esposa.

—Llévala —le dijo Ciara, mirando a Shadow—. Enseguida me reúno con vosotros.

Asintiendo, empujó a la muchacha hacia delante, aflojando ahora su agarre sobre ella; guiándola.

Tuvieron que recorrer varios pasillos y subir un par de tramos de escaleras, guiándose por el sonido de las espadas y los gritos, antes de darse de bruces con la contienda que se desataba ante las puertas cerradas de la sala del trono.

Aedan la empujó hacia atrás, apartándola del camino del soldado que ya se abalanzaba hacia él, deteniendo su estocada con la espada, para devolvérsela.

—¿Qué diablos hace ella aquí? —gritó alguien.

Ella siguió el tono de voz hasta Cahir, que acababa de quitarse de encima a un par de soldados.

—Tiene un ejército de salvajes para ella solita, yo no la cuestiono —respondió Aedan, deshaciéndose de su propio combatiente para volverse hacia ella y arrastrarla de nuevo hacia la pared contraria. Empezaba a sentirse como una peonza dando vueltas sobre sí misma.

Un nuevo tirón la atrajo con fuerza contra un cuerpo fuerte y masculino que conocía perfectamente, para finalmente empujarla de nuevo a su espalda.

—Ni... se te ocurra... moverte... de ahí —le gritó Dominic, alternando sus pausas con golpes de espada para mantener a raya al soldado que intentaba deshacerse de él.

Ella dio un nuevo paso atrás, dejándole espacio para moverse y quedando entre los tres druidas, que luchaban con todo lo que tenían. Un ligero escalofrío atravesó su columna cuando vio cómo uno tras otro, los hombres daban muerte a sus enemigos. Sus ojos se levantaron entonces a la doble puerta que se alzaba más allá de ellos y el frío le caló hasta los huesos; su

propia alma se estremeció en respuesta.

—Él está detrás de esas puertas —se encontró murmurando, con la mirada fija en la gruesa madera.

El hombre que causó la infelicidad y la muerte a su madre; el que la privó de un lugar junto a su padre; por culpa de quién tuvo que ser enviada en el tiempo para ser puesta a salvo; aquel cuya presencia manchó el suelo de aquella noble tierra de sangre, de dolor, y le arrebató su familia al hombre que amaba, su derecho de nacimiento, el lugar que le correspondía como legítimo heredero de Dalriada.

El silbido de algo pasando junto a su oreja hizo que saliese de su ensimismamiento y girase sobre sí misma. Una espada ensangrentada caía en ese momento de las manos del hombre que amenazó su vida. De aquellos inertes labios escapaba un hilo de sangre y tenía las pupilas dilatadas por el horror, mientras se llevaba las manos a la garganta atravesada por una flecha.

—Oh... mierda... —jadeó, apartándose de un salto antes de encontrar en el lugar de procedencia de la flecha a Ciara, asestando un golpe a otro soldado con el arco para luego rematarlo con un pequeño cuchillo.

—¡Sácala de aquí! —escuchó decir a Dominic, mientras despachaba a un segundo oponente e iba directo hacia las puertas que daban a la sala del trono.

Solo tuvo tiempo de oír un murmullo en voz baja, seguido de una ligera ráfaga de aire que, salida de ninguna parte, atravesó el pasillo e impactó contra las puertas cerradas, abriéndolas de golpe y dejando a la vista a cuatro soldados más, que acudieron inmediatamente al ataque mientras un hombre de mediana edad, vestido con caras y coloridas ropas, empuñaba una espada.

—¡Malditos, venid a mí si os atrevéis!

Él resollaba audiblemente. Sus mejillas estaban demasiado coloradas por encima de una barba entrecana que le cubría el mentón y, tras él, en una enorme pared de piedra iluminaba por unos tímidos rayos de sol, brillaban unos símbolos rúnicos que, juraría, estaban sangrando.

—La Profecía —murmuró. El conocimiento le llegó de ninguna parte, pero sabía que aquella era la Profecía que apareció escrita sobre la pared de la sala del trono, con lo que se decía era la sangre de la Alta Druidesa de Dalriada.

Un nuevo rugido atrajo su atención. Arrancó la mirada de aquellos símbolos y contempló cómo los druidas de Dalriada peleaban con todas sus fuerzas con los soldados que se esforzaban por mantener a salvo al usurpador.

Eran cuatro contra cuatro, una pelea más que justa, pero había alguien deseoso de tomar ventaja, enfrentándose a uno de los druidas en un dos contra uno; una cobardía que provocó que dejase su lugar y corriera hacia la sala del trono para caer en manos de aquel que quiso matarla desde el comienzo.

El usurpador, que se había alejado de la contienda en el momento en que una espada se dirigía hacia él, evitó la estocada y se movió hasta terminar ahora de espaldas a la puerta que le permitiría escapar, encontrándose directamente con la mujer a la que estaba decidido a dar muerte corriendo en su dirección.

Ella jadeó cuando sus manos la apretaron, inmovilizándola contra las duras protecciones de su armadura y apretando con fuerza el filo de una espada contra su garganta.

—¡Alto! —clamó entonces, escudando su cuerpo con el de la muchacha, mientras veía cómo los druidas daban muerte a los soldados que retuvo junto a él para su protección—. Qué inesperado regalo ha caído en mis brazos; nada más y nada menos que la Prometida de Dalriada y sus cuatro druidas.

Su fétido aliento a vino hizo que ella apartara la cabeza. El movimiento arrancó una gota de sangre de su cuello.

—Quieta —la apretó con fuerza—. Hasta ahora habéis sido malditamente escurridiza, muchacha. Algunos empezaban a pensar que incluso inmortal.

Ella no respondió. Su mirada seguía fija en los druidas. No deseaba que ninguno de ellos resultase herido por su culpa. ¿Por qué no había esperado fuera tal y como le dijeron? ¿Por qué siempre tenía que hacer lo que le venía en gana?

«Eres hija de tu padre. Una verdadera princesa guerrera. Por tus venas corre la sangre de una tierra agreste y salvaje».

Las palabras llegaron a su mente procedente de un pasado muy lejano, de los labios de una mujer con una mano amorosa que le cepillaba el pelo; una hermosa dama que la amaba más que a su propia vida: su madre.

—No tengo necesidad de la inmortalidad. Mis druidas me proporcionan aquello que deseo en el momento en que lo necesito —se arriesgó a decir, teniendo cuidado de no moverse para no resultar herida—. Y mi deseo es ver al verdadero rey sentado en el trono de Dalriada. Exijo que el maldito impostor y aquellos que contribuyeron a acabar con la vida de mi madre y me arrancaron del lugar que podría haber ocupado, encuentren la justicia que les es merecida. Deseo que este usurpador, que se oculta tras de mí, pague por

todos los crímenes que ha cometido contra mi señor y legítimo heredero de Dalriada. Y si tengo que viajar en el tiempo para ello... ¿Qué demonios?

Eso es lo que he hecho, ¿no?

Rogando a los dioses a los que se encomendaban sus druidas que le diesen la fuerza y sabiduría necesarias, cerró los ojos y tomó posesión del rol para el que nació.

—Druidas de Dalriada, escuchad el ruego de vuestra Prometida —clamó en voz alta—. Derrocad al usurpador y que el verdadero Rey se siente en el trono y devuelva a esta tierra la luz que le fue robada.

Depositando toda su confianza en los hombres y en la mujer que la acompañaron a lo largo de este viaje, permaneció relajada con los ojos cerrados y esperó a que el destino cumpliera su parte.

La tierra de Dalriada respondió a la llamada de sus druidas, concediéndoles los dones que los vieron nacer y que alejarían la amenaza de la mujer a la que debían protección y lealtad.

Ella se tambaleó y cayó sobre su magullado hombro cuando algo impactó con fuerza sobre el hombre que la retenía. Inmediatamente un grito de guerra resonó en la sala, seguido de golpes de espada mientras Aedan y Ciara se inclinaban a su lado y la ayudaban a ponerse de pie.

Un agónico alarido a su espalda marcó el final del usurpador.

—Esto... por lo que hiciste a mi clan, maldito bastardo —clamó Cahir, tomando por fin su venganza y hundiendo la espada profundamente en el corazón del traidor antes de girarla para extraerla con fuerza, dejando caer el cadáver sin vida al suelo—.

Y eso... por Dalriada.

Dominic miró a su hermano y asintió levemente en un mudo acuerdo antes de volverse hacia Shadow, que era custodiada por Ciara y Aedan.

—Eso ha sido algo muy estúpido, Prometida —le aseguró, clavando sus ojos dorados en los de ella.

Puso los ojos en blanco.

—Lo sé, no volveré a hacerlo —aceptó con un suspiro, volviéndose para ver el cuerpo tirado en el suelo y cómo la sangre empezaba a extenderse por la tierra—. Él mató a mi madre y la separó del hombre al que realmente amaba, ha hecho desgraciada a la gente que quiero y ha intentado matarme a mí...

Dominic la atrajo a sus brazos, volviéndola de espaldas a aquella muerte.

—No puedo sentir lástima por su muerte... —confesó, devolviéndole el

abrazo—.

¿Me convierte eso en una asesina?

Él negó con la cabeza.

—No, amor, te hace humana —le aseguró, besándole la cabeza—. Ahora ya se ha terminado todo.

—Sí —aceptó ella con un suspiro, descansando la cabeza en su hombro mientras miraba hacia la pared en la que estaban los símbolos rúnicos, justo a tiempo de ver cómo estos se diluían y la tinta, o lo que quiera que fuera con que estaban escritos, empezaba a reunirse en el centro de la pared.

Ella intentó deshacerse del abrazo, volviéndose hacia el muro, dónde ya empezaba a tomar forma una nueva línea de caracteres.

—¿Dominic? —lo llamó, lamiéndose los labios—. Eh... chicos, ¿esto... es normal?

Los druidas se reunieron en torno a su Prometida y contemplaron el milagro; cómo la sangre volvía a escribir por sí sola la parte final de la profecía que nunca antes había sido grabada.

Ciara empezó a leer en voz alta.

— *«Unidos en un solo estandarte, los pueblos de Alba se alzarán. Solo aquél con pleno derecho, ante la Piedra de los Reyes se encontrará. Oigamos su voz, la tierra lo proclamará. Aquél que una vez debió de ser Rey, su reinado reclamará. Y como una vez lo fue de Dalriada, Rey de Alba se proclamará».*

Tan pronto como Ciara terminó de leer aquellas palabras, éstas empezaron a desvanecerse hasta dejar una única frase:

— *Non Oblitus* —leyó Aedan con estupor.

—No olvidéis —tradujo Dominic.

—Es el lema del clan McTavish —aceptó Cahir, mirando a su hermano.

Shadow se adelantó, estirando la mano hacia aquellas letras, pero antes de que pudiera tocarlas, éstas desaparecieron también como si la piedra hubiese tragado la sangre.

—Alba —murmuró Ciara, pensando en lo que había leído—. ¿Qué significa?

—¿Y lo de unidos en un solo estandarte? —añadió también Aedan.

Ella se quedó mirando la pared durante unos instantes. Entonces se volvió hacia ellos, posando su mirada sobre Dominic.

—La Piedra del Destino —murmuró ella, mirando a su druida más querido

—. El primer rey que unirá a los escotos de Dalriada y al pueblo *cruithne* bajo un mismo estandarte, el Rey de Alba... y el comienzo de un nuevo futuro.

CAPÍTULO 29

Shadow contempló una última vez el lugar en el que al atardecer quedaría ubicado el nuevo trono. La sala empezaba a ser ya engalanada para la ceremonia de coronación, había mucho por hacer y mucho de lo que hablar, pero a ella no le quedaba apenas tiempo.

Iba a regresar a casa. Después de todo lo ocurrido en las últimas semanas, necesitaba volver; dejar atrás toda aquella locura en la que se había visto sumergida y pensar, encontrarse a sí misma y hallar su lugar en el mundo.

Con un suspiro abandonó la sala del trono y cruzó los corredores, ahora llenos de actividad y luz. Dominic se había instalado en una de las habitaciones más alejadas, que, si bien no era de las más grandes de la fortaleza, conseguía la luz de buena parte del día y estaba situada en un ala extensa y poco utilizada.

No había querido tener nada que ver con el anterior ocupante del castillo. Sus recuerdos del lugar volvían continuamente a su mente, trayendo consigo la infancia vivida entre aquellos muros. Deseaba poder recuperar algo de aquella familiaridad y al mismo tiempo asentar un nuevo hogar.

Escuchó su voz incluso antes de abandonar el pasillo y subir el tramo de escaleras que llevaba hacia sus habitaciones. Sonaba alterado, irritado en realidad, un estado habitual en los últimos días; la cercanía de la ceremonia de coronación y el recordatorio de sus nuevas obligaciones lo mantenían al límite.

No era un buen momento para darle la noticia, pero no podía dejarlo pasar más tiempo; después de la coronación, se marcharía.

Suspirando ante la nueva discusión que sabía que llegaría, avanzó hacia las puertas abiertas y vio cómo varias mujeres de los clanes discutían sobre el atuendo y las telas que el futuro monarca debería lucir en la ceremonia de la tarde, mientras Aedan contemplaba la discusión y la rápida pérdida de paciencia de su amigo sonriendo sin disimulo.

Ocultando una pequeña sonrisa, entró en el dormitorio. No necesitaba anunciar su presencia, él sabía siempre el momento exacto en el que ella estaba cerca.

—La verde con aplicaciones doradas —murmuró acariciando una de las telas extendida sobre una ornamentada silla—, realza el color de tus ojos.

Él la miró arqueando una delgada ceja negra.

—Siempre es un placer contar con vuestra opinión, Prometida —le dijo y,

sutilmente, hizo que las mujeres se volvieran hacia ella, pasándole el problema con una súplica en los ojos—. ¿Quizá podáis encargarnos también del resto?

Ella sonrió suavemente e imitó algo parecido a una reverencia para luego volverse hacia las mujeres, que la recibieron con calor y volcaron rápidamente sus inquietudes.

En menos de cinco minutos despachó a todo el mundo, dejándolas contentas y tranquilas, consiguiendo incluso su colaboración con los quehaceres para la próxima ceremonia.

—Me encanta cuando hace eso —comentó Aedan a su amigo mientras las mujeres salían por la puerta—. Deberíais enseñárselo a Ciara, podría resultar útil.

Ella se volvió desde el umbral, ladeó la cabeza y fingió inocencia.

—¿Tienes problemas con las mujeres, Aedan? —le preguntó llevándose un dedo a la barbilla, dándose unos golpecitos—. No puedo imaginarme el porqué.

El druida se quedó sin palabras durante un segundo, mientras Dominic trataba de disimular la sonrisa y el brillo de diversión en sus ojos.

—Te prefiero cuando eres dulce, amable y lanzas besos, mi señora —replicó finalmente, dedicándole un guiño antes de volverse hacia su amigo y palmearle el hombro—. Relájate, todo saldrá bien. Hablaré con Campbell y seguiremos buscando; no puede habérselo tragado la tierra.

Dominic perdió su sonrisa al mencionarle uno de tantos problemas que tenían entre manos.

—No dejéis de avisarme si llegáis a dar con él.

Aedan puso los ojos en blanco y le dedicó una burlona reverencia.

—Sí, Majestad; a sus pies, Majestad —se burló. Entonces se dirigió a ella, tomando su mano en la de él y llevándosela a los labios con galantería—. Prometida...

Ella sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Mi druida... —respondió con la misma diversión.

La puerta se cerró finalmente tras Aedan, dejándolos solos por primera vez en varios días. Con los preparativos y los jefes de los clanes entrando y saliendo, pidiendo audiencias y hablando con el futuro monarca, apenas habían tenido tiempo para verse y mucho menos para poder hablar.

—Mi señora... —la saludó dedicándole él mismo una ligera reverencia.

—Creo que eso debería de hacerlo yo, *majestad* —le dijo, sonriendo al verlo fruncir el ceño—. Está bien, Dominic, has nacido para ello. Es tu destino, lo harás bien.

Él la miró, buscando sus ojos y leyendo en ellos aquellas palabras que no eran pronunciadas, pero que sin embargo estaban allí.

—¿Por qué temo que ésta no es una visita de cortesía? —preguntó sin andarse con rodeos, caminando directamente hacia ella.

Respiró lentamente con la mirada esquiva, incapaz de encontrarse con la de él. El valor huyó dejándola sola.

El silencio entre los dos empezó a hacerse más tenso. Ni siquiera la presencia de él a pocos pasos lo hacía más comfortable.

—Quieres marcharte —dijo él entonces.

Ella alzó sus ojos verdes, sorprendidos y tristes, y movió los labios para decir algo, pero no pudo encontrar las palabras.

—Has tomado tu decisión —continuó él, estirando la mano hasta acariciar su barbilla entre el pulgar y el índice, obligándole a mirarle.

Se mordió el labio inferior.

—Necesito... volver.

Suavemente le acarició la mejilla. Entonces la dejó ir y se alejó de ella, dándole la espalda.

—Dominic...

Él se volvió.

—¿Cuándo te irás?

Sintió que se le hundía el pecho ante el tono frío que empleaba.

—Después de la coronación —musitó—. Yo... le pediré a Carolan que abra el *Portal* para mí.

Él negó con la cabeza.

—Aedan te llevará —declaró. Y no había posibilidad de discusión en su voz—.

Necesito saber que estarás bien. Me quedaré más tranquilo.

Lo miró.

—Lo siento —susurró en voz muy baja—. Necesito hacerlo, Dominic. Esto... me ha superado. Estoy... cansada. No sé... Ya no sé ni quién soy. Necesito tiempo para encontrarme a mí misma. Todo lo que ha ocurrido nunca debió suceder y, sin embargo, estoy perdida.

El dolor y la desesperación en la voz de Shadow llevó a Dominic de

nuevo a su lado. La necesidad de abrazarla, de llevársela consigo a cualquier lugar lejos de todo aquello y no dejarla marchar jamás se hacía cada vez más intensa.

—Está bien, diablillo. —Le retiró el pelo del rostro, recogíendoselo tras la oreja—. Te lo dije; eres mi vida, todo mi mundo. Allí donde estés, mi alma, mi corazón, todo lo que soy y seré estará contigo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Puedo dejarte marchar, Shadow, porque sé que lo necesitas. —Las palabras a menudo no podían expresar los verdaderos sentimientos que existían detrás, pero él lo intentó—. Pero eso no significa que vaya a renunciar a ti, mi Prometida.

Abrió la boca para decir algo, pero se le formó un nudo en la garganta que no le dejaba apenas respirar.

—¿Por qué...? ¿Por qué tienes que ser... tan jodidamente... comprensivo? —se las arregló para preguntar, aunque posiblemente ni siquiera sabía por qué lo hacía.

Él sonrió, la atrajo hacia sí y la abrazó, meciéndola suavemente y acariciándole lentamente la espalda.

—Desde el primer momento en que pusiste los pies en este tiempo has deseado regresar a casa —contestó, acariciándola—. Todas y cada una de aquellas veces lo deseaste fervientemente, ahora sin embargo dudas, amor mío. Eso todavía me da esperanzas.

Shadow ocultó el rostro contra su pecho. Maldito fuera ese hombre y la verdad que encerraban sus palabras, pero aquello no cambiaba nada. Tenía que irse, necesitaba ver a su hermano y asegurarle que estaba bien, que estaba viva.

—¿Se lo has dicho a él?

Asintiendo, se apartó lo justo para mirarle a la cara.

—Mi padre me ha dado su bendición —aceptó—. Dice que ahora sabe que moro en el mundo de los vivos y que ya no tiene que llorar mi muerte, le ha dado paz. Cree en un destino, en algo superior... No sé, no lo entiendo muy bien. Solo sé que apoya mi decisión.

Él le acarició el pelo.

—Entiendo.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, esta vez más cómodo; casi necesario.

—¿De qué estaba hablando Aedan? —preguntó, intentando cambiar de tema.

Él frunció el ceño, exhaló un suspiro y la dejó ir.

—El Alto Druida que ha estado sirviendo al usurpador ha desaparecido —respondió, dirigiéndose ahora hacia una de las dos ventanas que iluminaban la habitación—. Debió de aprovechar el día de la toma del castillo para huir como el cobarde que es.

Ella sabía que llevaban semanas tras aquel hombre. Imaginaba que el hecho de que no encontrasen rastro de él era algo bueno, especialmente después de oír a algunas de las gentes de Dunnad hablando sobre el druida y cómo éste los ayudaba a espaldas del viejo monarca.

—Quizás debieseis dejarlo estar —sugirió con suavidad—. Creo que sabe que su tiempo aquí ha terminado y simplemente se ha marchado.

—Es un traidor —siseó, volviéndose hacia ella.

—Solo es un hombre más, Dominic —le aseguró ella, caminando hacia él, calmándolo—. Déjalo ir.

Él la miró y suspiró. Sabía que no había nada que no hiciera por la ella.

—Está bien, quizás tengas razón —aceptó con un resoplido.

Sacudió la cabeza antes de preguntar por otra cosa que seguía dándole vueltas en la cabeza. Durante el asalto al castillo, ninguno había visto al soldado que la capturó la primera vez. Sabía que huyó después de que ella cayese por el acantilado, pero nadie había vuelto a verlo desde entonces. El hombre era el jefe de la guardia del difunto usurpador y, con todo, a la hora de descubrir su paradero u obtener información de las gentes del castillo, todos parecían desconocer su existencia.

—¿Habéis logrado dar ya con ese hombre? ¿El capitán de la guardia?

Se volvió hacia ella y negó lentamente con la cabeza.

—Él parece ser otro de los que ha desaparecido de la faz de la tierra —aseguró, pero su tono era más brusco y duro. El resentimiento y el recuerdo de los momentos vividos en el acantilado seguían presentes en su mente—. Pero aparecerá. Antes o después, alguien dará con él y lo traerá. Tengo una cuenta pendiente con él.

Guardó silencio.

—Aunque suene extraño lo que voy a decir, él no me hizo daño.

Él la fulminó con la mirada.

—Casi te mata —respondió entre dientes.

Sacudiendo la cabeza caminó hacia él.

—En realidad, no. Casi podría decir que cuidó de mí durante mi cautiverio y él fue quien dio muerte al maldito hijo de puta que me disparó la flecha —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Si llegáis a encontrarle, permítele hablar primero, por favor.

La miró una vez más, estudiándola.

—Eres demasiado confiada para tu propio bien —respondió, negando con la cabeza y volviendo una vez más a su lado—. La ceremonia de coronación se celebrará al atardecer. ¿Te quedarás a mi lado hasta entonces?

Apretó suavemente los labios, apenada.

—¿Qué clase de estúpida soy, que me alejo de ti? —murmuró, acercando la mano a su rostro y acariciándole la mejilla.

Él le sonrió, atrapando su mano al tiempo que bajaba el rostro hacia el suyo.

—La misma clase de estúpido que yo, por no obligarte a quedarte conmigo —aceptó a escasos centímetros de sus labios—. El amor está lleno de sacrificios, diablillo. Nadie dijo que sería sencillo.

Sin darle tiempo a responder, bajó la boca sobre la suya, besándola con todo el amor que sentía por ella.

La ceremonia de coronación se llevó a cabo al atardecer en medio de grandes festejos y celebraciones. Las gentes de los distintos clanes, así como algunos miembros de las tribus *cruithne* se reunieron para celebrar y compartir aquel momento importante de la historia, en la que dos pueblos se unían para dar nacimiento a una única nación.

El nuevo monarca sería conocido de ahora en adelante como Kenneth McAlpin, el primer Rey de Alba, aunque en sus círculos más íntimos seguirían conociéndole como uno de los druidas de Dalriada.

Shadow sonrió al verlo hablar con el jefe del clan McNeil. Dominic no había dejado de fruncir el ceño y gruñir desde que le comentó horas antes lo extraño, a la par que familiar, le resultaba escuchar el nombre de la casa de Alpin unido al suyo. Si bien Kenneth era el nombre con el que nació y lo recordaba, identificándose a sí mismo con él, en su interior seguían pesando más los años vividos con el clan McTavish y su papel como jefe de ese clan.

Ella bromeó con él, intentando aliviar la rigidez que lo envolvía debido a la tensión previa a la ceremonia.

«Bueno, míralo por el lado bueno. En realidad, solo tendrás que acostumbrarte a un nuevo apellido; tu nombre sigue escribiéndose igual: *K. Dominic McAlpin*».

Todavía recordaba sus ojos en blanco y la sonrisa que luego cubrió sus labios.

—Entonces... vas a irte.

La inesperada voz a su espalda la atrajo al presente y la hizo volverse. Vestido en tonos verdes y marrones, luciendo los colores de su clan y el broche que lo señalaba como uno de los cuatro druidas de Dalriada, Aedan la observaba con cautela. Su mirada era tranquila, relajada y contenía también un brillo de resignación.

—Acaba de pedirme que te escolte a Kilmartin con las primeras luces del alba y abra el *Portal* para ti —respondió. Su tono contenía una obvia censura.

Ella se obligó a sostenerle la mirada.

—Mi tiempo aquí ha terminado —murmuró, bajando la mirada solo para recorrer a los asistentes con ojos tristes—. Tengo que volver...

La profunda respiración de Aedan sonó en sus oídos como el prelude de algo más.

—Mis deberes son protegerte y servirte, pero he de confesar que he tenido un momento o dos en el que me hubiese encantado ponerte sobre mis rodillas y darte una buena zurra —confesó con total sinceridad—. Pero no me corresponde a mí juzgar tus acciones, por erróneas e infantiles que me parezcan.

La sorpresa que le causaron sus palabras la dejaron sin habla. Aquélla era la primera vez que el druida hablaba con tanta sinceridad.

—Yo estuve a punto de cometer el mayor error de mi vida y hacer daño con ello a la mujer que más me importa —continuó ahora con un poco de recelo—. No hagas lo mismo... Él no se lo merece.

Bajó la mirada al suelo sin saber qué decir exactamente. No se esperaba aquellas palabras de parte del druida.

—He tomado mi decisión, Aedan —murmuró en respuesta—. Lamento que mis acciones te parezcan erróneas o infantiles, pero lo creas o no, lo entiendo. Vosotros vivís en tiempos de druidas, dónde cada decisión influye en lo que tocáis y aquellos que tenéis alrededor. Cada uno de vosotros sois una parte importante de algo mayor, como aguas de un pequeño río que termina confluyendo en el mar... Yo solo soy la piedra que alguien ha quitado de la

orilla y ha lanzado al agua. Puede que haya nacido aquí, en esta época, pero no es a la que pertenezco...

La miró con el ceño fruncido.

—He visitado tu tiempo, Shadow, con lo que puedo entender tu extrañeza y la necesidad de volver a aquello que conoces —aceptó con una ligera inclinación de cabeza—. Pero yo al menos sé dónde están mis raíces y dónde quiero que éstas arraiguen, algo que creo que tú todavía no tienes claro. Solo por ello voy a hacer lo que me han pedido y acompañarte de vuelta.

Asintió lentamente. ¿Qué podía decir? Estaba claro que nadie estaba de acuerdo con su decisión. A decir verdad, ella misma estaba insegura al respecto, pero a pesar de todo iba a marcharse; lo sabía.

Su mirada vagó entre los presentes, deteniéndose sobre el motivo de toda aquella locura a la que fue arrastrada. Dominic estaba hablando ahora con Cahir. El *laird* de los Campbell parecía haber cambiado desde el momento en que su espada atravesó al usurpador. Fue como si con aquello pusiera fin a los demonios que lo asediaban, permitiéndole nuevamente la calma. Con todo, la relación entre ambos hermanos seguía siendo tensa, especialmente por su parte, ya que Dominic se esforzaba en encontrar nuevamente un nexo común entre ellos y, a juzgar por el saludo y el breve abrazo que ahora compartían, sus esfuerzos parecían empezar a dar sus frutos.

—Parece que hay heridas que empiezan a cerrarse —murmuró, mirando a los dos hombres al otro lado del gran salón.

Aedan posó suavemente una mano sobre su hombro.

—Sí, pero otras ocuparán su lugar —aseguró sin pelos en la lengua—. Y éstas no cicatrizarán tan fácilmente, sino que al contrario seguirán sangrando. Quizá, eternamente.

Con una ligera inclinación de cabeza, se excusó y volvió con su esposa, que hablaba con el *laird* McInnes.

—Entonces... ya tienes lo que buscabas.

Cahir se giró para ver a su pequeña bruja pelirroja arropada en su capa marrón con la bolsa de sus hierbas sobre la cadera, estaba claro que la mujer estaba dispuesta a marcharse ya.

—Has obtenido tu venganza.

Le sostuvo la mirada y caminó hacia ella.

—Solo he hecho justicia —declaró con firmeza y convicción—. Una que

atañe a más gente que a mí, a todo un pueblo que llevaba décadas oprimido por un impostor.

Ella asintió, dándole la razón.

—¿Y dónde ha quedado la venganza?

La venganza había desaparecido en el momento en que la conoció a ella, a la Prometida de Dalriada. Cruzarse en su camino había descorrido el tupido velo tras el que se ocultaba la verdad, una que no lo separaba de sus propios propósitos, pero a los que daba una perspectiva mucho mayor. Ya no se trataba solo de la familia de Gael, de la dulce Sonja, de los miembros del clan que habían sido masacrados, se trataba de obtener la libertad para todo un pueblo, de depurar una tierra encharcada en sangre y darle la oportunidad de ver un nuevo día libre de aquella oscuridad.

—Tenías razón al decir que la venganza no era el camino.

Ella enarcó una ceja y se cruzó de brazos haciendo que sus pechos se elevasen.

—No, nunca lo fue, pero a ti te ha llevado un tiempo comprenderlo.

Sonrió a su pesar, no pudo evitarlo. Esa mujer era incapaz de darle la razón así vieses un caballo del mismo color.

En vez de seguir discutiendo, señaló la bolsa de arpillera que llevaba cruzada sobre la cadera.

—¿No vas a quedarte a la coronación?

Echó un vistazo alrededor y sacudió la cabeza.

—No necesito quedarme para saber que tendremos un buen rey —comentó en voz baja, monótona—. Ahora estará en el trono aquel que debe estar.

Sí, Kieran sería un buen rey y tendría su brazo y a su clan para ayudarle siempre que lo necesitase. Puede que les llevase algún tiempo volver a ser esos dos niños que una vez jugaron juntos como hermanos, pero el sendero estaba ahí y ya habían empezado a dar algunos pasos.

Y hablando de pasos...

—Hiciste un buen trabajo manteniendo a la Prometida con vida y luego, cuidando a los heridos —declaró rodeándola lentamente—. Has esgrimido la clase de habilidades que podrían ser útiles para el clan.

—No pertenezco a ningún clan.

—Todavía no —aceptó frotándose el mentón—, pero ya he decidido que lo harás. Sí. Y será antes de que se ponga el sol.

Ella se tensó, pudo verlo en la forma en que se movió, intentando evitarle.

—Y lo has decidido tú —había palpable ironía en su voz.

Asintió deteniéndose nuevamente delante de ella.

—Sí —confirmó con despreocupación—. He descubierto que contigo las preguntas no funcionan, puesto que no das las respuestas adecuadas.

Aquello la dejó sin palabras.

—Eso será porque no haces las preguntas adecuadas.

Sonrió de medio lado.

—Pues tendrás que enseñarme a hacerlo, querida —aceptó y se acercó a ella—.

Será algo con lo que podrás entretenerte una vez que seas mi esposa.

Sus ojos se angostaron.

—¿A ti te parece que eso es una pregunta?

Se inclinó sobre ella hasta que sus rostros estuvieron a la misma altura.

—Vas a casarte conmigo, Catriona Campbell.

—¿No fui lo suficientemente clara la primera vez?

Su sonrisa se amplió.

—Por el contrario, muchacha, temo que el que no fue lo bastante claro ese día fui yo —aseguró.

Y, dicho eso, la cogió por la cintura y se la echó al hombro mientras ella jadeaba y empezaba a patear y gritar como una *banshee*.

—¿Te has vuelto loco? ¡Cahir, bájame! ¡Ponme en el suelo ahora mismo!

—Lo haré, querida, justo cuando se ponga el sol.

El momento exacto en que esa mujer tocaría su lecho y se convertiría en suya, hasta que los dioses decidieran que había llegado la hora de abandonar esta tierra.

Dominic la buscó entre la gente. Estaba hermosísima, vestida de verde y rojo, casi como una novia, pero su semblante no lucía como el de tal. Sus ojos verdes estaban apagados, al igual que su sonrisa. La inminente separación parecía haberles robado a ambos el disfrute y la alegría que debería predominar en un día como aquél.

Luchando con las ganas de cogerla en sus brazos y llevársela a cualquier lugar en el que estuviesen solos, sin responsabilidades ni muertes, cruzó la distancia que los separaba, asintiendo ante las felicitaciones de la gente con la que se cruzaba, hasta detenerse frente a ella.

Graciosamente, ella bajó sus ojos verdes con coquetería y le obsequió con

una estudiada reverencia.

—Majestad —murmuró ella.

Él sintió una punzada en el pecho, no deseaba eso de ella. Quería a la verdadera Shadow, la mujer capaz de gritar al mismísimo Rey de Inglaterra si lo tuviese delante.

—No quiero que te inclines antes mí —declaró con firmeza. Tomando sus manos, tiró de ella para que se incorporara—. ¿Cuántas veces he de repetirlo?

Alzó la mirada y sus labios se curvaron en una media sonrisa que ni siquiera llegó a iluminar sus ojos.

—Me pareció divertido —respondió mientras deslizaba las manos de las suyas y las subía a su hombro izquierdo, acariciando la insignia de la casa real de Dalriada—.

Te sientan bien estos colores.

Él sacudió la cabeza y suspiró, recorriéndola lentamente con la mirada y degustando su cuerpo.

—No has escogido ningún color —murmuró, acariciándole el borde del escote del vestido, dónde lucía las cuatro insignias de los *cenels* de Dalriada.

Ella bajó la mirada para ver sus dedos deslizándose suavemente sobre la piel expuesta de sus senos.

—De saber que no podrías quitarme las manos de encima, me habría envuelto con la tela de tartán de los cuatro clanes —aseguró con ironía, haciendo que él retirase la mano y finalmente esbozara una sonrisa genuina—. Eso está mejor. Es tu día, tienes que disfrutar de él, Majestad.

Él echó un vistazo rápido a su alrededor, viendo cómo la gente interactuaba, comía y bebía sin prestarles atención.

—Ya habrá tiempo para eso —murmuró, resbalando las manos por sus brazos hasta acariciarle el dorso de la mano con el pulgar—. El nuestro, en cambio, se está agotando a pasos agigantados.

Ella bajó la mirada. Las lágrimas amenazaban con irrumpir en aquel tierno momento.

—Shadow... no te vayas —lo oyó pronunciar. Su mano subió entonces al rostro femenino, alzándole la cara para que lo mirase—. Permíteme demostrarte que esta tierra y este tiempo puede también proporcionar alegrías... Has visto su rostro más cruel, deja que te enseñe la otra cara...

La respiración se le atascó en la garganta, impidiéndole respirar.

—Dominic... no puedo... Necesito... Necesito irme —susurró, su alma

resquebrajándose por dentro—. Tienes que dejarme ir, por favor...

Él tomó una profunda respiración. Su cuerpo se tensó visiblemente durante un largo instante hasta que dejó escapar de nuevo el aire. Su mirada se encontró de nuevo con la de ella.

—Una estación.

Ella parpadeó sin entender.

—¿Qué?

Sus manos subieron ahora a sus codos, atrayéndola hacia él.

—Voy a dejarte ir —aceptó con firmeza—, pero no renunciaré a ti. No cometeré el mismo error otra vez, Shadow.

La incomprensión brillaba en los ojos de la muchacha.

—Hay mucho por hacer de ahora en adelante —murmuró mirando a su alrededor—. Las alianzas son frágiles al principio, los pueblos sufrieron heridas demasiado profundas que tardarán en cicatrizar; se necesita tiempo para avanzar y devolver a esta tierra el esplendor que tuvo un día.

Volviéndose ahora a ella, sujetó su rostro entre las manos ahuecadas.

—Tres meses, Mi Prometida —declaró sin permitirle apartar la mirada—.

Aprovéchalos bien, porque es todo el tiempo que te permitiré estar lejos de mí.

Ella tragó con dificultad.

—¿Me traerías de regreso aún si yo no quisiera regresar?

Sus facciones se endurecieron. Ella sintió cómo apretaba la mandíbula, su mirada clamaba que no podía creer que hubiese pensado siquiera en algo así.

—No tendré que obligarte, mi amor. Tú vendrás a mí —declaró con total confianza—. Como la Alta Druidesa de Dalriada, Mi Prometida.

Abrió la boca para responder a ello, pero él no le dejó.

—Ahora, ¿pasarás conmigo tus últimas horas en Dalriada?

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla y suspirando asintió.

—Sí, Dominic —aceptó finalmente, sabiendo que no podía luchar contra él. No ahora—. No hay nadie con quien más desee pasarlas.

Él sonrió.

—Buena respuesta, Prometida; buena respuesta.

A la mañana siguiente, cuando el alba no había hecho más que despuntar, Shadow abandonó el castillo de Dunnad en compañía de dos de sus druidas, dejando el corazón y el alma con el hombre al que amaba. El viaje hasta el

emplazamiento de *liths* en Kintyre resultó más breve y silencioso de lo que esperaba, el día había amanecido una vez más envuelto en brumas, impidiendo el paso del sol como si éste se negara a despedirse de ella.

Aedan desmontó, reuniéndose ya con Ciara y ella a los pies del círculo de piedras.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó con voz suave y firme, su mirada fija en ella.

Sus ojos verdes recorrieron los alrededores, empapándose una última vez de la tierra en la que había pasado las últimas semanas. Aquella que le devolvió un pasado olvidado, que desentramó para ella los más increíbles secretos. Respiró profundamente, cerrando los ojos para captar una última vez cada uno de aquellos olores.

—Sí, mi druida —murmuró, abriéndolos y volviéndose ahora hacia él—. Estoy segura.

Con una profunda inclinación de cabeza, Aedan se llevó la mano al corazón y respondió como correspondía.

—Como deseáis, Mi Prometida —declaró antes de girar sobre sus pies y caminar hacia el círculo formado por cuatro piedras de gran tamaño—. Sitúate en el centro... y te enviaré... a casa.

Luchando por reunir el coraje necesario y no echarse a llorar como una niña pequeña, penetró en el interior del círculo y se volvió hacia ellos.

Ciara eligió entonces ese momento para retirar una manta de cuadros de su montura y entregársela.

—Él quiere que te lo llesves —le dijo entregándole una tela de tartán—. Son los colores de Dalriada.

Ella asintió, se llevó la tela a la nariz, aspirando profundamente, y percibió su aroma.

—Dile... —comenzó, pero entonces negó con la cabeza—. Cuida de él, por favor.

Ciara asintió con las lágrimas no derramadas brillando también en sus ojos antes de que las dos mujeres se fundiesen en un cálido abrazo.

—No te olvidaré —musitó la druidesa en su oído—. Y rogaré a los dioses porque regreses pronto.

Shadow apretó los ojos, abrazando a su amiga.

—Ciara, yo...

Ella se separó, enmarcó su rostro con las manos y negó con la cabeza.

Entonces la besó en la frente.

—Eres una de nosotros, Shadow —le dijo con una sonrisa—. Los druidas nunca estamos demasiado lejos unos de otros, sin importar el tiempo, la época o el lugar.

Cuida de ti misma, Prometida. Volveremos a vernos, aunque deba ir a ti para ello.

Asintió y sonrió a su amiga. Entonces se volvió hacia Aedan.

—Hazlo.

Asintiendo, miró a su esposa en muda comunicación al tiempo que ambos tomaban sus puñales para derramar unas pequeñas gotas de sangre que le ayudarían a *Levantar el Velo* que permitiría a la Prometida de Dalriada regresar a su época.

—Ve en paz y mantente a salvo, Prometida de Dalriada —declaró en voz baja—.

¡Que se *Alce el Velo*!

El haz de luz apareció rodeando el círculo, cercándose hasta envolverla solo a ella, aumentando en intensidad para, con un único fogonazo, desaparecer por completo.

La brisa meció la hierba de la amplia llanura, acariciando el círculo de piedra ahora vacío.

El viento soplaba con fuerza arrastrando a las aves en su vuelo. La mañana era brillante, el sol lucía en un cielo totalmente despejado, dotando de color todo lo que la rodeaba. Sus pies dejaron de sentir el tacto de la hierba bajo la amplia falda del vestido y las zapatillas chocaron contra el suelo del mosaico que formaba la estrella central. Su mirada se alzó lentamente hasta dar con el segmento en que contenía la representación de un cardo. El nombre grabado en el extremo superior parecía burlarse de ella.

Una solitaria lágrima brotó de sus ojos, deslizándose por su mejilla hasta terminar cayendo en el suelo. Tras ella cayó otra, y otra más. Los desgarradores sollozos inundaron sus oídos mientras aferraba con desesperación aquella tela a cuadros y caía al suelo de rodillas, dando rienda suelta a su pena.

—Lo siento, Dominic, lo siento —gimió en medio del agónico dolor que oprimía su pecho. Un dolor que ella misma había elegido—. Lo siento, mi amor, lo siento...

EPÍLOGO

Volver a la rutina no fue fácil. Explicar a su hermano dónde había estado en el último mes, mucho menos.

Ramsey escuchó con calma y predisposición el relato de su hermana, sin poder dejar de sorprenderle los hechos que narraba; unos hechos que cualquiera pondría en duda, así como la salud mental de ésta, pero era difícil refutarlos cuando la vio bajar por el empedrado camino que llevaba a la Torre de Hércules con un traje de época y una manta escocesa en las manos.

El corazón casi le dio un vuelco cuando la vio, más delgada, pálida y con un increíble dolor cubriendo sus ojos.

En circunstancias normales ni siquiera estaría allí aquella mañana, pero por raro que pareciera, había soñado con ella, con su regreso, dejándolo tan ansioso que prácticamente arrastró a su mujer fuera de la cama para cruzar la ciudad y subir a la bendita torre... Y entonces la vio. Sola, vestida como una princesa celta, bajando por el empedrado camino con el rostro mojado por las lágrimas y una angustia tan grande en sus ojos que pensó que jamás se recuperaría.

Al día siguiente había retirado la denuncia de la desaparición. Después de inventarse unas cuantas explicaciones creíbles y prometer al comisario que ella iría a hablar con él en unos días, lo dejaron ir sin más.

Fue ella la que debió dar las explicaciones que a él no le pidieron. La que debió pasar por un examen médico y psicológico a petición del comisario cuando alegó no recordar nada de lo acontecido en el último mes. Los anteriores reportes de sus episodios de memoria selectiva ayudaron a hacer creíble su versión sin despertar más sospechas.

Durante casi dos meses la vio consumirse, cayendo en un estado depresivo que la mantenía despierta por las noches, gritando sobre muertes, hachas y espadas. Su apetito cambió, desencadenando en una pérdida de peso descontrolada, la cual solo fue atajada gracias a su intervención.

Las peleas entre ellos empezaron a ser continuas. Ella no deseaba escuchar, se encerraba en sí misma aislándose de él y de todo lo que le rodeaba; sus súplicas se convirtieron en acusaciones y, cuando se hizo obvio que aquello iba a ir a más, ella explotó. La rabia, el odio, la desesperación, todo lo que guardaba en su interior salió a la luz salpicando a los más cercanos y permitiéndole volver a emerger; dejar atrás el sentimiento de culpa y negación que la asolaba desde su regreso.

Un mes dio paso a otro, y éste a otro. Las estaciones cambiaron y antes de que Shadow se diese cuenta, habían transcurrido seis meses desde su regreso; desde que abandonó aquello por lo que tendría que haber luchado con todas sus fuerzas.

Había vuelto a su hogar en busca de respuestas. Bien, ya las tenía.

Nunca pensó que llegaría a sentir nostalgia por aquel lugar y sus gentes; por la sencillez en la que vivían, la camaradería y la rutina diaria; por los largos pasillos de piedra, las fortalezas y la enorme extensión de tierra con sus valles, montañas e inmensos ríos. Dejó Dalriada con la seguridad de que su hogar estaba en la época actual, junto a su hermano, donde un resfriado podía curarse con una pastilla y nadie moría de una pulmonía; donde el cielo azul se encapotaba demasiado a menudo y pasaban del frío más extremo al calor más húmedo de un día para otro; donde todas las comodidades no podían suplir la carencia que había en su alma, una que no sería cubierta por nadie más que él.

Dominic. Él era y siempre sería su mundo, independientemente del lugar o la época. Él era su ancla en la vida, su morada definitiva... Y lo abandonó del mismo modo que él la dejó la primera vez.

Si antes no creía en el karma, ahora empezaba a hacerlo.

El graznido de las gaviotas por encima de la cabeza atrajo su atención un atardecer más. La piel todavía se le ponía de gallina y los escalofríos le recorrían la espalda, pero era incapaz de no regresar día tras día a aquel lugar, el único que la conectaba directamente con aquello que dejó escapar.

Las olas se elevaban estrellándose con furia contra las rocas, dejando una película de espuma en el batir de las olas. El olor a sal y el rugido del viento en los oídos la envolvía, llevándola a un lugar a siglos de distancia; una región gemela que llegó a encontrar tan desgarradora como atractiva.

Pasándose la mano por el rostro en un intento por borrar las lágrimas que una vez más se deslizaban por sus mejillas, tomó una profunda respiración y alzó la cámara que tenía colgada al cuello. Le costó un mundo volver a cogerla, todavía recordaba con dolor cómo rompió las fotografías y tiró su precioso tesoro contra el suelo en un arrebato histérico. Afortunadamente Ramsey estaba allí para detenerla.

Su Ramsey. Los últimos meses habían sido un infierno para él, pero jamás bajó los brazos. Una y otra vez estaba ahí, ayudándola, convirtiéndose en blanco de su furia y desesperación, apoyándola y abrazándola cuando todo a su alrededor se derrumbaba.

Ajustando el zoom, buscó el encuadre apropiado y apretó el disparador, capturando una instantánea de la agreste costa coruñesa. Gaviotas en pleno vuelo, el aire peinando el verde de los campos, flores que solo crecían en los acantilados; todo quedó plasmado en fotogramas.

Comprobando que la última de las fotos no había salido movida, Shadow volvió a poner la cámara en posición y ajustó el enfoque, abriendo el plano en una panorámica que pronto registró algo que un instante antes no había estado allí; que no debería de estar allí.

Aumentó el zoom para ver cómo unas largas piernas enfundadas en pantalones vaqueros se iban acercando en su dirección. Siguió abriendo el plano, captando una cazadora de cuero negra cuya única nota de color era una bufanda a cuadros escoceses cuyo diseño hizo que se le parara el corazón. Los rebeldes mechones de pelo negro enmarcaban un rostro de masculinas y duras facciones, realzando el tono bronceado de su piel y unos adorables ojos dorados.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro. Tenía miedo de bajar la cámara y descubrir que la realidad no era la que reflejaba la lente; que no fuese más que su imaginación, poniendo en imágenes aquello que más deseaba en la vida.

—¿Lista para volver a casa?

Ahogó un quejido y bajó la cámara al escuchar la profunda voz masculina, allí, acercándose inexorablemente a ella; magnífico, poderoso, como el antiguo rey que era.

Todo su mundo, el único lugar al que realmente pertenecía.

—¿Te ha comido la lengua el gato, diablillo? —le dijo, deteniéndose a escasos pasos de ella y conteniéndose a duras penas.

Ella se lamió los labios. Su mirada le recorrió por entero no deseando romper el hechizo del momento, temiendo que, si decía algo, el sueño se desvanecería y él no estaría allí.

—Dominic...

Él le sonrió. Aquella magnífica y rompedora sonrisa le iluminó el rostro, haciendo que la sangre le hirviera en las venas.

—Lamento llegar tarde —le dijo entonces con ese marcado acento—. Parece que no puedo hacer nada bien sin la Prometida de Dalriada a mi lado y Runa no deja de darme la lata con que tengo que encontrar a alguien que cubra el puesto de Alta Druidesa; no entiende que ese puesto está ya ocupado,

esperándote...

Ella era incapaz de pronunciar palabra. Tenía miedo de emitir un solo sonido y que él desapareciese. Un nuevo paso y él estaba una vez más junto a ella. Su poder la envolvía y sobrecogía, mientras sus ojos dorados no abandonaban su rostro, como si él temiese también perderla de vista.

—Te marchaste llevándote contigo todo lo que soy, diablillo. No podía permitirlo —aseguró, extendiendo la mano hacia su mejilla. Esa caricia la hizo temblar—. Vuelve conmigo a casa, Shadow. Ven conmigo a Dalriada y permite que te muestre la asombrosa tierra que es.

Las lágrimas empezaron a resbalar una vez más por sus mejillas.

—Estás aquí —se encontró murmurando, sus labios estirándose en una tímida sonrisa.

Él correspondió a su sonrisa, tomando con su mano libre la de ella y llevándosela a los labios.

—Te dije que no te abandonaría otra vez —le aseguró, llevándose los nudillos a los labios y volviéndole después la mano para depositar otro beso en la palma—. Eres mi mundo, Shadow. Mi reino, el más importante de mis deberes. Allí donde tú estés es donde siempre voy a estar yo... Si no quieres regresar, me quedaré contigo.

Ella ahogó un sollozo. Su rostro cubierto de lágrimas esbozaba la más hermosa de las sonrisas. Sacudiendo la cabeza, se las arregló para balbucear una clara negativa.

—No.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—No, ¿qué?

Su sonrisa se amplió.

—Quiero regresar —aseguró, mordiéndose el labio inferior con desesperación—.

Pensé que volviendo a este tiempo las cosas irían bien, pero no fue así. Me empeñé en volver a mi hogar sin entender que siempre estuve en él. Pertenezco a un tiempo de druidas, Dominic. Mi hogar, mi mundo, toda la magia está en ti. Llévame a casa.

Llévame a Dalriada.

Él la miró a los ojos, leyendo allí la verdad de sus palabras y el amor que nunca había dejado de sentir por él.

—¿Estás segura? —le preguntó, levantando su rostro hacia el de él—. Si

quieres quedarte...

Shadow negó con la cabeza.

—Estoy segura.

Lentamente se volvió para mirar a su alrededor, grabándose el bello paisaje en la memoria. Sonriendo, se giró finalmente a él.

—Llegas tres meses tarde, por cierto, Majestad —declaró ella, limpiándose las lágrimas y poniendo de manifiesto que recordaba su promesa.

Él sonrió y se inclinó sobre ella, abrazándola mientras reclamaba sus labios en un suave y tierno beso lleno de promesas.

—Como dije, no soy capaz de hacer nada si no te tengo a mi lado —repitió con un ligero encogimiento de hombros—. Pensar cómo estarías, qué estarías haciendo, si querrías volver a mi lado... me distraía a menudo.

Ella sonrió y le echó los brazos al cuello.

—Tendré que encargarme de que a partir de ahora prestes atención.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Runa estará encantada de que lo hagas, al igual que tus otros druidas —aseguró dejando escapar un suave suspiro—. Incluso Cahir, que, a pesar de tener las manos llenas con su nueva esposa, te ha echado de menos. Todos lo hemos hecho.

Ella asintió y finalmente preguntó.

—¿Podremos venir de vez en cuando de visita?

Él se echó a reír, abrazándola.

—No quiero dejar a mi hermano —añadió—. Puede que no tengamos la misma sangre, pero es mi familia, Dominic.

Arropándola entre sus brazos, con su mirada puesta sobre la de ella, asintió.

—Lo que desees, mi Prometida —respondió a un suspiro de sus labios.

Ella sonrió. Sus manos le enmarcaron el rostro para atraerlo más cerca del de ella.

—Deseo volver a casa, Dominic —susurró, acariciando sus labios—. Volvamos a Dalriada.

[1] Cariño en gaélico.